

PS
T/462(II)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

Facultad de Psicología



***LA PSICOLOGÍA DEL PUEBLO ESPAÑOL: EL
PAPEL DEL DISCURSO PSICO-SOCIOLÓGICO
EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD
ESPAÑOLA EN TORNO A LA CRISIS DEL 98***

TOMO II

TESIS DOCTORAL

**Presentada por
Jorge Castro Tejerina**

**Dirigida por
Florentino Blanco Trejo**

Madrid, Mayo de 2004

T E R C E R A P A R T E

LA PSICOLOGÍA DEL PUEBLO ESPAÑOL:
ELEMENTOS ETOPOLÍTICOS PARA LA
CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD
NACIONAL ESPAÑOLA

UAM
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE MADRID
BIBLIOTECA DE
PSICOLOGÍA

UAM
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE MADRID
BIBLIOTECA DE
PSICOLOGÍA

Ref. 428584

CAPÍTULO 10

DE LA TEORÍA Y TERAPÉUTICA GENERAL DE
LA IDENTIDAD COLECTIVA A LA
CONSTRUCCIÓN ESPECIAL DE LA NACIÓN
ESPAÑOLA

INTRODUCCIÓN

En los capítulos que formaban la segunda parte de este trabajo nos hemos ocupado de la función que cumplía el discurso psico-sociológico en la configuración de una plataforma metadiscursiva, un espacio nomotético que debía cimentar la construcción identitaria afrontada en los textos regeneracionistas. Esta matriz conceptual estaba incrustada en la *episteme* de la cultura occidental del siglo XIX y, aún cuando arrastrara ideas añejas e hipótesis heredadas del siglo precedente, había de permitir pensar el fenómeno nacional desde un nuevo punto de vista innovador y moderno, dos atributos estrechamente asociados al “campo psi” en la etapa finisecular. Para la detección de estos aspectos nomotéticos habíamos partido tanto de una serie de dominios disciplinares relacionados con la función denotativa o analítica de la psicología –la Psicología de los pueblos, los grandes discursos disciplinares de la Filosofía, las Ciencias Naturales y las Ciencias Sociales, las Psicologías Colectivas, la Psicología General, la Psicopedagogía y la Higiene psico-fisiológica–, como de la nómina de “voces” o autoridades –internacionales y nacionales– que los regeneracionistas esgrimían como representación y ordenación legítima u oficial de esos mismos saberes. Hacíamos confluír ambos aspectos en un análisis bibliométrico y en él nos apoyábamos para establecer los principales argumentos disciplinares y temáticos transportados por los elementos etopolíticos analíticos e interventivos.

A continuación, vamos a rastrear cómo los regeneracionistas ponen en práctica todo ese aparato teórico en la elaboración concreta de la identidad española. En este capítulo analizaremos la estrategia discursiva desplegada en las obras regeneracionistas a la hora de transitar desde el nivel nomotético hasta el idiosincrásico. En ese recorrido tendremos muy en cuenta el banco de categorías psico-sociológicas que, según veíamos en la segunda parte, ofrecía la cultura académica al ámbito intelectual español del fin de

siglo. Un cuadro-resumen de éstas, ajustado a la distinción etopolítica entre la vertiente teórico-contemplativa y la práctico-tecnológica, está incluido en un anexo al final de este capítulo; en él pueden detectarse, además, los tópicos compartidos que resultan clave en el tránsito conceptual entre los diversos órdenes disciplinares. Pasamos ahora a concretar las dimensiones fundamentales del compromiso nomotético del discurso regeneracionista.

10.1. LA TEORÍA Y LA TERAPÉUTICA GENERAL DE LA IDENTIDAD EN EL DISCURSO REGENERACIONISTA: HACIA UNA PSICOLOGIZACIÓN DEL FENÓMENO SOCIO-CULTURAL ESPAÑOL

Del acervo categorial y conceptual manejado en los textos del regeneracionismo (y que figura enmarcado en la tabla del anexo al final del capítulo) parece desprenderse la necesidad propedéutica o preanalítica de elaborar una teoría y terapéutica general de la identidad nacional antes de abordar el análisis, diagnóstico y tratamiento de casos específicos (la peculiaridad, la autenticidad y la potencialidad especial de un pueblo determinado). En ese sentido, ya en los primeros años del siglo XX, un teórico del nacionalismo como Prat de la Riba tenía claro que *"La idea de nacionalidad viene a ser la flor de toda esa elaboración científica. Cada una de las grandes corrientes examinadas aporta un elemento: con sólo agruparlas en unidad sistemática, tendremos la fórmula ideológica de la nacionalidad.// La una aporta el territorio, la otra pone las razas, viene después la que pone en boca de éstas una sola lengua, la que les infunde un solo criterio jurídico, La que les da el mismo sentimiento del arte y de la vida; llega entonces la que comunica estructura al conjunto; en último término comparece la escuela psicológica y le transmite la fuente de la vida, le da el alma colectiva. ¿Pero es igual el valor de todos estos elementos? ¿Es idéntica su aportación?"* (Prat de la Riba, 1906/1998; p. 89).

En la línea de las preguntas planteadas por Prat, en la segunda parte de este trabajo hemos visto que Taine, Lazarus y Steinthal y, en menor medida, Tarde, Le Bon o Fouille fueron los autores que más se interesaron por inyectar una sensibilidad sistemática en el marco categorial y conceptual que venimos planteando. En alguna medida, lograron esbozar una teoría sobre la cultura nacional partiendo de un objeto de estudio psicológico y un método multidisciplinar; un marco general que bien podría haber merecido plenamente la denominación de Psicología de los pueblos si no fuera porque tal fórmula, sin espacios institucionales o académicos apropiados para su consolidación disciplinar, siguió entendiéndose —principalmente— como una denominación de la identidad colectiva. Todavía en los primeros años del siglo XIX las referencias a la vertiente colectiva de la psicología apenas mencionan su condición disciplinar, y si lo hacen será remarcando su condición de ciencia novedosa y poco desarrollada. Habrá que esperar a que eche a andar el nuevo siglo para encontrar apuestas que, como las de Wundt y, en otro sentido,

MacDougall o Mead, sí ayuden a que la psicología colectiva abandone su perenne estatus de “objeto de estudio” para definir un dominio disciplinar.

En la segunda parte también apuntábamos que la reflexión identitaria que pudo emerger en España de la mano de los regeneracionistas a finales de siglo pronunció todos esos aspectos asistemáticos. Pero, a pesar de todo, ese panorama no supone que los reformistas españoles volvieran la espalda a aspectos nomotéticos —como los reclamados por Prat— y a su integración en una sensibilidad psicológica a propósito del análisis e intervención sobre la cultura nacional. Más bien al contrario. Tales aspectos están presentes en el conjunto del discurso regeneracionista, más minuciosos y explícitos en el caso de monografías como *Del desastre nacional y sus causas* de Damián Isern, o con mayor descuido en fórmulas declaradamente periodísticas como las de Maeztu. En ese sentido, los regeneracionistas son “hijos de su época”; es decir, asumen un rol de intelectuales liberales y nacionalistas que, aunque no exige una exploración en profundidad y en abstracto de las leyes psico-sociológicas de la comunalidad identitaria, sí les compromete a que éstas sean necesarias para asegurar la calidad —disciplinar, científica o filosófica— y, por ende, la legitimidad de cualquier empresa político-ideológica (gubernativa y reformista). Es precisamente esa necesidad de idear sistemas de cambio socio-cultural la que determina las condiciones de uso de los conceptos nomotéticos aportados por las disciplinas incluidas o anejas al “campo psi” y, en consecuencia, los cauces por los que transcurre la psicologización de la mirada sobre la cultura española. Vemos ambos aspectos en los epígrafes que siguen.

10.1.1. La perspectiva nomotética en el marco reformista español

Como ya se ha señalado más arriba, en la segunda parte de este trabajo hemos ido desgajando los principales tópicos nomotéticos en función de su disponibilidad en el espacio de los saberes decimonónicos. Sin embargo, esos tópicos tienen sus propias reglas de juego en el discurso regeneracionista y por ello es relevante reorganizarlos y reinterpretarlos a la luz del marco reformista español. Empecemos por señalar que los regeneracionistas manejan los tópicos etopolíticos sin sopesar en exceso su procedencia metadiscursiva. Sus textos no se adscriben unilateralmente a ninguno de los grandes discursos disciplinares. De hecho, las alianzas metadiscursivas desplegadas, sin ser indiscriminadas, pueden llegar a ser epistemológicamente contradictorias: dentro de un mismo “gran discurso” se emplean unos tópicos y otros son rechazados, y también pueden tratarse armónicamente premisas teóricas aparentemente incompatibles. Pero esto no quiere decir que no existan tendencias y preferencias marcadas. Al margen de las citas a autoridades concretas, las dos tablas que siguen ordenan y resumen el talante genérico y valorativo (positivo o negativo) que los textos regeneracionistas exhibieron a propósito de la pertinencia epistemológica de los tópicos etopolíticos más importantes para la construcción de la identidad (y que recopilábamos genéricamente en la tabla del anexo al final del capítulo).

Tabla 10.1. Elementos etopolíticos analíticos e interventivos implicados en la construcción nacional en los diferentes textos del regeneracionismo

TÓPICO			AUTORES									
			Almir	Mallad	Ganiv	Isern	Macía	Maezt	Morot	Costa	Unam	Altam
FILOSOFÍA	Ant	Providencialismo		+	+		-	-				
	Ant	Vitalismo			+			+	+		+	
	Ant	Superhombre/héroe		+	-		+/-	+	-	+	+	-
	Top	Naturaleza/paisajismo			+		+	+		+	+	
	Cro	Leyes y épocas desenvolvimiento hco.		+	+	+	+	+/-	-			+
	Cro	Desenvolvimiento de historia interna			+		+			+	+	+
	Cro	Episodios nacionales	+	+	+	+	+	+	+	+	-/+	+
	Pyt	Cosmopolitismo/humanismo	+		-				+		+	-/+
	Pyt	Cristianismo			+	+	+		+		+	
	Pyt	Armonía social		+		+	+	-		+	+	+
	Pyt	Amor/fraternismo/ideales y valores			+	+		-			+	
PSICOLOGÍA DE LOS PUEBLOS	Ant	Psicología general (emoción/intelecto)		+	+	+	+	+	+		+	+
	Ant	Voluntarismo/ideas-fuerza		+	+	+	+	+		+	+	+
	Ant	Espíritu, Volkgeist o genio colectivo	+	+	+	+	+	+	+	+	+	+
	Ant	Psicología del pueblo / Carácter		+		+			+	+		+
	Ant	Pueblo		+/-	+	+	+/-	+	+		+	+
	Ant	Nación/Patria		+/-	+	+	+	+	+/-	+	+/-	+
	Top	Territorio	+		+		+			+	+	-
	Top	Medio geo-climático	+	+/-	+	-	+	+/-	+	+	+	-
	TCP	Medio socio-histórico y cultural				+	+		+	+	+/-	+
	Top	Estado político		+	+	-/+	+	+/-	+/-	+		-/+
	A/C	Gran Hombre			+		+		-/+	+	-/+	+
	Prd	Arte	+		+	+	+	-	+		+	+
	Prd	Costumbres	+		+	+	+/-		+/-	+	+/-	
	Prd	Ética/moral/filosofía	+	+		+		-			+	
	Prd	Religión		+	+	+	+		+		+	
	Prd	Derecho	+		+	+	+		+	+	+	
	Prd	Lenguaje	+		+		+		+		+	
	Pyt	Civilización	+	+/-			+		+	+		+
COLECTIVA	Ant	Alienismo			-	+	+/-	+	-		+	
	Ant	Alteraciones psicológicas/abulia		+	+		+			+	+	+
	Ant	Pureza racial	+	+			+		-		-	
	Ant	Cráneo-cerebro					+		+			-
	Ant	Degeneración racial	+/-	+/-		-/+	-	-	+	+/-		-
CIENCIAS SOCIALES	Ant	Clases sociales		+		+	+	+				
	Ant	Organismo social		+	-		+		+	+	+/-	
	Cro	Estadios socio-históricos de progreso		+		-	+		+	+		
	Cro	División y especialización del trabajo							+			+
	Prd	Ciencia y tecnología	+	+		+	+	+				+
	Pyt	Orden y progreso		+/-			+	+	+	+		
	Pyt	Pacifismo	+			-		+	+		+	
	Pyt	Colonialismo/Imperialismo civilizador			-/+	+	+	+		+		
	Pyt	Colonialismo/Imperialismo expansionista		+	-	+/-	-	-	-	+		
	Pyt	Regeneración y modernización	+	+		+	+	+	+	+	+	+
	Pyt	Desarrollo material y utilitario		+	-	-	+	+	+			-/+
	Mas	Voluntad civil	+			-	+/-		+	+/-		+
	Mas	Revolución social/anarquismo				-	-	+	+	-		-
	M/E	Individualismo (selfgovernment)	+			-	-	+	+	+	-	+
	Elt	Revolución política	+			-	+	+	+	+		
	Loc	Regionalismo (selfgovernment)	+	+/-	-	-/+	+/-	+/-	-/+	+/-	+	-

CCNN	Ant	Raza biológica	+	+/-	-	-/+	+/-	+	+/-	+	-	-
	Cro	Leyes evolución social (hria. inductiva)		+	-		+	+	+		+	+
	C/P	Selección/Supervivencia de los fuertes		+		+	-	+	+		-/+	-
HIGIENE	Mas	Pauperismo y alcoholismo		+		+	+	+	+	+		
	M/E	Enfermedades del organismo social	-		-	-	-	-	-	-		-
	Mas	Delincuencia/penalismo	-	-		-		-	-			
PEDAGOGÍA	Elt	Corrupc./degenerac./autoritar. político	+	+		+	+	+	+	+	+	+
	Mas	Profesionalización		+		+	+	+	+	+		+
	Mas	Educación general	+	+		+	+		+	+	+	+
	M/E	Formación nacionalizadora		+		+	+		+			+
	Elt	Formación directiva			+	+		+		+		+
	Int	Extranjería imitativa	-		-	-	+/-		+/-	+	+	+/-

Aunque los datos son sólo aproximados, los elementos analíticos de la tabla muestran que los regeneracionistas se mantienen fieles a términos sensiblemente filosóficos a la hora de fundamentar sus propuestas psico-sociológicas sobre el “ser” y el devenir de los pueblos. Desde un punto de vista estrictamente descriptivo, es evidente que la presencia de la filosofía, la psicología general y la de los pueblos prácticamente dobla al grupo disciplinar configurado por las psicologías colectivas, las Ciencias Sociales y las Ciencias Naturales (se acercan a doscientas las primeras y superan sensiblemente el centenar las segundas). Además hay que contar con que, respetando esa relación proporcional, el valor de uso del último grupo de disciplinas tiene un carácter negativo o ambiguo en, al menos, el mismo número de ocasiones que el primero.

La popularidad del referente filosófico —detrás del cual latén los clásicos autores post-kantianos alemanes, como Fichte o el propio Krause— remite a la propia tradición del pensamiento filosófico español, donde todas las facciones —las más progresistas encarnadas en el filokrausismo de Unamuno y Altamira, y las más nostálgicas personalizadas en el tradicionalismo de Ganivet y el carlismo de Isern— priman las consignas idealistas sobre las materialistas. Al fin y al cabo, emplear genéricamente un marco filosófico para interpretar los fenómenos nacionales permitía mantener un “principio de actividad” basado en la creatividad (el espíritu o el genio) antes que en la reactividad y la descompensación (la raza y el medio ambiente); además, preservaba la importancia del elemento religioso, presente en posiciones tan dispares como las de Ganivet y Mallada.

A todo esto hay que unir, desde el punto de vista teleológico, que era importante preservar la autoridad constituyente, progresiva o, incluso, integrista de la historiografía nacionalista. Frente a ella aparecían, sobre todo, las generalizaciones y la autoridad de la modernidad europea. Así, autores como Altamira y Macías Pícaeva temían las manipulaciones del pasado español que pudieran obrarse en manos extranjeras; otros, como Ganivet, consideraban que la ciencia relegaba la historia de las naciones a un papel circunstancial, accidental o epifenoménico, algo que resultaba especialmente evidente bajo la generalización y legislación sociobiológica, aunque Ganivet no la mencionara directamente.

Aún así, los regeneracionistas no dudaban en recurrir continuamente a la pátina positivista y materialista aportada por los tópicos de las Ciencias Naturales. Es cierto que la idea de raza no termina de ser asumida en toda su significación anatómico-fisiológica; aunque, si exceptuamos a Altamira, todos los regeneracionistas la usan, en una u otra medida, para caracterizar aspectos parciales y estratégicamente fundamentales del hecho nacional. Tanto o más éxito tuvo la cuestión sociodarvinista de la lucha o la colaboración por la supervivencia, diatriba que tuvo sus respectivos y entusiastas defensores: Macías Picavea, Altamira o Unamuno exaltaron la colaboración, mientras que Maeztu, Mallada, Morote e Isern fueron más sensibles a la hipótesis de la lucha.

Entre ambos "órdenes de saber" —el de la Filosofía y el de las Ciencias Naturales— habían de mediar tanto las Psicologías Colectivas como las Ciencias Sociales. Ambas ofrecían un escenario en el que ajustar los principios de la raciología y las leyes socio-biológicas con los de la metafísica y la filosofía de la historia. De su mano se procuró la actualización de los viejos tópicos especulativos, tales como la conversión del universalismo humanista o cristiano en cosmopolitismo o socialismo (algo que ocupó con muy diferentes opiniones a Ganivet, Altamira, Unamuno o Morote); la deriva del armonicismo nacional del idealismo hacia un organicismo social en el que, tímidamente, cobraba peso la idea política de estado (algo que cuenta con el beneplácito de Macías Picavea o Morote, pero no de Ganivet o Maeztu); el papel agencial de los Genios y Grandes Hombres, ahora devenido en una genérica aptitud individualista y de lucha por la supervivencia (cuestión tratada en algún nivel por Ganivet, Unamuno, Macías Picavea, Maeztu, Altamira, Morote o Costa); o el propio reajuste de la diacronía historicista clásica a la lógica de los estadios de desarrollo socio-económico y la moderna profesionalización y división del trabajo (algo que, como ya hemos dicho, preocupó especialmente a Ganivet, sin impedir el acuerdo del resto de los regeneracionistas).

A la luz de todos estos datos, parece evidente que el marco nomotético del regeneracionismo estaba atravesado por una marcada sensibilidad ecléctica. Desde nuestro punto de vista, tal circunstancia respondía, al menos, a dos buenos motivos: (1) la búsqueda de aplicabilidad y, por ende, (2) la supeditación del análisis identitario a los problema específicos del pueblo español.

(1) El primero de ellos conecta con el eclecticismo de la propia órbita académica española y tiene que ver con la búsqueda de la practicidad de los saberes. Tal búsqueda se ubica en un escenario socio-histórico que todos los regeneracionistas reconocían, con mayor —Macías Picavea, Altamira, Maeztu, Mallada y Morote— o menor entusiasmo —Ganivet e Isern—, fiado a la producción industrial y al mercado (en detrimento, supuestamente, tanto de los valores morales como del militarismo). Sin duda, la plana mayor del regeneracionismo está en contra de las expresiones más radicales de ese escenario, a saber: el imperialismo y el colonialismo expansionista (crificado por prácticamente todos los regeneracionistas, a excepción de Isern) y el utilitarismo y materialismo exclusivo (aunque sí fue reivindicado por Maeztu y

gozó de las simpatías de Mallada y Morote). Sin embargo, esa misma plana fue la que se plegó a los imperativos de modernización y civilización y procuró llevarlos a la práctica.

Como bien muestran los elementos interventivos de la tabla 10.1, esa circunstancia se resolvió preferentemente a través de la herramienta pedagógica (los aspectos estrictamente educativos y pedagógicos condensan treinta referencias, veinticinco de las cuales muestran un valor de uso positivo). Primando valores e ideales filosóficos, parece lógico que autores como Macías Picavea, Altamira o Costa consideren que el ámbito natural de intervención tenga que ver con un plano eminentemente cultural y, por tanto, con la reeducación de la mentalidad colectiva. Mientras, la otra cara de la moneda, la que regeneracionistas como Almirall, Isern o Morote parecen manejar con mayor prudencia, es la de una sociedad controlada y administrada —en todos sus estamentos— por las tecnologías del agregado médico-legal: higiene, legalismo y economía condensan sesenta y cuatro referencias, veintitrés de las cuales tienen un valor de uso ambiguo o negativo.

(2) El segundo de los motivos que podemos encontrar en la base del eclecticismo regeneracionista tiene que ver con el telón de fondo que supone la preocupación por el “Problema de España”; esto es, con el esfuerzo por lograr, a toda costa, una interpretación coherente de la situación nacional. En último término, cualquier dimensión nomotética que resumen los textos regeneracionistas —la retórica científicista, el propio objetivo de analizar disciplinariamente el colectivo nacional— está condicionada por el *a priori* innegociable que afirma la peculiaridad del pueblo español. Así, si la lógica etopolítica del regeneracionismo exigía preguntas y respuestas, como las planteadas por Prat en el párrafo que transcribíamos unas páginas más arriba, no era tanto por la búsqueda de una teoría general de la nacionalidad —lo que nos mantendría en el nivel metadiscursivo o nomotético del discurso— como por la posibilidad de decantar o desplegar la estructura motivacional, específica y esencial de la nacionalidad española¹.

¹ Es cierto que Prat tiene respuestas nomotéticas para sus propias preguntas. Cito ampliamente: “*Poned bajo la acción del espíritu nacional gente extraña, gente de otras naciones y razas, y veréis cómo, suavemente, poco a poco, va revistiéndolas de ligeras pero sucesivas capas de barniz nacional, va modificando sus maneras, sus instintos, sus aficiones, infunde ideas nuevas en su inteligencia y hasta llega a torcer poco o mucho sus sentimientos. Y si en vez de hombres ya hechos, le dais niños recién nacidos, la asimilación será radical y perfecta.// El espíritu nacional no existiría, no se hubiera formado, si la estructura o la situación del territorio no hubiera sometido a su población a las mismas influencias, sin una promiscuidad de las razas no hubiera engendrado ciertos tipos físicos medios o hecho prevalecer una raza determinada sobre las demás, si la unidad de lengua no hubiese vaciado en un molde único el pensamiento nacional. Pero una vez constituida, sólo la destrucción del pueblo puede aniquilarle; caerá el derecho, enmudecerá la lengua, se borrará hasta el recuerdo de su existencia, más por debajo de las ruinas seguirá latiendo el espíritu del pueblo, prisionero del derecho y la lengua y el poder de otro pueblo, pero luchando siempre y aguardando la hora de hacer salir otra vez a la luz del día su personalidad característica*” (Prat, 1906/1998; p. 92). El otro teórico del nacionalismo más tratado aquí, Cánovas del Castillo, tiene respuestas semejantes en las que priman los aspectos lingüísticos de la nacionalidad (que no de la Nación política, ya que ésta excluía las alternativas paniberistas —Portugal— y panamericanistas —América Latina). Para Cánovas: “(...) lo general y de ordinario cierto es esto: que las naciones habitan un territorio común, aunque bien puedan tener apartadas colonias, o carecer, como la hebrea, de propio suelo mucho ha: que las naciones, o tienen raza propia originaria, o la constituyen, a la larga, no de otro modo que en la corteza terrestre hay rozas primitivas y sedimentarias; que lo más natural de las naciones es tener comunidad de idioma, aunque cada tronco lingüístico cría ramas divergentes y hasta plantas parásitas, que es lo que son por lo común los dialectos: siendo, por último, notorio que el idioma es la primera prueba que ofrecen de sí y de su individualidad las naciones, así como no hay nada que importe a su conservación, a su desarrollo histórico, a su restauración, si temporalmente y por acaso pierden la independencia” (Cánovas 1882/1997; pp. 69-70). Sin embargo, tanto Cánovas como Prat están adaptando *a priori* esas respuestas a sus intereses nacionalistas. Sirva de ejemplo el párrafo con el que Prat cierra el capítulo VII de su obra: “(...) si existe un espíritu colectivo, un alma social catalana que ha sabido crear una lengua, un derecho, un arte catalanes, he dicho todo lo que quería decir, he demostrado lo que quería demostrar: esto es, que existe una NACIONALIDAD CATALANA” (Prat, 1906/1998; p. 98, las mayúsculas son del autor).

En esa búsqueda —que nos ubica ya completamente en un nivel idiosincrásico— debe concretarse el aporte, el valor y la articulación de los tópicos identitarios generales a la hora de configurar la especificidad del ser español. Así, las jerarquías funcionales y valorativas de lo histórico, el medio geoclimático, la raza, el arte o la civilización en la vida de los pueblos se traen a colación en la medida que permiten interpretar cuestiones como el papel de los Austrias, el clima desértico de la meseta castellana, la herencia caracteriológica celtíbera, la lengua española o la imposición de los ideales cristianos en la constitución del basamento auténtico, peculiar y potencial del pueblo español y de su actividad histórica. Se trata de una búsqueda que, además, está impregnada de un evidente carácter preliminar: no sólo se trata de levantar el andamiaje psico-sociológico sobre el que empezar a construir la teoría especial de la identidad, sino también de preparar el terreno reformista para tejer una estrategia terapéutica a medida.

En definitiva, sólo tras la retraducción de los términos nomotéticos al caso español es posible ajustar las coordenadas de una agenda interventiva adecuada; es decir, respetuosa con el principio identitario nacional y, al tiempo, sensible a la extirpación o modificación de los elementos perjudiciales para su modernización. Contando, además, con el marcado talante ecléctico que presidía toda la operación, no es de extrañar que el “argumento psicológico” terminara atravesando de parte a parte la concepción socio-cultural del regeneracionismo. Pero ésta es una cuestión que exploraremos en el siguiente epígrafe.

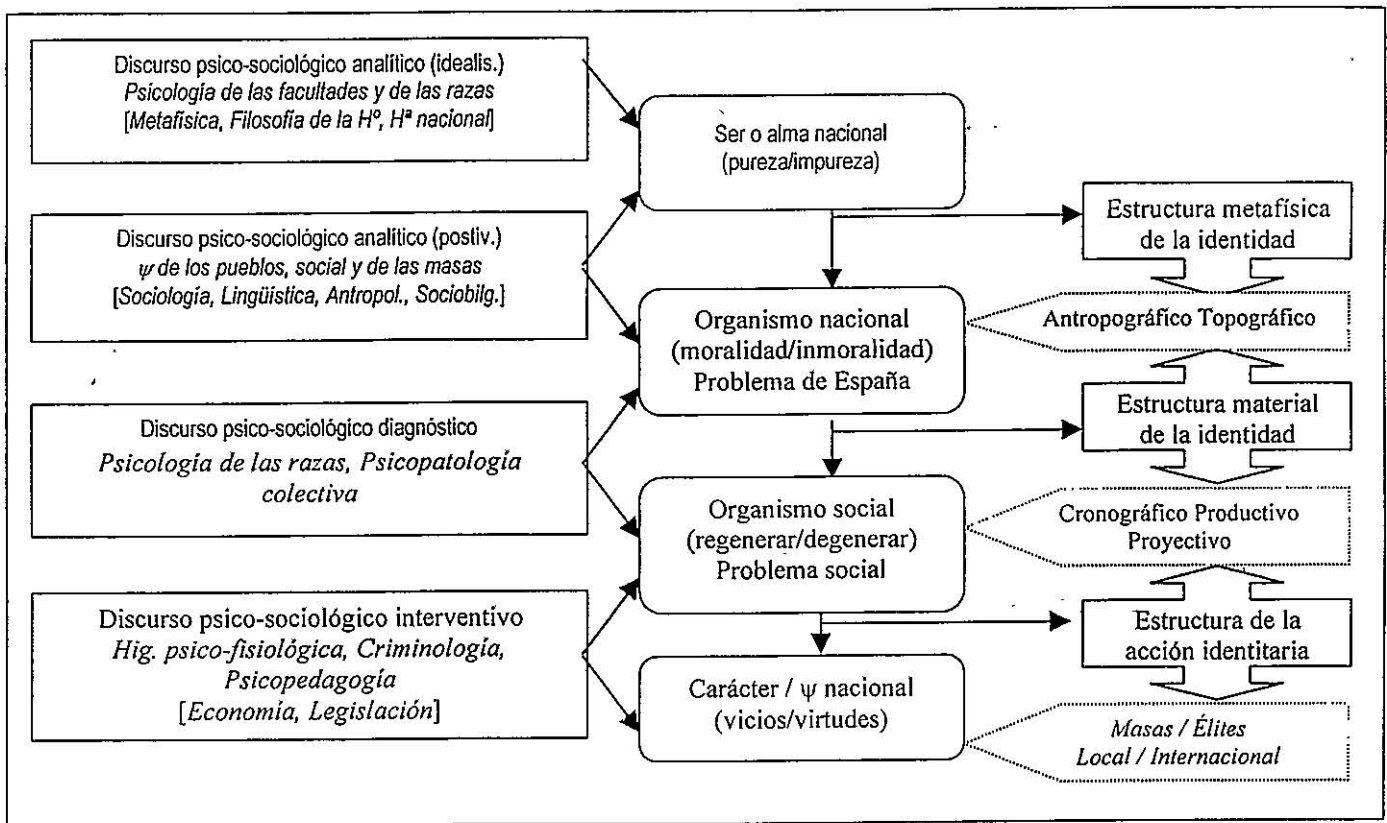
10.1.2. La vertebración psico-sociológica del discurso regeneracionista

La lectura de los textos regeneracionistas no invita a pensar en un uso sistemático del nebuloso argumento psico-sociológico, pero sin duda su papel es nuclear tanto en lo que se refiere a la incorporación de cualquier aspecto nomotético a la reflexión identitaria como en lo que tiene que ver con la propia vertebración teórica de esta última. Ya en la segunda parte del trabajo advertíamos cómo el discurso psicológico contribuyó a la positivización de aspectos cruciales de la filosofía idealista (las tesis de Taine y Lazarus y Steinthal tienen mucho de “psicologización” de la filosofía de la historia decimonónica), al tiempo que popularizaba el “espacio mental y temperamental” como un objetivo de estudio inevitable, cuando no fundamental, de ciencias “modernas” como la Sociología o la Antropología y sus variantes (etnografía, etnología, craneometría, sociobiología, etc.).

Ambas circunstancias redundarán en la condición de “objeto de estudio” de la “psicología colectiva”, pero también serán vehículos para unir inextricablemente el ámbito psicológico con las reflexiones y las prácticas desplegadas en torno al “cuidado” de la cultura nacional. En cierto sentido, la psicología colectiva quedará al margen de empresas sistematizadoras, pero sin duda es la referencia que sirve de andamiaje y da continuidad a la lógica analítica de la reflexión identitaria. Por supuesto, esa función medular es la que impregna el proyecto etopolítico del discurso regeneracionista y la que permite

detectar en él la tímida prefiguración de una psicología del pueblo español. Lo hemos intentado presentar esquemáticamente en el gráfico que sigue a continuación.

Gráfico 10.1. La contribución del discurso psico-sociológico a la construcción de la identidad nacional y la resolución del "Problema de España"



Por supuesto, la reconstrucción propuesta en el gráfico supone una idealización del uso del discurso psico-sociológico en el seno del proyecto regeneracionista. Ni su estructura ni sus contenidos se ajustan exactamente a ninguno de los textos regeneracionistas, aunque, en alguna medida, los recoja y represente a todos. Su organización sistemática responde, en definitiva, a nuestro intento de desvelar la coherencia del uso de la psicología disciplinar en el seno del proyecto identitario regeneracionista.

Así, el gráfico 10.1. muestra que en la reflexión psicológica sobre el pueblo español puede detectarse un preámbulo espiritual y voluntarista que, sobre todo en los textos de autores como Unamuno o Ganivet, condensaría el núcleo profundo de la identidad. Otros regeneracionistas como Altamira, Macías Picavea, Mallada, Morote, Isern o Costa no profundizan en las simas del espíritu, pero sí manejan los términos de la psicología de las facultades —principalmente, intelecto o ideas y emociones o pasiones— y de las razas para representar genéricamente y en abstracto la estructura de la subjetividad nacional.

Desde esa estructura básica y poco definida que, sin embargo, sostiene la matriz de la pureza identitaria –la autenticidad, peculiaridad y potencialidad de lo español–, se descendería al nudo gordiano de la cuestión; es decir, a la descripción psicológica del pueblo español en tanto que naturalización de los ribetes metafísicos y especificación de su mente y temperamento. Sin duda, ese es el espacio donde se con-funden los principales saberes psico-sociológicos para el análisis y, por ende, la construcción de la supuesta subjetividad compartida. Lograr destejer las diferentes aportaciones psico-sociológicas en este nivel es complicado, pero creemos que el diálogo se despliega a través de una doble vía que coincide con los caminos seguidos tanto por la Psicología de los Pueblos como por la Antropología decimonónica.

(1) La primera vertiente de esa doble vía es más caracteriológica o temperamentalista. Manejaría rasgos de personalidad colectivos y los ligaría, habitualmente, a factores geoclimáticos. También es aquí donde cabe sopesar las contribuciones más importantes de la Psicología de la Razas; es decir, la consideración de un carácter común a grandes grupos raciales que dependería de estructuras anatómico-fisiológicas y vendría transmitido por vía hereditaria desde tiempos inmemoriales. En mayor o menor medida, esta perspectiva incluiría líneas argumentales apuntadas por Almirall, Ganivet, Macías Picavea, Unamuno, Mallada y, con matices, Isern y Maeztu.

(2) La segunda vía tiene que ver más con la mentalidad o la conciencia colectiva, con una vertiente más “cognoscitiva” si se quiere. En este caso, la comunidad nacional estaría ligada al entorno social y, a su vez, se desplegaría en dos sentidos. El primero, más cercano a la Psicología de los pueblos, tendría en cuenta una idea histórico-cultural del contexto e implicaría cierta oposición o rechazo a los condicionantes geoclimáticos y raciales. Vendría representado por Altamira e Isern (aunque también es necesario incluir a Unamuno, que sí maneja elementos geoclimáticos). El otro sentido es el de la psicología social que, a la hora de pensar el hecho nacional, da preferencia a los fenómenos intersubjetivos y a la dinámica psicológica de los grupos. Argumentos desde este punto de vista emplean la práctica totalidad de los regeneracionistas, aunque es especialmente relevante en los casos de Morote e Isern.

Como venimos diciendo, los regeneracionistas tendrán que administrar, explícita o implícitamente, las relaciones entre todos esos campos psico-sociológicos para la configuración de la subjetividad colectiva; pero los ajustes y desajustes entre esos referentes no dependerán tanto de inespecificidades disciplinares o carencias analíticas, como de los intereses etopolíticos que guían el diseño identitario. Así, finalmente, la construcción de la entidad subjetiva es pertinente para constituir el “Problema de España”, derivar sus diagnósticos y, en último término, establecer las soluciones pertinentes. Paradójicamente, ese paso etopolítico se empieza a dar bajo una jurisdicción psico-sociológica plenamente contemplativa que, sin embargo, desliza progresivamente una plataforma diagnóstica. Se produciría en dos momentos básicos:

(1) En el primero, el análisis identitario se convierte en inquietud y, así desde los mismos orígenes del género regeneracionista, Mallada plantea que *"El estado actual de cada país es una consecuencia lógica de sus antecedentes históricos y de los especiales rasgos psicológicos de sus habitantes, producidos estos rasgos por el medio ambiente físico, intelectual y moral a que aquellos se hayan sometidos"* (Mallada, 1890/1994; p. 127). A partir de ese tipo de argumentos, Macías Picavea o Altamira podrán plantear que el análisis psicohistórico permite detectar la naturaleza de enfermedades que sólo se manifiestan en el momento actual. En palabras de Altamira, *"Precisamente en esto radica el problema fundamental de nuestra psicología: en determinar qué cualidades de las que revelan nuestros hechos en el pasado y en el presente son genuinamente nuestras, y cuáles (de éstas y las comunes humanas) son corregibles y la historia ha demostrado, efectivamente, que se corrigen"* (Altamira, 1902/1998; p. 123). Desde este punto de vista, la inquietud contemplativa ya transporta, da sentido y legitima una teoría de cambio en la que dialogan los esfuerzos por preservar una identidad contemplada en todo su esplendor y los intentos de transformar una estructura de personalidad nacional vacilante en el ocaso finisecular.

(2) Seguidamente, la inquietud identitaria comienza a desligar las virtudes de los vicios colectivos, con la esperanza de "diagnosticar" y "extirpar" la "enfermedad" antes de que ésta provoque el "fallecimiento" del "organismo nacional". No empleamos la alegoría de la última frase de una manera anecdótica. El panorama de una entidad natural —la Nación— alterada por causas ambientales —los precipitantes mórbidos— se ajustaba bien tanto a la retórica médico-clínica, fisiológica y mórbida —*herida, enfermedad, síntomas, patología, mal, degeneración, muerte, cicatrización, examen, extirpación, remedio, medicina, cura, cirugía*, etc.—, como a la organicista —*cuerpo, organismo, miembro*, etc.— del positivismo. El conjunto del dispositivo retórico ofrecía, en definitiva, la posibilidad de objetivar problemas sociales concretos, enfatizar al extremo la decadencia y, por ende, demandar el empleo de tecnologías psico-sociales en su afrontamiento.

Con mayor o menor densidad metafórica, este último dispositivo apareció prácticamente en todas las obras del regeneracionismo; incluso se sugiere en el mismo título de *Los males de la patria* de Lucas Mallada, aunque la lectura médico-clínica o mórbida no sea muy recurrente en el conjunto de la obra. También recorre el listado de "patografías" sociales de Macías Picavea: idiocia, psitacismo, atrofia de órganos de vida nacional, olvido y suplantación de tradición, pérdida de personalidad, desorientación, etc. Es explícita en las fórmula "patología política", usada por Ganivet; en la "cirugía" y el "bisturí", empleadas por Costa o Macías Picavea; en las "enfermedades del patriotismo", denunciadas por Altamira; o en la "parálisis de la vida nacional", adoptada por Macías Picavea o Maeztu —aunque en este último en relación con aspectos eminentemente económicos e industriales—. También planea sobre la "decadencia agudizada" de Costa, la "dilapidación del espíritu nacional" de Morote, o el "austracismo" de Macías Picavea. Por último, salpica recurrentemente las obras de Almirall, Isern y Unamuno.

El caso de Unamuno es especialmente relevante, ya que el uso que el autor vasco hace de las metáforas clínicas se detecta justo en el gozne entre el significado metafísico del "organismo" colectivo —aquel que, desde un marco idealista, se identificaba con la íntima peculiaridad del pueblo español— y el sociológico —el mismo que la sociobiología spenceriana sometía a las leyes de la evolución—. Concretamente, el talante metafísico de *En torno al casticismo* se hibrida en no pocas ocasiones con una metáfora mórbida que presenta la osificación de la sociedad española. Lugar destacado merece, en este sentido, la queja del autor vasco a propósito de las "patologías" del individualismo. Para Unamuno, el español *"Vive cada uno solo entre los demás en un arrenal yermo y desnudo, donde se revuelven pobres espíritus encerrados en dermatoesqueletos anémicos"* (Unamuno, 1895/1996; p. 165).

Una vez configurada, por unas vías o por otras, la degeneración o corrupción del organismo colectivo, el aparato médico-clínico, fisiológico y mórbido se orientó hacia dos cuestiones fundamentales: (1) el agravamiento de los defectos del carácter que afectaban a la raza, y (2) la emergencia de una psicopatología colectiva que dañaba la voluntad colectiva.

(1) El problema caracteriológico se articuló sobre todo en torno a la hipertrofia, morbilidad o perversión circunstancial del individualismo y la independencia, por un lado, y de la fantasía e imaginación de la raza española, por otro. A partir de esas dos constelaciones temperamentales, los regeneracionistas derivaron nóminas de defectos más o menos extensas que podían hallarse en la base de la decadencia. No sin ambigüedades, estas nóminas oscilaron entre los excesos voluntaristas y quijotescos, en un extremo, y la indolencia apática y fatalista, en el otro. Así, Morote o Isern hicieron especial hincapié en la inconstancia, el desequilibrio, la indisciplina o la ligereza que esterilizaba las energías nacionales. Unamuno creía que el purismo casticista estaba en proceso de descomposición, pero en torno a él se había estructurado el quietismo, el alumbrismo, el ordenancismo, la intolerancia, la gravedad y la falsa percepción de libertad interior y exterior que todavía reprimía un desarrollo verdaderamente natural del carácter español. Pero la lista más profusa y lapidaria fue sin duda la de Mallada, quien, entre otros defectos, señaló la maledicencia, la soberbia, la tosquedad, la descortesía, la tacañería teutónica, la rutina, la rusticidad, la ignorancia, la complejidad innecesaria, la torpeza, la indolencia, la impunidad, la holgazanería, el absentismo y la falta de virilidad, de visión práctica y de patriotismo. Mallada creía, en definitiva, que en la sociedad española existía una abundancia de espíritus débiles, enfermizos y raquíticos que, paradójicamente, sobrevivían a la lucha por la vida.

(2) Desde el punto de vista psicopatológico, los desórdenes mórbidos afectaban al espacio mental. En el capítulo 11 veremos cómo esas alteraciones se ajustaban perfectamente a la estructura psicológica tripartita y, en consecuencia, podían afectar a los aspectos intelectivos, sentimentales y motrices. En el primer caso cabría citar la hegemonía de la impresión sensitiva sobre el juicio o la razón planteada por Isern; el realismo extremo, la tendencia dissociativa, la pobreza de ideas y la incapacidad para percibir el

hecho vivo denunciada por Unamuno; o la alternancia ciclotímica de genialidad y estupidez advertida por Ganivet. Entre los desarreglos del sentimiento, Unamuno menciona la hiperestesia o el deterioro empático que condicionaba la calidad recia e igualitarista del pueblo español. Pero desde que Ribot planteara sus tesis psicopatológicas en la escena decimonónica, los desórdenes sentimentales estaban estrechamente relacionados con los motrices. Ese es el marco que retoman Altamira y Ganivet, si bien para atajar cualquier interpretación clínica, en el caso del primero, y para establecer una interpretación estrictamente voluntarista, en el caso del segundo. En último término, la consecuencia fundamental de la alteración motriz era la abulia colectiva, explicada por Unamuno como una atonía, homogeneidad y uniformidad de la conciencia social. Vendría provocada por la acomodación monótona y pasiva al medio en detrimento de la adaptación activa. A esa misma línea se acogen otros regeneracionistas como Macías Picavea, Costa o Morote, quienes consideraban que la inexistencia o desorientación de la voluntad era una de las principales causas de la inercia, decadencia e inferioridad del colectivo español.

Todos los regeneracionistas atenderán a esas dimensiones mórbidas porque en ellas se condensan, en alguna medida, las alteraciones del principio de acción identitario o, en palabras de la época, las enfermedades del cuerpo social (corrupción, abulia, parálisis, enfermedad, etc.). Ahora bien, descartada por completo la posibilidad de alterar las bases estructurales de la identidad española –racial o espiritual–, los regeneracionistas dirigieron los efectos de esta doble vía psicológica –la caracteriológica y la mental– al espacio de la “moral pública” o “colectiva”; un área en la que autores como Costa dan cabida a las leyes, costumbres y códigos de comportamiento y convivencia que son compartidas, consciente o inconscientemente, por todo el colectivo, y que operan como vectores socio-culturales de los fines perseguidos por sus integrantes. Partiendo de esa base, el propio Costa entendía los vicios morales como una degeneración del cuerpo social. Mallada hablaba de una perversión moral epidémica que estaría provocada por la fantasía y la ociosidad. Macías ligaba estrechamente el engranaje voluntarista a la moral o a la ética, entendidas ambas como manifestaciones activas del temperamento colectivo. Un último ejemplo es el de Unamuno, que consideraba que el misticismo castellano era una clara manifestación de hipertrofia moral.

Ciertamente, en todos esos casos es difícil deslindar el significado de esa estructura moral de los conceptos típicamente relacionados con la subjetividad colectiva –psicología, carácter, raza, etc.–. En cierto sentido, la moral era el síntoma visible de la salud de la subjetividad colectiva. Sin embargo, ese mismo carácter externo o comportamental resultará muy útil para desplegar el catálogo de las tendencias, obras o comportamientos virtuosos y viciosos del colectivo español, sin comprometer en exceso sus fundamentos últimos. En ese sentido hay que entender el hecho de que Morote, en una vía más constructiva que sus colegas, creyera posible aprender de la moral de la derrota; es decir, reconocer las causas mentales permanentes de la decadencia, sentir el dolor redentor y conocer, en definitiva, el

verdadero destino histórico del pueblo español. Esta perspectiva ofrece un nuevo marco diagnóstico que, trascendiendo ya plenamente la inquietud identitaria del espacio contemplativo, nos ubica en el territorio de la tecnología psico-sociológica.

Detectado el problema circunstancial en la instancia moral, lo que ha de seguir es el despliegue de herramientas terapéuticas para “regenerar” el principio de acción identitario; o lo que es lo mismo, la disposición de estrategias reformistas para habilitar el cambio social. En coherencia con la propia naturaleza del análisis identitario, esas herramientas son ya inseparables de la dimensión psicológica. En ellas está depositada la tarea de cuidar la subjetividad nacional (una tarea pedagógica demandada especialmente por Altamira, Unamuno, Mallada, Macías, Morote, Isern y Costa) y coartar o reorientar sus desvíos (la labor higienista, tocada particularmente por Maeztu, Morote, Isern y Costa).

Hasta aquí hemos resumido el itinerario que se recorre desde el marco nomotético general del que disponen los regeneracionistas en el fin de siglo hasta su construcción concreta de la identidad española desde el punto de vista psicológico. En los capítulos que siguen analizaremos minuciosamente cada uno de los elementos etopolíticos que participan del proceso de construcción específico. Pero, antes de ello, en los dos epígrafes que siguen esbozaremos las bases y problemas generales de su articulación estructural, funcional y relacional dentro de las dos vertientes etopolíticas del discurso regeneracionista: la teórico-contemplativa o puramente analítica y la práctico-tecnológica, interventiva o terapéutica.

10.2 ESTRUCTURA Y DESAJUSTES GENERALES DE LA CONTEMPLACIÓN DE LA IDENTIDAD ESPAÑOLA

En capítulos anteriores hemos visto cómo las disciplinas incluidas o anejas al “campo psi” permitían sostener, desde un punto de vista nomotético, los parámetros de análisis y construcción de cualquier identidad colectiva. Sin embargo, también hemos señalado que la agenda regeneracionista exigía que los juicios y conceptos manejados en ese nivel se concretaran en una construcción idiosincrásica de la identidad nacional española. Esa tarea, que adopta un carácter básicamente “contemplativo” y que, por ende, se pone en juego desde la vertiente identitaria del regeneracionismo, debía intentar resolver la unidad psíquica del colectivo español, además de mostrar las excelencias y limitaciones de la subjetividad compartida y de su genio peculiar para la acción y la empresa colectiva.

Los elementos etopolíticos que guiarán esa prospección son los que introducíamos en el capítulo 1 y los que ya hemos ido mencionado en los análisis de las fuentes nomotéticas: el *antropográfico*, en tanto que encarna o personaliza el sujeto, la esencia y el principio activo de lo español; el *topográfico*, en tanto que sostiene la concepción de España como “espacio” o “medio vital” del colectivo nacional; el *cronográfico*, que ilustra el devenir del genio español en el tiempo histórico y, particularmente, la historia

nacional; el *productivo*, en tanto que ofrece las obras y productos culturales a través de los cuales se expresa o traduce la esencia del genio nacional; y por último el *proyectivo*, en la medida que precisa las alternativas que cabe programar, esperar o desear en el futuro ideal del colectivo nacional. Puede considerarse que estos cinco tópicos configuran los principios de una “psicología del pueblo español”, entendiendo por “psicología” el acervo de elementos identitarios que dependen intrínsecamente de una instancia subjetiva y que, por tanto, reducen a los españoles a un estereotipo peculiar y diferente al de otro colectivo nacional

No hay que perder de vista, en cualquier caso, que esos elementos no sólo definen dimensiones estáticas, sino también dinámicas de la teoría especial de la identidad: no sólo el ser sino también la actividad histórica y cultural en la que la colectividad configura su propia identidad nacional. La necesidad de poner orden en ese despliegue temporal o narrativo del sistema identitario (eterno retorno, desenvolvimiento, desarrollo, destino, lucha por la supervivencia, progreso, etc.) obligará a combinar de múltiples maneras los cinco elementos etopolíticos. Éstos interactuarán en el discurso regeneracionista cumpliendo, al menos, cinco “funciones” estructurales o gramaticales estrechamente conectadas. Aunque de esas funciones también hemos hablado detenidamente en el primer capítulo, no está de más recordarlas: *agente* –quien hace algo en tanto que principio de actividad y responsabilidad–, *escenario* –el espacio donde se realiza o desarrolla la actividad–, *acción* –qué es lo que se hace en tanto que forma concreta de la actividad desempeñada–, *agencialidad* –los medios y herramientas con los que se desempeña la actividad o los productos subsidiarios de ella– y *propósito* –por qué o para qué se hace en tanto que fin teleológico de la actividad–².

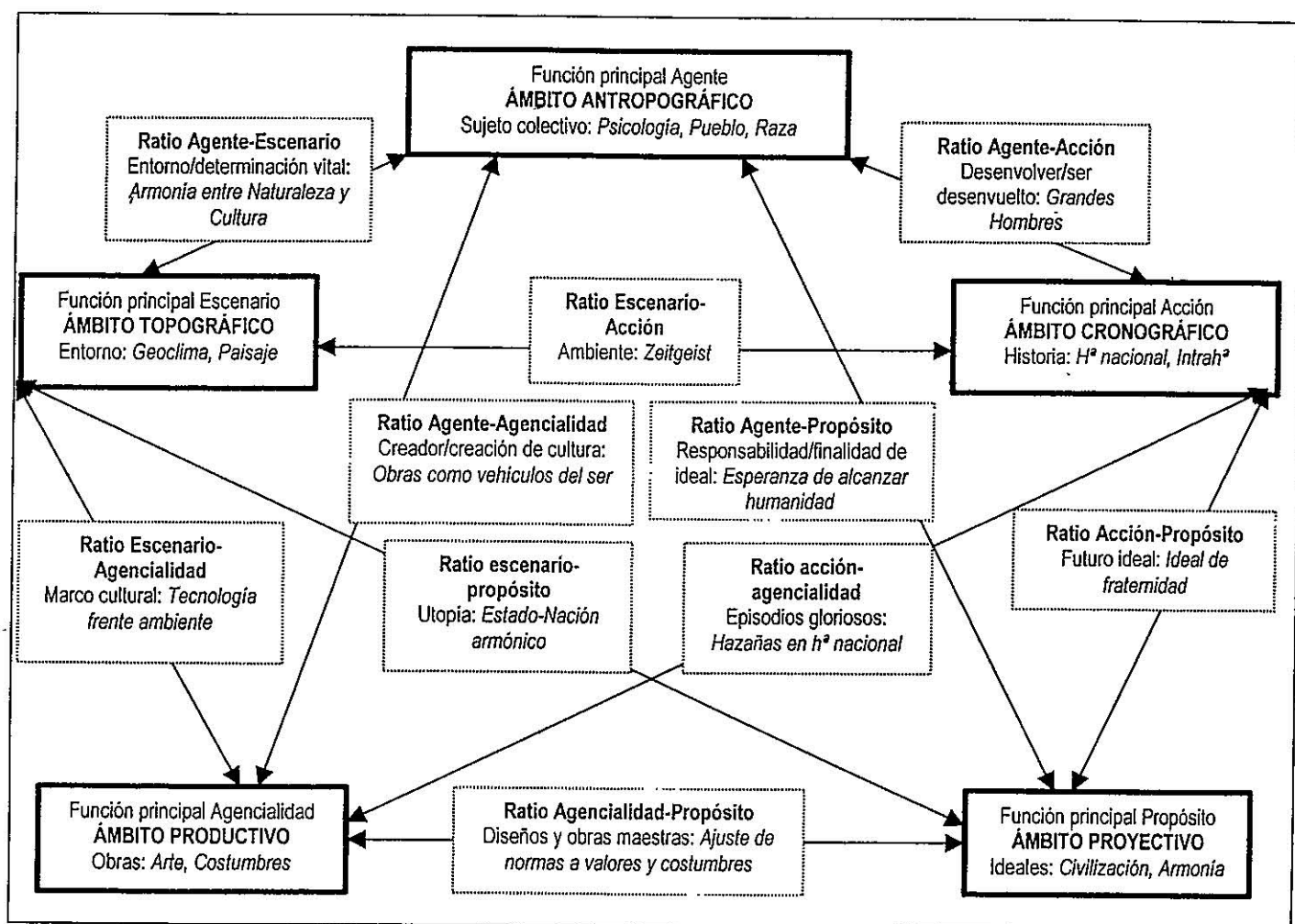
Es evidente que esas funciones se articulan paralelamente a los cinco elementos etopolíticos (el *antropográfico* está estrechamente ligado al *agente*, el *topográfico* al *escenario*, el *cronográfico* a la *acción*, el *productivo* a la *agencialidad*, y el *proyectivo* al *propósito*) y, de hecho, son las que explican sus vínculos estructurales más allá del papel temático o referencial de aquellos. Entre unos y otro vamos a intentar reconstruir la lógica interna del programa identitario del regeneracionismo. En cualquier caso, es importante recordar que en un caso hablamos de elementos temáticos o conceptuales y, en el otro, de funciones discursivas o formas de gramaticalizar la identidad y su actividad. En ese sentido, cuando los elementos etopolíticos se insertan en la estructura identitaria pueden variar e intercambiar las funciones discursivas a las que formalmente parecen más vinculados.

El gráfico que sigue pretende mostrar las líneas maestras de la estructura relacional de la identidad colectiva, aunque no hay que olvidar que los elementos etopolíticos pueden combinarse e interactuar de múltiples maneras. Los recuadros de línea continua recogen los cinco elementos o ámbitos etopolíticos (en

² Recordemos que en nuestro estudio estos cinco tópicos suponen una adaptación metodológica de la propuesta de K. Burke (1950/1969) para el análisis de la *acción*, entendida siempre como acción dramática. Desde nuestro punto de vista, no suponen categorías ontológicas o metafísicas, simplemente son analítico-descriptivas.

mayúscula) y las funciones gramaticales a las que están principalmente asociados (en **negrita**). Los cuadros de línea discontinua ofrecen las relaciones sintagmáticas o “**ratios**” (también en **negrita**) que vinculan funcionalmente los cinco elementos. Igualmente, en todos los cuadros está recogida la tematización concreta de la función discursiva³ -aparecen en letra minúscula simple- y un ejemplo de tópico psico-sociológico asociado -aparece en cursiva y está extraído de las categorías recogidas en la tabla 10.1 o en la que aparece en el anexo al final del capítulo).

Gráfico 10.2. Estructura de la construcción identitaria a partir de los elementos contemplativos



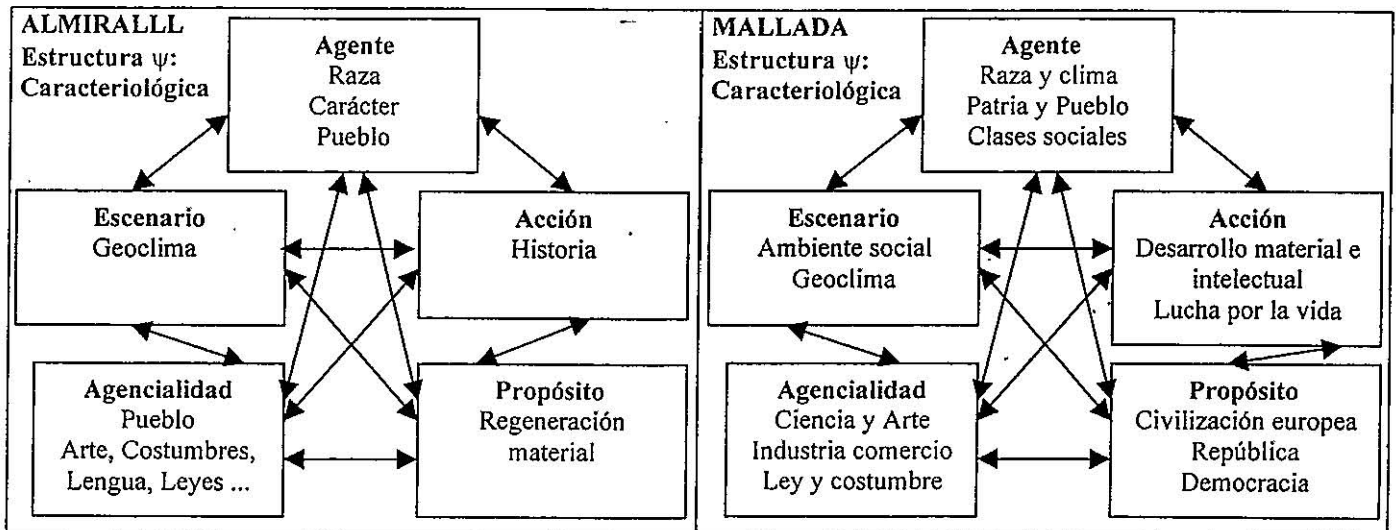
Es importante insistir en que el gráfico presentado ofrece la estructura canónica de la interpretación identitaria y que, en realidad, cada uno de los elementos etopolíticos puede cumplir cualquier función gramatical. Esos deslizamientos discursivos rediseñan, a su vez, las funciones que cumplen el resto de los elementos, lo que convierte nuestro ejemplo en un caleidoscopio de estructuras funcionales para la identidad. De hecho, tal polivalencia funcional implicará que la comunalidad

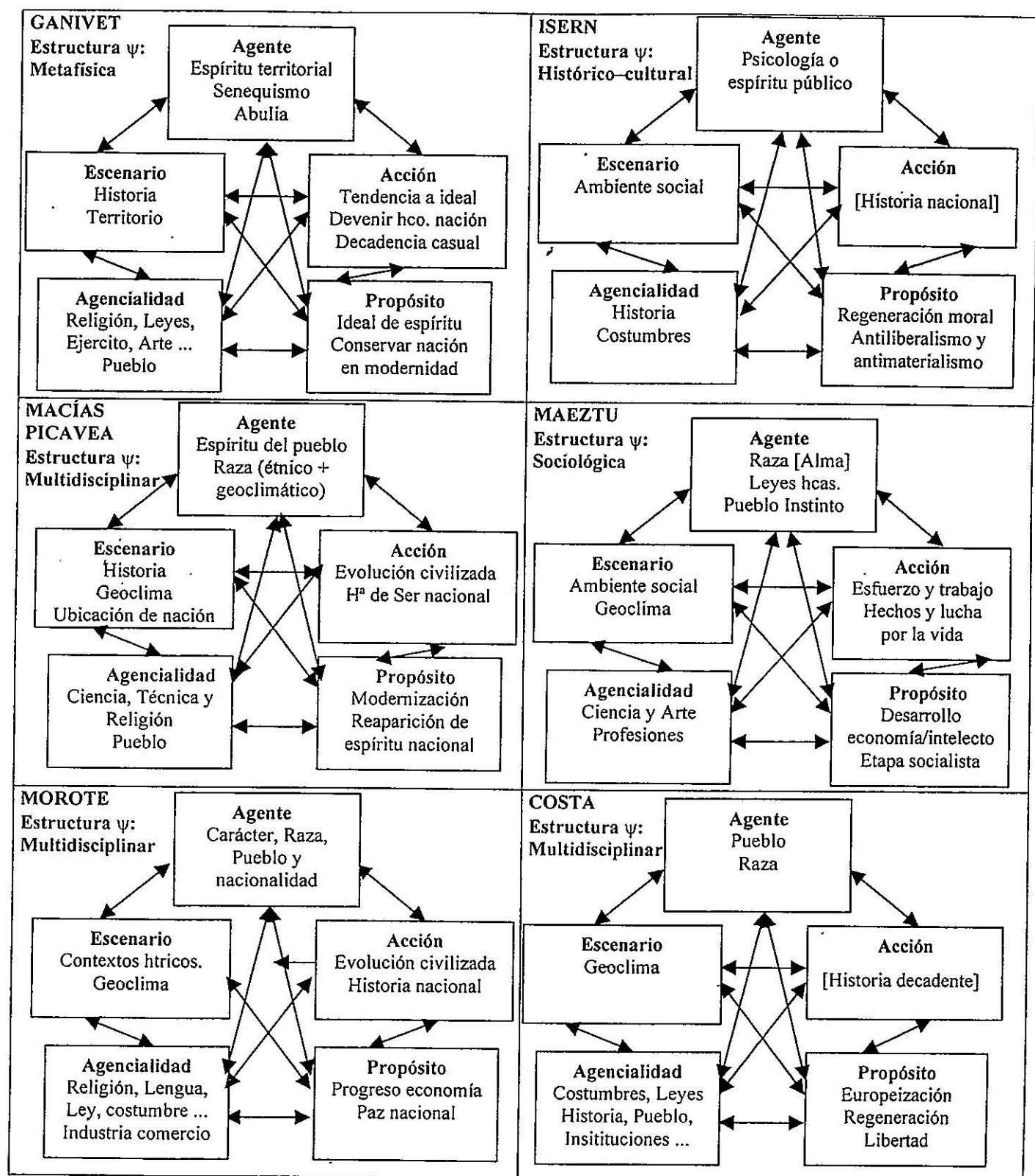
³ Según la nómina de funciones relacionales que se podían observar en la tabla 1.2 del capítulo 1.

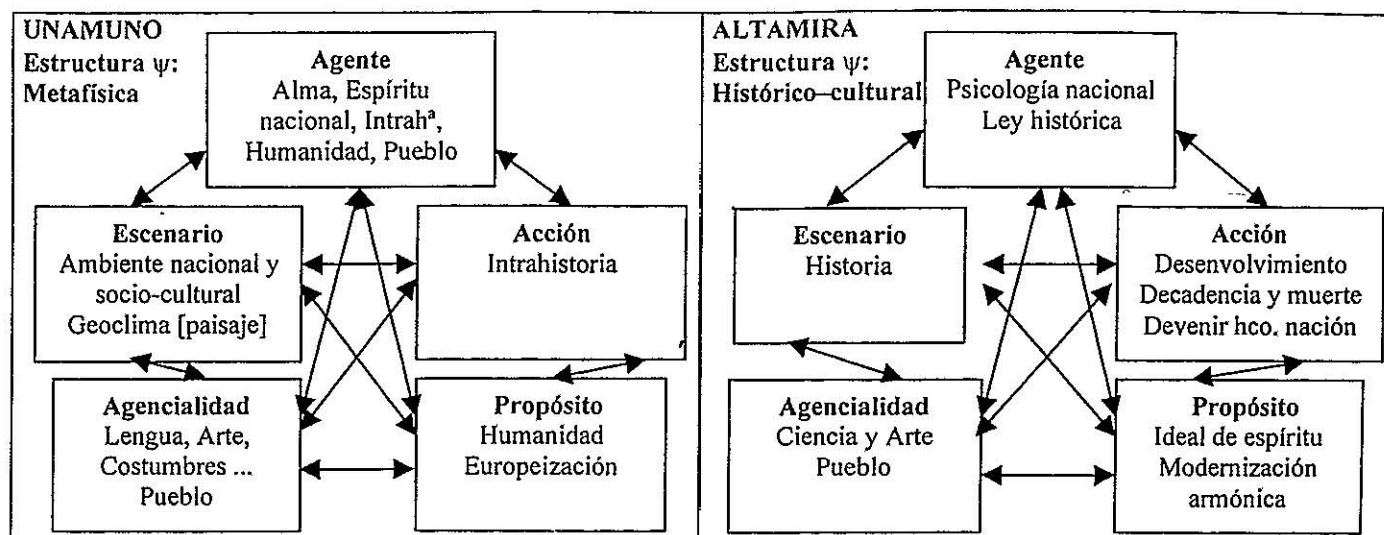
discursiva del regeneracionismo no esté exenta de desajustes interpretativos. Tal circunstancia puede comprobarse comparando las variantes identitarias ofrecidas por los diferentes autores.

En los gráficos que siguen partimos de los parámetros analíticos que venimos poniendo en juego para presentar las alternativas estructurales de la identidad que los diversos intelectuales manejan en sus textos. Es evidente que también aquí los gráficos recogen lecturas canónicas e implícitas en los argumentos desplegados por los regeneracionistas (o, si se quiere, una recreación ideal de la estructura identitaria que traslucen en esos argumentos). Establecer una nómina exhaustiva de las estructuras identitarias subyacentes a los textos implicaría analizar y comparar en cada uno de ellos las funciones cumplidas, párrafo a párrafo, por los diferentes elementos etopolíticos. Tal descripción trasciende los objetivos de este trabajo que no aspira a agotar todas las posibilidades estructurales dispuestas por los autores. En cualquier caso, no perdemos de vista las estructuras etopolíticas más representativas en cada uno de los textos del regeneracionismo. Serán las que vertebrarán nuestro argumento.

Gráfico 10.3. Estructuras de la construcción identitaria a partir de los elementos contemplativos en cada uno de los autores del regeneracionismo







Como venimos diciendo, el espacio textual recogido en los gráficos 10.2 y 10.3 revela las principales contradicciones y conflictos discursivos que afectan a la articulación de la identidad especial. Los gráficos muestran que el mecanismo del desajuste tiene que ver fundamentalmente con la concurrencia de diferentes elementos etopolíticos en una misma función gramatical; una circunstancia que, además, puede tomar dos formas fundamentales: la intertextual y la intratextual. Las vemos en los dos epígrafes que siguen a continuación.

10.2.1. El desajuste intertextual de la contemplación identitaria

El desajuste intertextual es el más simple ya que implica aquellos desajustes funcionales que se deben a las divergencias lógicas entre las perspectivas teóricas de los diferentes autores. Así, por ejemplo, mientras que para Ganivet lo *topográfico* –el territorio en su forma peninsular– se convierte en el *agente* al que remitir la peculiaridad y el desempeñar de cualquier pueblo, para Unamuno sólo es el *escenario* –lo *topográfico* adquiere matices paisajistas– donde tiene lugar la actividad del agente intrahistórico.

En líneas generales, los gráficos de la ilustración 10.3 muestran tres variantes psico-sociológicas de la estructura identitaria que, además, obedecen a cierta lógica diacrónica. Así, podría hablarse de una doble fundación de la preocupación identitaria representada, por un lado, por una tendencia caracteriológica y sociológica, y, por otro, por una tendencia metafísica. A ambas seguiría un momento de marcada hibridación disciplinar representado por la saliencia articuladora de lo psicológico. Al incluir un matiz cronológico, el doble momento de fundación al que hemos hecho referencia inscribe cierta idea de proceso en el propio desarrollo del discurso regeneracionista. Ésta estaría formada por tres etapas: la positivista, la metafísica y la multidisciplinar.

(1) La primera estaría definida por la tendencia caracteriológica. Es típica de la segunda mitad de los años ochenta, un momento de auge pleno del positivismo que se refleja en la disposición identitaria ofrecida en los textos de Almirall y Mallada (gráficos 10.3.1 y 10.3.2). Destaca por el lugar privilegiado que ocupan los aspectos raciales dentro de la función *agente* y los geoclimáticos en la función *escenario*.

(2) La etapa metafísica se abre en la segunda mitad de los noventa con los textos de Ganivet y Unamuno (gráficos 10.3.3 y 10.3.9), cuando el reflujo vitalista e idealista empieza a condicionar las aseveraciones del positivismo. Esta segunda fundación del discurso regeneracionista da prioridad a los aspectos espirituales dentro de la función *agente* y empieza a destacar los aspectos socio-históricos en la función *escenario*.

(3) Ya en los años inmediatamente posteriores al desastre emerge la plana mayor del discurso regeneracionista, donde el gozne psicológico permite el tránsito identitario entre planteamientos afectos a lo histórico-cultural (Altamira e Isern, 10.3.10 y 10.3.4), y apuestas más interesadas por lo sociológico e, incluso, lo fisiológico (Macías, Costa, Morote y Maeztu, 10.3.5, 10.3.8, 10.3.7 y 10.3.7). En esta tercera fase la polivalencia funcional de los diferentes elementos etopolíticos se muestra ya en toda su extensión y posibilidades.

Los desfases funcionales entre los textos incluidos en cada una de esas etapas responden, lógicamente, a las peculiaridades de cada intervalo socio-histórico. En cualquier caso, la continuidad etopolítica entre ellos es evidente y no perturba la posibilidad de acotar un género discursivo, más o menos delimitado, que responda al nombre de “regeneracionismo”. Paradójicamente, los desajustes más desestabilizadores de esa lógica discursiva se hallan en los contenidos intratextuales de cada obra. Esta cuestión la tratamos en el siguiente epígrafe.

10.2.2. El desajuste intratextual de la contemplación identitaria

La segunda forma del conflicto funcional, la intratextual, afecta a la lógica interna de un mismo texto o autor; nada de extrañar si consideramos que los regeneracionistas están dispuestos a realizar cualquier ajuste identitario que sea pertinente para sostener la lógica etopolítica defendida. Este segundo tipo de desajustes atraviesan continuamente la textura argumental y –también de forma canónica– pueden clasificarse en dos tipos fundamentales: (1) las que responden a conflictos entre el nivel nomotético o general y el idiosincrásico y (2) las que provienen de contradicciones en un mismo nivel discursivo. Las vemos a continuación.

(1) Por un lado, están las controversias entre las escasas pero potentes apuestas del nivel nomotético y las resoluciones especiales o idiosincrásicas de la estructura identitaria española. Quizá el más habitual y representativo de esos movimientos sea el que implica la observancia de leyes históricas o

sociológicas generales –que cumplen el papel agencial en el devenir, desarrollo y decadencia general de los pueblos– y, al tiempo, la formulación de condiciones e interpretaciones específicas para la circunstancia española. En la mayoría de las ocasiones el efecto buscado es constituir el problema crucial de la arquitectura identitaria del pueblo español, pero mitigando las dimensiones agenciales más deterministas y fatalistas del nivel nomotético. En ese sentido, la incorporación estratégica de lo idiosincrásico se manifiesta en tres formas fundamentales.

- La primera de ellas concentra los motivos de la decadencia en aspectos nomotéticos e, incluso, pone el desarrollo nacional en manos de lo idiosincrásico. Es el caso de Maeztu y Altamira cuando explican la pérdida colonial y la decadencia a partir de las leyes generales de la historia (nacimiento, auge, decadencia y muerte de los pueblos), pero sin renunciar a que las cualidades psicológicas específicas del pueblo español –positivas por definición– protagonicen una recuperación futura –con lo que la historia se convierte en un mero escenario circunstancial de la anecdótica decadencia española– (ver gráficos 10.3.6 y 10.3.10).

- La segunda estrategia, inversa de la anterior, supone atribuir los motivos principales de la decadencia a lo idiosincrásico. Ejemplos de este caso los encontramos en Ganivet y, nuevamente, en Maeztu (ver gráficos 10.3.3 y 10.3.6). El granadino considera que el espíritu territorial define cualquier carácter nacional al que hay que someter cualquier interpretación de desenvolvimiento histórico. Definida la condición individualista española, Ganivet va a considerar, sin embargo, que los ribetes más radicales de tal condición son el resultado de una circunstancia histórica particular (el contacto con la cultura árabe y la Reconquista). Maeztu, por su parte, plantea que, a pesar de las leyes históricas y socio-económicas, la decadencia en España está condicionada, excepcionalmente, por la influencia geoclimática del sur peninsular en el carácter de los principales políticos de la Restauración.

- Por último, la tercera y más habitual de las estrategias se presta a un doble juego que replica las diferentes alternativas agenciales del nivel nomotético en el idiosincrásico; es decir, plantea que tanto el desarrollo como la decadencia están ligados a factores idiosincrásicos concretos. Es el caso de Mallada o Morote (ver gráficos 10.3.2 y 10.3.7). Aún manejando potentes leyes sociológicas, históricas y económicas, ambos autores explican eventualmente la decadencia española a través de la raza y el clima, sin que esto implique una inferioridad constitutiva respecto a otras naciones. También en este caso podría apuntarse al siempre ambiguo Unamuno (ver gráfico 10.3.9), cuyas diatribas entre lo castizo y lo europeo, lo intrahistórico y lo histórico, lo popular y lo universal condensan un verdadero calidoscopio de desajustes identitarios que iremos desglosando en epígrafes siguientes.

(2) La otra posibilidad de desajuste intratextual tiene que ver con las contradicciones en un mismo nivel discursivo. Sobre los equilibrios eclecticismos que los regeneracionistas ensayan en el nivel

nomotético ya hemos hablado al principio de este capítulo. Desde el punto de vista identitario, es más relevante registrar los desajustes en el nivel idiosincrásico. En él es especialmente habitual encontrar que una misma función identitaria es cubierta por varios tópicos etopolíticos al mismo tiempo. Especialmente complejo es identificar el elemento o ámbito identitario que ocupa la instancia agencial. Ganivet, por ejemplo, la resuelve en distintos momentos de su tesis con apelaciones a la tradición senequista, la forma peninsular del territorio o los problemas de voluntad del pueblo, entre otras posibilidades (ver gráfico 10.3.2).

Como puede observarse en los gráficos presentados más arriba, el caso de Ganivet no es excepcional. Lo habitual entre los regeneracionistas es emplear más de un tópico etopolítico en la configuración de una misma función identitaria. Cuando tal función se atribuya a elementos *topográficos* o *cronográficos* (territorio, ley histórica, etc.) lo normal es que medien compromisos nomotéticos. Si la función agencial viene ocupada por el pueblo o la nación se estará despejando el camino para la elaboración postrera de argumentos socio-políticos. Raza, carácter, espíritu o psicología aparecen como elementos mediadores entre ambos espacios, el estrictamente teórico y la preparación del aplicado.

Sin tanta polifonía discursiva, las diatribas básicas a las que se ve sometida la instancia agencial se reproducen en el resto de funciones. La más evidente es la *agencialidad*, que recoge las obras derivadas del espíritu español para intentar explorar su compatibilidad con las herramientas profesionales tecnológicas y científicas. El Pueblo y sus instituciones, en ese caso, puede ser considerada la instancia mediadora —integradora o administradora— entre los logros de uno y otro tipo de agencialidades. Los gráficos también muestran cómo los regeneracionistas pueden hacer tres usos fundamentales del escenario. Estos usos corresponderían con un contexto socio-histórico, unas condiciones geoclimáticas o una localización territorial. En el caso de la *acción*, la forma etopolítica más habitual es la histórica (en sus diferentes manifestaciones: decadencia, intrahistoria, desenvolvimiento, etc.), pero sin olvidar la retórica evolucionista de la lucha por la vida y su manifestación peculiar en la sociedad española. Por último, encontramos la función *propósito* que despliega un doble horizonte arquetípico: el del desarrollo de los más altos y nobles valores del espíritu (representado por la propia nación o una idea difusa de Humanidad), y el de la consolidación de un estado de progreso material o, lo que es lo mismo, “regenerado” desde el punto de vista económico, industrial y por ende, político (representado por Europa). La alternativa mediadora para ambos, en este caso, habría que buscarla en la idea de “armonía” social. No nos detenemos en mostrar ejemplos concretos de este último y nutrido grupo de desajustes intratextuales porque todos ellos están bien reflejados en los gráficos. Son, además, aspectos que surgirán continuamente en los próximos capítulos.

A pesar de todo lo dicho, los desajustes intratextuales e intertextuales que hemos venido repasando no pueden considerarse puntos de fuga de la construcción de la identidad nacional española ni de la

comunalidad discursiva del regeneracionismo. De hecho, la multifuncionalidad de los elementos identitarios y su cualidad caleidoscópica tiene como objetivo metatextual prioritario, en todos los casos, dicha construcción. Dedicaremos los capítulos 11, 12, 13, 14 y 15 a explorarla partiendo de su organización y desglose en los cinco ámbitos analíticos que hemos venido señalando: *antropográfico*, *topográfico*, *cronográfico*, *productivo* y *proyectivo*. Veremos cómo se concretan sus valores y aportaciones psico-sociológicas y cómo articulan la identidad colectiva –tácita o explícitamente– desde la gramática funcional que hemos descrito. Pero antes algo hemos de decir de la parte práctico-interventiva del proyecto regeneracionista.

10.3. PROBLEMÁTICAS Y TECNOLOGÍAS PARA LA IDENTIDAD ESPAÑOLA

En epígrafes anteriores hemos ido “descendiendo” desde el apoyo disciplinar que el nivel nomotético presta a las reflexiones contemplativas de los regeneracionistas hasta la propuesta y diseño analítico de un modelo identitario particular –una teoría especial de la identidad– para el caso español. En la parte dedicada a la vertiente práctico-tecnológica trataremos de sentar las bases de los diagnósticos y soluciones generales que los regeneracionistas proponen para paliar la decadencia nacional. Como hemos señalado a lo largo de capítulos precedentes, por estrategia retórica o convencimiento visionario el engranaje persuasivo dispuesto por los regeneracionistas consiste en hacer ver que la “decadencia” nacional ha tocado fondo, e incluso que el propio colectivo nacional corre peligro de desaparecer.

En cierto sentido, esta inquietud ante el “sí colectivo” acosado por la decadencia condensa las claves retóricas del “Problema de España”, y fundamenta ante el público pertinente la necesidad de construir –*reconstruir*, en los términos del regeneracionismo– una identidad nacional y, por supuesto, de explicitar la dirección etopolítica a seguir; o, lo que es lo mismo, la agenda socio-política o político-ideológica que habría que poner en marcha. El camino es intrincado y, como venimos proponiendo, creemos que en él tiene una significación nuclear el discurso psico-sociológico; muy particularmente, su capacidad para convertir la identidad colectiva en la preocupación fundamental de la reflexión nacionalista. No puede perderse de vista que, como veíamos en el capítulo 1, el antropologismo de la *episteme* decimonónica había contribuido a que los tópicos psico-sociológicos (pueblo, espíritu, raza, etc.) también se convirtieran en herramientas “científicas” con las que cuidar o administrar los lugares comunes de la conciencia y la memoria colectiva.

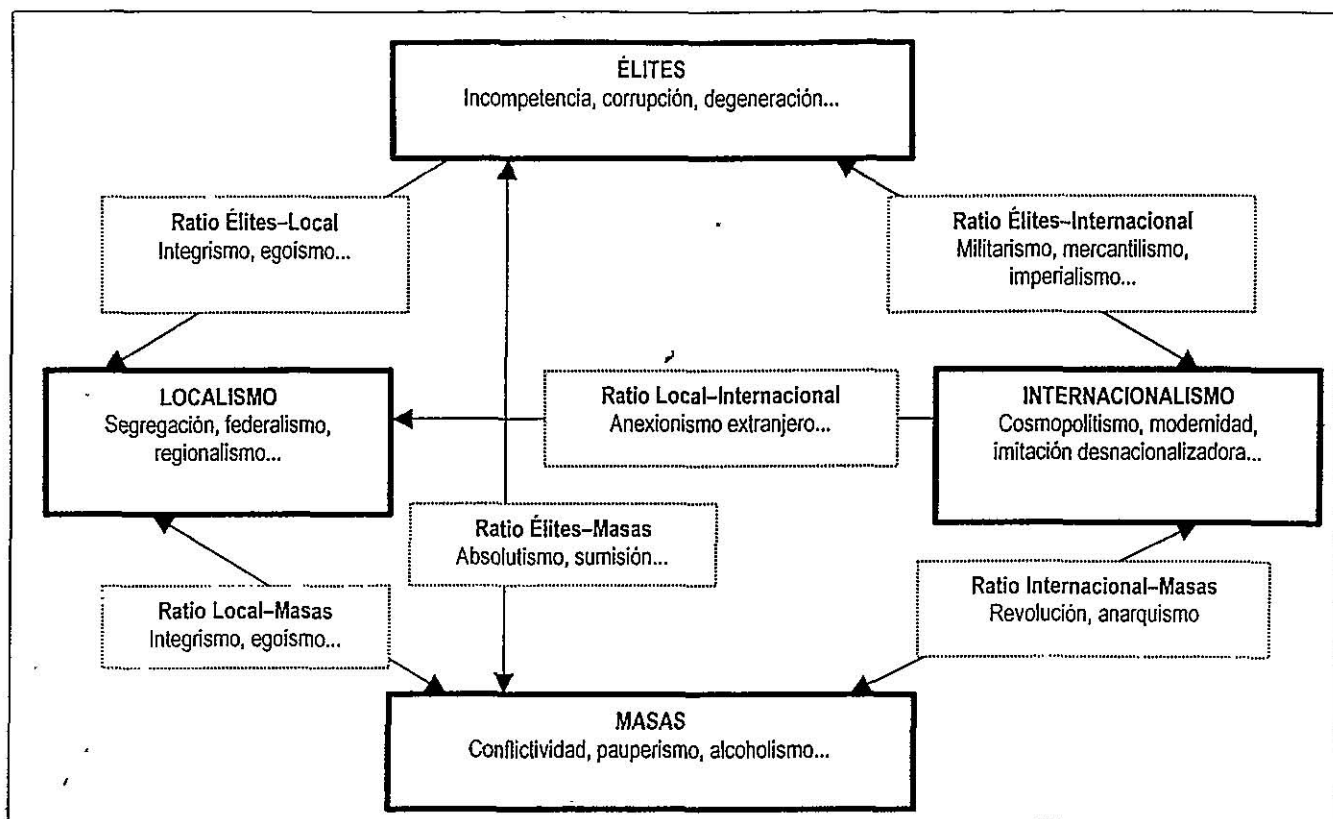
Desvelando o señalando esos puntos críticos, los regeneracionistas podían esperar que la sociedad española asumiera motivos psico-sociológicos para explicar sus éxitos y fracasos históricos, pero también su renacimiento futuro. Dada la convergencia plena entre análisis y reforma identitaria, la parte optimista – y no exenta de ribetes metafísicos– del argumento reformista supone que el conocimiento de la esencia

identitaria permitiría una refundación o, propiamente, una “regeneración” nacional. Se trataba simplemente de promocionar las cualidades connaturales –y, por supuesto, positivas– de la identidad. Ahí tienen cabida, por ejemplo, las advertencias de Ganivet para que se asegure un período histórico interno y propiamente español y se controle el acceso a la modernidad y la ciencia; las de Morote, para que se preserven las entrañas de las fuerzas vírgenes y renovadoras; las de Costa, para reflotar, renovar o restaurar la patria en una nueva era histórica; o las de Unamuno, para hallar la tradición eterna, lo común humano o el verdadero ideal del carácter íntimo y patriótico.

Sin embargo, los objetivos propiamente reformistas no son explícitos hasta que los regeneracionistas –como ya habían hecho otros intelectuales europeos– no exponen ante los poderes públicos la necesidad de conocer la “psicología nacional española” si se pretende gobernar o administrar el país adecuadamente. En ese caso, la teoría de cambio se explicita, toma cuerpo práctico y, por lo tanto, configura propiamente tecnologías del Yo colectivo. Así, ya se considera que, después del escrutinio disciplinar de las esencias identitarias españolas –entendidas en sentido espiritual, racial, psicológico, moral, patriótico o popular–, la vía regia para afrontar la grave decadencia es fomentar las soluciones pertinentes y manipular, reorganizar e, incluso, modificar la instancia y la actividad colectiva hasta donde sea necesario. Ello pasaba por objetivar y precisar los ámbitos públicos en los que cristalizaba la corrupción, la degeneración y, en definitiva, los vicios de una instancia colectiva incapacitada para la acción y la decisión.

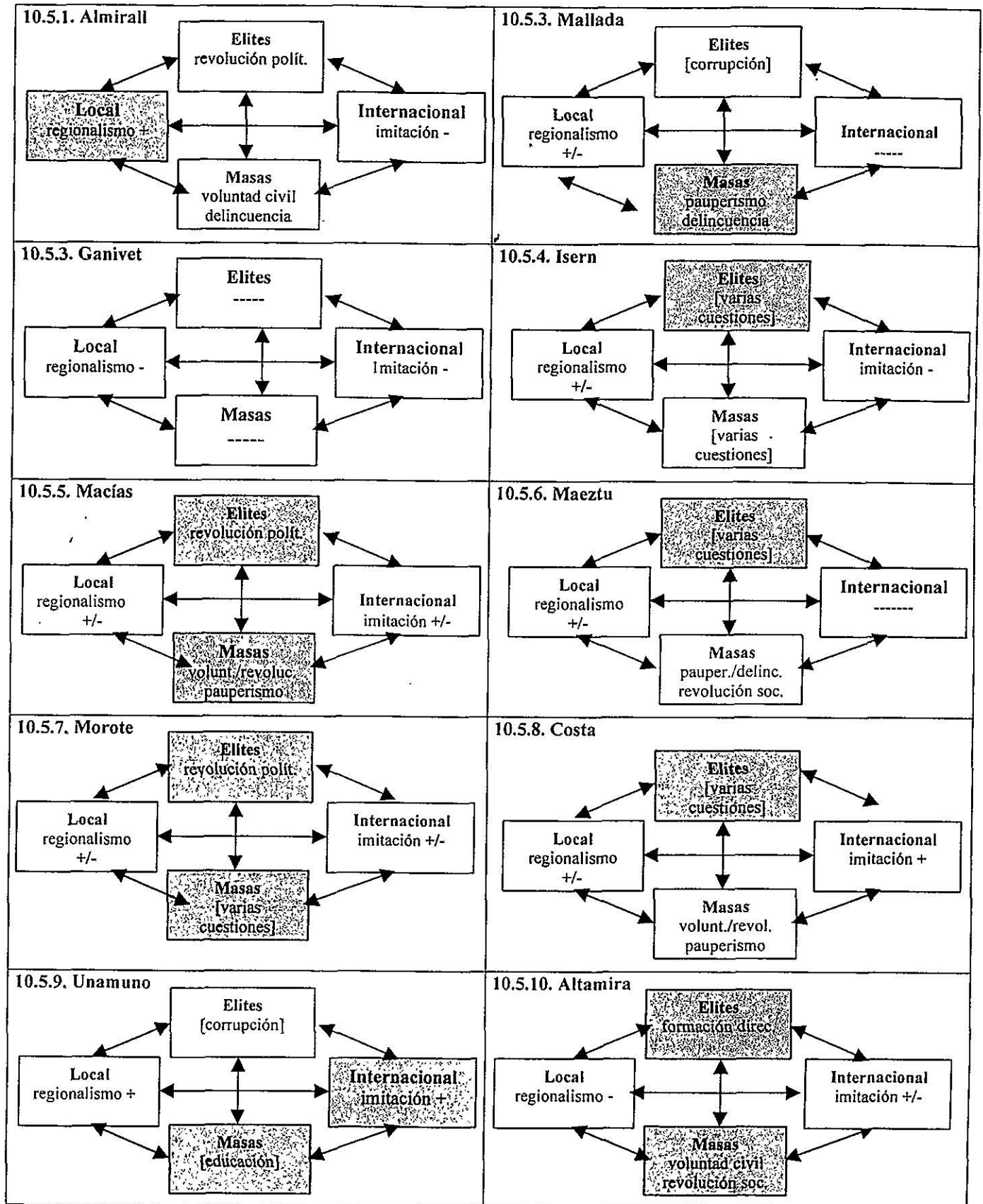
En el gráfico que sigue a continuación hemos intentado distinguir los cuatro ámbitos principales de ese espacio socio-cultural y político-económico en el que se concreta el “Problema de España” (cuadros de línea continua). Como ya sabemos, éstos son el ámbito de las *masas*, el de la *elites*, el *localista* y el *internacionalista*. En el gráfico también se reseñan las principales vinculaciones etopolíticas que mantienen entre ellos (cuadros de línea discontinua) y algunos de los problemas concretos que se detectan en su seno. Esta clasificación nos permitirá organizar los territorios de la actividad pública sobre los que los regeneracionistas desplegaron su terapéutica diagnóstico-interventiva y, por ende, su agenda político-ideológica.

Gráfico 10.4. Estructura general de los elementos interventivos del regeneracionismo



Como en el caso de los elementos analíticos, es importante insistir en que la complicada encrucijada presentada en el gráfico ofrece la estructura ideal de la terapéutica identitaria del regeneracionismo. Esta también tiene una expresión temática concreta en los textos particulares de cada uno de los regeneracionistas, y que nosotros intentaremos resumir a continuación. Lógicamente, tampoco en este caso aspiramos a agotar todas las posibles estructuras práctico-tecnológicas empleadas en los textos. Es evidente que, también en esta ocasión, los gráficos van a recoger lecturas canónicas, representativas e implícitas en los argumentos desplegados por los regeneracionistas. Los cuadros sombreados en gris muestran el elemento o elementos etopolíticos donde se concentra la principal demanda reformista del autor en cuestión.

Gráfico 10.5. Estructuras de la construcción identitaria a partir de los elementos interventivos en cada uno de los autores del regeneracionismo



En los gráficos hemos excluido aspectos que son habituales en todos los textos; a saber, las medidas genéricas contra las enfermedades del organismo social y la corrupción moral, la promoción de la voluntad civil, la reforma educativa, la profesionalización laboral y los programas para gestionar el regionalismo y la influencia cultural y política extranjera. De hecho, como bien muestran los gráficos, los problemas detectados y las respuestas propuestas por los diferentes regeneracionistas son, finalmente, muy semejantes. Esto provoca que, en el caso de los interventivos y a diferencia de lo que ocurría con los elementos analíticos, sea difícil rastrear una mínima evolución de las perspectivas o establecer agrupaciones de tendencias más o menos definidas. Los efectos de esa convergencia también se dejan notar en las transgresiones epistemológicas –recordemos, los desajustes teóricos que se producen entre los discursos disciplinares que confluyen, en ese caso, en la configuración de la vertiente práctico-tecnológica-. Las que aparecen son poco relevantes. Desde el punto de vista intertextual –comparación entre las distintas obras-, las principales transgresiones no responden tanto a desencuentros teóricos como a motivos político-ideológicos (conflictos emergentes entre el conservadurismo de Isern y Ganivet, el moderantismo de Mallada, Costa y Macías y el pseudo-socialismo de Maeztu y Unamuno). Desde el punto de vista intratextual –incoherencias dentro de la propia obra-, las que pueden encontrarse son eclipsadas por el talante eminentemente aplicado del objetivo perseguido. En este caso, el reformismo utiliza métodos eclécticos que se evalúan a luz de los resultados obtenidos antes que de los deslices epistemológicos.

Volveremos sobre las posibles tendencias etopolíticas y deslices epistemológicos cuando analicemos cada uno de los cuatro ámbitos interventivos canónicos –*masas, élites, localismo e internacionalismo*– en los capítulos 16, 17, 18 y 19. Aquí nos limitaremos a remarcar las dos directrices psico-sociológicas que los vertebran configurando la dimensión reformista del regeneracionismo: (1) el continuo *masas-élites* y (2) el continuo *local-internacional*. Ya en el capítulo I nos hemos referido al primer continuo con el nombre de “problema social”, y al segundo con el de “problema nacional”. Como bien reflejaba el gráfico 10.5, existen problemáticas compartidas que vinculan estrechamente ambas dimensiones; en cualquier caso, lo cierto es que cada una de ellas sustenta una perspectiva concreta a propósito de la debilidad cohesiva de la mentalidad nacional y, por ende, una agenda diagnóstico-interventiva propia. Las vemos a continuación.

(1) El continuo *masas-élites* supone una derivación del elemento *antropográfico* hacia el ámbito reformista. Básicamente, la cuestión planteada supone una toma de decisión sobre el agente político apropiado para, finalmente, impulsar el cambio social. En tanto que “problema social”, recoge la estructura de la “inmoralidad pública” aplicándola desde un punto de vista estamental. Sin olvidar los conflictos interclasistas, esta dimensión aglutina principalmente la preocupación por los mecanismos psico-sociológicos que subyacen a las labores propias de cada clase social y sus disfunciones. En ella cabe ubicar las medidas psico-sociológicas destinadas a paliar el hambre, la delincuencia o los problemas de

productividad –aspectos asociados principalmente a la abulia endémica de las masas– y la incompetencia directiva y gubernativa o la corrupción administrativa –cualidades atribuidas típicamente a la inmoralidad consciente y estratégica de las élites sociales– (ver por ejemplo Almirall, Macías, Maeztu y Costa en los gráficos, 10.5.1 10.5.5 10.5.6 y 10.5.8 respectivamente). En ambos casos, las tecnologías del yo colectivo se dirigirán a la promoción del orgullo, el sentimiento y la cohesión nacional; nada extraño en un siglo en el que occidente, tras la reivindicación romántica de la particularidad nacional, había reificado la Patria inventando la parafernalia y el simbolismo nacionalista (recordemos que en el siglo XIX aparecen los himnos y banderas como representaciones de la identidad colectiva). En los capítulos 16 y 17 veremos cómo, desde el punto de vista político-ideológico, los regeneracionistas trataban de consolidar el protagonismo histórico y productivo del pueblo para finiquitar las clásicas entidades autoritarias relacionadas con la oligarquía tradicional y el clero, y al tiempo, tratarán de fomentar la concentración del poder económico y político en los elementos ilustrados y productores de la burguesía.

(2) El continuo *localismo-internacionalismo* supone la derivación del elemento *topográfico* hacia el ámbito reformista. Aquí, la cuestión planteada supone una toma de decisión sobre las aportaciones socio-culturales que el ámbito local e internacional pueden proveer a la forja de la nación española. En tanto que problema nacional, refiere la intranquilidad ante una posible desintegración cultural del colectivo español. Ese riesgo se advierte a propósito de un doble frente de alteridad formado, por un lado, por las reivindicaciones locales de los agentes regionalistas y federalistas –vascos y, sobre todo, catalanes– y, por otro, por las tensiones mantenidas en el orden internacional frente a otras referencias extranjeras –tanto países de Europa, Norteamérica o Latinoamérica, como ideologías internacionalistas– (para un ejemplo ver Almirall en el gráfico 10.5.1). La interrelación de ambos extremos es bien detectada por autores como Unamuno, para quien “*Conviene mostrar que el regionalismo y el cosmopolitismo son dos aspectos de una misma idea y los sostenes del verdadero patriotismo, que todo cuerpo se sostiene del juego de la presión externa con la tensión interna*” (Unamuno, 1902/1996; p. 78). Unamuno, en cualquier caso, ofrece una articulación de ambos aspectos que resulta atípica dentro del regeneracionismo (ver gráfico 10.5.9). Frente al ánimo conciliador del autor vasco, la mayoría de los regeneracionistas los consideraron dos puntos de fuga de la integridad nacional (ejemplos radicales son Ganivet, ver el gráfico 10.5.3, y Altamira, ver gráfico 10.5.10). Como veremos en los capítulos 18 y 19, para combatirlos tratarán de reforzar la confianza en la capacidad emprendedora del pueblo español, un colectivo supuestamente imbatible si sus fuerzas morales actuaran de manera conjunta. Sólo así parecía posible entrar en el juego internacional que exigía ajustar y consolidar los límites territoriales de la propia nación –asegurar los últimos flecos geográficos derivados de los últimos estertores de los imperios europeos, como sucede en el conflicto canónico del Sedán– antes de iniciar o revitalizar la empresa colonialista. Ésta se presentaba bien como tutelaje de países de la misma órbita racial o cultural o bien como transmisión imitadora de la civilización a pueblos sumidos en la barbarie (esta última actitud se enclava entre la fase propiamente colonizadora y

re pobladora que llega hasta el siglo XVIII y el umbral de la fase abiertamente mercantil y explotadora que se revela con toda su crudeza en las primeras décadas del siglo XX).

Como ya hemos señalado, en los capítulos 16, 17, 18 y 19 repasaremos cada uno de los cuatro elementos implicados en la estructura diagnóstica-interventiva del programa regeneracionista. Veremos cómo las herramientas pedagógicas e higienistas configuraron dos de las vías hegemónicas para atajar los problemas derivados de ambos frentes. La importancia atribuida a una y otra varía según los diferentes regeneracionistas, pero ambas siempre ocupan un lugar privilegiado entre las propuestas de cambio socio-cultural. A la importancia de ese papel aplicado hay que unir, además, su función nuclear en la vinculación del discurso psico-sociológico y la toma de decisiones político-ideológicas. Sobre esa conexión también nos iremos deteniendo en los capítulos señalados.

ANEXO AL CAPÍTULO 10

Categorías psico-sociológicas implicadas en la construcción de la identidad nacional

ELEMENTOS ETOPOLÍTICOS ANALÍTICOS						
DISC		Antropográfico (atributos, bases identitarias y nacionales)	Topográfico (entorno, mesología y ambientalismo)	Cronográfico (devenir, auge y decadencia identitaria)	Productivo (creaciones identitarias populares, ideales y estereotípicas)	Proyectivo (expectativa o esperanza de futuro ideal)
PSICOLOGÍA DE LOS PUEBLOS		<ul style="list-style-type: none">- Espíritu o genio colectivo- Psicología del pueblo: intelecto, voluntad y sentimiento- Carácter- Mentalidad- Personalidad- Temperamento- Voluntad-moral- Nación / patria- Raza histórica- Pueblo	<ul style="list-style-type: none">- Medio geo-climático- Medio social- Medio histórico- Medio cultural- Estado político- Territorio- Nación/patria	<ul style="list-style-type: none">- Gran hombre- Leyes de la historia: nacimiento, auge, decadencia y muerte- Épocas en el desenvolvimiento histórico: Primitiva, Antigua, Media, Moderna	<ul style="list-style-type: none">- Arte: literatura, arquitectura, música, etc.- Ciencia- Lenguaje- Religión- Mitos- Derecho consuetudinario- Lenguaje- Costumbres- Instituciones- Medio cultural- Ética	<ul style="list-style-type: none">- Organicismo- Civilización- Modernización- Humanidad
FILOSOFÍA		Metafísica	<ul style="list-style-type: none">- Paisajismo- Naturaleza- Territorio			<ul style="list-style-type: none">- Ideales y valores morales: verdad, belleza y bondad- Amor- Humanidad- Dios
		Filosofía H*	<ul style="list-style-type: none">- Estado político	<ul style="list-style-type: none">- Medio histórico- Gran hombre- Leyes de la historia: nacimiento, auge, decadencia y muerte- Zeitgeist- Eterno retorno	<ul style="list-style-type: none">- Religión- Arte- Mitos	<ul style="list-style-type: none">- Fraternalismo- Cristianismo- Armonía social- Cosmopolitismo- Universalismo
		H* nacional	<ul style="list-style-type: none">- Territorio- Medio geo-climático	<ul style="list-style-type: none">- Episodios nacionales: militares, artísticos, etc.- Desenvolvimiento de historia interna	<ul style="list-style-type: none">- Lenguaje- Costumbres- Instituciones	<ul style="list-style-type: none">- Preservación de peculiaridad nacional- Grandeza nacional- Regeneración y modernización
CC	Fil	<ul style="list-style-type: none">- Raza	<ul style="list-style-type: none">- Naturaleza- Medio geoclimático		<ul style="list-style-type: none">- Lenguas vernáculas- Tradición poética oral	<ul style="list-style-type: none">- Preservación de lengua nacional

DISC		ELEMENTOS ETOPOLÍTICOS ANALÍTICOS				
		Antropográfico (atributos, bases identitarias y nacionales)	Topográfico (entorno, mesología y ambientalismo)	Cronográfico (devenir, auge y decadencia identitaria)	Productivo (creaciones identitarias populares, ideales y estereotípicas)	Proyectivo (expectativa o esperanza de futuro ideal)
CC. NATURALES	Sociología	<ul style="list-style-type: none"> - Organismo social - Atomismo social - Sociedad - Clases sociales 	<ul style="list-style-type: none"> - País - Estado político 	<ul style="list-style-type: none"> - Estadios socio-históricos de progreso: primitivo, militar e industrial - División y especialización del trabajo - Progreso - Leyes económicas de evolución social (historia inductiva) 	<ul style="list-style-type: none"> - Tecnología - Relativismo moral - Protestantismo superior a catolicismo - Medio social 	<ul style="list-style-type: none"> - Modernización - Orden y progreso - Civilización - Pacifismo - Desarrollo material y utilitario: industrial, económico y mercantil - Imperialismo / colonialismo civilizador o expansionista
	Antrp.	<ul style="list-style-type: none"> - Raza biológica - Instintos - Cráneo-cerebro - Medio cultural 	<ul style="list-style-type: none"> - Medio geoclimático 	<ul style="list-style-type: none"> - Estadios socio-culturales de progreso: salvaje, bárbaro y civilizado 	<ul style="list-style-type: none"> - Tecnología - Folclore 	<ul style="list-style-type: none"> - Civilización occidental
	Sociobiología	<ul style="list-style-type: none"> - Hombre-animal - Organismo social 	<ul style="list-style-type: none"> - Medio ambiente: poligénesis y monogénesis 	<ul style="list-style-type: none"> - Evolucionismo selección natural, adaptación y lucha por supervivencia - Leyes biológicas de evolución social (historia inductiva) 	<ul style="list-style-type: none"> - Herencia de caracteres adquiridos 	<ul style="list-style-type: none"> - Supervivencia de los más fuertes o aptos
PSICOL. GENERAL		<ul style="list-style-type: none"> - Alma - Razón-intelecto-sensación - Sentimiento-emoción-pasión - Voluntad 				
PSICOLOGÍAS COLECTIVAS	ψ social	<ul style="list-style-type: none"> - Psicología del pueblo: intelecto, voluntad y sentimiento - Psicología colectiva - Voluntad: fisiológica, inconsciente, consciente - Ideas-fuerza - Sociedad - Ambiente social 	<ul style="list-style-type: none"> - Ambiente geoclimático 		<ul style="list-style-type: none"> - Artes - Ciencias - Normas - Tecnología 	<ul style="list-style-type: none"> - Orden y progreso - Armonía social
	ψ masas	<ul style="list-style-type: none"> - Masas-muchedumbres-imitación - Líderes-elites-invencción - Contagio emocional - Alienación social 				<ul style="list-style-type: none"> - Control social
	ψ patolg	<ul style="list-style-type: none"> - Alteraciones psicológicas - Abulia - Alienismo - Atavismos - Ambiente criminal o degenerativo 			<ul style="list-style-type: none"> - Costumbres y modelos antisociales 	<ul style="list-style-type: none"> - Control social - Paliar degeneración

C A P Í T U L O I I

EL ELEMENTO *ANTROPOGRÁFICO*: LOS
PROTAGONISTAS DE LA IDENTIDAD
ESPAÑOLA

INTRODUCCIÓN

A lo largo de la segunda parte de este trabajo, hemos ido viendo cómo, desde el punto de vista temático, las distintas disciplinas del siglo XIX ofrecían un catálogo de entidades (desde las más espirituales a las más antropológicas) constitutivas de lo colectivo y en las que cabía ubicar los fundamentos de la identidad nacional. Antes, en el capítulo I, ofrecíamos una categoría analítica que nos permitía aglutinarlas bajo la fórmula de “ámbito o elemento *antropográfico*”. Identificábamos tal categoría con un sujeto individual o colectivo que atesoraba la peculiaridad, autenticidad y la potencialidad de la identidad colectiva y que protagonizaba, en diversos sentidos, las dinámicas históricas, sociales o culturales. Advertíamos, además, que ese protagonismo podía ejercerse desde el desempeño y el ejercicio o la pasividad y el sufrimiento. Ambos aspectos, retraducidos a los términos de la gramática identitaria que venimos poniendo en juego, se relacionan con las dos funciones discursivas que cumple principalmente el ámbito *antropográfico*: el *agente*, en tanto que sujeto causal y responsable del decurso de la acción (sujeto activo), y *agencialidad*, en tanto que producto consecuente, emergente, atravesado o utilizado en la acción de otro *agente* (sujeto paciente o, incluso, sufriente).

Ese diálogo entre el *agente* y la *agencialidad* es el que más nos va a interesar en el estudio del ámbito *antropográfico* dado que tiñe estratégicamente de imprecisión la responsabilidad última de las acciones colectivas –tanto las positivas como las negativas–, emergiendo, al tiempo, como uno de los engranajes etopolíticos más importantes de la agenda identitaria del regeneracionismo. Pero este es un itinerario que hay que recorrer poco a poco.

La primera implicación importante del diálogo apuntado es que ubica la búsqueda de la auténtica naturaleza del Ser nacional en el ojo del huracán. Si revolvemos entre los elementos *antropográficos* disponibles en el fin de siglo, esa autenticidad es algo que los regeneracionistas depositan en el pueblo en

tanto que agrupación de los individuos que conforman la nación. Sin embargo, en esa evaluación aparentemente “positiva” que los regeneracionistas realizan de la entidad popular hay importantes cuestiones implícitas; muy particularmente aquella que, de paso, otorga al pueblo una imagen deficitaria desde el punto de vista de la función *agente*. Es decir, la plana mayor del reformismo considerará que el pueblo español atesora inconscientemente excelentes características o atributos espirituales, caracteriológicos o mentales, lo que también implica reconocer que está sobredeterminado por esos mismos factores y, por ende, imposibilitado para la administración del complejo identitario. En definitiva, precisamente por custodiar las bases de la autenticidad, la peculiaridad y la potencialidad colectiva, el pueblo sólo es el medio o *agencialidad* a través de la que aquellas, verdaderos agentes de la identidad española, se manifiestan.

Siendo así, no es de extrañar que en los textos del regeneracionismo la atención al pueblo español esté mediatizada por estructuras identitarias comunes; entidades matriciales que ordenan el resto de elementos identitarios y determinan la actividad cultural o histórica del colectivo. Se trata, además, de estructuras que, como explicábamos en el capítulo precedente, pueden asimilarse a cuatro niveles articulados e interconectados en torno a una directriz básicamente psico-sociológica: el espiritual o metafísico, el racial-temperamental, el psicológico-cultural y el psicológico-social. Siendo ya evidente que el epicentro de esa directriz psico-sociológica está ocupado por conceptos y categorías propias del ámbito *antropográfico*, parece apropiado seguir esos mismos niveles para profundizar en los vericuetos funcionales de la estructura identitaria desplegada por los regeneracionistas.

11.1. LA ANTROPOGRAFÍA METAFÍSICA DEL REGENERACIONISMO

Los argumentos metafísicos apuntan al núcleo profundo de la configuración identitaria situándola al margen de cualquier tipo de contaminación circunstancial –contexto sociohistórico– e, incluso, estructural –el propio soporte antropológico. Con ello, el nivel metafísico cumple dos cometidos fundamentales: acotar el substrato de la pureza, cohesión y actividad identitaria y, en estrecha relación con ello, mitigar al máximo las posibilidades de decadencia, degeneración y, en definitiva, absoluta desaparición de esa esencia colectiva. La argumentación general que Unamuno despliega en *En torno al casticismo* es quizá el mejor ejemplo de ambos cometidos. En esta obra, el autor vasco reserva términos como alma, “sustancia”, “ideal” o, incluso, “inconsciente” –sinónimos de otros conceptos del ámbito *cronográfico* como “intrahistoria” o “tradición eterna”– para significar la pureza virgen de la entidad colectiva, mientras que el término “casticismo” –aquello que es reconocible en los diferentes episodios históricos– tematiza lo externo y ajeno a ella.

En cualquier caso, la actividad, cohesión y pureza del sustrato identitario son cuestiones que todos los regeneracionistas tratan de forma habitual. Nominalmente, son aspectos que tramitan a través de términos genéricos como “Alma” o “Espíritu”, aunque a veces sus páginas desgranar aspectos particulares de la comunalidad identitaria a través de otras notaciones. Es el caso de Maeztu, que emplea la referencia del vitalismo nietzscheano, particularmente la “moral” o “instinto vital” de los fuertes, para ilustrar la condición fundamental del espíritu: la actividad. El joven periodista considerará que el compendio metafísico de potencia, tenacidad y convencimiento adquiere formas particulares tanto en los individuos – egoísmo – como en los colectivos nacionales –patriotismo–. Sin embargo, Maeztu también ajustará ese principio a la ley sociobiológica de la “supervivencia de los más aptos”. Por esa vía, Maeztu terminará exaltando un individualismo de dudosa compatibilidad con la asociación colectiva y la defensa mutua.

Unamuno sí se mantuvo fiel a planteamientos filosóficos más clásicos, y, de hecho, no tuvo reparos en volver al “amor estético” típico del romanticismo literario a la hora de conjugar la actividad y la autenticidad del Ser. Para él: *“A través del amor llegamos a las cosas con nuestro ser propio, no con la mente tan sólo, las hacemos prójimos, y de aquí brota el arte, arte que vive en todo, hasta en la ciencia, porque en el conocimiento mismo brota del ser de que es forma la mente, porque no hay luz, por fría que parezca, que no lleve chispa de calor”* (Unamuno, 1895/1996; p. 59). La función crucial del amor no se agotaba en aspectos creativos: se dejaba ver en la misma médula de la cohesión espiritual o intrahistórica de lo universal humano. Para Unamuno, esa tendencia, fundida con el amor a lo propio, configuraba lo que podía denominarse específicamente “amor a la patria”.

Maeztu y Unamuno ofrecen dos ejemplos de términos especulativos al uso en la escena decimonónica –“moral” y “amor”– para tipificar las zonas abisales de la estructura identitaria. Pero aquí los traemos a colación porque condensan dos apuestas epistemológicamente ambiguas respecto del principal referente metafísico con el que tenían que lidiar los regeneracionistas finiseculares: el alma cristiana y, más particularmente, la católica. En ese sentido, los argumentos de Maeztu y Unamuno señalados rezuman el solipsismo atribuido por la órbita tradicional y católica a sus dos principales antagonistas religiosas: la protestante, enemiga frontal acusada de inmoral por liberal y egoísta, y la mística, instalada en el mismo seno de la escolástica pero observada con suspicacia por su tendencia naturalista y no exenta de ribetes paganos. Hemos hablado de ellas como “apuestas epistemológicamente ambiguas” porque ningún regeneracionista, ni siquiera Unamuno o Maeztu, llevan hasta las últimas consecuencias las implicaciones anatematizadas por el integrismo católico. El grueso de la producción regeneracionista llega, a pesar de su relativa dispersión etopolítica, a soluciones tácitas y cordiales: o bien convergen con un catolicismo ponderado –que integra la opción mística representada por algunos argumentos de Unamuno– o se quedan más acá de éste aceptando la existencia de un alma colectiva

impregnada, en sentido estricto, de cristianismo, dando cabida a, por ejemplo, posturas filoprotestantes como las que exhibe Maeztu en algunas de sus páginas.

Además de Unamuno, en el primer caso cabría ubicar posiciones tan dispares como las de Mallada, positivista y progresista, y las de Ganivet e Isern, historicistas y conservadores. Mallada profundiza en un providencialismo que le llevará a plantear que el conjunto de la raza latina, con sus virtudes y defectos, tiene una misión encomendada por la divinidad. Ganivet considerará que España se encuentra hundida en su ideal religioso y católico. Evocará el mito de la Inmaculada Concepción para ilustrar las condiciones vírgenes en las que se encontraría el espíritu español. Además se remontará a las mismas bases helénicas –estoicas– y romanas –denominadas “senequistas” en referencia al pensamiento moral de Séneca– para rastrear las bases de un catolicismo inherente a la nación española. Buscando la especificidad nacional, también Macías había destacado el sentimiento cristiano como una de las energías más eficaces para gestar la nacionalidad, circunstancia que se había puesto de manifiesto en el episodio histórico de la Reconquista. Pero particularmente interesantes son los planteamientos de Isern, ya que, además de la relevancia fundamental del elemento religioso, en ellos podemos detectar los primeros pasos de la deriva metafísica hacia un ámbito específicamente psicológico. Precisamente, el “Problema de España” consiste en que “(...) *lo que entonces era forma sustancial de la patria* [las creencias religiosas que pueden identificarse con el catolicismo], *en el sentido que el alma racional lo es del cuerpo, apenas informa una parte de esa patria. Por esto las creencias religiosas están en ruinas, la duda devora muchas conciencias y el escepticismo se extiende como negro sudario por un suelo que antes vivificaba la fe*” (Isern, 1899; p. 366).

La otra solución exhibida por el regeneracionismo es coherente con el papel atribuido al cristianismo en el conjunto de las teorías del nacionalismo liberal. En una u otra medida, éstas entroncaban el cristianismo –sin distinciones entre protestantismo y catolicismo– con los valores igualitarios y universalistas del humanismo dieciochesco, exaltándolo como uno de los valores de la función *agente* –en tanto que fundamento de la verdadera colectividad– o *propositiva* –en tanto que esperanza de unión de todos los pueblos– de la civilización occidental. En último término, tal operación establecía una equivalencia entre los tres términos, cristianismo, humanidad y civilización, redundando en el uso ambiguo que venimos destacando en parte de los regeneracionistas. Así es como Mallada o Macías Picavea pueden jalear la moral cristiana y considerarla uno de los métodos fundamentales para desterrar la corrupción y decadencia social. En esa misma línea, el propio Ganivet destaca el componente de razón práctica, por oposición a la pura, con el que el cristianismo impregna el pensamiento colectivo y las bases del mismo estado social.

Siendo fundamentales en la articulación metafísica de la identidad, las dos vías a través de las que se incorpora el argumento religioso proponen también uno de los principales problemas al programa

nacionalista del regeneracionismo. El riesgo que corren los reformistas finiseculares a la hora bucear en ellas a la búsqueda del núcleo identitario es, paradójicamente, perder una de las cualidades fundamentales de cualquier proyecto identitario; a saber, su peculiaridad. En líneas generales, el problema de la identidad al conectarse estrechamente a una entidad espiritual es que, aún asegurando más allá de la circunstancia socio-histórica, la pureza, cohesión y actividad colectiva, también difumina su vinculación natural con un colectivo nacional. Y sólo existiendo una forma específica y singular de ser y estar en el mundo —la española— es como tiene sentido evaluar su posible estado de postración y plantear la necesidad de una regeneración inminente.

Precisamente, es en este ambiguo terreno donde se mueven las tesis de Unamuno, el autor que, recordemos, mejor ejemplifica el uso de los términos metafísicos dentro del discurso regeneracionista. La teoría del ser o del alma colectiva que ensaya profundiza en las capas más internas del *Volkgeist* hasta toparse, como los románticos o Taine, con el duro granito en el que converge toda la humanidad. Además, lo que sucede en el caso de Unamuno es que, paradójicamente y en contra de las opiniones de muchos de sus referentes tácitos, ese último sedimento se convierte en la íntima condición —*agente*— y, al tiempo, proyecto de futuro e, incluso, progreso —*propósito*— del pueblo español. Puede sopesarse que, por la época vital en que Unamuno escribe *En torno al casticismo*, tal universalismo suene a resabio socialista¹. Sin embargo, tampoco puede perderse de vista que, vía misticismo naturalista, Unamuno compara ese primigenio lazo armónico de lo “común humano” con el proyecto cristiano. De esta forma termina de conjugar los dos grandes problemas que la estructuración metafísica de la identidad planteaba al nacionalismo: el primero es el de una identidad antagónica por internacional y transnacional. Como ya hemos sugerido, se trata de una sensibilidad ilustrada y prerromántica que recupera sobre todo el sentido ecuménico del cristianismo. Se basa en la fraternidad universal, la filantropía cosmopolita y la proyección colectiva hacia la Humanidad. El segundo problema presenta una identidad antagónica por católica, tradicionalista e integrista. La comunalidad identitaria se entiende como un lazo religioso, se promulga la sumisión fatalista a la voluntad divina —y a sus titulares terrenales— y se orientan las esperanzas de mejora hacia un reino que no es, por definición, de este mundo.

Es evidente que en la encrucijada unamuniana es donde los regeneracionistas más afines al nacionalismo liberal deben resolver la cuestión de la peculiaridad española. Aun preservando la pureza metafísica, dichos autores trataron de introducir matices de muy diferente tipo y grado. Por eso, ante la sensibilidad universalista del catolicismo, Ganivet insiste en la particular base senequista y, al tiempo, peninsular, del espíritu católico español. Mallada describe el patriotismo —en tanto que heroísmo y amor hacia el propio país— como una pasión inevitablemente ubicada entre el individuo particular y Dios. Por su

¹ Cacho (1997) es uno de los muchos autores que menciona cómo Unamuno parte de la tradición alemana para buscar en el Pueblo el sustento profundo; algo que termina tramitando a través de su cristianismo agónico y su socialismo.

parte, Macías Picavea desecha cualquier explicación providencialista a la hora de tratar el origen y el destino de las naciones. En lo que se refiere a los excesos "humanistas", Altamira deja entrever que reconocer una condición previa y común en toda la especie humana es poco menos que una tautología ornamental. Isern esboza una teoría ontológica que prescribe todos los órdenes de la vida; desde los científicos hasta los morales, incluyendo, por supuesto los nacionales. Según esa teoría, el Ser debe mantener una relación armónica y estrecha con su tendencia y actuación peculiar, ya que pugnar contra el fin natural e inherente a la propia existencia condena irreversiblemente a la desaparición.

Como puede detectarse en la mayoría de los ejemplos mencionados, la resolución de la encrucijada espiritual pasaba por encontrar la manera de "nacionalizar" el "alma". Y, aunque todos ellos consideraron que la peculiaridad nacional estaba integrada en el substrato espiritual o el alma colectiva, resaltar esta cuestión volviendo a la manida idea de "genio" parecía una solución apropiada. Sin abandonar la órbita propiamente metafísica, este concepto evocaba potencias positivas, susceptibles de desarrollarse o convertirse en actos ante la necesidad y, por último, inextricablemente unidas a una forma específica y propia de ser o estar en el mundo. "Genio" fue empleado en ese sentido, y no pocas veces, por Ganivet, Macías Picavea, Altamira o Málada, aunque autores como Unamuno o el propio Ganivet también asociaron a él algunas manifestaciones excesivamente personalistas o, simplemente, negativas del espíritu.

En cualquier caso, lo más interesante del significado de "genio" es su estrecha relación con lo activo y peculiar de la comunalidad identitaria. Estos rasgos pueden considerarse la antesala del poderoso argumento psico-sociológico. En último término, serán las referencias caracteriológicas y psicológicas las que, más allá del seguro metafísico, cumplan la función crucial de conferir a la identidad nacional un desarrollo material y una condición constituyente. Siempre que existan mentes y cuerpos españoles existirá una entidad real que soporta y moviliza la identidad nacional. Adentrándonos en el terreno de lo tecnológico, esto también implica posibilidades efectivas de maniobra para sacar la patria a flote, pero sobre ello volveremos más adelante.

En el tránsito de lo metafísico a lo psicológico va a jugar un papel fundamental la estructura disciplinar de la psicología. Como hemos explicado en otro lugar, la parte racional, general o sintética de la psicología asumirá la condición abstracta y sustancial del alma o del espíritu, mientras que la empírica, especial o analítica atenderá a la división y caracterización específica de, al menos, sus tres potencias, facultades o procesos básicos: intelecto, sentimiento y tendencia —que incluso, según la orientación teórica, pueden llegar a romper la relación de subordinación con la primera sustituyéndola directamente. En muy diversas maneras, explícita o tácitamente, con mayor o menor importancia, el papel preformista de tal andamiaje psicológico atraviesa todas las obras del regeneracionismo, empleándose tanto para psicologizar la subjetividad nacional como para definir sus atributos específicos. Particularmente, este último aspecto, propio de la parte especial de la psicología, es el que permite establecer la naturaleza peculiar de la

“psicología española”, definiéndola, además, en función de los pesos y la calidad de las diferentes facultades o atributos.

En los dos próximos puntos veremos cómo para llevar a buen término ese objetivo, los regeneracionistas emplean –la mayoría de las veces de forma complementaria– tanto un cauce racial y temperamental, más cercano a la antropología física y a la psicología de las razas, como uno histórico-cultural y mental, más cercano a la filosofía y la Psicología de los pueblos. Desde ambas vías se irán atribuyendo valores a los pesos y calidades de los tres ámbitos psicológicos –el cognitivo, el emocional y el actitudinal– que estructuran y sirven de basamento para el carácter o la mentalidad española. Los rasgos, atributos y características desgranadas en el proceso configuran el acervo de sus virtudes, pero, de paso, también pondrán al descubierto la nómina de sus defectos. En cualquier caso, es importante señalar que el discurso regeneracionista procurará deslindar, no sin ambigüedades, los defectos caracteriológicos de la estructura nativa española. A grandes rasgos, los regeneracionistas estarán de acuerdo en que los atributos responsables de la degradación se inoculan por agentes externos y muy variados (políticos corruptos, malas condiciones climáticas, leyes de decadencia de los pueblos, contaminación en contacto con razas inferiores, etc.). Ese mecanismo defectológico, de carácter periférico, será el que asuma la función de *agente* en el estado de “postración nacional” y la desviación histórica. Con ello se liberaba a la estructura identitaria esencial de cualquier responsabilidad en la decadencia, al mismo tiempo que se apostaba por la posible reversibilidad de ésta. En los dos próximos epígrafes nos detendremos en que cada una de las dos vías psico-sociológicas que tramitan esa dialéctica entre las virtudes y los defectos.

11.2. LA ANTROPOGRAFÍA RACIAL DEL REGENERACIONISMO

Prácticamente todas las obras del regeneracionismo emplearon datos raciales para sostener una hipótesis naturalista: la peculiaridad anatómico-fisiológica del pueblo español. La referencia está presente tanto en los textos de sensibilidad positivista, representados por Mallada, Morote y Macías Picavea, como en las posiciones idealistas de Ganivet. En cualquier caso, no puede perderse de vista que, en la época, lo “racial” está atravesado por múltiples perspectivas teóricas (lingüísticas, históricas, etc.; puede consultarse Morón, 1998). De hecho, Isern, Maeztu o el propio Ganivet emplean el término “raza” para referirse inespecíficamente a las peculiaridades colectivas, mientras que Mallada, Macías y Morote, lejos de presentar una concepción estrictamente biologicista, determinista y mecanicista del ser, también tienen en cuenta directrices historicistas que impregnan lo racial.

Pero, a efectos de lo que aquí venimos trabajando y a pesar del intrincado marco de relaciones entre lo filosófico y lo antropológico, nos vamos a centrar muy especialmente en aquellos argumentos en los que la vertiente racial permite sustituir el núcleo metafísico por la idea más o menos biologicista o

naturalista de "raza". De esa operación surge una nueva teoría de la personalidad nacional en la que lo racial recubre las simas metafísicas de la identidad colectiva. Esa formulación primaria y básica de la raza sustituirá algunas de las características del espíritu pero preservará otras. Las variaciones tienen que ver sobre todo con el desplazamiento de la búsqueda identitaria desde el plano vertical, sincrónico o ahistórico —que, como veíamos más arriba, caracterizaba a la interpretación metafísica—, a uno diacrónico o genealógico. Así, cuando hablemos del ámbito *cronográfico* veremos cómo la preocupación por la raza implica remontar el pasado nacional a la búsqueda de los episodios fundacionales del ser colectivo —los responsables últimos de la forma concreta que toma el despliegue de la acción identitaria en el tiempo histórico—. Por otro lado, lo que la lectura racial preserva de la metafísica es una tendencia a la generalización y la abstracción identitaria; tendencia muy relacionada, precisamente, con la indeterminación *antropográfica* que supone el "principio" o la "noche" de los tiempos fundacionales.

En ese nivel abstracto los regeneracionistas van a desplegar una tímida labor *antropográfica* que, sin embargo, será fundamental para la construcción identitaria. Nos referimos a la consideración, desde todo punto de vista, de grandes familias raciales; taxonomías en las que enclavar o desmarcar la deriva posterior de lo propiamente español. Así, autores como Almirall, Mallada y Maeztu hablan genéricamente de raza latina por oposición a anglosajona; Almirall, Ganivet y Macías Picavea de arios y semitas; Morote de celtas e íberos e, incluso, de los míticos atlantes; y Macías Picavea y Altamira de una estirpe o raza mediterránea que, además de la vertiente meridional europea, incluía Asia anterior y Libia.

Los regeneracionistas eran conscientes de la línea divisoria que separaba los grandes grupos raciales manejados. Ello permitía, por ejemplo, que Mallada hablara de lo latino y lo anglosajón como dos grandes familias raciales que están al frente de la civilización moderna. Sin embargo, a pesar de ejemplos equilibradores, lo más evidente eran las comparaciones identitarias que implicaba tal distinción. Así, la frontera racial propuesta conjugaba una metáfora espacial de potentes consecuencias valorativas: arriba, al norte, quedaba la positividad de la referencia aria, celta y anglosajona, mientras que abajo, en el sur, aparecía la negatividad de lo semita, lo mediterráneo, lo latino e, incluso, lo ibérico². La ordenación espacial imperaba, incluso, a la hora de establecer clasificaciones dentro de los propios subgrupos raciales. En esa línea, Mallada establece una ordenación del espectro latino en función de la calidad racial y geoclimática de los países que lo componen. No es casual que parta de la Bélgica centroeuropea para ir descendiendo geográficamente a Francia, Italia y, por último, España.

² Se trata de un esquema topográfico que modifica sustancialmente el esquema de la historiografía clásica. En ésta, se suponía que el avance de un imperio universal se producía, geográficamente, hacia el poniente solar. Tal idea permite que la historiografía del tiempo de los austrias ensalce la corona española como colofón de un proceso en el que habían participado, sucesivamente, las culturas mesopotámica, egipcia, griega, romana y goda. Los historiadores germanos del siglo XIX fueron, en buena medida, los responsables de la rectificación del proceso: se preservó el avance de las culturas superiores hacia el poniente, pero estableciendo su desarrollo en función de las invasiones bárbaras que se habrían originado en el Indostán. Esto permitía reservar la hipótesis de progreso para lo ario, en detrimento de las culturas semíticas y mediterráneas que, en realidad, habrían ido decayendo paralelamente en el sur. La interpretación, además, se aderezó con elementos míticos y metafóricos muy significativos. Mientras que lo ario se convertía en la cultura de la búsqueda de la luz —dirigida al poniente solar—, el estancamiento de la semita se teñía de referentes oscuros y sombríos (para estos aspectos puede consultarse Juaristi, 2000).

Pero, en último término, lo realmente importante de ese tipo de ordenaciones es que ofrecían una matriz general de valoraciones y relaciones raciales para derivar una estructura propiamente española. Sin duda, cualquier decisión pasaba por sopesar y paliar la valoración negativa asociada a las latitudes meridionales; un camino que los regeneracionistas recorrieron no sin ambigüedades y con el apoyo de tres estrategias más o menos complementarias: (1) la negación de la pureza o de las diferencias entre las grandes estructuras raciales, (2) la búsqueda de una raza pura en la que la aportación de lo meridional quedara atemperada, y (3) la formulación de un mestizaje que pudiera entenderse como síntesis superior.

(1) La primera de ellas, la negación, indistintamente y con mayor o menor peso nomotético, de la pureza o las diferencias estructurales —positivas o negativas— entre las grandes razas taxonómicas, es la posición que podemos encontrar en las perspectivas más críticas con la antropología física. Entre éstas encontramos el vitalismo de Maeztu y el historicismo nomotético de Isern, pero sobre todo el psicologicismo de Altamira. Éste último se manifestaba en contra del valor científico atribuido al racismo purista y sociobiológico de Lapouge y Ammón, el mismo que colocaba en el último lugar de los tipos europeos al *Homo Mediterraneus*. A todos ellos también se unieron algunos positivistas como Macías Pícaeva para negar la idea de una inferioridad natural en las razas mediterráneas y africanas o camitas frente a las arias o anglosajonas. El objetivo era, sin duda, evitar que la defectología implícita en el estereotipo meridional determinara de forma exclusiva la constitución de la identidad española. Sin embargo, si todas las grandes familias raciales apenas se diferenciaban entre sí se corría el peligro de deslindar el núcleo identitario de cualquier presupuesto racial y, por ende, de renunciar a uno de los argumentos que, de forma más potente, permitía reificar la peculiaridad de “lo español” en el fin de siglo.

(2) La segunda estrategia, utilizada de forma minoritaria y con poca convicción en el discurso regeneracionista, consistía en todo lo contrario: buscaba identificar una raza pura y, al tiempo, sopesar, matizar o, incluso, omitir las connotaciones negativas de lo meridional. Está representada principalmente por uno de los múltiples trazos argumentales de Morote, autor siempre ambiguo en su amplia reflexión antropológica. En líneas generales, Morote pensaba, como Almirall, que no podía hablarse de un tipo antropológico o raza española única —las diferencias entre las distintas regiones eran irreductibles, un planteamiento que retomaremos cuando hablemos del ámbito *topográfico*— pero, sin solución de continuidad, afirmaba que la mayoría del pueblo español compartía una misma cualidad craneométrica: la dollicocéfala. Para él esto era un síntoma de un común origen africano e iberoatlante. Mallada también habla genéricamente de una raza latina asumiendo en ella la existencia de algunos fallos, pero no en detrimento de sus virtudes. Para Mallada, “*Los habitantes de la Península Ibérica conservamos, con las virtudes, los defectos que en sí propia lleva la raza latina, predominante entre nosotros, al mismo tiempo algo alterada en su caracteres por otras razas cuyos pueblos, en diversas épocas, invadieron el suelo que nos vio nacer*” (Mallada, 1890/1994; p. 37). Como ya se intuye en la frase transcrita, para Mallada el

desencadenamiento de los defectos más graves estaba ligado, precisamente, a la alteración de la pureza latina y, por ende, a “(...) *los desfavorables cruces de las razas invasoras* (...)” (Mallada, 1890/1994; p. 38). Pero independientemente de la actitud hacia el mestizaje, el principal problema que las apuestas de Morote y Mallada presentaban a la reificación del hecho nacional era la disolución de su supuesta peculiaridad racial en “lo latino”; es decir en un ente supraidentitario semejante al elaborado bajo la perspectiva metafísica.

(3) Sin duda, la estrategia resolutiva ensayada de manera más potente por el regeneracionismo fue la del mestizaje. En contra de las ideas esgrimidas por Mallada, la posibilidad contemplada desde este tercer punto de vista era elogiar la hibridación racial como un factor de progreso. La aproximación podía ser moderada, como cuando Unamuno señala que *“si tenemos en cuenta que los castizo se estima como cualidad de excelente y ventajosa, veremos cómo en el vocablo mismo viene enquistado el prejuicio antiguo, fuente de miles de errores y daños, de creer que las razas llamadas puras y tenidas por tales son superiores a las mixtas, cuando es cosa probada, por ensayos en castas de animales domésticos y por la historia además, que si bien es dañoso y hasta infecundo a la larga todo cruzamiento de razas muy diferentes, es, sin embargo, fuente de nuevo vigor y de progreso todo cruce de castas donde las diferencias no preponderen sobre el fondo de común analogía”* (Unamuno, 1902/1996; p. 49). Si el autor vasco desaconsejaba una excesiva disimilitud en el necesario entrecruzamiento, otros autores no tomaran tantas precauciones. El siempre ambivalente Morote consideraba el mestizaje un mecanismo indispensable para incorporar el vigor de las razas superiores y conquistadoras. De hecho, creía que una de las causas más importantes de la decadencia española había estado en la limpieza de sangre estimulada en siglos anteriores.

En cualquier caso, lo interesante de esta perspectiva es que permitía reelaborar en positivo los argumentos de la degeneración meridional y el purismo. En cierto sentido, no deja de resultar paradójico que el cruce de razas septentrionales y meridionales permitiera a los regeneracionistas formular la emergencia de una estructura identitaria novedosa —asegurando un purismo de nueva generación—, óptima —paliando la degeneración del componente sureño— y asimilada a lo propiamente español —descartando la indefinición supraidentitaria. Así, Ganivet y Macías Picavea habían partido de la obra de Jhering *Prehistoria de los pueblos indoeuropeos* para exponer que la raza española armonizaba cordialmente lo ario y lo semita o ibero-mediterráneo. Es a ese tipo de conjunciones, exponentes paradójicos de la pureza óptima de lo híbrido, a las que se refiere Ganivet cuando plantea que la descendencia de los antiguos españoles ha llegado a la actualidad sin mezclas —uno de los motivos tácitos para reclamar, además, una interpretación de los hechos históricos peculiar y ajustada al espíritu español—. Macías, por su parte, había destacado el hecho de que en España, como en Italia y en Grecia, predominara la sangre aria pura, lo que le llevaba a considerar la importancia de la “vitalidad” como rasgo psico-fisiológico del español. Sin

embargo, en la nómina del aporte racial también aparecen otras “fuerzas naturales” que, en líneas generales, configuran un temperamento activo, típico del “genio español”. Esas fuerzas resultaban, en definitiva, de la mezcla de tres subrazas blancas: las ya mencionadas de sangre aria (celtas, pelasgos y germanos) y dos añadidos de sangre camita (fenicios, beréberes, moros) y semítica (árabes, judíos). A ese crisol racial habría que añadir el aporte de las razas aborígenes y el temperamento e historia peculiar de cada pueblo mediterráneo, factores responsables de la escisión de la estirpe general, la individualización de las razas locales y la determinación de los diferentes pueblos. En esta misma línea, Morote considerará que la gloria histórica española se debía —entre otros factores— a un carácter racial persistente y único que puede modificarse, seleccionarse o mejorarse en sus rasgos fundamentales, pero nunca hacerse desaparecer. Por supuesto, ese carácter inamovible estaba conformado por el peculiar injerto celtíbero.

Esta tercera estrategia que hemos explorado es particularmente importante. Muestra que los regeneracionistas intentan definir lo propiamente nacional administrando —incorporando o excluyendo— lo positivo —las virtudes— y lo negativo —los defectos— de las diferentes estructuras raciales. Sin embargo, más que mediciones antropométricas o datos fisiológicos, lo que tienen entre manos para afrontar la tarea son las aptitudes y temperamentos de las diferentes razas. Por ese tipo de vías, el discurso regeneracionista se ubica en una dimensión plenamente psicológica, aunque profundamente determinada por *agentes* orgánicos; más concretamente, por estructuras anatómico-fisiológicas muy primarias —lo psicológico es un medio o *agencialidad* de ellas, aunque en su determinación también participen elementos *topográficos* y *cronográficos*. En buena medida, la formulación de este tipo de relación de dependencia condiciona una caracterización más emocional y motriz —una teoría de la emoción y la acción identitaria— que cognitiva —una teoría del conocimiento— de las virtudes y defectos de la identidad española.

Macías Picavea quizá sea el autor que mejor representa el paso que venimos explicando desde lo orgánico a lo temperamental y de ahí a lo volitivo. Esta cuestión está implícita en sus principales argumentos raciales e, incluso, es tratada explícitamente en un epígrafe titulado *Psicología ética de nuestra sociedad*. En este último, Macías desarrolla la idea de que existe un temperamento moral característico de los diferentes pueblos. Esta estructura temperamental estaría compuesta de una parte formal —la parte ética o social— y, sobre todo, de una parte esencial o básica a la que se puede atribuir el principio energético o activo del pueblo en cuestión. Siguiendo con el talante descriptivo, Macías apunta que el componente esencial del temperamento puede tener dos expresiones, una pasional y otra volitiva. Llegado el momento de concretar el esquema para el caso español, Macías concluirá que “*la actividad de nuestra raza (...) es más pasional que volitiva, quiero decir, más determinada por el estímulo irritador de las pasiones, que por el resorte dinámico de la voluntad.*” (Macías, 1899/1992; p. 147, el subrayado es nuestro).

En esas palabras, los términos “volitivo” y “voluntad” pueden resultar confusos si no advertimos que para Macías condensan la movilidad de lo motriz y la directividad de lo cognitivo. La conjunción antagónica la encontramos en el “*estímulo irritador de las pasiones*”, donde el primer término tematiza el elemento motriz —frente al *resorte dinámico*— mientras que la pasión hace referencia a la irracionalidad e, incluso, a la mecanicidad no propositiva de lo emotivo —frente a la *voluntad*. Es importante tomar en cuenta estas precisiones porque, a lo largo de nuestro trabajo, hemos reservado cualquier término “volitivo” para tematizar las fuentes de la actividad en general —los *estímulos* y *resortes* en las palabras de Macías—. No puede perderse de vista que, desde nuestra perspectiva, lo emotivo o lo intelectual —respectivamente, lo *irritador/pasional* y lo *dinámico/volitivo* en el texto transcrito— son las vías alternativas por las que tal tendencia motriz puede canalizarse.

En cualquier caso, lo importante aquí es que la matriz temperamental propuesta por Macías es la que manejan tácitamente todos los regeneracionistas. Sobre ella conformarán su teoría de la acción para la identidad española y, en último término, las dos nóminas de virtudes y defectos asociados a su temperamento. En buena medida, esas dos nóminas concretan los motivos de la actividad socio-histórica desplegada por el carácter español. De ellas trataremos en los dos epígrafes que siguen a continuación.

11.2.1. Las virtudes de la identidad española: entre la resistencia y la cordialidad

Cuando regeneracionistas como Altamira aseguran que en las bases de la psicología nacional sólo pueden encontrarse rasgos positivos, quieren decir que sólo lo virtuoso puede definir la esencia de la nacionalidad. En esta línea, muchos regeneracionistas considerarán, explícita o implícitamente, que existe una serie de rasgos intrínsecos a la identidad, atributos que emanan directamente de la esencia y la pureza nacional y que se (con)funden o encarnan en el soporte material de la raza. Tal origen asegura sobre todo su calidad positiva, dando lugar a lo que podemos considerar las virtudes constitutivas de la raza española. No es que los regeneracionistas no formulen rasgos positivos desde otras perspectivas. En su discurso, los procesos y mecanismos psico-sociológicos, histórico-culturales y geoclimáticos participan en la misma medida que los raciales en la configuración temperamental del español tipo. Sin embargo, esta clase de procesos y mecanismos operan externamente y su acción positiva está limitada a la metabolización, depuración o despliegue de los rasgos raciales considerados como constitutivos.

Genéricamente, los textos regeneracionistas retraducen la esencia racial española a tres rasgos temperamentales nucleares. Desde el punto de vista psicológico, uno de ellos suele ser más cercano al dominio emocional: la fantasía. El par restante se incluiría en el dominio volitivo: la independencia y la energía. Por supuesto, la nómina de virtudes se desplegará y ampliará en función de las interacciones específicas entre los tres rasgos, la consideración de la acción de los agentes externos y de las apuestas

particulares y esperanzas regenerativas de cada autor. De hecho, por esas vías, los intelectuales finiseculares llegan en muchas ocasiones a la propuesta de atributos antagónicos respecto de los tres nucleares; una operación que, sin embargo, no afectará a la condición virtuosa de los nuevos rasgos formulados.

Este panorama es el que hemos intentado plasmar en la tabla que sigue a continuación. En ella se recogen exhaustivamente las virtudes —o familias de éstas— manejadas por los regeneracionistas en sus textos. Las hemos distribuido en función de su pertenencia al dominio volitivo, al emocional o al espacio de interacción entre ambos. Además, hemos considerado el índice de dispersión de las virtudes (señalado con flechas) respecto de los atributos nucleares de los dos dominios principales: el relativo a la independencia y la energía, por un lado, y el relacionado con la fantasía, por otro. Las celdas sombreadas indican los rasgos positivos más destacados por el regeneracionista en cuestión. Las cruces señalan la esencia racial del rasgo (si aparece entre corchetes indica que tal esencialidad está indeterminada entre lo espiritual y lo racial). La letra “D” señala el deseo de la regeneración o implantación del atributo en cuestión. La letra “E” identifica las virtudes determinadas por factores externos, circunstanciales o independientes de los fundamentos raciales de la identidad española. En estos últimos se precisa, además, si tal determinación depende de factores histórico-culturales (h), geoclimáticos (g) o de aspectos propiamente psicológicos (p). Por último, si un signo aparece entre paréntesis sus indicaciones deben ser tomadas con algún matiz.

Tabla 11.1. Virtudes constitutivas y circunstanciales de la raza española

Rasgos relacionados con los nucleares			Almi	Mall	Gani	Isern	Mac	Maez	Alba	Mor	Cost	Una	Alta
Voluntad	↑	Individualista/independiente	Ep		[X]		X			X			
		Voluntarista/energico/tenaz/vitalista	X ³		Eh		X/Eg	(X) ⁴		X			Ep
		Combativo/brutal/fiero/pendenciero		X				X/Eh		X		Eh	
		Vigoroso/fuerte						X				Eh	
	↓	Humanista/fraternal/cosmopolita		Ep	[X]		X	X/Eh		[X]		Ep	
		Patriótico		Ep									
		Leal/honesto		X								Eh	
		Piadoso		Ep						[X]			
Emoción	↑	Imaginativo/fantástico/improvisador	X ⁵			X/Eh	X						
		Apasionado/sensual			Eh		X/Ep						
		Idealista/antipragmático			[X]	Ep							D
		Místico/poético/lírico			Eh			X/Eh					
	↓	Devoto/moralista/fatalista/fanático		Ep	Eh	Ep	X						
		Fastuoso										Eh	
		Sobrio/lano/grave/taciturno/silencioso	Ep					X				Eh	
		Industrioso/mercantilista/realista		D			Ep			X/Eh			Ep
Vol / Em	↑	Inteligente								[X]			
		Azaroso/aventurero			[X]	Ep							
	↓	Hidalgo/caballero/castizo/orgullosa	Ep	Ep				X/Eh		[X]		X/Eh	D
		Saludable/socarrón/afable		Ep				X				Eh	
		Paciente/tranquilo/flemático/prudente		Ep			X					Eh	
		Sencillo/doméstico		Ep	[X]								

En líneas generales, esta tabla muestra que el manejo de virtudes dependientes de la estructura racial tiene, al menos, el mismo peso que el de las definidas por los factores histórico-culturales y los psico-sociológicos. En la distribución, las virtudes raciales parecen especialmente conectadas con el núcleo voluntarista (doblan a las periféricas o externas), mientras que esa relación se invierte en el caso del ámbito emotivo (los factores periféricos doblan a los raciales). Pero esto señala simplemente un efecto disciplinar: lo sentimental se mantiene cerca del ámbito espiritual y mental mientras que el vigor y la tendencia a la actuación parecen ganarse para un dominio orgánico. Se trata de una cuestión que apenas modifica el panorama identitario desde el punto de vista temperamental: los factores externos siempre trabajan en el mismo sentido que los raciales (de hecho, las proporciones son las mismas tanto en el caso de las interacciones como de las dispersiones extremas de los factores nucleares). En definitiva, los rasgos externos refuerzan las virtudes del carácter español definidas por los raciales —a saber, individualismo, energía y fantasía— y en ese sentido subsidiario nos interesan aquí. Sus entresijos teóricos y retóricos se tratarán cuando hablemos del ámbito *topográfico*, *cronográfico* y, por supuesto, de la vertiente psicologicista de la *antropografía*.

En realidad, la pregunta más importante que arroja la tabla es la que tiene que ver con los índices extremos de la dispersión temperamental. En coherencia con el individualismo y la fantasía, la tabla anterior muestra que en el discurso del regeneracionismo también se destacan rasgos como la brutalidad, la

³ Almirall sólo lo atribuye a los castellanos nuevos.

⁴ Maeztu se refiere en particular a la tenacidad de la raza vasca.

combatividad, la fiereza, la hidalguía, el casticismo, la devoción o el moralismo. Sin embargo, puede hablarse de un uso importante de virtudes que articulan un polo relativamente opuesto a la conjunción temperamental definida por los rasgos nucleares. Es la familia de rasgos que definen al español como afable, paciente, prudente o flemático, por un lado, y como humanista o cosmopolita, por otro. Estas dos últimas constelaciones temperamentales convergen en la cualidad empática y moderada del carácter nacional y, en último término, parecen romper con la estampa de agresividad dibujada por los rasgos nucleares. La pregunta que surge inmediatamente —más allá de las ambigüedades esperables en un género orientado a cantar las virtudes de la raza con escaso margen teórico y crítico— es, sin duda, cuáles son los motivos argumentales de fondo para que el discurso regeneracionista ofrezca esa doble cara identitaria. Desde nuestro punto de vista, la respuesta pasa por considerar que cuando los autores del fin de siglo desbrozan en sus textos las virtudes temperamentales del pueblo español, lo hacen atendiendo, explícita o implícitamente, a un doble objetivo: (1) asegurar, por un lado, la resistencia y pujanza del español tipo y (2), por otro, la cualidad armónica y cohesiva del colectivo.

(1) El primer objetivo compete genéricamente a un estructura abstracta que ha de suponerse presente en todos y cada uno de los sujetos que integran la nación. Por eso el elemento *antropográfico* que mejor lo representa es la raza, aunque un autor como Almirall —el más reactivo a la idea de una raza común para todos los españoles— trate la comunalidad española en términos más relativos, psicológicos o costumbristas. Pero, al margen del autor de *España tal como es*, en el entorno racial es donde mejor puede percibirse cómo los regeneracionistas administran los pesos y valores temperamentales aportados por los diversos pueblos ancestrales; los mismos que definían de forma arquetípica la “híbrida pureza” y la competencia racial propiamente española. Nos reencontramos, por tanto, con las conjunciones formuladas por Ganivet, Macías Picavea o Morote; mestizajes que, como ya hemos desvelado, se expresan psicológicamente en un temperamento enérgico, castizo, independiente, sobrio y, al tiempo, devoto, idealista y moralista, entre otros rasgos. En esa línea, Ganivet y Macías Picavea consideran que la identidad española está muy relacionada con la inyección de creatividad y espontaneidad que lo semítico inocula en el acervo caracteriológico ario, más tendente a la resistencia y a la satisfacción de las necesidades. Morote, por su parte, considerará que el carácter propio del mestizaje celta, íbero y africano se manifestaba en un sentimiento fiero, indisciplinado, enérgico e independiente. Sin tantas concesiones al mestizaje pero desde un punto de vista profundamente contraidentificativo, los dos representantes vascos del regeneracionismo redundarán en esos mismos atributos raciales. Maeztu contrapondrá las bases raciales latinas propias del español —definidas, entre otros rasgos, por la sobriedad, fecundidad, salud, vigor, fuerza, caballerosidad o nobleza— a las anglosajonas; muy particularmente, a las estadounidenses. Unamuno, partiendo de determinantes geoclimáticos, delimitará la caracteriología del casticismo en torno

⁵ Sólo atribuido a los castellanos nuevos.

a la sequedad y a la dureza. Sobre ella irá estableciendo algunos rasgos positivos de raigambre histórico-cultural como la lealtad, la llaneza o, incluso, la brutalidad; un compendio que el mismo Unamuno consideró antagónico del estilo tierno, elegante y "ginecolátrico" de los franceses.

Ante esas caracterizaciones, poco lugar queda para una supuesta condición flemática y tranquila del español. Sólo el temperamento humanista y cosmopolita podría encajar en la caracterización de las virtudes raciales españolas; eso sí, siempre y cuando aquél se interprete en el marco de las vigorosas empresas militaristas e imperialistas del pasado español. Así lo sugieren los argumentos fatalistas de Mallada y, de manera mucho más explícita, el idealismo de Ganivet.

(2) Sin embargo, donde cobra pleno sentido el ideal humanista, y más concretamente en lo que se refiere a su fundamento fraternalista, es en el segundo objetivo encarado por el regeneracionismo: el relativo a la armonía y cohesión colectiva. Es cierto que perspectivas como las de Unamuno invitan, como hemos visto en otro lugar, a una consideración universalista del humanismo español. Pero, en realidad, lo que la mayoría de los regeneracionistas están intentado elaborar es la red de relaciones próximas que definen las transacciones cordiales —materiales y simbólicas— en el seno de la ciudadanía. Lógicamente, el rico despliegue de individualismo obrado por la raza en la historia nacional pasa a un segundo plano. De hecho, bajo esta segunda constelación temperamental el propio concepto de "raza" delega su función *antropográfica* en el de "pueblo". El nuevo panorama se aleja sensiblemente de la refracción gremial que Morote detectaba en el independentismo celtíbero. Por el contrario, aquí cobra sentido la idea de un temperamento nacional paciente, flemático, prudente, afable y tranquilo, preparado para la colaboración y la asimilación racional de la condición moderna y civilizada. Es evidente que en ese paisaje es donde encaja la industriosisidad del pueblo español detectada por Macías y Morote y deseada por Mallada, aunque también algún rasgo cercano al núcleo temperamental emotivo. Así, en el marco de la psicología popular, el moralismo y la devoción —que desde el punto de vista racial aseguraban la fijación idealista o, incluso, fanática, de los fines perseguidos— pasaban a ser un índice del respeto al orden establecido.

Terminamos este punto señalando que los dos objetivos temperamentales que hemos exhumado de la nómina de virtudes del discurso regeneracionista refleja un doble programa etopolítico. Por un lado, la insistencia en el valor volitivo del individualismo y el emotivo de la fantasía asegura la gran calidad de resistencia y creatividad de la raza. Bajo la interpretación regeneracionista, parece claro que se trata de un rol jugado masivamente en el pasado, pero que, ya en el fin de siglo, permanece en un estado latente; es sintomático que Altamira convierta el idealismo y la hidalguía en rasgos temperamentales deseables o refluables. Como mucho, la posibilidad de su expresión parece reservarse sólo para algunos exponentes individuales de la raza. Por otro lado, el manejo de virtudes relacionadas con la paciencia y la fraternidad se circunscriben claramente a la psicología popular, más concretamente a la de las clases bajas. En este segundo caso, los regeneracionistas tenían ante sí una argamasa temperamental definida por su tendencia a

la cohesión e, incluso, por su maleabilidad –explotable desde su fanatismo o su sumisa prudencia-. En definitiva, en la combinación de ambos objetivos estaba la clave de la construcción nacional en positivo, algo en lo que profundizaremos más adelante.

11.2.2. Los vicios de la identidad española: entre la agresividad y la abulia

En una estrategia defensiva claramente mómotética, Altamira afirmaba que muchos rasgos defectuosos del español, principalmente el egoísmo, eran atribuibles al conjunto de la humanidad. Sin embargo, era evidente que la propia apertura de una caracteriología de las virtudes nacionales había dejado vía libre para una réplica defectológica y también anexa a la peculiaridad colectiva española. Así, a pesar de emanar directamente de la esencia nacional, la materialización del Ser nacional en un soporte anatómico-fisiológico exponía la identidad colectiva a la acción perniciosa de agentes externos y contaminantes. Por esa continuidad material no es de extrañar que los mismos atributos que encarnaban las bondades nucleares de la raza sirvieran, en buena medida, de punto de partida para explicar su degeneración. La mayor preocupación del propio Altamira era, precisamente que las cualidades primordiales del español estuvieran siendo sustituidas por defectos. En esa línea, prácticamente todos los regeneracionistas sopesaron las alteraciones de la fantasía, por un lado, y del individualismo, por otro, para ir detectando los atributos perniciosos. En particular, la identificación de una amplia nómina de defectos corrió paralela a la hipotrofia y, sobre todo, a la hipertrofia de los rasgos nucleares del temperamento español. En cualquier caso, tanto lo controvertido de la prospección como el papel jugado por los agentes externos conllevó que los regeneracionistas fueran especialmente precavidos, y que incluso se mostraran escépticos ante buena parte de las lacras atribuidas por antonomasia a la raza española.

Ese panorama general es que el que se resume en la tabla que sigue a continuación. Como en el caso de las virtudes, está dividida en tres campos temperamentales, los dos más importantes en el escrutinio racial, el volitivo –integrador del individualismo– y el emocional –que acota la fantasía–, y un tercer espacio dedicado a sus interacciones. En este caso, las dos subdivisiones de cada uno de ellos corresponden a la hipotrofia o hipertrofia de los rasgos nucleares. También en la misma línea que las virtudes, en el esquema se detallan los vicios más importantes que cada regeneracionista detectó en la raza española (celdas sombreadas en gris), así como la naturaleza de éstos (racial con una “X” –espiritual si aparece entre corchetes–, externa –psico-sociológica, socio-histórica o geoclimática– con una “E”). Incluye, eso sí, un nuevo signo denotativo muy importante para el escrutinio de las lacras identitarias: el negativo (–). Este signo refiere la negación de la existencia del defecto en cuestión. Por supuesto, la condición de “deseable” desaparece por completo.

Tabla 11.2. Defectos constitutivos y circunstanciales de la raza española

Rasgos relacionados con los nucleares		Almi	Mall	Gani	Isern	Mac	Maez	Alba	Mor	Cost	Una	Alta
Volición	Hipertrofia	Individualista/insociable/anarquista		(-)		X			X		Ep	
		Segregador/separatista		[X]					X/Eg			
		Militarista/agresivo/intolerante	X	Eh		Eh			X			
		Sanguinario/vengativo/pendenciero		-			-					-
		Antipatriótico		Ep/-								Ep
		Antiextranjero/Chauvinista									-	Ep
		Injusto/inmoral		X	-							
		Altivo/castizo/presuntuoso		X/Egh						X/Eh	Eh/-	
Emoción	Hi	Igualitarista/dependiente de grupo									Ep	-
		Sumiso y dependiente de autocracia	X				X		-		Ep	Ep
	Hipertrofia	Fantasmioso/intuitivo/improvisador	X	X/Egh		X/Eh				X/Eh	X/Ep	
		Apasionado/irracional/imprudente		Ep		Ep				X/Eh	Ep	
		Ignorante/sin sentido o intelecto		X/Egh		X				X/Eh		
		Formalista/insustancial	X			X/Eh				X/Eh	Ep	Ep
		Desmemoriado				Eph						
		Voluptuoso/ligero/voluble		X/Egh								
		Supersticioso/fanático (religión)	Eph	Ep		Eh					Eh/-	-
		Sin actitud pragmática o de progreso		X/Ep		Eh	-			X/Eh		Ep/-
	Hipotr	Realista/utilitarista/sanchopancista			Ep						Ep	
		Rudo/resistente/seco		Eg		Eg			X		Eg	
		Rutinario		X/Egh								
		Fatalista/librearbitrista/pesimista	Eh	X/Egh		Ep					Ep	
Volición / Emoción	Hipert	Azaroso/sin propósitos definidos		[X]		Ep					Ep	
		Aventurero	Eh	-		Eh			[X]			
		Quijotesco	X	Ep							Ep	
		Despectivo con industr./trab. manual			[X]	-						-
	HIP	Abúlico/indolente/no perseverante	Eh	X/Eph	Ep	-	-					Ep
		Perezoso/desidioso/inactivo/ocioso		X/Egh		Eh	Eh			X/Eh	Eh	

Lo primero que salta a la vista ante la tabla anterior es que, siendo el regeneracionismo un discurso comprometido con la calidad latente de la raza española, la atención a la defectología superó con creces – tanto en número de autores participantes como de rasgos detectados– a la exploración de las virtudes. Sin embargo, para interpretar ese efecto discursivo hay que tener en cuenta dos aspectos interrelacionados. El primero tiene que ver con una lógica reformista que, tras blindar y potenciar sin fisuras el núcleo identitario, afronta sin peligros desestabilizadores la prospección detallada de la decadencia. Más que en el caso de las virtudes, aquí tiene sentido desglosar exhaustivamente la nómina de posibles atributos perniciosos. Se trata de una tarea que, en lo básico y como hemos señalado más arriba, se afronta desde la subversión defectológica –hipotrófica o hipertrófica– de las virtudes nucleares, y que, como sugiere la tabla, se completa con el despliegue de los atributos adyacentes a aquéllas.

Sin embargo, el segundo aspecto, el más importante, indica que tal subversión no supone un aumento sustancial del número de rasgos de tipo racial. Acotando esa condición, la cantidad de atributos defectuosos es incluso, un poco menor que el de los virtuosos. En realidad, el grueso de los defectos listados está integrado bien por rasgos excéntricos a la raza –de naturaleza psico-sociológica, histórico-cultural y geoclimática–, bien por atributos descartados o negados por los regeneracionistas. Unos y otros suponen, de hecho, más de dos tercios de las taras totales detectadas (el otro tercio corresponde,

lógicamente, a los raciales). Como en el caso de la virtudes, hay que remarcar que estos desequilibrios no suponen contradicciones fundamentales con la dirección señalada por la morbilidad racial. De forma subsidiaria, los atributos periféricos a la raza, externos o excéntricos, potencian la defectología o el deterioro de las virtudes raciales. Eso sí, en la co-determinación de esa tendencia destaca un ligero incremento de los caracteres definidos por factores geoclimáticos. Se trata de factores que, por su materialidad y, al tiempo, su difícil control y manipulación, adquieren una condición constitutiva de calado —y en negativo— en la identidad española.¹ Su función caracteriológica es, en definitiva, muy semejante a la procurada por los rasgos raciales, pero sobre ella volveremos específicamente cuando tratemos el ámbito *topográfico*.

Siguiendo el paralelismo tácito con las virtudes, puede considerarse que la cuestión crucial de la defectología tiene que ver con una *diatriba* valorativa; en este caso con la definida por la hipotrofia y la hipertrofia. Sin embargo, en esta ocasión es más difícil establecer una línea de demarcación entre lo que, para los regeneracionistas, corresponde de manera genérica y abstracta al temperamento de la raza española y lo que hay que atribuir al pueblo como colectivo nacional concreto y actualizado. Prácticamente todos los defectos listados en la tabla son atribuidos a la raza española, bien es cierto que dando cabida a todo tipo de estrategias defensivas para con la identidad nacional. Así, positivistas como Almirall, Mallada o Maeztu sugieren la herencia particular semita o, más genéricamente, la latina como fuente de los atributos perniciosos. Otros como Macías Picavea o Altamira están dispuestos a negar cualquier discapacidad congénita en la raza española. En cualquier caso, siendo omnipresente la preocupación por el temperamento racial, sólo algunos de los rasgos hipotrofiados se derivan hacia el pueblo, incluso más específicamente a su dimensión sociológica —abarcando todas las clases sociales— que popular —el término “pueblo” estaba reservado muy especialmente para las supuestamente virginales, virtuosas y sufridas clases bajas. Pero vayamos por partes. Tratemos por un lado la (1) hipertrofia y por otro (2) la hipotrofia

(1) La dimensión hipertrofiada del individualismo se expresa genéricamente en un carácter falto de empatía. Ejemplarmente, Morote lo expresa como la otra cara del individualismo africano y celtíbero, mientras que Unamuno, desde un velado psico-fisiologismo, habla de la compasión sin ternura y de la caridad intelectual propia del casticismo. Pero quizá Altamira fue el más interesado por desvelar los entresijos psicológicos de la “antipatía nacional”, un mecanismo en el que había que contar con una intransigencia cerrada y xenófoba ante lo extranjero que, sin embargo y en último término, se sostenía sobre un desprecio latente de lo propio y una alta consideración de lo extraño. Aceptando consecuencias de tipo chauvinista, segregacionista o, incluso, antipatriótico, ligadas a ese carácter primordial, lo que la plana mayor del regeneracionismo no estaba dispuesta a asumir era su identificación con una naturaleza sanguinaria, cruel, vengativa o pendenciera. Evidentemente, estaba en juego el perfil de la “leyenda negra”

que, desde el imperialismo de los Austrias, había estigmatizado la condición y constitución hispana. Así, Ganivet, Maeztu y Altamira niegan explícitamente la existencia de unas cualidades claramente “bárbaras” y las atribuyen a la publicidad hispanófoba de franceses, ingleses o italianos. Macías Picavea, Morote y, de nuevo, Ganivet, las convierten en una simple tendencia combativa, agresiva, indisciplinada o belicosa; condicionada, además, por unas circunstancias socio-históricas antes que raciales. Por el contrario, Mallada, Unamuno, Costa o el propio Macías Picavea preservan la naturaleza racial de la “antipatía” individualista española, pero hablando de ella en los términos menos controvertidos de altivez, presuntuosidad, grandilocuencia o, incluso, casticismo.

Lejos de los peligros de la “leyenda negra”, menos reservas existen a la hora de considerar los defectos caracteriológicos derivados de la hipertrofia de la fantasía imaginativa y la pasión sentimental. De hecho, la prospección de estos rasgos toma aquí mucha más relevancia que la exhibida en el caso de las virtudes. Su desmesura se asocia ampliamente a la estructura racial —latina, mediterránea, semita o española— y se tematiza a partir de características relacionadas con la desorientación vital, la arbitrariedad y la imprecisión, la falta de lógica o el descontrol en la evolución hacia los fines. Mallada refleja esa tendencia hablando de la ligereza y volubilidad de la raza latina. Macías Picavea considera que el problema de la raza española radicaba en la persecución de ideales puros o demasiado abstractos, un comportamiento poco discriminativo que, desde el punto de vista de Ganivet o Unamuno, podía dar lugar a una imaginación mediocre o meramente reproductiva. Entrando en el terreno de los valores éticos, Ganivet pensaba que esos mismos excesos podían llegar a ser malinterpretados como inmorales, cuando, como bien señalaba Morote, los españoles pecaban de todo lo contrario.

Como aspectos complementarios de la hipertrofia de la fantasía y la pasión, hay que señalar la carencia de inteligencia práctica —Mallada o Morote— o la fascinación por las formas externas e insustanciales —Altamira o Morote—. Todos esos atributos, en combinación con el pundonor individualista, ofrecían el estereotipo del genio español: el aventurero y quijotesco. Afinando todavía más, Morote llegaba a identificar en sus extremos dos figuras clásicas, la del pícaro y la del caballero; dos puntos de referencia identitaria entre los que cabría ubicar el resto de roles y personajes típicamente españoles.

Esta galería de estereotipos expresaba un carácter nacional que los regeneracionistas consideraban completamente antagónico al anglosajón. Más aún, al contrario de lo que sucedería con la Generación del 98, es evidente que ese perfil caracteriológico no podía gozar de una estimación clara y mayoritaria entre el reformismo regeneracionista⁶, sobre todo en su vertiente positivista. De hecho, fueron autores como Mallada, Macías Picavea o Morote —éste último trayendo a colación el clásico artículo de Fouillée sobre *Le Peuple Spagnol*— los que más insistieron en señalar, no sin visos de admiración, la condición reflexiva,

⁶ La diferencia entre regeneracionismo y Generación del 98 puede rastrearse a partir de un autor que pertenecería a ambos movimientos: Miguel de Unamuno. En pocos años, los que median en el cambio de siglo, el vasco pasó de saludar efusivamente la muerte del loco Quijote y la vuelta del hacendoso Alonso Quijano en *En torno al casticismo* a escribir una elogiosa y nostálgica *Vida de Don Quijote y Sancho*.

reposada y orientada al desarrollo material de las razas anglosajonas. Su carencia de fantasía e imaginación contrastaba, precisamente, con la fijación latina y, por ende, española, con los ideales espirituales, teóricos y estéticos.

(2) ¿Qué lugar queda, entonces, para la hipotrofia? Hemos dicho más arriba que también afecta genéricamente a la raza como valor *antropográfico* de lo español. Y lo hace, arquetípicamente, en la forma de una “apatía” sumisa y ociosa; rasgos que, junto al desarraigo, la desmoralización, la ignorancia, el fanatismo supersticioso la indiferencia musulmana y la sobriedad, configuraban para el propio Almirall los exponentes más claros de la homogeneidad nacional. Sin duda, el rasgo nuclear de esta segunda caracterización, la apatía, era perfectamente compatible con la fantasía hipertrofiada del español; la misma que según Mallada era “(...) *nuestro principal defecto; la fantasía convierte en un verdadero laberinto la administración pública; la fantasía nos hace ser los mayores proyectistas y los más holgazanes de Europa; a la fantasía debemos ese lujo de fiestas, romerías y ferias en que se negocia poco y nos divertimos mucho* (...)” (Mallada, 1890/1994; p. 40).

Pero a diferencia de la “*loca fantasía*” denunciada por Mallada, la pujanza y la hiperactividad sí eran unos rasgos antagónicos de la apatía y, por tanto, problemáticos para erigir una defectología coherente e integral de la identidad española. La paradoja fue percibida tácitamente por Unamuno o el propio Mallada, autores que en algunas de sus páginas intentaron resolverla apelando al carácter ciclotímico, disociado o inarmónico de la identidad española —oponiendo el pesimismo extremo a un optimismo desmesurado, en el caso del primero, o el quijotismo idealista al sanchopancismo materialista en el del segundo.

Sin embargo, la solución más popular se tramitó a través de una apuesta *cronográfica* que, en autores como Altamira, toma incluso un valor nomotético: la “antipatía” individualista y la fantasía “sincopada”, habiendo definido los vigorosos excesos y el sobre-esfuerzo histórico de la raza castellana (Almirall), española (Ganivet) o latina (Mallada), decantarían o potenciarían progresivamente la disgregación (Ganivet y Morote) y la falta de audacia y energía (Mallada) con la que la sociedad española alcanza el fin del siglo XIX. Aún coincidiendo en las fechas clave, los episodios que configurarían ese itinerario histórico dependerán de la perspectiva particular de cada regeneracionista —algo que exploraremos en el apartado dedicado a la *cronografía*—. En lo que sí coincidieron todos los autores fue en aceptar ese modelo *cronográfico* a la hora de explicar la situación de agotamiento, debilidad y desventaja en la que se encontraba el carácter español respecto del resto de pueblos occidentales en el fin de siglo. Del propio marco *cronográfico* se derivaban, de hecho, dos parámetros temperamentales importantes para comprender la situación coetánea. El primero consistía en convertir la apatía en una de las fórmulas más potentes para actualizar y administrar los males que afectaban a la patria en el fin de siglo. El segundo

implicaba trasladar la decadencia desde la raza —la ruina espiritual de España, en palabras de Ganivet— a las actividades que desempeñaban los diferentes estratos sociales en el seno del Estado.

Por esas vías los regeneracionistas van explorando la decadencia de la sociedad española y encajando en ella rasgos como la abulia, la sumisión a la autocracia (Maeztu), el pesimismo (Macías) e, incluso, ciertas hipertrofias antipatrióticas, antipragmáticas, fatalistas y fantasiosas. En último término, ese tipo de rasgos son los que impedirían una organización y compromiso social (Altamira) y una formación y motivación profesional (Macías) adecuadas a la civilización moderna. Pero como bien muestran los signos de la tabla anterior, es una apuesta plagada de perspectivas ambiguas y posiciones reservadas.

Entre las ambiguas encontramos algunos argumentos de Mallada. Él es uno de los autores que más se preocupa por recuperar para el espacio sociológico la hipertrofia de la fantasía; el rasgo que, junto a la pereza, la falta de patriotismo y la ignorancia, encabezaba lo que él mismo denominaba “los cuatro defectos cardinales del carácter nacional”. Entre los excesos derivados de la fantasía no sólo habría que contar los del genio de la raza, sino también la emergencia de falsas expectativas de mejora entre las clases agrícolas. Se trataría de esperanzas ligadas a la consecución del bienestar material y utilitario propio de otras clases. La situación, que también era detectada por Isern, terminaba conduciendo al proletariado a la frustración, la miseria, la infelicidad, la abulia e, incluso, a la delincuencia.

Entre las posiciones reservadas encontramos las que atañen al tradicionalismo fatalista o el desprecio idealista del trabajo y el progreso. Son rasgos preñados de explicaciones externalistas o, directamente, enmendados por los autores del regeneracionismo. En este mismo sentido, es muy significativo que la mayor parte de ellos estén dispuestos a aceptar, como mal menor, una sociedad perezosa o desidiosa, y que, al tiempo, encuentren más problemático asumir estigmas como la indolencia o, incluso, la abulia. Y es que, como hemos comentado un poco más arriba, los regeneracionistas no podían presentar una sociedad profundamente lastrada si pretendían partir de ella para desarrollar un proyecto de futuro que acercara el país al espacio transpirenaico.

Hasta aquí hemos venido explorando las virtudes y defectos temperamentales de la identidad española definidos desde el punto de vista racial. En el siguiente epígrafe estudiaremos los mecanismos psico-sociológicos que, tanto desde el punto de vista estructural como histórico-cultural, sostuvieron, complementaron o mitigaron la dimensión temperamental.

11.3. LA ANTROPOGRAFÍA PSICOLÓGICA DEL REGENERACIONISMO

Como alternativa a la caracteriología temperamentalista hablábamos de una segunda vertiente psicológica identificada con un espacio propiamente mental —en sentido tripartito— y estrechamente ligado al contexto histórico-cultural. Se trata de una línea representada por autores como Altamira, para quien “...

las diferencias que propiamente establecen la personalidad de los pueblos, no son las cuantitativas, nacidas de hallarse en este o el otro grado de civilización y de capacidad (...) sino las que se refieren a la modalidad intelectual y sentimental, que persisten y aún se acentúan con la diferenciación cada vez mayor que el progreso trae consigo" (Altamira, 1902/ 1998; p. 68, el subrayado es nuestro). Descartadas las diferencias cuantitativas entre los pueblos, el espacio de virtudes y defectos que se articula no depende tanto de la elaboración de una nómina de atributos identitarios, como de la interacción contextualizada de los tres elementos básicos de la estructura psicológica; aunque, por motivos que iremos viendo, Altamira de prioridad a las ideas-sensaciones y las emociones-sentimientos.

Si la vertiente racial definía una teoría de la acción y de la sensibilidad para la personalidad nacional –articulada en torno al sentimiento y la voluntad–, la perspectiva mentalista va a priorizar la elaboración de una teoría del conocimiento propia de la identidad española. Evidentemente, esa elaboración girará en torno al papel nuclear de la facultad intelectual-sensitiva, un papel que recuerda a las funciones que la psicología racional –sobre todo en la vertiente clásica o escolástica– reservaba propiamente al alma o al espíritu. Isern se acerca casi literalmente a esa caracterización al considerar que entendimiento y razón dirigen y gobiernan sin paliativos al resto de las facultades. Pero siendo precisos con el conjunto del discurso regeneracionista, hay que señalar que los argumentos que se articulan en torno al papel nuclear de lo intelectual pueden dividirse en dos tipos. Los resumimos en la tabla que sigue a continuación. En ella se recogen las arquitecturas psicológicas tripartitas posibilitadas por la jerarquía de lo intelectual.

Tabla 11.3. La articulación del discurso psicológico en el regeneracionismo desde el punto de vista del elemento intelectual

JERARQUÍA DE LO INTELECTIVO		ARQUITECTURA PSICOLÓGICA		
		Ideas-sensaciones (principal)	Emociones-sentimientos (subsidiario)	Voluntad-tendencias (subsidiario)
Sistema ψ abstracto	Integración armónica	Competencia perceptiva, integradora y abstractiva	Subrogación o dominio de emotividad y fantasía	Sin función o asimilado a competencia integradora
	Gobierno de la voluntad	Presencia o ausencia de su función directiva	Presencia o ausencia de su función directiva	Expresión equilibrada, abúlica o hiperactiva
Formación de mentalidad nacional		Aporte del elemento intelectual	Aporte del elemento emocional	Aporte del elemento motivacional

Como muestra la tabla, el primer tipo de argumentos se mantiene dentro de una caracterización del sistema psicológico colectivo de carácter genérico, abstracto y máximamente estructurado. Los tres elementos psicológicos clásicos guardan una relativa independencia funcional, aunque el lugar privilegiado del intelectual pueda definir las expresiones, funciones e incluso, alteraciones de los otros

dos. Se trata de un tipo de argumentos que, a su vez, se refieren a dos mecanismos psicológicos: el que produce la integración armónica de las percepciones y el relativo al gobierno de la voluntad. El segundo gran grupo de argumentos es el propiamente relacionado con la formación de una mentalidad en un colectivo nacional; un espacio donde las formulaciones abstractas, sin desaparecer completamente, dejan paso a los condicionantes histórico-culturales. A continuación exploraremos cómo cada uno de esos tres mecanismos psicológicos –los dos de la caracterización abstracta y el relativo a la peculiaridad colectiva– se concretan en los textos del regeneracionismo.

11.3.1. Las limitaciones de la integración armónica de la percepción en la mente española

En la configuración de una teoría del conocimiento es posible hablar de dos dimensiones complementarias de lo intelectual: una nuclear o interna y otra periférica o externa. Isern, Ganivet y Unamuno son bastante precisos a la hora de tratar las relaciones entre ambas. De la primera hablan como la comprensión integradora y armónica del intelecto, aquella que la antropología psicológica clásica asimilaba a la razón o, con mayor precisión, al entendimiento agente. Ganivet maneja ese último término explícitamente: lo tratará como un sentido sintético sometido a la leyes de la asociación y, sin embargo, capaz de producir actos libres y creativos. En él depositará la posibilidad de conocer los propios destinos e intereses. Unamuno e Isern también apuntan la existencia de una estructura psicológica básica, capaz de recibir, conectar y discernir entre las impresiones, percepciones, ideas o sensaciones provenientes del ambiente. Aparentemente, Isern la trata en términos empiristas al hablar de una *tabula rasa*; sin embargo, es evidente en su planteamiento que cualquier producto de la sensibilidad está sometido al imperio de la razón. Unamuno la asimila al nimbo, un tejido conjuntivo o “intraconciente” que irrumpía desde el fondo o las entrañas de la mente (sobre el importante papel del nimbo en la obra unamuniana se puede consultar, Quintana, 1998). Por esa vía, la posición de Unamuno es la más clara a la hora de relacionar el núcleo identitario con lo intelectual y, de hecho, el concepto de nimbo puede ser considerado una de las múltiples formas que en su obra toman las simas metafísicas, intrahistóricas y eternas.

La segunda expresión de lo intelectual, complementaria y periférica de la nuclear, es la que corresponde propiamente a las percepciones, sensaciones, impresiones o ideas sintetizadas por el entendimiento agente. Para Unamuno, las ideas toman formas concretas sobre el telón de fondo del nimbo y terminan configurando el “rumor de continuidad” que supone la conciencia. Como bien ha señalado Carpintero (1998), esa fórmula recuerda claramente a la corriente de conciencia propuesta por James y al intuicionismo de Bergson, aunque Unamuno creía, a la manera wundtiana, que las ideas podían separarse en sus componentes y ser analizadas científicamente. Isern, a pesar de su declarado racionalismo, también mantiene en este capítulo una sensibilidad empirista y otorga un papel fundamental a las impresiones;

sobre todo a las más tempranas. Éstas quedarían grabadas para siempre en el sujeto e influirían irremediablemente en su porvenir.

Sobre este panorama teórico general los regeneracionistas exploraban los procesos de síntesis cognitiva propios del español. Todos ellos van a sopesar la excesiva disociación entre el intelecto y los sentidos, una circunstancia que, en palabras de Unamuno, producía la ausencia de un nimbo armónico en la mente castiza. En consecuencia, la comprensión podía quedar lastrada por dos disfunciones alternativas o, incluso, ciclotímicas: (1) la primera implicaba la sumisión del intelecto a los sentidos y (2) la segunda reflejaba la intransigencia cognitiva de un intelecto categórico.

(1) El principal efecto de la primera se revelaba en la pobreza del pensamiento concreto. Esto es detectado por Isern, Ganivet y Unamuno, aunque con muy diferentes actitudes. Isern apenas profundiza en la cuestión. Ganivet fue uno de los autores que más se preocupó por las "patologías del patriotismo", exitosa expresión tomada de las tesis de Ribot y que también fue utilizada por Altamira. A la hora de explorar el deterioro del sentido sintético, Ganivet se limitó a señalar que sus fallos provocaban desacuerdos y no permitían la emergencia de un interés común. Desde esa perspectiva, el pensamiento quedaba sometido a la falta de inspiración y la imitación; dos cualidades que también retomará Unamuno, aunque articulando un planteamiento mucho más elaborado desde el punto de vista de la teoría del conocimiento. Para él, la alteración estaba definida por aspectos como la completa sumisión de la percepción a elementos ambientales o la excesiva demora en la captación de sensaciones simples.

(2) La segunda disfunción, la intransigencia de un intelecto categórico, era identificada por Unamuno con un voluntarismo brusco, una fijación introspectiva en el recuerdo histórico o una capacidad de abstracción que obraba completamente al margen de la estimulación ambiental. En esta misma línea se manifestaba Maeztu, aunque los engranajes psicológicos y la valoración de la alteración definida variarían sustancialmente. El autor de *Hacia otra España* también creía que el espíritu español estaba afectado por una imperfección funcional de los sentidos. Como Unamuno, consideraba que el desarreglo tenía como resultado una percepción genérica y excesiva de armonía, elaborada completamente al margen de la realidad social o natural. Sin embargo, para Unamuno ese panorama estaba presidido por una hipertrofia intelectual que desmadejaba el fondo subconsciente, provocaba rigidez en la compasión y condicionaba una imaginación formal y reproductiva. Al contrario, Maeztu consideraba que los excesos abstractivos y armónicos abrían la puerta a la fantasía. Desde su punto de vista, si la ilusión de lo armónico sugestionaba los procesos comprensivos de por vida, producía tipos humanos extremos o, en sus propias palabras "hermosos" y "originales". Entre ellos había que contar a los mártires o a los individuos tenaces y poderosos.

Maeztu fue la excepción, en cualquier caso, dentro un panorama bastante crítico con los mecanismos cognitivos implicados en la creación y ordenación de las percepciones en el caso del español.

De hecho, esas disfunciones en la síntesis del conocimiento provocaban colateralmente, para los regeneracionistas, otras alteraciones del psiquismo nacional. La más importante de ellas afectaba, sin duda, al gobierno de la actividad. De ella nos ocuparemos en el siguiente epígrafe.

11.3.2. Las limitaciones del gobierno de la voluntad en la mente española

El gobierno de la voluntad a través del intelecto tiene que ver con el peso que éste tiene en la dirección del comportamiento hacia una meta deseada. El concepto está relativamente bien representado en la época por las ideas-fuerzas de Fouillée. De hecho, una referencia explícita a la fórmula del autor francés está presente en la obra de Altamira y, sobre todo, en la de Ganivet —también habla de ideas-voluntad—. Como hemos señalado en el punto anterior, el marco psicológico dispuesto por el responsable del *Idearium Español* partía de una reflexión en torno al sentido sintético. Sin embargo, consideraba que las principales consecuencias derivadas de su actividad no tenían tanto que ver con la comprensión de la realidad —algo meramente tautológico— como con la definición de la intensidad y libertad de los actos humanos. Isern, Morote o Macías Picavea son autores que también formulan la alianza peculiar y fundamental entre la facultad volitiva y la intelectual. Isern la considera el compuesto fundamental del espíritu nacional. Morote o Macías, más comprometidos con la definición de una teoría de la acción de la identidad española, inscribían esa alianza en la misma esencia temperamental de la raza. Morote creía que la inteligencia era innata, pero también creía en la necesidad de cuidarla y formarla a fin de que disciplinara la energía caracteriológica. Recordemos que también Macías creía que lo ideal era que el núcleo identitario expresara su función volitiva en la forma de una energía dirigida a un fin concreto.

Las prospecciones psicológicas de esos autores detectaron, eventualmente, algunas alteraciones en el mecanismo responsable de gobernar la actividad psicológica del español. Las consecuencias mórbidas podían ser la abulia o la hiperactividad, síndromes que Isern y, sobre todo, Ganivet, asociaron muy específicamente al deterioro de la razón o, con mayor precisión, la del sentido sintético. El granadino mantuvo esta causa por encima de las alteraciones de la atención y la percepción propuestas por Janet, los desórdenes sentimentales mantenidos por Ribot, o las explicaciones psiquiátricas —delirios, locuras— ofrecidas por Esquirol. Para Ganivet en el enfermo de abulia había un principio de movimiento que demostraba la existencia potencial de una voluntad finalista, de tal manera que la abulia no se explicaba por “(...) un movimiento desordenado que pueda ser confundido con los del atáxico: hay en un caso debilidad, y en otro falta de coordinación; y tanto es así, que en la abulia, fuera de los actos libres, los demás, los psicológicos, los instintivos, los producidos por sugestión, se realizan ordenadamente” (Ganivet, 1897/1996; p. 138).

Según Ganivet, el quebranto de fuerzas que suponía la abulia estaba motivado porque las ideas no se integraban en síntesis o “sociabilidades”. La persistencia de motivos contrapuestos o de una idea abstracta irresoluta limitaba las vías de expresión para el espíritu. Éste simplemente quedaba perplejo e incapaz de atender a nuevos objetos y asimilar nuevas ideas. En lugar de ideas-fuerza capaces de movilizar la voluntad, aparecían ideas lastradas por la tradición; formaciones demasiado viejas, abstractas y ancladas en el pasado para impulsar el deseo. Así, Ganivet planteaba que *“En relación con lo pasado, la inteligencia funciona con regularidad, porque la memoria se encarga de reproducir ideas cuya asociación estaba ya formada; pero en relación con lo presente, el trabajo mental, que para los individuos sanos es fácil y agradable, como es fácil y agradable la digestión cuando se come con buen apetito para los enfermos de no querer es difícil y doloroso; las representaciones suministradas por los sentidos se convierten en datos intelectuales irreductibles, que unas veces, las más, se extinguen sin dejar huella, y otras se fijan penosamente, como agujas clavadas en el cerebro, y producen gravísimas perturbaciones”* (Ganivet, 1897/1996; p. 141).

El problema también fue diagnosticado por Maeztu, Altamira e Isern, pero ya dentro de un marco psichistórico que informaba, en diferentes sentidos, del conflicto entre entendimiento y voluntad. Siguiendo los pasos de Ganivet, Maeztu considera que en las naciones viejas el espectro del recuerdo o razón histórica ahoga el impulso del instinto. Isern se acoge a un historicismo degenerativo desde el que plantear una desaparición progresiva de la racionalidad en el gobierno de la voluntad. Entre ambas propuestas podría ubicarse la de Altamira. El valenciano creía que un falso autoconcepto negativo y generalizador –la famosa “leyenda negra” forjada en la historiografía hispanófoba y extranjera– era el responsable del deterioro progresivo de las ideas-fuerza del pueblo español.

Ganivet, Isern y Maeztu también se detuvieron en los arrebatos descontrolados de la voluntad, aunque sólo los dos primeros los consideraron disfunciones psicológicas. Maeztu mantuvo una actitud tácitamente elogiosa hacia la irracionalidad dado que de ella dependía la vitalidad de las naciones más jóvenes. Frente a esa caracterización, Ganivet sopesó los efectos perniciosos de la hiperactividad y, como extremo hipertrófico alternativo y paralelo al abúlico, la relacionó con la asimilación de ideas fijas e inamovibles que llevaban a la exaltación y a impulsiones violentas. Pero no profundizó mucho más en ese mecanismo. Isern, por su parte, retomó las alteraciones psicológicas en las que la sensibilidad y los sentidos aparecían liberados del imperio de la razón. Tácitamente, esa circunstancia aparecía como la responsable de que el pueblo español hubiera degenerado históricamente hasta protagonizar episodios de perniciosa exaltación. Así las cosas, el autor que atribuyó más importancia a la hiperactividad psicológica fue Macías Picavea; aunque para ello se deshiciera de las operaciones mentales trabajadas por Ganivet e Isern y apuntara a causas caracteriológicas y constituyentes. De su perspectiva hemos hablado cuando tratábamos la determinación racial del carácter nacional. Recordemos que Macías propone un tipo de

temperamento alternativo al volitivo y dominado por las pasiones; un temperamento típicamente español en el que la energía esencial carecería de una dirección definida. En esa línea, tanto él como Morote terminaron de definir implícitamente las claves de la hiperactividad del carácter español: las pasiones condicionaban un temperamento combativo y militarista, capaz de eclipsar el motor de progreso y las fuerzas económicas representadas por la inteligencia.

En todas las posiciones psicológicas tratadas hasta este punto hemos visto cómo se explora el papel central de la teoría del conocimiento, por un lado, y la función directiva que lo intelectual cumple sobre la acción, por otro. Corresponden a argumentos en los que, a pesar de la hegemonía —de facto o deseable— de lo intelectual sobre lo emotivo y lo volitivo, los tres elementos de la estructura psicológica mantienen su independencia funcional. Pero en esas perspectivas también puede detectarse una tendencia a la integración e, incluso, fusión de los tres elementos de la estructura tripartita. De ella hablaremos en el siguiente epígrafe.

11.3.3. La forja de la mente española como totalidad peculiar

Sin duda, en esta tercera vía hay que inscribir el proceso por el que disminuye el interés por una “psique” genérica y abstracta en beneficio de la especificidad de una mentalidad nacional; algo que Altamira consignó nomotéticamente al afirmar que el estudio de la psicología nacional debía desmarcarse de las aproximaciones que, de forma genérica e inespecífica, se focalizaban en los fenómenos colectivos o grupales. El proceso culminará, explícita o implícitamente, en la propuesta de un sistema psicológico integral y peculiar; una supuesta comunidad cognitiva que conexionaría a los integrantes de un colectivo y su forma específica de orientarse, ser y estar en el mundo.

“Psicología de los pueblos” y “mentalidad nacional” serían las fórmulas más apropiadas para definir tal sistema si no fuera porque, con la excepción de Altamira e Isern, no hay rastro de ellas en los textos del regeneracionismo. Sólo estos dos autores, junto a Unamuno, se acercan a las propuestas disciplinares de Lazarus y Steinthal, aunque tintes psicologicistas también se encuentran en el temperamentalismo de Macías, Costa y Morote. Este último llegó incluso a emplear el término “conciencia” para denominar el conglomerado de propiedades intelectuales y temperamentales del pueblo español. Una denotación psicologicista mucho más habitual es “carácter”, aunque los significados del concepto en el discurso regeneracionista se diluyen entre lo psicológico (Macías y Altamira), lo metafísico (Unamuno) y, más inespecíficamente, lo temperamental (Mallada y Morote).

Como hemos venido viendo, lo habitual será que las cualidades y atributos compartidos peculiarmente por los españoles sean subsumidos o fagocitados por conceptos como “alma”, “espíritu”, “genio” o “raza”. Sin embargo, también hemos señalado la necesidad perentoria de nacionalizar esos

términos, una operación que estaba ya indicada en la misma ecuación de “psicología de los pueblos”. A falta de este concepto y considerando los intereses fundamentales de la agenda etopolítica, no es de extrañar que la solución denotativa ideada para definir la comunidad psicológica del pueblo español fuera, directamente, la de términos como “nación” o “patria”. En principio, estos conceptos articulaban dos campos semánticos de gran proximidad retórica y reservados para referir el conjunto o la comunidad de los españoles. En ese sentido, el término “nación” arrastraba, simple y llanamente, los significados más denotativos o literales, mientras que “patria” aparecía habitualmente en argumentos orientados a conmovir o conminar al lector. El uso efectista puede encontrarse en Ganivet, Mallada, Morote o Unamuno; autores que pretendían incorporar a sus interlocutores a la comunidad de sacrificios, sentimientos y afectos que atribuían al colectivo español.

Sin embargo, más allá del uso denotativo y conminatorio, los regeneracionistas usaron los términos de “patria” o “nación” como fórmulas con las que mancomunar diferentes aspectos ideológicos, psicológicos y culturales. En ese sentido, ambos términos condensaron la ecuación “psicología de los pueblos” y, hasta cierto punto, adquirieron sus matices disciplinares. “Patria” o “patriotismo” fueron utilizados para definir el sentimiento (Macías Picavea, Morote, Altamira y Unamuno), la pasión (Mallada) y, en menor medida, la conciencia (Unamuno y Morote) de comunidad de un pueblo. “Nación” o “nacionalismo” eran términos empleados para profundizar en las tesis psico-filosóficas que apuntaban a las fuentes o energía de la vida colectiva⁷; un espacio en el que, como iremos viendo, había que bregar con otros conceptos *topográficos* —“Estado”, “territorio” o “país”— para definir hasta qué punto el ambiente —geoclimático, histórico-cultural, político-administrativo, etc.— participaba de la naturaleza identitaria.

Ese último extremo es particularmente importante porque, en buena medida, la posibilidad de una “psicología del pueblo español” se articuló teniendo muy en cuenta la relación entre la emergencia de la Nación o la Patria y los procesos y productos histórico-culturales. Aún así, reconociendo el peso de estos últimos en el surgimiento de las nacionalidades modernas, no todos los regeneracionistas otorgaron a la historia y la cultura un peso constitutivo en lo que consideraban esencial de la identidad española. La nación podía considerarse como la entidad que protagonizaba la historia de la cultura occidental, pero tal circunstancia podía ser perfectamente independiente del referente exacto o depurado de la esencia y calidad colectiva. De hecho, esta última podía formularse en términos prehistóricos o ahistóricos. Sin duda, esas alternativas condicionan un doble panorama psico-sociológico que, no fortuitamente, corresponde con las dos grandes líneas por las que se desarrolló la Psicología de los pueblos

⁷ Cabría incluir entre este grupo de términos el de nacionalidad, e incluso, establecer matices entre los significados de cada concepto. Según Cánovas (1882/1997), “Nacionalidad” sería un término relativamente novedoso en la escena decimonónica. Tendría que ver, precisamente, con aspectos psicológicos y morales frente a los anatómico-fisiológicos representados por la raza. Pero además, a diferencia de la Nación, se correspondería con un sentimiento de pertenencia amplio. Integraría, incluso, países separados como Portugal, España, y Latinoamérica. “Nación” pasaba a corresponder con las fronteras político-territoriales. Sin embargo, el discurso regeneracionista no se detuvo en demasiadas precisiones a ese respecto. Sólo se contempló la posibilidad de que “Nación” se asimilara a un espacio territorial entre otras alternativas posibles. En relación

decimonónica; la histórico-cultural y la temperamentalista. En los dos puntos que siguen exploraremos las peculiaridades teóricas de cada una de ellas teniendo muy presente la estrecha relación que, en el caso del regeneracionismo, tuvieron con el hecho nacional o patriótico⁸.

11.3.3.1 La perspectiva histórico-cultural de la mente española

En esta sensibilidad se encuadran autores como Altamira, Ganivet, Unamuno o Isern; los regeneracionistas que más se preocupan por construir una cerrada alianza entre un sistema mental propiamente español, los elementos histórico-culturales y la nación. Gracias a esa caracterización, deslindarán la formación de la nación del determinismo racial (impugnado por Altamira o Isern), fisiológico (que para Unamuno nada tenía que ver con la casta) o geoclimático (irreductible al espiritualismo territorialista de Ganivet) o, incluso, territorialista (Altamira lo hace tanto en sentido geográfico como político-administrativo). Unamuno lo ilustra bien al señalar cómo "*De la raza española fisiológica nadie habla en serio, y, sin embargo, hay casta española, más o menos en formación, y latina y germánica, porque hay castas y casticismos espirituales por encima de todas las braquicefalias y dolicocefalias habidas y por haber.// Todo el mundo sabe, de sobra con sobrada frecuencia, que un pueblo es el producto de una civilización, flor de un proceso histórico el sentimiento de patria, que se corrobora y vivifica a la par que el de cosmopolitismo.*" (Unamuno, 1902/1996; p. 75).

Como bien ejemplifica la cita de Unamuno, en lugar de los elementos más "estáticos" del carácter, este primer grupo de autores dedicará una atención prioritaria al estudio de los procesos y productos histórico-culturales: personajes, episodios, artes, costumbres, instituciones, etc. A partir de esos materiales, elaboraban una narración histórica en la que, por un lado, iban encajando las *agencialidades* atribuibles a la identidad y, por otro, iban decantando la propia *acción* que forjaba la mentalidad patriótica y la civilización. Pero estos son aspectos idiosincrásicos que trataremos detenidamente cuando hablemos del ámbito *cronográfico y productivo*. Aquí lo realmente importante de la idiosincrasia *cronográfica y productiva* es que convertían la historia interna y la Psicología de los pueblos en las vías regias para el escrutinio de la mentalidad colectiva; explícitamente en el caso de Unamuno, Isern y Altamira e implícitamente en el de Ganivet, si bien esperando encontrar en las bases identitarias lo universal humano,

con esta cuestión, un estudio específico del significado de los términos de "nación" y "nacionalismo" y sus relaciones con la psicología en la obra de Altamira puede consultarse en Rodríguez, Sílges, Jarabo, Estevez y Brisoire (2002).

⁸ Es muy importante no perder de vista el marchamo nacionalista que ambas alternativas presentan para el caso español. Se trata de una actitud que está presente en el propio núcleo de la perspectiva temperamentalista. Autores como Taine, Le Bon o Fouillée desarrollan sus tesis pensando en la prospección psicológica de las distintas naciones. Parten de una concepción diferencial previa y perfectamente delimitada entre los diferentes colectivos nacionales. Desde ese punto de vista, la raza pesa más o menos que el proceso histórico. La otra alternativa, la histórico-cultural, recoge la sensibilidad de Lazarus y Steinthal y, en ese sentido, estaría interesada por las claves generales que definen la emergencia diferencial de las culturas nacionales. Prefiguran, en ese sentido, el gran programa comparativista wundtiano. Para Wundt, la nación supone una formación histórica absolutamente diferencial pero también reciente. En su proyecto es mucho más importante la prospección de los estadios mentales a través de los cuales todas las culturas humanas alcanzan, finalmente, la posibilidad de estabilizarse como entes diferentes; es decir "nacionales". Por supuesto, el regeneracionismo español desoyó cualquier desarrollo teórico en ese sentido. Lo que más le interesó de las tesis de Lazarus y Steinthal fue el reconocimiento de culturas nacionales diferentes.

en el caso del primer autor, y lo peculiar nacional en el de los otros tres. En último término, los mecanismos histórico-culturales aseguraban, al menos, la transmisión, persistencia, variabilidad o, incluso, la efímera debilidad de las mentalidades nacionales. Pero, ¿cuál era la forma concreta que éstas tomaban bajo esta primera perspectiva regeneracionista?

Isern, Ganivet, Unamuno y Altamira coincidieron en una concepción integral de la argamasa psicológica que conformaba la mente colectiva. Aunque no fueron demasiado precisos en la descripción de las interacciones, básicamente todos ellos estaban de acuerdo en que la mentalidad colectiva suponía una formación cualitativamente nueva e irreducible a la mera yuxtaposición del intelecto, el sentimiento y la voluntad. A ello se refiere Altamira cuando asegura que el éxito de las naciones depende de la posesión y combinación de cualidades derivadas de las tres facultades. Unamuno también lo refleja cuando trata el *Volkgeist* como conjunto indefinido de sentimientos, deseos y aspiraciones o el ideal como la fusión del querer, el saber y el sentir en la unidad de todas las representaciones humanas. En ese mismo sentido, Ganivet habla de la combinación de potencialidades espirituales para configurar un conocimiento peculiar del mundo y una tendencia específica al ideal. Isern, por su parte, consideraba la sociedad —con sus instituciones, creencias y artes— como un conjunto de ideas, sentimientos, costumbres y modos de pensar. Hay, sin embargo, matices entre las interpretaciones de los cuatro autores que dependen de las relaciones que el conglomerado psicológico guarda con el extremo espiritualista del regeneracionismo. A grandes rasgos, ello da lugar a dos variantes en la configuración de una conciencia nacional.

(1) En primer lugar, encontramos la propuesta psicológica de Unamuno. Es la que más se acerca al núcleo espiritual, pudiéndose considerar un sinónimo o expresión inmediata de éste. Conocemos la importancia que Unamuno atribuía a la razón intrahistórica por oposición a la histórica. La primera puede considerarse una de sus múltiples formas de denominar las simas identitarias —“intraconciente”, “nimbo”, “verdad” o “tradición eterna”, “sustancia de la historia”, etc.— y que Juaristi (1996) ha intentado relacionar con la *Völkerpsychologie* de Wundt⁹. Es cierto, que entre los regeneracionistas finiseculares, sólo Unamuno conocía con cierta extensión las ideas psicológicas de Wundt, pero sobre todo las referidas a la faceta elementarista, individualista y abstracta. Vestigios del “espíritu colectivo” o *Volkgeist* son algo que,

⁹ Juaristi también arriesga una relación del nimbo con el inconsciente freudiano, un concepto que no está plenamente desarrollado por el padre del psicoanálisis hasta la publicación de *Interpretación de los sueños* en 1900. Desde nuestro punto de vista, la noción en la que claramente está inspirado el nimbo unamuniano, el *Volkgeist*, es, en más de un sentido, antagónica de la del inconsciente freudiano. Mientras que el *Volkgeist* condensa todos aquellos valores morales positivos potencialmente expresables por cualquier miembro del colectivo, el inconsciente en el sentido que lo formuló Freud supone la operación contraria. Tal instancia se convierte en el depósito de aquella energía individual, irracional o animal que las normas colectivas condenan a la represión o, en el mejor de los casos, a la sublimación. Es así que el acto creativo, desde la concepción del *Volkgeist*, es plena expresión de las potencias de lo colectivo; mientras que, para el psicoanálisis, las manifestaciones artísticas suponen la expresión socialmente tolerable de las pulsiones del sujeto. Así, creemos que la noción de inconsciente en Freud puede suponer como mucho un *Volkgeist* perverso. Como bien muestran *Totem y tabú* o *El mal en la cultura*, en su dimensión colectivista, hace referencia al acto fundacional de lo social reprimido por todo ser humano: el asesinato del padre por ser la representación de la norma social (Freud, 1913/1972; 1930/1974). Dentro del movimiento psicoanalítico, sería Jung el encargado de recuperar buena parte de las connotaciones positivas del *Volkgeist* entendido como inconsciente colectivo. En ese sentido, propuso un instinto social alternativo al egocéntrico de Freud. Además, desarrolló la noción de arquetipo para dar cuenta de los elementos y símbolos compartidos por todos y cada uno de los integrantes de una cultura a lo largo de la historia, más allá de su adquisición consciente. Con todo, la posición de Jung estaría más cerca de perspectivas como las de Le Bon que de las de Unamuno.

efectivamente, pueden encontrarse en la concepción ética de Wundt o en las últimas ediciones de sus *Principios de Psicología Fisiológica* (ver, por ejemplo, la edición española del *Compendio de Psicología* publicado precisamente en 1898). Pero no fue hasta 1900 cuando Wundt empezó a preocuparse específicamente por la Psicología de los pueblos y a convertirla, de hecho, en el núcleo fundamental de su sistema. Ante ese panorama, es evidente que Unamuno estableció la cuestión del intraconsciente o el nimbo sin necesidad de recurrir a Wundt (sobre esta cuestión también ha llamado la atención Quintana, 1998). La cuestión de un fondo inconsciente sobre el qué tiene que producirse la asociación de las ideas es un material que ya estaba disponible en buena parte de la psicología y filosofía idealista del siglo XIX (Hegel, Taine, Lazarus y Steinthal, etc.); ámbito que Unamuno conocía bastante bien.

En principio, a partir de esos referentes, Unamuno consideró que las representaciones mentales de un pueblo o nación dependían de contextos ambientales concretos y que, por ello, debían jugar un papel relativamente anecdótico en la interpretación de la identidad colectiva. El *Volkgeist* unamuniano estaba engrosado por deseos y tendencias de progreso responsables de sostener la fuerza o acción creadora común. En sus propias palabras: "*Cuando se afirma que en el espíritu colectivo de un pueblo, en el Volkgeist, hay algo más que la suma de los caracteres comunes a los espíritus individuales que los integran, lo que se afirma es que viven en él de un modo o de otro los caracteres todos de todos sus componentes; se afirma la existencia de un nimbo colectivo, de una hondura del alma común en que viven y obran todos los sentimientos, deseos y aspiraciones que no concuerdan en forma definida, pero no hay pensamiento alguno individual que no repercuta en todos los demás, aún en sus contrarios, que hay una verdadera subconciencia popular. El espíritu colectivo, si es vivo, lo es por inclusión de todo el contenido anímico de relación de cada uno de sus miembros*" (Unamuno, 1902/1996; p. 167).

Con esas palabras, Unamuno definía un mecanismo empático y armónico que subyacía a la forja del pacto social, un exponente claro del patriotismo. Sin embargo, la operación exigía una actualización; un acontecer en un marco histórico donde se incorporaban necesariamente elementos intelectivos (sobre el talante más o menos libre y, por ende, consciente, de ese pacto social puede consultarse Quintana, 1998). Por esa vía, Unamuno terminaba formulando un conglomerado cognoscitivo en el que se mezclaban el amor sensitivo a lo propio y el amor intelectual y cosmopolita a lo universal humano. Los desajustes en la historia española sólo podían ser debidos a una psicología histórica definida arquetípicamente por un nimbo alterado; es decir, una disociación mental extrema, un voluntarismo arrebatado y una intuición, ingenio, antipatía e individualismo hipertrofiados en diferentes sentidos. Nada más lejos de la armonización de tiempo y espacio y el discernimiento equilibrado que sí detectaba en la psicología inglesa.

(2) Tras el espiritualismo unamuniano, habría que hablar de las posiciones que entran de lleno en el psicologismo y el historicismo. Entre ellas encontramos las que siguen más de cerca el paralelismo

con la psicología individual a la hora de hablar del hecho colectivo. Es el caso de la conciencia o genio nacional formulado por Ganivet. De él ya hemos hablado como sistema cognitivo y energético que definiría un conocimiento peculiar del mundo y una tendencia específica al ideal. Entre las que dan más peso a los elementos histórico-culturales encontramos a Altamira. El valenciano hablaba de un genio nacional que daría forma a la patria a través de la combinación peculiar de ciertas ideas y sentimientos. Su prioridad, en cualquier caso, será la formulación de un espíritu colectivo solidario y genuino en las mismas bases de la patria; una instancia soportada por *"(...) un grupo de hombres, de cierta unidad más o menos concreta en los intereses, creencias y aspiraciones, en el ideal y sentido de la vida. De la conciencia de esa unidad nace el sentimiento de solidaridad y amor referido a todos los que de ella participan, afirmando la personalidad del grupo y distinguiéndolo de los demás: por donde, de cada vez, a medida que se acumula tradición, a medida que el tiempo va consolidando la conexión entre los elementos constitutivos y la herencia colectiva, va diferenciándose y cristalizando el genio nacional, la patria moral"* (Altamira, 1902/1998; p. 71). Desde ese punto de vista, la peculiaridad de la psicología nacional tenía que detectarse en el sentido específico de la historia española, aunque también depurada de las particularidades de cada momento histórico o, incluso, cultural —Altamira no perdía de vista los trasplantes de un pueblo y una cultura a otra, y la forma particular en que el genio era recibido—. De la historia se podían entresacar rasgos como la iniciativa personal o el realismo, en las que cristalizaba la bondad natural del espíritu colectivo. Pero Altamira no apostaba por rasgos psicológicos específicos porque éstos se modificaban con el tiempo. Lo que se compartía era más bien una estructura solidaria sometida, precisamente, a la ley de la variabilidad y la combinación.

A pesar de las cuitas de Ganivet y Altamira, la formulación que manejó una concepción más elaborada de la psicología nacional sin perder de vista los aspectos histórico-culturales fue la de Isern. Como Unamuno, Isern otorgaba un escaso papel a la reflexión consciente en la formación del espíritu público. Siguiendo a Le Bon, exaltaba los mecanismos psicológicos inconscientes que determinaban la íntima tendencia de los colectivos hacia la civilización, la vida e, incluso, su debilitamiento y desaparición final. Como el intelectual francés, Isern identificaba esos mecanismos con la herencia de generaciones pasadas. Sin embargo, Isern defendía un marco de interpretación psichistórico que claramente alejaba sus interpretaciones de la apuesta sociobiológica de Le Bon. Y es que, desde su punto de vista, para la formación del espíritu público era fundamental la concurrencia de la racionalidad y los productos históricos, en detrimento, además, de los aspectos más sensualistas.

En relación con ese extremo, Isern empleó y redefinió las tesis de Lazarus para establecer las causas, elementos y efectos del espíritu colectivo. Atribuyó especial relevancia a la razón y la voluntad en la configuración psicológica de éste último y reorganizó mínimamente la asociación que Lazarus había establecido entre las facultades psicológicas colectivas y su manifestación material. Como buen católico,

Isern desligó el arte y la religiosidad, dos productos culturales que en la *Völkerpsychologie* de Lazarus y Steintahl aparecían unidos como expresiones alternativas de la emocionalidad. Además, desoyó la relación que los autores alemanes establecían entre el elemento intelectual y la mitología. En su reformulación, Isern destacó la importancia de la religiosidad en tanto que alma de la patria. En la mejor línea escolástica, no dudó en comparar la función directiva de aquella con la que el alma racional cumplía sobre el cuerpo. En segundo lugar colocaba la moralidad, un extremo en el que sí coincide con los autores alemanes al considerar el elemento moral como el mecanismo preceptivo de la práctica. Desde el punto de vista españolista, creía que éste cristalizaba históricamente en el espíritu aventurero y la tradición monárquica. Relegados al último lugar por las prácticas orientadas a la búsqueda de la bondad y la justicia verdadera, aparecían el derecho, la filosofía, el industrialismo y, sobre todo, el arte. Una vez desligada de la religión, a esta última sí le otorgaba la asociación con elementos emotivos menores; particularmente con la imaginación y el buen gusto.

Isern, Unamuno, Altamira y Ganivet configuraron, en definitiva, una tendencia que, dentro del diálogo habitual entre positivismo y espiritualismo, optó por considerar el contexto histórico-cultural como un elemento consustancial a la psicología nacional y a sus procesos constituyentes. En esa decisión se pone de manifiesto la persistencia de las grandes directrices interpretativas ofrecidas por los marcos filosóficos de la escolástica y, sobre todo, del idealismo. En particular, es perfectamente detectable la estrecha vinculación a los supuestos nacionalistas románticos y post-románticos iniciados en la tradición filosófica germánica; la misma en la que la idea de "espíritu colectivo" adquiría la condición de categoría explicativa para la unidad y desarrollo de los pueblos.

A esa idea cabe remitir el especial cuidado que esta facción del regeneracionismo puso a la hora de evitar los reduccionismos atomistas. Los paralelismos entre el funcionamiento de la psicología individual y la colectiva eran inevitables, pero Altamira y, sobre todo, Unamuno, Isern y Ganivet estuvieron particularmente atentos a las ambigüedades y contradicciones derivadas de considerar la mente colectiva como un mero sumatorio de mentes individuales. Quizá por ser uno de los autores más solipsistas, Unamuno destacaba el absolutismo anárquico de la sociedad española, pero remarcando por encima de todo su naturaleza igualitarista y comunitaria. Con ello Unamuno evitaba transgredir su apuesta por un *Volkgeist* que suponía mucho más que la suma de las mentes que integraban el colectivo. Isern y Ganivet se mostraban, en principio, más ambiguos a ese respecto ya que consideraban que el espíritu público dependía del desarrollo o la suma de las fuerzas y facultades de los individuos que lo formaban. Sin embargo, los dos formulaban, sin solución de continuidad, un *a priori* común y colectivo en las conciencias individuales. Tal aspecto llevaba a Isern a hablar de la existencia de lo común o incluso de lo universal en las conciencias y opiniones individuales, y a Ganivet a afirmar que el sujeto sólo podía entenderse como reducción de la sociedad. En el extremo, Isern incorporaba a la comunalidad social la

herencia transmitida por los antepasados de generación en generación. Ganivet, por su parte, creía que fenómenos como “*La reflexión, no es, como se cree, un hecho puramente interno: es más bien una labor de unificación de las reflexiones que nos inspira la realidad en que vivimos; y aún a los espíritus más independientes hay medio de someterlos a la obra común, si les rodea de espíritus que les cerquen y les aprisionen*” (Ganivet, 1897/1996; p. 89). En esa misma línea, el autor granadino criticaba toda suerte de sistemas psicológicos que intentaban resolver el problema del enlace entre experiencia interna y externa sin atender al núcleo profundo de la instancia colectiva: los individualistas o subjetivos, que partían de las experiencias particulares y personales para desarrollar leyes generales; los fenomenológicos u objetivos, que sólo se preocuparían de las observaciones objetivas; y los mixtos, que funden los dos anteriores para explicar lo observado en los demás hombres por lo descubierto en uno mismo. Para Ganivet, estos sistemas olvidaban que, en muchas ocasiones, sujetos psicológicos idénticos producen resultados antagónicos, mientras que individuos antagónicos podían desarrollar una misma apariencia. Esa crítica, que es válida para el fenómeno individual, lo era especialmente relevante a la hora de estudiar la estructura psicológica de un país. En último término, Ganivet proponía que todo tipo de ideas y creaciones individuales, incluidas las de los hombres geniales, debía remitirse al núcleo profundo de la nacionalidad.

Parece claro que Ganivet, Unamuno e Isern intentaban evitar el atomismo social que subyacía a la sociología anglosajona, aunque con ello tendieran a estrechar radicalmente el espacio de la iniciativa y las libertades individuales. Quizá por ello el reduccionismo individualista no fuera un tema tan importante entre los autores más comprometidos con el reformismo positivista; aquellos que, como Macías Picavea o Maeztu, privilegiaban la energía individual sobre las ideas abstractas. Se trata de una perspectiva que admiraba la iniciativa personal típicamente anglosajona y que, como hemos dicho en otro lugar, resolvían la comunalidad colectiva apelando a la arquitectura racial.

Sin embargo, la tendencia idealista del regeneracionismo tampoco renuncia al positivismo, al menos en su dimensión más metodológica. Esto permitió la reformulación del *Volkgeist* en los términos de una *Völkerpsychologie* y, de paso, la apertura del horizonte interpretativo a políticas reformistas para la mentalidad colectiva. En el siguiente epígrafe veremos las principales características de la posición identitaria alternativa: una reflexión psico-sociológica marcada prácticamente, en todas sus facetas, por el positivismo.

11.3.3.2. La perspectiva temperamental de la mente española

Podría establecerse un segundo grupo de regeneracionistas que, frente a la perspectiva histórico-cultural, preserva la cualidad diferencial, constituyente y determinante de un núcleo identitario relativamente independiente de la historia, la cultura y la conciencia. Habitualmente, se trata de

regeneracionistas afines al positivismo y al temperamentalismo que asimilan tal núcleo a la inmutabilidad y heredabilidad protohistórica o prehistórica de la raza. Es cierto que algunos autores que hemos visto en el punto anterior también elaboraron argumentos en esa dirección. Particularmente, señalábamos que Isern recurrió en ocasiones a las tesis Le Bon. Por esa vía, consideró el papel fundamental de la herencia —entendida como una suma de raza y geografía— en la cohesión del espíritu público, al tiempo que recurría al transformismo de Darwin y Spencer para proponer que algunas razas primitivas eran incapaces de educarse en los valores civilizados. Sin embargo, en línea con la unidad psíquica de la especie humana, Isern también creía que los individuos, fueran de la raza que fueren, podían ser sustraídos a tiempo de las limitaciones geoclimáticas y culturales a las que estaban sometidos. Con ello, también podían recibir la educación necesaria para una correcta formación y desarrollo del carácter y el espíritu.

Por el contrario, las posiciones más afines al positivismo están poco dispuestas a sopesar el papel nuclear de las circunstancias histórico-culturales. Llegarán incluso a matizar las posibilidades transformadoras de la educación, un artefacto modelador que hasta un conservador como Isern consideraba de eficacia ilimitada. Es cierto que autores como Morote o Costa inciden, como Isern, en la importancia de la educación de la energía o la voluntad a la hora de formar el carácter. Ahora bien, en su postura, el elemento volitivo se identificaba con el mecanismo que había de automatizar, más allá de la reflexión, el cumplimiento disciplinado de la norma social. Para Costa, la conciencia o el entendimiento se agotaba en la comprensión no necesariamente vinculante de la ley. Ejemplos como éste advierten de cómo la tendencia positivista del regeneracionismo tuvo en cuenta la acción de los factores externos en la demarcación intelectual de la conciencia nacional, pero a costa de imprimir en ella un condición secundaria, voluble o epifenoménica. En el mejor de los casos, el contexto histórico-cultural mediatizaba la forma circunstancial que, a cada momento, tomaba externamente el núcleo identitario. Sólo la raza protohistórica podía definir, con su pregnancia inconsciente, volitiva y emocional, las bases primigenias de la orientación hacia el mundo y la experiencia. Desde esa perspectiva, existía una inconsciencia nacional constituyente a la que habían de ajustarse los códigos sociales.

El deslindamiento de este doble nivel —inconsciente o racial y mental o histórico-cultural— se detecta claramente en autores como Maeztu, Mallada, Morote o Macías Picavea. Los tres primeros excluían tácitamente la participación de factores históricos en el núcleo identitario colectivo, aunque tuvieron que contar con ellos para explicar la emergencia del hecho propiamente nacional, pero sin otorgarles la calidad constituyente que sí les habían impreso los autores idealistas. Así, encontramos que Maeztu habla de un “instinto social” configurado por la fuerza asociativa, la defensa mutua y el egoísmo de los grupos humanos.

Pero esas bases identitarias, típicas de los pueblos jóvenes, no bastaban por sí solas para articular el principio de nacionalidad. Maeztu creyó conveniente contraponerles o, incluso, yuxtaponerles lo que

denominó significativamente “razón histórica”. Esta segunda naturaleza sería la típicamente adquirida por los colectivos viejos dotándoles de personalidad nacional e impregnando de conservadurismo sus decisiones. En ese mismo sentido Mallada hablaba de las bases latinas, a las que hacía responsables de los excesos de pasión, imaginación y sentimiento y del poco realismo e inteligencia práctica del pueblo español. Pero al tiempo, atribuía el estado contemporáneo de todos los países a la adición de un conglomerado psichistórico dependiente del medio ambiente físico, intelectual y moral. Morote consideraba que los principios de la identidad española no estaban ligados a una conciencia voluntaria y proponía unas bases raciales que compendiaran un conjunto de características propias y peculiares. Sin embargo, más arriba hemos visto que consideraba que la formación de un pueblo, nación o patria no podía depender de la unidad antropológica (dispersa por las diversas regiones españolas). A la consolidación del hecho nacional subyacían formaciones tradicionales e histórico-culturales, lo que él mismo denominaba “hechos vivos” de la historia.

Por último encontramos a Macías Picavea, que representa el deslindamiento más radical entre una inconciencia racial, valorada en términos positivos, y una conciencia histórica, evaluada negativamente. Tal diatriba estaba inscrita en su propia propuesta caracteriológica que, como ya sabemos, le llevaba a distinguir dos partes en el temperamento moral de los pueblos. Por un lado, la parte formal o ética cristalizaría en la psicología social tormentosa y sombría que el castigo histórico continuado —el de un pseudo-españolismo teutónico, atávico y antipatriótico— habría impreso en la mentalidad española. Sin embargo, la cualidad circunstancial de este factor diacrónico se pondrá totalmente de manifiesto cuando Macías explique, por otro lado, que las “fuerzas” raciales que habían decantado primitivamente la peculiaridad española eran las mismas que explicaban buena parte de los logros históricos y, sobre todo, las que, a pesar de la decadencia, habían permitido la resistencia del pueblo español hasta finales del siglo XIX. Aquí emergía la parte esencial del temperamento colectivo, aquel componente racial encargado de los aspectos volitivo-propositivos. Macías creía que en el pueblo español este componente tomaba una forma especialmente pasional que se sobreponía a la propia voluntad; una caracterización paradójica, ya que el mismo engranaje denunciado como causa de los excesos históricos se terminaba convirtiendo en la clave positiva de la supervivencia colectiva. Quizá por ello Macías consideraba que una de las tareas fundamentales antes de disponer cualquier solución para la decadencia fuera distinguir lo esencial de lo accidental en el ser español. En cierto sentido, la tendencia racial se reencuentra en este punto con la historicista. De hecho, Macías no dudó en citar explícitamente la intrahistoria de Unamuno para hablar de la España sana, viva y castiza que se desvanece en el tiempo y se oscurece en lo profundo. Para encontrarla había que cavar muy profundo, en el subsuelo del alma española.

Con este análisis de la concepción histórico-cultural y racial-temperamental de la mente española entendida como totalidad peculiar cerramos el epígrafe dedicado a la *antropografía* psicológica. En él

hemos detallado cómo el espacio intelectual y la configuración de una teoría del conocimiento propia del pueblo español tomaban un protagonismo que había permanecido inédito en otros niveles de prospección identitaria. En cualquier caso, no puede perderse de vista que el protagonismo de lo intelectual corresponde sobre todo a aquellos argumentos que preservan la condición estructural y abstracta de los fenómenos psicológicos. Su hegemonía se difumina o (con) funde con el resto de facultades psicológicas, incluso con procesos de carácter histórico-cultural cuando los argumentos del regeneracionismo apuntan, *a priori*, a una concepción integral e indiferenciada del sistema mental tripartito compartido por un pueblo o nación.

Es importante advertir que, sin poner en crisis la concepción integral, cada autor tendió a privilegiar una caracterización más intelectual, volitiva o emocional de la mentalidad colectiva. Tal circunstancia, en cualquier caso, no enturbia la adscripción del conglomerado psicológico compartido a una teoría del conocimiento, sino que enriquece esta última con engranajes emotivos y, sobre todo, volitivos. Aunque la psicología colectiva se entendiera como una forma de conocer, experimentar y orientarse al mundo, aquellos engranajes permitían incorporar, muy particularmente, la naturaleza activa, experiencial, creativa, inconsciente y, en definitiva, voluntarista, que debía subyacer a los procesos cognoscitivos grupales.

A ese respecto hay que advertir que los regeneracionistas no se prodigaron en identificaciones explícitas entre la voluntad y la mentalidad colectiva. Lógicamente, el objetivo de sus tratados no precisaba entrar en pormenores acerca de las funciones o la naturaleza de esa alianza, pero los usos que se le da en los textos sugieren múltiples alternativas: desde su caracterización más empírica o wundtiana, donde la voluntad se entiende como espacio inconsciente en el que se dirimen e integran los procesos psicológicos, hasta las más sustancialistas, donde adquiere sobre todo las potencias activas y creativas atribuidas por el discurso filosófico al alma o al espíritu. Tanto los regeneracionistas afines al idealismo como los más partidarios del positivismo pusieron en juego la encrucijada voluntarista en alguno de esos sentidos. Recordemos, por ejemplo, que Ganivet acomoda en sus párrafos más idealistas el voluntarismo al espíritu romántico, mientras que en sus propuestas más psicológicas identifica la voluntad con el sentido sintético o, incluso, con el asociacionismo empirista. Macías Picavea, por su parte, la considera un principio creador, pero aboga por la participación del componente intelectual para su adecuada dirección ética.

Todos esos usos, en cualquier caso, estuvieron impregnados de un fuerte aroma nacionalista. Desde el punto de vista etopolítico, esta relevancia de la voluntad nacional no es casual. Poner en acción unos mecanismos volitivos ubicados en el mismo seno de la mentalidad colectiva era la manera natural de combatir el principal problema que, supuestamente, afectaba a la sociedad española de finales del siglo XIX: la apatía o abulia nacional. Lo que estaba en juego era la articulación del propio principio colectivo

y, quizá por ello, la abulia se convirtió en un problema recurrente en todo el discurso psico-sociológico del regeneracionismo.

A lo largo del análisis *antropográfico* hemos ido rastreando esta cuestión y desvelando cómo la interpretación de la abulia siempre mantuvo un precario equilibrio fronterizo entre la circunstancia histórico-cultural, la enfermedad psicopatológica y, con muchos más matices, la constitución racial y temperamental. Bajo todas esas alternativas se construyó un antagonismo arquetípico entre voluntad y abulia; un antagonismo que adquirió una popularidad inusitada en el periodo intersecular. Fue, sin duda, la ecuación más empleada para delimitar el supuesto estado de postración, falta de compromiso o decadencia crónica del espíritu colectivo desde que Almirall y Mallada publicaran en el ocaso de los años ochenta. Tras ellos vendrían Ganivet, Macías Picavea y Altamira, autores que reorientaron el mero estigma temperamental, tan popular en el primer positivismo, para empezar a hablar de mecanismos psicológicos más complejos¹⁰; muy particularmente, de la subrogación que sufría el control intelectual de la voluntad ante los diversos desajustes cognitivos e infiltraciones de la fantasía e imaginación.

La aplicación de este tipo de retórica energética a la mentalidad española fue recogida y popularizada por autores como Azorín, quien, precisamente, consideraba *Los Males de la Patria* de Lucas Mallada como el texto más representativo de la literatura regeneracionista (ver Flores, 1989). Azorín no publicó *La voluntad* hasta 1902, ofreciendo a los intelectuales del nuevo siglo una novela que, además de poner en circulación el término en el ámbito literario, testimonía la especial relación que la reflexión nacionalista de la Generación del 98 tuvo con el voluntarismo desde sus mismos inicios. En cualquier caso, mientras que la Generación del 98 publicaría los aspectos más espiritualistas y fatalistas de la encrucijada entre la voluntad y la abulia, los regeneracionistas finiseculares habían encontrado en ella un estímulo para pensar los programas y agendas del cambio social. La voluntad les permitió transitar desde la pregunta por el “Problema de España” a las respuestas para el agotamiento de las masas sociales, la desidia de las élites, las reclamaciones del nacionalismo periférico o la escasa proyección internacional de la política y la cultura española. Todas esas cuestiones delimitaron análisis y estrategias interventivas que abordaremos mucho más adelante. Lo que haremos en el siguiente epígrafe es explorar el paso inmediatamente previo a su despliegue, a saber: el uso de dimensiones psico-sociológicas por parte del regeneracionismo para evaluar y, en último término, justificar la pertinencia de unos u otros proyectos político-sociales.

¹⁰ Posiblemente la dimensión psicológica del binomio voluntad-abulia quedó –y queda– eclipsada por su saliencia filosófica o, incluso, por la vulgarización que produjo su constante uso cotidiano. La historiografía contemporánea ha atendido sobre todo a su dimensión metafísica considerando la importancia de la obra de Schopenhauer, Nietzsche y Kierkegaard en España (ver Sobejano, 1967; Martín y Mazzocchi, 2000). Esto ha ido en detrimento de su valor psicológico en teorías como las de Ribot o el propio Schopenhauer (aproximaciones historiográficas a la voluntad de carácter más psicologista sí pueden encontrarse en Cerezo, 2003).

11.4. LA ANTROPOGRAFÍA PSICO-SOCIAL DEL REGENERACIONISMO

Hasta aquí hemos presentado la deriva de los elementos *antropográficos* implicados en la definición psico-sociológica de la identidad española. Partíamos de la formulación de su núcleo espiritual para ir ascendiendo gradualmente hasta el sistema mental compartido por el colectivo español. En el camino hemos atendido a la doble vertiente que, entre lo racial-temperamental y lo psicológico-mental, permitió disponer múltiples lecturas a propósito de las cualidades funcionales y los atributos positivos y negativos que caracterizaron la identidad española. Esta exploración culminaba en un último punto en el que quedaban al descubierto los engranajes peculiares, auténticos y potenciales que los regeneracionistas atribuyeron a la mentalidad nacional. Estamos, por tanto, ante el nivel de análisis identitario más externo, observable y manipulable ofrecido por la prospección disciplinar del regeneracionismo.

En último término, las potencialidades detectadas en ese nivel, si no cortical o cerebral, si psicológico, son las que se actualizan y cristalizan en la realidad social coetánea. Por esa vía, la psicología del pueblo entra tímidamente en contacto con las leyes generales que rigen el comportamiento de los grupos; las mismas que en el fin de siglo empiezan a ser delimitadas por la psicología social y la sociología. Aunque ese tipo de alianzas no será el más habitual bajo la actitud teórico-contemplativa del regeneracionismo, su tímida presencia preludia la transformación y reorientación del interés por las esencias patrias hacia el reformismo científico. Aquí nos preocupa ese espacio de transición en tanto que preámbulo nomotético de la agenda interventiva del regeneracionismo.

Sin duda, en el ojo del huracán de ese diálogo se coloca la noción de pueblo. De ella hemos hablado largo y tendido a lo largo de este epígrafe, entendiéndola como definición genérica de los integrantes de un colectivo nacional pero también como forma de definición específica de la peculiaridad, autenticidad y potencialidad identitaria preservada en toda su pureza y positividad por las clases bajas. Los usos específicos del término en este último sentido pueden encontrarse en Ganivet, Macías Picavea, Altamira y Maeztu, mientras que Unamuno y Morote lo oponen muy particularmente a las tradicionales clases políticas y directoras. Así, bajo ese significado, el pueblo se convertirá en la pieza clave del programa armonicista que el regeneracionismo diseñará para la sociedad española. Fue, en cualquier caso, una tarea controvertida. El pueblo planteaba problemas en su ambivalente condición psico-sociológica de potencial motor de progreso y, sobre todo, custodio de la esencia identitaria. Veamos cómo se tramitaron ambos aspectos en el discurso regeneracionista.

11.4.1. El pueblo español como motor de progreso

Como buenos reformistas, los pensadores finisculares aceptaban la hipótesis del positivismo según la cual la transformación y la variabilidad económica, técnica y profesional es una condición ineludible

para entender la aparición y el progreso de las naciones modernas. En ese marco se atreven a aventurar hipótesis de desarrollo de evidentes tintes sociológicos e incluso sociobiológicos. En la línea que, a la manera de Adam Smith, relacionaba profesionalización y progreso, encontramos las opiniones de Ganivet y Altamira. A pesar del rechazo que Ganivet expresaba ante la consideración de las naciones como organismos individuales, sí convergió con Altamira a la hora de incluir la división del trabajo social entre las variables que definían ancestralmente el perfil de las naciones y su orientación hacia el futuro: clima y raza en el caso Ganivet, y sentimiento e intelecto en el de Altamira.

La retórica organicista hace pleno acto de presencia en el tratamiento que Macías Picavea y Morote dedican a diversos aspectos sociales. Pronunciando las metáforas sociobiológicas, Morote consideraba la sociedad como un organismo doble compuesto de nación y estado. La primera representaba las instituciones económicas, políticas y mentales más o menos perdurables; pero el segundo hacía referencia al conjunto de individuos sometido a leyes biológicas y, por ende, susceptibles de entrar en decadencia y desaparecer. Siguiendo el artículo *Le Peuple Spagnol* de Fouillée, Morote confiaba en que un futuro crecimiento poblacional permitiera la selección social y obligara a trabajar y a asegurar el triunfo final de la inteligencia.

La retórica evolucionista también está presente en Isern. El autor del *Desastre nacional y sus causas* parafraseó a Taine a la hora de advertir cómo los hábitos adaptados a una situación concreta podían ser perjudiciales ante una situación antagónica. La advertencia debía de servir para todos los estamentos sociales, dado que de su actuación y contribución conjunta dependía la salud del espíritu público. Parece claro que, desde el punto de vista regeneracionista, la polivalencia de los recursos humanos y la adaptabilidad al cambio eran índices indispensables para la supervivencia de las sociedades.

Hay que advertir que la existencia de grados de libertad para la transformación permitía a los pensadores finiseculares superar las tendencias más nostálgicas, costumbristas y conservadoras. Sin embargo, la clásica concepción nacionalista del pueblo armónico también quedaba zarandeada por una idea de sociedad cargada de aspectos agresivos, competitivos y desestabilizadores para el propio principio identitario. Una apuesta más o menos evolucionista por el progreso obligaba a que el pueblo se encarnara en cuerpo social dejando al descubierto dos peligrosas posibilidades hasta entonces impensables: (1) el egoísmo de la lucha por la supervivencia y (2) el irracionalismo del pueblo-masa.

(1) Por un lado, aparecía la selección individualista y egoísta de los sujetos más aptos. Maeztu llegó más lejos que ningún otro regeneracionista a la hora de denunciar la falsedad de un principio natural de orden y armonía nacional. Consideró esa posibilidad como una percepción equívoca derivada de la imperfección de los sentidos. Lo que realmente imperaba en cualquier forma de vida era la lucha y la supervivencia de los más aptos; panorama que, desde el punto de vista socio-económico, se traducía en el advenimiento inevitable de la lucha de clases y, en último término, de un sistema capitalista. Hasta los más

firmes partidarios del organicismo sociobiológico, caso de Macías Picavea, intuyeron las amenazas de llevar ese modelo al extremo e intentaron elaborar argumentos paliativos en el mismo terreno sociobiológico. En otro lugar hemos hablado de cómo muchos regeneracionistas confiaron en una versión colaboracionista de la lucha por la vida. Según ésta, las posibilidades de supervivencia del colectivo nacional pasaban por la alianza de todos sus miembros. Bajo las etiquetas "patria" y "patriotismo", Morote y el propio Maeztu también formularon la existencia de un instinto de conservación social. En principio, ambos consideraban que el patriotismo podía exagerarse o falsificarse convirtiéndose, en la línea evolucionista, en un índice del egoísmo de las naciones. Sin embargo, Maeztu consideraba que era indispensable para entender la formación de los lazos nacionales, mientras que Morote creía que si el patriotismo se ordenaba, reglamentaba y racionalizaba, éste se convertía en fuerza o energía útil para resolver las necesidades y alentar el progreso de los pueblos y la humanidad.

(2) Por otro lado, la conexión del pueblo con los estratos sociales más bajos también abría la puerta a las lecturas sociológicas relacionadas con la dinámica de masas. Por esa vía emergía la cara negativa de la irracionalidad y la movilización colectiva, una posibilidad advertida por Morote, Almirall o Mallada. Recurriendo a Fouillée, el primero de ellos simplemente señaló cómo el alma de las multitudes se movilizaba a través del entusiasmo y las pasiones; estados psicológicos producidos por las hipérboles, las formas categóricas y enérgicas y las exaltaciones fanáticas de glorias reales o fingidas. Por su parte, Almirall y Mallada ofrecían usos de "pueblo" o "patria" peyorativos, irónicos y, en definitiva, alternativos a las interpretaciones laudatorias. Concretamente Mallada contrastó la potencial actividad del pueblo con las clases sociales, las masas o las muchedumbres inertes que conformaban el país en el fin de siglo. En esa misma línea, "patria" o "patriotismo" implicaban ceguera ante la realidad de la pobreza nacional. Es evidente que en el trasfondo etopolítico de las advertencias a propósito de las muchedumbres aparecía el miedo del liberalismo nacionalista a los amplios corporativismos nacionales o, incluso, internacionales. Por eso Altamira, con el nuevo siglo ya iniciado, atacó las apuestas homogeneizadoras del internacionalismo socialista, anarquista o, incluso, humanista con la misma minuciosidad con la que había desmontado el integrismo de la derecha reaccionaria.

Así las cosas, la pauta general del regeneracionismo fue emplear la clave sociológica para relativizar e interpretar la preocupante cuestión de los vicios colectivos. Con ello lograron salvaguardar la supuesta pureza de la esencia nacional, pero sin evitar la cerrada relación de la decadencia con las masas populares. Quizás por eso el regeneracionismo finisecular, con mirada atenta a los profundos contrastes entre la realidad social española y la de otras naciones europeas y latinoamericanas, procuró no extremar interpretaciones relacionadas con la psicología de las masas. Aún a riesgo de caer en contradicciones, mantuvieron al margen la íntima ligazón entre pueblo, nación y esencia identitaria, al tiempo que desviaban las causas de la enfermedad y degeneración nacional hacia otro lugar: las élites directivas.

Dando la vuelta a las interpretaciones sociobiológicas y al economicismo sociológico, decidieron que, en España, la selección de los más aptos se había producido al revés. Los puestos de responsabilidad habían terminado en manos de los individuos más ambiciosos y menos capacitados para la dirección colectiva. Pero de ese entramado hemos de hablar ya en el siguiente punto.

11.4.2. El pueblo español como custodio de la esencia identitaria

Los regeneracionistas estaban obligados a velar por la cerrada equivalencia entre pueblo y esencia nacional. Es cierto que autores positivistas como Morote, Maeztu, Mallada o Costa acercan en algunas ocasiones el concepto “nación” a una posición sociológica en la que se identifica con el conjunto organizado de individuos o clases sociales que configuran el país. Pero lo habitual, incluso en la obra de esos autores, es que el término “nación” condense la relación entre las clases bajas y la autenticidad identitaria. Como ya hemos mencionado en otros muchos sitios, tal estrategia permitía salvaguardar la identidad colectiva de cualquier sospecha de maleabilidad, corrupción o artificialidad. Por esa vía, los regeneracionistas lograban que el pueblo quedara desvinculado de cualquier responsabilidad en la decadencia y, más importante desde el punto de vista etopolítico, ponían en jaque el protagonismo histórico de las élites, particularmente de las directivas.

Prácticamente todos los autores del regeneracionismo coincidieron en atribuir rasgos positivos al pueblo y, por ende a la nación, por oposición a los de las clases altas, al tiempo que identificaban las irregularidades gubernativas y administrativas de éstas últimas con lo que se dio en llamar “la España histórica, oficial o política”. En último término si “nación” se identificaba con “pueblo”, la propia estructura burocrático-administrativa del Estado se asimilaba al dudoso papel desempeñado por las clases directivas. Exceptuando algún argumento de Maeztu, en el que el significado de nación se acerca a un simple escenario político, el doble sistema de equivalencias y oposiciones se respetó minuciosamente: prácticamente todos los regeneracionistas coincidieron en que las clases responsables de organizar y dirigir el Estado resultaban fatales para las masas populares y humildes que sostenían la nación.

El antagonismo fue formulado hasta la saciedad. Altamira o Unamuno hablaban de una España histórica que eclipsaba la vida intrahistórica, eterna, común y auténticamente nacional que transcurría al margen de los accidentes y cambios históricos. Macías Picavea destacaba una factura estamental heredada del medievo; una España oficial representada por la arbitrariedad de las clases directivas y poseedoras. Morote o Costa convergían en una opinión complementaria con la de Macías y, recuperando por enésima vez las opiniones psico-sociológicas de Fouillée sobre el pueblo español, preservaban la raza española y cifraban sus ribetes decadentes en la acción despótica y fanática de los gobiernos históricos. Estos últimos eran los responsables de la supresión de la flexibilidad de conciencia, el pensamiento independiente y la

voluntad de sacrificio. Maeztu no se preocupa tanto por los mediadores *antropográficos* del "ser español", pero como el resto de regeneracionistas, no dudó en oponer una verdad de rango superior —lo económico, lo vital, la supervivencia del más apto— al artificio político-administrativo. Por último, con el signo político-ideológico invertido, un conservador como Isern también dejaba entrever que la España oficial era responsable de la difusión de las perniciosas actitudes individualistas, utilitaristas y sensualistas que durante el siglo XIX habían prendido en extensas capas del pueblo. Esto suponía un grave peligro para la vida nacional ya que, para él, "*La verdad es que como se dan pocas cosas comunes en las conciencias individuales, sino es el egoísmo sensualista y utilitario despertado en ellas por Bentham y Stuart Mill, apenas se da esta conciencia nacional; y como apenas se da esta conciencia, el espíritu que sale a la superficie como espíritu público, es sólo espíritu de una clase, o espíritu contradictorio, o espíritu negativo en cuanto escéptico*" (Isern, 1899; p. 366). Escandalizado, Isern advertía cómo por esa vía el colectivo nacional quedaba expuesto a la degeneración y a la decadencia; incluso, a la conquista, la esclavitud o el exterminio a manos de países extranjeros.

En realidad, ese último horizonte extremo no pasó de mera advertencia. Todos los regeneracionistas se dedicaron a testimoniar cómo la España política obstaculizaba el florecimiento y el crecimiento de la esencia identitaria preservada en el pueblo, pero sin considerar que tuviera la potencia suficiente para pervertir sus bases. Al fin y al cabo, una opinión generalizada en el regeneracionismo era que la muerte estatal, oficial o política —en realidad, la de las clases directivas— no tenía por qué correlacionar con la del pueblo. La idea estaba muy bien ilustrada por sociólogos como Maeztu y Morote. Para el primero, las naciones eran susceptibles de envejecer mientras que los pueblos permanecían eternamente niños, una postura nomotética que sin duda le permitió apreciar que, a pesar del desastre, el pueblo español siempre aparecía vigoroso bajo la corteza social. La perspectiva de Morote es inherente a su propia distinción sociológica entre nación y estado. Apostó por la imposibilidad de que las naciones murieran aún cuando sus estados perdieran la independencia política. Para Morote el estado y la nación podían aparecer unidos o separados, pero sólo la última tenía potestad para observar las leyes biológicas a la que se sometía su constitución y naturaleza. De la nación dependía, en último término, impedir la muerte del Estado.

Opiniones como éstas estimularon el hecho de que los regeneracionistas no sólo confiaran en que la acción de las clases directivas en el seno del Estado no terminara ahogando a la nación, sino también en la posibilidad de subvertir el modelo. Como planteaba Isern de forma paradigmática, la vida del Estado debía estar formada por lo que había de común en las conciencias individuales. Mallada añadía a esa reflexión el hecho de que las naciones pobres y decadentes necesitaban aplicar medidas económico-administrativas específicas y diferentes a las de las ricas y laboriosas. Por último, todos los regeneracionistas consideraban que cualquier objetivo etopolítico (gubernativo, económico,

administrativo, etc.) debía crearse en armonía con la supuesta peculiaridad natural de la nación. Desde ese triple punto de vista, el Estado sólo era un espacio legislativo artificial y, como proponía Costa, su entramado debía ser negociado sobre la base de los acuerdos consuetudinarios que regulaban previa y naturalmente las relaciones entre los españoles. De ahí que autores tan dispares como Mallada, Ganivet o Macías Picavea coincidieran en descartar la posibilidad psico-sociológica de "imitar" los modelos políticos "democráticos y liberales" ofrecidos por los países extranjeros más desarrollados. Al margen de las situaciones políticas, sociales y económicas concretas, la tarea psico-sociológica a emprender pasaba por desvelar las direcciones y particularidades supuestamente preinscritas en el inconsciente popular. Morote, siguiendo a Taine, lo planteaba como la necesidad del autoestudio del colectivo nacional si se quería llegar a la opción política adecuada.

Evidentemente, esa recomendación permitía que los regeneracionistas dejaran fuera de juego a las élites políticas que con su acción personalista e indiscriminada habían arruinado al país. Como planteaba Morote, *"Todo habrá podido sufrir mortal quebranto: organización política y administrativa, partidas, régimen, hacienda, barcos, mando militar y hasta la historia su buena fama; pero nos queda lo que no puede morir. El pueblo, la lengua, el arte, el alma nacional. (...) Pues lo mismo se puede decir a nuestros políticos fracasados, a nuestros generales fracasados, que creen unida a su causa la causa de la nación. No, no ha muerto; queda la patria"* (Morote, 1900; p. 107). El problema de este tipo de planteamientos es que la idealización del pueblo en tanto que expresión de la patria anulaba sus posibilidades de participación voluntaria y opinión consciente. Así, Morote, retomando la referencia de Taine, advertía que el pueblo podía desconfiar reflexivamente de sus gobernantes y, como había sucedido en la Francia revolucionaria, llegar a considerar que la dirección del país debía depender de la voluntad colectiva. Sin embargo, también creía que en la mayoría de las ocasiones esa desconfianza era instintiva. Para Morote el pueblo no era consciente de sus costumbres, carácter y peculiaridades de temperamento y genio y, así las cosas, se mostraba incapaz para distinguir entre lo que le placía y sus verdaderas necesidades. El pueblo, en definitiva, desaparecía de la trama histórica en tanto que *agente* causal y se convertía en mera *agencialidad*; un producto mediacional para el espíritu, la raza, el temperamento, la historia, la cultura y, en definitiva, la propia nacionalidad.

Los dos extremos del arco ideológico del regeneracionismo coincidían, con pocos matices, en justificar con gran interés ese panorama; y, de hecho, empleaban en su legitimación las más importantes autoridades disciplinares de la época. Morote, como representante de las posiciones más liberales, sigue a Taine y a Spencer para llegar a la conclusión de que la naturaleza y la historia ya han decidido por el pueblo. La forma social y política del país no depende del libre arbitrio sino que debe acomodarse o ajustarse a la complejidad y estructura del carácter nacional que existe *a priori*. Luego cabía derivar las fórmulas gubernativas pertinentes, como las exhibidas por Macías Picavea o Costa, según las cuales el

pueblo debía prevalecer sobre el hombre en el caso anglosajón, y el hombre sobre el pueblo en el latino. Morote, en cualquier caso, desconfiaba de esos estereotipos y, siguiendo el evolucionismo sociológico spenceriano, consideraba que la naturaleza producía ordenamientos en el curso del progreso social al margen de la raza. Las instituciones de cualquier país siempre podían ser llevadas más lejos por vía revolucionaria o reformista. Con ese panorama de fondo, Morote estaba de acuerdo con Fouillée en que había motivos para esperar una futura regeneración española.

Nuevamente, en el extremo conservador del arco ideológico, Isern cita a Le Bon y a Lazarus para establecer que la evolución de las cosas, la reconstrucción y la cohesión de las sociedades no pueden hacerse a voluntad del hombre. Las instituciones, las creencias o las artes dependen de una psicología nacional –Lazarus– o un mecanismo de civilización –Le Bon– fijado por la herencia más allá de los códigos de convivencia negociados racionalmente. Hasta ahí todo de acuerdo con las posiciones más liberales, si no fuera porque Isern se mostraba muchos más escéptico que Morote, Costa o Macías Picavea hacia el reformismo social e, incluso, hacia la capacidad de acción y decisión del pueblo.

Por un lado, Isern seguía a Le Bon al considerar que, particularmente, los gobernantes latinos condenaban a sus países a la destrucción por intentar basar el orden social en constituciones y leyes razonables. Creía que esas medidas aceleraban una desaparición inminente de los pueblos, mientras que su reconstrucción dependía de lentos procesos históricos y facultades creadoras e inconscientes. Por otro lado, Isern pervertía el argumento de los progresistas al considerar que el estudio del espíritu y la opinión pública no sólo permitía delinear la estructura ideal del Estado, sino también explicar la acción del contemporáneo. Siendo así, episodios como el cambio de sistema político a principios del siglo XIX –sólo en los aspectos formales desde el punto de vista de Isern– y el desastre de Cuba le llevaban a plantearse si el “Problema de España” no radicaría en la inexistencia del espíritu público. Evidentemente, una respuesta positiva –que Isern no se atrevió a ratificar– implicaría la anulación absoluta de las capacidades del pueblo para participar en las decisiones y acciones políticas colectivas.

Quizá por esa última razón, Isern también fue mucho más elocuente que cualquier otro regeneracionista a la hora de no excluir a ningún estamento social de la esencia específica de lo español. Como buen nostálgico de la armonía estamentaria, jerárquica e inmovilista, para él el conflicto social sólo podía deberse a la injerencia de una causa externa en la sociedad histórica española: la aberrante extensión del individualismo, el utilitarismo y el egoísmo liberal por todas las capas sociales. Pero tal circunstancia no ponía necesariamente en jaque el protagonismo de las élites políticas y directivas en el mismo seno del artificio estatal. Así, era posible plantear que “(...) *la enfermedad más grave de España consiste, (...) en la desarmonía, mejor dicho, en la pugna que se da entre el estado en su organización legal y el estado en su actuación en la realidad de la vida política y administrativa, y entre lo que debe ser y es el gobierno, considerado como brazo del Estado en el cumplimiento del derecho para bien común de los españoles*”

(Isern, 1899; p. 114). Por tanto, el reformismo de Isern se orientaba mucho más a la mejora del gobierno que a la capacidad de participación de los españoles.

En cualquier caso, como hemos venido viendo, lo habitual fue que el regeneracionismo exaltara la auténtica esencia nacional y la salvaguardara en el nivel más humilde o intrahistórico de lo popular; en aquellas clases sociales que para lo bueno –la preservación de la pureza nacional– y lo malo –las escasas posibilidades de modernización social– permanecieron más ajenas a los “ventarrones europeos” requeridos por Unamuno. Desde el punto de vista psicológico, les dotaron de una mentalidad infatigable pero también inconsciente, circunstancia esta última que determinaba la imposibilidad del colectivo nacional para autoanalizarse y, por ende, para guiar su actividad político-social. Con ese movimiento, los regeneracionistas se autoerigen en analistas autorizados, hallando en sus prospecciones el desajuste entre la actividad de las élites directivas o el propio sistema estatal y el pueblo auténtico. Propusieron, por tanto, la licitud de sacrificar el propio Estado; una opinión sostenida sobre la base de que a una muerte política –la que los regeneracionistas proclamaban que estaba sufriendo España– no correspondía, por necesidad, una muerte nacional.

Es evidente que, tras la operación de derribo de la élites y teniendo en cuenta la imposibilidad del pueblo para guiarse a sí mismo, aparecía la necesidad de proclamar nuevos agentes de cambio. Pero no hacía falta salirse del ámbito nacional para conseguirlos. Como veremos cuando hablemos del elemento *cronográfico*, ya en el pasado español habían aparecido figuras de marcada valía intelectual, personajes no alienados y capaces de administrar las facultades custodiadas de manera natural por el pueblo. Sin duda, se trataba de los mismos hombres que, en palabras de Costa, habían sido sistemáticamente reprimidos y expulsados del país desde que la maquinaria inquisitorial, en manos de una élite ambiciosa y personalista, echara a andar en el siglo XVI. Las sugerencias sobre a quiénes correspondían cada una de las dos herencias elitistas en el final del siglo XIX –la perniciosa triunfante y la positiva frustrada– no podía estar más clara.

Así, de producirse realmente el cambio pronosticado, el protagonismo de los regeneracionistas, en tanto que educadores y aventadores –agentes– de las aptitudes psico-sociológicas y espirituales custodiadas por el pueblo –agencialidad–, era inevitable. En el horizonte de progreso del regeneracionismo los científicos sociales empezaban a adquirir los atributos tecnocráticos necesarios para participar de forma decisiva en la acción política. Pero sobre las estrategias reformistas concretas volveremos mucho más adelante, en los capítulos 16, 17, 18 y 19. En el siguiente capítulo rastreamos el contexto *topográfico* en el que se inscribió la actividad de los protagonistas de la identidad nacional.

CAPÍTULO 12

EL ELEMENTO *TOPOGRÁFICO*: LAS
COORDENADAS ESPACIALES DE LA
IDENTIDAD ESPAÑOLA

INTRODUCCIÓN

Como hemos venido viendo a lo largo del estudio de los elementos *antropográficos*, los regeneracionistas bucearon en el alma, la raza o la psicología del pueblo a la búsqueda del núcleo de la españolidad. Como en cualquier proyecto de construcción identitaria, otro de los puntos indispensables de la agenda era ajustar aquellos elementos a algún tipo de coordenadas espaciales. En ese sentido, una de las tareas psico-sociológicas fundamentales de los regeneracionistas fue diseñar un espacio *topográfico* que enmarcara armoniosamente la tarea identitaria. Esa tarea corresponde paradigmáticamente con la articulación de la función *escenario* y es tramitada por algunos autores a través de componentes paisajistas. Sin embargo, como en el caso del elemento *antropográfico*, las funciones discursivas del *topográfico* no se agotan en las evocaciones del paisaje. El giro del caleidoscopio identitario puede ofrecer nuevos sentidos de la armonización del sujeto colectivo y su medio. Por esas vías, la función del elemento *topográfico* termina ubicándose en la misma encrucijada que define la autenticidad, peculiaridad y potencialidad del pueblo español. Así, lo *topográfico* puede adquirir la forma de espacio geoclimático (Mallada, Macías Picavea o Costa) o territorial (Ganivet) y asumir, alternativamente, la condición de *agente*, *agencialidad* o *propósito* de la identidad española; en el primer caso determinando la configuración de los elementos *antropográficos* y convirtiéndolos en meras *agencialidades* de su acción, y en el segundo y tercero como objeto u objetivo de modificación o expansión deseable por parte del sujeto colectivo.

Es importante remarcar que cualquiera de esas funciones redundará en una naturalización, tanto romántica como positivista, del espacio donde tiene lugar el desarrollo identitario. En ese sentido, su articulación temática se producirá en oposición a un ámbito *topográfico* lastrado por la artificialidad. Algo hemos adelantado sobre él en el epígrafe dedicado al elemento *antropográfico*: se trata del espacio

configurado en abstracto por el diseño burocrático-administrativo -territorial y legislativo- del Estado. El antagonismo entre ambos espacios será fundamental para la construcción de la identidad nacional en el periodo finisecular. Lo tendremos muy en cuenta a la hora de analizar las diversas funciones discursivas del elemento *topográfico*; a saber, el *escenario* paisajista y las funciones *agente*, *agencialidad* o *propósito* que pueden adquirir sus caracterizaciones territoriales y geoclimáticas.

12.1. LA TOPOGRAFÍA PAISAJISTA

Sin duda, el *escenario* entendido como paisaje es la función fundamental que el elemento *topográfico* había de cumplir en el seno del discurso regeneracionista. Al volver la vista hacia las clases populares y ajenas a la modernidad, los regeneracionistas se encuentran principalmente con la dureza del paisaje rural típico de la meseta castellana y el sur peninsular; un cuadro que nada tenía que ver con el cantado y retratado en el romanticismo de los poetas y pintores anglosajones y germanos desde principios del siglo XIX. La frondosa escabrosidad del centro y el norte de Europa que éstos reflejaban en sus obras sólo es retomada en algún argumento marginal en el que Macías señala que en las regiones agrestes e inaccesibles de España (valles, montañas, etc.) sobreviven los restos indígenas de la patria. Este último tipo de *escenario* transmitía, a partes iguales, espiritualidad, abundancia y complejidad, pero la mayor parte de los regeneracionistas -incluyendo al propio Macías- prefirieron orientar su mirada hacia un espacio, el de la meseta castellana, que, desde todo punto de vista, sólo podía evocar pobreza, fatalismo y sacrificio. El gran literato que fue Unamuno lo reflejaba a la perfección en una descripción que, tanto por sus continuos paralelismos psicologicistas como por sus deliberados contrastes con las características del paisajismo romántico de cuño anglosajón, merece la pena ser citada ampliamente: “*¡Ancha es Castilla! Y ¡qué hermosa tristeza reposada de ese mar petrificado y lleno de cielo! Es un paisaje uniforme y monótono en sus contrastes de luz y sombra, en sus tintas disociadas y pobres en matices. Las tierras se presentan como en inmensa plancha de mosaico de pobrísima variedad, sobre la que se extiende el azul intensísimo del cielo. Faltan suaves transiciones, ni hay otra continuidad armónica que la de llanura inmensa y el azul compacto que la cubre e ilumina.// No despierta este paisaje sentimientos voluptuosos de alegría de vivir, ni sugiere sensaciones de comodidad y holgura concupiscibles: no es un campo verde y graso en que den ganas de revolcarse, ni hay repliegues de tierra que llamen como un nido.// No evoca su contemplación al animal que duerme en nosotros todos, y que medio despierto de su modorra se regodea en el dejo de satisfacciones de apetitos amasados con su carne desde los albores de la vida, a la presencia de frondosos campos de vegetación opulenta. No es una naturaleza que recree al espíritu. // Nos desase más bien del pobre suelo, envolviéndonos en el cielo puro, desnudo y uniforme. No hay aquí comunión con la naturaleza; sí nos absorbe ésta en sus espléndidas exuberancias; es, si cabe decirlo, más que panteístico, un paisaje monoteístico este campo infinito en que, sin perderse, se achica el hombre, y*

en que se siente en medio de la sequía de los campos sequedades del alma. El mismo profundo estado de ánimo que ese paisaje me produce aquel canto en que el alma atormentada de Leopardi nos presenta al pastor errante que, en las estepas asiáticas, interroga a la luna por su destino" (Unamuno, 1902/1996; pp. 86-87).

Sin duda, la pintura de Unamuno, vulgarizada y despojada de esteticismo, fue retomada por autores como Mallada o Costa para acometer una de las tareas cruciales del género: desmontar las imágenes geoclimáticas que reforzaban el ensimismamiento nacional al reflejar una falsa riqueza y productividad del suelo del país. Aún así, la mayor parte de los regeneracionistas estuvieron de acuerdo con Unamuno en que, fuera como fuese, ese paisaje plagado de deprivaciones también era el *escenario* en el que había hallar, soterrado, el auténtico tejido armónico del individuo y su hábitat; más concretamente, la estrecha relación de la psicología inconsciente del hombre del pueblo (sus creencias, aptitudes, hábitos o, incluso, raza) y los espacios naturales e inorgánicos que configuraban el ámbito rural. Ahora bien, esa perspectiva mereció una cuidadosa articulación teórica y metafórica que, finalmente, terminó concretándose en el contraste de la meseta castellana con los paisajes del norte peninsular. De estas cuestiones trataran los dos próximos epígrafes.

12.1.1. Una estructura interpretativa para el paisaje castellano

La perspectiva que hemos venido comentando hasta aquí tenía un marchamo claramente hegeliano: los individuos que se encuentran más cerca de la tierra, los campesinos inconscientes e, incluso, incivilizados tienen que ser la expresión más auténtica, natural y pura del pueblo. Al otro lado, el de la razón, la consciencia y el progreso, quedaba el desarrollo histórico. Más adelante veremos cómo, por la vía del terruño, ese tipo de paisajismo conecta con la mesología isomorfista, determinista e ilustrada. Pero antes, un paso más acá, cabe relacionar esa perspectiva con un pre-estructuralismo mesológico más matizado y, al tiempo, de gran complejidad retórica.

Como ya hemos sugerido un poco más arriba, lo encontramos idealmente en la estrategia *topográfica* que Unamuno pone en juego en *En torno al casticismo*. La obra está claramente presidida por el ascendente de Taine en lo que se refiere a las estrechas relaciones establecidas entre, por un lado, elementos geológicos, geográficos y climáticos y, por otro, diferentes nociones, niveles y metáforas ambientales. La famosa metáfora geológica de la "roca viva" —con la que el autor francés se refería habitualmente a las simas identitarias— está literalmente presente en argumentos en los que Unamuno se pregunta si "*Conviene indagar si no es renunciando a un yo falaz como se halla el yo de roca viva; si no es abriendo las ventanas al aire libre de fuera como cobraremos vida*" (Unamuno, 1902/1996; p. 78). Unamuno, en cualquier caso, no se limita a emular las apuestas teóricas o metafóricas que el intelectual

galo tramita a través de un positivismo recalcitrante. Hasta cierto punto, Unamuno parte de Taine para desplegar una verdadera poética naturalista del *escenario* identitario; y lo hace al menos en dos niveles: (1) uno más nomotético y estilístico y otro (2) más idiosincrásico y descriptivo.

(1) El primero hace referencia al uso de metáforas naturalistas, geológicas, geográficas y climáticas para tratar diferentes temas identitarios; algo que también es habitual en positivistas como Mallada o Morote. Ambos emplearon ampliamente metáforas geológicas para tratar la estabilización de los vicios en el alma colectiva —a través, por ejemplo, de la noción de cristalización— y describir la masa inerte que suponía el pueblo español. Sin embargo, atendiendo a la densidad e importancia teórica, merece la pena destacar el amplio uso que hizo Unamuno de la metáfora oceánica (esta cuestión ha sido señalada y analizada por la mayor parte de los estudiosos de la obra unamuniana; para los aspectos que más nos interesan a nosotros se puede ver Tuñón, 1986 y Quintana, 1998).

La diatriba *topográfica* que distingue entre las olas y los fondos marinos atraviesa estructuralmente *En torno al casticismo* y sirve muy particularmente para articular dos *escenarios* antagónicos de la identidad individual y colectiva. El autor vasco hablará de las vistosas pero superficiales y efímeras olas de la historia identificándolas claramente con los Grandes Hombres y acontecimientos. A ellas opone la invisibilidad, eternidad y persistencia de los fondos submarinos, intrahistóricos e, incluso, inorgánicos, representados por el pueblo. Con esta posición, Unamuno articula una teoría de la identidad colectiva de rango metafísico en la que lo histórico y oficial mantiene un claro matiz negativo respecto de lo intrahistórico y popular. En cierto sentido, el antagonismo *topográfico* persiste en sus argumentos psicológicos: el nimbo o “intraconciente” se asimilaría al fondo marino —la humanidad— mientras que la conciencia recoge las representaciones individuales. En ese caso, Unamuno define una teoría de la identidad individual, aunque en ella la conciencia, aún sin gozar del peso psicológico de lo subconsciente, no tendría las explícitas connotaciones negativas que las olas tenían en la oposición colectivista. Sea como fuere, ambos usos retóricos muestran cómo los fondos geológicos se emplean para destacar la primitiva autenticidad y pureza de lo inconsciente. Profundizando en el sentido genético y, más precisamente, filogenético de la metáfora acuática, la referencia cuasi-inorgánica también fue empleada por Macías cuando mencionó que “(...) *en el alma profunda de todo pueblo, allí donde moran los estratos subpsíquicos de lo espiritual inconsciente, laten, asimismo, cual enterrados, gérmenes que sólo esperan una burbuja de oxígeno, una gota de humedad y un rayo de sol para desentumecerse, reiniciar la gestación y surgir de nuevo a la superficie y a la vida, gritando: ¡Sursum corda! ¡Arriba España!*” (Macías, 1899/1992; p. 282). En ese proceso de ascensión Macías deseaba resucitar la vida nacional: las instituciones, manifestaciones geniales, hábitos espontáneos y residuos castizos típicos de España cuando había sido España.

(2) El segundo nivel, el idiosincrásico, depende de la insistencia de Unamuno en la importancia de estudiar el paisaje y el paisanaje para el conocimiento de la vida nacional. Bordeando el determinismo ambiental pero sin llegar a caer en él (ver a este respecto, Quintana, 1998), Unamuno estableció una comparación isomorfa entre el carácter y el medio ambiente castellano. A partir de ella identificó los típicos problemas de integración perceptiva del intelecto español —la falta de nimbo— con la imagen desértica y deslavazada del campo castellano. En esa línea, Unamuno señaló que el paisaje castellano no invitaba a la recreación del espíritu. Sin embargo, su confianza en el fondo oceánico del alma individual o colectiva le llevará a deshacerse de los aspectos más positivistas y, por ende, frustrantes de su lectura casticista. Así, la esperanza de un *escenario* adecuado para la identidad no se buscará tanto en los aspectos más mecánicos y externos del ambientalismo de Taine como en los paisajes subjetivos revelados por el naturalismo y la sublimidad típica del romanticismo alemán o, incluso, el misticismo español. Precisamente, la elogiosa opinión de Unamuno sobre el lirismo de Fray Luis de León es muy significativa a ese respecto, ya que “*Es en él profundísimo el sentimiento de la naturaleza, tan raro en su casta (lo cual explica la pobreza de ésta en ciencias naturales). Consonaba con la campiña apacible y serena, la tenía en las entrañas del alma, en sus tuétanos mismos, en el meollo de su corazón. En el campo, los deleites parecíanle mayores por nacer de cosas más sencillas, naturales y puras*” (Unamuno, 1902/1996; p. 140).

Esas últimas palabras evocan claramente la contemplación sublime del paisaje y la comunión entre hombre y naturaleza plasmado, por ejemplo, en el panteísmo de la poesía de Hölderlin o en la pintura de Friedrich. De hecho, Unamuno tenía referentes teóricos y prácticos cercanos a esa sensibilidad en el misticismo español y, más directamente, en el panenteísmo krausista de la Institución Libre de Enseñanza (puede verse a este respecto Quintana, 1998). No en vano reseñó en una nota a pie de página de *En torno al casticismo* la belleza desconocida de los alrededores de Madrid; es decir, de aquella sierra de Guadarrama idealizada por Giner de los Ríos y convertida en poco menos que en una asignatura más de la Institución Libre de Enseñanza. Es más, el marchamo evocador con el que Unamuno impregnaba su paisajismo era perfectamente coherente con el de su propia tierra natal; es decir, en el terreno montañoso del norte peninsular¹. Así, ante este tipo de referentes, la pregunta ineludible es por qué se produce esa fascinación de Unamuno y, con él, de todo el regeneracionismo, por el paisaje de la meseta castellana. De ello nos ocupamos en el siguiente epígrafe.

¹ De hecho, en su primera novela, *Paz en la Guerra* (Unamuno, 1897/1976), sí que juega un papel fundamental el paisaje naturalista y rural de Bilbao. Se trataría de una evocación de sentimientos juveniles en la que, además de la distinción hegeliana entre naturaleza e historia, también pesaría la fascinación por la reivindicación romántica y reaccionaria del carlismo (sobre estas cuestiones ha llamado la atención Blanco Aguilana,

12.1.2. Castilla frente a la periferia: ventajas e inconvenientes identitarios del paisaje mesetario

Ciertamente, como ya hemos señalado, ni Unamuno ni ningún otro regeneracionista le otorgaron demasiado protagonismo identitario a la cornisa cantábrica y pirenaica. Desde las primeras obras del género finisecular, en las que el positivismo de Almirall y Mallada impone un paisajismo profundamente descriptivo, objetivista y al margen de cualquier determinación identitaria explícita, la tendencia es a reflejar mínimamente la riqueza natural del norte peninsular y pasar rápidamente al decadente pero inevitable protagonismo de la meseta. Ejemplar de ese itinerario es la propia estructura de la obra *España tal como es* de Almirall; un ensayo que, en su origen, está pensado para un público extranjero y que por ello adopta los tópicos de un libro de viajes. La descripción de los males españoles que Almirall va realizando en ella se establece a través de un supuesto viaje en tren en el que atraviesa la península de parte a parte. Así, en el viaje ferroviario propuesto por Almirall vamos admirando la desolación de las tierras castellanas, la belleza de las sevillanas, la industria de las catalanas, etc. Sin embargo, nos interesa particularmente un apunte del capítulo titulado *De Irún a Madrid por el País Vasco y Castilla la Vieja*, donde puede leerse: "(...) a poco de haber dejado atrás Vitoria, el decorado cambia bruscamente. Los árboles desaparecen casi por completo y las montañas se ven secas y despobladas. La tierra es parda y los pueblos tan pardos como la tierra. Ya no hay coches confortables en las estaciones, y las carreteras son cada vez más escasas y peor cuidadas. Es que hemos salido de las provincias vascas para entrar en Castilla la Vieja. Estamos en plena España" (Almirall, 1889/1983; p. 72).

Desde los propios orígenes del género finisecular, en la meseta castellana se encuentran, efectivamente, las bases de la españolidad. Pero las preferencias *escenográficas* de los regeneracionistas por Castilla no sólo están determinadas por esa cerrada asociación. De hecho, tanto progresistas (Almirall) como conservadores (Isern) también asignan eventualmente valores típicamente identitarios —armonicistas, tradicionales, costumbristas o patrióticos— a otros lugares del territorio nacional, muy especialmente a las provincias vascas del norte peninsular. Lo que sucede es que, al lado de todas esas consideraciones, los regeneracionistas percibían que la *topografía* del norte peninsular condensaba las claves materiales del progreso y la modernidad, circunstancia que eclipsaba ampliamente toda mirada naturalista —y contemplativa— sobre su paisaje y condiciones identitarias. El propio Almirall lo intuye en el párrafo que continúa al que acabamos de transcribir más arriba: "Pero aquí viene lo curioso: el territorio vasco, verdadero oasis cuando se sale de las estepas castellanas, es uno de los trozos de suelo español menos favorecido por la naturaleza. El terreno es accidentado y desigual y sus productos no son ricos como los de otras muchas provincias, si exceptuamos los productos del subsuelo (las minas). El relativo bienestar, el aspecto de civilización y de progreso que allí se respira no se debe a cualidades naturales, sino al espíritu de orden y al entusiasmo en el trabajo de sus habitantes" (Almirall, 1889/1983; p. 72).

1998). Sobre el interés de Unamuno por la pureza de la tierra natal también ha llamado la atención Abellán (1997), pero su interpretación de

En el desajuste entre paisaje y espíritu colectivo señalado por Almirall empieza a dibujarse la alternativa al armonicismo inmovilista de la meseta; un panorama que había preservado una fatal y lógica asociación entre la desolación de la tierra y la inexistencia de signos de cultura o bienestar. Frente a esa dramática coherencia, se levanta el ímpetu mecanicista e industrial que subroga el ambiente a los intereses y deseos del hombre moderno. Se impone, por tanto, la necesidad de modificar el paisaje natural – asimilado arquetípicamente al mesetario– para que el pueblo español consiga unirse, definitivamente, al tren del progreso europeo –identificado arquetípicamente con el norte peninsular–. Almirall deja caer esa nueva sensibilidad en su referencia a la minería, pero sin duda es Maeztu quien mejor la representa en una breve referencia paisajista que, por su vanguardismo modernista, resulta atípica dentro del regeneracionismo. Para él, “(...) *la clase intelectual aferrada a un tradicionalismo muerto, no ha sabido cantar más que la tristeza de la leyenda desaparecida, como si la belleza de las calles rectas, y de la fábrica, y de la máquina, y de la Bolsa no fuera de un orden anterior y superior a la de la tortuosa callejuela medieval, en cuanto aquélla representa la eterna hermosura del movimiento y la otra el agrado pasajero que en los días de tristeza nos produce la calma (...)*” (Maeztu, 1899/1997; p. 173)².

Es cierto que Maeztu, a la hora de componer un *escenario* inmovilista y tradicional, se ubica dentro de una *topografía* urbana –aunque sea medieval– que habla de callejuelas antes que de la meseta que Unamuno había opuesto a los riscos y la vegetación del romanticismo anglosajón. La operación, de hecho, no es privativa de su obra, y también Almirall había señalado, entre calles musulmanas y catedrales góticas, cómo “*El turista que visita nuestro país no debe buscar en sus grandes ciudades maravillas modernas, sino recuerdos del tiempo pasado. La España arqueológica y monumental es muy superior a la España actual*” (Almirall, Almirall, 1889/1983; p. 102). Pero, en cualquier caso, el efecto retórico y evocador que ese tipo de argumentos intenta promover es, en mayor o menor medida, el mismo que subyace al paisajismo naturalista de la meseta: una nostalgia de signo rural. En el caso de Maeztu, todo el aparato retórico se puede remitir a la oposición que establecía entre el estado-providencia y el estado-industria y, evidentemente, a su defensa de la superioridad del último. La idea se perfila claramente en el antagonismo entre el atraso de la meseta representada por callejuelas medievales y la progresión de un norte peninsular evocada por el movimiento de las máquinas.

Pero las dimensiones críticas puestas de manifiesto por los comentarios de Almirall y Maeztu no se agotan ahí. Con su pintura, muy particularmente con el agrado pasajero, la tristeza y la calma asociada a la contemplación de las callejuelas medievales, Maeztu también está llamando la atención sobre un “estado psicológico” claramente pernicioso para la construcción identitaria. El hecho es que la *topografía* paisajista, al exaltar la sublimidad de la naturaleza y los recovecos de la subjetividad, termina distanciando

talante abiertamente psicoanalítico le lleva a relacionar tal cuestión con la añoranza de la madre perdida.

² Blanco Aguinaga (1998) también ha destacado esta cita como expresión del talante modernista exhibido por Maeztu al principio de su carrera como intelectual.

cualquier *escenario* pensable del referente colectivo; y esto tanto en el sentido popular y costumbrista, del que dependía que la argamasa identitaria se encarnara en las masas rurales, como en el sentido espiritual y racial, el mismo que asimilaba el principio identitario a estructuras psico-fisiológicas. Sin duda, desde el punto de vista del nacionalismo, la profundización en el intimismo era una cuestión controvertida por tender al escapismo afectivo y limitarse a un espectador individual; es decir, por reflejar la actitud que nosotros hemos detectado, precisamente, en el *escenario* dispuesto de manera ejemplar por Unamuno.

Llegados a este punto, parece pertinente recoger una opinión de Blanco Aguinaga (1998), según la cual fueron sobre todo las perspectivas anarquistas y socialistas —juventud del 98 incluida, muy particularmente Maeztu— las que, en el fin de siglo, criticaron con mayor dureza la nostalgia implicada en el paisajismo. Llevada al extremo, esta última actitud se solapaba con las sensibilidades reaccionarias y el inmovilismo socio-político del antiguo régimen. Quizás por ello Blanco Aguinaga también sospeche de la ambigüedad ideológica que pueda haber tras la inclinación naturalista del krausismo, la misma tendencia en la que, efectivamente, habría que inscribir el paisajismo intimista de Unamuno. Sin embargo, esto no supone que la preocupación por la Naturaleza de cuño krausista, siendo máximamente contemplativa, carezca de valor etopolítico. Particularmente de ella también dependerá la posibilidad de sostener el principio estructural e inmutable exigido por el nacionalismo reformista y liberal. Gracias a esa inquietud *topográfica* se establecerá la posibilidad de atar o [con]fundir la efímera historicidad del colectivo humano con la inmutabilidad del territorio por él ocupado desde tiempos ancestrales. Por supuesto, esta operación supondrá reformular tanto los estrictos límites subjetivos de la perspectiva paisajista como de la función *escenográfica* que ésta reproduce. Y de hecho, como hemos tratado de sugerir hasta aquí, exceptuando a Unamuno, tal opción *topográfica* apenas fue empleada por los regeneracionistas en sus construcciones identitarias.

Mientras que el paisajismo era heredado por los literatos de la Generación del 98 —en la mayoría de los casos, como el representado por Martínez Ruiz, con temprana melancolía; y en los menos, como el de Antonio Machado, con un elaborado compromiso político-ideológico—, los regeneracionistas finiseculares prefirieron utilizar los elementos *topográficos* para reforzar las bases identitarias sentadas en sus itinerarios *antropográficos*. Así, sin perjuicio de la atención prestada a otros elementos identitarios³, la referencia *topográfica* cerró una estrecha alianza con la *antropografía* para configurar una importante función de *agente*. Sobre ella trataremos en el siguiente epígrafe.

³ Partiendo del intimismo implicado en la contemplación de la Naturaleza, Blanco Aguinaga (1998) parece establecer una diatriba prácticamente irreconciliable entre la objetividad historicista de los intelectuales "de izquierdas" (marxistas y anarquistas) y el paisajismo subjetivo del 98. Pero desde nuestro punto de vista, el regeneracionismo finisecular es un excelente ejemplo de que la preocupación por la Naturaleza (topografía) no tiene por qué suponer una renuncia al entramado histórico (cronografía).

12.2. LA TOPOGRAFÍA TERRITORIAL Y GEOCLIMÁTICA

Hasta aquí hemos venido viendo cómo las referencias paisajistas cumplían una función básicamente *escenográfica* en la configuración discursiva de la identidad española. Tal función sugería un trasfondo armónico entre el espacio vital y los entresijos de la subjetividad compartida por el colectivo nacional. Lo habitual, en cualquier caso, será que los regeneracionistas lleven hasta las últimas consecuencias esa sintonía. Así, la mera alianza definida por el paisajismo romántico terminaba convirtiéndose en un mecanismo determinista en el que las mismas cualidades que definen la *topografía* se imprimirán de manera isomórfica en los atributos identitarios compartidos de forma natural por el colectivo. El principio identitario *antropográfico* quedará, por tanto, inextricablemente unido al elemento *topográfico*. Juntos establecerán una de las *ratios* clave en la configuración de la estructura identitaria del Ser nacional. Con ello, la *topografía* pasa a cumplir una función de *agente* que los regeneracionistas tramitarán a través de una doble vía mesológica: la territorialista y la geoclimática. Sobre las implicaciones de ambas hablaremos a continuación.

12.2.1. El territorio peninsular como esencia de la identidad nacional

La alternativa territorialista tiene que ver fundamentalmente con la determinación de la identidad colectiva a partir de la ubicación que tiene el espacio natural compartido por el colectivo. Se trata de una sensibilidad que está presente en las posturas más positivistas cuando comentan que las coordenadas geográficas determinan, condicionan o, simplemente, influyen en la fuerza histórica de las naciones. Es una perspectiva nomotética que aparece en Macías Picavea o Costa y que les sirve para defender la excelente ubicación territorial de España, al margen de sus evidentes y reconocidas taras geoclimáticas. Para estos autores, España era una nación alejada de las lluvias africanas, cercana al centro del continente, ubicada en la encrucijada de la historia moderna y, por ende, heredera tanto de la cultura clásica como de la moderna. Macías llegaba a proponer que la excelente ubicación de España demostraba que sus problemas eran de corte social. Para demostrarlo hipotetizaba que los alemanes colocados en la península terminarían con el imperio marítimo inglés, el enemigo arquetípico en la conciencia colectiva española.

Sin embargo, existe una aproximación *topográfica* alternativa a la descrita que impregna el territorialismo de un fuerte aroma metafísico al inyectar en él aspectos providencialistas o teleológicos. Según ésta, en la propia forma del espacio compartido estarían prefijadas las cualidades identitarias que ha de compartir el colectivo e, incluso, el itinerario *cronográfico* que éste está predestinado a cumplir. Es una posición perceptible, por ejemplo, en Unamuno, cuando relaciona la complejidad de las circunvoluciones cerebrales de las diferentes razas con la periferia geográfica de los continentes que ocupan; muy en particular —y etnocéntricamente— con referencia a las costas europeas. Sin embargo, la ecuación planteada

por Unamuno no escapa a la cualidad metafórica que preside la mayor parte de sus planteamientos *topográficos*. De hecho, él mismo, percibiendo los riesgos de su afirmación, la relegará a una tímida nota a pie de página de su *En torno al casticismo*.

En realidad, es Ganivet el que lleva los planteamientos del territorialismo metafísico hasta sus últimas consecuencias, arraigando en él los cimientos de su psicología del pueblo español. De hecho, todas sus elaboradas disquisiciones *antropográficas* a propósito de la identidad española (la raza, la abulia, e incluso los principios religiosos articulados por el senequismo o el catolicismo) se verán eclipsadas por un principio nomotético que presidirá toda su obra: la idea de que la forma de los territorios nacionales, en la medida que no se puede cambiar, determina de manera inamovible el espíritu y, por ende, el carácter colectivo. Para Ganivet, ese espíritu territorial depende del carácter natural, entendido como espesor y composición de su masa, y, sobre todo, de la cualidad relacional, donde priman claves energéticas de atracción, dependencia y oposición. A partir de éstos desarrolla una mínima taxonomía de caracteres nacionales que, por diferentes vías (agresividad insular inglesa, patriotismo continental francés, etc.), se dirigen al objetivo fundamental de la autoconservación nacional. La peninsularidad española delimitará un carácter básicamente independentista que, además de impregnar el resto de rasgos del español (actividad, agresividad, individualismo, etc.), explicará la reacción frente a invasiones extranjeras y la búsqueda de autonomía individual que presidirá las empresas conquistadoras.

Ganivet dejó entrever que el carácter independentista determinado por el espíritu peninsular definía el principio de unidad nacional y, de manera subsidiaria, la enemistad tácita y la insubordinación disgregadora entre las diferentes áreas geográficas que componían el país. Almirall también había apelado a la pasión individualista del pueblo, particularmente a su dimensión antiabsolutista, para rastrear síntomas de homogeneidad nacional. Sin embargo, Almirall no estaba dispuesto a considerar el individualismo como un principio de cohesión identitaria, mientras que para Ganivet era la evidencia de unidad en medio de la diversidad del territorio nacional. De hecho, Ganivet esperaba que la agresividad sucedánea que enfrentaba entre sí a las regiones terminara extinguiéndose junto con la política expansionista que la había originado en tiempos de la Reconquista. El espíritu territorial debía imponer, finalmente, la cohesión.

Como veremos, los regeneracionistas que fundamentaron la diversidad del territorio peninsular en el determinismo geoclimático sí tuvieron más problemas al defender la integridad nacional. Ganivet salvó esa situación extremando el fundamento metafísico de su propuesta identitaria. De hecho, su territorialismo eclipsa radicalmente el propio protagonismo del ente colectivo, y no sólo desplazando su función *agente* sino también obviando su condición de mera *agencialidad*. La estrecha coalición entre el espíritu y el territorio anulaba la condición mediacional que pudiera haber adquirido el ente grupal (el pueblo, la sociedad, el colectivo, los españoles, etc.) ubicado entre el espacio físico y la propia esencia de la nacionalidad. En definitiva, el territorialismo de Ganivet igual que el paisajismo de Unamuno, borraba

de un plumazo metafísico al pueblo; si bien, a la hora de localizar la instancia en que se alojaba el principio estructural activo, el granadino sustituía el intimismo subjetivo analizado por el autor vasco por los límites precisos de la península ibérica.

También como en el caso de Unamuno, el ánimo positivista y científico de muchos autores finiseculares llevó a desprestigiar este tipo de lecturas metafísicas, providencialistas y elaboradas al margen de criterios históricos y psico-sociológicos. Macías Picavea criticó la idea de que algún tipo de fuerza sobrenatural ubicara algunas naciones en determinados parámetros geográficos predestinándolas, con ello, a cumplir grandes empresas históricas. Altamira fue todavía más reactivo y contundente a la hora de negar la posibilidad de que los altibajos del espíritu colectivo dependieran de formas y extensiones territoriales. Sin embargo, Altamira también era profundamente crítico con la aparente cientificidad que el determinismo geoclimático había adquirido desde mediados del siglo XIX, incluso desde los tiempos de la apología españolista de Masdeu. Por contraste, la plana mayor del regeneracionismo –incluyendo al propio Macías Picavea– no estaba tan dispuesta a rechazar esa posibilidad. La vemos en el siguiente epígrafe.

12.2.2. El ambiente geoclimático como contexto identitario

Sin duda, a finales de siglo el determinismo geoclimático todavía aportaba argumentos aparentemente científicos para justificar las relaciones entre *topografía* e identidad nacional. En ese sentido, el regeneracionismo heredaba la apuesta *topográfica* ilustrada según la cual las variables geográficas, geológicas y climáticas determinaban de una manera prácticamente isomórfica la estructura psico-fisiológica de colectivo que ocupaba el territorio. En palabras de Macías Picavea, “*El estudio completo geográfico de una nacionalidad en su suelo y raza, en su territorio y población, viene a ser como la anatomía u organografía de la misma, descubriéndose sus elementos y órganos constitutivos, su trabazón y tejido interiores, su materia, complexión y arquitectura*” (Macías, 1899/1992; p. 95).

Hasta cierto punto, los autores finiseculares también recogerán tácitamente el remozo que los principios de la selección natural habían procurado sobre ese esquema. Pero lo cierto es que las claves adaptativas jugaron un difuso papel multireferencial que, antes de nada, se dejó notar en la interpretación del medio ambiente en un sentido moral o social. Esta última alternativa suponía la propuesta de coordenadas normativas en constante variación por lo que, realmente, configuraba un dominio pseudo-*topográfico*. Por ello, volveremos sobre él cuando hablemos de los ámbitos *cronográfico* y *productivo*. En el epígrafe que venimos tratando nos incumbe mucho más el ambiente físico: frente a la variabilidad y el cambio implicado en lo *cronográfico* –el elemento dinámico del carácter–, los regeneracionistas pudieron formular la persistencia histórica de tipos humanos concretos gracias a la estabilidad ancestral de un ambiente interpretado en sentido geoclimático, esto es, como uno de los elementos estáticos del carácter.

Isern creía que la influencia de las condiciones mesológicas perniciosas era revocable si el sujeto era sustraído a tiempo de ellas. También sabemos que Altamira pensaba que era falso que el clima o la geografía determinaran la psicología nacional. Para él, el sentimiento de solidaridad nacional estaba por encima de otras variables y llegaba a determinar la propia división territorial, las patrias políticas o "materiales", del continente europeo. A excepción de estos dos autores, el resto de regeneracionistas consideraron crucial el engranaje geoclimático para la construcción psico-sociológica de la identidad española. Eso sí, su función de *agente* se estableció a partir de complejos equilibrios identitarios entre sus influencias perniciosas y autenticadoras, por un lado, y diversificadoras e integradoras, por otro. Analicemos el sentido de ambas diatribas en el discurso *topográfico* del regeneracionismo.

12.2.2.1. Las influencias del ambiente geoclimático en el carácter español

Desde un punto de vista nomotético, la mayor parte de los autores que venimos estudiando consideraban que el ambiente geoclimático influía en el nivel de desarrollo de las naciones, bien civilizado (Mallada o Isern), bien ideal (Ganivet). Para el caso español, la opinión general era que la perniciosa geoclimatología nacional demarcaba buena parte de los vicios del alma patria, pero, al tiempo, estaba inextricablemente unida a su autenticidad y pureza. En el extremo más crítico de la ecuación encontramos a Mallada. Su formación como geólogo le llevó a destacar la importancia de la mesología física en la configuración del carácter nacional. El desolador panorama descrito por Mallada incluye un suelo decrepito, árido y seco que re-produce en el español un carácter claramente isomórfico: sequedad y rudeza de espíritu, instintos feroces, inteligencia embotada o idiotismo, entre otras cualidades morales poco apreciables.

Tanto el retrato identitario como el isomorfismo estructural se repite en los textos de Macías Picavea y el ya comentado Unamuno, aunque con muchos más matices. Macías no es tan explícito como Mallada a la hora de relacionar el nefasto clima español con la inferioridad de la raza. Su argumento *topográfico* preserva una armonía identitaria de primer nivel entre biología y geoclima; binomio que, eso sí, determinaría al alimón el seco individualismo del carácter español y, como también creía Mallada, la abulia de las masas. Por otro lado, el concepto de casticismo elaborado por Unamuno se tramita ocasionalmente a través de referencias a una selección climática extrema, definida por ciclos radicales de frío y calor. El resultado de tal influencia es una casta castellana seca, dura y con una imaginación reproductora; un perfil que Unamuno oponía muy particularmente al clásico estereotipo que vinculaba el sol español a la brillantez y la fogosidad. Aún así, hay que hacer notar que la tendencia paisajista de Unamuno provocará que sea mucho más prudente que Mallada y Macías a la hora de apostar por la función *agente* de lo *topográfico*. Lo que dice exactamente cuando habla del campesino castellano es que "(...) sus impresiones (...) son lentas y tenaces, faltándoles el nimbo que las circunda y une como materia

conjuntiva, el matiz en que se diluye la una desvaneciéndose antes de dejar lugar a la que le sigue. Es cual si se sucedieran tan recortadas como las tintas del paisaje de su tierra, tan uniformes y monótonas en su proceso" (Unamuno, 1902/1996; p. 90). Es claro que Unamuno establece un símil para sugerir, más que afirmar, una determinación geoclimática de la identidad.

Más allá de los matices señalados, no debe perderse de vista que cuando Mallada, Macías y Unamuno hablan de los perniciosos efectos psico-sociológicos de la *topografía* geoclimática los localizan, sobre todo, en las clases bajas del ámbito rural. Es decir, en el mismo estrato social que la mayor parte de los regeneracionistas identifican, cualitativa y cuantitativamente, con el auténtico pueblo español. Quizá por ello Mallada baraje desde un punto de vista nomotético la posibilidad de que las razas no sean completamente determinadas por las circunstancias geoclimáticas; e incluso arguya, aunque sin la convicción que sí mostraba Isern, la posibilidad de que los pueblos puedan sobreponerse a su mesología. En esa línea redentora para la identidad española se coloca también la confianza desmesurada de Unamuno en el pueblo intrahistórico. Esa sensibilidad fue la que le llevó seguramente a detectar algunas dimensiones positivas del casticismo, entre ellas la tranquilidad, gravedad, flema, socarronería, silencio y taciturnidad. En cualquier caso, todas ellas estaban estrechamente ligadas tanto al ambiente histórico de Castilla como al geoclimático.

El golpe de timón también será compartido por Macías Picavea aunque, a diferencia de Mallada y Unamuno, el autor de *El Problema Nacional* revisará ampliamente las virtudes identitarias en el mismo seno del determinismo geoclimático; el factor que, junto a la biología, definía los constituyentes "naturales" de la nacionalidad. En un principio, la sequedad del clima nacional será relacionada con el omnipresente individualismo de los españoles, característica responsable de gran parte de los males nacionales. Era el rasgo que empujaba a la rebeldía, al conflicto, al singularismo y, en definitiva, al aislamiento en regiones y localidades haciendo primar la voluntad individual sobre las reglas. Para Macías, era una fuerza que predestinaba de manera fatal el devenir del pueblo. Del seco individualismo dependía la "psicología nacional de la disconformidad y división" (Macías, 1899/1992; p. 75) que impedía organizar una empresa colectiva. De paso, determinaba la incapacidad para resistir y luchar contra la naturaleza, así como la resignación ante la fatalidad y las privaciones medioambientales. Era lo que Macías denominaba el "raro temple opositor del espíritu ibérico" (Macías, 1899/1992; p. 75). Sin embargo, siguiendo con los paralelismos ambientales, Macías también creía que el clima soleado se reflejaba óptimamente en la energía e, incluso, en ciertas peculiaridades cognitivas de la raza. La elegante transición geoclimática de lo perjudicial a lo virtuoso se refleja paradigmáticamente en un comentario a propósito de la *Tierra de Campos*. Según éste, "¡Parece que la naturaleza, dejando allí de ser Proteo, se ha hecho infinitamente homogénea, monótona, uniforme! Es una compacidad que entumece el cerebro y los sentidos, y acabaría por embrutecerlos, si no fuera porque los horizontes amplísimos y el cielo inmenso y puro ábrenles las

puertas de las idealidades abstractas. Demuéstralo el entendimiento de aquellos campesinos, de los más finos, penetrantes y templados que se conocen" (Macías Picavea, 1899/1992; p. 65).

Las particulares características de la geoclimatología española venían, por tanto, a reforzar la idea de una identidad peculiar, óptima y potencialmente explotable. Por esa vía, la topografía se convertía en una de las principales estrategias para autentificar un principio colectivo natural y, cómo no, diametralmente opuesto al Estado. A grandes rasgos, todos los regeneracionistas coincidían en que el Estado delineaba el espacio artificial de la identidad colectiva; el perímetro político, burocrático y administrativo al que, más o menos inevitablemente, habían de circunscribirse las transacciones materiales y simbólicas que los ciudadanos establecían oficialmente entre sí (esa imagen del estado en el regeneracionismo también ha sido señalada por López Morillas, 1972). Las actitudes hacia ese espacio formal serán de indiferencia descriptiva (Ganivet, Macías Picavea, Altamira, Mallada, Isern) o de una abierta hostilidad hacia sus dimensiones más racionalistas (Isern), oligárquicas (Costa, Morote), proteccionistas (Maeztu) o parlamentarias (Costa, Macías Picavea). Al Estado cabía oponer, en último término, el espacio delimitado por los accidentes geográficos y las variables climáticas; márgenes naturales que determinaban la identidad del pueblo español y enmarcaban su verdadero hábitat cotidiano, íntimo y, en definitiva, auténtico.

Evidentemente, este segundo marco gozaba de la abierta simpatía de los regeneracionistas que no dudaban en cargar las tintas en su condición natural y, por ende, constitutiva. Por esa vía, el ámbito geoclimático entraba en contacto con buena parte del campo semántico de muchos de los términos que, desde el punto de vista *antropográfico*, se habían empleado para ligar la esencia identitaria al pueblo. En realidad, los conceptos "nación" y "país" fueron los más utilizados, dado que sólo Morote, entre todos los regeneracionistas, parece relacionar "patria" con una red de relaciones o pertenencias *topográficas*. El término "nación" sí parece estar plagado de estas referencias. Autores como Ganivet o Macías Picavea incluyeron en su significado dimensiones territorialistas, mientras que otros como Costa incorporaron el medio ambiente geoclimático típicamente español. Sólo escaparían a esta tónica general Altamira y Maeztu: el primero, como ya sabemos, por considerar que cualquier principio territorial sólo podía derivar del sentimiento de unidad nacional; y el segundo por encontrarse más próximo a un ambientalismo de corte sociológico que le llevaba a emplear de manera polisémica el término "nación" e, incluso, a asimilarlo a la organización política y administrativa del colectivo. Ese mismo carácter polisémico e inespecífico es el que puede detectarse en el uso del término "país". Autores como Macías Picavea, Altamira o Morote lo emplearon indistintamente para denominar los determinantes geoclimáticos, la ubicación territorial o el propio colectivo nacional entendido en sentido político o, alternativamente, natural. Mallada, por su parte, lo reservó para señalar muy particularmente la riqueza del suelo y el régimen de lluvias.

Paradójicamente, bien bajo el término “nación”, bien bajo el de “país”, colocar una estructura geoclimatológica en las mismas bases naturales de la identidad española abría un nuevo frente problemático en la construcción nacional del regeneracionismo. Y es que uno de los datos que aquel referente arrojaba de forma evidente era la gran diversidad geoclimática del territorio nacional. Más que cualquier informe anatómico-fisiológico o racial, esa vía legitimaba la posibilidad, si no la evidencia, de que España alojara en su seno múltiples identidades menores; una perspectiva que potenciaba las posibilidades de fragmentación natural del principio caracteriológico y, con él, del nacionalismo unitario y reformista deseado por el regeneracionismo. Pero de ello hablaremos en el siguiente punto.

12.2.2.2. *La invertebración topográfica de la identidad española*

Con mayor o menor grado de acuerdo, todos los regeneracionistas aceptaron la posibilidad de que las diferencias geoclimáticas del territorio nacional correlacionaran con cierta diversidad caracteriológica. Autores tan diversos como Almirall, Maeztu o Isern constituyeron un primer eje que establecía una escisión *topográfica*, y al tiempo valorativa, entre la saludable fisonomía territorial del norte, por un lado, y la perniciosa mesología de la meseta y el sur peninsular, por otro. A partir de esa separación geoclimática, claramente paralela a los dos grandes estereotipos raciales de la época (lo positivo de los arios, germanos o celtas del norte y lo negativo de los semitas o árabes del sur), Almirall, Maeztu e Isern inferían el carácter industrioso o la calidad moral de Cataluña y el País Vasco. De paso, todos ellos defenestraban particularmente la abulia inmoral de Andalucía y, sobre todo, la de una Castilla la Nueva representada paradigmáticamente por Madrid. La gran división *topográfica* era, en definitiva, un punto de comienzo para desgranar todo tipo de precisiones y extrapolaciones identitarias derivadas de la fisonomía territorial de cada región española. Sin embargo, quizás por no ser el tema fundamental de sus obras, los regeneracionistas fueron parcos en la descripción de la diferencias regionales. Sólo Almirall, Macías Picavea y Morote, motivados por la prioridad de sus intereses descentralizadores, le dedicaron una relativa atención.

Macías estableció siete comarcas ibéricas naturales que, por oposición a la división geométrica trazada artificialmente y desde criterios administrativos, correspondían con variedades de raza e, incluso, de dialecto: la meseta septentrional del Duero con el tipo castellano viejo (incluyendo la leonesa); la meseta meridional del Tajo y Guadiana con el tipo castellano nuevo (incluyendo la extremeña); la depresión del Ebro con el tipo aragonés (incluyendo la riojana y la navarra); la depresión del Guadalquivir con el tipo andaluz (incluyendo parte de la murciana); la vertiente occidental atlántica con el tipo lusitano (incluyendo portugueses y gallegos); la vertiente septentrional cantábrica con el tipo cántabro (incluyendo astures y santanderinos); la vertiente oriental mediterránea con el tipo provenzal-ibérico o levantino; y, por último, “*La pequeña Euskaria [que] queda como comarca y raza aparte*” (Macías, 1899/1992; p. 90).

Almirall también decidió las divisiones naturales del país con un profundo, aunque implícito, espíritu *topográfico*. Coincidió básicamente con la propuesta de Macías, aunque su profundo espíritu regionalista le llevó a remarcar muy especialmente la variedad caracteriológica acotada por cada región natural. El hecho diferencial afectaba principalmente a tres zonas: la vasco-navarra, la catalana (que incluía Cataluña, Islas Baleares, Valencia y Alicante) y la gallega-asturiana. Frente al predominio de la raza centro-meridional, esas tres zonas integraban seis millones y medio de españoles que pertenecían a otras razas y que, de hecho, exhibían costumbres, lenguas, temperamentos, caracteres y aptitudes muy diferentes entre sí, incluso con mayor variedad que la mostrada por los habitantes de las diversas regiones del Centro de Europa.

En el repaso caracteriológico de Almirall, el perfil que salió peor parado fue, lógicamente, el del castellano nuevo; particularmente el del asentado en Madrid. Su carácter andaluzado era sólo una caricatura del verdadero andaluz. Si este último destacaba por su hospitalidad, gracia, melancolía poética, sentimentalismo encantador y viva y radiante imaginación, en el madrileño la imaginación perdía su original viveza reduciéndose a una ligereza molesta, convencional y, en definitiva, poco digna de éxito. Esto se retraducía en una tendencia a la generalización y a un formalismo mal entendido que, en último término, determinaba los típicos rasgos absorbentes, dominadores y centralistas de los capitalinos. Casi por antagonismo natural, el carácter completamente opuesto tomaba forma según se avanzaba hacia noreste peninsular. En Castilla la Vieja y Santander podía encontrarse seriedad, decrepitud prematura —que conservaba restos de buenas cualidades y carácter— y, sobre todo, un perfecto equilibrio entre razón e imaginación. Los aragoneses, por otra parte, se caracterizaban por su franqueza y su rudeza. En última instancia, el carácter totalmente opuesto al castellano era atribuido por Almirall a la raza catalana, la misma a la que Altamira negaba cualquier legítima existencia científica. Tres lustros antes de que el autor valenciano expresara esa opinión y Prat de la Riba comenzara su justificación del nacionalismo catalán, el responsable de *España tal como es* se vanagloriaba de pertenecer a una raza grave, seria, sin refinamiento en las formas y con una capacidad de reflexión que superaba a la de imaginación.

La misma línea diversificadora de Macías y Almirall fue seguida por Morote. Él fue, de hecho, el autor que más incidió en la incomunicación y aislamiento que los accidentes geográficos producían entre las diferentes zonas del territorio nacional. Los consideró un obstáculo natural que había impedido la mezcla de razas y, con ello, había contribuido a preservar la peculiaridad ancestral de cada región. Desde su punto de vista, esas condiciones conducían “a la creación de hábitos, costumbres, ocupaciones, lenguaje, interés, creencias, ideales y hasta sentimientos diferentes, España parece por la naturaleza fabricada para contener otras tantas sociedades, otros tantos pueblos, otras tantas pequeñas naciones. Es un pueblo España, uno y múltiple como su estructura geográfica”. (Morote, 1900; p. 118). En esa simple frase, Morote condensa los argumentos que la perspectiva geoclimática aportaba para desmarcarse de la

idea de una nacionalidad integral. Él mismo reconocía la tendencia a la separación que el marco *topográfico* peninsular imprimía entre los diversos pueblos peninsulares⁴; todo ello al margen, incluso, de su supuesto carácter batallador.

Tal era la percepción del “peligro” de desintegración nacional que Morote e, incluso, el propio Almirall trataron de ofrecer alternativas *topográficas* unitarias. A pesar de su regionalismo, Almirall tenía claro que Cataluña formaba parte territorial, geográfica e histórica de una España naturalmente separada de Francia por la barrera de los Pirineos. Para él se habían creado lazos de interés, afectos, sentimientos, e incluso de convencimiento con las demás regiones españolas, y éstos ya eran imposibles de romper. Por su parte, Morote no podía negar la evidencia de la diversidad natural que él mismo había identificado y aceptado en las diversas regiones españolas, lo que le llevó a justificar la unidad nacional a partir de argumentos muy cercanos al paisajismo subjetivo y naturalista de Unamuno. Eso sí, en el caso de Morote el intimismo se impregna de comunión colectiva, de tal manera que, para él, *“Es preciso conservar la unidad de la patria, que es cosa sagrada, y además elemento indudable de progreso; pero no conservarla de nombre y con los únicos lazos de la fuerza. La patria es la tierra que se pisa, la habitación familiar, el cementerio donde se llora a los suyos, los bosques, los campos, las montañas que nos rodean. Y es también la comunidad de origen, de creencia, de tradiciones, el culto de los antepasados, la sangre derramada en los campos de batalla, la religión de los recuerdos, la llama de las esperanzas. Y en todas esas cosas, ¿qué es lo que separa a las partes de España, por mucha personalidad regional que tengan?”* (Morote, 1900; p. 106).

Sin embargo, conminar a contemplar los paisajes del alma colectiva no parecía la estrategia *topográfica* más adecuada para el reformismo científico. En realidad, la mayor parte de las alternativas defensivas ante la disgregación pasaban por afianzar territorialmente la idea de españolidad. Autores como Altamira o Costa optaron por difuminarla en el conjunto ibérico o peninsular, lo que les permitía atenuar las diferencias regionales y asegurar la unidad e integridad nacional. Pero la estrategia unitaria más habitual fue privilegiar una región y atribuirle un papel fundamental en la configuración *topográfica* de España. La elección recayó, tanto por motivos histórico-culturales como *topográficos*, en el centro peninsular: muy particularmente, en Castilla la Vieja. Ganivet, Macías Picavea, Mallada y, sobre todo, Unamuno insistieron especialmente en la identificación metonímica entre Castilla y España; una asociación que muy pocos regeneracionistas –incluyendo a Morote– discutieron. En este sentido, el reformismo finisecular puede considerarse claramente precursor de la obsesión noventayochista por el paisaje de Castilla entendido como fundamento inmutable de España.

⁴ Y es pertinente remarcar esta idea de “pueblos peninsulares” porque, a la hora de hablar del estado o la nación española, ni Ganivet ni ningún otro regeneracionista hicieron referencia explícita a los dos archipiélagos (Canarias y Baleares) o a Ceuta y Melilla. Por esta misma razón, en este trabajo se ha utilizado el término “península” como sinónimo de España sin demasiados matices.

Sin embargo, hay que precisar que desde el punto de vista regeneracionista la importancia integradora de Castilla no estaba reñida con el protagonismo de otras regiones peninsulares. En realidad los regeneracionistas establecían una taxonomía *topográfica* en la que cada región aportaba una función concreta al conjunto nacional. Frente a otras regiones, Castilla se identificaba con la ubicación geográfica de la identidad española en estado puro y, en ese sentido, se convertía en una categoría *topográfica* que ubicaba el santuario de la autenticidad nacional.

Unamuno es, quizá, quien mejor representa esta actitud dado que, como ya señalábamos en el capítulo 1, si no fuera por el prólogo y el último capítulo y por el horizonte de reflexión que suponen España y la Humanidad, su *En torno al casticismo* debería ser considerado principalmente como una teoría de la identidad castellana. Ya hemos visto cómo Unamuno vincula estrechamente el paisaje, la geografía y el clima de Castilla a dos perfiles caracteriológicos antagónicos. Uno de ellos, recordemos, está representado por lo intrahistórico; una tendencia hacia lo universal que, en el caso castellano, se retraduce en la forja de la unidad nacional a través de la expansión *topográfica* de la lengua. El segundo está representado por el casticismo, un espacio sin matices, abrupto, de sequedad *antropográfica* (el alma) y *topográfica* (el campo) donde no hay lugar para la comunión con la naturaleza, la voluptuosidad o la recreación espiritual.

Esa segunda caracterización de Unamuno advierte de los problemas que pueden derivar de una identificación excesiva de Castilla y España. El resto de los regeneracionistas no eran ajenos a esa circunstancia, si bien la facción más positivista se encargó de retraducir los diagnósticos espirituales de Unamuno a términos reformistas. Así, el principal problema de la vieja Castilla eran sus escasas cualidades para responder a la modernidad y el progreso. Ni el propio Morote podía negar que Castilla había protagonizado la unidad nacional, sobre todo a través de la *acción* centralizadora de los Austrias y la capitalidad castellana.

Pero los tiempos que corren en el fin de siglo son otros. En el mejor de los casos, el papel que Castilla podía cumplir en la España coetánea del autor de *La Moral de la Derrota* pasaba por imponer límites al desarrollo material del país, advirtiéndole a las regiones más avanzadas tanto de sus reivindicaciones egoístas, separatistas o antinacionales como de sus excesos materialistas. Contra la primera cuestión avisó Altamira, mientras que la segunda fue un motivo de queja para Macías o, incluso, para el propio Almirall. Uno y otro coincidían en que a pesar de que el pueblo catalán —incluso el vasco— era inteligente, activo, trabajador y apto para la lucha, la gloria y el triunfo, se equivocaba al promocionar el materialismo grosero y analítico, la rudeza, los apetitos terrenales, el egoísmo celoso, el consumo inmediato y, en definitiva, el descuido del largo plazo. Para Macías, el genio emprendedor, activo, técnico e industrioso catalán podía haber florecido en manufacturas plenamente ibéricas (materias primas del suelo español) si no se hubiera dado a las fabricaciones arbitrarias sin base sólida y, por tanto, sin potencia

eficaz y conquistadora. La verdad experimental mostraba que el industrialismo catalán revelaba las energías y cualidades de la raza, pero también que éstas eran más un negocio que una empresa técnica. De ahí la verdad que encerraban las críticas de Cataluña a Castilla por su inercia abrupta (inútil para cualquier empresa), pero también las de Castilla a Cataluña por su artificioso industrialismo. Así, en el peor de los casos, Castilla sólo debía depositar en los industriosos brazos vascos y catalanes la dirección del país; un apunte realizado tempranamente por Almirall y ratificado por el paisaje modernista que Maeztu oponía al ruralismo mesetario y meridional.

En cualquiera de estos casos, parece claro que la mentalidad de progreso y desarrollo se ubica en la periferia peninsular. Quizá por ello los regeneracionistas no ofrecieron bajo ningún parámetro *topográfico* la posibilidad de un programa político centralista; incluso en los casos que de forma más cerrada identificaban España y Castilla (sólo en Ganivet se entrevé, muy veladamente, cierta tendencia "casticista"). Sucede más bien todo lo contrario: el regeneracionismo tiende abiertamente al anticentralismo; bien desde la advertencia mesurada de un Macías Picavea o un Morote, bien desde la militancia comprometida de un Almirall e, incluso, un Maeztu. De hecho, sin ser un partidario excepcional de las explicaciones geoclimáticas, Maeztu no dudó en relacionar el clima y el suelo de Castilla, Andalucía o Levante con las cualidades conservadoras, belicistas, retóricas y oratorias de los principales políticos españoles; los mismos que se habían adaptado perfectamente al romanticismo del fantasioso Sexenio y, que, desde el punto de vista de Almirall, sangraban el país ya en tiempos del centralismo restaurado. Como ya hemos señalado, Maeztu y Almirall oponían a ese panorama la vitalidad e industriosidad del norte peninsular; la misma zona a la que Isern atribuía una perfecta conservación de los valores morales y religiosos.

Hasta aquí hemos venido viendo cómo de una u otra manera el elemento *topográfico* se convirtió en uno de los puntales del programa identitario del regeneracionismo. Su perfecta convergencia con los aspectos *antropográficos* lo convirtió en uno de los argumentos más potentes para justificar la existencia natural y predeterminada de un carácter español. Como hemos señalado, el escrutinio del regeneracionismo no sólo reveló las bondades asociadas a la *topografía* nacional, sino también los inconvenientes de una geoclimatología extrema en su dureza y un territorio peninsular escindido en múltiples regiones. Ambos aspectos podían resultar desestabilizadores para la identidad, por lo que los pensadores finiseculares buscaron argumentos alternativos que, sin poner en crisis la clave determinista, justificaran la bondad e integridad del territorio nacional. En esa línea también sopesaron las posibilidades que el colectivo tenía para obrar sobre la geografía nacional y cambiar sus condiciones. Con ello, lo *topográfico* pasa a cumplir una función de *agencialidad* o, incluso, de *propósito* en la estructura identitaria dispuesta por el regeneracionismo; una faceta que estudiaremos en el próximo apartado.

12.3. LAS UTOPOGRAFÍAS DEL REGENERACIONISMO ESPAÑOL

La posibilidad de anular los efectos perniciosos del paisaje geoclimático o territorial español dependía de sus oportunidades de alteración. Aparentemente, esa alternativa constituía una labor titánica si no fuera porque el pasado nacional podía testimoniar variaciones radicales que habían afectado tanto a la geoclimatología nacional como a su extensión territorial. El valor de una y otra transformación –la geoclimática y la territorial– tenía signo muy diferente, aunque ambas respondían a dos procesos históricos estrechamente vinculados; puede decirse que incluso paralelos y complementarios. Desde finales del siglo XVIII, todas las perspectivas reformistas habían coincidido en una idea historiográfica que relacionaba la ambición de conquistas territoriales extranjeras de los siglos anteriores con el abandono e, incluso, la dilapidación de los recursos peninsulares. Desde esa lectura, las campañas americanas y europeas se habían retraducido en el abandono de los campos y la desertización de una España supuestamente rica en todo tipo de recursos naturales; de tal manera que cuando, ya a finales del siglo XIX, la decadencia de aquellas era irreversible la geografía e, incluso, la climatología nacional también parecían irrecuperables. Es más, los propios procesos independentistas y el final del imperio también habían desentumecido la supuesta personalidad histórica de los pueblos peninsulares. Así, para el final del siglo no sólo estaba en crisis el granero nacional –la “despensa” en palabras de Costa– sino también su integridad territorial.

A grandes rasgos, ese es el modelo *topográfico* susceptible de transformación al que se enfrentan los regeneracionistas al agotarse el siglo. Teorizaron sobre su virtual alteración atendiendo tanto a la lucha contra las inclemencias de la geoclimatología como contra los reflejos segregacionistas provocados internamente por la fragmentación del imperio. Para ello, cómo no, tuvieron que contar con un *agente* de cambio que, ahora sí, sólo podía ir a buscarse en el pueblo español, el mismo pueblo que había protagonizado el abandono del territorio nacional para expandir, paradójicamente, sus fronteras. En los dos puntos que siguen vamos a explorar la estructura argumental de ambas *utopografías* y sus consecuencias para la construcción psico-sociológica de la identidad nacional.

12.3.1. La reinvención de una España hidráulica

Buena parte de los regeneracionistas tenían un importante formación geológica. Mallada, que, como sabemos, era geólogo, había publicado un exitoso libro titulado *Explicación del mapa geológico de España*. Macías Picavea explicaba geografía en su cátedra de educación secundaria, y Costa era quizá el intelectual español que mejor conocía el régimen de lluvias de todo el territorio nacional. Quizá estos perfiles profesionales condicionaran que la ingeniería geográfica se convirtiera en uno de los principales puntos de su proyecto de regeneración. La dimensión más reformista de tal preocupación la exploraremos

en la segunda parte de este capítulo ya que aquí nos interesa, sobre todo, su relevancia para la construcción de la identidad nacional. Y es que ésta era una dimensión que, como bien advertía el propio Mallada, no se agotaba al considerar la relación del fatídico clima español con la inferioridad racial española. El autor de *Los males de la patria* fue el primer regeneracionista que advirtió que la climatología también tenía que ver con circunstancias degenerativas asociadas a la escasez de alimentos. La apreciación de Mallada supone un verdadero hito en el discurso regeneracionista y se puede ilustrar con un sencillo circuito retroalimentativo: la crudeza geoclimatológica provoca escasez de alimentos, el hambre genera un importante deterioro físico y psico-fisiológico, la degeneración produce incapacidad para idear fórmulas capaces de paliar la rudeza geoclimatológica o, mejor aún, para exigirselas a las clases gobernantes. Romper y modificar el último eslabón definía un nuevo *escenario* para el colectivo nacional y, por ende, una nueva forma para la identidad española. Las implicaciones identitarias, en cualquier caso, eran mucho más importantes de lo que Mallada podía percibir.

Sin duda, Costa fue el autor que con más entusiasmo hizo suya la hipótesis ruptural transformándola en una de las piedras angulares de su programa identitario. Llegó más lejos que ningún otro regeneracionista a la hora de colocar la advertencia de Mallada en el núcleo del Problema nacional e imaginar un paisaje alternativo. Mallada había hablado de la pobreza del suelo y las sequías que azotaban el territorio, un panorama que recogía el programa costiano casi palabra por palabra. La diferencia es que Costa creía firmemente en la tierra como principio vital: esta actitud también le llevaba a considerar la agricultura como algo más que un proceso productivo y a desoír las promesas de progreso y modernidad del desarrollo industrial. Y es que, bajo la lectura del Costa, la importancia del trabajo en el campo dista muy poco de la estructura de las relaciones que mantienen la “comunidad próxima”. Para él, la interacción afectiva e inmediata que se produce en la actividad colectiva cotidiana entra en perfecta simbiosis con la tierra trabajada. Como bien ha estudiado Mairal (2001), el aparato retórico que Costa despliega en sus discursos convierte la “tierra” en la casa colectiva y el agua en su sustancia vital. Sin duda, la tierra seca sólo podía evocar la muerte, una imagen que la lente regeneracionista agrandará hasta confundirla con el propio fallecimiento de España.

Lógicamente, la principal alternativa para devolver la vida al colectivo nacional fue lo que el propio Costa denomina política hidráulica. Sin embargo, el aragonés no parecía detectar hasta qué punto tal estrategia suponía desmontar toda la red de relaciones implicadas en la comunidad próxima. En cierto sentido, el primer paso hacia esa ruptura está ya dado desde el momento en que existe un desajuste entre la tierra y el colectivo. La vigencia de esa situación era evidente para Costa y el resto de los regeneracionistas; muy particularmente para Morote, que descartaba cualquier tipo de relación armónica entre la lucha del español y las inclemencias de su medio. El segundo paso hacia la fractura de la comunidad próxima está en el mismo recurso a la tecnología que debía paliar los rigores de la *topografía*.

El objetivo era administrar y aprovechar el régimen de lluvias, una posibilidad que Costa creía factible a partir de la construcción de presas y embalses a través de todo el territorio nacional. Las consecuencias parecían directas y sencillas y, como argüía Macías Picavea, con la modificación de la geografía y el clima nacional también cabía esperar la transformación del carácter. Sin embargo, la estrategia ofrecida por Costa y refrendada por Macías exigía unas herramientas modernas y novedosas que, por ser ajenas a las técnicas y útiles tradicionales, requerían de procesos de aprendizaje altamente complejos. Ambos autores incluían entre las medidas necesarias para contrarrestar los perjuicios del clima y la geografía una política económica, cultural y pedagógica. Evidentemente, con esas medidas no sólo se resolvía la posibilidad de construir presas y pantanos, sino que también se culminaba la ruptura con la comunidad próxima y la consecución de la despersonalización de la imaginada. El colectivo se proveía de potentes herramientas para ganar su lucha con el medio; es decir, para escapar a la inercia de la vida cotidiana, las costumbres y tradiciones, multiplicar las gramáticas de la vida cotidiana y, lo que es más importante, controlarlas. El final del proceso implicaba, en definitiva, una objetualización de la *topografía* y el derrumbamiento del armonicismo primario; es decir, la deconstrucción del influjo constituyente que el medio ambiente desplegaba sobre la colectividad.

En el nuevo *escenario* abierto por el discurso regeneracionista, la *topografía* dejaba de ser el *agente* dominante para convertirse en una *agencialidad* dominada. Es claro que con la virtual modificación geoclimatológica emergían posibilidades hasta entonces inusitadas para que el pueblo español conquistara la función de *agente*. Hablamos, en cualquier caso, de una posibilidad proyectada hacia un futuro; una utopía redentora para los pecados históricos de la desertización y el fatalismo geoclimático. Se trata de un camino de *escenarios* alternativos que estudiaremos más detenidamente cuando tratemos el ámbito *proyectivo*. Lo que aquí nos interesa destacar es que esa labor redentora tuvo una segunda dimensión *topográfica* definida por las ganancias y pérdidas de las fronteras territoriales; una circunstancia que, sin duda, marcó el devenir de España hasta finales del siglo XIX. De ella hablaremos en el siguiente punto.

12.3.2. La reinvención de España como anti-imperio

Durante el Sexenio Revolucionario los intelectuales y las clases dirigentes habían sopesado con optimismo la posibilidad de que España participara en el reparto colonial que se estaba produciendo entre las potencias europeas. Desde el punto de vista decimonónico ello dependía no sólo de la apertura de nuevos mercados, sino también de la demostración de que, a pesar de la progresiva pérdida del viejo imperio, la identidad española seguía gozando de buena salud. Todavía en las dos primeras décadas de la Restauración, Costa mantenía la validez de aquellos parámetros y recomendaba la expansión de la raza española —particularmente por el territorio africano— como un objetivo deseable. Sin embargo, el final de

siglo trajo consigo, incluso antes de la pérdida de Cuba y Filipinas, la evidencia de que el imperialismo español no sólo tenía un horizonte de desarrollo limitadísimo, sino que, desde la perspectiva regeneracionista, era responsable de dos grandes males para la identidad nacional: de él dependían, por un lado, aquellas reivindicaciones regionalistas que estaban atentas al resquebrajamiento del estado monolítico y, por otro, buena parte del desfallecimiento histórico que aquejaba al carácter nacional tras una empresa titánica.

En realidad el primer problema anexo al proyecto imperialista no fue formulado explícitamente por los regeneracionistas. La relación entre el fracaso imperialista y la emergencia de los nacionalismo periféricos, puesta de manifiesto por, por ejemplo, Álvarez Junco (2001), sólo puede inferirse a partir de la insistencia de los intelectuales finiseculares en demandar una concentración peninsular que implicara a todas las regiones. Siendo éste un aspecto fundamental para conservar la integridad del territorio y, por ende, de la identidad nacional, se planteará como una cuestión subsidiaria de un objetivo principal: el rechazo radical a las empresas imperialistas.

A la hora de delimitar esa cuestión, los regeneracionistas coincidirán en una imagen *topográfica* de matices negativos; una imagen articulada en torno a la metáfora del “derramamiento” histórico de las fuerzas nacionales. Ganivet la llevó hasta sus últimos extremos al señalar que, apenas creada la nación, el espíritu español se había salido de su cauce derramándose por todo el mundo a la búsqueda de glorias externas, vanas y empobrecedoras para el propio ambiente nacional. Ese tipo de recursos retóricos será, en definitiva, constituyente del “desbordamiento” de las energías nacionales por las fronteras del país; energías mal empleadas en las diferentes guerras, conquistas y otras cruzadas “sangradoras” acaecidas en el extranjero. Con el telón de fondo de ese panorama histórico, la mayor parte de los regeneracionistas coincidían en reclamar un reagrupamiento de las fuerzas nacionales que permitiera aunar energías y levantar al propio territorio nacional de su decadencia. Sin embargo, la sensibilidad con la que los regeneracionistas afrontan ese programa se abre en dos alternativas.

(1) Por un lado, encontramos a autores como Costa o Morote esgrimiendo razones económicas. Costa pide la concentración peninsular, y precisamente otorga a las regiones de la periferia la calidad europeísta que está necesitando España para acogerse al desarrollo moderno. Desde su punto vista, cualquier alternativa de expansión imperialista conllevaría dificultades de explotación que el pueblo español no estaba en condiciones de afrontar. Si Morote opone el pacifismo al imperialismo y exige empresas intranacionales es por convicción sociológica. Siguiendo un esquema claramente spenceriano, el autor de *La moral de la derrota* estaba convencido de que había pasado el tiempo del fervor guerrero y conquistador de la raza. En el prólogo de la obra proponía una vuelta a los tiempos gloriosos, pero sin imitar la labor histórica que había divulgado la felicidad y la civilización en otros pueblos. Lejos de la nostalgia que parecían condensar esas primeras palabras, Morote atendía sobre todo al espíritu moderno y

exaltaba los criterios de eficacia industrial y económica. Para él había que empezar por revisar esos engranajes en la propia península y concentrar en ella todos los esfuerzos reformistas. Así, por unas u otras vías, los regeneracionistas más afines al positivismo se las arreglaron para desligar la expansión territorial de los baremos de progreso. Y lo hicieron justo cuando éste ya se identificaba claramente —lo hacía el propio Cánovas— con el desarrollo del neo-colonialismo territorial y económico en Asia, Oceanía, África e, incluso, Sudamérica.

(2) La segunda alternativa también está de acuerdo con el anti-imperialismo pero ofrece, paradójicamente, un panorama prácticamente antagónico del anterior. No sólo se trata de que, como efectivamente habían señalado los positivistas en contra del romanticismo belicista, la expansión territorial no definiera la grandeza de las naciones. El principal problema era el talante despiadado, egoísta y materialista que la empresa imperialista parecía haber tomado en la modernidad. Ganivet es el máximo representante de esta sensibilidad. Para entender su posición es fundamental recordar la estrecha relación que establecía entre la esencia identitaria inmutable y el espacio físico de la nación. De ahí derivará su petición de un periodo histórico propiamente nacional. Apartando el desgaste de las empresas internacionales, Ganivet abogaba por reconcentrar las fuerzas nacionales en torno a la consecución de valores morales que suponía inherentes a la cultura nacional. Esto es importante porque determinará que Ganivet no esté exactamente en desacuerdo con todo tipo de expansiones territoriales. El reagrupamiento moral era un paso necesario y previo a cualquier interés expansionista; objetivo este último que, en cualquier caso, Ganivet sólo podía entender como una transmisión desinteresada de ideales morales. Por eso para el autor granadino el ámbito legítimo para la expansión de la influencia moral española era Hispanoamérica, el único territorio que había sintonizado en algún momento de la historia con el espíritu español. Sólo Unamuno se acercó a la postura de Ganivet, si bien contradiciendo las causas que el granadino y el resto de regeneracionistas habían señalado como desencadenantes de la decadencia territorial. Para Unamuno, "*Fue grande el alma castellana cuando se abrió a los cuatro vientos y se derramó por el mundo; luego cerró sus valvas y aún no hemos despertado. Mientras fue la casta fecunda no se conoció como tal en sus diferencias; su ruina empezó el día en que gritando <<¡Mi yo, que me arrancan mi yo!>>, se quiso encerrar en sí*" (Unamuno, 1902/1996; p. 166). Es evidente que el autor vasco sí estaba a favor de la apertura nacional, aunque no volcó su talante espiritual en una agenda de objetivos internacionalistas bien definidos.

Sea como fuere, la petición aperturista de Unamuno es en realidad una excepción. Como hemos visto, las utopías territorialistas manejadas por todos los intelectuales finiseculares exigían un repliegue del país, bien metafísico, bien reformista, sobre sí mismo. Y si los sucesivos gobiernos restaurados mantuvieron una tímida aunque belicosa expansión territorial por el norte de África, fue una decisión tomada en contra de la recomendación del programa identitario ideado por los regeneracionistas. Éstos

tampoco tuvieron mucho éxito con sus propuestas a favor de una política hidráulica. Tuvo que pasar mucho tiempo para que ambas utopías se convirtieran en una realidad factible. Así, su plena expresión llegó tarde, bajo los regímenes dictatoriales de Primo de Rivera, primero, y de Francisco Franco, mucho más adelante. Pero para ese tiempo tanto las utopías paisajistas de Unamuno como las modernistas de Maeztu se habían hipertrofiado en muy diversos sentidos. Las posibilidades de armonía entre ambas que habían imaginado los liberales decimonónicos terminaban por estallar en múltiples pedazos. Los fragmentos fueron recogidos tanto por *agentes* del 'pueblo como por las élites sociales. Sin posibilidad alguna para la sintonía, ambos grupos se ocuparon de radicalizar el *escenario* de las "Dos Españas". En sus respectivas justificaciones, ambos contaron, además, con diversas interpretaciones de la memoria colectiva española, un ámbito polivalente desde el punto de vista etopolítico e ideológico. Sin duda, en su indefinición también colaboraron las características de la construcción *cronográfica* del regeneracionismo finisecular, circunstancia que describiremos en el próximo capítulo.

CAPÍTULO 13

EL ELEMENTO *CRONOGRÁFICO*: LAS
COORDENADAS TEMPORALES DE LA
IDENTIDAD ESPAÑOLA

INTRODUCCIÓN

En el elemento *cronográfico* se incluyen todos aquellos aspectos relacionados con el devenir histórico-temporal de la identidad colectiva. Es uno de los elementos más multifuncionales desde el punto de la configuración psico-sociológica de la estructura identitaria. Es, posiblemente, el ámbito identitario que, en estrecha relación con los otros cuatro elementos, define más *ratios* de relevancia interfuncional en el seno del discurso regeneracionista. Tal polivalencia vendrá motivada, en buena medida, por el hecho de que bajo la concepción *cronográfica* de desarrollo, despliegue o cambio temporal se solapan, en realidad, dos tipos de sensibilidades teóricas: una de carácter sociológico y otra, más hegemónica, de carácter histórico. Iremos viendo cómo, a pesar de provenir de campos disciplinares muy diferentes, y a veces incluso enfrentados, la *episteme* finisecular abocaba a que los dos tipos de *cronografía* compartieran aspectos nucleares. En los puntos que siguen estableceremos las funciones que lo *cronográfico* puede jugar en el seno de la estructura identitaria sin perder de vista la doble vertiente teórica de lo temporal.

13.1. LAS AGENCIALIDADES *CRONOGRÁFICAS*

Lo *cronográfico* acota ciertas instancias a las que se podría atribuir la función de *agencialidad*. Éstas podrían ser consideradas exponentes objetualizados de las virtudes o taras del principio identitario. El arco de posibilidades es amplio, pero en los textos del regeneracionismo destacan sobre todo tres tipos de manifestaciones. Una de ellas está relacionada con el ámbito *productivo* que, recordemos, condensaba los signos, herramientas o instrumentos físicos y simbólicos en los que se expresan y se preservan materialmente

las peculiaridades del colectivo. La retraducción de estos aspectos al espacio *cronográfico* tiene que ver con acontecimientos y gestas concretos y muy bien delimitados históricamente. Estos hechos asumirían el papel de obras del espíritu en las fases de su máxima expresión. Más adelante iremos viendo cómo, en el caso español, las gestas significativas y representativas se relacionarán estrechamente con la inveterada agresividad e independencia, una circunstancia que no estaba exenta de contradicciones respecto del ideal identitario que pretendía desvelar el regeneracionismo. Las otras dos posibilidades para la manifestación de *agencialidades cronográficas* se complementan mutuamente y están conectadas con el ámbito *antropográfico*: la figura del personaje arquetípico y cualquier otro tipo de representación de la comunalidad del colectivo nacional. Las vemos en los dos epígrafes que siguen.

13.1.1. Los Grandes Hombres en la historia española

La forma característica que toma la primera *agencialidad* que hemos comentado es el Gran Hombre. Éste podría haber aparecido como un motor o *agente* de la historia a la manera de Carlyle; es decir, como un Héroe o Genio individual y personalista completamente desligado del sujeto colectivo. En cierto sentido, es la figura que aparece en la obra de Maeztu y que, en algún punto, se ejemplifica tácitamente con la labor de Bismarck. Pero, más que el Héroe de Carlyle, Maeztu partirá del superhombre nietzscheano y propondrá que la base del desarrollo social depende de la moral, el instinto o la vitalidad de los fuertes. Ahora bien, para Maeztu, la grandeza potencial del hombre era equivalente en toda la historia. Esto implicaba un principio metahistoriográfico que matizaba el talante azaroso, anárquico y ruptural asociado a la imagen singular del Gran Hombre.

La precisión de Maeztu será mucho más importante en el resto de los regeneracionistas. Algunos verterán críticas explícitas contra la idea de un hombre superior y poseedor de capacidades especiales para dirigir el ente colectivo. Su existencia fue negada por Altamira y Ganivet. Unamuno y Morote fueron más lejos advirtiendo de los perjuicios asociados a esa figura metahistoriográfica; el primero, hablando irónicamente de los genios agitadores de la Historia; y el segundo, ejemplificando con el caso de Napoleón cómo el liderazgo individualista era, en realidad, efímero y nocivo para el pueblo. Desde esas perspectivas, ningún proyecto de prosperidad nacional podía confiarse a un solo hombre. Otros regeneracionistas como Macías Picavea o Almirall encontraron soluciones más moderadas. Atendiendo a las distintas idiosincrasias nacionales, ambos autores creían que los Grandes Hombres eran más importantes en los países latinos –colectivistas, pero tendentes al absolutismo– que en los anglosajones –individualistas, pero tendentes a la democracia–. En estos últimos el protagonismo histórico-político sí había podido ser conquistado por el

pueblo. En cualquier caso y desde un punto de vista general, Macías también pensaba que sólo en los países bárbaros la personalidad del líder se imponía sobre el resto del colectivo, mientras que en los civilizados —los occidentales, incluida España— era la nacionalidad la que se reflejaba en las jefaturas mayores.

Este último apunte de Macías suponía exaltar el protagonismo de instancias supraindividuales, pero sin dejar de reconocer la existencia de figuras individuales importantes para el desarrollo nacional. Todos los regeneracionistas coincidieron en ese juicio, atribuyendo a las jefaturas personalistas, fueran del tipo que fueren, una cualidad eminentemente arquetípica y mediadora. Por esa vía, ciertos sujetos históricos se convertían en el vehículo fundamental o en la *agencialidad* de los imperativos y determinantes metahistoriográficos; es decir, concentraban el espíritu de los tiempos o la impronta intrahistórica para guiar el desenvolvimiento en el tiempo del ente nacional. En esa línea, Ganivet creía que los hombres de genio condensaban el ideal colectivo, mientras que Macías hablaba de una ley histórico-sociológica por la que los Grandes Hombres aparecían en momentos de necesidad nacional. El discurso regeneracionista resolvía la cuestión *cronográfica* del Gran Hombre salpicando el pasado nacional de genios sucesivos que, en definitiva, personificaban lo mejor de la historia de España. Pero sobre la cuestión de quiénes fueron esos personajes específicos volveremos más adelante.

Y al igual que existían personajes que concentraban las potencias del desenvolvimiento histórico, también existían figuras antagónicas que jugaban en contra de tal tendencia. La imagen especular y negativa de esos actores se impregnaba de ribetes antinacionales, bien por su condición de extranjeros ajenos a la realidad o esencia española, bien por la hipertrofia nacionalista que representaban. Macías Picavea fue muy cuidadoso a la hora de señalar que la interpretación de la conducta de cualquier personaje histórico debía ajustarse a su momento histórico, pero esto no le impidió destacar la figura del Otro extranjero como la causa principal del desvío nacional. Para él, los ideales asociados a nacionalidades diferentes colisionaban por necesidad, una circunstancia especialmente grave cuando la nacionalidad de un pueblo y el individuo responsable de su dirección no coincidían. Llegó a formular una ley histórica según la cual la nación debía ser considerada como un organismo que reacciona contra el mal de extranjería. Por otro lado, Altamira, Unamuno o Costa se preocuparon más por el pseudo-nacionalismo de ciertas figuras reaccionarias, casticistas o ultramontanas que, paradójicamente, pasaban por profundamente patrióticas. Esta segunda perspectiva daba pie para la elaboración de una vertiente antitética del desarrollo nacional. En ella los regeneracionistas delineaban una sucesión de personajes que desviaban a España de su camino histórico en contra de la labor atribuida a los genios nacionales. De estos actores alternativos también hablaremos más adelante.

13.1.2. Las bases de la colectividad nacional como motor de la historia

Hemos visto que en el discurso regeneracionista los Grandes Hombres eran personajes históricos que mediaban entre las instancias metahistoriográficas y el propio devenir del colectivo. Aquí nos interesa insistir en aquellos casos en los que las instancias personalistas estaban impregnadas del propio principio nacional. De hecho, es a través de ese mecanismo como los Grandes Hombres terminan asumiendo la condición de representantes arquetípicos de lo verdaderamente español. Y si las figuras históricas debían recoger su fuerza de las bases comunes a toda la colectividad, se plantea por qué no considerar directamente que el propio desenvolvimiento histórico era un resultado –una *agencialidad*– de esta última.

Esa es, por ejemplo, la idea de Macías Picavea: considerar que la historia humana es el resultado de dos tipos de temperamento, el de la raza latina, más pasional, y de la anglosajona, más voluntariosa. Dentro de esa sensibilidad, pero en un línea más psicológica, Isern se pregunta: “¿Qué hecho hay en nuestra historia que, examinado a la luz de estas enseñanzas [las de la psicología], no sea de fácil explicación, ya por sus causas, ya en sus consecuencias, sobre todo si, como hace la psicología moderna, se tiene en cuenta más la unidad de actividad que la de sustancia, y no se olvida que el alma nacional, como todo espíritu, sólo puede ser medida por sí misma, y juzgada teniendo en cuenta la proporción con que los elementos entran a constituirarla?” (Isern, 1899; p. 365).

Bajo este tipo de perspectivas, las consecuencias o las expresiones históricas podrían considerarse sucedáneos externos de una inconsciencia identitaria peculiar; fenómenos que, al articular una suerte de conciencia nacional, mostrarían una dimensión parcial de la subjetividad colectiva. A diferencia de las simas identitarias, esa porción sí sería accesible a la observación y el análisis. En cierto sentido, estamos nuevamente ante el esquema hegeliano que distingue entre una inconsciencia identitaria cercana a lo inorgánico y la conquista progresiva de la racionalidad y la conciencia que los pueblos –sobre todo los occidentales– manifiestan a través de la historia. Tal perspectiva es acogida, en cualquier caso, con juicios de valor que favorecen los aspectos inmovilistas, románticos o, incluso, tradicionales en detrimento de los progresistas y actualizados. Así, para Unamuno: “(...) si hay un presente histórico, es por haber una tradición del presente, porque la tradición es la sustancia de la historia. Esta es la manera de concebirla en vivo, como la sustancia de la historia, como su sedimento, como la revelación de lo intrahistórico, de lo inconsciente en la historia.” (Unamuno, 1902/1996; p. 62)¹. El bilbaíno, como también Maeztu, opondrá el instinto o la intrahistoria, propio del pueblo virgen y siempre joven, a una razón histórica devaluada por atribuirse a naciones viejas o a

¹ En relación con estos aspectos, Quintana (1998) llega a mantener que unamuno no puede ser hegeliano porque la oposición entre lo interno y lo externo no genera movimiento, lo que sí sucede en las tesis del filósofo alemán. En Unamuno lo único importante es lo interno que, además, se identifica plenamente con el pueblo.

sus exponentes más tradicionalistas. Como remarcaremos en otros lugares, Unamuno creía que la atención a lo externo y casuístico —el casticismo histórico— suponía una depuración reflexiva de lo propio, un examen de conciencia de aquellos pecados que empobrecían la vitalidad e inconsciencia del espíritu del pueblo.

En cualquier caso lo *cronográfico* no sólo articula relaciones complementarias o antagónicas entre la conciencia y la inconsciencia histórica. Tales relaciones también pueden ser de convergencia, aunque, en ese caso, no se resuelvan en el seno de la función de *agencialidad* ni se diriman en el pasado o en el presente de las colectividades. Proyectadas en el tiempo futuro, conciencia y bondad *cronográfica* coinciden y, de hecho, esos dos aspectos suelen configurar las metas u objetivos históricos que los regeneracionistas desean para España. Por esa vía se configuran las *ucronografías* del discurso regeneracionista; es decir, las formaciones discursivas bajo las que los elementos *cronográficos* cumplen su función *propositiva*. Pero de ellas hablaremos más detenidamente cuando tratemos el ámbito *proyectivo*.

Después de este repaso por las *agencialidades cronográficas* manejadas genéricamente por el regeneracionismo, en el siguiente epígrafe nos ocuparemos de aquellas ocasiones en las que los argumentos históricos delimitan un espacio para el desempeño colectivo; esto es, cuando cumplen la función de *escenario*.

13.2. LAS ESCENOGRAFÍAS CRONOGRÁFICAS

Lo *cronográfico* ofrece su función *escenográfica* en conexión con la *topografía*: es el paisaje pseudo-topográfico donde la instancia *agente* desempeña y orienta su labor o quehacer. Ahora bien, si dentro de la perspectiva disciplinar decimonónica —y, con mayor precisión, dentro de la sociología comtiana— la *topografía* geoclimática ocupaba el lugar de los elementos estáticos, la *cronografía* hace referencia a los denominados *dinámicos*; es decir, a aquellos que se definen por el cambio y las complejidades inherentes a la transformación temporal. Macías lo describe bien al señalar cómo “*Pasar del estudio geográfico al estudio histórico es pasar de la anatomía a la fisiología, del órgano a la función, de la materia a la vida. Antes sociología estática y constructiva; ahora, la sociología dinámica y activa. (...) No ocultaremos que dentro de esta nueva fase del asunto el análisis se hace más difícil, la observación más complicada, el estudio más necesitado de serena atención, delicadeza y diligencia. Los fenómenos dinámicos son siempre más incoercibles que los estáticos, y además desde ahora ha de predominar lo psíquico más complejo, sobre lo físico, más simple*” (Macías, 1899; p. 95). Por las palabras de Macías, parece claro que el *escenario cronográfico* exige penetrar de lleno en dinámicas psico-sociológicas afectadas, en alguna medida, por una

continua transformación. En ellas hay que inscribir, de hecho, la idea de “medio” entendida como espacio cultural o, alternativamente, histórico, al que se adapta o enfrenta el sujeto psicológico.

Dentro de la *escenografía cronográfica*, los puntos de convergencia entre esos dos tipos de medios serán múltiples: la retórica adaptacionista por la que se valoraba el grado de ajuste y armonización entre un pueblo y una etapa socio-histórica (el *Zeitgeist* de Hegel o las variantes ambientalistas de Taine y Spencer), la formulación de contextos sucesivos que delimitaban el desenvolvimiento orgánico o progreso gradual de los colectivos (los estadios de desarrollo socio-histórico hacia la consecución de la racionalidad o la civilización plena; esquema que aparece en Comte, Hegel, Krause, Spencer o Tylor) o la evaluación de la actividad desempeñada en aquellos contextos en función de su mérito para aproximarse o ganar para el colectivo la categoría de nación. En los textos del regeneracionismo los solapamientos orgánicos de la *escenografía* se ponen de manifiesto en múltiples ocasiones. Ya hemos hablado de los múltiples paralelismos que Unamuno establecía tácitamente entre paisaje, cultura, historia y carácter. En esa línea armónica, Mallada y Macías Picavea advertían que, para bien o para mal, el estado actual de países era una consecuencia de la interrelación entre el medio ambiente histórico, psico-sociológico (intelectual y moral) y físico. Morote, junto con Macías, se acogía a la fórmula spenceriana de los estadios sociológicos que presentaban la evolución de la humanidad desde el pasado guerrero al futuro industrial. En particular, Morote afirmaba que cada *escenario* histórico requería procedimientos de renovación social acordes con el grado de civilización. Hasta Maeztu, en el extremo evolucionista, planteaba que la única alternativa de triunfo para el hombre en su oposición inevitable a la naturaleza y dinámica de los tiempos era fundirse con ellos. La lucha implicaba ser arrollado, mientras que una aceptación pasiva suponía ser arrastrado.

La gran diferencia entre la *escenografía* sociológica y la histórica quizá sea la importancia atribuida a las idiosincrasias nacionales y el tipo de baremos empleados para evaluarlas, aunque la lógica de uso de los dos criterios sea independiente. En el caso de la *escenografía* sociológica, la peculiaridad del escenario nacional se diluye en parámetros homogeneizadores y criterios normalizadores. En ella encontramos actitudes modernistas y, al tiempo, humanistas, como las de Maeztu y Unamuno. El último de estos autores rechazaba, precisamente, las tendencias de la historia ultramontana que protegían una interpretación estrictamente casticista –valga decir nacionalista– del escenario cultural; es decir, la misma perspectiva que neutralizaba la *escenografía* progresiva y homogeneizadora del pacto social. Reducidos los paisajes nacionales a los denominadores comunes, las claves de comparación se articulaban en torno a los excesos y defectos adaptativos al medio socio-histórico, por un lado, y a los índices relacionados con el progreso material, por otro. Esta sensibilidad analítica es la que podemos detectar en algunos párrafos del propio Altamira, pero, sobre todo, en las obras de Macías Picavea y Mallada. A estos dos últimos autores hay que atribuir algunos de

los más crudos retratos ambientales del fin de siglo español: *escenas* contemporáneas donde una masa humana inerte aparece incrustada en un contexto social profundamente miserable y desolado.

La *escenografía* histórica, por el contrario, sí atribuirá una importancia fundamental y constituyente a la idiosincrasia nacional. Sin llegar a los extremos reaccionarios denunciados por Unamuno, la principal línea argumental de Altamira bien puede representar el paisaje historicista. El valenciano partirá de un esquema metahistoriográfico, según el cual en cada momento histórico se imponía la hegemonía psicológica de un determinado pueblo. Aquí priman, por tanto, las ideas hegelianas, krausistas y aún románticas en las que el escenario histórico acompañaba singularmente el desenvolvimiento orgánico de la nación. Por otro lado, a pesar de que Altamira no se prodigó en alabanzas a los valores morales y culturales, este es el tipo de parámetros más adecuados para sopesar contextos historicistas y nacionalistas. Es la sensibilidad que recoge Isern, aunque la inscriba en un juicio abiertamente pesimista a propósito del ambiente social que le había tocado vivir. Para él: "(...) *el medio social constituido por el escepticismo que producen los desengaños, y por un utilitarismo y un sensualismo que no en vano ha tenido cátedras teóricas y cátedras prácticas en nuestra Patria, ha debilitado muchos entusiasmos, cuando no los ha arruinado por completo*" (Isern, 1899; p. VII).

Por vía sociológica o historicista, materialista o moralista, los regeneracionistas descendían finalmente al nivel idiosincrásico de la historia española. En él debían ubicar aquellos acontecimientos del pasado que ilustraban, armónica y orgánicamente, los episodios más significativos del genio nacional. De hecho, en torno al devenir histórico de esos episodios, representado, funcionalmente, por la el papel de la *acción* en la estructura identitaria, se articuló el significado del resto de las funciones *cronográficas*. Hablaremos de él más adelante. Antes nos detendremos en los condicionantes metahistoriográficos y metasociológicos a los que, desde el punto de vista nomotético, debía someterse cualquier proceso que se desplegara en el tiempo. Con ello nos referimos, por supuesto, a la función *agente* del elemento *cronográfico*.

13.3. EL AGENTE CRONOGRÁFICO: METAHISTORIOGRAFÍA Y METASOCIOLOGÍA

Descartado el protagonismo absoluto de los Grandes Hombres, en no pocas ocasiones los pensadores finiseculares invocarán la participación de algún tipo de principio diacrónico capaz de cumplir la función de *agente* en el devenir colectivo; y lo encontrarán en fuerzas sobredeterminadoras que actuarán en el tiempo histórico modelando la estructura identitaria de las colectividades. El discurso regeneracionista las gestionará a través de dos vertientes nomotéticas estrechamente relacionadas: la metahistoriográfica y la metasociológica. Entre ambas alternativas, los regeneracionistas tuvieron que poner en práctica difíciles equilibrios epistemológicos. De ello dependía elaborar una concepción *cronográfica* que fuera viable para la

identidad y la actividad histórica del pueblo español. En los puntos que siguen veremos cómo ambos marcos nomotéticos se articularon en paralelo.

13.3.1. La metahistoriografía como sobredeterminación de la actividad colectiva

La posibilidad más inmediata de que disponían los regeneracionistas para delinear la función *agente* desde el punto de vista metahistoriográfico era la de invocar fuerzas capaces de sobredeterminar la actividad colectiva. En la etapa decimonónica esto era tanto como mentar el espíritu de los tiempos, si bien éste se concretaba en una ley que obligaba a todos los pueblos a cumplir un mismo y pesimista itinerario o ciclo histórico: nacimiento, auge, decadencia y muerte nacional². Así, desde el extremo sociológico de un Maeztu zarandeado por el desastre de Cuba hasta el polo historicista de un Altamira atento al devenir internacional, se habló de leyes o fuerzas externas que regían el destino de los pueblos y sus hechos históricos y que terminaban por condenarlos a la decadencia. Atendiendo a la realidad nacional percibida por todos los regeneracionistas, no es de extrañar que fueran las etapas del ocaso las que más les obsesionaran; máxime si esas etapas se identificaban más o menos explícitamente con la pérdida de territorios y el encadenamiento inflexible e inmovilizador al pasado. Sin duda, el imperativo nomotético de la decadencia planteaba serios problemas para evaluar la calidad identitaria del carácter español. Ese fue el motivo por el que las estrategias para atenuar o esquivar la inflexibilidad del ciclo decadente se convirtieron en el verdadero núcleo de la reflexión metahistoriográfica del regeneracionismo. Las alternativas para evitar el esquema decadentista fueron básicamente tres:

(1) Una de las estrategias más importantes y extendidas entre los regeneracionistas consistió en convertir la legislación metahistoriográfica en subsidiaria de otra referencia nomotética: la aportada por la sociología. Sobre los motivos y resultados de ese trueque volveremos un poco más abajo, pero aquí es pertinente señalar que junto a la sociología se generó la posibilidad de reaccionar contra la existencia de un principio sobredeterminista que abocara a una desaparición necesaria de las naciones. En cualquier caso, ésta fue una posición minoritaria entre los regeneracionistas y, de hecho, sólo aparece de forma explícita en la obra de Morote. El autor de *La Moral de la Derrota* consideraba simplemente falsa la tesis historiográfica de la

² Aunque anteriormente ya hemos ido desglosando algunas de las cuestiones relacionadas con este esquema no está de más señalar aquí dos alternativas a ese mismo itinerario cronográfico. La primera, de talante más reaccionario, observaba el devenir histórico de los pueblos como un camino de decadencia continuado desde los tiempos primitivos de una arcadia feliz. En este modelo se trasluce el peso de la perspectiva bíblica según la cual el hombre se precipita en la ignorancia, el sufrimiento, la esclavitud material e, incluso, el mestizaje, desde los tiempos del paraíso o la Torre de Babel. La segunda alternativa coincide con el ciclo de etapas que hemos descrito pero suponiendo que en el momento en que un pueblo abandona su periodo de auge el testigo abandonado es recogido por otro pueblo. El gran ciclo metahistoriográfico implica, por tanto, que la Humanidad siempre está en constante evolución hacia metas superiores, aunque el pueblo portador del espíritu de los tiempos varíe en el camino de progreso. Esta es la perspectiva hegeliana, que, además, consideraba que los ciclos históricos estaban probablemente cerca de su final, toda vez que el espíritu de los tiempos parecía haberse encarnado en la más alta de las culturas y civilizaciones posibles: la germana.

muerte de los pueblos. Como ya hemos señalado en el capítulo 11, desde su punto de vista, a ese planteamiento subyacía un equívoco: el que confundía la independencia política y el estado —que sí podía perecer— con la entidad popular y psicológica que representaba la verdadera nación. Más adelante veremos a qué tipo de leyes sociológicas remitía Morote la constitución de la naturaleza nacional y, en último término, la posibilidad de impedir la muerte de los estados.

(2) Alternativamente, una parte sustancial de los argumentos pasaban por relativizar o, incluso, subordinar a otros imperativos nomotéticos el supuesto de decadencia y muerte nacional. Esta segunda estrategia suponía que la función del *agente* sólo podía ser atribuida a lo *cronográfico* para definir determinadas zonas de la estructura identitaria del español, muy particularmente aquellas implicadas en su decadencia. La postura aboca a difíciles equilibrios epistemológicos cuando no a evidentes contradicciones y transgresiones. Equilibrios son, por ejemplo, los que practica Unamuno al creer firmemente en la pureza ideal de las representaciones individuales y proclamar, al tiempo, que la asimilación del ambiente por parte del individuo impedía discernir lo nativo de lo adventicio. Isern, y sobre todo Altamira, van más lejos al colocar al lado de las leyes históricas que determinaban el auge y la decadencia de todos los países (un principio agente de carácter *cronográfico*) una psicología nacional específica a la que remitir las actuaciones históricas de cada pueblo (un principio agente de carácter *antropográfico*). Es evidente que, con su distinción, Altamira e Isern no nos están proponiendo una sutil manera de armonizar la cualidad de agente de la estructura *antropográfica* española con la de otro tipo de instancias identitarias; por el contrario, más bien se están limitando a desligar la decadencia de la nación española (diluida en una legislación metahistoriográfica y trascendente) de lo que es propio del “ser” español (responsable de la gloriosa “actuación” pasada y venidera). Los dos autores, en definitiva, se las arreglaban para hacer excepciones metahistoriográficas con España, justo cuando la situación finisecular más invitaba a pensar en el ciclo de la decadencia.

(3) De la doble alternativa vislumbrada en la perspectiva anterior derivó la principal estrategia con la que se intentó evitar el ciclo nomotético de la decadencia. Ésta consistió en desplazar la sobredeterminación metahistoriográfica desde la externalidad del espíritu de los tiempos hasta el mismo seno del colectivo. Aquélla quedaría ubicada en la intimidad eterna, constante e inextinguible de la identidad nacional. En realidad, esto daba lugar a una doble vertiente histórica, más antitética que dialéctica, para explicar el devenir del pueblo español. Una de las direcciones estaba configurada por los aspectos negativos del desenvolvimiento nacional. Se ligaba a la Historia oficial, tradicional, monárquica e, incluso, falseada y extranjerizante; un pasado pernicioso que, exceptuando momentos puntuales, todos los regeneracionistas identificaban con la presión continuada de un ambiente intelectual y moral completamente hostil a las actitudes de progreso. En consecuencia, la historia alternativa, la positiva, pasaba por una sensibilidad un tanto

ahistórica en la que, a través de expresiones históricas marginales, abortadas o desplazadas a un estado de latencia en espera de tiempos mejores, tomaba pleno sentido la intimidad identitaria que señalábamos más arriba³. Dos fueron las formas a través de las cuales el regeneracionismo elaboró la oposición entre la intimidad y la externalidad *cronográfica*.

- La primera coincide con la facción más positivista del regeneracionismo. Cuando la tratábamos en el estudio del elemento *antropográfico* veíamos que autores como Mallada, Morote, Maeztu y, sobre todo, Macías inscribían la bondad identitaria latente en la raza o en el carácter protohistórico. Estas instancias, por tanto, se convertían en el principio metahistoriográfico fundamental, mientras que el devenir o el ambiente histórico-cultural quedaba relativizado y vinculado a los males patrios; muy particularmente a la defectología psico-fisiológica o, en palabras de Macías, a las “patografías” que afectaban circunstancialmente al núcleo identitario. Como argumentaban Macías Picavea y Costa, habría sido la perversión del ser español en un momento concreto de la Historia lo que habría imposibilitado el acople de la identidad nacional a la cultura moderna. Las enfermedades históricas condicionaban, a largo plazo, la decadencia finisecular. Ante ese panorama, Mallada consideraba que la fantasía y la tendencia a la aventura del carácter nacional habían condicionado el devenir de la historia española. Macías, por su parte, estaba dispuesto a admitir la indisciplina básica de la voluntad o el carácter español, pero no la importancia constitutiva de la torpeza para la industria o, con Maeztu, la indolencia, el abandono y la falta de entusiasmo. Esos atributos sólo podían ser implantes falsos, artificiales o ajenos a la raza; impugnados por la propia historia remota del colectivo nacional.

- Por otra parte, los autores más sensibles al idealismo historicista no podían esquivar o relativizar la importancia del pasado en la constitución de la identidad nacional. Para autores como Ganivet o Altamira la peculiaridad y autenticidad nacional se decantaba y manifestaba en la acción histórica del colectivo en cuestión. El autor valenciano lo dejaba claro al señalar que *“Especialmente, en cada pueblo, su historia le da el sentido de su íntimo genio y carácter, y la conjunción entre las formas presentes y las pasadas ha de hacerse precisamente en ese punto, no en la particularidad de tal doctrina, de tal régimen filosófico, político, etc. En la historia de los individuos y de las naciones, por muy accidentada y varia que sea, parece haber siempre cierto sentido, modalidad u orientación que la unifica, la caracteriza por lo que toca al camino recorrido hasta hoy, y señala la actitud particular del sujeto, la dirección en que con más originalidad, fuerza y resultados prácticos ha podido y sabido encauzar sus actividades; siendo inútil cuanto no haya pasado entonces por asimilación y adaptación al genio propio, que convierte las cosas en elemento nutritivo y no en simple costra superficial, que al menor movimiento se desprende y cae”* (Altamira, 1902/1998; pp. 170–171).

³ La distinción regeneracionista entre una historia externa perniciosa y una interna positiva también ha sido remarcada por Quintana (1998), si bien sólo en relación con la obra de Unamuno.

Pero no era ésa una sensibilidad exclusiva de la historiografía liberal. Sin desmarcarse ni un ápice de su compromiso con el catolicismo, recordemos que también Cánovas o Menéndez Pelayo defendían que la historia española sólo podía interpretarse en función de un genio específico. Las convergencias con la historiografía conservadora eran, por tanto, inevitables; de hecho, ya hemos señalado que el mismo Menéndez Pelayo -a pesar de la polémica con Azcárate a propósito de la ciencia española y del marcado talante krausista del regeneracionismo- fue la referencia más habitual de los pensadores finiseculares a la hora de legitimar juicios historiográficos, quizá sólo con la notable y antagónica excepción de Miguel de Unamuno. Sin duda, este controvertido panorama metahistoriográfico fue fuente de conflictos y contradicciones a la hora de que los regeneracionistas deslindaran lo que era propio de cada uno de los dos itinerarios históricos; el de la Historia oficial, supuestamente magnificadora y conservadora, y el de la alternativa, supuestamente progresista y popular.

Ganivet e Isern, que conforman la facción más conservadora del regeneracionismo, optaron por mantenerse cercanos al optimismo de la versión oficial de la historia española. En cualquier caso, Ganivet anuló absolutamente la referencia a los Grandes Hombres en beneficio del espíritu colectivo, mientras que Isern se atenía a la expresión que la instancia colectiva había adquirido en el fin de siglo para explicar los males que aquejaban a la nación. Bien diferente fue la perspectiva historiográfica capitalizada por las posiciones más progresistas con el apoyo de la filosofía de la historia del krausismo. Es en ella donde verdaderamente se revela la pertinencia de un itinerario historiográfico alternativo, soterrado y paralelo al oficial. Aquí la verdadera historia nacional sólo puede ser historia del pueblo y los Grandes Hombres, para bien o para mal, simples instrumentos de fuerzas superiores. Bajo esas claves, las perspectivas de Altamira o de Unamuno ofrecían un doble esquema narrativo representado por la oposición entre lo pseudo-histórico y lo verdaderamente histórico.

Como los positivistas, Altamira también estaba dispuesto a aceptar que la historia podía haber inscrito vicios en la psicología nacional como el proteccionismo estatal, la falta de habilidad para los negocios y la industria o la exaltación religiosa. Sin embargo, el principal problema de la subjetividad nacional habría sido la interiorización colectiva de la "leyenda negra"; una suerte de historia virtual, hipertrofiada o falsa del carácter español elaborada por todo tipo de hispanófilos -extranjeros y nacionales, críticos y glorificadores, progresistas y reaccionarios, etcétera- en detrimento de la verdadera historia de la psicología nacional. Para agravar la situación, los desastres progresivos de finales de siglo habrían acelerado la asunción de esos prejuicios. El mecanismo devenía en vicios no constitutivos, anacrónicos y persistentes, constituyendo las dimensiones más importantes de la decadencia; entre ellas, la abulia, la deshumanización y la falta de actitudes para la Ciencia Natural y la Filosofía. Sin embargo, Altamira todavía confiaba en la importante labor

que la masa popular debía desempeñar en tanto que gozne entre el presente y el auténtico pasado colectivo. El pueblo era la plataforma para la continuidad histórica de la nacionalidad. Como también planteaba Macías Picavea, en opinión de Altamira la forma de reactivar al pueblo español pasaba por conseguir que recuperara la memoria histórica y, con ella, los rasgos positivos eclipsados por las peroratas hispanóforas.

Unamuno articuló la oposición a través del contraste entre la historia de los grandes hechos y la intrahistoria. Unamuno no consideraba necesario remontarse a la historia de las grandes gestas históricas para explorar el verdadero Ser nacional. Ligó esa búsqueda a una obsesión por la peculiaridad nacional que sólo podía revelar los defectos de las clases históricas. Ellas representaban la protección de lo propiamente castizo y, por ende, la perniciosa conservación de una falsa historia del carácter español. En palabras del propio Unamuno, *"Hay un ejército que desdeña la tradición eterna, que descansa en el presente de la humanidad y se va en busca de lo castizo e histórico de la tradición al pasado de nuestra casta, mejor dicho de la casta que nos precedió en este suelo. Los más de los que se llaman a sí mismos tradicionalistas, o sin llamarse así se creen tales, no ven la tradición eterna, sino su sombra vana en el pasado. Son gentes que por huir del ruido presente que los aturde, incapaces de sumergirse en el silencio de que es ese ruido, se recrean en ecos y retintines de sonidos muertos. Desprecian las constituciones forjadas más o menos filosóficamente a la moderna francesa, y se agarran a las forjadas históricamente a la antigua española: se burlan de los que quieren hacer cuerpos vivos de las nubes, y quieren hacerlos de osamentas; execrando del jacobinismo son jacobinos. Entre ellos, más que en otra parte, se hallan los dedicados a ciertos estudios llamados históricos, de erudición y compulsión, de donde sacan legitimismos y derechos históricos y esfuerzos por escapar a la ley viva de la prescripción y del hecho consumado y sueño de restauraciones"* (Unamuno, 1902/1996; p. 65-66). La Historia oficial, por tanto, estaba en manos de estamentos visiblemente moribundos que nada tenían que ver con la vitalidad de aquel pueblo auténtico que moraba en la intrahistoria y representaba la tradición eterna.

Llegados a este punto, podemos establecer que la intención nomotética de los regeneracionistas fue convertir la raza histórica o la intrahistoria popular en los principales fundamentos metahistoriográficos de la estructura psicológica colectiva. Complementariamente, ambas instancias habían de relegar cualquier responsabilidad de la decadencia a las circunstancias de una Historia oficial evaluada en términos abiertamente negativos. A pesar de la contaminación etnopsicológica que ésta hubiera podido acarrear, los regeneracionistas consideraban que las verdaderas potencias históricas de la nación permanecían en estado de latencia. Dada la incertidumbre que producía el futuro y la crisis del momento, los autores del fin de siglo se veían empujados a bucear en el pasado a la búsqueda de pruebas y avals que mostraran no sólo las causas de la decadencia, sino también las verdaderas potencias nacionales que atesoraba la psicología popular. Al fin y

al cabo, la propia idea de “re-generación” evocaba la reaparición de cualidades o atributos que pudieron manifestarse en alguna ocasión, pero que terminaron por sumirse en una fase de letargo o latencia.

Sin embargo, lo que también es evidente es que, por unas u otras causas, los regeneracionistas no se desentendieron de la Historia oficial tanto como parecían prometer en sus textos. Para empezar, la necesitaban como narración a la que oponer el itinerario *cronográfico* supuestamente auténtico. Es una posición que se deja notar en Altamira cuando denuncia no sólo la escasez de estudios de intrahistoria sino también de historia externa. Los requerimientos para incrementar esta última destacan sobre todo en Unamuno y su historiografía “redentora”. Para el autor de *En torno al casticismo* era recomendable continuar con la clásica búsqueda del carácter español, entendiéndola, esos sí, como un “examen de conciencia” que permitiría exhumar los defectos o pecados casticistas y, por ende, desembarazarse del pueblo viejo. Alternativamente, Unamuno pretendía desentrañar lo que había llegado verdaderamente vivo desde el pasado hasta el presente; empresa prospectiva para la que, en una línea típica de la historiografía cultural, creía más útiles las representaciones del pasado aportadas por los libros de viaje y las obras de ficción que las ofrecidas por las historias pragmáticas. Efectivamente, su prospección *cronográfica* del *Volkgeist* español avanzó en esa dirección en los primeros capítulos de su obra. Pero pronto se encontró con acontecimientos y figuras del pasado castizo que se entremezclaban con lo intrahistórico; hitos que demandaban un tratamiento inexcusable si se pretendía entender el devenir y el Ser nacional.

En cierto sentido, es lo mismo que les sucedió a todos los regeneracionistas. En la búsqueda racial o intrahistórica fueron detectando los arquetipos y episodios puntuales en los que las aptitudes y potencias identitarias habrían brillado con todo su esplendor, aunque sólo fuera en la forma de rebeliones contra la deriva fatalista de la Historia oficial. Como comprobaremos un poco más adelante, la historia del Ser nacional narrada en los textos del regeneracionismo permite concluir que, tanto a la hora de construir sus héroes y gestas como a la de construir sus villanos e infamias, los autores finiseculares coquetearon con el tipo de metahistoriografía que, aparentemente, pretendían superar. Por ello parece pertinente hablar de una interacción más convergente (o al menos dialéctica) que antitética entre la sensibilidad propia de la historiografía oficial y la supuestamente auténtica. En último término, no se trataba tanto de buscar acontecimientos históricos alternativos como de jugar con su signo ideológico. Solamente así puede entenderse que un positivista de ideología progresista como Morote pudiera deslizarse en el prólogo de *La moral de la derrota* el deseo de volver a los tiempos gloriosos del pasado. Este tipo de concepciones era la que permitía re-construir una deriva histórica propia y reconocible para el pueblo español, unas narraciones donde puede detectarse cómo la *cronografía* aporta su función activa a la estructura identitaria. Por supuesto, esto ya

supone hablar de la función de *acción*, pero sobre ella volveremos un poco más adelante. Antes hemos de hablar de la segunda opción metahistoriográfica: la sociológica.

13.3.2. La metasociología como sobredeterminación de la actividad colectiva

Como ya hemos señalado en el epígrafe anterior, uno de los principales cometidos de la referencia sociológica fue subsumir los clichés de la filosofía de la historia en su propio aparato nomotético o, simple y llanamente, sustituirlos. Mallada fue quizás el autor que más lejos llevó el talante sociologista. Como en el caso de Almirall, el propio referente *cronográfico* queda eclipsado por la función de otros factores. Ambos pasaron muy por encima de una historia política absolutista y marcada por el entorpecimiento de cualquier posibilidad de progreso en sentido liberal. El grueso de sus intrincados análisis se centró en el presente español y lo resolvieron con pocas esperanzas de regeneración. Ante un panorama escaso en soluciones, tampoco les fue necesario formular teorías de futuro. Así, el modelo positivista de observación y análisis de los hechos presentes eclipsó completamente la referencia historiográfica sin necesidad de denostarla explícitamente. Pero esa actitud no fue la más habitual.

También teniendo muy presentes la observación y los hechos, un número importante de regeneracionistas optó por debatir con el referente metahistoriográfico. Desoyeron las airadas críticas antisociológicas de un Ganivet partidario de ajustar los hechos a la filosofía de la historia y, más bien al contrario, consideraron los acontecimientos históricos como datos desde los que establecer leyes generales. Con ello ponían de manifiesto una sensibilidad marcadamente inductiva y propia del positivismo decimonónico, aunque ésta se presentó con diferentes grados de penetración teórica en los distintos textos del regeneracionismo. Maeztu, en el extremo crítico, intentó desacreditar la validez de cualquier tipo de herramienta historiográfica para analizar el Problema nacional. El episodio histórico era un simple dato entre otros muchos posibles, lo que subrayaba su carácter circunstancial y anecdótico. La concepción pesimista que Maeztu tenía sobre la historia española le condujo a un positivismo radical en el que pesaba más la preocupación por el proyecto de futuro que por la esencia del pasado. Macías Picavea o Morote también compartieron esa visión inductivista, pero no renunciaron a la búsqueda de esencias identitarias en el pasado español. Profundizando en ese eclecticismo disciplinar, tan habitual entre los regeneracionistas, hasta los autores más comprometidos con el idealismo integraron la perspectiva inductiva. Así, Unamuno o Isern tampoco dudaron en invertir la interpretación historicista de Ganivet, de tal manera que incluso el autor de *Del Desastre Nacional y sus causas* planteó que las realidades elocuentes de la historia mostraban cómo la observación era la base de todas las ciencias.

En definitiva, el acontecimiento histórico, tomado de manera discreta, se convertía en un hecho que, añadido a otros muchos, permitía actualizar el devenir temporal y elaborar una teoría del fenómeno sociológico. El planteamiento vino a sustituir la teoría de la historia por vía presentista —cuando Unamuno incluye el estudio del pasado en las labores de Ciencia de la Sociedad por considerarlo un capítulo del presente, por ejemplo— o cíclica —cuando Morote considera que la historia es vida vivida y repetida en el espacio y el tiempo—. Pero las vías concretas por la que la lectura metasociológica tomó cuerpo en el discurso regeneracionista fueron eminentemente dos: la economicista y la sociobiológica. Sin duda se complementaron mutuamente, aunque fueron manejadas por los regeneracionistas dentro de argumentaciones identitarias que perfectamente podemos estudiar por separado.

13.3.2.1. *La perspectiva economicista del regeneracionismo*

La perspectiva inductiva devino fácilmente hacia la idea de una historia configurada por “hechos” datables y computables. Sin solución de continuidad, esa perspectiva desencadenaba actitudes cuantitativas hacia la prospección del pasado que, a su vez, se proyectaban en una dirección fundamentalmente economicista. Ese paso no era difícil de dar para sensibilidades positivistas como las de Morote, Mallada, Almirall o Macías Picavea, autores que plagaron sus páginas de estadísticas demográficas, agrícolas e industriales. Pero es un paso que también puede encontrarse en importantes exponentes de la metahistoriografía, caso de Unamuno y Altamira. El primero apuntará que el factor económico determina los fenómenos sociales, si bien las nociones intrahistóricas le impedían una verdadera superación de la historiografía idealista. Por su parte, el autor valenciano utilizó algún párrafo de la *Psicología del Pueblo Español* para deslizar tímidamente la idea de que la economía regía en la ciencia, la moral y la historia. En cierto sentido, lo que revelan los movimientos de Altamira y Unamuno es la cercanía de la interpretación económica del devenir a la historia interna. Pareciera que en sus planteamientos lo intrahistórico se refigura a la luz del materialismo histórico y se convirtiera en historia de lo social. No hay lugar, eso sí, para la idealización inmovilista del pueblo proclamada por el romanticismo de Herder o el positivismo de Taine; la misma que recogía el propio Unamuno a través de la vida intrahistórica de los campesinos que permanecían ajenos al bullicio de la historia. Por el contrario, las clases populares cobran protagonismo activo como representantes de los intereses del pueblo, al tiempo que los Grandes Hombres y la Historia oficial se convierten en el paradigma del inmovilismo económico, oligárquico y conservador.

Desde el punto de vista económico, a esa última opción cabía oponer tanto la movilización del capital demandada por el liberalismo como la redistribución de riqueza auspiciada por el socialismo. Ambas

consignas, de hecho, aparecían mezcladas en el discurso regeneracionista, imprimiendo un nuevo y alambicado giro al calidoscopio identitario. Muy conocidas son las alabanzas de Maeztu al “vil metal”, pero quizá sea Morote el que mejor represente el extremo de los compromisos liberales. Desde su punto de vista, la prosperidad, la libertad y la cultura de las naciones, siendo labor de todo un pueblo, requerían de fuerzas económicas y de las riquezas producidas por el comercio. La referencia spenceriana le permitía incluso delinear los estadios de progreso burocrático-administrativo; una evolución de complejidad creciente que conducía desde el primitivo grupo agregado y homogéneo hasta las modernas tensiones entre la división y la centralización del poder.

En el otro extremo, el socialista, solamente autores jóvenes y con compromisos ideológicos más radicales se atrevieron a desvelar los intereses políticos de clase que conjugaba el uso de la Historia oficial e, incluso, del armonicismo liberal. Es cierto que Altamira también advirtió del peligro de manipulación de la historia por parte del conservadurismo de “las derechas”. Pero como buen liberal no estaba dispuesto a renunciar al poder aleccionador de la historia nacional, una potente herramienta para asegurar el armonicismo identitario. Referencias a autores socialistas o anarquistas aparecen en la obra de Morote, pero sólo algunos argumentos de Maeztu y Unamuno se adentraron en territorios revolucionarios, rebasando, a un mismo tiempo, el evolucionismo clasista, moderado, armónico y liberal de Mallada, Costa, Morote o Macías Picavea (la revolución desde arriba que teme el despertar de la “masa entumecida”) y el referente metahistoriográfico, legitimista, conservacionista y esencialista de Altamira, Isern, Ganivet e, incluso, de los separatistas vascos y catalanes. Tanto Maeztu como Unamuno consideraron que el pasado sólo podía entenderse como un episodio concreto de la generalidad sociológica⁴. Profundizando en esa idea los dos autores vascos resaltaron la importancia de atender al presente y al futuro del pueblo; un ente que tomaba cuerpo material en los sectores sociales más humildes. No llegaron a las propuestas del materialismo marxista, pero Unamuno dejó entrever claras afinidades cuando planteó que: *“La pobreza económica explica nuestra anemia mental; las fuerzas más frescas y juveniles se agotan en establecerse, en la lucha por el destino. Pocas verdades más hondas que la de que en la jerarquía de los fenómenos sociales los económicos son los primeros principios, los elementos”* (Unamuno, 1902/1996; p. 160). Con esas palabras, Unamuno desplazaba la *escenografía* del acontecer humano desde la historia o el territorialismo (en su triple vertiente armónica: nacionalista, paisajista o geoclimática) a la lucha de clases. Tácitamente, Maeztu y Unamuno le están ofreciendo al pueblo llano la oportunidad de convertirse en *agente* del devenir colectivo, un panorama al que la sociología marxista hubiera añadido la necesidad de que el proceso se produjera bajo la alianza internacional de toda la clase obrera.

⁴ Entre los regeneracionistas, los casos de Maeztu y Unamuno serían los más cercanos a la calidad científica que, frente al historicismo, Blanco Aguinaga (1998) reivindica, con más o menos razón, para las posiciones marxistas de la época.

Sin embargo, tampoco en el caso de las perspectivas de Unamuno y Maeztu el pueblo termina siendo completamente dueño de sus destinos. Es verdad que a partir de la clave económica los dos autores vascos desplazan el referente metahistórico de Altamira o metasociológico de Macías y, con ellos, el papel de la armonía o la justicia social como un *a priori* natural. Pero sólo para dar una vuelta de tuerca a la lógica sobredeterminadora y entregar su efecto a una entidad de mayor calado científico: el sociodarwinismo. Ello se advierte perfectamente en el párrafo de Unamuno que acabamos de transcribir: la referencia que aparece a la lucha por el destino es una fórmula que deja entrever las bases últimas a las que los pensadores decimonónicos más progresistas remitían la propia lectura económica; las mismas que convertían la revolución política en competición económica.

Estamos ya en la segunda dirección metasociológica que podemos identificar en el discurso regeneracionista. Esta segunda vertiente, la más importante desde el punto de vista psico-sociológico, recogía las teorías evolucionistas y adaptativas que, como las perspectivas metahistoriográficas, pretendían legislar el desenvolvimiento *cronográfico* y las dinámicas de cambio en el desarrollo de las sociedades. La vemos a continuación.

13.3.2.2. La perspectiva sociobiológica del regeneracionismo

En realidad, con mayor o menor densidad metafórica, los conceptos sociobiológicos fueron el referente último y más potente de cualquier aproximación sociológica interesada por el desarrollo social, una actitud que el organicismo de Morote o el vitalismo de Unamuno retrataron a la perfección. Ya hemos visto cómo las dimensiones anti-historicistas de *En torno al casticismo* tenían que ver con la concepción de “hecho” histórico frente a las nociones idealistas de Ganivet. Unamuno empezaba por afirmar que la búsqueda de tradiciones científicas, artísticas o filosóficas en un pasado muerto provocaba la desatención de los hechos vivos. Como Maeztu, Unamuno creía que la naturaleza del “hecho” histórico era fundamentalmente vital; razón por la que, superando la concepción estrictamente sociologista y economicista, afirmaba que el estudio del pasado también formaba parte de la biología por desarrollar. Morote fue mucho más allá que el autor vasco en la elaboración de su apuesta nomotética y formuló una ley que presidía el comportamiento de todos los fenómenos cósmicos, incluidos los sociales. Según ésta, una causa producía más de un efecto y una fuerza más de un cambio. De ella derivaba, entre otras, una ley de progreso orgánico según la cual todo evolucionaba de lo simple y homogéneo a lo complejo y heterogéneo. El principio le servía para explicar el devenir de la humanidad —el efecto y el cambio se constataba en la diversificación de las razas— pero también la evolución

de cualquier organismo social. Desde ese punto de vista, sólo un buen conocimiento de las leyes biológicas aseguraba una adecuada administración y desarrollo económico de los pueblos.

Evidentemente, los dos imperativos *cronográficos* que había que sopesar para llevar a buen puerto ese tipo de agendas etopolíticas eran la selección de los más aptos y la lucha por la supervivencia, el famoso *struggle for life* de los anglosajones. Como adelantábamos en el epígrafe dedicado a la *antropografía*, someter al organismo social a esos supuestos generó una importante diatriba en los textos del regeneracionismo. Por un lado, se sopesaba la importancia para el progreso que, según rezaba el sociodarwinismo y el economicismo ortodoxo, derivaba de la competitividad y del individualismo; por otro, se advertía la existencia de un principio sociobiológico alternativo relacionado con una adaptación ambiental tramitada a través de la subordinación, la armonía y la colaboración grupal. Ante la diatriba, las posibilidades de respuesta eran tres.

(1) En el plano nomotético más inespecífico, y teniendo en cuenta el nacionalismo orgánico que presidía el programa regeneracionista, era imposible tomar partido a todos los efectos por la alternativa competitiva. Desde esa perspectiva, Altamira y, sobre todo Unamuno, desestiman directamente el egoísmo individualista y la "bestialidad" implicada en la lucha por la vida, exaltando, por el contrario, la colaboración, la subordinación, los valores solidarios e, incluso, el pacifismo.

(2) Atendiendo sobre todo a la importancia y potencia de la lucha por la vida para sostener programas de desarrollo económico —es decir, ubicados en el plano de interpretación nomotética más cercano a la realidad sociológica concreta—, otros autores buscaron soluciones conciliadoras. Macías Picavea, por ejemplo, se unía a las críticas que Altamira y Unamuno vertían contra las interpretaciones estrictamente competitivas, pero también consideraba que era imprescindible contar con la selección natural en cualquier proyecto de progreso. Pero el caso paradigmático de esta segunda actitud está representado por Morote. El autor de la *La Moral de la Derrota* aspiraba a reducir las dimensiones más agresivas y desestructuradoras del *struggle for life*, para lo cual no dudó en rebuscar entre las propias tesis spencerianas. De ellas entresacó la imagen que la lucha por la existencia presentaba cuando se circunscribía al mundo moderno y a la lógica del progreso: la del triunfo de las herramientas intelectuales, económicas y reformistas frente al ocaso de los códigos heroicos, belicistas y militaristas propios de tiempos pasados y, aparentemente, superados. Morote personalizaba este tránsito *cronográfico* en el terreno socio-político afirmando que hasta el genio de Rousseau había tenido que dejar paso al de Marx y al de Kropotkin.

(3) En el extremo abiertamente partidario de la lucha por la vida sólo habría que colocar a Maeztu. Se declaró partidario de liberar el instinto individual y permitir la lucha por la vida sin apenas matices. Cercano a esa línea, Mallada se limitó a constatar que el principio de lucha por la vida presidía la dinámica de múltiples

cuestiones sociales; entre ellas, la existencia de ejércitos nacionales, el caciquismo o la falta de dotes en los países católicos para ajustarse, precisamente, al supuesto competitivo. Por último, en una versión más pesimista y conservadora, Isern también reconocía la realidad efectiva de la pugna por la existencia. De hecho, en contra de la opinión de Morote, creía que Spencer se equivocaba al augurar la futura e inevitable preeminencia del derecho y del industrialismo sobre la fuerza militar. Además, aplicó el principio de la lucha por la existencia para explicar dinámicas intrasociales y justificar tácitamente la impermeabilidad de las diferentes clases. Isern concretó la capacidad adaptativa en las posibilidades de acceso a la alimentación. De ello dependía que las clases más aptas vencieran y desplazaran a las menos adaptadas; un mecanismo evolucionista que funcionaba también para explicar las interacciones entre individuos de una misma clase.

En definitiva, vía economicista o sociobiológica, lo que es evidente es que la sobredeterminación sociológica dejaba más grados de libertad para la interrupción del ciclo de decadencia que la metahistoriográfica. Mientras que esta última abocaba a un fin necesario -en la forma de Historia oficial- o a cierto inmovilismo identitario -en la forma intrahistórica- la sociología atendía a los resultados que necesariamente derivaba la actividad desplegada por los colectivos. En ese sentido, se limitaba a legislar lo que cabía esperar de unos u otros comportamientos pero, al menos en la lectura regeneracionista, parece claro que buena parte de las opciones para dirigir tales comportamientos quedaba en manos de la voluntad nacional, fuera quien fuese su representante. Nótese que no estamos atribuyendo la función de *agencialidad* a lo metasociológico en beneficio de un *agente antropográfico*. No se trata de que la voluntad colectiva tenga el poder de variar las leyes económicas o biológicas. Lo que sí puede hacer esa voluntad para variar el rumbo del devenir colectivo es conocer las leyes económicas y biológicas y ajustar el organismo nacional a las prescripciones indicadas para alcanzar el éxito. De ahí, en definitiva, la bicefalia *cronográfica* del regeneracionismo: la metasociología se empleará preferentemente para prospectar el proyecto de futuro y la metahistoriografía para rastrear las esencias identitarias. Hablemos ahora de cómo ambas actitudes cristalizaron en la descripción de la *acción* histórica del pueblo español.

13.4. LA ACCIÓN CRONOGRÁFICA: EL DESEMPEÑAR HISTÓRICO DEL PUEBLO ESPAÑOL

Como ya hemos mencionado al principio de este capítulo, la articulación de todas las alternativas funcionales de la *cronografía* en el discurso regeneracionista se va a someter al ascendente de su función fundamental: la *acción* particular desempeñada o desplegada en el tiempo -coetáneo y futuro, pero sobre todo histórico- por el principio *agente*, sea éste el que sea. El devenir puede ser acotado en amplias etapas (*escenografía*) y cristalizar en productos materiales y simbólicos específicos (*agencialidades*). Estos últimos

pueden sedimentarse, superarse o abandonarse por el continuo cambio, o bien ser empleados por el *agente* histórico en cuestión para, precisamente, provocar el paso a un nuevo escenario histórico (gestas, hazañas, etc.).

Explícita o implícitamente, la mayor parte de los regeneracionistas partirán de ese tipo de lógica episódica para configurar la *acción* identitaria; de hecho, en la mejor línea de la Psicología de los pueblos, será abiertamente defendida por Ganivet y Altamira como la única estrategia para analizar un genio o psicología nacional impenetrable en su verdadera esencia. Con mayor o menor extensión y fragmentación en los recorridos históricos, ese esquema se plasmará en una reconstrucción básicamente idiosincrásica del pasado de la identidad colectiva; es decir, del devenir y tendencia de la nación española hacia sus propios fines o ideales históricos. Ya hemos señalado que ese devenir se trazó a partir de dos esquemas historiográficos entrelazados, uno referido a los aspectos positivos y atribuidos a la auténtica identidad española y otro a los negativos y dependientes de alteridades exógenas. De esas interacciones dependerán las relaciones establecidas por los regeneracionistas entre la psicología o el carácter español y su pasado; una empresa para la que, precisamente, tampoco escatimaron en otros criterios y herramientas psico-sociológicas.

Nuestra estrategia para analizar esa compleja reconstrucción de la *acción* histórica consistirá, como paso preliminar, en la identificación de los episodios históricos que el grueso de los regeneracionistas consideraron significativos para el desarrollo de la identidad nacional. Aunque no todos y cada uno de ellos tienen por qué aparecer en el conjunto de los textos regeneracionistas, esos episodios clave pueden reducirse a quince: (1) Prehistoria, (2) Romanización, (3) Visigodos, (4) Árabes, (5) Reconquista, (6) Reyes Católicos, (7) Descubrimiento de América, (8) Austrias, (9) Borbones, (10) Guerra de la Independencia, (11) Liberalismo, (12) Sexenio Revolucionario, (13) Restauración, (14) Crisis de 1898 y (15) el momento coetáneo. Además, hay que considerar que, implícita o explícitamente, los regeneracionistas atribuirán a cada uno de esos momentos una valoración que puede ser negativa (-), positiva (+) o neutra o ambigua (=). Después de establecer esos dos parámetros descriptivos básicos, vamos a recurrir a la metodología de análisis identitario y metahistoriográfico ofrecida por Alberto Rosa y colaboradores. Estos autores realizan una amplia adaptación de las categorías ofrecidas por el filósofo de la historia Hayden White (1973; 1987; también se puede ver Palti, 1998) para analizar los actos de recuerdo relacionados con la memoria colectiva y por ende con la identidad compartida (ver por ejemplo, Rosa, Huertas, Blanco, 1996; Rosa, Blanco, Huertas, 1998; Rosa, Travieso, Huertas y Blanco, 1999; Fernández, Rosa, Ondé, 2000; también se puede ver Castro, Jiménez, Morgade y Blanco, 2001). Algunas de las categorías metodológicas derivadas de esos trabajos nos permiten retraducir a términos analíticos más precisos muchas de las cuestiones comentadas a propósito de la

cronografía regeneracionista, algo que será de gran utilidad a la hora de desbrozar la historia de España evocada por los pensadores finiseculares⁵. Utilizaremos concretamente dos:

(1) En primer lugar, tratamos de identificar el vehículo identitario que protagoniza el momento histórico en cuestión, un elemento paralelo a lo que White —y Rosa con él— define como “explicación a partir del argumento formal”. De esa explicación dependen los motivos fundamentales del devenir histórico, pudiendo tomar seis formas normativas y legislativas básicas: formismo, organicismo, mecanicismo, contextualismo e, introducidas por Rosa y colaboradores, personalismo y colectivismo⁶. Retraducidas a categorías relevantes para nuestro análisis, podemos hablar de vehículos Histórico-contextuales (H), Metahistóricos (M), Colectivos (C) o Personalistas (P). Creemos pertinente completar la caracterización de esos vehículos con el tipo de temática psico-sociológica al que aparecen asociados en cada episodio: histórico-circunstancial (h), racial-constituyente (r) o, a medio camino entre ambos, caracteriológico-psicológico-espiritualista (p).

(2) En segundo lugar, establecemos el resultado, finalidad u objetivo al que tienden los vehículos identitarios. Este aspecto sería cercano a lo que White y Rosa definen como “orientación ideológica”; es decir, los ritmos y formas que delimitan el trayecto hacia el futuro ideal o utópico. Los tipos de orientación serían “conservadora”, “liberal”, “radical”, “anarquista”, “reaccionaria”, “reformista” e “irónico-automarginada”. En tanto que orientación general hacia el futuro, trataremos este aspecto en el epígrafe dedicado al elemento *proyectivo*. Acotado a cada episodio histórico y con relación estricta a la configuración progresiva de la identidad nacional, nuestra retraducción implica submetas fundacionales (F), interferentes-represivas (R), latentes (L), expresivas (E) o potenciadoras (P). En cierto sentido, esos fines reproducen los cuatro momentos arquetípicos que la metahistoriografía sancionaba en el desenvolvimiento temporal de cualquier colectivo nacional: el fundacional, en tanto que forja de la estructura peculiar del “ser” español; el expresivo y el potenciador, donde se revela toda la potencia creadora o la vitalidad de ese espíritu; y, por último, el latente y el represivo, en los que determinados acontecimientos negativos interfieren en la expresión del genio, y lo sumen en un estado de letargo indefinido que, desde el punto de vista externo, se manifiesta como decadencia histórica.

⁵ Desde el punto de vista estrictamente metodológico, quizás la aportación más relevante del grupo de Rosa al esquema teórico de White tenga que ver con la conversión de sus categorías teóricas en herramientas analíticas que pueden aplicarse a cada uno de los episodios concretos que configuran la trama. En principio, las tesis de White afectan a sensibilidades o narraciones históricas en conjunto. White no se preocupa tanto por el análisis de la estructura episódica en la que, de manera significativa y consecutiva, los occidentales desbrozamos el pasado.

⁶ Rosa y colaboradores tratan este primer sistema de categorías como engranajes del cambio histórico. A nosotros nos interesa menos incidir en la hipótesis de cambio ya que en muchas ocasiones los textos del regeneracionismo no presentan una estructura narrativa en la que claramente se conecte un estadio o episodio histórico con otro. Esos episodios pueden aparecer aisladamente en párrafos dispersos a lo largo de toda la obra. Por otro lado, el cambio histórico está implicado en la propia estructura interna del episodio; es decir en el compendio de su valoración, el vehículo identitario propuesto y la finalidad. De esos dos últimos aspectos se habla a continuación.

A partir de estos dos grandes sistemas de categorías, vehículo (Veh) y finalidad (F), estamos en condiciones de establecer una primera aproximación a la interpretación regeneracionista de la actividad del genio nacional en la historia. Para ellos hemos arrancado de la interpretación historiográfica que los regeneracionistas realizan de los quince episodios del pasado español que señalábamos más arriba, muy particularmente en aquellos casos en los que, de alguna forma, se remarca su relevancia psico-sociológica para la construcción de la identidad nacional. Una transcripción somera de esos argumentos aparece en el anexo al final de este capítulo. En la tabla que sigue ofrecemos un resumen en función de los quince episodios canónicos considerando la *valoración*, *vehículos* y *finalidad* que les atribuye cada uno de los regeneracionistas.

Tabla 13.1. Los episodios históricos manejados en los textos del regeneracionismo

		AUTOR REGENERACIONISTA																			
		Almirall		Mallada		Ganivet		Isern		Macías		Maeztu		Morote		Costa		Unamun		Altamira	
ETAPA	V	Vh	F	Veh	F	Veh	F	Veh	F	Veh	F	Veh	F	Veh	F	Veh	F	Veh	F	Veh	F
(1) Íberos	+									Cr	F			Cr	F						
	=					Cr	F							Cr	F						
	-																				
(2) Romanos	+					Cp	P			Mp	P							Mp	F		
	=			Cr	F									Cr	E						
	-																				
(3) Visigodos	+																	Ch	P		
	=													Cr	E						
	-					Cp	R			Cp	R										
(4) Árabes	+									Cr	P										
	=					Cp	P														
	-			Cr	F									Cr	R						
(5) Reconqst.	+	Ph	F			Mp	E	Cp	F	Hh	F			Cp	F			CpPh	F		
	=	Cr	F																		
	-	Hh	F											Cp	R						
(6) Reyes Católicos	+					PpMr	F	Cp	E	PpHh	F			PhCh	F	Hp	F	HhCp	F		
	=																				
	-			Hh	R	Cp	R							Hh	R	Ph	R				
(7) América	+	Hh	P															Cp	E	Cp	E
	=			Hh	-																
	-	Hh	R			Mp	R					Hh	R	ChCp	R	PhCr	R	Cp	R		
(8) Austrias	+																				
	=									CpHh	E			Cp	E						
	-	Cp	R	PpHh		PpHh	R	Hh		Pr	R	Hh	R	PhCp	R	Hp	R	CpPp	R	CpPp	R
(9) Borbones	+									PhMp	P			PhCp	P						
	=																				
	-	Pp	R			PpHh	R	Mp													

		AUTOR REGENERACIONISTA																			
		Almirall		Mallada		Ganivet		Isern		Macías		Maeztu		Morote		Costa		Unamun		Altamira	
ETAPA	V	Vh	F	Veh	F	Veh	F	Veh	F	Veh	F	Veh	F	Veh	F	Veh	F	Veh	F	Veh	F
(10) GUERRA INDEPENDEN.	+									Cp	E			Cp	E			Cp	E		
	=																				
	-			Ch	R									Cp	R						
(11) LIBERALES	+			PhCp	P									Hp	P	Hp	P	Cp	L		
	=																	Hh	P		
	-	Cr	R	Ch	R			HpHh		Cr	R	Hh	R	Ph	R					Hh	R
(12) SEXENIO REVOLUCION.	+			Cp	P									Hp	P			Cp	E		
	=																				
	-			HhCp	R					Cr	R			PpHh	R			Ph	P		
(13) RESTAURACIÓ N	+					Hp	P							HhHp	L					Hh	P
	=																				
	-	Cr	R	HhCp	R	Hp	R			Cr	R			Hp	R			Hh	R		
(14) "CRISIS DEL 98"	+																				
	=													Cp	L						
	-							Pp				Mh	R	CpPh	R	Hh	R			HhCp	R
(15) ACTUALIDAD	+									Ch	P	Hh	P	Ch	E			Mp	P	Pp	P
	=					Mp	L									Hh	F				
	-							Hp		Cr	R	Hh	R	Ch	R			Ch	R	HhCp	R

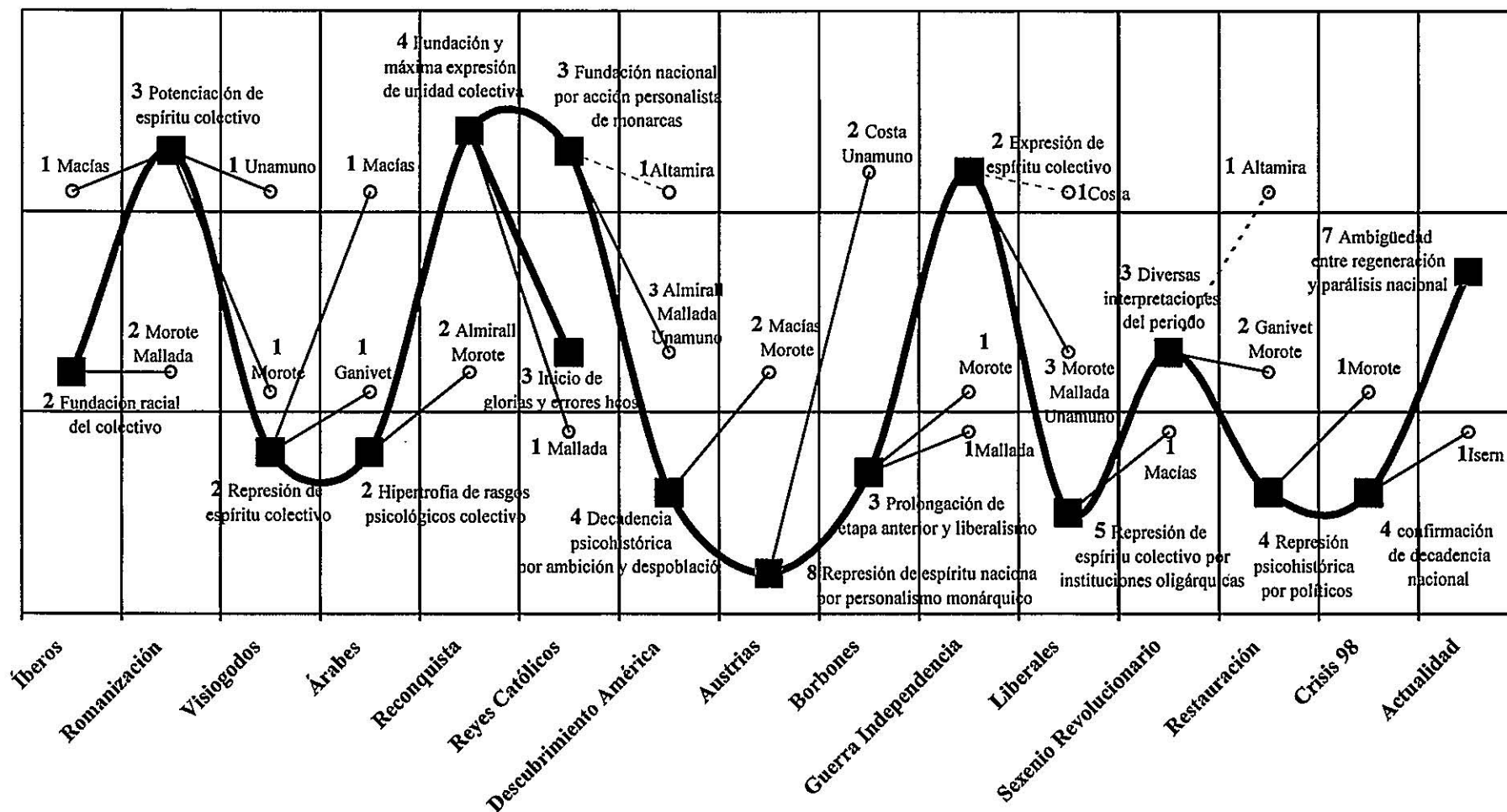
Aunque un poco más adelante entraremos en un análisis pormenorizado de cada una de las etapas históricas que aparecen en la tabla, en líneas generales podemos apuntar la acumulación de episodios positivos, vehículos colectivistas y raciales y objetivos fundacionales en las seis primeras etapas; es decir, desde la aportación racial básica de la población íbera a la nacionalidad y, en menor medida y calidad, de otros pueblos invasores, hasta su consumación con el Reinado de los Reyes Católicos. Precisamente en este episodio también se decanta el germen de lo que serán algunos de los principales problemas que, en íntima correlación, van a definir la decadencia de la mentalidad y el carácter colectivo hasta el fin de siglo: una ligera prevalencia del personalismo gubernativo entre la multiplicidad de vehículos identitarios, represión de las potencias del genio nacional y dispersión en otras tareas históricas ajenas a la propia nacionalidad.

El cambio traumático de signo evaluativo aparece con la conquista de América. Ésta iniciaría una perniciosa etapa que se prolongaría hasta el reinado de los Borbones, alcanzando su máxima expresión durante la monarquía de los Habsburgo. La Guerra de la Independencia devuelve por un momento el protagonismo a un colectivismo formulado en términos psicológicos o caracteriológicos. Los regeneracionistas parecen utilizarla sólo como advertencia de que durante el periodo anterior las potencias del genio nacional sólo habían permanecido en estado de latencia. Después, entrando ya de lleno en el siglo XIX, se abre un periodo

de constante inestabilidad evaluado en términos de neutralidad o de ambiguo pesimismo. Así, de la etapa anterior se hereda tanto la multiplicidad de portadores identitarios como la tendencia a fines represivos, si bien destacan ligeramente los vehículos históricos y metahistóricos y la adición de otros objetivos que matizan las consecuencias represivas o interferentes para la identidad.

Antes de pasar al estudio pormenorizado de cada una de esas etapas, podemos reinterpretar todos los datos señalados de manera global a la luz de la principal categoría analítica manejada por White: la trama. Esta categoría hace referencia al género literario a través del cual se van implementando los diferentes episodios en un continuo narrativo. White distingue tres básicos: romance, tragedia, comedia y sátira. El punto de vista metodológico del grupo de Rosa y colaboradores trata esta cuestión como perfiles evaluativos, aunque nosotros preferimos hablar de perfil histórico de la identidad nacional. Éste aparece reconstruido gráficamente en la siguiente ilustración (realizada a partir de las propuestas analíticas de Rosa y colaboradores). Distinguimos entre tres zonas evaluativas claramente delimitadas en el eje de ordenadas: la valoración positiva (enmarcada por los dos ejes de arriba), la negativa (enmarcada por los dos ejes de la parte baja del gráfico) y la neutra o ambigua (flanqueada por las dos anteriores y ubicada en el medio). A lo largo del eje de abscisas aparecen cronológicamente los episodios históricos que son significativos para la identidad española. Entre ambas coordenadas aparece representado el devenir de la identidad nacional, señalándose con la línea de mayor grosor y los cuadrados las trayectorias principales y con la delgada y los círculos las secundarias. También se marcan con líneas punteadas las alternativas más minoritarias. Los cuadros resaltados en rojo advierten de los episodios de cada espacio evaluativo en los que coinciden el mayor número de regeneracionistas. En todos los casos, las cifras numéricas señalan la cantidad de autores regeneracionistas que hacen referencia al episodio en el dominio evaluativo en cuestión. En el caso de la trayectoria principal se ofrece, además, una pequeña referencia a la interpretación historiográfica atribuida al episodio. En las secundarias y alternativas nos limitamos a ofrecer simplemente el nombre del autor regeneracionista que lo mencionan.

Gráfico 13.1. El perfil histórico de la identidad nacional según el discurso regeneracionista



La interpretación del perfil histórico recogido en el gráfico 13.1 se ajusta a lo que Rosa y colaboradores han denominado *saga*, un nuevo tipo de trama historiográfica que añaden a las cuatro básicas señaladas por White. Se ubicaría entre el romance (progreso continuo) y la tragedia (tendencia a empeorar) para referir un devenir hacia el futuro marcado por altibajos. De hecho, Rosa y colaboradores hablan de dos subtipos de *saga* en función de una resolución esperanzada (*saga-romántica*) o fatalista (*saga-trágica*). En nuestro caso, el tortuoso camino histórico de éxitos y fracasos recorrido por la identidad española debería reflejar una *saga trágica*, sobre todo teniendo en cuenta que los regeneracionistas relacionan estrechamente la decadencia de fin de siglo con un declinar iniciado con el reinado de los Austrias. Sin embargo, la percepción de ese presente finisecular también se adereza con un futurismo preñado de incertidumbres y, por ello, no exento de ciertas dosis de esperanza. De ello dependía, en último término, la eficacia de cualquier agenda reformista de progreso.

Lo que vamos a hacer a continuación es detenernos en la interpretación que los regeneracionistas realizan de cada una de las quince estaciones históricas que va recorriendo la identidad nacional hasta llegar a finales del siglo XIX. Será una buena ocasión, además, para contrastar los distintos episodios, evaluaciones, vehículos identitarios, finalidades y perfiles históricos apuntados, en particular, por cada autor regeneracionista.

13.4.1. La ambigua aportación racial del iberismo a la nacionalidad española

La etapa íbera es una de las menos citada por los regeneracionistas: sólo Morote, Isern y Ganivet se refieren a ella. Además, es evaluada de manera muy ambigua en tanto que a ella cabe remitir tanto las virtudes como los defectos más primitivos de la estructura identitaria española. En cualquier caso, de esa última circunstancia derivará su indudable importancia fundacional para la identidad española. Particularmente Morote y Macías Picavea, dos pensadores comprometidos con el programa positivista, desplegaron sus narraciones históricas justo después de rastrear el fundamento antropológico de la identidad entre las dotaciones raciales de los primeros pueblos pobladores de la península. En ayuda de esa búsqueda prehistoriográfica Morote llegó a citar los trabajos de Pérez Pujol o Pescott, mientras que Macías recurrió a los estudios del propio Costa.

Con mayor o menor retórica fundacional o aparato teórico, todos los regeneracionistas que se refirieron a la cuestión del iberismo tuvieron que lidiar con el mito ario o indoeuropeo. En realidad, la posición más extendida fue presentar el arianismo de los íberos en el seno de un cruce o *injerto* racial que incorporaba sangre semita, africana, mediterránea o, incluso, atlante. En principio, sólo Macías Picavea planteó la posibilidad de que la raza española, vía iberismo, respondiera a la pureza aria, aunque ésta tenía que pertenecer a una estirpe proveniente del mediterráneo. De hecho, como sabemos, Macías reformuló el

supuesto arianismo del casticismo ibero-celta y Macías aceptó finalmente que en su constitución concurrían diversas razas mediterráneas (entre las que cabía contar camitas, semitas y también a los propios arios). A partir de esos matices, Macías relacionó el casticismo iberista con las cualidades de la raza para la técnica y las artes. También lo conectó con la capacidad para asimilar las culturas superiores y rechazar las que eran incompatibles con la nacionalidad. De hecho, su estado civil primitivo, municipal, no federativo y socialista sería mejorado con la romanización, algo que se demostraría con el lugar ocupado por la Hispania romana en los grandes días del espíritu humano en la historia. Ganivet, por su parte, insistió muy particularmente en la peculiar mezcla semita e indoeuropea, un híbrido que, en función de las leyes históricas, configuraba un nuevo ideal. Para él, ese ascendente alcanzaba a los españoles actuales sin ningún tipo adicional de mezclas. Morote, por último, fue el más sensible a la posibilidad de que existieran primitivas diferencias raciales entre las distintas regiones españolas. Pero también fue un decidido defensor de una hipótesis marcadamente mestiza asociada a las aportaciones caracterológicas que podían haber realizado las sucesivas oleadas invasoras. Según ésta, diferentes pueblos habrían ido arribando a la península cruzándose con las múltiples razas que todavía eran perceptibles bajo la diversidad regional. En cualquier caso, la hipótesis no era nueva entre el regeneracionismo. Ya Mallada había hablado de la incorporación de rasgos caracteriológicos al acervo español a través de diferentes invasiones, un proceso en el que el autor destacaba la ligereza y volubilidad del agregado latino.

Sea como fuere, en ese crisol racial se decantaban las potentes virtudes constitutivas y responsables, según Morote, de las máximas glorias españolas; pero también los resquicios raciales por los que, tímidamente, empezaban a amagar los defectos que habían de provocar, a largo plazo, la ruina nacional. Entre las primeras, Macías o Morote mencionan sobre todo el rasgo celtíbero de la industriiosidad, una cualidad identitaria que creían constante hasta, al menos, el reinado de los Reyes Católicos. Entre los defectos podían contarse el fanatismo, la excesiva honorabilidad o el desprecio del trabajo, rasgos que un autor como Unamuno asociaba, en lo que parece una evidente evocación de las tesis etnofilológicas de Renan, al monoteísmo semita por oposición al politeísmo típicamente ariano. Sin embargo, el rasgo más problemático de todos era la independencia, una característica que, semitismo africano mediante, se enraizaba en la misma base celtíbera de la raza española. Macías lo alababa como índice de la rebeldía íbera a la incorporación de elementos caracterológicos inferiores y, por ende, no asimilables por la nacionalidad. Sin embargo, la línea favorable al mestizaje abierta por Mallada y retomada por Morote observaba la primitiva reactividad a las invasiones extranjeras como un problema. A ello había que añadir el importante papel jugado por el independentismo en el inveterado conflicto separatista y en el atomismo interno de la sociedad española. De manera muy inespecífica, Ganivet remitía a esa circunstancia una supuesta falta de unidad en el carácter español. Evocando el componente semita, Morote la relacionó con el carácter resistente e independentista de los primitivos pobladores libio-íberos provenientes del norte de África. Morote atribuía a ese componente identitario el olvido progresivo de las

leyes económicas y la industriosisidad que todavía era perceptible en la etapa de la Reconquista. A partir de este último episodio, la pauta de desarrollo económico se habría ido sustituyendo por una serie ininterrumpida de guerras fratricidas; conflictos bélicos que habrían asolado la nación desde sus mismos orígenes y que todavía subyacían al militarismo existente en el fin de siglo.

En último término, el independentismo de las tribus ibéricas parecía ser una buena excusa para explicar el separatismo e incluso el hecho diferencial regional, pero en ningún caso para justificar la secesión demandada por los nacionalismos periféricos. De hecho, mientras que estos últimos esgrimían la primitiva calidad aria de sus regiones por oposición al semitismo del resto de la península, los regeneracionistas incluían el arianismo y, con él, el carácter independentista en el mestizaje ibero común a todas las regiones peninsulares. Además, aunque el periodo ibérico prehistórico era importante en tanto que cimentación de la estructura racial española, también era evidente que los regeneracionistas ubicaban la verdadera emergencia de la calidad nacional en la historia peninsular. Y, como veremos, ésta no se consideró como tal hasta el periodo de la Reconquista.

13.4.2. La iberización del imperio romano

El periodo de romanización fue tratado habitualmente por los regeneracionistas en términos positivos. La llegada del Imperio romano había supuesto una prolongación del periodo fundacional y, con ello, una potenciación del carácter colectivo. Esta etapa se interpretó como una renovación identitaria que, además, comenzó a dejar las primeras figuras prototípicas del carácter español. Esta renovación se producirá a través de un doble frente, racial por un lado y espiritual o cultural por otro. El frente racial supone una prolongación de la etapa celtíbera anterior; una proyección que puede entenderse en términos integradores o reactivos respecto de la romanización. En el punto anterior mencionábamos la alternativa integradora de Mallada, un autor que considera las invasiones romanas como una continuación del aporte caracteriológico latinista al acervo racial español. Sin embargo, también encontramos posiciones como las de Morote, que acentúan la actitud independentista típicamente celtíbera del periodo anterior, un aspecto detectado muy particularmente en la obstinada reacción ante el enemigo exterior.

Capítulo fundamental de esa actitud son las guerras lideradas por el caudillo iberoluso Viriato, quizás el primer Gran Hombre del carácter español desde la perspectiva regeneracionista. Con más pesar que admiración, Morote también creía ver su impronta bélica en el militarismo español del fin de siglo; mientras que Ganivet, buscando ajustes entre el espíritu nacional y la organización de las instituciones nacionales, evocaba sin referencias explícitas la figura del líder ibérico al recomendar la adaptación del moderno ejército español a la guerra de guerrillas.

En cuanto al frente cultural o espiritual, lo que ofrecen los textos del regeneracionismo es un cordial diálogo e intercambio entre las buenas actitudes de los pobladores peninsulares y los artefactos más cultos, adelantados o, en palabras de Maeztu, clarividentes, de los invasores romanos. En el extremo más simbólico de la recepción romana encontramos la esencial impronta romanista que Unamuno todavía detecta en la lengua castellana, un aspecto sobre el que profundizaremos cuando tratemos la cuestión lingüística en el ámbito *productivo*. Macías, en el flanco más instrumental, destaca del Imperio Romano el aporte de artes y oficios al genio español. Sin embargo, para este autor ese mismo genio es lo que los amos del mundo antiguo ganan con la incorporación del territorio peninsular a sus dominios. Ganivet se atreve, incluso, a personificarlo en lo que puede ser la segunda gran figura arquetípica de la identidad española: Séneca. Unamuno también se refirió al filósofo de origen cordobés; pero como ya sabemos, fue el autor del *Idearium Español* el que consideró el senequismo como el preludio de la peculiar interpretación que terminaría adquiriendo el cristianismo en la España romanizada. Por esa vía, el senequismo ya no sólo representaba una importante aportación del genio español al Imperio, sino que también prefiguraba uno de los cimientos que, durante mucho tiempo, se consideraron consustanciales a la identidad nacional: el espíritu religioso cristiano típicamente español.

13.4.3. La reactividad ibérica a la sangre visigoda

Como en el caso del episodio fundacional de los íberos, el capítulo de los visigodos suponía una inevitable referencia a lo ario; eso sí, esta vez bajo la forma de un germanismo fundamentalmente invasivo y ruptural respecto del periodo de enriquecimiento e, incluso, de uniformidad cultural, que había supuesto la romanización. Sin duda, este panorama limitó las posibles aportaciones del periodo visigodo en el camino hacia la construcción nacional, y también condicionó la emergencia de una mirada sensiblemente negativa sobre este arianismo de segunda generación sin parangón en el resto del ámbito intelectual y nacionalista occidental. Había que desplazar el foco histórico hasta los años en los que se inicia la Reconquista para encontrar en los textos del regeneracionismo una fascinación por el medievo similar a la que, desde el romanticismo nacionalista, mostraban los historiadores europeos a propósito de la Alta Edad Media y la etapa gótica. En esa última línea, Maeztu, Unamuno, Macías y Mallada sopesaron la importancia de la aportación visigoda pero sin referencias de importancia para el proceso de construcción nacional. Maeztu, Unamuno y Macías se adhirieron al tópico historiográfico que relacionaba la tenacidad de las invasiones bárbaras post-imperiales con la regeneración de una cultura europea en decadencia. El texto de Mallada simplemente contaba a los visigodos entre los pueblos que habían arribado a la península aportando algún rasgo caracteriológico al acervo racial de la nación.

Por el contrario, la facción mayoritaria del regeneracionismo, que podemos identificar con Ganivet, Morote y el propio Macías Picavea, utilizó diversos argumentos para descartar la influencia goda

en los niveles espirituales o culturales de la identidad. Ganivet, aportando sus propias referencias fundacionales a la base aria de la raza española, mencionó los componentes pre-helénicos —es decir, paganos— del arianismo visigodo para desconectarlo completamente del cristianismo español que forjaba la nacionalidad. Al contrario, Morote volvía a los viejos tópicos celtíberos y consideraba que el carácter independentista típicamente español conectaba a la perfección con el espíritu bárbaro. Incluso consideraba, a diferencia de Ganivet, que la única idea de colectividad que podía detectarse en ese espíritu dependía de un lazo fundamentalmente religioso. Pero precisamente por la preeminencia de estas dos características, era difícil pensar en la forja de una verdadera idea de patria durante el período visigodo. A su vez, Macías venía a subvertir parte de los argumentos de Morote. Para él, los visigodos representaban la primera idea de Estado centralista y oligárquico, si bien, como Morote, advertía que esto nada tenía que ver con la verdadera nacionalidad. La organización política que los visigodos habían impuesto en el territorio español no había tenido ningún efecto en la mentalidad colectiva. En último término, lo que Macías estaba estableciendo era un estrecho paralelismo entre el período visigodo y el estado psicológico del pueblo durante la “Crisis del 98” (centralismo y oligarquía del poder político frente a la vitalidad autonómica e instintiva de algunas regiones). Más que eso: el autor de *El Problema Nacional* consideraba que la incapacidad o reticencia celtíbera para asimilar la cultura visigoda —y, por ende, germana— había privado al pueblo español de una importante levadura social; la misma que, con el paso del tiempo, sí había permitido que otros pueblos europeos estuvieran, a diferencia de España, perfectamente ajustados a las demandas de la modernidad decimonónica.

13.4.4. La afinidad árabe del carácter ibérico: fanatismo y nacionalización

En los textos del regeneracionismo, la llegada de los árabes al territorio peninsular puede contemplarse como una continuación del período de invasiones y, al tiempo, de la tendencia evaluativa sensiblemente negativa abierta con el período visigodo. Sin embargo, a diferencia de ese último episodio, los regeneracionistas sí atribuyeron a la conquista islámica un papel destacado, para bien o para mal, en la forja del carácter y la nacionalidad española. Autores como Maeztu, Mallada o Ganivet no podían dejar de señalar cómo el conglomerado de fantasía, fatalismo y fanatismo típicamente español era una herencia directa del carácter árabe. Para Mallada el fatalismo era el rasgo que, junto a la ligereza y volubilidad latina y la altivez propiamente española, venía a completar la nómina de defectos catalizados por la raza, las costumbres y la geoclimatología española. Ganivet aludía a los siglos de estrecho contacto histórico-cultural ente musulmanes árabes y cristianos españoles y señalaba el fanatismo de los primeros como responsable de la tendencia nacional a la acción irreflexiva y a la furia, por un lado, y al misticismo poético y sensual, por otro. En cierto sentido, era una cualidad que venía a reforzar la tendencia natural a la agresividad que, según Ganivet, ya de por sí imponía estructuralmente la forma peninsular del territorio

en el espíritu español. Morote también sugirió relaciones entre la agresiva independencia de árabes y españoles, si bien remontó las causas a un común origen racial.

Sin embargo, a diferencia de Mallada y Morote, hay que señalar que Ganivet procuró desligar de connotaciones negativas demasiado radicales el encuentro cristiano-musulmán, impugnando el extendido tópico que presentaba a los españoles como sanguinarios e incompatibles con la justicia. Más bien asoció la conexión a cualidades positivas como la originalidad, la fecundidad de espíritu y una actividad vital extrema y superior a la palabra, entendida ésta como conocimiento o saber reflexivo.

En el juicio optimista de Ganivet hacia la invasiones musulmanas también coincidió Macías Picavea. Macías creía que con los árabes aparecía la civilización más elevada de toda la Edad Media; de hecho, la Europa bárbara se habría convertido en civilizada gracias a su guía. En el caso español, se habían intercambiado ideas, artes, sentimientos y costumbres, una mezcla cultural y racial que incorporaba al acervo hispano-romano las características del genio oriental. En aquella mixtura se decantaba un tipo árabe cristiano que para Macías estaba estrechamente relacionado con la creación histórica de importantes instituciones políticas: la monarquía democrática, el municipio republicano o, incluso, el *self-government*. En definitiva, para Macías los árabes habían añadido a la herencia romana un rico legado de artes y oficios que sólo se perdería cuando el reinado de los Austrias convirtió el tipo español en soldado y aventurero.

Sin duda, el equilibrio entre los defectos y virtudes musulmanas que terminaron engranándose en la identidad española está perfectamente condensado en la ambivalencia que mostraron los regeneracionistas hacia la figura más destacada de la etapa medieval: el Cid Campeador. Como Don Quijote en la ficción, el Cid histórico terminaría convirtiéndose en la metonimia por excelencia de la raza hispana; sobre todo entre aquellos sectores conservadores y reaccionarios que, ya bien entrado el siglo XX, reinterpretaron e hipertrofiaron en su favor mitos nacionalistas elaborados en el seno del discurso regeneracionista. Sea como fuere, si no desde el punto de vista racial, sí histórico-cultural, el Cid personalizaba aquel controvertido conglomerado hispano-musulmán —no puede olvidarse que el propio término *Cid* significaba “Señor” en árabe— que tanta prudencia despertaba entre los regeneracionistas.

Maeztu y Morote asocian arquetípicamente el Cid a las ínfulas desmedidas de la raza, a ese militarismo obsoleto que todavía campaba a sus anchas en la sociedad española. Esa es también, en primera instancia, la percepción de Costa y de ahí su famosa sentencia acerca de echar “*dobles llaves al sepulcro del Cid para que no vuelva a cabalgar*”. Sin embargo, el aragonés pronto procuró descubrir un Cid industrial y útil para la república; un nuevo arquetipo que viniera a sustituir la imagen épica del viejo romance castellano en la que destacaban sus ribetes guerreros y pendencieros. En *Crisis política de España*, y recogiendo literalmente algunos párrafos de trabajos anteriores suyos (uno de 1878 y otro de 1885), Costa concluirá: “*Considerado el Cid bajo este aspecto, como una categoría no metafísica, sino nacional, como expresión sintética de la nación en la unidad de todos los elementos sociales que la*

componían, como una resultante de todas las energías que han actuado en la dinámica de nuestra historia, podemos servirnos de él como de un criterio positivo, como de una regla práctica, y aprender de sus labios la ley de nuestro pasado y, consiguientemente, la norma de conducta que debemos observar en el presente. Si fuera lícito aplicar a las cosas antiguas nombres nuevos, diría que la figura del Cid representa todo un programa político, y que su vida es una lucha incesante por llevar ese programa a la realidad (...) Este programa fue la obra de cuatro siglos, como la figura misma de su mantenedor, el Cid: hace ochocientos años que principió a delinearlo nuestro pueblo, y todavía dista mucho de haber perdido su actualidad" (Costa, 1981/1901a; pp. 265-266).

Con estas palabras Costa trataba de cerrar la identidad entre un Cid justo y emprendedor y el propio pueblo español. Su objetivo era reorientar una imagen grabada a fuego en el imaginario colectivo y convertirla en un puntal retórico del programa nacionalizador del regeneracionismo. La figura se aproximaba al genio político que Macías había detectado en los pueblos musulmanes de la antigüedad pero, sin duda, quedaba muy lejos de aquella fanática creatividad exaltada por Ganivet.

13.4.5. La reconquista como origen de la identidad nacional

Desde el punto de vista de su interés para la construcción psico-sociológica de la identidad española, es difícil deslindar la apreciación de la Reconquista del periodo de las invasiones árabes. Ambos momentos forman parte de una misma etapa de diálogo entre culturas y razas que se reconocen como muy diferentes pero que terminan convergiendo en aspectos cruciales. Aún así, no hay ninguna duda de que todo argumento relacionado con la Reconquista adquiere evaluaciones máximamente positivas, bien por relacionarse con el momento de máxima expresión del genio nacional, caso de Ganivet o Macías Picavea, o bien por considerarse el episodio primordial para la fundación de la nacionalidad psicológica y política, caso de Unamuno, Isern o Morote. Quizá sólo Almirall, espoleado por su militancia regionalista, dedicó una fuerte aunque velada crítica al episodio. No habló directamente de la Reconquista, pero sí del estado de decrepitud y de completa decadencia que arrancaba desde la Edad Media y que, sin pasar por edad viril, alcanzaba el momento actual.

Sea como fuere, expresión del genio y fundación de nacionalidad aparecerán estrechamente unidas en las referencias a la Reconquista. Coincidiendo en la reactividad bélica del espíritu español ante la invasión musulmana, ambos aspectos articularán tanto lógicas identitarias aglutinantes como contraidentificativas. Unamuno, por ejemplo, considera que hasta Alfonso XI y Fernando III no llegará la castellanización del romance y la forja del lenguaje; una herramienta que, como ya hemos señalado en otro lugar, será fundamental para explicar la nacionalización del territorio peninsular. Sin embargo, el origen del sentimiento patrio y la sociedad civil puede ubicarse mucho más atrás, en el propio

carácter de los reconquistadores; es decir, en la resistencia, lealtad al caudillo y la igualdad entre compañeros que se configura bajo la presión ejercida por los invasores en las montañas asturianas. Isern, por su parte, ubica los mecanismos fundacionales en la doble lucha por la fe y la patria que da contenido a los ocho siglos de la Reconquista, un litigio en el que el elemento religioso termina por incorporarse indefectiblemente al espíritu público y la actividad del pueblo. Morote, por último, consideraba que antes de la invasión árabe no había idea de patria y que el espíritu independentista provocaba que las regiones pelearan entre sí. Para Morote, con la Reconquista se emprenderá la unidad estatal igualitaria entre Castilla, Aragón, Navarra y Cataluña, sin perjuicio de la evolución del carácter y la nacionalidad diferencial e inherente a cada una de ellas. Así, considerará la Reconquista como la reconstrucción orgánica de la nación, al tiempo que, en su habitual línea sociobiológica, destacará los beneficios subsidiarios derivados de la lucha y selección de los mejores individuos en el Estado naciente.

Sólo Almirall y, más tímidamente, Ganivet impugnaron esa versión. Ganivet creía que la agresividad mostrada por los españoles durante la dominación árabe se había prolongado en el tiempo por miedo a la pérdida de los derechos forales y la independencia. De hecho, desde su punto de vista era evidente que Castilla había capitalizado la Reconquista convirtiéndose en una amenaza para la independencia del resto de regiones. La perspectiva de Almirall fue mucho más radical al considerar que, tras la conquista de los moros, los castellanos habían tendido progresivamente a la concentración y preponderancia de su raza y, con ella, a un ideal político-social de carácter autoritarista, mientras que los aragoneses, dirigidos por catalanes e influidos por los pirenaicos, habían tendido a la descentralización, a la variedad, a la federación y a la libertad individual y regional.

Al margen de los apuntes de Ganivet y Almirall, lo que no deja de llamar la atención es que un episodio fundamentalmente bélico se convirtiera en uno de los referentes básicos de las bondades de la identidad nacional destacadas por el regeneracionismo. Aquí no habrá ambigüedades en la evaluación, ni se evocarán los efectos perniciosos del ancestral militarismo ibérico como sí sucedió con la conexión arabista y la figura del Cid. Sólo Mallada refirió, imprecisa y tímidamente, la relación de los conflictos medievales con el desdén arquetípico de las ciencias de observación y experimentación; circunstancia que a largo plazo habría de determinar problemas como la tendencia al lujo y el desapego de la agricultura, reminiscencias, seguramente, del botín y del nomadismo guerrero. Fuera como fuese, los regeneracionistas requerían modelos para justificar y promover la integridad política y psicológica de la arquitectura nacional. Al servicio de ese objetivo se formuló la existencia de un sentimiento patrio que, desde que se consolidó en la Reconquista, disolvía el independentismo estructural de los españoles y les permitía reaccionar al unísono frente a cualquier invasión extranjera. Esto, en cualquier caso, sólo afectaba al territorio nacional y, por ello, excluía las empresas conquistadoras externas. Sobre estas últimas volveremos en puntos siguientes.

13.4.6. Los Reyes Católicos y la forja definitiva de la nación española

A pesar de la importancia atribuida a la Reconquista para la construcción de la identidad nacional, la etapa de los Reyes Católicos fue la que, junto a la Romanización, mereció más elogios. Costa, de hecho, llegó a comentar la necesidad de refundar la nación en el punto en el que la habían dejado Isabel de Castilla y Fernando de Aragón. También fue, sin embargo, una de las etapas que más ambigüedades valorativas despertó entre los regeneracionistas. La razón de esta indefinición tiene que ver con que los pensadores finiseculares detectan en ella la consolidación y expresión definitiva de la personalidad política y psicológica española iniciada con la Reconquista, pero también el germen de algunas de las peores taras históricas que la afectarán en siglos venideros. De ahí también la multiplicidad de vehículos y temáticas identitarias, parámetros que definen un aparato interpretativo sin precedentes en etapas anteriores y que se mantendrá hasta el final del recorrido histórico planteado por los autores regeneracionistas.

Partiendo de esos recursos hermenéuticos, los regeneracionistas ofrecen en esta etapa el ejemplo más rico de interpenetración armónica y cordial entre el carácter colectivo –tema fundamental de etapas anteriores– y el de los gobernantes encargados de guiar al pueblo; antes de este momento, más que Grandes Hombres, lo que se detectan son arquetipos personificados del genio español. Es cierto que Almirall, desde su perspectiva regionalista, había reivindicado a Jaime I como figura histórica tan importante como cualquiera de las castellanas. Pero, sin duda, las figuras directivas de la historia española que concitarán el aplauso unánime de todo el regeneracionismo fueron Isabel y Fernando, binomio al que Costa añadía, por méritos propios, al Cardenal Cisneros –Costa empezaba a contar desde su muerte los cuatro siglos de decadencia que arribaban a fines del siglo XIX–. Desde la perspectiva de los pensadores finiseculares, más que arquetipos, ambos monarcas fueron personajes activos que supieron interpretar a la perfección los recovecos del alma colectiva y llevar a buen puerto la forja definitiva de la nacionalidad.

En ese sentido, Unamuno señalará cómo la monarquía absoluta vino a respaldar la oposición del pueblo a los señores feudales convirtiéndose en la primera fuerza unificadora. Es la misma opinión de Morote cuando, dejando a un lado la unidad de carácter fundamentada en la raza, atribuye a la industriosisdad de los Reyes Católicos –precisamente, el rasgo que más apreciaba de la identidad española– el final de la anarquía, el ajuste de las instituciones al carácter nacional, la unidad del cuerpo social y, en definitiva, la consolidación de España como idea y como patria. También Macías Picavea apunta en esa dirección cuando propone que Felipe e Isabel, amasados en las entrañas mismas de la nacionalidad como castizos puros, encarnaban la fisonomía nacional al fundir la Iglesia y Patria en una misma institución. Para el autor de *El Problema Nacional*, los Reyes Católicos habían sabido recoger el alma española y fundirla y moldearla con la política y las instituciones nacionales; una operación que ponía de manifiesto un nuevo rasgo de superioridad de la raza. Isern, por último, cuenta el tradicionalismo monárquico entre

las virtudes psicológicas del pueblo, un extremo máximo de la armonía entre gobernantes y gobernados que claramente hay que remontar también al reinado de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón.

Ese panorama favorecerá algunos de los momentos más importantes para la expresión de las potencias identitarias; entre ellos, el final de la Reconquista y el inicio de un incipiente liberalismo y municipalismo, empresas mencionadas por Macías Picavea; el desarrollo de la literatura, el misticismo y el periodo de conquistas, apuntados por Unamuno; o el inicio de importantes controversias teológicas y escolásticas que, según Isern, animaron el espíritu público hasta el mismo Sexenio Revolucionario. Pero sobre todo, este es el momento en el que se estabiliza la identificación del núcleo de lo español con Castilla; un ensamblaje fundacional de la esencia nacional que, según Costa y Ganivet, debía otorgarse a los buenos oficios de Isabel la Católica. Para Ganivet, Isabel había conseguido forjar Castilla dejando a un lado los preceptos legales y la fuerza. En lugar de utilizar estos medios, la monarca castellana había atendido al espíritu jurídico del pueblo y a la realidad de los hechos. Inmediatamente, según Unamuno, el espíritu centralizador y expansivo de Castilla habría salido de sí para inhibir en la conciencia histórica de otros pueblos, imponerles su idea de unidad nacional vía catolicismo y definir el devenir político de toda la nación. Para Unamuno, *"El caso fue que Castilla paralizó los centros reguladores de los demás pueblos españoles, inhibiéndoles la conciencia histórica en gran parte, les echó en ella su idea, la idea del unitarismo conquistador, de la catolización del mundo, y esta idea se desarrolló y siguió su trayectoria castellanizándose. Y de los demás pueblos españoles brotaron espíritus hondamente castellanos, castizamente castellanos, (...)"* (Unamuno, 1902; 1996; p. 80-81). Unamuno, y con él la mayoría de los regeneracionistas, convierten así a Castilla en la primera nación moderna de la historia universal. Sólo Almirall observó ese momento como la excusa perfecta para que el grupo castellano empezara a alimentarse de su pasado, a alejarse del mundo real y a hundir al pueblo llano en la miseria. La advertencia, en cualquier caso, no pasó desapercibida al resto de regeneracionistas.

Ocurre que de esa condición mítica y pionera de Castilla, tenida, en principio, en alta estima por el regeneracionismo, va a depender también la controvertida alianza entre el tipo castellano —el espíritu castizo, en palabras de Unamuno— y la propia identidad española. A ella cabe remitir la exaltación del espíritu aventurero, mencionado por Isern, la lealtad, llaneza, brutalidad, caballerosidad y picaresca descritos por Unamuno, o la combatividad, la nobleza, orgullo, lirismo, fraternidad y tendencia pendenciera, detectadas por Maeztu, entre otras características. Lo castellano preña, por tanto, la identidad española, organizando el sistema de rasgos psicológicos o caracteriológicos responsables de lo mejor pero también de lo peor en la nueva nación. De hecho, dos de los más importantes problemas históricos detectados por el regeneracionismo están estrechamente conectados con la castellanización de la identidad nacional asentada durante este mismo periodo.

(1) El primero de esos problemas, denunciado por Morote y Mallada, tiene que ver con el proyecto casticista de limpieza de sangre⁷ y la agenda inquisitorial de una unidad nacional fundada en la religión. Ambos supondrán la expulsión de árabes, judíos e, incluso, protestantes; una decisión fatal que provocará la decadencia irreversible de la agricultura, las artes y las ciencias. Para Morote todo ello era muestra de una selección al revés que había supuesto la destrucción de las razas más aptas y fuertes para el trabajo; es decir, la de los individuos que conformaban las clases productoras. En el extremo sociobiológico, Morote hacía historia-ficción lamentándose de la oportunidad perdida de forjar un pueblo mejor a partir de la fusión ibérica con otras razas de superior civilización.

(2) El segundo de los problemas históricos, señalado por Ganivet y, nuevamente, Morote, tendrá que ver con las luchas internas derivadas del propio proyecto unionista. Desde el punto de vista de ambos autores, la política de los Reyes Católicos colocará frente a frente a Cataluña y Castilla y provocará, en líneas generales, el miedo a una pérdida de privilegios forales. En realidad, ésta no se hará efectiva hasta el pernicioso reinado de los Austrias, pero el movimiento iniciado por los Reyes Católicos era, desgraciadamente, un buen motivo para mantener vivo el espíritu de agresividad e independencia que activaba la estructura racial del pueblo español desde los tiempos celtíberos.

En definitiva, con la detección de ambos problemas en la misma base fundacional de la personalidad histórica, los regeneracionistas volvían a advertir de los dos pilares fundamentales de su proyecto reformista: progreso científico, echado a perder con la expulsión de moros y judíos, y unidad nacional, en crisis desde los primeros amagos centralizadores inscritos en la política de los Reyes Católicos. Para terminar con la nómina de problemas, habría que señalar un último conflicto derivado de la castellanización del espíritu español; una cuestión que los regeneracionistas relacionan, sobre todo, con la tendencia a la aventura. Esta última se habría instalado en la estructura nacional tras seiscientos años de Reconquista. En realidad, esa controversia configura por sí sola un episodio del periplo de la identidad española en el pasado histórico. Nos referimos, por supuesto, al descubrimiento y conquista de América, cuestión que tratamos en el siguiente epígrafe.

13.4.7. La apoteosis de la raza y los perniciosos orígenes del imperio

Como en el apartado anterior, los regeneracionistas tienden a destacar el descubrimiento y la conquista americana como uno de los momentos de máxima expresión de la raza. Así lo hace Maeztu, que

⁷ El trabajo de Juaristi *Vestigios de Babel...* viene a desmontar el tópico histórico que relaciona estrechamente el casticismo castellano con la limpieza de sangre. Juaristi argumenta que tal limpieza hay que interpretarla, sobre todo en función de la progresiva cercanía de la nobleza vasca a la Corte Castellana para cumplir funciones secretariales y administrativas. El proceso jugó en contra de los judíos que todavía con los primeros Austrias eran los principales encargados de esas tareas. Siempre según Juaristi, los nobles vascos hicieron valer sus títulos y reconocimientos de casta para erradicar a los funcionarios judíos de sus puestos al lado de los monarcas españolas. Estos terminaron por aceptar completamente el argumento de hidalguía de tal manera que la estrategia de desplazamiento se extendió hacia el resto de los canales administrativos y comerciales del Estado, hasta lograr, incluso, la expulsión de judíos y árabes del reino (Juaristi, 1992).

la convierte en el paradigma de las conquistas históricas españolas, o Altamira, que se centra sobre todo en el coraje de los emigrantes. También es habitual que se marque el talante castellanista de la empresa. Es el caso de Unamuno, que la señala como el momento de apertura del alma castellana al mundo, o el propio Almirall, quien, aun remarcando el papel crucial de la empresa en el mantenimiento de un rancio orgullo nacional, considerará el descubrimiento, conquista y asimilación de América como el episodio más glorioso de la raza castellana.

Ganivet fue quien precisó más esta idea y, siguiendo a Castelar, aseguró que el espíritu conquistador había nacido antes en la zona ibérica oriental que en occidente, aunque fuera Castilla quien habría terminado monopolizándolo. En su origen, el espíritu conquistador oriental habría sido más civilizado por exigirle el medio italiano al que debían adaptarse. Más adelante nacerá la rivalidad con Castilla que, apoyada por la religión, iniciará su propia y exitosa empresa conquistadora. En realidad, si la extensión catalano-aragonesa miraba hacia el mediterráneo, la tendencia natural de los castellanos era África. Pero la interposición de un solo hombre, Colón, les desviará a América. Este último apunte es importante porque, también como en el punto anterior, el descubrimiento no sólo es un índice de la excelencia de las potencias colectivas. Es, de hecho, uno de los momentos en los que más se incrementa la personalización de arquetipos españoles. Además de la mención de Ganivet, la figura de Colón también aparecerá en los textos de Costa e, incluso, será identificada por Morote con el propio periplo histórico de España. Luego vendrá toda una retahíla de conquistadores y misioneros como Pizarro o Las Casas, señalados por Unamuno, o Diego de Almagro, sobre el que diserta Altamira.

Ante ese tipo de gloriosas biografías e interpretaciones no deja de llamar la atención, sin embargo, que el marco global en el que se inscribe el episodio del descubrimiento y la conquista esté impregnado de una evaluación sensiblemente negativa. Es cierto que la mayor parte del período conquistador debe inscribirse durante el reinado de los Austrias, circunstancia que podría explicar, por simpatía, las pesimistas connotaciones que se asocian al intento de conservar a toda costa los territorios europeos y, con ella, a la intención de dar continuidad a la empresa americana. De hecho, Ganivet y Costa incluían ambos objetivos en el gran proyecto de imperio universal que, entre la falta de prudencia política de la raza y la megalomanía de los monarcas austriacos, se había extendido hasta la etapa de los Borbones. Para esas alturas es evidente que el imperio se había forjado a costa de desatender otras necesidades nacionales mucho más importantes. Sin embargo, el pesimismo con el que los regeneracionistas observan la conquista americana está enraizada en la propia fundación histórica de la nación española. Y es que una vez finalizada la Reconquista se abría completamente el camino para nuevos proyectos de expansión territorial; proyectos que, conseguida la unidad nacional, debían trascender por necesidad las propias fronteras peninsulares.

Ya ubicado en la lógica de ese desarrollo territorial, Ganivet hablará de un pernicioso período de expansión del espíritu, retórica metafísica que Costa tratará de concretar señalando el autoengaño del que eran partícipes los políticos al ambicionar una máxima extensión geográfica y considerarla un índice de desarrollo material. ¿Cuál era el motivo de esas suspicacias? Ya hemos señalado en otro lugar que, siguiendo con su discurso especulativo, Ganivet o Almirall detectaban en la empresa colonial el *derramamiento* mundial de las energías y fuerzas del espíritu y su avocación necesaria al agotamiento y la decadencia. Ganivet hablaba, incluso, de desvío histórico, al comportarse España bajo la pauta conquistadora de una nación continental. La idea, nuevamente traducida a términos socio-políticos, tenía que ver con el abandono y la ruína interna de la nación en beneficio de lo que Costa denominaba, irónicamente, "*lotería del nuevo mundo*". En esa misma línea, Ganivet tenía claro que el pueblo, haciendo gala de su inveterado carácter, partió en busca del "*oro*" que había de procurarle la independencia personal. Así, la irrupción sorpresiva de América en el horizonte nacional había perjudicado la restauración material del país. En último término, la conquista imperial provocaba la despoblación peninsular y, con ella, la decadencia agrícola, comercial y artística, como argumentaba Morote o Maeztu, o la pérdida potencial de genios y de sus influyentes obras, en opinión del propio Ganivet. Estaríamos, según Costa, ante un nuevo capítulo de la selección al revés, ya que conllevaba la pérdida de los elementos más útiles para el trabajo y la renovación nacional. Unida a la limpieza de sangre, el descenso demográfico provocado por el horizonte imperial fue, en definitiva, una de las causas esgrimidas por Morote para explicar el fracaso de una nación afectada por el raquitismo y la muerte de instituciones locales antes de finalizar totalmente su consolidación política.

Por otro lado, desde el punto de vista estrictamente psicológico, la empresa americana va a catalizar la hipertrofia de algunos de los rasgos nucleares de la identidad española, caso de la tendencia a la independencia y a la aventura. Quizá sea Unamuno el que mejor presente los dos extremos opuestos a los que el alma española había sido abocada por la conquista: el mercantilismo y el saqueo, representado por personajes como Pizarro, y la misión salvadora, protagonizada por Las Casas. Son excesos de ambición utilitaria y de idealismo místico: estos dos talentos extremos, pero complementarios, también impregnaban los motivos comerciales, político-administrativos y religiosos aportados por Morote para explicar las diferencias de éxito entre el colonialismo anglosajón y el empresa transatlántica española.

Así, lo que terminaría pasando a la historiografía conservadora y reaccionaria como uno de los más importantes capítulos del hispanismo, en el tratamiento del nacionalismo liberal de fin de siglo quedó como una de las causas fundamentales de la decadencia y degeneración histórica del carácter y del proyecto nacional español. Quizá Mallada fue el único regeneracionista que no compartió esa opinión, pero sólo por rebajar la importancia de la emigración al nuevo mundo en el esquema del ocaso nacional.

Al fin y al cabo, él había adelantado a otro período mítico, la misma Reconquista, la forja de un pernicioso carácter bélico, ostentoso y reactivo al trabajo agrícola y científico.

13.4.8. La decadencia nacional bajo el reinado de los Austrias

No hay duda alguna de que el periodo de los Austrias supone para el regeneracionismo el momento más complejo (incrementa la multiplicidad de vehículos y temáticas identitarias iniciada en la etapa de los Reyes Católicos), importante (es tratado por todos los regeneracionistas) y negativo (casi todos los autores coinciden en sus efectos represivos para la identidad) del ejercicio histórico y configuración psico-sociológica de la identidad española. Básicamente, en él se sobredimensionan e hipertrofian todos aquellos vicios menores de la etapa anterior que, según la perspectiva regeneracionista, habían quedado eclipsados por la pericia de los Reyes Católicos para interpretar las necesidades del alma nacional. Son muchos los factores históricos, metahistóricos o colectivos que entran a formar parte de la explicación de ese viraje, pero son, sin duda, los personalistas, centrados en la propia figura de los monarcas germanos, los que toman especial relevancia.

Esa hipótesis, en cualquier caso, no es nueva. Los desbarajustes políticos y administrativos de los Austrias se esgrimen en la clásica historiografía liberal desde Modesto Lafuente hasta el primer Cánovas. De hecho, incluso un conservador como Isern acepta que con Carlos I se iniciarían los problemas de hacienda pública que alcanzaban el final del siglo XIX. La lectura del regeneracionismo más liberal intentará llevar todavía más lejos las críticas a una etapa que se toma como paradigma de la autocracia. La idea es rebajar al máximo los grados de libertad del historicismo y demandar vicios exclusivamente inherentes a los propio responsables de la dirección del Estado. El nacionalismo liberal intentaba, en último término, seguir preservando la bondad colectiva apartando al pueblo de cualquier participación en la decadencia.

La deriva personalista se potenciará, cómo no, por la vía psicológica y la antropología positivista. Macías Picavea es, posiblemente, el autor más radical en ese sentido. El autor de *El Problema Nacional* llega a evocar términos antropológicos para hablar de un desajuste de base en los proyectos vitales inherentes a la raza germana de los Habsburgo y los del carácter propio de la nación española. Para Macías, no se trata de que los Austrias presentaran una maldad congénita, hipótesis mantenida por los historiadores europeos más afines a la "leyenda negra" española. El problema era el *pseudoespañolismo* antipatriótico o el extranjerismo constitutivo de los monarcas, su incapacidad innata para interpretar el alma de la nación que gobiernan y, consecuentemente, la imposibilidad para postergar o limitar sus ambiciones imperiales.

Hay que señalar que ningún regeneracionista llega al extremo antropológico de Macías a la hora de analizar el extranjerismo de los Austrias. Morote lo trata en términos burocrático-administrativos antes que raciales, y Ganivet defiende, directamente, el profundo españolismo exclusivista e independiente de Felipe II. Sin embargo, el retrato de Macías es el arquetípico del regeneracionismo en lo que se refiere a las ansias imperialista de poder; sobre todo cuando el foco del análisis se detiene en los Austrias mayores, es decir, en Carlos I y Felipe II. A diferencia de sus débiles descendientes, los dos primeros monarcas teutones mantuvieron a gran altura sus ideales germánicos, aunque ello supusiera sentar las características básicas de la pseudo-España y, consecuentemente, el germen de la desnaturalización de la vida actual. Para Macías, la psicología de Carlos I y Felipe II estaba impregnada del espíritu ambicioso típico de los teutones. Debido a él pretenderán constituir un imperio universal aun a costa de sacrificar al pueblo español e investirse de un falso españolismo para lograrlo. El pueblo español no les duele como su propio pueblo. Según Macías, carecían del amor a la sangre o a la tierra que sí limitaba el carácter imperialista de los teutones que reinaban sobre sus propias naciones nativas (sería el caso de Francia o Inglaterra). La ambición europea de los monarcas españoles, sin embargo, provocó la despoblación y el empobrecimiento de la península.

También el resto de regeneracionistas se detendrá fundamentalmente en las figuras de Carlos I y, sobre todo, Felipe II. Acerca del primero, Unamuno comentó que había acelerado el proceso de individuación de las decisiones gubernativas; sin embargo, fue la ambición imperialista de su hijo y sucesor la que acaparó el mayor número de acusaciones entre los regeneracionistas. A ese rasgo de carácter del monarca y su relación con el ocaso nacional se refieren Altamira, Ganivet y Morote. El esquema crítico de los tres autores es el mismo que en Macías: coinciden en señalar los problemas derivados de la decisión de Felipe II de acometer empresas de conquista —militar en Europa y colonial en América— olvidando el desarrollo de la propia España. Altamira habla de la ambición de Felipe II pero, al tiempo, señala que sus acciones hay que interpretarlas en un marco histórico en el que a nivel mundial la idea de nación pasa por la dominación o el expolio de las otras. Altamira, de hecho, se refiere más inespecíficamente al periodo de los Austrias como un momento en el que lo exterior provoca el olvido de lo interno y la imposibilidad de resolver la crisis por haber dispersado las fuerzas nacionales. Complementariamente, también criticará a Ganivet por considerar, como hemos señalado, que Felipe II era una personificación del genio nacional. Efectivamente, la descripción etnopsicológica del monarca realizada por el granadino es prácticamente una contrafigura de la elaborada por Macías. De hecho, su fracaso había de cifrarse en la necesidad de practicar una política continental para mantener el imperio heredado de su padre. Sin embargo, las conclusiones generales extraídas de Ganivet serán muy semejantes a las del autor de *El Problema Nacional*, ya que acusará directamente a Felipe II tanto de ser poco flexible en el ideal perseguido como de equivocarse al definir la grandeza nacional en términos de mantenimiento del imperio y de su expansión geográfica y colonial. Todo ello eclipsó la importancia del espíritu

permanente custodiado en la península. Morote, por último, conecta estrechamente la muerte del Estado con la voluntad personalista y las concepciones faraónicas de Felipe II. Unamuno, Mallada, Maeztu y Costa no son tan explícitos al denunciar un culpable concreto de la decadencia, pero los cuatro autores tienen claro que el periodo crítico corresponde con el del reinado de los Austrias y que su megalomanía imperialista está detrás de la caída en desgracia del pueblo español. Costa ve ya el germen de las ambiciones europeístas un poco antes, en el propio matrimonio de Juana la Loca. Mientras, Mallada y un Unamuno especialmente atento a la controversia entre Reforma y Contrarreforma advierten del desgaste histórico que supone la paz armada, las aduanas y los intentos de imponer un orden internacional que, lejos de buscar intereses comunes, trata de ahogar el espíritu nacional de otros pueblos.

Sea como fuere, las claves individualista e imperialista cifrarán el origen de la decadencia y la degeneración española, un proceso que, puertas adentro, abrirá tres grandes frentes desestructuradores para la supuestamente auténtica identidad nacional: la radicalización del casticismo y, derivado de éste, la represión inquisitorial y la centralización autocrática. Veamos cada uno de ellos en los siguientes epígrafes.

13.4.8.1. La radicalización casticista del carácter español

Según Unamuno, con el reinado de los Austrias se inicia, por oposición a la Intrahistórica, la etapa Histórica. El carácter nacional se imbuje de casticismo proyectándose en dos direcciones alternativas. La primera supone la total hipertrofia de los vicios nacionales más temidos por el liberalismo. La tesis de Mallada, por ejemplo, es que es condición española no aprender de los errores, por lo que la fatuidad y el orgullo crecerán con los reveses. Macías pasa revista al pseudoespañolismo y halla en el desvío histórico la irrupción de un carácter santurrón, intolerante, fanático e ideólogo, por un lado, y flamenco, aventurero, militarista, mercenario, holgazán y anti-industrioso, por otro. Esto supone la total estabilización de dos tipos nacionales claramente perniciosos que, desde el punto de vista del regeneracionismo, se vendrían prefigurando desde los tiempos de la reconquista: el monje soldado y el despreocupado aventurero. Isern, menos dado a extremismos caracteriológicos, apunta la despreocupación por la regeneración física y mental; es decir, la falta de atención tanto a las prácticas higiénicas y gimnásticas como a la educación de la facultad anímica, moral e intelectual. Todos estos autores creían firmemente no sólo en la consolidación puntual de esas taras sino también en su persistencia y transmisión en los siglos venideros. No en vano Macías, utilizando nuevamente el aparato antropológico, habló de atavismo teutónico para referirse a la persistencia de los defectos identitarios aportados por la dinastía de los Habsburgo. Como marca observable de la degeneración continuada que provocaron, Macías remontó hasta el reinado austríaco el propio origen del Hampa nacional y, con ella, el de otro estereotipo español totalmente despreciable: el pícaro. El éxito de esa tesis era tal que, al mismo tiempo de la propuesta de Macías, el antropólogo y

criminólogo Rafael Salillas buscó en la etapa austríaca las raíces psico-sociológicas de la delincuencia española, muy particularmente a partir del análisis lingüístico de la jerga picaresca y las germanías (Salillas, 1896).

Complementariamente, la segunda dirección del casticismo supone el eclipse de las potencias identitarias representadas por un pueblo que Mallada define como masa inerte. Desde su punto de vista, desprovista de dirección política, la masa social cae rápidamente en desgracia trabándose inmediatamente con los elementos disgregadores. Más optimista con las potencias del colectivo español, Morote considera que la industriosisidad típicamente celtíbera habría sido relegada por el militarismo de los Austrias. El autor de *La moral de la derrota* habla propiamente de un estrangulamiento activo del genio nacional, no de la desidia política de unos gobernantes que, como parece apuntar Mallada, dejan abandonado a su suerte a un colectivo pasivo e incompetente. Sea como fuere, estamos ante juicios relativos. Mallada y Morote, como el resto de los regeneracionistas, intuyen que los desperfectos históricos alcanzan la actualidad, pero creen que el periodo de los Austrias sólo supone la sumisión de las potencias identitarias a un estado de latencia. Su personalización paradigmática son esos trabajadores castellanos que pueblan la obsesión intrahistórica de Unamuno.

Pero no son pocos los regeneracionistas que, incluso, se atreven a detectar puntuales pero importantes despertares del espíritu dormido. Unamuno los considera exponentes del paso de la acción de siglos pasados al pensamiento; una suerte de deriva positiva del casticismo que él mismo, junto a algunas referencias esporádicas de Costa, personaliza de forma arquetípica en los autores del Siglo de Oro (Cervantes, Quevedo, etc.) y en aquellos literatos místicos que habían conseguido evitar la morbilidad por su humanismo: tenuemente, Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz; mucho más claramente, Fray Luís de León.

13.4.8.2. *La centralización autocrática y la reacción comunera*

El segundo gran frente desestructurador y represivo para la identidad colectiva propuesto por los regeneracionistas tiene que ver con la centralización político-administrativa iniciada por los Austrias y combatida, primero por los Comuneros, y, ya a mediados del siglo XVII, por los intentos de secesión catalanes y portugueses. Más aún, según Macías, el uniformismo centralizador no sólo habría afectado a las regiones españolas, sino que su estigma habría recorrido gremios, clases sociales, universidades y municipios eliminando de ellos cualquier vestigio de casticismo. Son muchas las causas psico-sociológicas que se plantean, en ocasiones de manera contradictoria, para explicar el proceso centralizador. Pero, nuevamente, todas convergen en la actitud de los monarcas y su casticismo pseudo-españolista. Con Macías a la cabeza, los regeneracionistas atribuían a los monarcas teutones una estrategia unitarista

fundamentada en el uso cesarista, intolerante y enfermizo de la fuerza. La opción pervertía la herramienta religiosa que los Reyes Católicos habrían usado como fuente de nacionalidad y con ella se perdía cualquier alternativa de progreso nacional. Para Macías, los Austrias habrían politizado el cristianismo mientras que para Ganivet simplemente lo habrían ignorado. En cuanto a la agenda de futuro, Ganivet pensaba que el país se había embotado por falta de un ambiente homogéneo, lo que habría producido un retroceso progresivo de las artes. Macías creía que, aun en su megalomanía centralizadora, sólo Carlos I y Felipe II habrían estado a la altura exigida por la escena internacional. Esa era también la idea de Morote, quien argumentaba que los Austrias habían desperdiciado una excelente ocasión para acceder a una organización política superior. Ésta habría sido desbaratada por el espíritu de los tiempos, pero, sobre todo, por la falta de ciencia política de los gobernantes.

Los regeneracionistas presentaban el ancestral individualismo e independentismo español como antagonista de la intransigencia teutona. Almirall documenta tempranamente el antagonismo, aunque sin referencias al contexto histórico. Morote sí entra de lleno en éste último para señalar que el individualismo inveterado del español sería precisamente el rasgo que los reyes teutones habrían intentado desmontar. Las diferentes regiones españolas habrían estado unidas por un principio de igualdad que se habría roto con la imposición de una capitalidad centralizada en Castilla. Ganivet consideraba que, hasta cierto punto, la decisión centralizadora respondía a una política moderna aun cuando estuviera transida del espíritu continental de Carlos I, quien vendría a cumplir un papel similar al de Napoleón en Francia. Morote, incluso, consideraba que el hecho de elegir Castilla como capital era, en principio, circunstancial. Sin embargo, la opción habría terminado por castellanizar España atentando contra la diversidad del cuerpo social. Y éste, evidentemente, había de reaccionar impulsado por su separatismo caracteriológico y su tradicionalismo. Particularmente, Macías Picavea y Ganivet proponían el levantamiento comunero como uno de los momentos de máxima expresión del espíritu en reacción contra el germanismo. Para ambos se trataba de un reacción de defensa del organismo nacional en la que tradicionalismo y nacionalismo se levantaban frente a las innovaciones extranjeristas planeadas por Carlos I. Sin embargo, el propio individualismo que movilizaba a los comuneros impidió alianzas estrechas, lo que unido a la inmadurez revolucionaria de un estado consolidado como imperio antes de haber evolucionado como nación —lo que Macías denominaba la psicología añiada del levantamiento comunero— habría condicionado el fracaso de la reacción defensiva. Según Unamuno, el ordenancismo teutónico lograba poner dique en la anarquía y en el individualismo excluyente del carácter nacional, pero muchos de sus componentes pasaban, para peor, a la ley externa introduciendo disfunciones en las principales instituciones sociales, incluida la familia. Al final, la historia dejaba a los regeneracionistas el amargo triunfo de un estado centralizado, autocrático y arbitrario, el mismo que Mallada, Costa o Unamuno seguían descubriendo disfrazado de caciquismo y casticismo a finales del siglo XIX.

13.4.8.3. La represión inquisitorial y la aniquilación del genio español

Aunque Altamira consideró falsa la tesis del aislamiento cultural de España, lo habitual entre los regeneracionistas era más bien lo contrario. Donde el autor valenciano esgrime hispanofobia para explicar la decadencia cultural, el resto de regeneracionistas ubican el tercer frente represivo ligado a la monarquía austríaca y la hipertrofia casticista. En cierto sentido, esto supone invertir el clásico argumento que lamentaba el derramamiento mundial de las energías nacionales, si bien la reformulación de la tesis ha de entenderse en un estricto marco intelectual y, en consecuencia, por oposición a los ribetes político-militares que impregnaban la interpretación originaria. En ese sentido, autores como Unamuno advierten que el reinado de los Austrias supone la interrupción de la expansión y vitalidad exterior e interior para comenzar un repliegue sobre sí que aborta el desarrollo de la función básica de relación con otras culturas. Así, cuando autores como Macías o Unamuno hablan de la interrupción de la cultura y del bloqueo del progreso moderno que se produce en el siglo XVI se refieren muy particularmente a los impedimentos impuestos por los Austrias para acceder a la ciencia y la filosofía moderna representadas por la Europa protestante. Siendo así, a nadie puede extrañar que la Inquisición se convirtiera en una de las herramientas fundamentales del programa aislacionista. Tanto Macías como Almirall veían en ella un cultivo morboso de la teología, el papismo y la escolástica, rasgos que respondían a la perfección, según Macías, al espíritu abstracto alemán. Ambos autores, junto con Morote, consideraban que a través de la inquisición se había canalizado el absolutismo y la intolerancia religiosa, circunstancia que se había traducido en extenuantes guerras con toda Europa (Almirall), "limpiezas de sangre" y expulsiones de las razas productoras (Morote) y absoluta imposibilidad para pensar en proyectos de progreso (Macías). La inquisición, en definitiva, había sumido al país en la barbarie exacerbando el carácter oriental, supersticioso, dogmático, frívol, intolerante, fanático, ordenancista y fatalista del carácter español.

Ese objetivo se habría logrado extirpando las dos vías fundamentales que, en íntima conexión, podrían haber permitido su reconducción. Una de ellas hubiera sido la educación de las masas populares, retrasadas en su instrucción, según Mallada, por la labor del Santo oficio y el despotismo de Felipe II. Todo ello venía a potenciar radicalmente el escaso interés por las ciencias de observación y experimentación e, incluso, por la modernización de la agricultura que, siempre según Mallada, asolaba el carácter español desde los tiempos de la Reconquista. La segunda de las vías de regeneración cultural estrangulada por los agentes de la monarquía teutona tenía que ver con el protagonismo de las élites intelectuales. A este tema le dedicó cierta atención Costa en su memoria de *Oligarquía y caciquismo* (1901b). En ella aceptaba la hipótesis de Fouillée según la cual la expulsión inquisitorial de los grupos intelectuales y morales más progresistas provocó buena parte de la decadencia. Estaríamos ante un nuevo ejemplo de selección al revés en el que se excluye a los mejores de la lucha por la existencia. De hecho, el

problema es más grave porque, bajo la perspectiva de Fouillée y, con él, de Costa, la inexistencia de estos grupos privilegiados impide el desarrollo de los colectivos nacionales, los condena al estancamiento y a la muerte.

Aunque Mallada o Costa circunscriben sus ejemplos al periodo histórico comprendido entre el reinado de Carlos I y Fernando VI, ambos procuran advertir la persistencia de la situación en la oligarquía y el caciquismo del siglo XIX. Estamos, por tanto, ante un nuevo modelo histórico para guiar la interpretación de la realidad social coetánea y conminar al lector a tomar decisiones en la dirección reformista; en este caso, desde el punto de vista científico y cultural.

Antes de terminar con el episodio de los Austrias no podemos dejar de comentar por qué las referencias a la monarquía teutona pueden considerarse un nuevo capítulo del desencuentro ancestral entre el carácter español y el carácter germano o ario que se había iniciado con los visigodos. Cuando hablábamos de estos últimos, observábamos las justificaciones españolistas del regeneracionismo entre reivindicaciones de latinismo mediterráneo y pesares por no haber incorporado a tiempo la levadura social necesaria para inaugurar el camino hacia la modernidad y el progreso, movimiento que sí habían hecho otros países europeos. Perdida la ocasión colectivista con los visigodos, la irrupción tardía y personalista de los Austrias sólo había aportado al pueblo español un germanismo hipertrofiado y desfasado, una cualidad que Macías Picavea definía con el nombre de “austracismo”. En cualquier caso, todavía quedaba un último encuentro de importancia con la cultura germana; el mismo que había aportado las herramientas teóricas para sostener buena parte del argumento psico-sociológico del regeneracionismo. Nos referimos, por supuesto, al krausismo. Pero de él hablaremos en los últimos episodios de este recorrido.

13.4.9. Una esperanza frustrada para el resurgimiento nacional: el despotismo ilustrado de los Borbones

En cierto sentido, con los Austrias se inauguraba el ciclo de la caída nacional, tras los periodos de fundación —representado por el periodo ibero— y de auge —definido por el reinado de los Reyes Católicos—. Relegadas las potencias colectivas a un estado de latencia, lo lógico hubiera sido que la decadencia histórica o casticista asumida por los regeneracionistas les hubiera obligado a pronosticar a medio plazo la muerte del estado-nación. Sin embargo, ya hemos señalado que asumieron ese itinerario virtual pero sin llegar al extremo aniquilador exigido por el esquema nomotético. La evidencia de la degeneración nacional a partir de los Austrias no impidió que pensadores finiseculares atesoraran esperanzas de cambio histórico. Algunos de ellos, no todos, se atrevieron a destacar una etapa de repunte histórico con la dinastía que vino a sustituir a los perniciosos Austrias en el gobierno de la nación. Nos referimos, claro está, a los Borbones.

No son muchos los regeneracionistas que se refieren a esta etapa, pero los que lo hicieron se vieron obligados a posicionarse totalmente en función de la aureola de modernidad y progreso que los primeros Borbones, con todas las connotaciones de despotismo o extranjerismo —en este caso afrancesado— que se quiera, suponían en la historia nacional. Así, en el extremo más conservador hay que colocar a Isern y, con más matices, a Ganivet. Teniendo muy presente la tendencia ilustrada de los nuevos monarcas, el primero considerará que con ellos se pone fin al buen criterio religioso que había ido protagonizando los siglos precedentes; aquel que, en palabras de Isern, había permitido el servicio a Dios con el corazón y la voluntad y al rey con el valor y la espada. Ganivet, por su parte, se limitó a no detectar ninguna diferencia en el maltrecho espíritu nacional respecto del periodo previo. Los hombres encargados de los negocios públicos durante el reinado borbónico seguían siendo incapaces de separar lo permanente de la nación, condensado en la metrópoli o la península, de lo accidental, es decir, de los estados dependientes de ella. En definitiva, los Borbones seguían colocando fuera de la península el engrandecimiento nacional.

Lógicamente, la vertiente más positivista y progresista sí acogía con buenos ojos el reformismo de la nueva dinastía y sus consecuencias para la identidad nacional. Macías Picavea y Morote son los más entusiastas; sobre todo el segundo de ellos, que consideraba el reinado de Carlos III como uno de los de máxima expresión y renacimiento de las potencias de la identidad nacional. El propio monarca se convertía en arquetipo de industriiosidad, aunque apropiadamente flanqueado por los principales ministros y políticos ilustrados: el Conde de Aranda, Pedro Olavide o Pedro Alberca. Desde el punto de vista de Morote, se traba de un buen momento para el espíritu español debido a las iniciativas modernizadoras del rey culto. Macías Picavea creía que los Borbones habían continuado el programa centralizador, pero elogiaba los intentos reformistas de los que denominaba “reyes filósofos”. Aunque sólo fuera por la lucha mantenida contra los adversarios europeos, la nueva estirpe regente se había visto obligada a restaurar el poder intelectual, moral y material de la nación. Podría suponerse que, con ello, Macías relajaba su suspicacia españolista al tiempo que el nuevo paisaje histórico atenuaba la tendencia extranjera que infectaba el alma nacional. Sin embargo, el autor de *El Problema Nacional* no perderá de vista el afrancesamiento de la clase media española y el excesivo recurso a las ideas extranjeras para atajar los males nacionales. En el extremo, esto significaba que en el alma nacional sólo se había producido el cambio de una perspectiva extraña por otra. Así, el golpe de timón efectuado por los Borbones no arraigará ni se incorporará a la vida profunda y a la nación. De hecho, sus virtuales efectos reformistas se erradicarán completamente debido a una sacudida extrema verdaderamente espontánea y nacional: el levantamiento frente a la invasión francesa. De ella hablamos en el siguiente epígrafe.

13.4.10. La Guerra de la Independencia o el despertar del pueblo

Tampoco son muchos los regeneracionistas que mencionaron la invasión francesa del territorio peninsular y la subsiguiente “Guerra de la Independencia”. Pero todos los que lo hicieron fue para elogiar uno de los momentos de máxima expresión del espíritu colectivo en medio del desierto austracista, primero, y oligárquico, después. Esa era la opinión de Macías Picavea, que lo consideraba una excepción en el largo y pernicioso periodo que transcurría entre el siglo XVI y el final del siglo XIX; Unamuno, que lo estimaba como episodio honorable e independentista de la intrahistoria; Morote, que lo mencionaba en tanto que síntoma renovado de los naturales instintos guerreros; o Isern, que lo saludaba como reanimación del espíritu público. Lo que el episodio venía a mostrar, en definitiva, eran las excelentes condiciones defensivas del pueblo. Mas aún, y contra la tendencia natural a la disgregación, la expulsión de los franceses constataba que aquellas condiciones se transformaban en gregarias cuando el contexto exigía la reactividad; es decir, la respuesta ante la invasión de un Otro extranjero o extraño al cuerpo nacional. De hecho, Mallada, que también consideraba la Guerra de la Independencia como un momento de máxima expresión de la identidad colectiva, apostaba por que el país sólo podía mostrar óptimamente sus condiciones activas ante ocupaciones extranjeras. En realidad, Mallada también contaba entre los contextos de actividad nacional las discordias internas. Pero la mayoría de los regeneracionistas se plantaron en el factor aglutinante, detectando en la guerra contra el francés el levantamiento de la nación compenetrada como un solo individuo, en opinión de Isern, o el renacer y afirmación de la vida y la personalidad nacional, desde el punto de vista de Unamuno o Morote.

La exaltación de la Guerra de la Independencia, en cualquier caso, también deja resquicios para la sospecha. Ya hemos señalado en otro lugar que no deja de resultar paradójico que los regeneracionistas, ubicando en las potencias científicas, tecnológicas e industriales las claves de la bondad nacional y de su desarrollo futuro, señalen momentos bélicos para ejemplificar la buena disposición siempre latente de la identidad colectiva. Sin duda, esto es percibido tempranamente por Mallada y, pocos años después, por Morote, al plantear en sus obras que la Guerra de la Independencia sólo había servido para que los optimistas cantaran las glorias nacionales sin percibir que también suponía la cronificación del militarismo. Macías Picavea, recordemos, también había llamado la atención sobre cómo el movimiento espontáneo del cuerpo nacional ante la invasión había anulado las reformas iniciadas por los Borbones. En todos estos casos, se llamaba la atención sobre el hecho de que la Guerra había hundido todavía más al pueblo español en una etapa semibárbara; un estancamiento que impedía percibir un horizonte civilizado cifrado en clave económica e industrial antes que bélico y armamentístico.

13.4.11. La oportunidad perdida del nacionalismo liberal

Después del reinado de los Austrias, los inicios liberales del siglo XIX fue la etapa en la que, junto al periodo finisecular, se centraron más los regeneracionistas. Podría sospecharse que esto se debiera a la afinidad ideológica y, por ende, a la búsqueda de raíces sobre las que justificar un proyecto, el propio, truncado con la Restauración. Pero no es así. Los juicios evaluativos hacia el periodo son más bien negativos o, en el mejor de los casos, ambiguos. En realidad, se observa como una continuación de la sensibilidad austracista, interrumpida primero por la esperanzada etapa borbónica y retomada, posteriormente, tras la Guerra de la Independencia. De hecho, como iremos viendo, los paralelismos con aquélla son múltiples y manifiestos.

En principio, no son pocos lo regeneracionistas que dan una perspectiva esperanzadora del periodo liberal. Igual que en la etapa borbónica, la referencia a la modernidad representada por el afrancesamiento ilustrado, esta vez política e ideológicamente preñada de contenidos revolucionarios, parece fundamental. Mallada menciona, precisamente, la relación de la Revolución Francesa con las iniciativas orientadas a terminar con el absolutismo. En esa misma línea, Morote y Unamuno destacan la importancia de las Cortes de Cádiz y de diputados liberales como Martínez Merino o Quintana; agentes de la sacudida mental que, tras la Guerra de la Independencia y vía afrancesamiento, permiten el acercamiento de España a una personalidad plenamente nacional y, al tiempo, europea. En esa línea, Altamira se atreve incluso a proponer que 1808 debe ser considerado como el año en el que empieza a aparecer el sentimiento de solidaridad española, dado que todavía en siglo XVII las distintas regiones se mirarían como extranjeras. Es un periodo que correspondería, además, con un momento de hispanofilia internacional tras años de injusta "leyenda negra". Las buenas críticas al periodo serán extendidas por Mallada hasta el inicio del periodo isabelino, momento en el que, según el autor de *Los males de la patria*, los funcionarios cumplían perfectamente con su deber.

Aún así, en todo ese panorama existía un mal de base que iba a terminar derrumbando el sistema y permitiendo el rebrote de los vicios arquetípicos. Básicamente se trata del excesivo romanticismo con el que los políticos liberales de principios de siglo tramitan sus reformas. Donde regeneracionistas como Mallada y, sobre todo, Maeztu escriben "romanticismo", hay que leer "hipertrofia idealista y falta de eficacia". En realidad Maeztu no creía que la decadencia hubiera variado un ápice tras las Cortes de Cádiz, mientras que Mallada, observando detenidamente el trabajo de los políticos y funcionarios que él mismo había elogiado, no dejaba de detectar el rescoldo de énfasis y quijotismo típico de la fantasía nacional.

Siendo esos los fundamentos, era lógico suspender las esperanzas históricas que podían haber hecho emerger un verdadero nacionalismo liberal. Por eso, hasta un conservador como Isern va a advertir que, finalmente, el cambio de régimen político a principios de siglo sólo se había producido en las formas. El absolutismo del rey había dado paso al de la oligarquía y el caciquismo; nuevas formas de dominio sólo

frenadas por la voluntad exclusiva de los miembros que las componían. La continuidad socio-política también permite que los calificativos extranjeristas de Macías Picavea sean reutilizados o reinventados para denominar la etapa. Desde el punto de vista del autor de *El Problema Nacional*, las formas externas del periodo dependerán del afrancesamiento, mientras que su médula seguía siendo austriaca. El sistema en conjunto se concretaba en la proliferación de la intolerancia, la conservación a toda costa de la unidad católica, el odio fraternal al clero, el estilo librepensador, el sectarismo y las maneras idolátricas, la ausencia de espíritu crítico y sana razón, y la afición a todo lo metafísico, el dogma y el romanticismo. El transcurrir del periodo no estaba, en definitiva, engendrado en la propia energía vital y el casticismo de la nación. Así las cosas, no es de extrañar que reaparecieran todos los viejos fantasmas psico-sociológicos, muy particularmente cuatro: (1) el personalismo, (2) el militarismo, (3) la centralización y (4) el aislamiento cultural. Eso sí, como vamos a ver a continuación, configurarán nuevos problemas histórico-institucionales a través de los tres primeros cuartos del siglo XIX.

(1) El personalismo sin hombres de genio, denunciado por Macías Picavea, cristaliza a través de dos vías bien ejemplificadas por Morote. Por un lado, el autor de *Los males de la patria* señala los resquicios de totalitarismo monárquico que habían permitido a Fernando VII abolir sin miramientos el Código de Cádiz, una decisión que, según Almirall, había supuesto llevar la reacción absolutista hasta un grado sin precedentes. El episodio adquiere gran relevancia psico-sociológica porque Morote intuye que con él se inicia el enfrentamiento entre lo que definía como las dos razas españolas; la tradicionalista y la progresista. Por otro lado, Morote contabiliza entre 1812 y 1885 la agotadora cifra de los veinte jefes de Estado, a cual más entronizado como amo y señor. La situación evoca claramente a la de los Austrias ya que, desde el punto de vista de los regeneracionistas, los jefes de estado se desentienden de las necesidades nacionales. Mallada ilustra bien el panorama al afirmar que el país desconoce a sus gobernantes y que éstos desconocen las necesidades del Estado; una cuestión que obsesionaba a los regeneracionistas y que, precisamente, querían venir a paliar con el uso del aparato psico-sociológico.

(2) Es cierto que Macías Picavea emplea la derrota cubana como colofón degenerativo de un fracaso histórico continuado en el que, por su proximidad en el tiempo, los liberales decimonónicos cargan con buena parte de las responsabilidades. Pero, más allá del escenario internacional, el militarismo está especialmente presente en todos los aspectos de la política interna del liberalismo de principios del siglo XIX. Aparece tanto en el carácter esencialmente militar de los jefes de Estado recontados en la nómina de Morote (la mayoría son generales), en los sucesivos pronunciamientos acaecidos en el seno del ejército y, sobre todo, en las continuas guerras civiles que promueven los carlistas en contra de la regencia liberal de Isabel II. Morote las convierte, precisamente, en el arquetipo del militarismo que campa a sus anchas durante el siglo XIX; mientras que Mallada las responsabiliza de buena parte de las posibilidades perdidas para la regeneración nacional. Ateniéndose a esos apuntes, Morote observaba en las Guerras Carlistas un

nuevo episodio de la eterna lucha entre la España nueva y la antigua, que él remontaba a la Reconquista. Desde su punto de vista, esa lucha iba a definir la formación inconsciente de la sociedad desde el liberalismo de principios del siglo XIX hasta la "Crisis del 98".

(3) En estrecha relación con las Guerras Carlistas hay que observar también la resistencia a los procesos de centralización político-administrativa. En realidad, las reivindicaciones carlistas no se agotaban en el intento de subrogar el liberalismo, aunque esto fuera lo que destacaran los regeneracionistas, y muy particularmente Morote. El integrismo carlista no sólo reivindicaba una monarquía católica e integrista, sino también el respeto por los fueros de los antiguos reinos. De hecho, sus propuestas fueron el basamento natural de las ulteriores reivindicaciones del nacionalismo vasco y de los aspectos más conservadores del catalán. Esa era exactamente la opinión de Maeztu, que colocaba los orígenes de las exigencias del nacionalismo periférico en el periodo que venimos estudiando. Sin llegar al extremo segregacionista, los regeneracionistas sí eran partidarios de una descentralización político-administrativa similar a la propuesta por los carlistas. Y si no aprovecharon las referencias de este periodo histórico para incidir en sus simpatías con el fuerismo carlista es, sin duda, por el carácter reaccionario e incompatible con el liberalismo al que este último estaba inextricablemente unido. Incluso un regionalista como Almirall reconocía que el apasionado fanatismo religioso y absolutista explotado por los carlistas no podía enarbolarse como un símbolo de unión entre las regiones que aspiraban a la descentralización. Sólo sirvió para dividir la opinión pública y afianzar todavía más la dominación castellana en toda la península.

El resto de regeneracionistas pasaron de puntillas por la cuestión carlista y la desvincularon del ancestral problema de la centralización. Las referencias sólo mencionaban el aprisionamiento del cuerpo nacional iniciado durante los antiguos reinados y, según Morote, agravado por la centralización liberal de principios de siglo. A ella se refería Macías Picavea en términos muy despectivos por no haber respetado los factores naturales inherentes a las regiones españolas, sobre todo los geográficos. Desde su punto de vista, se había hecho abstracción de hechos consumados a la hora de imponer el artefacto político. Y, siendo así, era evidente que los liberales se habían limitado a continuar los procesos centralizadores iniciados en siglos pasados.

(4) Mientras que en los tres aspectos repasados hasta ahora hay un acuerdo más o menos unánime entre todos los regeneracionistas, en el último que vamos a tratar, la represión intelectual, la cuestión varía sensiblemente. En realidad se reproduce la ambivalencia que habíamos detectado en la etapa de los Borbones hacia las posibilidades frustradas de regeneración moral, intelectual y científica, aunque en la versión de principios del siglo XIX presenta sus propios itinerarios. Por un lado, la versión progresista tiene que ver con el inicio de la parálisis nacional debido, según Maeztu, a la subrogación de la industrialización en beneficio del talante idealista y romántico que señalábamos más arriba. Se trataría de un proceso agravado por una nueva selección al revés; argumento recurrente que, en esta ocasión, le

permitía exponer a Macías Picavea cómo el ambiente caciquista habría impedido el triunfo de los exiliados doceañistas que habían sido europeizados en el extranjero.

Por otro lado, la vertiente más conservadora estaría representada, otra vez, por Damián Isern. Desde el punto de vista cultural, el inicio del siglo XIX representaba para él la penetración del utilitarismo de Bentham; un proceso iniciado en Salamanca entre 1826 y 1845 y difundido con diferente éxito por todas las provincias españolas. Isern también recurría a explicaciones sociobiológicas para exponer que la modificación de la atmósfera social durante los inicios del siglo había preparado el camino para la introducción de ideas utilitaristas. Progresivamente, éstas habrían ido sustituyendo la ley moral por el naturalismo, el egoísmo, la anti-religiosidad, el sensualismo y el culto al cuerpo y a las satisfacciones; aspectos que, significativamente, tenían su correlato político-ideológico en la revolución y el liberalismo político-económico.

Parece claro que, para los regeneracionistas, en esta etapa se establecen los primeros pilares de las "Dos Españas"; una fórmula que, en cualquier caso, no se enriqueció y complicó semánticamente hasta bien entrado del siglo XX. En realidad, las connotaciones político-ideológicas asociadas a las dos razas nacionales descritas por Morote se agotaban en la oposición entre el nacionalismo liberal y el integrista más reaccionario.

13.4.12. La moraleja pesimista del Sexenio Revolucionario

En el capítulo 2 de este trabajo adelantábamos que el Sexenio Revolucionario iba a ser considerado por algunos regeneracionistas como el primer ensayo verdaderamente liberal que se había producido en la historia española. Tal circunstancia, en cualquier caso, no se tradujo en un juicio meridianamente positivo del periodo. Las valoraciones se quedaron en un terreno ambiguo, habilitado, sin duda, por la excesiva inestabilidad política que caracterizó el devenir de la monarquía de Amadeo de Saboya, primero, y de la Primera República, posteriormente.

Como en el caso del resto de etapas progresistas -la borbónica y la del liberalismo de principios de siglo XIX- Morote es el autor que muestra más entusiasmo al evaluar los logros del periodo. Para él, la Revolución del 68 es uno de los episodios históricos más importantes y trascendentes, ya que ilumina la vida patria impulsando resoluciones intelectuales, políticas y económicas. En cierto sentido, es la misma perspectiva que defiende Mallada pero en un tono apologético mucho más moderado que le lleva a señalar una modernización relativa. Lo interesante es que ambos autores introducen argumentos psico-fisiológicos para explicar parte del proceso. Así, Morote considera que estaríamos ante una revolución eminentemente intelectual, lo que provoca que el anémico cerebro español piense por primera vez; opinión respalda por el siempre moderado Mallada, para quien lo que se habilita en este momento es una toma de conciencia del

atraso civilizador. Con ello Morote la convierte en otro de los momentos de máxima expresión del espíritu colectivo. Incluso detecta en ella evidentes arquetipos de la industriosisidad nacional, caso de los presidentes Castelar o Pi y Margall, figuras preocupadas por constituir por primera vez un gobierno en el que participe plenamente la nación. Sin embargo, el propio Morote se encargó de señalar los estigmas primigenios que la revolución no pudo borrar y que, a medio plazo, definieron su propio fracaso: (1) el militarismo y (2) el idealismo.

(1) La cuestión del militarismo se concentra en los primeros momentos en que, significativamente, la revolución no ha perdido la impronta monárquica. Como señalaba Morote, la revolución sólo se había podido alcanzar con un rebrote de carácter militar; una sensibilidad que habría calado todavía más en el colectivo debido al inicio de las primeras Guerras de África. El carácter militarista de la revolución se cimentará todavía más con las referencias al general Prim, el máximo artífice del levantamiento y el derrocamiento isabelino. Morote reconocerá la impronta de su carácter y genio en el proceso revolucionario. Sin embargo, también le achacará la responsabilidad del fracaso por no haber detectado la minoría de edad y la falta de preparación de la nación para tomar el poder. En esa misma línea, Unamuno acusará a Prim de ser un agitador propio de aquella gran dimensión histórica que el autor de *En torno al casticismo* tanto denostaba. De hecho, llegó a plantear que, en un primer momento, el pueblo se habría revelado contra la revolución en lo que respondía a un movimiento intrahistórico, más europeo que nacional. De ser así, Unamuno también tenía claro que la espontaneidad nacional había terminado por "cristalizarse", es decir, por detenerse antes de haber podido iniciarse realmente. Al autor vasco sólo le quedó el recurso de posar nuevamente su mirada sobre aquellos trabajadores que se mantenían ajenos a los acontecimientos políticos del Sexenio.

(2) La cuestión del idealismo recoge la alusión que Maeztu había hecho al romanticismo de los políticos liberales de principios del siglo XIX. En esa línea, Morote admitió que el talante idealista de los políticos del Sexenio les había impedido convertirse en verdaderos gobernantes. Sin duda, en ese idealismo tenía mucho que ver la influencia que las doctrinas krausistas habían alcanzado entre los sectores liberales; una circunstancia que, lógicamente, ningún regeneracionista se atrevió a señalar abiertamente. Sólo Almirall e Isern, los únicos regeneracionistas verdaderamente reactivos a las alambicadas teniendo enseñanzas de Sanz del Río y Giner de los Ríos, entraron en este punto: Almirall, teniendo sin duda presente el ámbito geográfico del que manaban —la Universidad Central, sita en Madrid—. E Isern, denunciando sus responsabilidades en la continuación de la decadencia decimonónica. De hecho, a un conservador como el autor de *Del desastre nacional y sus causas* nada le costaba relacionar el utilitarismo benthaniano —que ya había denunciado como causa de degeneración en la primera etapa liberal— con el supuesto del krausismo, aunque ambos esquemas reformistas fueran irreconciliables en muchos e importantes puntos.

Así, por unas u otras vías, el sociograma político español seguía cuadrando con la impronta teutónica y la falta de hombres de genio, las dos taras que Macías Picavea señalaba desde el tiempo de los Austrias y que, en la lejanía histórica, también evocaban el periodo visigodo. Se mantenía la falta de afinidad de la identidad española con el espíritu germano, aunque en este último episodio del encuentro los liberales finiseculares asumían implícitamente los valores de la cultura germana; es decir, los transportados por su filosofía krausista, más seductora que el frívolo eclecticismo francés y que el estricto utilitarismo anglosajón. Aún así, y como ya sabemos, la apuesta krausista iba a necesitar la pátina psico-sociológica de las ciencias positivas para poder ser asumida por la mayor parte del regeneracionismo.

13.4.13. Las consecuencias desnacionalizadoras del sistema restaurado

La valoración de la Restauración en tanto que episodio histórico significativo para el despliegue psico-sociológico de la identidad española se ajustó al talante general del regeneracionismo hacia el proyecto político-administrativo canovista. Como episodio represivo, se valoró de forma negativa, aunque hubo espacio para algunas estimaciones ambiguas. Estas últimas tenían que ver, sobre todo, con los momentos iniciales de la Restauración que venían a paliar el convulso intervalo revolucionario previo. En esos arranques cabe ubicar una percepción de orden, unidad nacional, paz e, incluso, dinámico debate intelectual que supusieron sus inicios. Morote se atreve a acotar ese panorama en un largo intervalo que iría desde 1876 hasta 1893; un periodo sin guerras en el que el autor de *La moral de la derrota* advierte una aparente desaparición del militarismo de la conciencia nacional. Además, desde el punto de vista cultural, el periodo recogía la Exposición Universal de Barcelona y la famosa "Polémica de la Ciencia Española"; un acontecimiento, este último, que Altamira consideraba estrechamente ligado a la promoción de la hispanofilia.

Sin embargo, durante estos años el sistema canovista también va a llevar hasta las últimas consecuencias la complicación y centralización del aparato burocrático-administrativo. Es el momento en el que los dos primeros regeneracionistas describen el problema del caciquismo como "efecto suelo" de la vida nacional. En ese sentido, es importante y significativo no olvidar que tanto Almirall como Mallada publicaron sus obras muchos años antes del desastre cubano. En realidad el caciquismo es, para Mallada, un germen constante de la decadencia nacional que, antes de consolidarse en las urnas durante el periodo de turnos pacíficos de los dos grandes partidos restaurados, se prefigura con la inserción de los frailes en monarquías absolutas durante los siglos XVI, XVII y XVIII y las revueltas en las filas de los ejércitos durante el XIX. Sea como fuere, lo que introduce de novedoso el caciquismo desde el punto de vista identitario es una alteración moral tramitada a través de términos psicológicos. Mallada creía ver en él las causas de la inmoralidad pública y de un espíritu patriótico desvirtuado. Unamuno habla, incluso, de la reaparición de la Inquisición bajo una nueva forma subjetiva o, en sus propias palabras, interna. Algo

parecido plantea Isern, si bien desde su punto de vista serán el krausismo y el positivismo los que, desde las cátedras estatales, inferirán las heridas mortales a la razón y la libertad humanas.

Por otro lado, es en los años más próximos al desastre cubano cuando Isern detectará momentos puntuales de reanimación de espíritu público. Fiel a su línea conservadora, esas manifestaciones de expresión identitaria serán catalizadas por episodios bélicos, como el conflicto de las Islas Carolinas con Alemania, las guerras de Marruecos y Melilla y los albores del enfrentamiento con Estados Unidos; es decir, todos aquellos sucesos en los que la facción liberal del regeneracionismo colocaba la perniciosa reaparición del militarismo. Morote, de hecho, estima que la segunda etapa de la Restauración, la negativa, se inicia con la Guerra de Melilla en 1893. Este conflicto coincidiría con un momento de crisis identitaria porque, según Morote concitó el pernicioso resurgimiento del humor guerrero y, al tiempo, las primeras dudas sobre la ancestral fama de la valentía española. Morote, en definitiva, reconocía con pesar que el militarismo era una constante desde los Austrias y que sólo se había podido enterrar circunstancialmente en los años previos al 98. Desde la óptica de su momento coetáneo, no es de extrañar que, haciendo abstracción de las deficiencias e inmorales administrativas del sistema canovista, Morote añorara los primeros tiempos de la Restauración y considerara pertinente volver a ellos.

13.4.14. La toma de conciencia del Problema nacional durante la "Crisis del 98"

El importante episodio histórico de la "Crisis del 98" no fue tratado por todos los regeneracionistas, ya que algunos de ellos —concretamente, Almirall, Ganivet y Mallada— publicaron sus obras años antes del desastre. Los que sí que fueron testigos coincidieron unánimemente en su evaluación negativa, aunque Morote tratara didácticamente de sacar alguna enseñanza positiva en *La moral de la derrota*. De hecho, todos ellos atenderán a la relación de la pérdida de las colonias con la posibilidad de que la historia y, con ella, la identidad nacional, hubieran tocado fondo definitivamente. No les quedan dudas a Morote, Isern y Costa, los cuales tratan el episodio como el trágico desenlace de la decadencia imperial de cuatro siglos. Más matices incluyen Maeztu y Altamira; el primero al considerar que la pérdida "sólo" agrava la situación, y el segundo por ser partidario de asociar la decadencia a factores circunstanciales. En realidad, lo que más preocupaba a Altamira eran las consecuencias psico-sociológicas derivadas de la derrota: el pesimismo, los prejuicios hispanóforos y la creencia en la propia incapacidad para la modernidad.

Por otro lado, puestos a buscar responsables de la pérdida colonial desde el punto de vista psico-sociológico, Maeztu arguye alguna posible relación con las leyes que rigen la historia. Pero la mayor parte de los regeneracionistas coinciden en culpar al talante de los gobernantes, capaces de encarnar lo más pernicioso de la identidad colectiva. Hasta un conservador como Isern ofrece el retrato caracteriológico de

unos políticos corruptos, egoístas o incapaces de prever. No deja de llamar la atención que Cánovas, asesinado poco antes de la derrota efectiva, sea la figura que, al menos en dos casos, personaliza concretamente las responsabilidades. A tal efecto, Morote lo considera el catalizador del militarismo, mientras que Maeztu, despectivamente, lo identificaba con el cerebro y el corazón de un país en quiebra.

En cierto sentido, el paralelismo de Maeztu extendía responsabilidades hacia el propio pueblo y, de hecho, se basaba en la consideración de que los españoles eran un ejemplo de nación que ignoraba a los racionales y vitoreaba a los irracionales. Sin embargo, el mismo Maeztu señalaba que la Guerra, iniciada bajo un aparente supuesto de justicia, suponía el final de cualquier argumento para la España histórica o, en palabras de Morote, imperial. El episodio bélico, por tanto, certifica la muerte de esta última, pero como planteaban Morote o Unamuno, esto poco o nada tenía que ver con el verdadero pueblo.

13.4.15. El presente como un espacio para la incertidumbre

Puede haber desfases en el tratamiento de la etapa coetánea al regeneracionismo dado que, como venimos señalando, no todos las obras que estamos estudiando se publican durante los mismos años. Sin embargo, en prácticamente todos los casos el tratamiento del presente se produce de una manera ambivalente; prueba, sin duda, de la incertidumbre que generaba el futuro más inmediato.

¿En qué lugar se encuentra exactamente la identidad española para los regeneracionistas que la contemplan en su propia época? Atendiendo a la realidad social inmediata, Maeztu y Macías utilizan la popular metáfora médica que hace referencia a la parálisis nacional. Morote ofrece un retrato de Silvela con el que intenta poner de manifiesto por qué el sucesor de Cánovas no ha cumplido su palabra de renovación; es más, describe un pueblo asombrado y escéptico ante el hecho de que los responsables del desastre sigan en el poder. Esa desaprensión política también es mencionada por un Isern que teme su fatal efecto sobre el ser y el porvenir de la patria.

Adentrándose más en los vericuetos identitarios, Altamira o Ganivet llegan hasta las fuerzas materiales del espíritu nacional, encontrándolas agotadas por el sobreesfuerzo histórico. A pesar del diagnóstico, Ganivet considera que la evolución histórica española sigue siendo avanzada sobre la de otros países occidentales, aunque sólo sea desde el punto de vista de los ideales perseguidos. Altamira es más pesimista respecto del proceso histórico que conduce hasta el presente. Para él, se habría venido produciendo una sustitución progresiva de las cualidades sustanciales y positivas por defectos circunstanciales. Lo único que había cambiado en el presente —comparado incluso con los momentos inmediatamente anteriores y posteriores al desastre del 98— era, precisamente, la conciencia de que las condiciones sustanciales de espíritu eran muy diferentes de la situación presente que vivía España. De

hecho, en esta última cabría determinar y precisar los progresos alcanzados en los últimos veinte años o la emergencia de defectos que no eran exclusivamente españoles.

Sea como fuere, muy pocos individuos escaparían a lógica histórica que decantaba la decadencia de finales de siglo XIX y principios del XX, aunque Altamira se reservaba el derecho de colocar entre ellos a los propios regeneracionistas finiseculares que le habían precedido: los "hombres del 98", como él mismo los llamaba. Este hecho podría haber asegurado un nuevo repunte histórico para la identidad, pero en las fechas en las que su libro sale de la imprenta, Altamira sigue observando que la decadencia pervive, aunque sólo sea circunstancialmente, a su alrededor.

Siendo la mayor parte de los diagnósticos históricos tan poco halagüeños, ¿cuáles son las alternativas para la identidad nacional que ofrecen los regeneracionistas? En realidad la pregunta nos conduce a una diatriba que se proyecta sobre la propia subjetividad nacional. Ya hemos hablado de las dos razas descritas por Morote a propósito del talante español, un testigo que también recoge Maeztu para hablar de las dos tendencias que actuarían sobre el alma nacional: por un lado, la histórica, guerrera, heroica y ajustada al *Zeitgeist* de un pasado épico y bárbaro; por otro, la contemporánea, prudentemente conservadora, positivista y ajustada a un momento presente donde, supuestamente, rige el intelecto y la civilización. A pesar de que el talante liberal de la mayor parte del regeneracionismo recomendaba potenciar la segunda de esas dos tendencias psichistóricas, ambas ofrecían fundamentos indispensables para confeccionar la identidad nacional. Los regeneracionistas se encontraban ante dos direcciones identitarias arquetípicas de difícil pero indispensable compenetración.

La primera, llamémosla siguiendo a Morón (1998) "pasadista"⁸, presentaba para la óptica liberal un peligro relacionado con el estancamiento de la identidad nacional. En esa línea, Unamuno era muy crítico con la tendencia a desenterrar continuamente el pasado en busca del genuino genio español. Esa prospección histórica condenaba las potencias identitarias al estado de barbarie tan denostado por Macías Picavea. Su lamento incluía, de hecho, la consideración de que el caciquismo de la Restauración era la forma como el teutonismo alcanzaba el final del siglo XIX. Sin embargo, el propio Macías reconocía que uno de los principales problemas psicológicos de la sociedad coetánea era la pérdida de memoria; lo que él mismo denominaba "*olvido de la influencia beneficiosa de las civilizaciones pasadas*". Esto era, precisamente, lo que el autor de *El Problema Nacional* y el resto de los regeneracionistas, venían a restituir y, consecuentemente, a reinventar con sus narraciones psico-históricas. Dentro de esa sensibilidad, Morote realizó un uso didáctico de la historia para comparar y relacionar estrechamente las controversias históricas actuales con las del pasado. Empleó constantes paralelismos entre las luchas internas y externas de la historia y las coetáneas, haciendo especial hincapié en las pérdidas territoriales del fin de siglo y las del Rosellón y Portugal. En el extremo pasadista, y quizás movido por sus suspicacias

⁸ Fox (1997) también insiste en la interpretación en clave de pasado que los regeneracionistas realizan de los "Problemas de España".

hacia el conjunto de la historia nacional, Costa llegaba a reivindicar una paradójica utopía de pasado según la cual era necesaria una constitución más humilde y primitiva que la de 1808 e, incluso, que la de 1520. Sin tantos rodeos, lo que Costa recomendaba era refundar España como si nunca hubiese existido. Pero esto no pasaba de ser, en principio, uno de sus muchos y puntuales exabruptos contra la deriva histórica del pueblo español. En realidad, todos los regeneracionistas mostraban preocupación por recuperar el pasado —más bien uno de los pasados posibles, el industrial por oposición al militar— ya que esta era la manera de no renunciar a la personalidad o al espíritu nacional asentado en el tiempo histórico.

Sin embargo, la segunda dirección identitaria, la futurista, planteaba problemas al proyecto conservacionista. El peligro, lógicamente, era detectado inmediatamente por sensibilidades conservadoras. El propio Cánovas (1882/1997), que reconocía que el siglo XIX exigía un *Zeitgeist* civilizador renovado y expansivo, advertía que era necesario no traicionar el espíritu nacional en la operación de ajuste histórico. La opinión de los regeneracionistas no se aparta demasiado de la canovista, si bien difiere de ella en la concepción del *Zeitgeist* finisecular que tanto preocupaba al artífice de la Restauración. Donde este último preveía un colonialismo que justificaba la violencia militar, la mayoría de los regeneracionistas reclamaban una lógica positivista y alternativas industriosas. Además, quizás por estar estas últimas circunscritas al territorio nacional, los pensadores liberales no tuvieron que preocuparse tanto como los conservadores por los problemas desnacionalizadores anejos al *Zeitgeist*.

Ya hemos señalado en otros lugares cómo únicamente el regeneracionista más conservador, Isern, se manifestó en contra de la idea de la idea spenceriana que presentaba al derecho y al industrialismo disputándole el terreno a la fuerza militar. En el otro extremo del espectro político-ideológico, Morote planteaba que las naciones modernas habían pasado de los tiempos heroicos a los reformadores. Bajo esa tesis, Morote reivindicaba los arquetipos industriosos de científicos como Ramón y Cajal y filósofos como Giner de los Ríos; incluso, se sumaba a Macías Picavea para añadir a la nómina el sentido económico de las Cámaras de Comercio. Por esta última vía comenzamos a penetrar de nuevo en la realidad social de la época y a detectar cómo los escritores finiseculares atribuían su propia sensibilidad regeneracionista a las clases productoras; es decir, las industriales, agrarias y mercantiles, además del resto de profesiones liberales.

Sin ánimo de desvelar cuestiones que todavía hemos de tratar cuando hablemos del elemento *productivo*, lo único que restaría por contestar es hacia dónde se dirigía la identidad española. Si partimos del nivel donde nos dejaba el comentario de Morote las posibilidades son la emergencia de un Gran Hombre director —posibilidad deseada aunque con poca esperanza por Macías Picavea— o confiar, como hace el propio Morote, en que las famosas clases neutras se conviertan finalmente en los verdaderos agentes de la vida nacional. Maeztu reelabora y proyecta todavía más esa última idea desde una perspectiva marxista. Así, la sociedad española se encuentra en un período burgués que incuba agitaciones

obreras. Un paso más allá nos encontramos con el idealismo de Unamuno que espera, efectivamente, un periodo venidero de individualidad solidaria y universal. Pero el ideal humano del autor vasco difumina demasiado el principio de nacionalidad.

Rectificar el "problema" de ese último paso en la escalada identitaria nos devuelve al epígrafe dedicado a la metahistoria; y, más concretamente, a las obras de Ganivet y Altamira. Y es que cuando Altamira trata los ciclos de decadencia de las naciones habla de circunstancias históricas y no de mecanismos causales. Ni él ni Ganivet descartan la regeneración histórica de España. Ambos tienen completa confianza en el porvenir y observan el presente como si el espíritu nacional estuviera sumido en un estado de latencia pasajero. De hecho, el planteamiento *ucronográfico* de Ganivet supone, en último término, que todavía está por llegar un periodo propiamente nacional para el espíritu español. Para él, "(...) *“hemos tenido, después de períodos sin unidad de carácter, un periodo hispanorromano, otro hispano-visigótico y otro hispano-árabe; el que sigue será hispano-europeo e hispano-colonial, los primeros de constitución y el último de expansión. Pero no hemos tenido un período español puro, en el cual nuestro espíritu, constituido ya, diese sus frutos en su propio territorio, y por no haberlo tenido, la lógica de la Historia exige que lo tengamos y que nos esforcemos por ser nosotros los iniciadores. Importante es la acción ideal, y ésta alcanza sólo su apogeo cuando se abandona la acción exterior y se concentra dentro del territorio toda la vitalidad nacional”* (Ganivet, 1897/1996; p. 93). El proyecto no está tan lejos de la petición que hacía Costa para refundar España como si nunca hubiera existido.

Como hemos venido argumentando a lo largo de todo este epígrafe, la estructura *cronográfica* que el regeneracionismo ofrecía a la identidad española terminaba resolviéndose con la oposición de una Historia oficial, que había sido, y otra intrahistórica que esperaba poder ser en tanto que principio metahistoriográfico inexcusable. Aún así, los regeneracionistas necesitaban modelos históricos con los que conminar a la acción a sus lectores. Debían reforzar la memoria colectiva que ellos mismos creían dañada por los rasgos hispanófobos, militaristas, intolerantes o desidiosos de la Historia oficial. Por ello, fueron localizando episodios y arquetipos caracteriológicos y psico-históricos que personalizaran la bondad subjetiva latente y compartida por todo el colectivo. Lógicamente, la búsqueda de hitos con saliencia histórica y cercanos a lo popular no pudo hacerse sin caer en contradicciones con la estructura identitaria idealizada. Ciencia y tecnología y, con ella, inteligencia e industriosidad, no eran precisamente lo que los regeneracionistas podían encontrar en su mirada a un pasado que ellos mismos denostaban, en amplio intervalo, por casticista. En el próximo epígrafe estudiaremos cómo la utilización de elementos *productivos* para la construcción identitaria cayó en contradicciones muy semejantes a las comentadas en este apartado *cronográfico*.

ANEXO AL CAPÍTULO 13 Identificación e interpretación historiográfica de los episodios del pasado español considerados como más relevantes para la construcción psico-sociológica de la identidad nacional según los textos del regeneracionismo

13.1. ALMIRALL	
Prehistoria	
Romanización	
Visigodos	
Árabes	
Reconquista	Autoritarismo castellano y descentralización catalano-aragonesa
RRCC	
América/Europa	Episodio más glorioso de la raza castellana
Austrias	[antagonismo entre individualismo español y raza teutona]
Borbons	Teología, el papismo, escolástica o inquisición como rasgos de absolutismo e intolerancia religiosa que provocan guerras con Europa
G. Independencia	Continuación de centralismo monárquico
Liberales	Fernando VII abolió el Código de Cádiz y extrema la reacción absolutista Fanatismo religioso y absolutista de carlistas es símbolo de unión entre regiones que aspiran a descentralización (divide a la opinión pública y afianzar la dominación castellana).
Sexenio	
Restauración	Corrupción de políticos de Restauración
1898	[edición anterior]
Actualidad	

Estado de decrepitud y de decadencia continua

13.2. MALLADA		
Prehistoria	Raza latina	Incorporación de rasgos por diferentes invasiones
Romanización		
Visigodos		
Árabes	Árabes incorporan fatalismo	
Reconquista		
RRCC	Expulsión de árabes y judíos supone decadencia de agricultura y artes	
América/Europa	No es tan importante emigración a nuevo mundo	Fatuidad y orgullo crecen con los reverses (condición española no aprender de errores)
Austrias	Inicio de decadencia	
	Santo oficio y despotismo (Felipe II) retrasa instrucción de masa populares	
	Poderío transitorio por no estar fundamentado en intereses comunes de pueblos	
Borbones	Guerra de Independencia sólo para que optimistas canten glorias nacionales	
G. Independencia		
Liberales	Importación de Revolución Francesa para terminar con absolutismo Buen inicio de Isabel II: funcionarios cumplen con su deber (con un rescoldo de énfasis y quijotismo de fantasía nacional) Guerra Carlista posibilidad pérdida de regeneración nacional País desconoce a sus gobernantes y estos desconocen necesidades de Estado	
Sexenio	Relativa modernización. Concencia del atraso civilizador (crisis agrícola y ganadera)	Complicación de burocracia y administración de espíritu patristico y de moralidad
Restauración		
1898	[edición anterior]	
Actualidad		

13.3. GANIVET		
Prehistoria	Sin unidad de carácter	
Romanización	Senequismo. Cristianismo español (civilizador y regenerador de hombres cultos)	Períodos de expansión del espíritu
Visigodos	Pre-helénicos y arios: nada que ver en cristianismo español	
Árabes	Influencia psicológica fundamental del arabismo (misticismo y fanatismo)	
Reconquista	Originalidad y fecundidad del espíritu (acción por encima de palabra)	
RRCC	Mantenimiento de expansionismo por miedo a pérdida de privilegios forales. Isabel forja Castilla sin preceptos legales ni fuerza y sí realidad de hechos para el pueblo (espíritu jurídico). Espíritu territorial crea dos naciones	Períodos de expansión del espíritu
América/Europa	Expansión del espíritu por búsqueda de independencia (tb. Europa). Consecuente ruina interna. Pérdida de genios (de obras e influencia potencial). Comportamiento como nación expansionismo (expansión histórica)	
Austrias	Empleo de fuerza (no catolicismo) embota país. Centralización provoca retroceso en artes por falta de ambiente homogéneo. Carlos I política moderna (pero continental), comuneros tradicionalistas. Felipe II es español y poco flexible en el ideal. Idea de grandeza por expansión geográfica (pero lo permanente es península no colonias)	
Borbones	Parecido a Austrias	
G. Independencia		
Liberales		
Sexenio		
Restauración		
1898		
Actualidad	Estado de latencia de espíritu y confianza en porvenir	

13.4. ISERN				
Prehistoria				
Romanización				
Visigodos				
Árabes				
Reconquista	8 siglos de lucha del pueblo por su religión y su patria: elemento religioso constituye psicología o espíritu público y su actividad			
RRCC		Siglos resueltos por criterio religioso: servicio a Dios con corazón y voluntad y a rey con valor y espada	Controversias en torno a escolástica y teología (pervivencia de actividad de espíritu público)	Despreocupación por regeneración física, higiene y gimnasia. También por educación de facultad anímica, moral e intelectual.
América/Europa				
Austrias	[Carlos I: inicio de problemas de hacienda pública: llegan a actualidad]			
Borbones	Modificación de la atmósfera social: preparación para introducción de ideas utilitaristas			
G. Independencia	Levantamiento de nación como un solo individuo (compenetración individuo-sociedad)			
Liberales	Influencia de Bentham (1826-1945, empieza en Salamanca e influye de forma distinta en cada provincia); sustitución progresiva de ley moral por naturalismo, egoísmo y utilitarismo (Revolución). Supone liberalismo político económico y antirreligiosidad (sensualismo, culto al cuerpo y a las satisfacciones) Cambio de régimen sólo en formas (de absolutismo de rey al de la oligarquía caciquismo frenado sólo por voluntad de sus miembros)			
Sexenio				
Restauración	Krausismo y positivismo desde cátedras estatales infieren heridas mortales a razón y libertad humanas Reanimación de espíritu público en conflicto de Carolinas, Marruecos y albores de guerra con EEUU			
1898	[Desastre traumático: culpa de políticos por corrupción, falta de previsión, egoísmo, etc.]			
Actualidad	Desaprensión en política: afecta y ser y porvenir de patria			

13.S. MACÍAS	
Prehistoria	Forja de carácter por unión de iberos y razas mediterráneas (arios, camitas y semitas). Casticismo ibero: base de asimilación de culturas superiores y rechazo de no asimilables por nacionalidad
Romanización	Genio español aporta al Imperio Romano. Imperio romano aporta al genio español artes, oficios, etc.
Visigodos	Primer centralismo y oligarquía (estado psicológico del pueblo semejante a 98). Sin efecto en mentalidad
Árabes	Incorporan mezcla cultural y racial del genio oriental. Forja de tipo árabe cristiano (creación de instituciones políticas)
Reconquista	
RRCC	Iglesia y patria fundidas en una. Felipe e Isabel encaman la fisiónomía nacional.
América/Europa	Objetivos nacionales liberalismo, municipalismo, fin de reconquista.
Austrias	Comuneros reacción defensiva frustrada (por individualismo y estado revolucionario temprano). Politización del cristianismo (fuente de nacionalidad). Teutonismo (ambicioso) como enfermedad. in proyecto De progreso, centralización administrativa, eliminación de casticismo e intolerancia. Sólo Carlos I y Felipe II a la altura (no resto de Austrias). Tipo español soldado y aventurero.
Borbones	Intento reforma de reyes filósofos Borbones. Cambio de perspectiva extranjera por otra en alma nacional.
G. Independencia	Reformas anuladas por movimiento espontáneo nacional ante invasión francesa.
Liberales	Sin respeto a factores naturales en beneficio de políticos (regionalismo). A francesamiento y teutonismo político. No aparece hombre de genio
Sexenio	Teutonismo de políticos. No aparece hombre de genio.
Restauración	
1898	
Actualidad	Restauración negativa (heredera de teutonismo= caciquismo). Necesidad de emergencia de una gran hombre que no lo ha hecho. Buen ejemplo en cámaras de comercio y agrícolas

13.6 MAEZTU	
Prehistoria	
Romanización	
Visigodos	
Árabes	
Reconquista	
RRCC	
América/Europa	Despoblación del suelo patrio en colonización
Austrias	(Inicio decadencia)
Borbones	
G. Independencia	
Liberales	Forja nacionalismos periféricos
	Parálisis de vida nacional (romanticismo antes que industrialización)
Sexenio	
Restauración	
1898	Guerra (iniciada por supuesto de justicia) supone final del argumento de España histórica
Actualidad	Parálisis nacional
	Período burgués de incubación de agitación obrera

13.7. MOROTE			
Prehistoria	I. ibio-iberos africanos primitivos pobladores (carácter independentista)	Carácter independiente y resistencia: incluye desde los primeros tiempos (hasta actualidad -militarismo). Aún así industrialidad hasta grandes guerras.	
Romanización	Militarismo e independencia celtibera desde las guerras de Vercano		
Visigodos	Carácter independentista en contacto con espíritu germánico		
Árabes	Sin idea de patria, sólo lazo religioso (individualismo bárbaro)		
	Independientismo pero también separatismo interno (tb. entre árabes y por común origen).		
	Antes de invasión árabe no hay idea de patria; regiones pelean por sí solas		
Reconquista	Tb. es reconstrucción orgánica de la nación		
RRCC	España como idea y como patria. Instituciones ajustadas a carácter, unidad de cuerpo social y fin de anarquía Cataluña y Castilla frente a frente		
	Fallo en unión fundada en religión (expulsión de judíos y árabes e inquisición -fuerza de selección destructora y al revés por exterminio de los más aptos y fuertes para trabajo)		
América/Europa	Despoblación peninsular (tb. por limpieza de sangre) antes de formación de nación (raquitismo, muerte de instituciones locales) Talante comercial, político y religioso (exceso de clérigos, mala administración) explica diferencias de éxito con colonialismo anglosajón		
Austrias	No se respeta diversidad de cuerpo social (centralismo) Estrangulamiento de genio nacional (extranjerismo administrativo, revolución Comunidades) unido a separatismo caracteriológico (guerras internas de Cataluña 1640-1658 y Portugal, 1640)		
Borbones	Renacimiento con Carlos III (Conde de Arana, Pedro Albea) Buen momento para espíritu español por iniciativas modernizadoras del rey culto.		
G. Independencia	Afirmación de personalidad nacional, pero cronifica el militarismo (tb. Guerras Carlistas)		
Liberales	Cortes de Cádiz: sacudida mental y personalidad europea Fernando VII abole Código de Cádiz: las 2 razas españolas enfrentadas		
Sexenio	Sucesivos pronunciamientos producto de militarismo Revolución del 68 es la más importante y trascendentes: hace pensar por 1ª vez al anémico cerebro español por ser intelectual. Problemas por ser revolución militar e idealismo de sus hombres (no gobenantes) Rebote militarista con Guerra de África		
Restauración	Derrotación de Prim (revolución con su carácter y genio, pero nación toma poder sin mayoría de edad) 1876-93: Período de unidad y paz (sin Guerras y Exposición de Barcelona) Aparente desaparición de militarismo de conciencia nacional		
1898	1893-: reaparición (humor guerrero) por Guerra Melilla (pérdida de fama de valentía) Militarismo lleva a Guerra de Cuba (Cánovas responsable) Fin de Imperio español (pero no del pueblo)		
Actualidad	Pueblo asombrado y escéptico por seguir responsables de desastre en poder Clases industriales, agrarias y mercantiles piden reformas regeneracionistas (Cámaras de Zaragoza). Clases neutras se convierten en agentes de vida nacional [Retrato de Silvela: no cumple su palabra de renovación]		
		Evolución del carácter e idea de cada nación en Castilla, Aragón, Navarra y Cataluña (Unidas bajo el mismo estado bajo principio de igualdad): Austrias rompen esa igualdad: España se hace castellana porque allí imponen capitalidad (circunstancial). Ocasión perdida para ser organización política superior (desbaratada por espíritu de tiempo y falta de ciencia política de gobernantes)	
		20 jefes de estado entre 1812 y 1885: caracterizados por predominio o entronizamiento de señor o amo en un general	
		Siglo XIX: lucha entre España nueva y antigua (remontable a Reconquista): sociedad en formación inconsciente	

13.8. COSTA			
Prehistoria			
Romanización			
Visigodos			
Árabes			
Reconquista			
RRCC	Constitución de nacionalidad (principia tb. el engaño de políticos por extensión territorial)		
América/Europa	Decadencia: Colón y lotería del nuevo mundo	Perspectivas de grandeza e imperio universal: falta de prudencia política de la raza para resistir	Cuatro siglos de decadencia (desde muerte de Cisneros)
Austrias	Decadencia por expulsión de intelectuales por motivos religiosos y conquista de américa Matrimonio de Juana la loca por expectativas europeas		
Borbones			
G. Independencia			
Liberales	Intento de constitución para gobierno pr nación		
Sexenio			
Restauración			
1898	Trágico desenlace de la decadencia de cuatro siglos		
Actualidad	Necesidad de constitución más humilde y primitiva que la de 1520 y 1808: refundar España como si nunca hubiese existido		

13.9. UNAMUNO			
Prehistoria			
Romanización	Romanismo en lengua romance (intrahistórico pasa de pensamiento a lengua castellana)		
Visigodos	Bárbaros: regeneración de cultura europea decadente		
Árabes			
Reconquista	Reconquista: origen de sentimiento patrio (presión de invasores en montañas). Origen de sociedad civil (toma carácter de conquistadores: lealtad a caudillo e igualdad entre compañeros) Alfonso XII, Fernando III: Romance castellano	Espíritu centralizador y expansivo de Castilla (sale de sí para imponer idea de unidad); define devenir político, inhibe conciencia histórica de otros centros españoles (inculca catolicismo y unidad)	¿Ambiente forja espíritu o espíritu aprovecha ambiente?: Reconquista, Nuevo Mundo, rey extranjero
RRCC	Forja de naciones modernas: Castilla y proyecto de unidad española (vs otras naciones). Emergencia de espíritu castizo Monarquía absoluta por oposición de pueblo a señores feudales (primera fuerza unificadora)		
América/Europa	Expresión de mercantilismo y saqueo (Pizarro) y misión salvadora (Las Casas) en alma española		
Austrias	Inicio de etapa hca. (seudocasticismo, decadencia) Carlos I acelera individuación Interrupción de cultura del XVI Paso de la acción al pensamiento (Siglo de Oro) Misticismo (mórbido por humanismo) Fanatismo Ordenacismo: dique de anarquía; individualismo excluyente, pasa a ley externa; se refleja en familia Extenuación en paz armada y aduanas Fracaso al ahogar otros espíritus nacionales (Contrarreforma vs. Reforma)		
Borbones			
G. Independencia	Renacer de vida nacional. Importancia de honor e independencia nacional		
Liberales	Cortes cádiz: Martínez Merino y Quintana reivindican nacional español en clave francesa tras Guerra de independencia.		
Sexenio	Prim como agitador dentro de lo histórico El pueblo se revela contra ella (movimiento intrahistórico más europeo que nacional), pero luego se cristaliza	Trabajadores ajenos a acontecimientos políticos	
Restauración	Reaparición de Inquisición interna		
1898	[edición anterior]		
Actualidad	Intentos de desenterrar pasado en busca de genuino español (-) Resurgir de ideal humano: individualidad y solidaridad humana universal (+)		

13.10. ALTAMIRA	
Prehistoria	
Romanización	
Visigodos	
Árabes	
Reconquista	
RRCC	
América/Europa	
Austrias	Decadencia por rasgo antipatriótico (no cree en aislamiento cultural) Importancia de Ambición de Felipe II. También momento de hispanofobia
Borbones	
G. Independencia	
Liberales	Momento de hispanofilia internacional
Sexenio	
Restauración	Polémica de ciencia en España positiva para hispanofilia
1898	Decadencia por circunstancia, hispanofobia y prejuicios por Cuba. Pesimismo por y creencia en incapacidad para modernidad.
Actualidad	Antes regeneración por carácter de hombres del 98. Decadencia circunstancial ahora. Sustitución de cualidades por defectos vencida por unos pocos.

CAPÍTULO 14

EL ELEMENTO *PRODUCTIVO*: LA
MATERIALIZACIÓN DE LA SUBJETIVIDAD
NACIONAL

INTRODUCCIÓN

Como hemos señalado en ocasiones anteriores, el ámbito *productivo* condensa los signos, herramientas o instrumentos físicos y simbólicos en los que se expresan y se preservan materialmente la autenticidad, peculiaridad y potencialidad inherente al colectivo. Productos socio-culturales como el arte, los cultos y ritos, el lenguaje y ciertas costumbres e instituciones circulan en el seno del colectivo y regulan y fomentan todo tipo de transacciones materiales o simbólicas. En último término, esas transacciones se estabilizan explícita o implícitamente y terminan codificando las aptitudes, normas y labores compartidas formal o estructuralmente por los sujetos que componen el grupo. En principio, las referencias del regeneracionismo a esos circuitos socio-culturales deberían relacionarse con la elaboración, tácita o explícita, de una teoría de la cultura nacional. Así, indicios que se refieren a ese espacio de transacciones encontramos, al menos, en tres sentidos, aunque también haya que señalar que el término "cultura" no aparece explícitamente en ninguno de los textos del regeneracionismo y, de hecho, su uso disciplinar no empieza a ser habitual en el ámbito intelectual español hasta bien entrado el nuevo siglo.

El primero de los sentidos en los que aparece la sensibilidad culturalista del regeneracionismo tiene un cariz ambientalista. Aquí el ámbito *productivo* se relaciona con aspectos puntuales del ámbito *topográfico* y *cronográfico*. Las alianzas con el primero definen una función identitaria de carácter *escenográfico* que acota el espacio normativo y estable de convivencia socio-cultural. A diferencia del geoclimático, la estabilidad de ese ambiente cultural se mantendría en un precario equilibrio espacio-temporal. De hecho, el cambio es inevitable en él, aunque las coordenadas por el que transcurre remiten más bien a la función activa de los aspectos *cronográficos*. En el capítulo precedente hemos ido viendo los aspectos y mecanismos que delimitaban las fases de desenvolvimiento histórico y, paralelamente, el progreso social del colectivo nacional —valga decir ahora panorama cultural—. Desde el punto de vista

epistemológico, esas coordenadas historiográficas y sociológicas vienen a sustituir la falta de una verdadera teoría de la cultura en el discurso regeneracionista. En su lugar, historia y sociedad establecen la tensión normativa (preservación, cambio, adaptación, selección, lucha, colaboración, etc.) entre el ambiente moral, definido habitualmente en términos peculiares, populares y costumbristas, y el ambiente legal, delimitado por medidas homologadas, universales y modernas.

El segundo sentido del fenómeno cultural aparece bajo una alternativa mucho más estable y en estrecha relación con aquellos elementos *antropográficos* que cumplen funciones de *agente*. Es la idea de cultura espiritual la que aparece, por ejemplo, en Ganivet o Isern cuando plantean que la combinación peculiar del producto religioso, científico, artístico, lingüístico, moral, jurídico, militar, económico, etc. conjuga el alma, la actuación y fines específicos de un pueblo. Para Ganivet el espíritu territorial funcionaría como médula, pero la religión como el cerebro, el espíritu guerrero como el corazón, el jurídico como la musculatura y el artístico como la red nerviosa que unifica y mueve el cuerpo nacional. Tal y como lo ve Ganivet, religión, arte y ciencia son las fuerzas constituyentes del alma, labores e ideal de un país. En las naciones europeas esas fuerzas corresponden con una estructuración básica y heredada de la antigüedad: la religión hebreo-cristiana, el arte griego y la legislación romana. La integridad de funciones de una nación concreta se rige por la disposición de las fuerzas y la hegemonía de una sobre el resto. La fuerza dominante está alojada en el ideal de cada raza: ahí se distingue el carácter determinante de cada nación y su papel en la Historia o comedia universal. Como el resto de los países europeos, España recogerá la herencia cristiana y grecolatina, pero a la hora de servir al ideal, la combinará de una manera particular por su cualidad diferencial de clima, raza, entendimiento, comprensión o genio. Como hemos señalado, la propuesta combinatoria de Ganivet también será recogida por Isern. El autor de *Del desastre nacional y sus causas* seguirá muy de cerca las propuestas de Lazarus al plantear que "*Por esos elementos [arte, ciencia, costumbres, etc.], principalmente se diversifican en su actuación las psicologías de los pueblos, al constituir el espíritu público; pues si bien es cierto que el fondo de todo espíritu público es, cuanto estos elementos, uno mismo, también ha de reconocerse que no entran en la misma cantidad, proporción y medida estos elementos en la constitución del objeto de la psicología social*" (Isern, 1899; p. 364).

Como bien muestran los casos de Isern y Ganivet, la identidad peculiar de cada pueblo aparece, por tanto, muy ligada a la diferencia de peso y la diversidad de los productos culturales en el seno de la subjetividad colectiva. La combinación específica no es banal, arbitraria o anecdótica, ya que en ella se revela la esencia y potencia de la arquitectura identitaria. En estos casos, la identificación entre el principio identitario y el producto cultural es tan cerrada que es difícil desligar uno de otro. En cualquier caso, lo más habitual en el discurso regeneracionista es que el producto cultural se convierta en la herramienta mediacional o el emergente objetual por excelencia. Como en el caso de la noción de pueblo –

a la que, por otro lado, está estrechamente ligada—, tras esta concepción de cultura se ubicaba la *acción* de determinantes identitarios mucho más primarios; es decir, el *agente* racial, espiritual, psicológico o geoclimático. El propio Isern lo consigna cuando considera que las instituciones, creencias o artes sociales representan un conjunto de ideas, sentimientos, costumbres y modos de pensar; es decir, transportan la impronta del espíritu, genio, carácter o psicología nacional. Por esta vía alcanzamos, evidentemente, el tercer y último sentido de lo cultural y, con él, la función identitaria connatural al elemento *productivo*: nos referimos, por supuesto, a la función de *agencialidad* que se engasta en la cultura material. En este capítulo nos centraremos fundamentalmente en ella.

14.1. LAS FUNCIONES MEDIACIONALES DE LAS AGENCIALIDADES COLECTIVAS

Hay que recordar que los fundamentos de la estructura identitaria se localizaban en zonas abisales (inconscientes o subcorticales) de tal manera que, según la psico-fisiológica de la época, en el nivel consciente o cortical sólo era posible rastrear introspectivamente algunos procesos psicológicos directivos. En realidad, las posiciones psico-sociológicas señalaban la posibilidad de adquirir mayor precisión analítica en el estudio de la subjetividad colectiva atendiendo a sus actividades. Las manifestaciones externas de su potencialidad, autenticidad y peculiaridad podían ser rastreadas privilegiadamente en la historia pasada. De hecho, nuestro análisis del elemento *cronográfico* nos permitía detectar funciones de *agencialidad* tras las grandes gestas históricas o las figuras arquetípicas; medios a través de los que se manifestaba o actuaba la identidad española.

Pero el grado máximo de estabilidad y externalidad identitaria va a venir de la mano de los productos culturales. En el discurso regeneracionista, estos van a presentar un cariz fundamentalmente simbólico e institucional aunque mucho más preciso, concreto y accesible a la exégesis que los intangibles productos historiográficos. Las preferencias de los pensadores finiseculares por este tipo de *agencialidad* estarán apoyadas, además, por la exaltación de lo intrahistórico; una sensibilidad que, en principio, permitía apartar la hueca, efímera, pero inevitable, suntuosidad de la gesta histórica en beneficio de artefactos culturales como artes, ciencias o costumbres populares. Este tipo de instrumentos aparecían preñados de autenticidad y persistencia identitaria, de tal manera que podían ser considerados como una verdadera materialización de la psicología o mentalidad nacional¹. En esa línea, Unamuno llegó a rechazar explícitamente el uso de la intuición como método de conocimiento del carácter, proponiendo en su lugar el estudio de las propias obras culturales, sobre todo de las artísticas y, muy particularmente, de las literarias. En ellas podía detectarse la importancia de los hechos vivos o la verdad activa de los hábitos que conjugaban ciencia y acción.

Hay, sin embargo, diferentes precisiones que realizar a propósito del conglomerado de instrumentos y herramientas en los que los regeneracionistas se basaron para deducir los rasgos peculiares, potenciales y auténticos del pueblo español. Un criterio mínimo para ordenar el campo supone tener en cuenta los fines mediacionales a los que respondieron aquéllos. Siguiendo la misma metodología empleada en el epígrafe dedicado a la *cronografía*, los fines adaptados a lo *productivo* reflejan la expresividad de la identidad (manifestación de autenticidad y peculiaridad) y dividen los potenciadores en dos. Por un lado, aparecen los potenciadores-cohesivos (tendencia a la unión) y, por otro, los potenciadores-impulsores (tendencia potencial al desarrollo y al progreso). La ambigüedad identitaria de estos últimos vendría a sustituir las connotaciones negativas que los fines latentes y represivos adquirirían en el análisis *cronográfico*. Los fines fundacionales desaparecen del análisis *productivo*.

Por otro lado, también hay que sopesar la tensión identitaria generada en torno a la concepción ambiental del producto o fenómeno cultural. Aquí las alternativas de clasificación son dos. Ofrecen, por un lado, un espacio para aquellos artefactos culturales normalizados bajo la consigna de la racionalización, el progreso y, en definitiva, la universalización de la identidad colectiva. Por otro lado, se acota el dominio de las obras aparentemente generadas a través de la espontaneidad y la emoción popular; las mismas que, implícitamente, preservarían la clave de la peculiaridad colectiva. A partir de esos criterios, el cuadro que sigue ordena todos los productos simbólicos e institucionales manejados por los regeneracionistas en su aproximación a lo que venimos denominando cultura material. Por supuesto, los criterios no son en ningún caso excluyentes (todos los productos los comparten en alguna medida), por lo que en las intersecciones sólo se reflejan los productos más representativos.

Tabla 14.1. Los productos culturales manejados por el regeneracionismo y sus fines identitarios

		FINES MEDIACIONALES DE LA AGENCIABILIDAD		
		Expresivos (autenticidad y peculiaridad)	Potenciador-cohesivos (unidad)	Potenciador-impulsores (potencialidad)
TIPO DE PRODUCTO CULTURAL	Artefactos normalizados y universales	—	Ejército (defensiva) Legislación	Ciencias académicas (humanas y naturales)
	Obras espontáneas y populares	Artes académicas (literarias y pictóricas)	Religión	Filosofía moral
		Artes populares (oral)	Costumbres	—
		Lenguaje		

La tabla recoge los nueve productos culturales que en los textos del regeneracionismo resultaron fundamentales para sopesar la existencia y recursos de la identidad nacional. Al menos sobre cuatro de ellos ya había llamado la atención la Psicología de los pueblos de Lazarus y Steinthal: la religión y el arte

¹ En realidad, ante este tipo de productos también cabe cierto talante *cronográfico*, aunque, más que con la historia, tendría que ver con la arqueología, la prehistoria, la filología o el folclorismo. Los regeneracionistas, como era su norma, no entraron a dirimir ese tipo de sutilezas

(expresiones del componente afectivo emotivo), la ciencia en tanto que trasunto de la mitología (expresión del elemento intelectual), las costumbres (vertiente motivacional o práctica) y el lenguaje (articulación del conjunto de la cosmovisión colectiva). En realidad, las restantes no son más que sucedáneos o variantes de las principales: las artes académicas de las populares, las instituciones legislativas y militares de las costumbres, y la filosofía moral de la combinación entre ciencias y costumbres. Las nueve, en cualquier caso, adquieren importancia específica en nuestro análisis, bien porque los regeneracionistas no las ajustan a la estructura psico-sociológica ofrecida por las autoridades decimonónicas, bien porque nuestros criterios metodológicos obligan a extraerlas para un tratamiento diferencial.

En relación con estos dos últimos aspectos, hay que señalar que cuatro de los productos que ocupan intersecciones criterios y nucleares del cuadro (sombreados en gris) que se articulan paralelamente al esquema psico-sociológico de Lazarus y Steinthal, si bien artes y costumbres populares (cruces puros de popular-emocional por expresivo y por cohesivo) se localizan entre los productos primarios, y ciencias académicas e instituciones legislativas y militares (cruces puros de normalizado-intelectual por cohesivo y por impulsor), entre los sucedáneos de los mitos y las costumbres. Pero los cinco productos restantes no se ajustan exactamente a las rejillas aisladas por las dos directrices analíticas propuestas. La ambigüedad de fines o dominios culturales impregna, al menos, la mitad de los instrumentos culturales analizados habitualmente en el discurso regeneracionista. En realidad, el lenguaje y la religión, entre los productos culturales primarios, y la filosofía moral y las artes académicas, entre los secundarios, fueron los elementos de tránsito con los que los regeneracionistas intentaron resolver algunas de las contradicciones teóricas y, sobre todo, valorativas, a las que se veían abocados en su construcción identitaria. Las razones y consecuencias de unas y otras ubicaciones es algo que iremos desvelando en el análisis pormenorizado de cada producto. En los siguientes epígrafes afrontaremos esta tarea siguiendo la directriz ofrecida por los tres fines mediacionales y volviendo, eso sí, a los dominios culturales cuando nuestro argumento lo demande.

14.2. LOS PRODUCTOS POTENCIADORES IMPULSORES: LAS CIENCIAS ACADÉMICAS

Empezamos nuestro análisis por este tipo de productos porque explican buena parte de la lógica con la que se articularon los fines implicados en los otros dos. Son los únicos que calibran la bondad y calidad identitaria a partir del lugar que los índices de desarrollo científico, intelectual y, por ende, material ocupan en el baremo internacional. Puestos a precisar métodos de valoración universales, la intrahistoria de Unamuno exigía criterios cuantitativos y formalizados matemáticamente para un adecuado estudio y comprensión del desarrollo científico e, incluso, artístico. De hecho, Unamuno creía que no existía la posibilidad de hablar de ciencia nacional porque ésta tendía perpetuamente a la universalidad de

lo humano. En sus propias palabras: "*De puro sabido se olvida que la representación del mundo no es idéntica en los hombres, porque no son idénticos ni sus ambientes ni las formas de su espíritu, hijas de un proceso de ambientes. Pero si todas las representaciones son diferentes, todas son traducciones de un solo original, todas se reducen a unidad, que si no los hombres no se entenderían, y esa unidad fundamental de las distintas representaciones humanas es lo que hace posible el lenguaje y con éste la ciencia.*// Como cada hombre, cada pueblo tiene su representación propia, y en la ciencia se distingue por su preferencia a tal rama o tal método, pero no puede en rigor decirse que haya ciencia nacional alguna" (Unamuno, 1902/1996; p. 55).

Otros autores como Isern no llegaban al extremo desnacionalizador de Unamuno, pero sí consideraban que la influencia en el extranjero era el método fundamental para estimar el grado de desarrollo nacional. Según opinión del autor de *Del desastre nacional y sus causas*, a ese examen España sólo podía concurrir con algunas de sus manifestaciones artísticas. Era una manera de reconocer el escaso alcance o impacto internacional de la ciencia española y de denunciar los límites del intelecto nacional y su capacidad potencial para alcanzar el tren del progreso europeo. Bien es cierto que Isern percibía el industrialismo y el utilitarismo como una amenaza potencial para la cultura, pero ése era el tipo de aspectos en los que el resto de los regeneracionistas, sobre todo los más afines al positivismo, cifraban la gravedad del atraso nacional. Así, autores como Mallada, Costa o Maeztu son los que más insistieron en la necesidad inaplazable de poner la ciencia y, por ende, la economía, industria y comercio, a la altura del desarrollo europeo. Maeztu llegaba a considerar que sólo las sociedades más avanzadas desde el punto material podían permitirse pensar en los placeres procurados por la creación de otros productos culturales; muy particularmente, por el arte y la belleza.

Sin embargo, una tarea previa a la consecución de ese objetivo era elaborar una nómina mínima de las materias científicas más relevantes y establecer la relación de su nivel de desarrollo con la psicología y el carácter nacional. Es cierto que un autor como Unamuno descartó la existencia de aptitudes especiales señalando que si existían preferencias por unas u otras ciencias en cada pueblo era debido a circunstancias ambientales concretas. Éstas impedían una adecuada elevación del espíritu hacia lo puramente abstracto y condicionaban, por ejemplo, la tendencia de Francia hacia la Sociología, la de Inglaterra a la Economía o, incluso, la mala disposición de España hacia la Ciencia Natural y la Matemática. En cierto sentido, a esa línea "ambientalista" se unía Mallada cuando afirmaba que las envidias y críticas impedían el desarrollo del talento científico en España. Sin embargo, en el ámbito *productivo* esas posiciones no eran las más habituales.

Fue el propio Mallada quien, desoyendo alterativas contextuales, llamó la atención sobre el hecho de que un país, al igual que un individuo, no podía destacar tanto en las obras del espíritu como en las de la materia, aunque pudiera contar con ingenios en todos los ramos de actividad humana. Partiendo de la

diatriba clásica, apuntó que en los países anglosajones primaban aptitudes relacionadas con el desarrollo material y la búsqueda de la verdad sobre la de la belleza; es decir, la inteligencia típica de un espíritu más reflexivo y la previsión asociada a un ánimo más reposado. Por eso estos pueblos destacaban en cuestiones como el cálculo y las ciencias experimentales y de observación. Por el contrario, en los pueblos latinos predominaban la fantasía y la imaginación sobre el raciocinio; es decir, aptitudes relacionadas con el desarrollo espiritual y orientadas a la búsqueda de la belleza. Lo estrictamente teórico desplazaba a lo práctico e impedía el florecimiento de las artes industriales y el comercio.

Sobre ese marco general, los regeneracionistas establecieron las condiciones específicas de la ciencia española. Entre las disciplinas más desarrolladas se destacan sobre todo Ciencias Humanas como la Historia y la Sociología, señaladas por Altamira, o las Ciencias Jurídicas, apuntadas por Mallada. A ellas se añadían difusas disciplinas especulativas como la crítica literaria, señalada por Isern, o los comentarios escolásticos, apuntados por Unamuno. Marginalmente, Mallada se atrevía incluir la medicina y la tecnología ferroviaria. Pero las Ciencias Prácticas y Aplicadas, y con ellas las Naturales eran, precisamente el paradigma del subdesarrollo *productivo*. Entre éstas se encontraban las Matemáticas, señaladas por Altamira y Unamuno, o la Física, también incluida por Altamira. Isern introduciría la Historia dentro de este último grupo, aunque lo más significativo fue la inclusión por no pocos autores de la gran disciplina integradora: la Filosofía. Altamira lo hace genéricamente, mientras que Unamuno señala sus deficiencias inductivas en el caso español. Ganivet e Isern señalarán la tendencia de la filosofía nacional a reproducir las consignas del tomismo escolástico —así lo demostraban las obras de Suárez, Victoria, Soto, Puigserver o C. González— o las tesis de Krause, Hegel o Nietzsche entre otros autores germanos.

Altamira fue el autor más preocupado por explorar los recovecos de esos desequilibrios disciplinares. Más que ningún otro autor, creía que estudiar de forma diferencial las aportaciones científicas españolas permitiría revelar las leyes generales de nuestro pensamiento. Las ramas del conocimiento fijadas con más generalidad darían la modalidad fundamental en el espíritu español. Sin embargo, a la hora de extraer del acervo español rasgos intelectivos que pudieran considerarse positivos, Altamira tuvo que limitarse a zonas excéntricas del dominio cognitivo. Altamira señaló el criticismo (la libertad del sujeto frente a las autoridades científicas), el realismo (la especulación ligada a problemas de vida práctica), la intuición y la iniciativa (hipótesis y afirmaciones adelantadas cientos de años a su tiempo y luego confirmadas), o el armonismo (unión de doctrinas contrarias), cualidad, esta última, que también detectaba Macías. Unamuno, todavía más alejado del espectro cognitivo, añadió a esa lista el individualismo místico o la tendencia al humanismo y al universalismo. En cierto sentido, los ribetes pasionales escondidos tras aquellos rasgos eran los mismos que lastraban gravemente el desarrollo científico. Concretamente, Mallada, Isern y Morote observaban su efecto en el escaso desarrollo de los

sentidos y la capacidad de observación, la impaciencia para la investigación y, con mayor importancia, la imitación y falta de originalidad respecto del baremo europeo de desarrollo y progreso.

Mallada pretendía que sólo algún genio individual podía escapar a esta tónica general, hipótesis que otros regeneracionistas intentaron desproveer de sus aspectos más fortuitos y ganar para la propuesta de una nómina de personajes arquetípicos de la raza nacional. Paralelamente a las escasas disciplinas rescatadas del atraso científico general, en el listado de figuras fueron apareciendo historiadores y lingüistas como Menéndez Pelayo o Hervás y Panduro, el primero mencionado por Altamira e Isern y el segundo por Unamuno; clásicos de la filosofía nacional como Balmes, Comellas, Raimundo Lulio o Luís Vives, todos mencionados por Isern; médicos antropólogos como Salillas o Letamendi, apuntados, respectivamente, por Altamira y Ganivet; y políticos progresistas, como Castelar, Echegaray o, incluso, el propio Costa, los dos primeros mencionados por Ganivet y el último por Altamira. Sin embargo, el establecimiento de tal nómina no descartó la percepción generalizada de atraso en materia de invención y descubrimiento científico. Ganivet consideraba que la peculiaridad del espíritu español impedía que las ciencias de aplicación arraigaran en España. Desde su punto de vista, existían hombres de ciencia pero eran de inteligencia mediocre o, siendo geniales, se sentían arrastrados hacia las alturas del arte o la religión. Menos generoso con el panorama científico nacional, Mallada argumentó que éste se limitaba simplemente a presentar la traducción o imitación de las novedades científicas internacionales.

Algún autor como Altamira estaba dispuesto a respetar, en cierta medida, la estrategia imitativa. Al fin y al cabo, las notas propias de la psicología nacional parecían "(...) darse aún en los periodos de mayor decadencia y se evidencian en la preferente asimilación de las doctrinas extrañas que mejor concuerdan con ellas (...)"; sin embargo, esto sólo era un síntoma de que se podía "(...) confiar en la enorme fuerza sugestiva que el entronque con la tradición podría tener sobre el pensamiento nacional moderno, vivificado, en otro sentido, por la libertad y el rigor de la investigación filosófica contemporánea" (Altamira, 1902/1998; p. 120). Como bien se infiere de estas mismas palabras, la importación de la doctrina extranjera sólo podía ser contemplada como mal menor y siempre dentro de los límites de la propia tradición nacional. Y es que desde los mismos orígenes del género regeneracionista todos los autores sospecharon de la pertinencia y validez de la imitación del pensamiento científico extranjero. Para Mallada esa medida se producía con desigual suerte —hablaba de primores y aberraciones— en las diferentes actividades y ámbitos intelectuales; desde la ciencia hasta el arte, pasando también por el ejercicio de la política. Más radical es la crítica de Almirall, para quien la imitación de lo extranjero era el mejor síntoma de que la inteligencia y la vida científica española era pobre y miserable y estaba lastrada por una debilidad crónica que la incapacitaba para las grandes concepciones. Almirall ejemplificaba esa situación destacando cómo a pesar del gran número de abogados y teólogos existentes en el país no había grandes obras del género. De ahí la imposibilidad de renunciar a las traducciones.

Como bien se muestra incluso en el positivismo primerizo de las dos obras fundacionales, la estrecha relación entre mentalidad nacional y producto científico impedía que la "imitación" de lo ajeno fuera un recurso psico-sociológico válido para modificar e impulsar el desarrollo científico. Aquella conexión caracteriológica determinaba *a priori* cualquier ubicación posible de la nación en el baremo de desarrollo internacional. Por eso, el diagnóstico del regeneracionismo fue, desde el extremo tradicionalista de Isern —que sigue a Nordau en este punto— al positivista de Costa, que la cultura científica española estaba abocada a un estado de decadencia o degeneración progresiva. Sin embargo, a pesar de reconocer las carencias y el subdesarrollo caracteriológico español para las materias científicas más importantes, los regeneracionistas tuvieron que matizar o paliar la posibilidad de un pesimismo sin alternativas regenerativas.

A la defensiva, Altamira denunció el falso rumor hispanófilo que habría sido responsable de la extensión de la creencia de que el pueblo español estaba incapacitado para las Ciencias Naturales y la Filosofía. Pero la principal estrategia de los regeneracionistas para combatir el pesimismo fue relativizar la importancia evaluativa del parámetro internacional impuesto por Europa, el mismo que privilegiaba el desarrollo material por encima de otros criterios de progreso. Las vías empleadas por los autores finiseculares fueron muy diversas, pero todas coincidieron en priorizar como estrategia valorativa la calidad del ajuste del producto cultural, incluido el científico, a las propias bases nacionales. Altamira, por ejemplo, destacará el esfuerzo *productivo* en sí mismo, al margen de sus probabilidades de influencia internacional. Algo parecido opinaban Morote o Ganivet al renunciar a objetivos internacionales en beneficio de la recuperación doméstica. En el extremo, Ganivet estaba en desacuerdo con el empleo de parámetros cosmopolitas a la hora de elaborar y evaluar el arte, la filosofía, la legislación y, por supuesto, la ciencia. En cierto sentido, al autor del *Idearium Español* enmendaba la plana a los métodos de Unamuno y a los objetivos de los autores positivistas al considerar que más importante que el uso de simples criterios cuantitativos y de utilidad material era estimar la calidad de la *acción* histórica e inteligencia de los pueblos. Y esto sólo se podía evaluar a partir de la expresión de ideales nacionales y de su relación con la verdad o la belleza; es decir, de los mismos criterios cualitativos que Unamuno había relacionado críticamente con la búsqueda casticista de la verdad pura, la ciencia ideal o el propio Dios.

Fuera como fuese, relativizar el baremo internacional no anuló la pertinencia de evaluar la calidad identitaria ni la importancia de los productos culturales para llevar a cabo la empresa. Sólo abrió una pregunta a propósito del tipo de criterios y productos culturales que permitían estudiarla, desplazando el interés a la idoneidad del ajuste entre lo *productivo* y la mentalidad o carácter nacional. Para esa prospección eran mucho más relevantes las obras artísticas; productos que, aparentemente, permitían una expresión depurada de la esencia colectiva independientemente de su valor para impulsar un progreso material plagado, además, de incertidumbres identitarias.

14.3. LOS PRODUCTOS POTENCIADORES EXPRESIVOS: EL ARTE

El objetivo fundamental del análisis de los productos estéticos tendrá que ver con el reconocimiento de las aptitudes peculiares de la identidad española. Tal agenda suponía modificar sustancialmente los dos pilares del aparato metodológico dispuesto para evaluar los productos potenciadores-impulsores. Por un lado, suponía obviar el baremo "cuantitativo" y primar en su lugar interpretaciones "cualitativas" asociadas a fines morales, ideales o espirituales. La propia dificultad para objetivar este tipo de fines era una las principales razones para rechazar cualquier intento de cuantificación normalizadora. En este sentido, autores como Altamira considerarán que la evaluación de la calidad de un producto cultural debía estimarse bajo su condición de proceso tendente al ideal, independientemente de los resultados materiales. Por supuesto, en la más pura tradición del *Volkgeist*, tal evaluación ni se podía ni se debía realizar al margen de la identidad nacional en la que el producto adquiriría su significado o sentido específico. Recordemos, por ejemplo, que Ganivet planteaba que la obras artísticas eran la expresión más sintética y depurada del espíritu nacional o territorial, por encima incluso de las intenciones y del contexto histórico del autor. También era la opinión de Unamuno, para quien el arte reflejaba mejor que la historia el alma colectiva y el sentido de la vida de un periodo concreto.

Por otro lado, el producto artístico no se agotaba en la pura expresividad de la peculiaridad y autenticidad nacional. Como en el caso del científico, también presenta una dimensión internacional bien mostrada por Unamuno al señalar que *"El arte ha de ser por fuerza más castizo que la ciencia, pero hay un arte eterno y universal, un arte clásico, un arte sobrio en color local y temporal, un arte que sobrevivirá al olvido de los costumbristas todos"* (Unamuno, 1902/1996; p.60). Pero lo que queda claro en ese caso es que el producto estético está estrechamente conectado con dimensiones morales e ideales y, por ende, tiene que ver más con la consecución de valores eternos. Incluso para Unamuno y Maeztu –los autores más comprometidos con el universalismo científico, el materialismo, la pseudo-objetividad del hecho, el desarrollo económico y la crítica de un arte o una ciencia propiamente nacional–, el criterio de evaluación tenía que ver con categorías metafísicas como "ideal", "verdad" o "belleza". Sólo en función de éstas adquiriría sentido el hecho de evaluar el peso de la identidad española en la Historia Universal.

En cierto sentido, este nuevo panorama permitía subvertir los criterios desde los que se valoraban y clasificaban las aptitudes diferenciales de los países latinos y anglosajones. Iniciaba la posibilidad de convertir la propensión colectiva a la fantasía, la imaginación y la estética en una búsqueda de ideales eternos. Por esa vía, los países latinos tenían posibilidad de pasar a ocupar lugares privilegiados en el desarrollo cultural de occidente. Por contraste, la ecuación estética resaltaba la condición efímera de aquellos colectivos nacionales que, como los anglosajones, fundamentaban su devenir en un simple desarrollo material y utilitario. Se abría, por tanto, una puerta de esperanza para el genio español, siempre

y cuando los productos estéticos, a diferencia de los científicos, sí sancionaran su calidad. Y, efectivamente, el factor pasional y fantástico que lastraba el desarrollo científico se convertía aquí en el mejor índice identitario. Exceptuando la tendencia universalista de Unamuno y Maeztu, el resto del regeneracionismo suponía que las capacidades del español se revelaban en el arte, bien de manera singular o incluso única, en opinión de Almirall, Ganivet, Mallada, Morote o Altamira, bien sin diferencias respecto de las ciencias, perspectiva de Macías Picavea e Isern. En el extremo, Ganivet y Almirall llegaban a insertar el buen hacer estético en el propio esquema decadente; el primero al considerar que la mediocridad científica estaba estrechamente ligada a la propensión nacional al arte (fundida con la religión y expresada en el misticismo típicamente español) y el segundo al afirmar que el buen estado de las bellas artes en España se debía a que en los procesos degenerativos de las naciones lo que mejor se conservaba era la imaginación.

El componente emotivo, sentimental o imaginativo podía considerarse un exponente de lo que Isern denominaba *buen gusto*. A él estarían asociados, sobre todo, las artes académicas, formalizadas o elitistas; artes que, como la pintura, la música, la arquitectura y la escultura, podían estar inspiradas en tradiciones nacionales pero que también necesitaban conocimientos técnicos precisos, especializados y, en definitiva, poco relacionados con la autenticidad colectiva. Este tipo de estudios sólo estaba al alcance de clases acomodadas e ilustradas. Era el tipo de arte que Maeztu únicamente creía posible desarrollar cuando los países alcanzaban un adecuado nivel de desarrollo económico y material. Además los argumentos de Maeztu dejaban entrever la relación de ese tipo de productos artísticos con la condición vital y creadora del sujeto individual. Precisamente a esa condición exclusivista se refería Almirall cuando relacionaba la mole sombría, abrumadora y persistente del monasterio de El Escorial con los oficios con los que Felipe II había inaugurado una decadencia que alcanzaba la actualidad². El arte académico y monumental quedaba, en definitiva, muy lejos de los criterios gremiales y armonicistas exigidos por la interpretación colectivista del regeneracionismo. Siendo así, no es de extrañar que, en principio, las artes académicas no fueran tratadas con profusión en sus textos.

Los pensadores finiseculares estaban preocupados sobre todo por la pureza identitaria, lo que dirigió sus pesquisas al folclore del pueblo y, sobre todo, a la obra de aquellos autores que, inmersos en él, habían sabido captar con precisión su íntima esencia. No es que en estos niveles no detectaran expresiones estéticas más o menos impuras o degeneradas. Respecto de los autores sensibles a la peculiaridad colectiva, Ganivet consideraba que el genio era una facultad facilísima e imprevisible y que rara vez remataba bien una obra. Cuando, lejos de momentos felices, se convertía en un procedimiento sistemático y daba lugar a entendimientos medianos, éste podía llegar a provocar la decadencia del ideal. El genio español era propenso a esa situación dado que su desmesurado amor al individualismo e independencia

provocaba actuaciones azarosas. Podían aparecer artistas grandes y originales pero también creadores burdos que, rechazando la medianía y el decoro y pretendiendo emular a los más altos, se precipitaban en el salvajismo artístico. A Ganivet le preocupaba, en definitiva, el hecho de que todos los artistas estuvieran dispuestos a ensayar sus potencias creativas independientemente de los resultados esperados; pero, respondiendo a Moratín, creía que si no se podían corregir las flaquezas artísticas del español era mejor la aparición de genios y tontos de forma alternativa antes que de artistas correctos y mediocres continuamente. Por otro lado, en relación con el ámbito popular, Maeztu creía que no había mejor representación de la pereza y ociosidad española que los toros o el género chico, dos productos culturales típicamente asociados a los gustos del pueblo llano.

Pero salvando los casos puntuales de Ganivet y Maeztu, todos los regeneracionistas creían que la búsqueda del producto estético por excelencia debía circunscribirse, bien por su origen o bien por su temática, a las actividades populares y la vida cotidiana. La propuesta podía incluso adquirir ciertos tintes regionalistas en algunas propuestas de Almirall o, incluso, Ganivet. Haciendo valer claves *topográficas*, el granadino consideraba que si se había producido un retroceso en las artes nacionales era debido a una centralización estatal incapaz de crear un ambiente intelectual homogéneo o templado. Por su parte, Almirall igualaba la calidad de las artes nacionales generadas en Madrid a las que se habían producido con el despertar de ciertos pueblos peninsulares —cuyas obras serían, según Almirall, más reconocidas en Europa que en su propia patria—. En esos casos, el centralismo bien podía asimilarse a la rigurosidad académica mientras que el regionalismo acaparaba la espontaneidad expresiva.

A la hora de identificar las artes más representativas del genio nacional, Almirall se mostraría sorprendido por el hecho de que, a pesar de una evidente predisposición popular innata, la música no estuviera entre las más importantes. Únicamente la música sacra y algunos cantos populares merecían una mínima consideración. Para él, sólo la escultura y la pintura podían contarse entre las disciplinas de primer orden y con capacidad para formar una escuela nacional. El resto de regeneracionistas no prestaron mayor atención a la música ni a las artes plásticas, pero sí aceptaron la candidatura del arte pictórico. Paralelamente, la propia historia de la estética española jugó a favor de incluir la literatura en la selección de las artes nacionales más importantes. El ámbito pictórico y literario se convirtieron, así, en los dos productos estéticos que los pensadores finiseculares manipularon hegemonícamente para detectar la potencia expresiva del genio nacional.

El primero remitía a la saliencia de figuras como Murillo, señalado por Isern; Goya, mencionado por Almirall y Ganivet; Ribera y Zurbarán, apuntados por Unamuno; y, sobre todo, Velázquez, destacado por Almirall, Ganivet, Unamuno e Isern. Algunos regeneracionistas como Ganivet subrayaron el genio

² Lo que no deja de resultar paradójico porque autores como Le Bon, Ribot o el propio Wundt consideraban la arquitectura como un arte estrechamente ligado a la génesis del espíritu nacional.

peculiar que reflejaba la obra de la mayoría de esos pintores, un impulso creador independiente de la técnica o, incluso, ignorante de ella. La hipótesis cuadraba a la perfección con el poco interés que el nacionalismo etnopsicológico de los regeneracionistas mostraba hacia los parámetros academicistas. De hecho, cuando Unamuno se preocupa por rastrear más detenidamente los entresijos técnicos de la pintura española termina detectando una tendencia a representar figuras y formas con límites precisos y definidos; es decir, una técnica que cuadraba a la perfección con su representación de la conciencia española: un nimbo monolítico, poco armónico y sin matices. En esa misma línea, al autor vasco le llamaban mucho la atención las escasas dotes de los pintores españoles para componer y desarrollar pintura paisajista; precisamente, el mismo tipo de obras por el que destacaba la sublimidad y la profundidad del carácter del germano y anglosajón. En cualquier caso, esa última opinión no era la de Mallada, para quien el paisajismo, junto con el misticismo, eran dos de los valores por los que más destacaba la pintura española. Lo cierto es que la peculiaridad o el individualismo, destacado por Ganivet, la técnica figurativa, apuntada por Unamuno, y el misticismo, señalado por Mallada, fueron los rasgos más comunes a toda la nómina de pintores ofrecida. Los regeneracionistas compusieron con ellos el genio pictórico español y, de paso, retrataron con precisión tres de los pilares más importantes del propio carácter nacional.

No deja de llamar la atención que los regeneracionistas, enfangados en la técnica pictórica, apenas prestaran atención a los tipos humanos retratados en los cuadros. Era en esos aspectos donde cabría haber esperado que los pensadores finiseculares buscaran, a la manera *fisionómica*, constantes identitarias del carácter español. Sólo Almirall atendió marginalmente a esta cuestión, señalando cómo Goya y Velázquez habían pintado un arquetipo español, guerrillero-conspirador provinciano, fanfarrón y pagado de sí mismo, que retrataba a la perfección la constante inestabilidad política que persistía en la actualidad desde tiempos antiguos. Sin embargo, puestos a delinear perfiles psicológicos, la literatura permitía una densidad y un nivel de concreción representacional que, en muchos sentidos, estaba vedada a las artes pictóricas.

La literatura, además, gozaba de múltiples fórmulas expresivas, muchas de las cuales no exigían la pericia técnica de la pintura. En el extremo más popular e intrahistórico, Almirall, Unamuno, Ganivet o Mallada enumeraban el romancero, las leyendas, la poesía popular —particularmente la andaluza—, las coplas castellanas, las romanzas catalanas o las farsas líricas. El resto de autores se referían, en líneas generales, a los clásicos de la literatura española, muy particularmente a la del Siglo de Oro. Bien por la consistencia de la transmisión oral, bien por el apoyo de una difusión editorial masiva, o bien por la popularidad de la novela y el teatro clásico, esas alternativas incrementaban notoriamente las posibilidades de circulación de modelos y perfiles identitarios. Tal circunstancia jugó definitivamente a favor de que la mayoría de los regeneracionistas convirtieran la literatura clásica en el vehículo estético de la identidad por excelencia. A ella dedicaremos en exclusiva el siguiente punto.

14.3.1. Los arquetipos literarios como expresión privilegiada de la identidad nacional

Atendiendo a la escena editorial de fin de siglo, autores como Maeztu o Isern señalaban la aparición de obras modernas y coetáneas como las de Galdós, el semanario *Vida Nueva*, o las novelas del propio Unamuno; literatura que más bien tenía que ver con los complicados procesos de transformación psicológica e identitaria que clareaban en el fin de siglo. En palabras de Maeztu, ilustraban la sustitución del romanticismo por la lógica industrial, un devenir en el que Isern detectaba el desarrollo creciente de la ligereza, la alegría, o la inmoralidad. Para él se trataba de síntomas del relajamiento y la degeneración de las costumbres ancestrales.

Sin embargo, frente a ese tipo de creaciones, las obras literarias tradicionales perseveraban en su labor de reflejar el auténtico perfil psicológico nacional que, según el mismo Isern, estaba cerca del ocaso. Era el perfil que caracterizaba al pueblo, el que el propio pueblo cantaba a través de sus romances, poesías, proverbios, refranes y canciones. En contraste con la cultura académica, enciclopédica e ilustrada de la minoría intelectual, Ganivet y Altamira consideraron que esta literatura popular, iletrada y poco culta era un exponente de la resistencia a todo tipo de invasiones extranjeras e, incluso, de una idea rudimentaria y abstracta de patria. El carácter español, en cualquier caso, también se recogía de forma arquetípica en las obras de autores como Fray Luis de León y Tirso de Molina, señalados por Unamuno, Fernando de Rojas, apuntado por Ganivet y Macías, Lope de Vega, mencionado por Ganivet, Unamuno y Macías, y, sobre todo, Calderón y Cervantes, ambos destacados por prácticamente todos los regeneracionistas.

En realidad, fueron las obras de estos literatos las que terminaron engrosando la exégesis fundamental de los pensadores finiseculares. Nótese que esa nómina de grandes escritores despojaba de nuevo al pueblo de su protagonismo histórico. A pesar de las referencias al romancero, eran figuras privilegiadas, peculiares y reconocidas históricamente las invocadas a la hora de completar el perfil estético ofrecido por los pintores. Redundando en su marca individualista, Ganivet llegaba a denominarlos "partida de guerrilleros de las letras". Pero, precisamente como personificación del individualismo español, la interpretación de sus obras debía ofrecer el listado de caracteres psicológicos transportados por el pueblo en su eterna condición de *agencialidad*. A ello hay que añadir la importancia siempre latente del elemento popular, lo que impelió a la búsqueda de arquetipos antes que al análisis de las técnicas compositivas que sí habían caracterizado la exégesis pictórica.

El protagonismo de los literatos es, por tanto, relativo. En realidad, al margen de las tramas literarias, los regeneracionistas se centraron en los personajes de ficción que protagonizaban las obras. La importancia del perfil psicológico que éstos transportaban fue expresado a la perfección por Ganivet cuando señaló que "*Todos los pueblos tienen un tipo real o imaginado en quien encarnan sus propias cualidades; en todas las literaturas encontraremos una obra maestra en la que ese hombre típico figura entrar en acción, ponerse en contacto con la sociedad de su tiempo y atravesar una larga serie de pruebas*

donde se aquilataría el temple de su espíritu, que es el espíritu propio de su raza" (Ganivet, 1897; p. 150-151). En cierto sentido, el Tenorio, Segismundo, el Quijote y el Cid venían a eclipsar la españolidad de Tirso de Molina, Calderón, Cervantes y el anónimo autor del romance medieval.

Sin duda, la hermenéutica literaria ensayada por el regeneracionismo convirtió a los protagonistas de las obras en los verdaderos arquetipos del carácter español. De hecho, esas imágenes literarias inaugurarán, o al menos revolucionarán, los métodos empleados hasta el momento para desvelar la forma de ser de los españoles. Sin duda, penetrar en la representatividad nacional de estos estereotipos fue la empresa que obsesionó a los ensayistas, críticos literarios y psiquiatras nacionales durante toda la primera mitad del siglo XX. Ciertamente, no fue hasta el nuevo siglo cuando aquellos personajes se estabilizaron completamente, para bien o para mal, como estereotipos ideales de la identidad española, pero antes de ese momento los pensadores finiseculares tuvieron que vérselas con el casticismo arquetípico de los personajes de ficción consignados más arriba. En el extremo más positivo de la exégesis, Ganivet detectará el valor, la pasión, la caballerosidad, el azar del genio, el amor a la independencia, el proceder y la consecución de objetivos por reacción y oposición, la falta de reflexión en el trabajo, la tendencia a la acción en detrimento de la teoría o la palabra, además del ya consabido misticismo. Desde su punto de vista, las anomalías y los excesos derivados de estos rasgos debían aceptarse como inherentes a la propia identidad. De hecho, para el autor del *Idearium español* esas cualidades ni siquiera se podían evitar obligando a los literatos a imitar buenos modelos alternativos. El genio español ni lo aceptaría ni lo haría con fruto, ya que sus propios modelos eran inimitables, individualistas y fuertes.

La mayor parte de los regeneracionistas estaba de acuerdo con la excelencia estética y la clarividencia autocrítica puesta de manifiesta en la creación de los arquetipos literarios. Pero, precisamente por ello, su estudio debía emplearse para desvelar y desterrar los lastres identitarios que asolaban el alma nacional. Así, desde las obras fundacionales de Almirall y Mallada, prácticamente todos los pensadores finiseculares subvirtieron la perspectiva de Ganivet y trataron de deconstruir el componente casticista y el gusto por la épica y la epopeya transportado por los estereotipos de la ficción. Lógicamente, el contexto histórico preferido para llevar a cabo la labor hermenéutica fue el teatro castellano del Siglo de Oro. Ese momento correspondía con el reinado de los Austrias y, por ende, con la supuesta pérdida de la tradición nacional. Para Macías, todo lo que había caracterizado las labores de Fernando el Católico en un siglo se habría transformado en un mito pernicioso un siglo después. En ello tenían mucho que ver la obra de Rojas, Lope de Vega y Calderón, precisamente los mismos autores citados por Ganivet para ejemplificar el azaroso genio nacional. Y es que, sin duda, los personajes creados por esos tres literatos condensaban dos de los rasgos arquetípicos del casticismo nacional.

El primero de ellos tenía que ver con la inevitable propensión a la imaginación y la fantasía, aspectos remarcados especialmente por Isern y, sobre todo, Mallada. En concreto, el autor de *Los males de*

la patria los ligaba muy especialmente a la habituación al hambre, de tal manera que "*Mucha hambre debió correr y seguirá corriendo en España para tantos primores y agudezas de ingenio; y enhorabuena hayan venido y sigan viniendo; si no para resolver grandes problemas, al menos para entretenernos el hambre. Si a fuerza de canciones y de cuentos hemos de olvidar nuestras penas, ahogar nuestras miserias y ahuyentar nuestros temores, que no desaparezca entre nosotros la lira, o cuando menos la guitarra*" (Mallada, 1890/1994; p. 39). Íntimamente relacionado con ese panorama aparece el género picaresco típico de *La Celestina*. La referencia al peso de la marginalidad en la constitución del carácter nacional también es evocada por Macías en su digresión sobre el hampa. El autor de *El Problema Nacional* se preocupó mucho más que ningún otro autor por desligar ese tipo de aspectos del alma nacional, atribuyéndolos a la penetración degenerada del germanismo en el cuerpo social (para demostrarlo recomendaba consultar el libro de Juan Scherr titulado *Germanía*).

En cualquier caso, las palabras de Mallada no sólo suponen una clara evocación de la picaresca, sino también de su reflejo aparentemente honorable: la hidalguía. En la línea literaria, Almirall retrataría este segundo prototipo que oculta la falta de camisa y el estómago vacío bajo la capa. Almirall lo relacionará sobre todo con Don Juan. En realidad, considerará que el personaje de Tirso y Zorrilla representaba al andaluz, mientras que el comendador de la obra era una personificación del castellano Viejo, ya sin autoridad y carente de unas fuerzas derrochadas en tiempos pasados de aventuras y locuras. Como metáfora de España, la juventud de Don Juan se compara con la siembra de perturbación, dolor y remordimiento por toda Europa, principalmente por Italia y Flandes. La decrepitud llega pronto, pero aún así Don Juan, ahora transmutado en personificación del castellano nuevo o andaluzado, habría conservado su influencia para "mangonear" en política. Unamuno también se refirió al casticismo del Don Juan de Tirso presentándolo como ejemplo completamente opuesto al universalismo de los personajes Shakespeare. Pero desde su punto de vista, el mejor candidato para reflejar tal antagonismo era el personaje creado por Calderón en *La vida es sueño*.

Segismundo es, sin duda, una figura clave dentro de la hermenéutica literaria del regeneracionismo. Ganivet, por ejemplo, considera su periplo literario como un caso psicológico individual con valor simbólico universal. En él veía una explicación clara, lúcida y profética de la historia española. Unamuno también era claro a este respecto y consideraba que "*sobre todo Calderón, [es] cifra y compendio de los caracteres diferenciales y exclusivos del casticismo castellano*" (Unamuno, 1902/1996; p. 95). Penetrando en exégesis psicológicas, Unamuno consideraba que Segismundo representaba a la perfección los excesos de una voluntad genérica frente a la sutilidad individualizante de la inteligencia. El autor vasco aplicó el esquema al caso español en una agresiva e interesante exclamación: "*¡Frases vigorosas el <<no me da la real gana>> y el <<no importa>>! Y aún las hay más enérgicas y castizas, que vienen como anillo al dedo a la doctrina schopenhaueriana de que la voluntad es lo genérico, así*

como la inteligencia los individuante en el hombre, y que el foco, Brennpunkt, de aquélla son los órganos genitales. Todo español sabe de dónde le salen las voliciones enérgicas. // Y teniendo yo más alma, // ¿tengo menos libertad?, // grita Segismundo. Tener más alma es tener más voluntad entera, más masa de acción, más intensa; no mayor inteligencia ni más complejo espíritu" (Unamuno, 1902/1996; p. 107)³.

Macías y sobre todo Unamuno consideraron que los dos rasgos hipertrofiados por la literatura del Siglo de Oro —ingenio y abulia picaresca, por un lado, y orgullo y vitalidad casticista, por otro— demostraban la propensión histórica a la desarticulación extrema de la mentalidad española. Unamuno muy particularmente identificaba en la diatriba la misma falta de nimbo que había identificado en su exégesis pictórica. Encontraba disociaciones precisas entre un idealismo convencional y un materialismo contextual, o entre una memoria y sentido histórico y un intelecto didáctico. Esas desarticulaciones de la armonía mental se retraducían en graves deterioros de los procesos psicológicos tales como el desarrollo de una voluntad irracional y empírica y de un sentido común carente de raciocinio imparcial. Simplicidad, vigor, conceptismo o monotonía individual eran algunos de los rasgos caracteriológicos que terminaban de definir los dos perfiles identitarios exhumados por Unamuno de entre la literatura histórica. La conciliación de ambos perfiles en una misma identidad no exigía, en cualquier caso, demasiados ejercicios interpretativos. La obra cumbre de la literatura española era, de hecho, el mejor reflejo de la convivencia de ambos extremos. Y así lo vieron también todos los regeneracionistas, aunque las exégesis y valoraciones no siempre convergieron.

Los parámetros analíticos que los regeneracionistas desplegaron sobre el Quijote fueron múltiples (sobre cuestiones relacionadas con el arquetipo quijotesco en el fin de siglo puede consultarse Morón, 1998). Comienzan por supuesto, con la oposición caracteriológica de sus dos personajes principales. Unamuno resume bien esos dos perfiles cuando señala: "*Lleva el núcleo castizo de nuestra cultura un fuerte sentimiento de individualidad, un sentido sancho-pancino de las realidades concretas y de la distinción entre lo sensible y lo inteligible, de los hechos intuitivos, no inducidos, y un quijotesco anhelo a ciencia final y absoluta, que si no acaba grandes cosas, muere por acometellas. Nuestro quijotismo, impaciente por lo final y absoluto, sería fecundísimo en la corriente del relativismo; nuestro sancho pancismo opondría acaso un dique al análisis que, destruyendo los hechos, sólo su polvo nos deja.*" (Unamuno, 1902/1896; p. 148). Así, Sancho Panza se convertirá en representante del materialismo más obtuso, mientras que el propio Quijote pasará por exponente del idealismo típicamente español. Tal diatriba, por supuesto, es detectada por casi todos los regeneracionistas. Ganivet, en un sentido positivo, considera que Sancho y Quijote hubieran sido un solo hombre e, incluso, hubieran configurado el tipo

³ No nos resistimos a hacer notar, aunque sea en una nota a pie de página, que la afirmación de Unamuno refleja a la perfección el tránsito discursivo que a finales de siglo se está produciendo desde la metafísica idealista de la voluntad colectiva —representada por los filósofos poskantianos alemanes— a la psicofisiología de los impulsos. De la irracionalidad sentimental y profundamente espiritual de los primeros se está pasando a la irracionalidad alterada, primaria y animal de la segunda. A partir de esta última se desarrollarán toda suerte de propuestas

ideal español sino hubiera sido por la Reconquista. Este acontecimiento habría abierto una dualidad que se reflejaba claramente en el talante de la justicia española. En un sentido más dicotómico y negativo, Costa asociaba el supuesto mercantilismo de Sancho con el espíritu británico, mientras que Isern le atribuía, en un párrafo marginal, el único rasgo pernicioso de la tradición española. Pero más allá del antagonismo evidente entre los dos protagonistas de la novela de Cervantes estaban las contradicciones inherentes al propio Quijote.

Como bien ha señalado Onaíndia (2002), la relación entre el carácter español y el quijotismo como arquetipo antagonista de la cultura ilustrada puede remontarse a los tiempos de Cadalso. Esa es la versión que ensayan Ganivet e Isern y la que idealiza la posterior Generación del 98 de la mano de Azorín. Ganivet, en concreto, creía que el Quijote se había creado a la manera española, reflejando un arquetípico ideal de independencia y talante conquistador. Sin embargo, en el género regeneracionista el "quijotismo" tampoco se libra de críticas. Macías Picavea llegará a considerar el quijotismo como una herencia teutónica y, por ende, perniciosa para el verdadero carácter nacional. De hecho, desde la obra de los dos primeros regeneracionistas, Mallada y Almirall, se utiliza el término "quijotismo" para denunciar eventualmente los excesos de la fantasía y el ensueño, el militarismo o las anomalías político-sociales, psicológicas y morales de la nación. Como en el caso de Don Juan o Figaro, Almirall compara a Don Quijote con el pueblo viejo y decrepito que sólo conserva los rasgos brillantes de su lejana juventud aventurera; aquella en la que gastó su vigor y virilidad sin pensar en sacar provecho de su victoria más allá de la propia satisfacción caballeresca. Don Quijote representaría, en definitiva, al pueblo que ya sólo desea morir porque la vida, sin hazañas caballerescas que encarar, perdió su aliciente. El hidalgo podía ser un tipo muy común en las regiones españolas, sobre todo en el campo, pero Almirall lo utilizaba especialmente para ejemplificar el carácter del centro meridional de la península; tan alejado, en su opinión, de la psicología del norte peninsular o, incluso, de Castilla la Vieja. El tipo quijotesco, como el de Don Juan o Figaro, no existiría en ellos y, de hecho, sería particularmente opuesto al carácter catalán. Este último correspondería más bien con el pobre avaro de Dante en la *Divina Comedia*.

Unamuno fue, nuevamente, el autor más sutil a la hora de interpretar la gran obra de Cervantes. En su análisis destaca la figura del cabal y hacendoso Alonso Quijano en detrimento del desquiciado Quijote. Ese desdoblamiento del personaje, que recuerda al doble "Cid" que Costa también había revelado en el pasado español, condensa la oposición arquetípica entre tradicionalismo o casticismo histórico e intrahistoria o progreso. Como los positivistas, Unamuno busca en la muerte de Alonso Quijano la disolución de la identidad española en la regeneración europea; aunque, en el caso del autor de *En torno al casticismo*, el talante de progreso se disolviera en una sensibilidad universalista. Sea como fuere, Unamuno será el autor que más se preocupará por rastrear la regeneración identitaria, contra todo

pronóstico, en la literatura clásica y nacional. Alonso Quijano y el propio Cervantes podían ser dos buenos exponentes de ella, pero sólo en la literatura mística castellana se revelaba con todo su esplendor. El hebraísmo de Fray Luis de León era el mejor índice de ella porque era capaz de penetrar "(...) *en lo más hondo de la paz cósmica, en la solidaridad universal, en el concierto universal, en la Razón hecha Humanidad, Amor y Salud*" (Unamuno, 1902/1996; p. 144). Como comentábamos a propósito de la *topografía* paisajista, Unamuno convertía a Fray Luis en un precursor del panteísmo naturalista que se asociaba al krausismo. Sus palabras ofrecían una nueva clave de continuidad estética y, por ende, identitaria, al pueblo español; una alternativa que bien pudiera desplazar al espíritu casticista que invadía, con el peso de sus personajes arquetípicos, la literatura nacional. En definitiva, si Calderón representa la disociación castellana carente de nimbo, Fray Luis de León representaba la fusión armónica de los dos extremos. Pero sobre estas cuestiones volveremos cuando tratemos el producto religioso.

Para cerrar este apartado sólo basta certificar el interés del regeneracionismo por aquilatar el ajuste entre arte y mentalidad nacional, bien porque la asociación reflejaba el espíritu casticista responsable de los mayores éxitos y fracasos identitarios, bien porque encerraba, nuevamente soterradas, las claves de una continuidad espiritual y ajena a las hazañas hipertrofiadas de los personajes arquetípicos de la ficción. Siendo así, los españoles podían estar tranquilos con su autenticidad identitaria, aunque ello poco ayudará a desvelar los caminos de progreso y las posibilidades de fragmentación nacional. Estas últimas dependían sobre todo de los productos potenciadores-cohesivos. Sobre ellos hablaremos a continuación.

14.4. LOS PRODUCTOS POTENCIADORES COHESIVOS: LEGISLACIÓN, COSTUMBRE, RELIGIÓN Y EJÉRCITO

Los productos potenciadores cohesivos tienen que ver con los códigos que permiten sostener la unidad de acción y reacción social. Esos códigos pueden ser explícitos y, por ende, requerir una normalización como la que se muestra en el orden legislativo y militar; o también pueden ser implícitos y decantarse, aparentemente, en la gramática costumbrista de la actividad cotidiana. A medio camino de ambos cabría ubicar la religión, un sistema de dogmas que, aunque puede articularse formalmente, exige una participación emocional de los individuos; una alternativa, recordemos, paralela y en muchos sentidos antagónica a la organización legal del Estado.

En cualquier caso, el fin cohesivo está estrechamente ligado con el impulsivo y el expresivo. Es, hasta cierto punto, una mezcla de los dos y, de hecho, comparte con ellos algunos productos culturales concretos. De los fines potenciadores-impulsores toma la necesidad de manejar códigos normalizadores

que encuentran refrendo general en la organización socio-cultural de la órbita occidental. Los fines cohesivos comparten con aquéllos el espacio disciplinar de la filosofía moral. Sin embargo, en los productos potenciadores-expresivos no son tan importantes las comparaciones específicas con el nivel de desarrollo o civilización de otros países. De hecho, lo que comparte con el ámbito expresivo es precisamente la necesidad de que los códigos cohesivos no traicionen la esencia peculiar de la identidad compartida. En este caso, el producto cultural que mejor representa la intersección de uno y otro tipo de fines es el lenguaje. Lo que vamos a hacer continuación es repasar el papel que jugaron todos los productos cohesivos mencionados en el discurso regeneracionista.

14.4.1. El ejército ante la opción antimilitarista

El ejército fue sin duda la institución cohesionadora que menos preocupó a los regeneracionistas a pesar de la importancia que las teorías contemporáneas del nacionalismo le han otorgado —por la vía de la reacción y la oposición al otro invasor— en la generación de sentimientos vinculantes. Quizá la sensibilidad positivista del regeneracionismo, comprometida, como planteaba la utopía spenceriana, con impulsar el paso desde el estadio guerrero-militar al económico-industrial, condicionara precauciones o, directamente, omisiones en su tratamiento. Esa es, sin ambages, la posición de Morote.

Sólo el positivismo temprano de Mallada refigura la lógica spenceriana por una doble e, incluso, triple vía. En el extremo nomotético, Mallada inscribe el ejército en el mismo núcleo de la lógica sociobiológica de la lucha por la vida sin olvidar, además, la evidente relación entre desarrollo científico y militar. Ese mismo argumento, llevado al extremo sociodarvinista por Maeztu, desestimaba incluso cualquier relación entre la guerra y el derecho o la justicia. Como ya sabemos, desde el punto de vista del periodista vasco tales supuestos se basaban en un falso principio de armonía social; tesis pseudo-nihilista que Maeztu pretendía ilustrar con la imagen de los soldados españoles muertos inútilmente en la Guerra de Cuba.

Por otro lado, Mallada también despliega una estrategia psicológica que le va a permitir eclipsar los excesos militaristas. Lo hace a partir de una nómina de virtudes supuestamente exhibidas por el ejército o la Guardia Civil en sus servicios al Estado. Mallada incluye el compañerismo, la nobleza, la honradez, el patriotismo o la generosidad. No era ésa, desde luego, la opinión que Isern mostraba casi una decena de años después. El autor de *Del desastre nacional y sus causas* observaba con pesimismo cómo el sistema militar había degenerado bajo la acción de elementos corruptos, circunstancia que había desplazado los objetivos de honra y honor por recompensas materiales. Sea como fuere, cuando Mallada hace su examen, la disciplina, ordenanza, dignidad e hidalguía militar son, como mínimo, excusas de peso para transformar en inofensiva la típica fantasía del carácter español.

Esta última apreciación de Mallada rompería cualquier lógica normalizadora a la hora de organizar el ejército. Aunque sea por oposición, se inspira en parámetros estrictamente identitarios antes que universales. Lo importante de ese camino es que conecta directamente con las propuestas del resto de los regeneracionistas. En cualquier caso, éstos se apartarán del autor de *Los males de la patria* en dos cuestiones fundamentales. La primera tiene que ver con la poca simpatía que mostraban los regeneracionistas para con la lógica militar expansionista, la misma que está detrás de la institución militar configurada en todas las potencias internacionales en el fin de siglo; y, consecuentemente, la misma que todos progresistas españoles consideraban inapropiada para el momento histórico en el que se encontraba su nación. Aquí no hay lucha por la vida en sentido conquistador. La lógica de la propuesta militar de autores tan dispares como Morote o Ganivet es eminentemente defensiva, sólo justificada como respuesta a invasiones exteriores. Así, en tanto que herramienta cohesiva, el ejército se articulará por su capacidad para reaccionar ante los atentados contra la unidad nacional.

En íntima relación con lo anterior, el segundo aspecto en el que la mayoría de los regeneracionistas se separan de Mallada es en el atributo caracteriológico en torno al que consideran que habría de articularse la institución militar. Más que la fantasía, autores como Ganivet o Morote manejan el legendario individualismo español. Ganivet, uno de los autores más preocupados por ajustar la organización del ejército a las peculiaridades del espíritu español, desprecia explícitamente los criterios normalizadores, modernizadores y científicos impuestos en materia militar por el resto de Europa. Dentro de la lógica de un espíritu continental, esos criterios exigían una organización monolítica y basada en la solidaridad castrense. Frente a ello, Ganivet opinaba que el individualismo, aderezado con la espontaneidad, la tendencia a la acción en detrimento de la palabra y la desorganización típicamente española, exigía un ejército preparado para la guerra de guerrillas; un sistema para acometer eficazmente empresas parciales y bien delimitadas. Ganivet veía claro que su idea tenía avales históricos en los excelentes resultados de los Tercios de Flandes, la conquista americana o, incluso, las escaramuzas de Viriato. En último término, evocando la Reconquista, Ganivet abogaba por un ejército que se moviera como un solo hombre; con una cara mirando al campo de batalla y la otra a las montañas, último refugio de la independencia nacional.

Unamuno tampoco estaba lejos de esa posición cuando detectaba que la guerrilla, como el partidismo, era connatural a la dureza combativa, la anarquía y al valor del español. La principal diferencia con Ganivet tenía que ver con la detección en ella de un claro ordenancismo, inflexibilidad y tendencia a la épica; atributos que, según Unamuno, se retrataban ejemplarmente en las *Mocedades del Cid*. Por el contrario, al autor del *Idearium* le preocupaba la cercanía de ese tipo de rasgos a la crueldad, una cualidad que falsamente se había asignado al belicismo español en detrimento de su piedad y compasión natural. Morote también sopesará la condición individualista del talante español a la hora de pensar en la

organización del ejército. Pero la interpretará en el mismo sentido que Mallada había atribuido a la fantasía, es decir, como un defecto a contrarrestar. Impulsado, además, por sus suspicacias hacia el militarismo, creía que el ejército en España era prácticamente un producto de la organización social para la Guerra Civil, algo que se ponía de manifiesto en la continua actitud levantisca de los generales más reaccionarios. De ahí su idea de que, de existir un ejército, éste debía ser preparado sólo para la defensa exterior.

En definitiva, las propuestas de organización del ejército presentadas en el discurso regeneracionista terminaron por establecerse a partir de parámetros eminentemente identitarios. La cuestión fundamental se encontraba en controlar o administrar las energías seculares en una dirección que evitara el desgaste en empresas internacionales y, al tiempo, la fragmentación interior.

14.4.2. Las leyes: entre la compasión popular y el derecho consuetudinario

A pesar de su estrecha relación con la normalización de los códigos de comportamiento colectivo, la interpretación regeneracionista del producto legislativo repetirá la estrategia empleada en la configuración del ejército y lo ligará muy estrechamente al ámbito popular. Sin duda, esto estaba relacionado con la hipótesis clásica sostenida, entre otros, por Mallada o Ganivet, de que las Naciones tenían su propia manera de vivir, de ser, de legislarse y de gobernarse. Precisamente contra esta opinión de Ganivet se manifestaría Altamira, resaltando el peso de las circunstancias históricas en el devenir legislativo de cualquier pueblo. Pero la tónica general del regeneracionismo fue convertir el apartado legislativo en uno de los indicios más importantes de la peculiaridad de la identidad colectiva.

En el extremo más informal de esa apreciación cabía evaluar el comportamiento genérico del español hacia la justicia. Un retrato detallado en ese sentido lo ofrecían Ganivet, Macías Picavea y Unamuno. Los dos primeros coincidían en advertir que el carácter español tendía a sustituir los artefactos judiciales públicos por una justicia ideal o abstracta; impregnada, además del individualismo típicamente español, de los afectos íntimos y, en definitiva, del ámbito de lo privado. Así, en una de las pocas ocasiones que apelará al protagonismo de lo popular, Ganivet señalará cómo *"Mientras un español permanezca ligado a las clases proletarias, que son el archivo y el depósito de los sentimientos inexplicables, profundos de un país, no puede ser hombre de ley con la gravedad y aplomo que la naturaleza del asunto requiere"* (Ganivet, 1897/1996; p. 76). Así, más que inmoralidad, lo que Ganivet y Macías detectaban en el desprecio del derecho positivo y práctico y de los códigos y leyes oficiales era la intromisión del afecto natural, de la moral pasional o de un exceso de piedad propio del ideal jurídico puro y cristiano. Unamuno, sin embargo, invertía esos mismos argumentos. Creía que los aspectos más caritativos de la justicia se veían eclipsados por la falta de empatía o de ternura, otro de los muchos

desajustes del nimbo moral del colectivo español. Esto daba lugar a un sentido primitivo, macizo, seco, plebeyo o brutal de la honorabilidad y la justicia; un sistema legal que se personalizaba a la perfección en Pedro Crespo, las Mocedades del Cid o en los sobrenombres de “El cruel” o “El justiciero” con los que se apodaba en la historia nacional a algunos monarcas.

Tanto la indisciplina como la inflexibilidad afectiva del español eran problemas de primera magnitud a la hora de organizar el sistema legal y, por ende, de establecer un principio de cohesión colectiva. Por el lado de la indisciplina, Morote insistía con Ganivet en la independencia de los españoles que, desde los primitivos tiempos celtíberos hasta el momento actual, pasando por los fueros medievales, esterilizaba cualquier intento de unidad nacional. Para Ganivet, la disolución jurídica provocada por el fuero se fundaba en el deseo de diversificar la ley para adaptarla a pequeños grupos sociales. Como solución, Morote expresaba la necesidad de establecer órganos jurídicos para concertar la energía de la libertad individual con el orden y la fuerza de la asociación.

Por la vertiente de la inflexibilidad legal, Unamuno señalaba que la razón de Estado escondía la conjunción típicamente casticista de anarquismo moral y absolutismo social. Los códigos legales españoles intentaban, además, condensar la ley moral y natural, lo que delimitaba definitivamente un sistema normativo puramente externo y esclerótico. Según Isern, el peligro fundamental de ese panorama era que la realidad de los hechos no se ajustara a la dinámica de las instituciones; un desajuste vital que progresivamente provocaba la decadencia del régimen de gobierno, la muerte de las instituciones y, en definitiva, la caída del Estado y de la Sociedad. La advertencia de Isern se hubiera quedado en mero apunte nomotético si no fuera porque también señalaba que, en materia de derecho, España iba a la zaga del extranjero.

¿Qué alternativas cohesivas le quedaban, por tanto, al producto legal español? Nuevamente, la generación de esperanzas pasaba por volver la mirada hacia el pueblo y hacía sus sistemas ancestrales de organización y transacción social. Influido por Giner de los Ríos —como él mismo reconocía—, Costa fue seguramente el que más insistió en buscarlas a partir de un intenso, riguroso y metódico trabajo antropológico y filológico (ver a este respecto Mairal, 2001). Poesía popular, dialectología, folclore, etc., todo dato era bueno para desvelar las tradiciones colectivistas de posesión de la tierra y, con ellas, la lógica del derecho comunal o consuetudinario. Éste se caracterizaba por carecer de codificación y estar enraizado en las ancestrales costumbres populares.

Hasta cierto punto el derecho consuetudinario reflejaba pactos, acuerdos o compromisos naturales y funcionales que los miembros de los colectivos establecían de una manera primaria o, incluso, primitivamente afectiva. Siguiendo de cerca a Giner, Costa decía buscar *“un criterio nuevo para la ciencia y la vida del Derecho, mostrando cómo este no constituye una esfera menos interna, menos <<ética>>, más accesible a la coacción que la esfera de la Moralidad; que, en última instancia, toda la garantía de*

derecho, y por tanto del Estado, como en general de la sociedad, descansa en fuerzas meramente espirituales y éticas, en la recta voluntad de las personas, en la interior disposición de ánimo" (Costa, 1998/1901b; p. 109). En cierto sentido, lo que autores como Costa trataban de hacer a partir de ese tipo de planteamientos era sustituir la complejidad hipertrofiada de la maquinaria burocrático-administrativa del Estado por una organización política mucho más sencilla, auténtica y sólida a la hora de consolidar la unidad nacional. Aparentemente, esta alternativa debía permitir extirpar la esclerosis legal sin dañar en exceso el individualismo o la autonomía de los ciudadanos y de las regiones. De hecho, la sencillez del sistema apunta a la desaparición del Estado centralizado en beneficio de múltiples lógicas administrativas y ajustadas a la realidad local.

En el extremo, la realidad del hecho vital o fáctico podía llevarse hasta la propia negación de una moral, un derecho o una justicia universal. En realidad, esta suerte de liberalismo radical, donde se desintegra completamente la armonía social y el propio Estado en beneficio del individuo, sólo se esboza en la obra de Maeztu. El resto de regeneracionistas se sintieron mucho más próximos a la lógica costumbrista propuesta por Costa y a ella recurrieron en busca de herramientas para reafirmar la cohesión natural del pueblo español. Lo vemos en el siguiente epígrafe.

14.4.3. El costumbrismo como último baluarte de la cohesión nacional

A diferencia de los dos productos anteriores, se supone que la gramática de las costumbres está inscrita naturalmente o *a priori* en la instancia colectiva. En ese sentido, no tendría que diseñarse a partir de ningún tipo de criterio normalizador sino que, simplemente, podría ser detectada en la lógica funcional responsable de organizar la vida cotidiana desde tiempos ancestrales. De hecho, como hemos visto, la gramática costumbrista se convertía en el andamiaje sobre el que, por necesidad, había que construir o refigurar cualquier institución social ideada *a posteriori* y con intenciones eminentemente previsoras.

La mayoría de los regeneracionistas dirigieron sus análisis a la inmediatez del *localismo* y de las tradiciones verdaderamente populares. En ese sentido, autores como Almirall o Altamira trataban de combatir los tópicos, las caricaturas novelescas, las leyendas o errores hispanóforos que poblaban el limitado campo de observación de los libros de viajes o, incluso, de los psicólogos extranjeros. Para Altamira, los juicios sobre un país extraño sólo podían tener validez para lo concreto e individual, pero difícilmente eran generalizables. Sólo los valoraba en la medida en que demostraban que los extranjeros percibían España como una nación psicológicamente unificada. Lejos de esa mínima concesión, Almirall arremetía contra los toreros, frailes, majas, boleros o manolas que engrosaban los libros de viaje extranjeros haciendo ver que la verdadera realidad social española se encontraba en el deshonor, la inmoralidad y la corrupción practicada por los políticos centralistas de la Restauración. En cierto sentido,

en *España tal como es* Almirall hacía un repaso costumbrista de la actividad diaria del político madrileño y de los canales de corrupción que éste desplegaba en su vida cotidiana. Sin embargo, la práctica totalidad del regeneracionismo entendió que el auténtico costumbrismo español debía buscarse en el ámbito rural. No en vano, a pesar de los procesos de industrialización iniciados en las grandes ciudades españolas, la agricultura y la ganadería seguían siendo el medio de vida fundamental de la mayor parte de la población española.

El talante de las interpretaciones que los regeneracionistas dedicaron al ámbito rural fue, en cualquier caso, variado. Encontramos el caso de posiciones marcadamente contemplativas, muy influidas por el desarrollo y promoción del folclorismo a finales del siglo XIX. De hecho, algunos autores del regeneracionismo, como Unamuno, pertenecieron a las sociedades de folclore que proliferaron durante los primeros años de la Restauración. En esos casos se enfatiza hasta el extremo las buenas condiciones identitarias del pueblo, pero el trabajo analítico se agota en descripciones costumbristas que no profundizan en la lógica funcional del fenómeno popular. La obra de Unamuno, por ejemplo, realiza constantes llamadas de atención para estudiar la vida del pueblo. Sin embargo, cuando él mismo se enfrenta con precisión a las costumbres cotidianas del campesino castellano en *En torno al casticismo*, lo que ofrece fundamentalmente es una perspectiva contemplativa y paisajista.

Por otro lado, positivistas como Costa o Morote tenían claro que en las tradiciones del pueblo se condensaban, genéricamente, las respuestas para la regeneración nacional. De hecho, como apuntamos en el apartado anterior, la manifestación peculiar de su ser podía detectarse en la organización de la agricultura y el comercio, el régimen de administración de las tierras, el carácter colectivo de éstas o ciertas manufacturas textiles. Morote, por ejemplo, consideraba estos aspectos la manifestación más depurada de la mentalidad colectiva, sobre todo de la independencia celtíbera y de un genio industrioso que estaba a la altura del ámbito internacional. Advertía de la existencia de numerosas confirmaciones de esa constelación *productiva* en la historia nacional, e incluso todavía detectaba persistentes reminiscencias en algunas zonas del norte peninsular, muy particularmente en León.

A pesar de los aspectos laudatorios, el problema de la interpretación positivista fue la dificultad para acoplar el costumbrismo, muy particularmente sus dimensiones cohesivas, a la lógica de progreso. La empresa, incluso, se revelaba prácticamente imposible cuando autores como Macías Picavea o Mallada se detenían en una descripción más pormenorizada y realista que la que Morote, Costa y, por supuesto Unamuno, hacían de las costumbres del campesinado español. Costumbrismo era, en ese sentido, anquilosamiento en métodos de producción y cohesión medievales o, incluso, primitivos. Así, para Mallada, "*A causa de todas las decadencias y pérdidas rápidamente enumeradas, se comprende no hay en el mundo seres de más infeliz y miserable condición que los labradores españoles, que si hubiesen nacido en bárbaros países, oceánicos o africanos, menos desdichados serían, pues desconociendo las*

necesidades y usos de los pueblos civilizados, vagarían por las selvas o en las orillas de los mares, sin más cuidados que recoger los peces de las aguas y rebuscar entre los árboles las frutas, hierbas, aves y alimañas con que alimentarse" (Mallada, 1890/1989, p. 88).

No es de extrañar que fuera un tradicionalista, Isern, el que mejor utilizara las funciones cohesivas de un tema íntimamente ligado a una actitud paisajista y nostálgica. Lógicamente, Isern articula su reaccionarismo sobre la defensa de una sociedad basada en el costumbrismo localista y en las tradiciones. Es la imagen antagónica de las grandes ciudades y los espacios urbanos; lugares que Isern relaciona con el utilitarismo exacerbado, la insolidaridad de las clases y el aumento de la criminalidad. Esas son nuevas costumbres ligadas, evidentemente, a la pérdida de lo que desde el capítulo 1 venimos denominando "comunidad próxima". Frente a la hibridación y el arribismo de las grandes ciudades, Isern tenía la idea de que los individuos que habitaban toda la vida en un mismo sitio condensaban en él sus afectos con gran intensidad. A partir de ese principio, Isern proponía un mecanismo psico-sociológico para la preservación y transmisión de las costumbres cohesivas. Para él, la impresión de las primeras experiencias sobre el entendimiento era de gran importancia. Éstas imponían unos límites expresivos que aseguraban la correspondencia afectiva de toda la comunidad, de tal manera que los recuerdos de lo comunitario serían los más gratos que podía tener un individuo. Aunque delineado en términos metafísicos, era el mismo mecanismo que Unamuno proponía al hablar del alma de los antepasados, el espíritu que concentraba las almas o castas de todos los ancestros.

Entre los más altos valores cohesivos del costumbrismo cabía contar la moralidad, la religiosidad y, sobre todo, la vida y el amor familiar. En este último se condensaba naturalmente la esencia de los afectos comunitarios, como el respeto a los ancianos y a las tradiciones, y la armonía de clases. Verdadero núcleo de la socialización, la importancia de la familia en la forja de las costumbres tampoco había pasado desapercibida a Unamuno. De hecho, el valor que el autor vasco otorgaba al amor como principio aglutinante se concretaba a la perfección en la estructura familiar castellana. Ésta se basaba en la naturalidad, la austeridad, la castidad, la honorabilidad o la virilidad de la relación conyugal. Frente a ella Unamuno colocaba el erotismo, el ardor, la sensualidad, el adulterio, los celos o el sentimentalismo; rasgos que el autor de *En torno al casticismo* identificaba en los autores eróticos franceses e incluso en los trovadores valencianos, gallegos y catalanes. Pero para él ese erotismo periférico no era castizo ni de pura cepa.

¿Dónde localizar esa arcadia ideal en la que las costumbres se forjaban armónica y naturalmente? Evidentemente, para Isern se hallaba en las regiones más rurales y tradicionalistas; es decir, en Navarra y buena parte del País Vasco, territorios a los que Unamuno añadía la Castilla intrahistórica de los agricultores castellanos. Para Isern, el extremo opuesto se encontraba literalmente en el sur: Linares. La ciudad andaluza representaba, por múltiples motivos, la corrupción de costumbres a la que había abocado

el mundo moderno. Entre esas costumbres degeneradas, Isern enumeraba los vicios del juego, la prostitución, la delincuencia, el mercantilismo, el antagonismo de clases o la explotación del hombre por el hombre. Por último, lugares como Gijón o Vizcaya suponían un punto medio, una zona de contrastes por mezclar la tradición familiar con las modernas y perniciosas costumbres de la minería. La posición de Isern, en definitiva, no estaba demasiado lejos de la de Sabino Arana, aunque por la cabeza del autor de *Del desastre nacional y sus causas*, no pudiera pasar ni por un momento la hipótesis segregacionista.

La última posición que cabría reseñar dentro del costumbrismo es la de Maeztu. Bien al contrario de los reaccionarios nostálgicos y de los positivistas organicistas, el autor de *Hacia otra España* tenía muy presente el panorama urbanita e industrial. Lejos de todo tipo de costumbrismo rural, en aquél observaba un pueblo que se despojaba de sus taras históricas y se convertía en pujante proletariado. Poco sentido tenían aquí el armonicismo costumbrista e, incluso, la propia hipótesis cohesiva. De hecho Maeztu, a diferencia del resto de regeneracionistas, no dedicó demasiada atención al resto de productos culturales responsables del aglutinamiento social: religión, lenguaje y filosofía moral. De ellos hablamos a continuación.

14.4.4. El cristianismo como elemento universalizador o integrista

La religión como producto cultural cohesivo se identificaría con el culto cristiano. Ocuparía un punto intermedio entre el dominio normalizador, definido por el dogma y la articulación teológica de la fe, y el popular, representado por interpretaciones localistas del culto que, soterradamente, preservaban tradiciones ancestrales. Quizá ese doble carácter defina la complejidad funcional de la religión. Por el lado normalizador y universalizador, el cristianismo se reconocía generalmente como un índice de civilización y humanidad propio de los países occidentales y, por ende, superiores. Esa perspectiva está presente, por ejemplo, en la obra Macías Picavea o Ganivet, aunque habría que establecer algún matiz. Desde las perspectivas progresistas, ese esquema trasluce ciertas afinidades protestantes, sobre todo a la hora de sostener su universalidad en la posibilidad de aceptar la libertad de pensamiento sin sujeción a dogmas de fe. Aunque ningún regeneracionista reconoció explícitamente tal alianza, en el fondo era inherente a toda la perspectiva filokrausista. Frente a éstas hay que señalar, precisamente, posiciones como las de Ganivet; perspectivas que cifran los pilares civilizadores del cristianismo en clave fundamentalmente católica.

Precisamente, por la vertiente más popular el cristianismo se acogía eminentemente a la vertiente católica. No es que autores como Unamuno o Macías Picavea no detecten en la religión la fuerza y el genio de la nación. Unamuno, de hecho, creía que desde los tiempos de la edad de oro la religión "(...) *era el lazo social, y la unidad religiosa, forma suprema de la social*" (Unamuno, 1902/1996; p. 123). Lo que sucede es que los partidarios de la ortodoxia católica se preocupan mucho más que los filokrausistas por

convertir la religión en la base específica de la unidad española. Morote, como ejemplo de estos últimos, consideraba la religión como un producto íntimo del carácter español. Pero mientras que éste subsistía a través del cambio histórico, la religión variaba y tomaba diversas formas. Morote enumeró, cronológicamente, la familiar de los celtíberos, la politeísta de los paganos, y, por último, el humanismo cristiano. Por el contrario, católicos recalcitrantes como Isern y el propio Ganivet ligaban íntimamente el catolicismo a la esencia nacional y lo convertían en el exponente más depurado de su peculiaridad y autenticidad. Así, Ganivet se remontaba hasta la romanización para señalar que cada nación europea había generado y estabilizado una modalidad propia de cristianismo en función de su carácter colectivo. En un plano más psicológico, Isern partía de la idea de que moral y religión eran elementos diferentes en la constitución del espíritu público de un pueblo. Siendo así, lo primordial en el caso español, por encima no sólo de la moralidad sino también de la monarquía, la tendencia aventurera y las diferencias artes y ciencias, era precisamente la intensidad del componente religioso.

No puede olvidarse que, en los años durante los que escriben los regeneracionistas, la "cuestión religiosa" se encuentra en plena efervescencia. Nuestros autores están, por tanto, inmersos en los tiras y aflojas que mantienen sectores de la Iglesia y del Estado por el dominio y administración de las diferentes competencias socio-políticas del ente nacional. A pesar de las campañas educativas y nacionalizadoras impulsadas por la esfera liberal, incluso, en otro sentido, del creciente proselitismo socialista y anarquista entre el proletariado, la influencia del poder y la oligarquía eclesiástica se mantenía intacta entre extensas capas de los sectores populares, sobre todo en las zonas rurales. Sintomático es, en este sentido, un apunte temprano de Almirall sobre el fanatismo religioso. En él advertía de que cuando los curas proclamaban desde el púlpito que la religión corría peligro y sermoneaban contra las costumbres antirreligiosas de las grandes ciudades, las gentes de campo o de la pequeña ciudad eran capaces de tomar las armas y luchar. Almirall, como Isern, creía que las regiones del norte peninsular, sobre todo de la región vasca, eran las que mejor se ajustaban a ese esquema.

Sin embargo, mientras que para Isern tal situación era un índice de moralidad y sano tradicionalismo, un progresista como Almirall era consciente de sus incompatibilidades con el espíritu de la modernidad. A pesar de ello, su compromiso regionalista le animó a romper una lanza a favor de los habitantes y la raza del País Vasco. Sin duda, debido a la guerras carlistas y al rechazo de las ideas modernas, la perspectiva liberal y centralista los tachaba en no pocas ocasiones de retrasados y fanáticos religiosos. Almirall arguyó en contra de ese perfil y señaló que los aragoneses, valencianos, castellanos o montañeses de Cataluña podían ser igual de fanáticos que los vascos. Se acercaba incluso a la perspectiva de Isern al considerar que los vascos podían ser superiores que el resto de habitantes de España sí de ilustración, educación y actitud se trataba. Lo que no podía pasarle desapercibido, como al resto de los regeneracionistas, es que el tradicionalismo anquilosado en las zonas forales del norte peninsular

condicionaba registros identitarios francamente reaccionarios a la cohesión, al tiempo homogeneizadora y laica impulsada por el nacionalismo liberal.

A esa sensibilidad ultramontana también se acerca mucho Ganivet. En su obra no sólo negará la supuesta superioridad del protestantismo frente al catolicismo, sino que también supondrá que la religiosidad se imbricaba en el ideal nacional por encima, incluso, de la propia organización del Estado. Como señalábamos en el estudio de la *antropografía* metafísica, la mayoría de los regeneracionistas reconocían la raíz religiosa de la identidad nacional, incluso su amplia aceptación entre las capas populares que atesoraban su autenticidad. Pero la facción más progresista no podía ver con buenos ojos la intromisión eclesiástica en la independencia y el protagonismo cohesivo del Estado liberal. No puede olvidarse que, además, para los progresistas, la propia condición cristiana tenía que convertirse en un índice de proximidad a la Europa moderna y humanista, circunstancia, como mínimo, ajena a la facción más integrista del catolicismo.

En esta última línea, Mallada, Unamuno o Morote detectaron, como Isern o Ganivet, la íntima relación del producto religioso y el espíritu español, pero extrayendo un doble pliego de consecuencias prácticamente antagónicas. Para Unamuno, ambas vertientes podían enraizarse en el fanatismo monoteísta propio de la raíz semita —frente a la riqueza estimulante del politeísmo ariano—, pero mientras que una, la histórica o casticista, se enfangaba en lo propio y distintivo, la otra, la intrahistórica, progresaba hacia la consecución de metas universales. La vertiente histórica conectaba, precisamente, con el catolicismo peculiar del pueblo español que tanto habían alabado Isern y Ganivet. La crítica de Unamuno, Mallada o Morote descubre en él la versión casticista o tradicionalista del cristianismo y, con ella, la hipertrofia moral, el quietismo, el alumbrismo, el dogmatismo, el absolutismo, la intolerancia, la inflexibilidad en las creencias, el misterio o los excesos supersticiosos y fanáticos. El tipo de episodios históricos que Morote asociaba a la religión española son muy significativos para entender el talante con el que la facción progresista se acercaba al tradicionalismo religioso: entre ellos cabía contar la Inquisición, la persecución de los maniqueos o la muerte de Hermenegildo por Leovigildo. Por su parte, Mallada creía que “(...) *el fanatismo musulmán dejó entre nosotros sus huellas con curiosas modificaciones bajo la influencia de la fe cristiana*” (Mallada, 1890/1994; p. 60-61). A partir de ese basamento histórico, tenía claro que el catolicismo español era el tipo de producto dirigido a una masa ignorante, escasamente inteligente y sometida al imperio de la imaginación. Hasta el propio Isern se veía obligado a reconocer que el fenómeno religioso implicaba la hegemonía de los sentimiento sobre la razón y la dificultad para distinguir la realidad de la fantasía.

El propio Mallada, en cualquier caso, consideraba que la moral religiosa era fundamental para preservar la cohesión y el orden social. Así, sin desviarse ni un ápice de su positivismo, reconocía que renegar del catolicismo, en tanto que creencia ancestral, suponía renegar de toda religión positiva. A ello

Mallada añadía, con Ganivet, el hecho de que el carácter español no estaba preparado para acoger las doctrinas protestantes. El catolicismo era por tanto insustituible para bien y para mal, por lo que Mallada se limitó a ofrecer una amplia tipología de creyentes esperando, posiblemente, que el señalamiento de sus vicios y virtudes psicológicas y morales ayudara al autoexamen y la mejora religiosa. Con evidente ánimo psicodiagnóstico, distinguió básicamente entre fervorosos, a los que dividió, a su vez, en prudentes, bullangueros, apocados e hipócritas; tibios, clasificados en mundanos e indiferentes; y, por último, enemigos del catolicismo, repartidos entre protestantes, déístas y ateos.

Por su parte, Unamuno sí que procurará oponer a la imagen tradicional del catolicismo español una tendencia cristiana universal. La definirá a través de múltiples dimensiones caracteriológicas; algunas limítrofes con el casticismo, caso del conceptismo, el temor a las ideas ajenas, el ordenancismo, la belicosidad o la tendencia a los dualismos extremos —la oposición secular entre Dios y el Demonio—. Pero el núcleo fundamental de la vertiente universal corresponde a una nueva mentalidad: el ejercicio de la individualidad y la plenitud personal en el seno del Ideal y el humanismo, la hegemonía de un fanatismo contemplativo y no supersticioso en sustitución del racionalismo, la militancia ascética, austera, estoica, caritativa y carente de simpatía o el disfrute de una libertad interior prácticamente anárquica aun cuando el comportamiento manifiesto se someta a la ley externa.

Unamuno pretendía oponer ese retrato no sólo al catolicismo histórico, sino también al cristianismo italiano o, genéricamente, al protestantismo. Sin embargo, las conexiones con este último resultaban evidentes y, es más, necesarias si lo que se quería resaltar era una perspectiva internacionalista. Las bases cuasi-panteístas y colectivistas de la perspectiva, reconocidas por el propio Unamuno, remiten claramente al espiritualismo protestante que se había refigurado en el siglo XIX a la luz del romanticismo y el idealismo. Unamuno, en cualquier caso, no renunció a establecer referentes distintivos en el propio pueblo español y las encontró en figuras como Antonio de Padua, el padre de las Casas, los Jesuitas o los franciscanos del siglo XIII; personajes que, desde su perspectiva, habían logrado impulsar un cristianismo popular, europeo, internacional e, incluso, laico. Sin embargo, su referente fundamental lo encontrará en autores místicos como Santa Teresa, San Juan de la Cruz y Fray Luis de León. Enlazando explícitamente con las escuelas post-kantianas que mencionábamos más arriba, de las obras de Santa Teresa dirá: *“Robustísima es en ellas la afirmación de la individualidad (cosa muy distinta de la personalidad) y del libre albedrío; grandísima la cautela con que bordean el panteísmo. Y es tan vivo en esta casta este individualismo místico, que cuando en nuestros días se coló acá el viento de la renovación filosófica postkantiana, nos trajo el panteísmo krausista, escuela que procura salvar la individualidad en el panteísmo, y escuela mística hasta en lo de ser una perdurable propedéutica a una vista real que jamás llega”* (Unamuno, 1902/1996; p. 131).

A los místicos españoles también se referirá Mallada cuando, muy de pasada, intente identificar ejemplos del cristianismo español. Pero como bien se intuye ya en la frase transcrita, será Unamuno el que los concilie bajo la misma empresa universal: buscar a través de la contemplación introspectiva —más que de la meditación intelectual o de la mediación de los sentidos— la unión con la esencia compuesta por el alma-Dios. Para Unamuno, en todos estos casos las representaciones abstractas de la unidad dejaban paso a un extraño sentimiento de la naturaleza. Fray Luis de León, como hemos repetido en muchas partes de este trabajo, será para Unamuno la clave de ese movimiento ya que si con “(...) *la mística trató la casta castellana de levantarse sobre sus caracteres diferenciales sumergiéndose en ellos (...) el ambiente del renacimiento levantó al maestro León a la verdadera doctrina liberadora, ahogada en el oleaje inquisitorial de concentración y aislamiento*” (Unamuno, 1902/1996; p. 131). En el primer misticismo de Santa Teresa o de San Juan de la Cruz todavía persistían las hipertrofias del quietismo nihilista y del alumbrismo abandonado al puro instinto. Por el contrario, el idealismo realista de Fray Luis resulta más renacentista que castizo, concretándose en el repudio de la guerra y en la búsqueda del reino espiritual a través de un anarquismo fraternal.

Es evidente que Unamuno termina de delinear un panorama general de amplias ambigüedades en el tratamiento de la religiosidad del pueblo español. Sin embargo, las controversias se atenuaron en un punto que concitó a todo el regeneracionismo: el hecho de que la religiosidad popular tenía, por unas vías o por otras, un papel más práctico que teórico en la cohesión nacional. Tras las ideas religiosas del catolicismo, Ganivet intuía la tendencia a la acción y la practicidad del carácter español, una cualidad que eclipsaba toda construcción teórica y discursiva. Ganivet creía que esta razón práctica arrancaba de la misma vida de los hombres e impregnaba el pensamiento colectivo y estado social, pero señalaba ejemplos particulares en las obras de Santa Teresa o, con Isern, Fray Luis de Granada. El granadino incluía, incluso, la propia institución inquisitorial, pero ello no era óbice para que el cristianismo tuviera mucho más de instrumento civilizador y regenerador de hombres cultos que de dogma inamovible.

Esa es también la posición de autores tan dispares como Isern y Mallada. El primero, tras alabar la íntima relación de catolicismo y espíritu público, atribuía al elemento religioso una cualidad regenerativa capaz de detener la degeneración impulsada por el utilitarismo, el sensualismo y el egoísmo de signo liberal. Como ya hemos señalado, Mallada también creía firmemente que la religión podía ser una excelente herramienta para solucionar la inmoralidad pública. Además, advirtiendo la aproximación anglosajona a Filipinas, no estaba dispuesto a dejar el proceso evangelizador —valga decir, colonial— en manos del protestantismo. La confianza de Unamuno en el misticismo o de Macías en el genio nacional expresado a través de la religiosidad también se proyectaba en un horizonte internacional, si bien mucho menos preciso que el vislumbrado por Mallada.

Sea como fuere, lo visto apunta a la imposibilidad de prescindir del producto religioso, bien por su íntima relación mística-individual o doctrinal-colectiva con el núcleo identitario, bien por su capacidad práctica para amalgamar un trasfondo comunitario y solidario. Los regeneracionistas, en definitiva, no sólo respetaban sino que participaban en alguna medida de un cristianismo auto-asumido prácticamente por todos los estamentos de la sociedad española.

14.4.5. La filosofía moral como alternativa normativa

Un papel moralizador semejante al cumplido por la religión se puede detectar también en el desarrollo disciplinar de la filosofía, sobre todo en el ámbito moral. La principal diferencia es que el proceso de formalización y normalización de los códigos comportamentales está mucho más sujeto a referentes académicos y, por ende, internacionales. No es que deseché el andamiaje popular para establecer los principios cohesivos, pero se distancia mucho más de él que la religión o el costumbrismo porque aspira a la perfección y, por ende, al cambio comportamental. Quizá por este distanciamiento no mereció demasiada atención por parte de los regeneracionistas. Sólo Unamuno e Isern se detuvieron algo más en la filosofía moral producida en España y, como en el resto de casos, fue para destacar su íntima dependencia del espíritu colectivo. Unamuno la describió, significativamente, como la conjunción de ciencia –lo universal e impulsor– y arte –lo particular y expresivo– en la que se reflejaba el ideal que un pueblo tenía de sí. En esa imagen radicaba el poder de la filosofía moral para prescribir y justificar el comportamiento colectivo. En la lectura de Unamuno el aparato moral se inscribía dentro de un tipo de filosofía panteísta –de corte postkantiano y krausista– y, por ende, se confundía prácticamente con las prescripciones religiosas de la mística. Como hemos señalado, Isern tuvo más cuidado a la hora distinguir las funciones psicológicas de la religión y de la moralidad. Reservó para esta última un papel preceptivo sobre la práctica, aunque, ya deslindada de la religión, no tuvo reparos en reconocer la escasa originalidad que caracterizaba la producción filosófica española.

El discurso regeneracionista tenía suficientes códigos y modelos comportamentales y cohesivos con el costumbrismo, el derecho consuetudinario e, incluso, los arquetipos de la ficción literaria. Al tiempo, los fines impulsores parecían corresponder a la tecnologías materiales y a las Ciencias Naturales en detrimento de las orientadas a la subjetividad.

14.4.6. El lenguaje y sus conflictos identitarios

Desde finales del siglo XVIII, toda la esfera académica occidental le otorgaba al lenguaje un papel fundamental en la construcción de la identidad colectiva. En cierto sentido, la genialidad manifestada en las artes literarias no venía a ser más que la depuración de la dimensión creativa del lenguaje popular.

Unamuno, por ejemplo, creía que en la íntima conexión de lengua y arte radicaba la expresión de las cualidades morales y temperamentales del pueblo, al tiempo que las ciencias se asociaban a los fines impulsores materiales e intelectuales. Ganivet, por su parte, hacía suyas las tesis del lingüista Navarro Ledesma para recalcar el individualismo expresado en el lenguaje español. Sin embargo, el aparato lingüístico es mucho más que expresividad estética. Su dimensión comunicativa lo ligaba a las bases más íntimas de la cohesión social. Como ejemplarmente planteaba Unamuno, *"La lengua es el receptáculo de la experiencia de un pueblo y el sedimento de su pensar; en los hondos repliegues de sus metáforas (y lo son la inmensa mayoría de los vocablos) ha ido dejando sus huellas el espíritu colectivo del pueblo, como en los terrenos geológicos el proceso de la fauna viva. De antiguo los hombres rindieron adoración al verbo, viendo en el lenguaje la más divina maravilla"* (Unamuno, 1896/1902; p. 76). En esa línea, Unamuno consideraba que en la conservación y difusión de la cultura, muy particularmente de la ariana, jugaba un papel mucho más importante la migración de las lenguas que de las razas.

Sin embargo, Unamuno era filólogo y su interés por el lenguaje es más bien excepcional entre los regeneracionistas. Sorprendentemente, la relación entre lengua y mentalidad nacional fue un tema que mereció escasa atención en la lectura regeneracionista. ¿A qué se debe esto? En principio la declaración explícita de Ganivet es que existen formas más bellas de expresar el pensamiento que la palabra. Aunque el idioma mostraba bien el individualismo inherente al español, la *acción*, y más particularmente la *acción* bélica de la Reconquista, era el mejor índice de ese rasgo constituyente. Sin embargo, a pesar del apunte de Ganivet, creemos que el motivo subyacente para que el lenguaje no jugara un papel protagonista en los argumentos identitarios del regeneracionismo tiene que ver con otro tipo de dificultades: su condición de principio de unidad y homogeneidad nacional tenía que lidiar con la centralización corrupta de la Restauración, por un lado, y con las reivindicaciones segregacionistas de los nacionalismos periféricos, por otro. En la mayoría de los casos, la decisión final fue por la pluralidad del producto lingüístico. Sólo Unamuno, a través de su concepción universalista, e Isern, partiendo más bien de una concepción estamental de la sociedad española, se las arreglan para refigurar la diversidad lingüística al servicio de la expresión de la unidad y cohesión nacional. El resto de regeneracionistas que tratan la pluralidad lingüística lo hacen como tributo a la diversidad identitaria del territorio peninsular; eso sí, sin menoscabo de su integridad. Veamos esas dos posibilidades en los epígrafes que siguen.

14.4.6.1. El lenguaje como exponente de la unidad nacional

Como hemos señalado, sólo Unamuno se ocupa en profundidad por el fenómeno lingüístico y sus relaciones con la identidad nacional (sobre la importancia del lenguaje en la obra general de Unamuno y sus relaciones con la identidad nacional puede consultarse López Morillas, 1972). En el segundo capítulo de *En torno al casticismo* queda bastante claro cómo su programa identitario se desarrolla a través de una

psicología o una filosofía del lenguaje —en tanto que atañe al “ser” o al “espíritu” nacional— en detrimento tanto del latinismo —la hermenéutica escolástica del catolicismo— como de la lingüística comparativa —la lingüística científica o positivista que se desarrolla en la Alemania de mediados del XIX como alternativa a las tesis humboldtianas—⁴. Como Lazarus y Steinthal, Unamuno consideró que la lengua era subsidiaria del pensamiento; en cualquier caso, un pensamiento poco intelectualista dado que eran las ideas o representaciones inconscientes y colectivas las que se encarnaban en la literatura del pueblo en cuestión. En esa línea popular, Unamuno dedicará alguna alabanza a la lingüística protestante por ser un movimiento que se había opuesto al latinismo, rescatando el estudio de las lenguas “populares”, además de las tradiciones y las costumbres. A pesar de la íntima y peculiar ligazón entre lenguaje y mentalidad colectiva, Unamuno tampoco olvidaba recoger el talante universalista y humanista de Humboldt o el propio Krause. Desde ese punto de vista, hacía participar al lenguaje de un todo orgánico que se desplegaba continuamente en el tiempo.

En ese marco, el autor vasco trató de inscribir un programa nacional con una base y, al tiempo, con un horizonte de futuro definido por lo universal humano. El equilibrio era difícil, sobre todo si consideramos que en el inicio de su teoría especial de la identidad española Unamuno ubicaba la función unificadora del castellano. La tesis fundamental, desde ese punto de vista, era que Castilla forjaba España gracias a la extensión de la lengua castellana. Sin embargo, en línea con su lógica anticasticista, Unamuno no estaba dispuesto a defender una pureza lingüística en la base del proyecto nacional, idea que sí está presente, aunque sea de pasada, en la obra de otros regeneracionistas como Altamira o Macías Picavea. Así, cuando Unamuno habla de depurar los aspectos transitorios de la lengua se está refiriendo a la necesidad de extirpar lo que define como propio el tradicionalismo. Su proyecto, como venimos diciendo, es buscar los aspectos lingüísticos eternos, representantes del ideal y, por ende, integrados en lo europeo.

En este punto Unamuno rescató buena parte de los intereses originarios de la lingüística humboldtiana, sobre todo en lo tocante al enriquecimiento cultural que suponía el contacto entre las lenguas de los diferentes pueblos. La estrategia de Unamuno consistió en considerar que, a lo largo de las diferentes fases del desarrollo lingüístico, el castellano se iba impregnando de extranjerismos; o lo que es lo mismo, iba incorporando dimensiones internacionales y, por ende, intrahistóricas. Así Unamuno detectará la impronta ancestral del romanismo en la identidad nacional gracias a los vestigios de la lengua romance que todavía podía identificarse en el castellano actual. De la misma manera, encontraba rescoldos extranjeristas en pleno siglo XIX; de hecho, mofándose claramente de las suspicacias *mendezpelayistas* hacia la filosofía alemana, Unamuno exaltaba la “(...) *invasión de atroces barbarismos* [a los que] *debe nuestra lengua gran parte de sus progresos, verbigracia, (...) la invasión del barbarismo krausista, que*

⁴ Y no puede olvidarse a este respecto que las principales referencias durante el desarrollo de su tesis sobre el pueblo vasco habían sido autores positivistas; sobre todo Schleicher y Spencer (ver a este respecto Juaristi, 1996). Sin duda, para las fechas en que publica *En Tomo al Casticismo*

nos trajo aquel movimiento tan civilizador en España" (Unamuno, 1895/1996; p. 60). Para Unamuno, en último término el lenguaje debía permitir el entendimiento entre todos los hombres. El lenguaje de cada pueblo transportaba la posibilidad de traducir las representaciones intrahistóricas de la unidad universal, aquella que subyacía a toda la Humanidad.

Por otro lado, y también dentro de la unidad, el interés de Isern por la diversidad lingüística supone una versión doméstica de los planteamientos de Humboldt, Lazarus y Steintal. La tesis que mostraba la aportación de cada lengua al espíritu absoluto se traslada a una lógica estamental y circunscrita a la sociedad española. Para Isern, la configuración del espíritu público dependía de que cada clase social aportara su conocimiento específico sobre las distintas materias. Con ello se posibilitaba una actuación no mutilada del principio colectivo. En este punto Isern empleará como representación del espíritu público la lengua propia de un pueblo. Desde esta perspectiva, la lengua no es conocida integralmente por todos los estamentos, pero todos participan, de manera diferencial, en su origen, desarrollo y especial manera de ser. Así las diversas aportaciones terminaban por coaligarse en un compuesto armónico superior que confería peculiaridad y cohesión al todo.

14.4.6.2. *El lenguaje como exponente de la diversidad nacional*

Es cierto que autores como Macías Picavea consideraban que el lenguaje era un índice de peculiaridad e, incluso, de la superioridad del alma colectiva humana. Concretamente a Macías esa idea le servía para distinguir el castellano del pernicioso idioma teutón, o para demostrar, partiendo de la conquista americana, la influencia internacional del español. Sin embargo, de puertas adentro no podía reconocer la lengua castellana como un índice de identidad nacional. Siendo como Morote y, sobre todo, Almirall, uno de los autores más interesados por la diversidad regional en el seno de la nacionalidad integral, no es de extrañar que todos prestaran especial atención a lo que el autor de *El Problema Nacional* denominaba "dialectos" peninsulares. A través de las peculiaridades lingüísticas de cada zona, Macías dejaba entrever vestigios de la diversidad racial, las influencias culturales asimiladas en el proceso histórico e, incluso, de los orígenes más puros y remotos de los pueblos integrantes de la península. Merece la pena copiar un amplio párrafo en el que Macías resume su análisis etno-lingüístico de la regiones peninsulares y, con él, muchos de los hitos identitarios que hemos marcado: *"El castellano viejo, castizo tronco de la filología ibérica, se habla con igual pureza y con idéntica gravedad se pronuncia en toda la cuenca del Duero; esta habla sufre ya algunas modificaciones de sintaxis, y principalmente ciertas alteraciones ortológicas, como aspiraciones de la hache, ceceos o seseos, y apócope o elisiones finales, lo mismo, y con análogo estilo, en Castilla la Nueva que entre los extremeños; el dialecto aragonés, tanto*

Unamuno ha iniciado su viraje teórico hacia posiciones metafísicas, circunstancia que explicaría la presencia de planteamientos filológicos más cercanos a la escuela humboldtiana y, con ello, a las propias tesis de Lazarus y Steintal.

en sus modalidades léxicas cuanto en el tono de joso y enérgico de su pronunciación, es común, salvo matices no esenciales, a aragoneses, navarros y riojanos; el andaluz, tan movido y lleno de arabismos, es la lengua de toda la cuenca bética y de la pequeña vertiente meridional; ya oportunamente dijimos que gallegos y portugueses eran dos dialectos hermanos y de común stirpe, debiendo, sin duda, agregárseles el musical verciano; desde la divisoria palentino-leonesa hasta el Cantábrico surge un nuevo dialecto que, aun en medio de sus tres variedades principales, el bable, el asturiano y el montañés, ofrece como caracteres comunes los muchos latinismos de su estructura y el canturioso estilo de su habla; en cuanto al provenzalismo peninsular, sabido es que se extiende por toda la vertiente levantina con sus dos subdialectos, catalán y valenciano; y, en fin, notorio parece que la antiquísima lengua vasca hállese hoy limitada a las tres provincias hermanas (no enteras) y una pequeña región noroeste de la provincia de Navarra” (Macías, 1899/1992; p. 90).

En realidad, la relación entre la división territorial y la diversidad lingüística de la península detectada por Macías sólo venía a constatar la propuesta elaborada años antes por Almirall. En su obra, positivismo y regionalismo se coaligaron para demarcar mucho más que ningún otro regeneracionista, la relación entre la variedad caracteriológica y la lingüística. Su cruzada anticentralista le llevó a diferenciar totalmente el catalán –rudo como su temperamento– y el castellano, reduciendo sus semejanzas a un común origen latino compartido, incluso en la misma medida, por el francés y el italiano. A ello había que añadir que el gallego y el bable que se parecieran más al portugués, la peculiaridad idiosincrásica del vasco y la poca presencia del español nativo en el litoral. Para Almirall, ni siquiera la imposición del lenguaje español como idioma nativo en amplias zonas peninsulares lograba esconder las diferencias de carácter. Ahí estaba el castellano viril de los aragoneses, que nada tenía que ver con el de los castellanos nuevos, o el habla más sobria, pura y elegante de los castellanos viejos y santanderinos. De hecho, las diferencias podían detectarse incluso entre los castellanos nuevos y los andaluces. Aquéllos carecían de la gracia, la elegancia y la educación sin parangón del lenguaje hablado por los campesinos andaluces. Así, la base del idioma, la forma de expresión y la construcción gramatical de diferentes castellanos hablados en la península podía ser casi idéntica, pero ello no evitaba la radical diferencia de las ideas expresadas por cada uno de ellos –no digamos ya con el resto de lenguas peninsulares-. Muy significativo es que para Almirall, como también para Macías, esas variedades pudieran detectarse en aspectos relacionados con su expresión oral, caso de la pronunciación de las palabras, el acento o la inflexión de la frase.

Morote no era tan prolijo en la identificación de dialectos o lenguas como Almirall y Macías –se limitaba a señalar la existencia del catalán, vasco y gallego– pero hacía especial hincapié en la “antiquísima lengua vasca” para dejar caer –al margen de la consabida irreductibilidad antropológica de los diversos pueblos peninsulares– una atrevida hipótesis sobre el origen común de africanos y españoles.

Así, a la búsqueda de raíces lingüísticas pretéritas y comunes, Morote aseguraba que no eran pocos los casos de vascos que habían podido entender el lenguaje argelí en el norte de África. La idea, por muy peregrina que pueda resultar, podía cumplir un cometido genealógico pero no aportaba demasiado a la función cohesiva del lenguaje. Como mucho, atestiguaba la posible relación del vasco con el lenguaje íbero de los primeros pobladores peninsulares, aunque de paso ponía de manifiesto que la unidad nacional no dependía de la unidad lingüística. De haber existido un primera lengua común, idealmente el íbero, es claro que habría terminado siendo desplazada y sustituida —ni siquiera reformulada— por otras —cabe sospechar que las romances— hasta el punto de quedar aislada en un pequeño territorio de la península e, incluso, convertirse en índice de su peculiaridad frente al resto de regiones peninsulares.

Sea como fuere, los regeneracionistas no emplearon el lenguaje, y más concretamente el castellano, como índice de cohesión. Ni siquiera Macías lo menciona cuando repasa los productos identitarios que merece la pena analizar y señala *“la cultura, lo económico, lo moral, lo religioso y lo político, tanto en sus singulares aspectos, cuanto en el conjunto de su total juego y concertado régimen”* (Macías, 1899/1992; p. 95). Sí se le reconoció cierta función expresiva e, incluso, instrumental a través de su presencia en la América española. Hasta Almirall reconocía su potencial expansivo y su condición de lengua más unificada en España y América. En ello iba, sin duda, la esperanza de recuperar en un futuro el papel imperial que España había jugado en el pasado. Se trata, en cualquier caso, de una esperanza que ya nada tiene que ver con el dominio material sino con cierta tutela espiritual o, valga decir, cultural. Macías y Ganivet así lo vieron, pero fue Morote el que lo expresó a la perfección cuando en el último párrafo de *La Moral de la Derrota* señaló que *“La lengua de Castilla que es una de las cuatro que más se hablan en la tierra, vivirá por los siglos de los siglos. Nuestra habla, cultura, arte, genio y espíritu de raza, perdurará y será la razón de ser en el planeta de una España, la más grande España, patria moral y mental de dieciocho nacionalidades, de casi todo un continente, de un mundo separado de nosotros, políticamente, pero queriendo y pensando las mismas cosas que su madre augusta, pues al hablar, al escribir, al reír, al cantar, al amar, habrá de hacerlo en castellano”* (Morote, 1900; p. 425).

Sin embargo, es lógico que ese tipo de formulaciones no vayan mucho más allá de las exaltaciones utópicas y esperanzadas que, lógicamente, solían presidir el cierre de las obras del género. Siendo importante para la nostalgia imperial de un pasado mítico y un futuro utópico, el castellano poco parecía tener que decir en la conversión del pueblo español en un estado-nación armónico y moderno. Como hemos ido viendo, en el conjunto del discurso regeneracionista el lugar del lenguaje fue ocupado por la religión, el arte, las costumbres colectivas y el derecho. En ellos buscaban los regeneracionistas la expresión de las potencias populares y su orientación hacia el triple fin expresivo, cohesivo e impulsor.

Para terminar este apartado habría que señalar que con la articulación identitaria de esos productos culturales sucedió algo parecido a lo que se ponía de manifiesto en el ámbito *cronográfico*: buscando

esencias intrahistóricas, en no pocas ocasiones los regeneracionistas tuvieron que terminar recurriendo a productos culturales clásicos y reconocidos. Instrumentos y materiales en exceso personalistas y singulares —caso de las obras de arte— volvieron a suplantar al pueblo en beneficio de las potencias espirituales, psicológicas o raciales del ente nacional. En los productos de corte más institucional o relacionados con el pacto social, caso del derecho o la religión, podía no haber sido así, pero el protagonismo del pueblo también se difuminaba en sistemas de interacción y comportamiento que precedían cualquier ejercicio consciente y participativo de la ciudadanía.

CAPÍTULO 15

EL ELEMENTO *PROYECTIVO*: METÁFORAS
PARA IMAGINAR LA IDENTIDAD NACIONAL

INTRODUCCIÓN

El ámbito *proyectivo* tiene que ver con las expectativas de futuro, optimistas o pesimistas, que el regeneracionismo preveía para la identidad española en función del examen de su pasado. En torno a lo *proyectivo* se elaboran nuevos sistemas identitarios que, evidentemente, tienen que contar con el material aportado por los otros cuatro ámbitos identitarios; a saber, el *antropográfico*, el *topográfico*, el *cronográfico* y el *productivo*. Todo ese material, en principio presentista o actualizado, pasa a formar parte del ámbito *proyectivo* cuando se imagina en el futuro; particularmente, cuando adquiere una calidad virtual adecuada al mundo o experimento mental que los regeneracionistas están tratando de adivinar, o construir directamente en medio de la incertidumbre generada por el porvenir. Además, esa condición finalista confiere al elemento *proyectivo* un papel eminentemente *propositivo* dentro de la lógica funcional del sistema identitario —la coincidencia de ámbito y función identitaria es la más cerrada de todos los casos, aunque, como veremos, no toda función *propositiva* debe ser considerada dentro de la temática *proyectiva*—. Su labor es responder al “para qué” o al “hacia dónde” o, lo que es lo mismo, orientar al sistema bien a una redispersión o bien a una reafirmación de los elementos que cubren cada una de las cinco funciones identitarias —*agente*, *agencialidad*, *escenario*, *acción* y *propósito*—. De ella nos ocuparemos en los siguientes epígrafes.

15.1. LOS CIERRES TEXTUALES DEL REGENERACIONISMO Y LA RETÓRICA FUTURISTA

Decíamos un poco más arriba que el papel de lo *proyectivo* está estrechamente ligado a la evaluación del pasado. En cierto sentido, el pasado puede ser contemplado como un proceso con objetivos ya cumplidos y cerrados, aunque sus consecuencias impregnen el presente y el futuro del sistema

identitario en cuestión. Es precisamente en la tensión discursiva entre los propósitos alcanzados por el pasado y los imaginados para el futuro donde se configura el ámbito *proyectivo*. Viene a ser la moraleja de la historia narrada a propósito de la identidad colectiva o, lo que es lo mismo, lo que Hayden White (1973) o Rosa y colaboradores (2001), denominan *ideología*. Según esas posiciones, la ideología es “(...) *la dimensión de la historia que orienta la conciencia hacia el futuro y nos permite imaginarlo. Sin renunciar al compromiso fáctico de que recoge su impulso (logos), la ideología nos llevaría a construir una trama narrativa (ludus) en la que el pasado y el presente se vinculan para proyectar un futuro imaginado (mythos) a partir de los valores preferidos que, al mismo tiempo, convierten a unos hechos del pasado en más memorables que otros*” (Rosa, Blanco, Travieso y Huertas, 2001; p. 315).

Sobre los hechos memorables para el regeneracionismo ya hablamos cuando tratamos la acción histórica en el ámbito *cronográfico*. Aquí nos interesa sobre todo la perspectiva de futuro que se abre con la evaluación genérica de ese pasado y la invención de un futuro virtual. En cierto sentido, hemos ido introduciendo muchos de esos aspectos en los puntos anteriores cuando hemos analizado cada uno de los ámbitos identitarios (en ellos hemos mencionado el horizonte de futuro que, por activa o por pasiva, abría el análisis identitario del elemento en cuestión). Pero el marco común de lo *proyectivo* nos va a permitir la reorganización e integración de esas referencias esporádicas dentro de la lógica funcional *propositiva*.

Para afrontar esa tarea vamos a partir de las páginas que cierran las obras del regeneracionismo. Los párrafos finales configuran espacios de retórica alambicada que, a manera de colofón, recapitulan de manera sumaria el pasado, concentran los temas nucleares tratados a lo largo de las obras y esbozan las esperanzas de futuro para la identidad colectiva. Así, la prospección de esos párrafos nos permitirá reorganizar las referencias generales ofrecidas por los regeneracionistas a propósito de tres aspectos: el pasado en tanto que fin o *propósito* psico-histórico superado y, al tiempo, punto de anclaje, para bien o para mal, del porvenir; el presente como espacio de transición o gozne y acotación coetánea donde sopesar éxitos y frustraciones; y las zonas de desarrollo identitario más relevantes del devenir futuro. Las continuidades y discontinuidades entre esos tres momentos nos ayudarán, finalmente, a establecer el tipo de ideología de cambio socio-histórico o “moraleja” que, en función de las categorías analíticas de White, puede atribuirse a la vertiente contemplativa del regeneracionismo.

En el anexo al final del capítulo se recogen los párrafos que cierran las obras que venimos analizando. En él estudiamos los enunciados relativos al pasado, al presente coetáneo de los regeneracionistas y al futuro imaginado. En el análisis discursivo de cada uno de esos tres momentos también se han prospectado otros tres aspectos. Los dos primeros son las evaluaciones negativas de la situación y los principales motores de cambio, identificados en letras mayúsculas. El tercero está configurado por las metáforas. Nos detenemos en ellas de acuerdo con la idea de Lakoff y Johnson de que los conceptos metafóricos permiten que un campo semántico sea pensado en los mismos términos que otro

(Lakoff y Johnson, 1991). Tal mecanismo refigura la "visión de mundo" o el sistema conceptual en cuestión y, en función de la intensidad y significación retórica puesta en juego, impulsa al *agente* individual o colectivo a actuar en una determinada dirección¹. Esa cualidad conminatoria es la que nos ha llevado a tener muy en cuenta las metáforas que aparecen en los párrafos finales de los textos regeneracionistas. Nos detendremos en las que componen, de manera más evidente, la "poética" *proyectiva* con la que los autores finiseculares intentan llamar a la acción a sus potenciales lectores (ver anexo al final del capítulo).

Así, el análisis discursivo realizado sobre esos cierres textuales nos permitirá profundizar en la lógica *proyectiva* del regeneracionismo. Desde un punto de vista general y descriptivo, los aspectos teóricos de esos párrafos están mediatizados por el diálogo fundamental entre la persecución de valores o ideales (humanismo, religiosidad, etc.) y el desarrollo material, tecnológico y político-económico. Las controversias y convergencias que surgen en el tratamiento de esos dos frentes se inscriben, además, en un doble plano de interacción identitaria: el nacional, referido a lo que se percibe como propio, y el internacional, que articula los grados de proximidad o antagonismo respecto del Otro extranjero. Los temas o ámbitos de proyección identitaria que emergen en ese marco atienden principalmente a la necesidad del análisis identitario y las fluctuaciones de la psicología o caracteriología colectiva (dentro de las coordenadas ideal-nacional), el sistema político y económico-administrativo vigente (pertenecientes a las coordenadas material-nacional), la búsqueda de la libertad o la independencia nacional, la pertinencia de la concentración de todos los sectores que configuran la nación, el protagonismo de la juventud y del Gran Hombre (híbridos de las dos coordenadas anteriores), y la relación con Latinoamérica y con Europa (ubicados ambos en las coordenadas ideal-internacional o, alternativamente, material-internacional). La mayoría de los textos transportan, además, las expectativas generales de cambio, argumentos que pueden responder a un agravamiento de la degeneración, cierta incertidumbre o una esperanza absoluta en el cambio. Ya hemos apuntado que la mayoría de esos aspectos se tramitan a través de un potente aparato retórico del que hemos entresacado hasta veintiocho dominios metafóricos. Pero los de mayor importancia alegórica para la generación del elemento *proyectivo* que caracteriza el discurso regeneracionista son siete: el *mórbido* (referente a enfermedad o muerte), el *salvífico* (referente a la curación o la renovación), el *bíblico-religioso* (apóstoles, glorificar, etc.), el *catastrofista* (inundación, desastre, ruina total, etc.), el *espacio-temporal* (remoto, eterno, etc.), el relativo a la *contundencia* (destruir, arrastrar, etc.) y el *armónico-sintético* (unidad, armonía, etc.). El resto de dominios metafóricos incluye evocaciones médicas, anatómico-fisiológicas, botánico-zoológicas, internalistas, afectivas, estéticas, penales, físico-

¹ Literalmente Lakoff y Johnson afirman que "En la mayoría de los casos lo que importa no es la verdad o falsedad de una metáfora, sino las percepciones e inferencias que se siguen de ella, y las acciones que sancionan. En todos los aspectos de la vida (...) definimos nuestra realidad metafóricamente, y luego pasamos a actuar sobre la base de las metáforas. Extraemos inferencias, marcamos objetivos, adquirimos compromisos y ejecutamos planes, todo sobre la base de la manera en que estructuramos nuestra experiencia, consciente o inconscientemente, parcialmente por medio de metáforas" (Lakoff y Johnson, 1991; p. 200).

químicas, militares, geoclimáticas, lumínicas, puristas-higienistas, económicas, referentes a la marginalidad, la familia, la nutrición, la obstaculización, la excelencia, la transición y el sueño.

Lo que vamos a hacer a continuación es desglosar este marco general para explorar la aportación del pasado, el presente y, sobre todo, el futuro a la construcción psico-sociológica de la identidad española imaginada por el regeneracionismo a finales del siglo XIX. Lo haremos a través de tres epígrafes –uno para cada uno de esos momentos– en los que presentamos resúmenes en formas de tabla de los análisis realizados sobre los párrafos que cierran los tratados. En esas tablas las filas representan los ámbitos de proyección específicos (psicología o caracteriología colectiva, sistema político y económico-administrativo, búsqueda de libertad o independencia nacional, concentración nacional, protagonismo de la juventud y del Gran Hombre y la relación con Latinoamérica y con Europa) y las columnas al regeneracionista que los menciona. Las intersecciones significativas incluyen el tipo de metáfora con el que se resuelve el argumento (la X implica una referencia más o menos literal; es decir, una metáfora muerta o con escasa tensión retórica). Además, se somborean en gris aquellas intersecciones que, según el regeneracionista en cuestión, son especialmente relevantes para promover el cambio identitario. Como decíamos más arriba, a partir de esos análisis concretos repasaremos la sensibilidad *proyectiva* que, desde un punto de vista más general e inespecífico, se encuentra diluida en el conjunto de las páginas que componen las obras. Veamos ahora por separado cada uno de los tres momentos.

15.2. EL PASADO EN EL ENTORNO *PROYECTIVO*

Desde el punto de vista *proyectivo*, las recapitulaciones sobre el pasado que realizan los regeneracionistas al final de sus obras responde a la pregunta de qué es lo que puede aportar la tradición a la refiguración de la identidad nacional. El cuadro que sigue recoge los temas y el aparato retórico a través del que los pensadores finiseculares responden a la cuestión.

Tabla 15.1. Ámbitos de proyección y metáforas empleadas en los argumentos de pasado en los cierres de los textos regeneracionistas

AMBITOS DE PROYECCIÓN				ALMIRA	MALLAD	GANIVE	ISERN.	MACÍAS	MAEZT	MOROT	COSTA	UNAM	ALTAMI
Nacionales													
Ideal	Psicología colectiva	Persiste	-		Catástrofe Mórbido Militar	Btca-zoo Religión Nutrición	X		Estética Religión Familia	Salvífica Excelente Mórbida		Penales Btca-zoo Mórbida	
		Cambia	+	X			Excelente			Religión Mórbido		Inferior Sueño	
MATERIAL	Libertad / independencia		+							Esp-temp Geo-clim Sueño Mórbido			
	Concentración nacional		+							Esp-temp Geo-clim Sueño Mórbido Armonía			
	Sistema político	Persiste	-		Religión Militar		Catástrofe						
		Reforma	+		X								
Internacionales													
deal	Relación con Latinoamérica		+				X						
M	Eúropa	Inferior.	-				Catástrofe			Excelente Mórbida			

Como muestra el cuadro, la principal línea argumental en la que se inscriben las referencias al pasado recogidas en los párrafos finales tienen que ver con la forja de la mentalidad colectiva. Es el mecanismo que Isern define nomotéticamente como la herencia de generaciones que componen el espíritu público y que Morote concreta de forma idiosincrásica al apuntar que el destino histórico del pueblo español era mostrar al resto del mundo cómo se defiende la independencia y, al tiempo, cómo se descompone una gran nación. El panorama presentado por Morote ilustra a la perfección el talante psichistórico que muestran los cierres textuales analizados y en los que, en definitiva, se retoma la ambigüedad del regeneracionismo hacia el pasado nacional. Sea como fuere, la ambigüedad se resolvió planteando un antagonismo identitario arquetípico; un diseño de dos historias enfrentadas y aparentemente paralelas del carácter español que, como hemos visto cuando hemos estudiado el elemento *cronográfico*, resultó clave para la construcción de la identidad nacional.

Una de las narraciones históricas, la que Macías atribuye al austracismo, es relacionada por Altamira con la historiografía de "las derechas", o es identificada por Costa con el Cid guerrero, inconsciente y aventurero, es la que delineaba el devenir pernicioso del carácter nacional. De ella resultaría la España que Maeztu, Unamuno o Morote denominan histórica, castiza o, simplemente, vieja. Precisamente, al servicio de esa línea hay que entender los dominios del cuadro que aparecen en un segundo plano; capítulos relacionados con aspectos materiales en los que cristaliza la línea psico-histórica de la decadencia. Ese caso se muestra en la persistencia de un sistema político corrupto o la inferioridad de España en todos los órdenes de la escena internacional.

Desde el punto de vista *proyectivo*, el problema que los regeneracionistas detectaban en esa reconstrucción histórica es que impregnaba la imaginación de los españoles coetáneos con la épica militarista del pasado, condenándolos, de paso, al letargo nostálgico y al estancamiento presente. De ahí que el aparato retórico dispuesto para presentarla en el final de las obras se base fundamentalmente en metáforas mórbidas (enfermedad, daño, muerte, sepultar, etc.), catastrofistas (ruina, desgracia, desastres, inundación, etc.), excelsas (grandeza, solemnidad, etc.) y militaristas (conquista, etc.). Se trata de tropos que permiten apuntalar la idea de un pasado identitario exitoso pero abocado a la decadencia y la degeneración. Son herramientas retóricas que, además, sugieren la proximidad de una incierta pero imperiosa resolución final de un conflicto psico-histórico prolongado excesivamente en el tiempo.

Hemos señalado hasta la saciedad la pertinencia de esta dramaturgia retórica a la hora de atraer sobre el discurso regeneracionista la atención de los lectores finiseculares. El cambio conceptual, en cualquier caso, no se agotaba en el examen de conciencia exigido por Unamuno a propósito de esa España castiza anquilosada y obtusa, ni en el doble cerrojazo que Costa echaba al sepulcro del Cid histórico para que no volviera a cabalgar. Una estrategia identitaria complementaria también exigía remontar la historia a la búsqueda de las bases de, en palabras de Morote, la “nueva raza” de españoles. Esto inaugura la segunda línea *cronográfica* a la que hacíamos mención, aquella que transporta en su agenda la necesidad de revelar un carácter español positivo, incommovible y prácticamente eterno; un motor de cambio histórico orientado al porvenir y, al tiempo, profundamente arraigado en el pasado ancestral. A lo largo de su obra, Altamira y Unamuno detectan la continuidad de tales esencias identitarias en las masas populares e intrahistóricas, mientras que autores como Costa, Macías o Morote se decantan por aquellos atributos primordiales de la raza aportados por la sangre celtíbera y responsables de las grandes empresas nacionales hasta la irrupción del austracismo.

En todos esos casos el objetivo es regenerar o recuperar lo que fue y rectificar el camino de los últimos siglos, lo cual supone invocar una cualidad industriosa y capaz de asegurar, en lo material, las reformas políticas, laborales y económicas deseadas. Se trata de un planteamiento no exento de paradojas. La idea de progreso de algunos autores como Morote o Costa implicaba una lógica lamarckiana y sociodarvinista según la cual las nuevas necesidades deberían crear un órgano nuevo —el industrial y económico— que desplazara progresivamente y sin rupturas revolucionarias al antiguo —el militarista y oligárquico—, ya desfasado, anquilosado y corrupto para el cumplimiento de sus funciones vitales. Sin embargo, la asunción del esquema de la sociología positivista no impedía reivindicar unas bases psicológicas y caracteriológicas que, con todo el talante industrial que se quiera, se encontraban ancladas en un periodo socio-histórico muy anterior a la etapa militarista denunciada por el propio Morote. Remontar la historia hasta los albores de la identidad nacional permitía, por tanto, detectar el elemento fundamental de las modernas “fuerzas” materiales; es decir, las económicas, laborales y políticas.

Así, según la línea costista del regeneracionismo, los materiales acumulados por la lenta, pero viva, labor de la historia, durante siglos debían convertirse en los cimientos sobre los que el Estado moderno debiera activar el movimiento social del presente y edificar su estrategia moderna de orden. No es extraño que Morote, Costa o Macías Picavea se quejen continuamente de la falta de respeto que el Estado decimonónico había mostrado hacia muchas de las instituciones, costumbres y tradiciones verdaderamente útiles del pasado; las mismas que, en nombre del equilibrio, la armonía y la evolución social, era pertinente depurar, recuperar y readaptar al temperamento y genio del pueblo, sin menoscabo, incluso, de la incorporación de las clases ricas y poderosas. Por esta vía es por la que Costa termina rehabilitando al propio Cid; ahora bajo la imagen de un caballero respetuoso y ajustado a la ley que, lejos de los ancestrales abusos oligárquicos y caciquistas, era capaz de hacer tomar juramento de inocencia a Alfonso VI antes de reconocerlo como rey. La refiguración del ejemplo arquetípico restauraba la íntima conexión de la mentalidad española con las tradiciones de justicia y orden social más arraigadas y, supuestamente, auténticas.

La diatriba *cronográfica* detectada por Costa y otros muchos regeneracionistas fue, por tanto, fundamental para la agenda *proyectiva* y, en último término les llevó a considerar que una parte del proyecto histórico español "(...) *se ha realizado, pero otra parte, y no pequeña, queda aún en estado ideal. Todavía, la parte realizada no lo ha sido siempre por la acción espontánea de las fuerzas vivas del país, no por un desenvolvimiento lógico, normal, de los gérmenes constitutivos de la sociedad española, sino por obra de la violencia y a influjo de causas mecánicas, después de dolorosas interrupciones, que explican la inestabilidad de nuestras instituciones políticas y la desorientación en que viven así el pueblo como las clases directoras en orden a los ideales de la nación y los destinos de la raza hispana*" (Costa, 1901/1981a; p. 266).

Nótese la importancia de lo ideal en la frase. Y es que, en buena medida, las dimensiones del ideal no podían dejar de ser la pauta de progreso o el motor del desarrollo nacional que todavía estaba por venir. Así, la persecución pasadista de una cualidad adecuada a las conquistas materiales o político-económicas como lo era la industriosisidad no suponía el menoscabo de las cualidades morales y espirituales y de la primigenia tendencia al ideal. Muy al contrario, esos aspectos no sólo fundamentaban, con mayor o menor intensidad, la posibilidad de futuros desarrollos materiales, económicos o tecnológicos, sino que también transportaban los más altos valores y objetivos a los que podía aspirar cualquier programa de futuro. En este punto el *imperativo sociológico* dejaba paso, de muy diversas maneras, al *histórico-filosófico*: el movimiento se puede detectar en la actitud de positivistas como Macías Picavea, Mallada o Maeztu, que deciden someter las posibilidades de un deseable y esperable progreso material al desarrollo de los ideales; en los aspectos más estrictos e innegociables del tradicionalismo de Costa; en la esperanza de Ganivet de que la *acción* material y la energía mostrada en la Reconquista y en las empresas materiales pasadas se

transformen en energía intelectual y se redirijan y proyecten a la búsqueda del ideal; en la propuesta de Altamira para comenzar la regeneración científica por la mejora de asignaturas como la historia, el derecho o la literatura, "ciencias" capaces de excitar, preparar y canalizar el ideal hacia empresas posteriores de mayor calado tecnológico; o en el peso de una tradición moral y religiosa que, según Isern, mantenía desde tiempos inmemoriales la interdependencia natural de la vida, la armonía en el seno de las familias y la solidaridad en las relaciones mantenidas por las diversas clases sociales.

Para terminar con este punto nos detendremos en la versión religiosa del ideal, ya que articula uno de los puntos fundamentales de la argumentación regeneracionista. Tanto desde el punto de vista retórico como teórico, fue especialmente relevante para pensar los caminos de futuro que ofrecía connaturalmente el pasado. Si se observa la tabla 15.1 en la que resumimos el análisis de los argumentos históricos de los cierres textuales, podrá detectarse cómo la retórica bíblico-religiosa (*redención, apóstoles, bien sumo, pan espiritual, glorificación*, etc.) participa de los cinco espacios metafóricos que, básicamente, articulan la poética conminatoria implicada en el pasado. Como ocurre con la mayor parte de los productos intelectuales españoles de finales de siglo, los textos regeneracionistas están atravesados por la importancia narrativa y moralizante del tradicionalismo religioso. Sin embargo, lo novedoso en la producción regeneracionista es que este tipo de metáforas sean empleadas, estratégica o estructuralmente, para cambiar el signo ideológico del discurso identitario que supuestamente transportan. Aprovechando su penetración socio-cultural y, por ende su poder conminatorio, los regeneracionistas emplearán este aparatage retórico para transitar desde la catequización a la nacionalización. En cierto sentido, los regeneracionistas estaban usurpando los referentes y la penetración discursiva del reaccionarismo católico, la misma tradición ideológica que su liberalismo pretendía combatir.

Pero la cuestión religiosa no sólo sirvió para disputar referentes identitarios a otras alternativas colectivas intranacionales. Desde un punto de vista más temático, su aureola idealista también fue útil para comprender la lógica del programa colonial y, muy particularmente, la relación con Latinoamérica. Es cierto que los cierres textuales no suelen ubicar estas cuestiones dentro de los argumentos históricos; razón por la que, lógicamente, no aparecen referencias en la tabla resumen ofrecida más arriba. Sin embargo, la lectura íntegra de las obras demuestra que la matriz religiosa fue fundamental para cifrar en clave espiritual el capítulo colonial. Más adelante nos detendremos en el papel que jugó en las utopías de futuro, pero no sin dejar de apuntar aquí que la historia colonial americana fue observada como el enfrentamiento de dos razas que, según Costa, dividía el orbe en dos: una, la española, supuestamente quijotesca, inspirada en los valores religiosos y movida por altos ideales en su empresa latinoamericana; y otra la inglesa, materialista, mercantilista y explotadora en su conquista norteamericana. Proyectando el conflicto hacia el futuro, autores como Mallada y, sobre todo, Morote cifraron la decadencia colonial española en la incapacidad católica para, precisamente, separar la conciencia misionera y la religión de lo jurídico y el

desarrollo material; una escisión que la mentalidad protestante sí permitió impulsar en las colonias anglosajonas. A esa línea de crítica materialista, Maeztu añadió la posibilidad de que la cualidad conquistadora hubiera provocado la decadencia en otros órdenes nacionales como la agricultura, el comercio e, incluso, el arte. Sin embargo, aún reconociendo esas posibilidades, autores como Costa no pudieron dejar de reivindicar el impulso de un ideal espiritual tras la conquista española; una utópica Edad de Oro completamente opuesta al histórico proyecto anglosajón de convertir la tierra en un factoría o un mercado.

Sea como fuere, ese pasado marcado por una ambigua tendencia a lo espiritual y lo épico supuso la base sobre la que planificar las directrices generales de la proyección de la identidad española hacia el futuro. Sin embargo, antes de ello también exigía una evaluación del presente al que había abocado. Es lo que vamos a rastrear en el siguiente punto.

15.3. EL PRESENTE EN EL ENTORNO *PROYECTIVO*

La imagen del presente que aparece en los cierres textuales del regeneracionismo se centra muy especialmente en la descripción de los problemas coetáneos y los procesos que habría que poner en marcha para solucionarlos. La tabla que sigue recoge las acotaciones temáticas y el aparato retórico a través de los que se tramita la actualidad del “Problema de España”.

Tabla 15.2. Ámbitos de proyección y metáforas empleadas en los argumentos de presente de los cierres de los textos regeneracionistas

ÁMBITOS DE PROYECCIÓN				ALMIRA	MALLAD	GANIVE	ISERN	MACÍAS	MAEZT	MOROT	COSTA	UNAM	ALTAMI
Nacionales													
IDEAL	Analíticos		+	Médico Salvíficas Mórbidas								Puro-Hgn	Médico Salvíficas
	Psicología colectiva	Persiste	-	X			Catástrofe		Familia Bica-zoo Economía Religión				
		Cambia	+			Puro-Hgn Interior							
	Libertad / independencia		+										Contund
	Concentración nacional		+								X		
	ATERIAL	Sistema político	Persiste	-	Nutritivo Mórbida Contund	Mórbida Estética						X	X
Reforma			+		Tránsito						Tránsito		
Economía burocraci a administr.		Persiste	-										Mórbida Catástrofe Anat-fisl Salvífica
Internacionales													
ID	Europa	Inferiorid	+			Marginal	Catástrofe						
		Referente	+								X		
MATERIAL	Europa	Inferiorid	-			Militar				Contund Militar	X		Geo-clim
Expectativa general de cambio		Decadente	-	Marginal Catástrofe Mórbida				Mórbido	Mórbido Religión Nutritivo Estética Esp-temp Familia Marginal			Obstáculo Mórbida Armonía	Mórbida
		Esperanza	+							Religión Mórbido Anat-fisil Tránsito Esp-temp Fsc-quim	Catástrofe		Economía

Como muestra el cuadro, el tema más abordado por los argumentos de presente hace referencia al sistema político. Como ya sabemos, la atribución de los males finiseculares a la corrupción e indolencia de las clases políticas era uno de los principales núcleos argumentales del discurso regeneracionista. Pero éste es un aspecto sobre el que profundizaremos largo y tendido cuando tratemos la vertiente interventiva del regeneracionismo. Lo que más nos interesa aquí de ese estado político-institucional es su identificación con la propia decadencia nacional del fin de siglo y el lugar al que relegaba y condenaba a España en el

escenario internacional. No en vano es en los argumentos de presente donde más significativas son las referencias del baremo europeo. Tanto en lo material como en lo ideal, ese índice ubicaba el desarrollo español en los últimos puestos de mundo occidental.

Si el españolismo representaba la tradición y el devenir histórico, el europeísmo condensaba la modernidad y el progreso. Además, autores como Maeztu, Macías o Morote hacían corresponder la tendencia europeísta con los últimos estadios descritos por el esquema sociológico spenceriano, convirtiéndola en la etapa más avanzada del progreso, la evolución o, incluso, la selección natural. Así, aunque en el conjunto de las obras del regeneracionismo lo habitual es intentar compatibilizar españolismo y europeísmo, la tónica habitual entre los autores más afines a la ciencia positivista y a la ideología liberal fue relacionar el *Zeitgeist* coetáneo con la segunda de ellas. Como trasunto de europeísmo, "modernidad" significaba desarrollo científico y tecnológico, como planteaba Altamira, y sustitución del militarismo por la renovación industrial y económica, una perspectiva especialmente defendida por Morote. En el extremo materialista de esa perspectiva, Maeztu consideraba que el desarrollo económico era lo vital y lo fáctico y, en esa medida, desplazaba al elemento político y jurídico convirtiéndose en el protagonista exclusivo del mundo moderno. A él se subrogaban el desarrollo del resto de aspectos socio-culturales, incluyendo ciencia y arte. La única posibilidad de supervivencia y triunfo para el hombre coetáneo era adaptarse activamente y fundirse con la lógica material y económica. Pero ningún autor llegó al extremo de Maeztu en su descripción del mundo moderno e, incluso hubo algunos como Ganivet o Isern que, en el otro extremo ideológico, desecharon directamente la hipótesis del predominio materialista, la idea utilitarista de la propiedad y la producción salvaje y egoísta en la vida moderna. En su percepción del presente, ambos siguieron atados a la lógica de la bondad, la justicia la armonía colectiva y, en estricta reacción contra el industrialismo y el supuesto sensismo spenceriano, la voluntad y el pundonor militarista.

Independientemente del entusiasmo mostrado por cada autor ante los aspectos más radicales y desestructuradores del progreso, el mundo moderno fue el horizonte que los textos regeneracionistas manejaron para establecer sus expectativas generales de cambio. En los cierres textuales, éstos aparecen por primera vez a propósito, precisamente, de los argumentos relativos al presente. En ellos, la dialéctica del cambio oscila entre la posibilidad de una decadencia total y una clara confianza en la regeneración. Lógicamente, con la primera perspectiva los regeneracionistas redundan en la promoción y actualización de un panorama nacional crítico; imagen apoyada con una tímida presencia de las referencias relacionadas con las taras psicológicas y caracteriológicas de la identidad colectiva, y, sobre todo, con un notable incremento de las metáforas mórbidas y catastrofistas y la inclusión de nuevos tropos relacionados con la marginalidad. Por otro lado, la perspectiva esperanzada, la posibilidad de una solución para el "Problema de España", es una consecuencia de las labores analíticas, diagnósticas y terapéuticas demandadas y tácitamente autoasumidas por los regeneracionistas. Subsidiarias de ellas son también la inclusión del tema

analítico entre los argumentos de presente y el empleo de un aparato metafórico inédito hasta el momento. En él pueden detectarse los primeros términos de transición y contundencia, ambos exponentes del umbral del cambio y de las medidas expeditivas dispuestas para alcanzarlo. Pero lo que sin duda domina desde el punto de vista metafórico es la potente arquitectura clínico-terapéutica sobre la que se sostienen esos cierres. En su configuración intervienen usos alegóricos relacionados con la medicina, lo anatómico-fisiológico, lo curativo-salvífico y la pureza e higiene. En cualquier caso, los tropos clínico-terapéuticos no sólo colaboran en la construcción de una expectativa de regeneración. Si en el apartado del pasado las metáforas bíblico-religiosas aseguraban un espacio conservador y tradicional que andamiaba el reconocimiento del discurso y potenciaba los actos de identificación de los lectores, en el caso de los argumentos de presente las metáforas clínico-terapéuticas promocionan la seguridad y potencia interventiva típicamente asociadas a las modernas y novedosas herramientas de la Ciencia positiva.

En ese diálogo se inscribe la agenda del programa reformista ideado por los autores finiseculares. Pero, como ya hemos señalado más arriba, éste será un aspecto que merecerá atención específica en capítulos venideros.

15.4. EL FUTURO EN EL ENTORNO *PROYECTIVO*

Lógicamente, el talante reformista del regeneracionismo exige que la denuncia de los males coetáneos y la exaltación de ciertas virtudes pasadas se cierre con una llamada a la esperanza para la identidad colectiva. Esta posibilidad es la que domina en los cierres de los textos a través de un protagonismo evidente de los argumentos referidos al futuro. Como en los casos anteriores, la tabla que sigue recoge el aparato metafórico a través del cual los cierres de los textos articulan esa sensibilidad.

Tabla 15.3. Ámbitos de proyección y metáforas empleadas en los argumentos de futuro en los cierres textuales del regeneracionismo.

ÁMBITOS DE PROYECCIÓN			ALMIRA	MALLAD	GANIVE	ISERN	MACÍAS	MAEZT	MOROT	COSTA	UNAM	ALTAMI
Nacionales												
IOEAL	Analíticos		+			Religión Tránsito Familia						
	Psicología colectiva	Cambia	+	Contund Salvífica Amonía			Otras Excelente Mórbida Contunde Tránsito Geo-clim Interior Anat-fisl Luminica Médica Catástrofe Salvífica Esp-temp Afectiva Nutrición Estética Penal Familia Religión Marginal	Penal Hiénica Fso-quím Obstáculo Salvífica				Obstáculo Geo-clim Fso-quím Nutrición Mórbido Excelente Economía Sueño Catástrofe Puro-Hgn Esp-temp
	Juventud		+		Tránsito Mórbido Amonía						Contund	Mórbido Sueño Anat-fisl
	Gran hombre		+		Contund		Estética Excelente Salvífica Religión				Religión	
	Concentración nacional		+	Amonía			Esp-temp Amonía Salvífica Excelente Amonía			Afectivas Otras Fso-quím		
	Sistema político	Reforma	+	Luminicas Contund Bica-zoo Puro-Hgn Amonía	Anat-fisl Amonía		Excelente Otras					
Material	Economía burocracia administr.	Reforma	+					Fso-quím Excelente Estética Economía Marginal Tránsito Geo-clim Esp-temp		Geo-clim Salvífica Anat-fisl Bica-zoo		Fso-quím Religión

ÁMBITOS DE PROYECCIÓN				ALMIRA	MALLAD	GANIVE	ISERN	MACIAS	MAEZT	MOROT	COSTA	UNAM	ALTAMI
Internacional													
Ideal	Europa	Referente	+	Esp-temp Anat-fsl Blca-zoo					Marginal Salvífica Excelente			Anat-fsl Salvífica Puro-Hg Esp-temp Otros	
	Relación con Latinoamérica		+			Salvífica Familiar Otros				Salvífica Excelente Geo-clim Esp-temp Familiar	X		
Material	Europa	Referente	+			Militarista							
Expectativa general de cambio	Decadente	-	X		Religión Penal Mórbido Afectivo			Penal Mórbido Esp-temp Medicina Salvífica Catástrofe			Catástrofe Esp-temp		
	Incierto	-	Salvífica		Médico			Mórbido			Mórbido Religión Esp-temp		
	Esperanza	+	Esp-temp		Salvífica Mórbida Geo-clim Marginal Afectiva Anat-fsl Religión Puro-Hgn			Otras Salvíficas Esp-temp Catástrofe		Catástrofe Salvífica Interior Luminica	Religión Esp-temp Luminica Geo-clim		

Como se puede observar en la tabla, los argumentos de futuro que aparecen en los cierres de la obra regeneracionista repasan prácticamente todos los temas inquietantes del pasado y del presente y los proyectan con optimismo hacia el porvenir. De ahí que la arquitectura retórica se enriquezca con un incremento muy significativo de las metáforas salvíficas, armónico-sintéticas y relacionadas con la excelencia, además de incorporar nuevos tropos afectivos y lumínicos. El optimismo futurista se asegurará, además, redoblando el andamiaje espacio-temporal y bíblico-religioso. Frente a ese tipo de metáforas, el incremento de las negativas (mórbidas, catastrofistas, penales, obstaculizadoras o marginales) es muy escaso y, además, correlaciona cuantitativamente con la mayor densidad de argumentos de futuro que presentan los cierres textuales en relación con los de pasado y presente. Dada la densidad de estos argumentos y su papel nuclear en el elemento *proyectivo*, parece pertinente dividir su estudio atendiendo a la doble vertiente nacional e internacional. Las estudiamos en los dos epígrafes que siguen.

15.4.1. Alternativas de futuro para una nación renovada

Desde el punto de vista nacional, a las típicas cuestiones reformistas que, desde argumentos pasadistas o presentistas, abogaban por la transformación psicológica o caracteriológica y la concentración nacional, se va adherir la búsqueda de figuras capaces de motivar esos cambios y de colocar a la nación en el camino de progreso. Esos motores o guías de progreso son las que se proyectan en el futuro en la forma de juventudes renovadoras o de un Gran Hombre. Ambas debían ser alternativas que desplazaran a las

viejas generaciones directivas; las mismas que, bien por alentar la ignorancia y abulia del pueblo a través de la glorificación del pasado bélico, aventurero e imperial, bien por intentar preservar a toda costa su propio poder y patrimonio económico, habían permitido el anquilosamiento nacional. Ante ellas, la juventud y los Grandes Hombres que los regeneracionistas ubicaban en el horizonte del futuro gozaban de una capacidad especial para detectar las virtudes y necesidades de la mentalidad colectiva y actuar en consecuencia.

Sin embargo, la incertidumbre ante la posibilidad de que se materializaran esos elementos juveniles o personalistas en un futuro próximo llevó a plantear como alternativa de futuro una concentración nacional inmediata de todos los estamentos que configuraban el país. Esa lógica paliativa toma cuerpo dentro de las terapéuticas internas, aquellas que, tanto desde el punto de vista idealista de Ganivet como del materialista de Costa o Morote, diagnosticaban el agotamiento, la mutilación y el desangramiento nacional que habían provocado las acciones exteriores o internacionales del pasado. Tales perspectivas exigían la concentración de las fuerzas económicas, vitales o espirituales en el territorio nacional durante un largo período; todo el tiempo que fuera necesario para dignificarse espiritualmente y purificar los ideales a perseguir, en palabras de Ganivet, o recomponer el concepto total, orgánico y de destino y fuerza, que según Morote, se había quebrado en los últimos siglos. Cualquier otra alternativa que no pasara por el repliegue interior suponía, según Costa, correr el peligro de anular el porvenir de la nación española.

Lógicamente, esa estrategia intimista exigía tener en cuenta de forma preliminar la esencia nacional; la misma que, como ya hemos señalado hasta la saciedad, se revelaba en la verdadera historia identitaria. Progresistas como Altamira o Macías y conservadores como Ganivet o Isern consideraban que esa era la piedra de toque de los valores morales e ideales prioritarios. Es en este punto donde cobran su máximo sentido las explicaciones teleológicas de Isern. Según éstas, la actuación de todo ser (material, inteligente, individual, colectivo) debía mantener una estrecha armonía con su tendencia específica si pretendía alcanzar con éxito el fin natural de su existencia. Pugnar con esa tendencia implicaba contradecir las prescripciones de la ciencia, el orden universal y las leyes morales y jurídicas, además de condenar a la personalidad colectiva a la desaparición.

Por tanto, cualquier conquista material estaba condicionada por los valores morales e ideales que, aún esperando ser develados, se encontraban preinscritos en la estructura identitaria. En cualquier caso, este orden general de prioridades adquiere diferentes grados en el discurso regeneracionista y, con ellos, se abren diferentes paisajes entre las brumas más lejanas del futuro. En el extremo idealista, Ganivet o Unamuno consideraban que vehículos como el amor cristiano o el fenómeno estético —el arte vivía incluso en la ciencia— eran los medios adecuados para encarar la depuración identitaria. Para alcanzar ese objetivo ideal, Ganivet, como también Isern, descartaba cualquier valor de los referentes materiales y sensualistas

modernos. La apuesta de Unamuno trazaba paisajes futuristas caracterizados por la cristalización cosmopolita de la tradición eterna, la consecución de una ciencia absoluta y cerrada a todos los saberes o la definitiva fusión psicológica del saber, el querer y el sentir. Sin embargo, todas esas alternativas superadoras terminaban deviniendo en una mística panteísta en la que la humanidad se fusionaba con el universo y alcanzaba la contemplación final de la divina esencia.

Sin perder de vista las dimensión cristiano-humanista y el referente del ideal, otros autores como Altamira, Macías, Morote o Mallada trataron de incorporar los desarrollos materiales y científico-tecnológicos definidos por la modernidad. La pauta de progreso debía supeditarse o armonizarse con los valores morales inscritos, vía caracteriológica, histórica o geoclimática, en la estructura identitaria. Ello implicaba tener muy presente la función mediacional —expresiva y controladora— de productos colectivos normativos como la justicia, la moral y la religión. Concretamente, el papel otorgado por Mallada a la fe católica en el horizonte de futuro no estará lejos de la concepción manejada por Ganivet e Isern. El autor de *Los Males de la Patria* la considera un instrumento fundamental para la moralización social; esto es, para asegurar que cada sujeto cumple honestamente el papel social que le corresponde, asegurando así el buen funcionamiento del organismo colectivo. La fe católica, aún siendo contradictoria con la democracia moderna, podía ser empleada para anular o, al menos, limitar un egoísmo individual y competitivo que podía resultar desarticulador para la cohesión socio-cultural. De hecho, autores como Macías o el propio Mallada no consideraban improbable que un desmesurado progreso material, utilitario e industrial pudiera complicar el horizonte de futuro con la generalización de ese tipo de actitudes.

Así, sólo después de asegurar una moral cohesiva y asentada sobre los mismos cimientos de la identidad colectiva los regeneracionistas emprendieron la tarea de formular su utopía de bienestar material. Ésta tomará la forma de prosperidad económica y, en algunos casos, de democracia política; o, lo que es lo mismo, de los dos pilares fundamentales del programa liberal.

Desde el punto de vista económico, Morote, Mallada o Altamira consideraban fundamental explotar el trabajo de todo el pueblo. Para Morote ese mecanismo conjugaba el imperativo nomotético de la lucha por la existencia y el ideal idiosincrásico de vivir pobre y honradamente a la espera de una completa rehabilitación material. En el paisaje utópico más alejado en el tiempo se entreveía no sólo el crecimiento de la ciencia, la industria, la economía, el comercio y la agricultura, sino también de la seguridad de la propiedad y, sobre todo, la producción de los artículos necesarios para satisfacer las demandas de todos los integrantes del colectivo nacional.

Desde el punto de vista político, la apuesta liberal impulsada por Mallada y, sobre todo, Morote implicaba decisiones en dos frentes. Uno de ellos está claramente recogido en las tablas en las que hemos analizado los argumentos presentistas y futuristas de los párrafos que cierran las obras regeneracionistas: libertad como independencia nacional. Aquí Morote ubicaba una concepción del progreso entendida como

la tensión cerebral necesaria para conservar la individualidad de la nación en la lucha por la vida sin recurrir a episodios bélicos. Sólo así se podía prever la construcción futura de una gran nacionalidad. El segundo frente está configurado por la apuesta propiamente democrática que consistía en promover la libertad de acción del ciudadano dentro de la lógica orgánica de la vida nacional. En este otro sentido, Morote apuesta por la organización de la vida individual en función de derechos mutuos y por la afirmación de las estructuras de convivencia implicadas en la vida local.

La identificación del futuro material con el programa liberal generó diversas perspectivas dentro del regeneracionismo. Algunas suponen versiones pesimistas de la utopía, bien por considerarse incompatible con la familia, los valores tradicionales y la armonía social, como en el caso de Isern, bien por el escepticismo con el que se observaban aún las más remotas posibilidades de su implantación, caso de Mallada. Sin embargo, otras versiones revalorizaron esa utopía e invirtieron la dirección lógica del proyecto nacional vislumbrado por la mayor parte de los regeneracionistas. Esta perspectiva representa el último grado de la relación entre los valores morales y el desarrollo material. En realidad, supone una subversión del modelo ya que implica supeditar los primeros a los segundos.

En cierto sentido, esa alternativa se encuentra ya implícita en la propia obra de Mallada. A pesar de su interés por la religión como elemento civilizador, el pesimismo con el que observa el futuro nacional le convierte en uno de los autores que más desligan el desarrollo material y el proceso civilizador de la búsqueda de ideales nacionales. Lo religioso es sólo un elemento para asegurar una coordinación adecuada de todos los *agentes* sociales implicados en la modernización comercial, económica y científica de España. Sin embargo, como ya hemos señalado en otros lugares, es Maeztu el autor que lleva hasta sus últimos extremos la prioridad del programa material. Recordemos que para él el arte, la belleza o la justicia, tres de los caminos más importantes para perseguir o articular el ideal desde el punto de vista de los autores que hemos ido viendo hasta aquí, se supeditaban al desarrollo preliminar de empresas eminentemente intelectualistas y vitalistas; esto es, científicas, industriales y económicas.

Quizá exceptuando a Isern, Ganivet y Altamira, la mayoría de las utopías de futuro que hemos ido estudiando hasta aquí implican, explícita o implícitamente, cierta tendencia a la disolución nacional en una civilización cosmopolita o, por utilizar un término actual, globalizada. La vía puede ser científico-tecnológica (Morote, Costa o Macías), cristiano-humanista (Unamuno) o económico-socialista (Maeztu), pero en todo caso supone incorporar tácitamente el germen internacionalista en el horizonte más lejano y deseable del proyecto de renovación intranacional. El repliegue interior y la concentración de todas las fuerzas o estamentos sociales no conduce, por tanto, a un eterno aislamiento donde depurar hasta el absurdo la esencia identitaria. Veremos a continuación el papel que el proyecto internacionalista jugó en las vías de desarrollo futuro imaginadas por el regeneracionismo.

15.4.2. Alternativas de futuro para un imperio moribundo

Desde el punto de vista internacional, el futuro imaginado para la identidad colectiva debía pensarse en un doble *escenario*: el colonial, como obra del mejor espíritu español del pasado, y el europeísta, como referente coetáneo de una mentalidad moderna entendida, principalmente, en sentido material. Ambos generan incertidumbres identitarias para la identidad colectiva, el primero en relación con las posibilidades de continuidad y el segundo con las de consecución. Los vemos en los dos epígrafes que siguen.

15.4.2.1. Las ruinas del imperio a la luz de los nuevos tiempos: entre África y Latinoamérica

La utopía de futuro en el caso colonial preserva la condición idealista, aunque también se deslizan en ella, más o menos explícitamente, intereses materiales. Es cierto que un positivista temprano como Mallada acepta una normativa colonial implícita y necesaria en la que las razas primitivas iban siendo sustituidas por las europeas de la misma manera que el clero, las misiones y los ejércitos lo eran por la ciencia, el comercio, la industria y, en definitiva, el progreso material. Sin embargo, todos los regeneracionistas coinciden en observar con reticencias las propuestas de dominio sobre los pueblos que, según el esquema sociológico y etnográfico del siglo XIX, podían considerarse atrasados o bárbaros. La crítica es explícita hacia aquellas propuestas colonialistas basadas en la explotación o depredación material y territorial. Así, dos nacionalistas anti-cosmopolitas como Ganivet o Altamira no dudaron en criticar el expansionismo territorial, el primero en contra de su identificación con la grandeza nacional, y el segundo en beneficio de cualidades como el respeto y la fraternidad. Siendo dos de los autores más afines a los principios sociobiológicos, ni siquiera Morote o Maeztu dudaron en criticar el supuesto derecho de los pueblos poderosos a depredar a los débiles y los abusos y el trato generalmente duro que los supuestos países civilizados dispensaban a los nativos de las colonias.

Atendiendo a ese panorama, los regeneracionistas optaron por particularizar la fórmula nomotética con la que Mallada describía el mecanismo expansionista de los países occidentales. Como ya hemos señalado en nuestro análisis de los argumentos de pasado, éste se relacionará con los rasgos de egoísmo, avaricia y materialismo, extremos típicamente asociados al carácter anglosajón. Frente a él, el programa colonial de los pueblos latinos, particularmente del español, se convertía en el paradigma de la transmisión de los valores morales y civilizados a otras culturas. A partir de este esquema, autores como Ganivet invocarán el típico principio de *acción* civilizadora que el ideal cristiano imprimía en pueblos racial y culturalmente inferiores. No olvidemos que, en línea con la exaltación de los valores morales, el autor del *Idearium español* suponía que, en el caso español, esta misión civilizadora se había llevado a cabo desinteresadamente y a pesar del desgaste que había supuesto para la nación.

Pero en realidad, ese tipo de opiniones reflejaba, entre otras cosas, la situación de deterioro en la que se encontraba el programa colonial español ante el empuje de las naciones anglosajonas. La aparente cautela y filantropía con la que los regeneracionistas cuestionan el materialismo y la dominación territorial no es independiente del éxito que en esos terrenos estaban teniendo países como Inglaterra, Alemania, Estados Unidos o Francia. En este sentido, el esquema nomotético de Mallada también ofrecía un punto entre su normativa en el que se recomendaba el establecimiento de relaciones comerciales entre las naciones bárbaras y las civilizadas. Pero más sintomático aún es que Morote criticara el famoso discurso de Lord Salisbury sobre el colonialismo anglosajón y latino, no tanto por su talante belicista como por sugerir que España estaba muerta como nación.

Parece claro que, con todos los matices civilizadores y moralizantes que se quiera, el horizonte de futuro previsto por el regeneracionismo no se resistía a renunciar completamente al proyecto colonialista. De hecho, algunos de sus autores compartieron el plan colonizador que los políticos de la Restauración, en tímida competición con el resto de países europeos, pretendían impulsar en el norte de África. La convergencia se concretó sobre todo en las opiniones de Costa o Isern. Los dos consideraban justo el intercambio de los supuestos valores morales de la civilización occidental por la explotación económica y el dominio territorial de parte del norte africano. La operación no tenía que ser demasiado gravosa para los nativos pero, sin duda, debía ofrecer beneficios a la metrópoli y, según Costa, también debía repercutir en el ensanchamiento de la nación del Cid y de Quijote.

Aún así, el escaso desarrollo tecnológico y militar español —junto con la demanda de repliegue interior que veíamos en el punto anterior— condicionó la relativización de las posiciones coloniales en el seno del discurso regeneracionista. De hecho, los párrafos más pesimistas del propio Costa afirmaban que la opción colonial para España estaba agotada, una posición que Morote trataba de reforzar exigiendo activamente la renuncia a cualquier empresa imperialista. Como bien ejemplifican los cierres de las obras transcritos, este tipo de actitudes reorientó el foco de la atención prioritaria hacia el tipo de relaciones mantenidas con las antiguas posesiones latinoamericanas. En ese punto, y a diferencia del caso de los países africanos, los regeneracionistas tenían que asumir la madurez nacional e independencia alcanzada por las ex-colonias. Incluso Maeztu, un buen conocedor de la situación cubana por haber residido en la isla durante algunos años, reclamaba para todas ellas el derecho y la libertad para explorar y desarrollar sus propias vías de desarrollo económico. Por eso, todo el espectro ideológico y teórico del regeneracionismo, desde Ganivet hasta Morote, coincidió en aspirar a la recuperación de una tutela espiritual, moral o cultural. Estando ésta todavía por comenzar, los intereses materialistas derivados de ella sólo podían sopesarse a muy largo plazo.

15.4.2.2 La utopía europeísta

Hasta aquí hemos venido hablando de la utopía de futuro en el caso colonialista y de cómo debido a intereses estratégicos sus dimensiones materiales fueron demoradas o desplazadas a un segundo plano en beneficio de las ideales. Como señalábamos más arriba, el segundo paisaje de la utopía de futuro tenía que ver con el papel del europeísmo en el seno del discurso regeneracionista. A diferencia de la vertiente colonialista, aquí Europeísmo –o incluso norteamericanismo en el caso de un autor como Mallada– sí significa claramente desarrollo utilitario y progreso material, si bien en la forma de modernización político-económica, científico-tecnológica o industrial y comercial.

Esta impronta materialista impregna todo el género regeneracionista desde que Mallada, en sus inicios, identificara la balanza mercantil de exportaciones e importaciones con el grado de cultura, civilización y adelanto de pueblos, hasta que Costa reclamó en los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX un desarrollo económico que nivelara al pueblo español con el resto de Europa. Sin embargo, la esperanza de alcanzar un desarrollo material semejante al de los países del viejo continente tampoco estará exenta de matices idealistas e, incluso, de alguna reformulación en el mismo plano de los valores morales. La interpenetración de una y otra dimensión –la utilitaria y la idealista– en la reflexión europeísta del nacionalismo se revela en toda su complejidad cuando en el penúltimo párrafo de la *Moral de la derrota* Morote expuso que “(...) si la batalla dura, la victoria no es dudosa, la victoria del espíritu nuevo, europeo, democrático, tolerante, pacífico, entregado a la económica e industrial conquista del territorio peninsular, a la mental conquista del espíritu nacional redimido al fin de su atraso, de su ignorancia, en comercio de ideas con el mundo” (Morote, 1900; pp. 780–781).

Precisamente en el mismo seno de la dialéctica entre valores morales y materiales se detectaba una cuestión que podía resultar perjudicial para la construcción identitaria: la excesiva atención al desarrollo material y, por ende, a la propia desintegración etnopsicológica de la identidad nacional. La modernidad europea generaba, por tanto, una tensión entre una utopía agonista y una anti-utopía antagonista que, en buena medida, todavía hoy continúa siendo terreno abonado para la polémica, a juzgar por obras recientes como las de Beneyto (1999) y Bueno (1999). Estas últimas heredan, sin duda, la intranquilidad que entre los regeneracionistas producía una posible y completa integración en la Europa civilizada. De hecho, el propio concepto de “civilización europea” era un espacio de conflicto en el que dirimir las relaciones entre los pueblos y naciones. Concretamente, los pensadores finiseculares articularon esa inquietud a partir de dos posibles significados complementarios del referente europeísta: (1) el bélico-tecnológico y (2) el modernizador-globalizador.

(1) El primero se enraíza en la identificación del progreso material con el poder tecnológico y, más particularmente con el bélico. Éste estaba representado por las principales potencias internacionales; las mismas que, complementariamente, aparecían como la mayor amenaza para un colectivo nacional que,

como el español, había demostrado su debilidad militar en el episodio de Cuba. Así, resulta lógico que todos los regeneracionistas, a excepción de Isern y algunos argumentos vitalistas de Ganivet, desestimaran la opción belicista como una vía legítima de progreso y renovación de la mentalidad colectiva. Ya hemos visto que, dentro de esa lógica, Morote insistía en la clave de progreso industrial señalada por el evolucionismo spenceriano. Desde su punto de vista, un horizonte de desarrollo basado en guerras y conquistas sólo podía provocar la hostilidad entre estados, la negación de los derechos de los ciudadanos extranjeros, serias dificultades para una inmigración enriquecedora e, incluso, la propia ruina de los pueblos conquistadores a medio plazo. Por esa razón los modelos utópicos para el pueblo español no debían aproximarse tanto a países como Inglaterra o Estados Unidos —significativamente, los mismos que Mallada había invocado en su obra diez años antes del conflicto cubano— como a la Europa representada por Suecia, Suiza o Bélgica.

(2) Sin embargo, la preferencia por modelos industriales y económicamente saneados tampoco eximía de peligros a la identidad colectiva. En este caso hablamos ya del segundo significado de la Europa moderna, aquel que, vía globalización, ponía en crisis la independencia histórica y cultural de la identidad española. El conflicto se detectaba en una convergencia desmesurada con los baremos europeos, estrategia que podía llegar a difuminar o desintegrar la nación en dos sentidos.

Por un lado, se advertían los desajustes derivados de una lógica modernizadora implacable. Siempre aséptico, Mallada señalaba en esa línea que el desarrollo civilizador no beneficiaba en nada a las masas o clases populares más deprimidas de las naciones o razas en proceso de degeneración o decadencia. De hecho, para Mallada era la práctica de las virtudes, más que ningún otro mecanismo regenerador, el que permitía que las naciones pobres y decadentes encauzaran su camino de progreso y conquistaran la estimación de otros pueblos. A propósito del mismo mecanismo modernizador, Altamira o Morote ofrecían versiones todavía más comprometidas con valores morales y propiamente nacionales. Altamira consideraba que el estadio civilizador en el que se podía ubicar a un pueblo tenía que ver más con aspectos psicológicos peculiares que cuantitativos y generales. Por su parte, Morote recurría nuevamente al contraejemplo de Estados Unidos, un país en el que se demostraba cómo un alto grado de civilización material no implicaba un mayor desarrollo ético. Y es que, para Morote, Estados Unidos no dejaba de ser un pueblo esclavizado por los negocios y salvaje en lo referente a la moralidad. En el extremo de esa lógica moralista, Ganivet llegaba incluso a afirmar la avanzada evolución histórica que España presentaba sobre otros muchos países.

Por otro lado, y en estrecha relación con lo anterior, también se percibía que el referente modernizador europeo podía conducir a una homogeneización o normalización psico-sociológica radical. Del problema eran muy conscientes Ganivet o Altamira, autores que sólo aceptaban la vinculación espiritual de naciones ligadas etnopsicológicamente. No cabían, por tanto, demasiadas alternativas para

pensar en una verdadera fraternidad universal. Como ya sabemos, sólo Unamuno, con su utopismo cosmopolita, se desvió explícitamente de ese tono general. Para él, *"Hay que ir a la tradición eterna, madre del ideal, que no es otra cosa que ella misma reflejada en el futuro. Y la tradición eterna es la tradición universal, cosmopolita. Es combatir contra ella, es querer destruir la humanidad en nosotros, es ir a la muerte, empeñarnos en distinguirnos de los demás, en evitar o retardar nuestra absorción en el espíritu general europeo moderno"* (Unamuno, 1902/1996; p. 69). Como bien muestra la cita, el autor de *En torno al casticismo* pretendía una revitalización de la funciones nacionales a partir del contacto entre la aportación externa de lo extranjero y el *Volkgeist* popular. El lugar privilegiado de ese encuentro debía ser la tradición eterna, intrahistórica y común a toda la humanidad, lo que ubicaba tal proyecto en el terreno estricto de los valores e ideales.

En definitiva, podemos suponer que el compromiso estratégico del nacionalismo liberal con la cohesión y armonía aportada por los valores morales e ideales históricos —potenciados todavía más ante el nuevo antagonista internacional encarnado en una joven nación como Estados Unidos— dificultaba la posibilidad de pensar en Europa como algo más que un horizonte de desarrollo material. Exceptuando a Unamuno, y a pesar de los grados de filias y fobias hacia las diferentes naciones europeas, en el regeneracionismo no hay apuestas por una completa integración cultural —valga decir moral o ideal— en el espacio de la civilización europea. Los pensadores finiseculares esperaban extraer de él las herramientas tecnológicas necesarias para encarar su propia misión histórica en el concierto mundial; una empresa supuestamente idealista que, sin duda, muchos de ellos situaban antes al otro lado del Atlántico que de los Pirineos.

Para terminar, sólo faltaría dilucidar una cuestión que habíamos dejado aplazada en el tratamiento del elemento *cronográfico* y sobre la que pasábamos de puntillas al principio de este mismo epígrafe: el tipo de ideología de cambio transportada en los textos regeneracionistas, entendida ésta como *tempo* y profundidad del cambio que cabe esperar en el futuro de la estructura identitaria de la nación española. Para la resolución de esta cuestión contamos tanto con los tipos de ideología señalado por White (1973) —reaccionaria, anárquica, liberal y conservadora²— como con las expectativas de cambio que aparecen en la tabla 15.3 (análisis de los argumentos de futuro). Estas últimas se ubican en un espacio de incertidumbre flanqueado por el miedo a una decadencia irreversible, por un lado, y las esperanzas de una futura regeneración nacional por el otro. El doble panorama oscila, por tanto, entre el tipo de ideología que White denomina "liberal" y la que define como "anarquista". La primera supone una utopía en la que han de promocionarse reformas sobre una situación, la presente, cuya estructura básica es aceptada. La utopía anarquista tiende a idealizar un pasado remoto, definido por una inocencia más o menos natural, que ha sido abandonado debido a la acción perturbadora ejercida por algún tipo de elemento corruptor.

Así, la utopía futurista transportada por el elemento *proyectivo* en el caso del regeneracionismo refleja la necesidad de confiar y promocionar una idea primigenia de pureza y peculiaridad de la identidad colectiva. Se trata de una entidad mítica que preserva la tradicional armonía colectiva, pero que, en el momento coetáneo de los regeneracionistas, se supone que debe ser sometida a un proceso de depuración y, al tiempo, modernización. Como hemos ido señalando, este último proceso debía ser capaz de preparar la identidad colectiva para las demandas del mundo civilizado u occidental sin una exposición excesiva a los peligros de la uniformidad cultural. En los capítulos que siguen profundizaremos precisamente en las medidas interventivas dispuestas por el programa reformista a tal fin, y analizaremos, por tanto, el papel del conocimiento psico-sociológico en los proyectos concretos políticos y culturales nacionales (regionalismos y nacionalismos periféricos) e internacionales (restauración de relaciones con antiguas colonias, conflictos neo-coloniales con las potencias europeas, etcétera).

² Recordemos que, aunque puedan estar relacionadas en ciertos aspectos teóricos, no corresponden estrictamente con las categorías políticas al uso en el sentido más lato o habitual del término.

ANEXO AL CAPÍTULO 15

Análisis de los cierres textuales del regeneracionismo

15.1. ALMIRALL: “Por patriotismo nos hemos creído en la obligación de revelar una parte de las miserias que nos están llevando rápidamente hacia la ruina total. El primer paso para curar una enfermedad ES ESTUDIAR SUS SÍNTOMAS Y SUS EFECTOS. LA MEDICINA no puede curar al enfermo que se oponga a este examen previo. // ¿Podemos esperar esta salvación? ¿Seremos tan fatalistas como la mayor parte de nuestros conciudadanos? No; no debemos perder toda esperanza. Y aunque lo consideremos casi imposible, nos basta con tener una remota probabilidad para conservar nuestra confianza en el futuro. // Nuestra enfermedad es tan grave que sólo UNA FUERTE CONMOCIÓN podría curarnos o, al menos, aliviarnos. Pero ESA CONMOCIÓN, para ser eficaz, debe empezar por lo siguiente: // 1) Destruir el falso parlamentarismo hasta sus raíces más profundas, barriendo todos los partidos, las camarillas, los bandos, que hoy se reparten el poder y alimentan la inmoralidad, que es hoy por hoy el rasgo más saliente de nuestro carácter por todo el país. // 2) Destruir también la uniformidad y el autoritarismo centralizador, que ahoga y destruye todo cuanto conservamos de nuestras condiciones históricas, y reemplazarlos por una organización verdaderamente libre, basada en un sistema realmente representativo. // 3) Y, por fin, destruir la preponderancia y el dominio exclusivo del grupo centro-meridional, compartiéndolos con el grupo pirenaico. // Sólo una ARMONÍA entre el espíritu generalizador castellano y el carácter analítico de las regiones que formaban la antigua confederación aragonesa puede dar la SÍNTESIS de una nueva organización del estado que nos lleve a una vida política y social diferente y nos eleve a los ojos de las naciones cultivadas”.

15.2. MALLADA: “Durante este período de transición entre el antiguo y el nuevo régimen, y rodeada de males nuestra patria, seguirán las divisiones de los republicanos mientras exista el último de los apóstoles de la revolución de septiembre, y seguirán las disensiones de los monárquicos mientras exista el último desertor de la Democracia. En tanto la patria apure el cáliz hasta las heces, uno tras otro irán cayendo al sepulcro los personajes de todos los bandos que hoy figuran; y en presencia de tales infortunios, la patria se agitará convulsa en sus amarguras. // Pero ¡la patria es inmortal! // Cuando nos reemplace LA GENERACIÓN QUE NOS SIGUE, cuando otros hombres sustituyan a los de ahora, ESA JUVENTUD QUE NO SUFRIÓ las tristezas de la derrota, ni el desmayo de las ingratitudes, ni el desencanto de las traiciones; esa juventud, noble y generosa que no querrá una patria envilecida y despreciada, que no querrá una patria corroída por bajas pasiones y miserables rivalidades; ESA JUVENTUD, que no querrá una patria empobrecida y sin aliento, se alzarán con brío para regenerarla. Si para entonces los partidos monárquicos se hallan mejor organizados que ahora ESA JUVENTUD aclamará entusiasta la mayor edad de don Alfonso XIII, y llena de patrióticas esperanzas, procurará días más gloriosos a nuestros sucesores. Pero si los males de la patria continúan sin enmienda, si a los males de ahora se agregasen otros nuevos, ESA JUVENTUD querrá respirar atmósfera más pura, volverá los ojos a la República, querrá acomodar el país a nuevas instituciones; y ENTRE ESA JUVENTUD unida y compacta, fuerte y animosa, resonará la voz de ALGÚN CAUDILLO que arrastrará en pos de sí toda la masa al grito de ¡Viva España con honra! ¡Abajo los explotadores de la nación! ¡Paso a la Revolución Española!

15.3. GANIVET: “Así como creo que para las aventuras de la dominación material muchos pueblos de Europa son superiores a nosotros, creo también que para la creación ideal no hay ninguno CON APTITUDES NATURALES tan depuradas como las nuestras. Nuestro espíritu parece tosco, porque está embastecido por luchas brutales; parece flaco porque está sólo nutrido de ideas ridículas, copiadas sin discernimiento, y parece poco original, porque ha perdido la audacia, la fe en sus propias ideas, porque busca fuera de sí LO QUE DENTRO DE SÍ TIENE. Hemos de hacer acto de contrición colectiva; hemos de desdoblarnos aunque muchos nos quedemos en tan arriesgada operación, y así tendremos pan espiritual para nosotros y para nuestra familia, que lo anda mendigando por el mundo, y nuestras conquistas materiales podrán ser aún fecundas, porque ser al renacer hallaremos una inmensidad de pueblos hermanos a quienes marcar con el sello de NUESTRO ESPÍRITU.

15.4. ISERN: “Preciso es hacerlo constar de nuevo: la creencia vulgar en España de que ciertas categorías dan capacidad para todo; EL VALOR INVEROSÍMIL por estupendo con que se fue a la guerra, y el miedo espantoso con que se fue a la paz, todo esto unido a la inferioridad intelectual en las materias apuntadas, de nuestros plenipotenciarios, explican que al desastre en la guerra siguiera fatal e inevitablemente el desastre en la paz. Y esta paz se consiguió sin que los carlistas y los republicanos justificaran la conducta del poder público, que por miedo a aquellos partidos nos llevó inconscientemente, hay que creerlo así, a la catástrofe”

15.5. MACÍAS: “Ante la pavorosa sentencia << España perece pronto, perece totalmente, si pronto radical y totalmente no se cura y renueva>>; ante nuestra desgracia de no deparársenos el hombre capaz de ser artista de ese renacimiento, uno de esos GRANDES HOMBRES, guías y redentores de pueblos..., LA NACIÓN ESPAÑOLA, y en nombre de ella SUS ELEMENTOS CONSCIENTES Y DIRECTORES, deben sentir la solemnidad del momento supremo, deben agitarse en el escalofrío intenso de las grandes sacudidas, deben pasar por el espasmo hondo de las CRISIS RENOVADORAS que transforman la personalidad y cambian su ambiente moral externo e interno, deben sufrir el golpe de la sangre que hincha el corazón y el latido del alma que ilumina el cerebro..., y toda esta transfusión vibratoria y efusiva llenarla con una idea única, la idea de patria en peligro, y con un único verbo de España rediviva. Esta es la ocasión..., ¡o nunca!. // Cuando se va a perder la vida, ¿qué son los intereses efímeros y las pasiones flacas? Cuando la inundación amenaza el hogar próximo a hundirse, ¿qué valen los papeles de la arqueta donde se pinta nuestra ejecutoria ante el ansia infinita y la preocupación suprema de salvar a la madre, a la esposa y a los hijos? Ante el bien sumo y perpetuo, ¿qué representa la convivencia accidental y precaria? Enfrente de todas esas grandes cosas, ¿quién se pone por encima de ellas, quién es más que nadie, quien se siente diferente o separado de los otros, quién no se funde con todos, rey y pueblo, iglesia y milicia, intelectuales y manuales, republicanos, carlistas y dinásticos? // Es el único movimiento salvador, es la única crisis favorable en la ya iniciada agonía, es la única esperanza de patria moribunda. ¿Habrá quien no corra a salvarla, salvándose él propio? ¡Pues todos, no corran, sino vuelen, que el minuto apremia! ¡Es la hora del ocasio precepto! // y que todos lo sepan: o ahora..., ¡O NUNCA!” [estas últimas palabra aparecen mayúsculas en el original]

15.6. MAEZTU: “¡Basta de Tenorios y Cyranos! Déjense los escritores de glorificar a los chulapones callejeros, hijos legítimos de aquellos tipos haraposos, entrampados, truhanescos, hambrientos y flacuchos que retrataron nuestros clásicos. Las mujeres prefieren los hombres bien nutridos a los golfos escuálidos —y a los poetas decadentes. Déjense de colocar en los altares al anciano <<experimentado>>, al amante sin pan, al infeliz víctima de su <<honra>> y al arrapiezo anémico. Déjense de endiosar el llanto, siempre estúpido, el desengaño siempre ridículo, el desaliento siempre bufo. Estamos hartos de oír letanías de los tullidos cuando van por la calle con su eterno: “Abran paso, señores, que todos somos hermanos.” Basta, basta de la moral de los tullidos. Encerrémosla con llave en el Ministerio de Estado. Oficiemos de mendigos para con las otras naciones. Usemos para casa de ideas más higiénicas. Si en los pueblos sanos surge de propio impulso la moral de los fuertes, ésta a su vez conserva y agranda la salud de los pueblos. // Guárdense igualmente de imitar a los literatos hoy de moda —hermanos intelectuales del megaterio— que se hacen ascos de la moneda y luego lo imploran a dos manos. Cuando sobre la espada del militar, sobre la cruz del religioso y sobre la balanza del juez, ha triunfado el dinero es porque entraña una fuerza superior, una grandeza más intensa que ninguno de esos otros artefactos. ¡Torpe quien no la vea! Cantemos al oro; EL ORO VIL transformará la amarillenta y seca faz de nuestro suelo en juvenil semblante; ¡EL ORO VIL irá haciendo la otra España! // Fundamos nuestro espíritu en el movimiento de las cosas, si no hemos de entorpecerlo... ¡Que no estorbemos los escritores!... ¡Qué no sea obstáculo el ruín espíritu de la patria vieja al advenimiento de la nueva!”

15.7. MOROTE: “Respetemos, sí, guardemos en memoria, rindamos culto piadoso al pasado de gloria, a lo que fue España, cual se hace con un muerto querido; pero no intentemos resucitarlo en su grandeza guerrera e imperialista, porque eso sería un empeño vano e imposible y además dañoso a la existencia nacional. Ciertamente que no todo se ha perdido y que al abandonar el alma patria su cuerpo histórico ha dejado profundos vestigios transfigurándose. No hay labor civilizadora que se extinga por completo, no hay fuerza moral que se pierda, dada la LEY ETERNA DE LA CONSERVACIÓN DE LA ENERGÍA. La lengua de Castilla que es una de las cuatro que más se hablan en la tierra, vivirá por los siglos de los siglos. Nuestra habla, cultura, arte, genio y espíritu de raza, perdurará y será la razón de ser en el planeta de una España, la más grande ESPAÑA, patria moral y mental de dieciocho nacionalidades, de casi todo un continente, de un mundo separado de nosotros, políticamente, pero queriendo y pensando las mismas cosas que su madre augusta, pues al hablar, al escribir, al reír, al cantar, al amar, habrá de hacerlo en castellano. Y en tanto que eso vive, difícil de destruir por todas las invasiones anglosajonas, dediquémonos aquí en el viejo solar de la patria, en el suelo que duermen los inmortales muertos de la independencia nacional, a CONSOLIDAR NUESTRA UNIDAD Y NUESTRA LIBERTAD, a ayudar a España, en la terrible prueba, de la que ojalá se salve, de concebir el nuevo ser que lleva dentro, ser de luz y de esperanza”

15.8.1. COSTA (RYE; 1898): “Tal sería, según se nos alcanza a nosotros, la única forma de gobierno del país por sí mismo. Para el éxito de su programa regenerador y patriótico, HABRÍA MENESTER LA simpatía indulgente de TODOS LOS ELEMENTOS ACTIVOS QUE PESAN Y REPRESENTAN EN LA SOCIEDAD ESPAÑOLA: del clero y los hombres de ciencia, del pueblo trabajador, de las clases capitalistas, de los generales del Ejército, de la prensa diaria, de los políticos honrados, así monárquicos como republicanos y legitimistas, y sus respectivos partidos, de las colonias de españoles establecidos en las Repúblicas hispanoamericanas...// Con esto acaso viéramos todavía LOS ESPAÑOLES encenderse en nuestro horizonte el resplandor de una nueva aurora. Sin eso, España no resucitará al tercer día, ni al tercer año, ni al tercer siglo.”

15.8.2 COSTA (CP; 1901): “El honor y la seguridad de la nación no se hallan hoy en manos de *los soldados*: ESTÁN EN MANOS DE LOS QUE ARAN LA TIERRA, DE LOS QUE CAVAN LA VIÑA, DE LOS QUE PLANTAN EL NARANJO, DE LOS QUE PASTOREAN LA CABAÑA, DE LOS QUE ARRANCAN EL MINERAL, DE LOS QUE FORJAN EL HIERRO, DE LOS QUE EQUIPAN LA NAVE, DE LOS QUE TEJEN EL ALGODÓN, DE LOS QUE CONDUCE EL TREN, DE LOS QUE REPRESAN LA LLUVIA, DE LOS QUE CONSTRUYEN LOS PUENTES, DE LOS QUE ESTAMPAN LOS LIBROS, DE LOS QUE ACAUDALAN LA CIENCIA, DE LOS QUE HACEN LOS HOMBRES Y LOS CIUDADANOS EDUCANDO A LA NIÑEZ. De esas escuelas saldrán los soldados, de esas forjas saldrán los cañones, de esos montes bajarán los navíos, de esos canales nacerá la sangre, de ese hierro brotará la fortaleza, de ese algodón y de ese cáñamo y de esos árboles saldrán las tiendas de campaña y las velas y el asta sagrada que ha de desplegar al viento la bandera rejuvenecida de la patria”

15.8.3 COSTA (OYC; 1901): [Tras programa de Costa en cinco puntos] “Haciéndolo así, no es seguro que la caída de nuestra nación sea definitiva: podemos acaso ver aún cambiado por NOSOTROS MISMOS, no por el extranjero, el absolutismo oligárquico, que es nuestra forma actual de gobierno, por el RÉGIMEN LIBERAL de los países civilizados de Europa. Sin eso, despidámonos y despidanse nuestros descendientes de ver jamás a España rehabilitada, libre, culta, rica, fuerte, europea y colaborando en la formación de la historia y sus reivindicaciones y adelantos; no conquistaremos los españoles la libertad sino a precio de la autonomía; no seremos libres no seremos personas, sino cuando haya dejado de ser persona España”.

15.9. UNAMUNO: “¡Ojalá UNA VERDADERA JUVENTUD, animada y libre, rompiendo la malla que nos ahoga y la monotonía uniforme en que estamos alineados, se vuelva con amor a estudiar EL PUEBLO que nos sustenta a todos, y abriendo el pecho y los ojos a las CORRIENTES TODAS ULTRAPIRENAICAS y sin encerrarse en capullos casticistas, jugo seco y muerto del gusano histórico, ni en diferenciaciones nacionales excluyentes, avive con la ducha reconfortante de LOS JÓVENES IDEALES COSMOPOLITAS EL ESPÍRITU COLECTIVO INTRACASTIZO que duerme esperando UN REDENTOR!”

15.10. ALTAMIRA: “Piense CADA ESPAÑOL que en su conducta va implícito el honor, el porvenir y el crédito de España, y nuestra regeneración será cosa fácil en lo que depende de las actividades de los hombres. // Y si empeñados en esta obra hallásemos obstáculos en el camino, si el resultado de ella no responde siempre a la magnitud de nuestros esfuerzos, no nos desalentemos con flaqueza romántica, no nos consumamos en negaciones y pesimismo que nada producen. TRABAJEMOS SIEMPRE, seguros de que no hay trabajo pequeño para la vida y no descansemos hasta que sea completo el triunfo de nuestros ideales [siguen citas literales muy amplias de dos autores de las que copio los párrafos más significativos] (...) <<LA JUVENTUD, lejos de desalentarse y echarse a dormir con este conocimiento (el de un relativo progreso logrado), debe sudar y trabajar intensamente para arrancar a su patria de la dependencia que tenga de otras naciones por algunos caminos. La recompensa más digna será la memoria de sus desvelos en los tiempos futuros (...) EN NUESTROS MAYORES TENÉIS LOS EJEMPLARES que debéis imitar: emulad sus fatigas, y para que no acabe jamás en la patria la idea del saber de la virtud y de la aplicación, trasladad su memoria de generación en generación y encomendad a todas la generosa obligación de la gratitud>> // (...) <<No hay que desconocer tampoco las llagas que mortifican el cuerpo enfermo de la nación. Ocultarlas sería rechazar necesariamente los remedios para recobrar la salud perdida. Y una de estas llagas, la más grave, la más espantosa, la que siempre vierte sangre y siempre se alarga, es el mal estado de la educación en toda España. En la educación del pueblo, ¿quién puede negarlo?, se concentran todos los problemas de mayor vitalidad para la patria. (...) Hay que poner reparo a esta calamidad tan funesta para el porvenir de la nación. Hay que aprovechar LAS PRENDAS NATURALES, SOBRESALIENTES EN ESPAÑA tal vez más que en otras naciones, y desarrollarlas con perseverancia, fortaleciendo la energía individual y la conciencia, trabajando, trabajando siempre con ardimiento, con fe y constancia”.

Leyenda		
TIEMPO DE LOS ENUNCIADOS	PRESENTE	Normal
	PASADO	Negrita
	FUTURO	Verde
EVALUACIONES NEGATIVAS		Cursiva
MOTORES DE CAMBIO		MAYÚSCULA
METÁFORAS		Subrayado

CAPÍTULO 16

LAS MASAS NACIONALES: EL FERMENTO
DÓCIL DE LA REGENERACIÓN COLECTIVA

INTRODUCCIÓN

En los cinco últimos capítulos hemos ido viendo cómo los pensadores finiseculares confiaban en la existencia de una esencia identitaria auténtica que habría de depurar en tanto que posibilidad última de regeneración. En último término, la degeneración caracteriológica y mental sólo era un efecto provocado por causas circunstanciales. Sin duda, estas reflexiones teóricas se reproducen en el plano práctico y político-ideológico cuando los regeneracionistas insisten en la inmoralidad, vicios y corrupción de las *élites* directivas y confían en la pureza y en las capacidades del auténtico pueblo; es decir, las de las clases bajas.

La equivalencia psico-sociológica entre autenticidad identitaria, pueblo y clases bajas se mantiene dentro de las concepciones psicológicas y metafísicas del nacionalismo. Siguiendo a E. Reich, Altamira creía que el éxito de las naciones dependía más de la posesión y juego de cualidades del sentimiento, voluntad e inteligencia (producían el entusiasmo, el patriotismo, la energía, etc.) que a la dinámica político-institucional. Estas cualidades estaban o no en el fondo de las almas de las naciones y, más allá de definir como buenas las aptitudes para las artes o las ciencias, determinaban los resortes que habían de saltar en los momentos críticos. Pero sobre todo, eran fuerzas que debían encontrarse en la *masa* porque si no sería estéril cualquier esfuerzo entusiasta de los hombres destacados y geniales. Para demostrar su tesis, Altamira ofrecía el ejemplo de varias naciones históricas y contemporáneas compuestas por un pueblo analfabeto y supersticioso —Rusia, Italia, etc.— que, sin embargo, desplegando su amor a la patria, laboriosidad, confianza, etc., sí había querido y logrado ser grande. Esas cualidades eran las que el autor valenciano pretendía hallar en su indagación psicológica del alma nacional transportada por el pueblo.

Profundizando en la depuración de los términos y sus connotaciones, incluso Ganivet no dudará en dejar al margen el protagonismo identitario del espíritu territorial para tratar el fenómeno nacional en

términos de "pueblo", además, en detrimento de la noción de *masas*. Las connotaciones negativas que Ganivet asociaba tácitamente a ese último término están relacionadas, sin duda, con su intención de evitar la sustitución de un pueblo peculiar y armónico por una sociedad uniforme y anónima. Como hemos advertido en otro lugar, esa última imagen sociológica sería elaborada por la psicología social francesa; una perspectiva que, en el extremo mórbido, presentaba al pueblo-masa o pueblo-muchedumbre entregado a sus instintos irracionales o esclavizado por burdas sugerencias. Buena parte del juego retórico de esa transformación semántica sería bien detectada —e, incluso, denunciada— en los mismos inicios del género regeneracionista español por Lucas Mallada, quien, en la línea de preservar la autenticidad del pueblo, comentaba que "*La falta de patriotismo se ve por todas partes y en todas las clases sociales, a no exceptuar esas masas populares, que cuando conviene se les llama vulgo, y cuando conviene reciben el nombre de plebe, que unas veces dicen que son el estado llano, y otras veces se las humilla con el calificativo de muchedumbre*" (Mallada, 1890/1990, p.53).

Ganivet y Mallada pudieron advertir las consecuencias de transformar al pueblo en sociedad, pero la mayor parte de regeneracionistas sí aceptaron, con más o menos reservas, el proceso. Eventualmente ello les permitió asimilar el comportamiento de las clases bajas al de las *masas* y, por ende, empezar a pensar en su posible defectología. Presos de ese marco, autores como Macías Picavea reservaron para las *masas* sociales españolas calificativos como "imbecilidad" y defectos como el sometimiento pasivo, nómina a la que otros autores añaden otras "enfermedades" mentales o temperamentales como la abulia o la indolencia. Sin embargo, al contrario de lo que ocurre con las clases altas, los regeneracionistas también procuran desproveer a las *masas* de toda responsabilidad en su propia defectología. Enmendando las propuestas alienistas de los psicólogos sociales franceses, el propio Macías atribuye al pueblo español una psicología social agónica, rendida y maltrecha por causas históricas.

Esta caracterización de las *masas* españolas condicionará dos puntos fundamentales del programa reformista del regeneracionismo. El primero de ellos sólo lo apuntamos porque será objeto de análisis específico en el epígrafe dedicado a las *élites*. Éste consiste en la necesidad de encontrar guías y directores adecuados para un pueblo convertido en víctima del devenir histórico, un ente inocente y, por ende, inmaduro e incapacitado para tomar decisiones sobre su futuro. El segundo, el que más nos interesa aquí, suponía definir un programa específico que recuperara y orientara adecuadamente el sacrificio y buena disposición que las *masas*, supuestamente, siempre habían mostrado hacia España en los momentos de necesidad. Y es que, como explicaba Mallada: "*Con todos sus defectos, esas masas son las primeras que se presentan cuando tienen, su corazón y su brazo, a las balas enemigas, siempre que se trate de defender la patria con las armas en la mano*" (Mallada, 1890/1990, p.53).

En la línea advertida por Mallada, y ante la pasividad del ámbito oficial, los regeneracionistas iban a tratar de optimizar, en lo cuantitativo y en lo cualitativo, la fuerza productiva de las *masas* sociales en

todas las órbitas económicas, laborales y profesionales (industrial, agrícola, militar, etc.). El plan obligaba a pensar en dos frentes psico-sociológicos. Por un lado, trataba de rescatar a las *masas* de su supuesta abulia psicomotriz por la vía de maximizar su compromiso y sacrificio colectivo y sus recursos productivos. El segundo frente psico-sociológico exigía pensar en el control y administración de las alternativas contraculturales y los excesos antisociales derivados del propio escenario de grave privación al que estaban sometidas las clases bajas. En él se enraizaban “formas de vida” marginales y desviadas que, además, eran un excelente caldo de cultivo para el crecimiento e impulso de una amplia conciencia proletaria deseosa de participar, de una u otra manera, en la política nacional. En ese caso, lo que podía llegar a estar en juego era la propia estructura político-económica del Estado liberal. Lo que vamos a hacer a continuación es rastrear esos dos escenarios de intervención teniendo muy presente las herramientas psico-sociológicas empleadas para elevar el tono productivo, intelectual y moral de las *masas* que configuraban la sociedad española de fin de siglo.

16.1. COMPROMISO NACIONALIZADOR Y FORMACIÓN LABORAL

Reforzar a través de la educación el compromiso y el sacrificio de las *masas* sociales en favor del colectivo nacional, y dotarla de las capacidades adecuadas y actualizadas para maximizar su rendimiento profesional son dos caras de una misma moneda psico-sociológica. En los textos de los intelectuales finiseculares, ambas cuestiones suelen aparecer en los mismos epígrafes en los que tratan la cuestión de la decadencia o los defectos de la raza, el espíritu, el carácter o la mentalidad nacional. Este dato es sintomático de que, en la consecución de aquellos objetivos reformistas, aparecía la sombra de una inquietud previa: ¿Es compatible el carácter o la mentalidad española con la adquisición de conocimientos novedosos y modernos?

La pregunta puede ser interpretada en un doble sentido. Uno de ellos tiene que ver con el temor a que la aproximación a la ciencia moderna y europea pervirtiera la esencia identitaria de la nación. Pero esta cuestión la trataremos más detenidamente cuando abordemos los aspectos relacionados con el *internacionalismo*. El segundo sentido, el que nos interesa aquí, tiene que ver con la propia capacidad del carácter o mentalidad nacional para el sacrificio colectivo y para alcanzar los conocimientos teóricos y técnicos propios de la modernidad. Altamira creía, en la mejor línea de sus maestros Fichte y Giner, que era imposible la educación, formación y, por ende, creación de facultades inexistentes, de partida, en la psicología colectiva. Por supuesto, ello le llevaba a descartar la posibilidad de que el pueblo español careciera de capacidades para afrontar cualquier tarea. Cualquier impedimento a ese respecto era antes circunstancial que constitutivo. Los autores más cercanos al determinismo racial y geoclimático, caso de Mallada, eran más pesimistas a ese respecto. Sus dramáticas preguntas son bien claras a este respecto: “¿Será posible que varios defectos, muy generales en nosotros mismos, contribuyan también a nuestro

atraso y a nuestra pobreza? ¿Será posible que, física e intelectualmente considerados, seamos los españoles de notable inferioridad con relación a los demás países europeos? El amor a nuestra querida patria se revela contra tales suposiciones; pero deber nuestro es el examinar fríamente si puede haber algo de cierto en que el mal estado de un país dependa en gran parte de sus propios moradores" (Mallada, 1890/1994; p. 36). Abocado a ese estudio, el autor de *Los males de la patria* creía que era prácticamente imposible que la formación y la educación tuvieran algún tipo de efecto paliativo sobre la fantasía constitutiva de la raza española. Sucedió más bien al contrario.

Como sabemos, Mallada no fue el único regeneracionista que barajó el factor racial para desgranar las competencias de la identidad española, pero sin duda fue el que más peso le dio a la hora de explicar la decadencia española. Por el contrario, la mayor parte de los autores de fin de siglo trataron de ligar ciertas dimensiones de ese factor a la circunstancia ambiental —geoclimática o socio-histórica—, lo que permitía preservar inalterada la pureza del núcleo identitario. De hecho, la revitalización de los atributos positivos ligados a ese núcleo estructural es lo que termina exigiendo depurar lo esencial —lo espiritual y lo territorial— de lo accidental —tanto histórico como actual—, en palabras de Macías Picavea; distinguir etiología histórico-cultural no constitutiva de las cualidades naturales y positivas de la estructura fundamental de la personalidad colectiva, en opinión de Altamira; o "podar", hasta alcanzar el tipo morfológico o la estructura de espíritu en la que, según Unamuno, se desvelaba el verdadero grado de desarrollo intelectual y económico del pueblo español.

De una u otra manera, a través de ese tipo de diatribas se va decantando el arduo e incierto camino del verdadero reformismo: una vía diagnóstico-interventiva en la que los desajustes caracteriológicos, temperamentales y psico-fisiológicos pasaban a un primer plano aunque sin eclipsar el papel estructural y virtuoso de los verdaderos fundamentos de la raza, del espíritu o de la psicología del pueblo. Así, para Altamira, Macías o Morote el individualismo díscolo, egoísta y poco civil que constituía el carácter o la raza española no era óbice para que la educación y la formación científica dulcificara costumbres, corrigiera o extirpara defectos y desarrollara las facultades apropiadas sin socavar las bases de la nacionalidad. En la encrucijada identitaria que venimos viendo cumplía un papel crucial la primitiva y voluntariosa industriosisidad nacional que, supuestamente, había sido enterrada por los últimos siglos de historia. Desde el punto de vista psico-sociológico, las esperanzas regenerativas se dirigen precisamente a ella; y lo hacen, además por una doble vía reformista: la educativa o psicopedagógica, en tanto que herramienta para fortalecer, despertar y encauzar las facultades psicológicas básicas —como decía Altamira— y, sobre todo, inculcar la mentalidad de esfuerzo y sacrificio colectivo desde la primera infancia; y la laboral, en tanto que instrumento para asegurar la profesionalización y la higiene de las masas proletarias españolas. Estudiaremos ambas a continuación.

16.1.1. La nacionalización desde el punto de vista liberal: la vía psicopedagógica

Sin duda, la cercanía o implicación de autores como Costa, Morote, Altamira o Unamuno a la Institución Libre de Enseñanza condicionó la importancia de la educación y de las medidas psicopedagógicas en el programa reformista del regeneracionismo. Morote, de hecho, llegó a ofrecer el modelo pedagógico ensayado en la I.L.E. para sustituir el formato de la educación oficial. Y es que, como en el caso del proyecto de Francisco Giner de los Ríos, la reforma educativa y sus efectos sobre las nuevas generaciones abría una vía de esperanza para la regeneración colectiva. Es cierto que, dentro del contexto de la degeneración finisecular, regeneracionistas como Macías Picavea, Maeztu o Unamuno también detectan vicios en la juventud, bien debidos a la hiperactividad cerebral, en el caso del primer autor, o bien a una falta de vitalidad que provocaba su adaptación pasiva a la depresión nacional, en el de los otros dos. Pero esos mismos autores también creían que la juventud atesoraba las escasas fuerzas intelectuales y morales que permanecían vivas en la sociedad española. Sobre esa argamasa juvenil había que promocionar, según Altamira, un interés por la ciencia que eclipsara las tendencias más pesimistas del modernismo. Así, dado el estado de postración al que los adultos habían conducido la nación, los jóvenes componían el único grupo demográfico en el que se podía confiar, aunque, esperando su plena madurez intelectual, la deseada regeneración hubiera de posponerse hasta un futuro más o menos lejano.

Aún asumiendo el modelo de la I.L.E. y estando de acuerdo en el importante papel jugado por la juventud, hay sutiles diferencias entre el proyecto de los institucionistas y el correspondiente a los regeneracionistas. Como hemos visto en el capítulo 9, el núcleo más cercano a Giner —Manuel Bartolomé Cossío y José Castillejo— estará interesado en la educación de unas *élites* capaces de liderar el porvenir. Sin poner en duda esa posibilidad, los regeneracionistas debían pensar en estrategias reformistas más acordes con la amplitud y extensión de la enfermedad diagnosticada en el organismo social. En esa línea, Altamira y Costa se manifestarán en contra una educación dirigida en exclusiva hacia una minoría privilegiada. De hecho, junto a Macías Picavea tenían muy claro que las deficiencias pedagógicas debían de ser tratadas no sólo en función de los grados escolares sino también en función de su relación con las clases socio-económicas españolas. Desde el punto de vista del autor de la *Psicología del Pueblo Español*, existirían notas comunes al espíritu de toda agrupación social de individuos, pero también psicologías específicas de clase, plano cultural, profesión, etc. En cierto sentido, todo pueblo estaba formado por varios pueblos que vivían en grados de civilización diferentes. Por eso Altamira defendía una obra educativa que aspirara a reducir las diferencias y a acercar la cultura y los ideales de vida de todos los integrantes del cuerpo social. Ése era el verdadero sentido de la sociedad futura.

Así las cosas, la instrucción y la elevación del nivel cultural de las *masas* populares se va a convertir en uno de los pilares fundamentales para la resolución del “Problema de España”. Altamira, en el extremo, consideraba que era prácticamente el único método para rescatar al colectivo nacional de la

decadencia. Siguiendo a Fichte y a los “patriotas franceses”, apuntaba que *“Alguien ha dicho que la cuestión social es una cuestión pedagógica. Con mayor motivo y más profunda verdad puede decirse que la regeneración, tanto como la formación de un pueblo, son cuestiones educativas, ya que la misma vida económica, raíz de la historia para algunos pensadores, pende totalmente de la educación del agente humano en todos los órdenes, desde el científico, que sirve para dominar a la Naturaleza, hasta el moral, que reduce y afina las necesidades, borrando las inútiles, y presta un fondo ético a las relaciones del trabajo, quitándoles todo motivo egoísta y todo propósito de explotación injusta”* (Altamira 1902/1998; p.160). Esa perspectiva terminaba de completar las ideas esbozadas por Mallada casi diez años antes y, en cierto sentido, venía a radicalizar la afirmación de Morote y Costa según la cual, si la mitad del “Problema de España” era la despensa, la otra mitad era, sin duda, la educación.

Lógicamente, dentro de ese *hipermarco* educativo la moderna herramienta pedagógica se convertía en una de las vías regias del “campo psi” para renovar la mentalidad de las *masas* sociales en un doble sentido formativo: el de la adquisición de competencias funcionales para encarar las demandas de la modernidad y el de la consolidación de una moral colectiva sacrificada en aras de la colectividad. Veamos cada uno de estos dos aspectos en los epígrafes que siguen.

16.1.1.1. *La adquisición de herramientas para afrontar la modernidad*

Para autores como Macías Picavea, las *masas* españolas se encontraban en un estado de semibarbarie cultural. Morote describía la situación en términos psico-fisiológicos afirmando que el cerebro, el corazón y la conciencia nacional del pueblo español se habían habituado a la ignorancia debido a la reincidencia en la barbarie. En buena medida, las causas últimas de tal situación tenían que ver con las malas condiciones que habían rodeado la educación del pueblo español a lo largo de la historia. Ya en el escenario coetáneo, regeneracionistas como Mallada seguían hablando del retraso en la educación de las clases deprimidas; un panorama que se agravaba todavía más debido a que las teorías sobre enseñanza popular excedían las posibilidades de aplicación efectiva. Pensando en el objetivo de alcanzar un adecuado conocimiento y manejo del mundo real, uno de los principales problemas de la práctica educativa era que no había cuidado las funciones intelectivas y perceptivas. Con ello había perjudicado la adquisición de las competencias instrumentales –científicas y laborales– para que el colectivo nacional afrontara con éxito lo que Morote denominaba, literalmente, *struggle for life* –lucha por la vida– y obtuviera los fines de virtud y grandeza demandados por Mallada.

Desde el punto de vistas psicopedagógico, los regeneracionistas podían detectar los problemas educativos bien en el proceso de instrucción o bien en el de aprendizaje. A propósito de la instrucción, Morote creía que el descuido tradicional de la formación de los sentidos había provocado que la educación

actual se resintiera de su pereza, entorpecimiento e insuficiencia. También en esa línea, Ganivet creía que la falta de congruencia doctrinal en la educación oficial podía haber provocado desequilibrios intelectuales en las cabezas débiles. Lógicamente, en las explicaciones de esta situación también estaba presente la clásica educación religiosa y dogmática; un extremo intuido hasta por el propio Isern. Para él, *"Se explica que, en el modo de ser antiguo, se pretendiera oscurecer la razón para que brillara más esplendorosa la luz de la fe. Hoy no puede explicarse esto, si no es por un desconocimiento de la psicología individual y de la de los pueblos, y en especial de la del pueblo español, o por reducir la enseñanza a una función burocrática sin transcendencia en el orden científico, sin influencia benéfica en el social, y sin otro fin que la justificación de haberes en las nóminas de institutos y universidades"* (Isern, p. 377). Veremos más adelante que la denuncia de Isern contra la educación dogmática del catolicismo debía hacerse extensiva a otros ámbitos psicopedagógicos además del intelectual.

Otros autores destacaban problemas más cercanos a los procesos de adquisición. Como sabemos, en ellos jugaban un importante papel las condiciones naturales de la mentalidad o la raza. Además del aislamiento rural, Mallada consideraba que la severidad del clima y la geología influían de una manera determinante en la inteligencia. Fatalidades contextuales aparte, Unamuno se limitaba a plantear que el ingenio castizo se caracterizaba por un intelectualismo conceptualista, rígido, ideofóbico, militante, dogmático e inadecuado para la comprensión. Por último, llevando al extremo las apuestas caracteriológicas, Isern se atrevía a sugerir que el espíritu público español era muy sensible a las manifestaciones de la fantasía y el desequilibrio mental, lo que influía definitivamente en su capacidad comprensiva.

Bien por motivos relacionados con la instrucción o bien por motivos relacionados con el aprendizaje, los deterioros diversos de las facultades intelectivas y perceptivas habían jugado un papel fundamental en la decadencia. Paradigmáticamente, Morote creía que la falta de observación y de educación de los sentidos no había permitido que el pueblo español previera los sucesos que habían conducido hasta el desastre y la abulia de las *masas*. En este último paisaje, Unamuno también detectaba la total carencia de experiencias reales, directas y espontáneas que habían caracterizado al pueblo español en el pasado remoto de la Edad de Oro. Para intentar paliar esta situación y evitar que volviera a repetirse, los regeneracionistas demandaron soluciones que se circunscribieron al marco intelectualista. Algunas fueron muy inespecíficas, caso de Isern, que requería propuestas interventivas para el pensamiento, el razonamiento o el juicio crítico; caso de Unamuno, que planteaba la necesidad de acabar con los casticismos engañosos de la lengua y el pensamiento; o caso de Morote, que reclamaba una adecuada educación de los sentidos y de la costumbre de observación para el conocimiento de las propiedades sensibles de objetos. Este último, que creía que con su propuesta psicopedagógica se podía lograr el éxito de la vida individual y, por ende, colectiva, fue uno de los autores que, junto con Mallada, más se

preocupó por detallar análisis y medidas interventivas. Transcendiendo la mera conceptualización psicologicista, ambos autores consideraban que la manera de modificar la situación de decadencia pasaba principalmente por solventar el exceso de analfabetismo existente en las *masas* sociales. La competencia lectoescritora era la condición indispensable para competir en un ambiente como el moderno, instruido y sustentado en claves intelectuales y económicas. Así las cosas, Morote y, con él, Altamira van a considerar que enseñando a leer y a escribir a los analfabetos se empezaba a cuidar la salud del pueblo. De ello dependía crear hombres aptos para la regeneración nacional y, en definitiva, para asegurar el progreso nacional.

Para difundir la adquisición de ese tipo de competencias funcionales los regeneracionistas ofrecieron múltiples medidas institucionales. Algunas tuvieron un carácter más programático: es el caso de Ganivet, que recomienda una enseñanza universitaria exclusivista y controlada. Ésta debía poner coto a la libertad de cátedra que el granadino identificaba con la proliferación de doctrinas externalistas, formalistas y carentes de contenidos. Dentro de lo que era la organización de los estudios primarios y secundarios, autores como Macías Picavea, Unamuno o Mallada pensaban que había que ser más cuidadoso a la hora de adecuar las diferentes materias a cada etapa evolutiva del desarrollo infantil. Según Macías, la adquisición de ciertos conocimientos exigía un mayor desarrollo de la capacidad reflexiva, la razón o, incluso, del carácter. Para él, el aprendizaje de algunas asignaturas no podía exigirse a niños de 7 y 8 años, "*edad del aturdimiento supremo*" y en la que apenas existía otra facultad interna y útil que la memoria. Y aún en ese caso una mala orientación podía reforzar la tendencia funesta de la memoria a hacerse puramente mecánica y exterior; una cuestión sobre la que volveremos un poco más adelante. Así las cosas, era necesario empezar por los aspectos más básicos de las ciencias y mantener la continuidad progresiva de la formación.

También dentro de esta sensibilidad programática cobra sentido la petición de algunas actividades extraescolares como la gimnasia y las excursiones planeadas al aire libre o la Extensión Universitaria. Las dos primeras tareas implicaban oportunidades para que los niños o los obreros ejercitaran su cuerpo y, al tiempo, entraran en contacto íntimo y "estético" con la naturaleza circundante y más próxima. Altamira recomendaba incluso dar conferencias sobre las condiciones particulares de los lugares visitados. Por otro lado, la Extensión Universitaria copiaba un experimento pedagógico anglosajón: consistía en impartir clases y conferencias orientadas, principalmente, a los obreros y campesinos fuera de los horarios de trabajo, aunque también comprendía las actividades al aire libre. Como el resto del claustro de la Universidad de Oviedo, Altamira fue un gran defensor de este sistema. Permitía acercar el mundo universitario al obrero sin necesidad del aparato académico y, además, lo hacía bajo la forma de ciencia aplicada. En último término, era un método para inculcar progresivamente el amor al conocimiento en la *masa* popular e ir eliminando poco a poco sus prejuicios para con la ciencia moderna.

Uno de los principales argumentos de Altamira para recomendar la Extensión Universitaria era su bajo coste, síntoma evidente de que la mayoría de las medidas demandadas por los regeneracionistas exigían el incremento del presupuesto estatal para Instrucción Pública —el propio Altamira reclamaba que se convirtiera en el primer y más importante presupuesto¹. Los problemas eran particularmente graves en el orden de la infraestructura y de los recursos humanos educativos disponibles. Ahí tenían cabida las llamadas a la creación, mejora y mantenimiento de las instalaciones de los colegios, las escuelas o, incluso, los museos pedagógicos reclamados por Macías Picavea para la mejora de la raza. Sin embargo, las reformas relativas a la preparación y manutención del profesorado eran las más importantes. Desde los orígenes del género, Almirall había dejado claro que el crecimiento de las escuelas no era un medio suficiente para remediar una deficiencia intelectual que, en sus propias palabras, podía empeorar más y adquirir síntomas de enfermedad aguda. Según su opinión, también era fundamental evitar que, junto con los maestros llegaran a los colegios las inmoralidades, las vejaciones y las farsas. Como Almirall, Morote y Macías tenían muy presente el posible influjo pernicioso del profesorado. Para Macías Picavea era evidente su mala formación, mientras que Morote, siguiendo las enseñanzas de Francisco Giner y Concepción Arenal, consideraba que una adecuada comunión empática entre educador y educando era fundamental para el éxito del proceso formativo en cualquier ámbito de la vida.

Hay que precisar que todos los regeneracionistas estaban de acuerdo en que la mala preparación de los maestros españoles era una consecuencia de la actitud social y oficial mantenida hacia el magisterio antes que de sus propias competencias educativas. Según Unamuno, la sociedad española mantenía una perspectiva castiza sobre la enseñanza que era profundamente despectiva con la labor del profesorado —sobre todo con el de primeras letras—, mientras que Mallada llegaba a tildar directamente su situación de “miserable”. A Unamuno no le quedaba duda de que tal panorama deterioraba los propios fundamentos de la adquisición del conocimiento, por lo que demandaba soluciones inmediatas. Éstas podían pasar por cuestiones de orden, como cuando Altamira reclamó el diseño de unas reglas fijas de educación que pudieran ser puestas en práctica por todo el profesorado de primaria. Pero un paso previo fundamental era reconocer su labor y dignificar sus condiciones de vida, un objetivo para el que Morote reclamaba el pago de salarios mantenidos directamente por el presupuesto nacional de Instrucción Pública.

En definitiva, ese tipo de medidas institucionales pretendían conseguir lo que Costa definía genéricamente como “*elevación de la condición de los educadores*” y, con ellos, de la propia educación. A partir de ellas, los regeneracionistas podían empezar a pensar en la mejora de las competencias

¹ Y no deja de llamar la atención que el liberalismo económico de los regeneracionistas, tan suspicaz ante otro tipo de servicios públicos, no dude en que la mejora e, incluso, el control de la educación dependa directamente del erario público. Nuevamente, la circunstancia revela la importancia que los liberales atribuían a la educación como herramienta de nacionalización de la sociedad española. Como hemos visto en el capítulo uno, la defensa de una educación plenamente estatal es también un caballo de batalla de la facción sagastina en el propio marco político de la Restauración. Y es que, sea cual sea la tendencia concreta, todos los liberales percibían que la educación privada, prácticamente toda ella en manos de órdenes religiosas, era un impedimento para conseguir construir una ciudadanía afín al estado-nación moderno y aconfesional (sobre estos aspectos puede consultarse Puelles, 1980; Sanz, 1985 y, desde un punto de vista más psico-sociológico, Castro, Castro y Casla, 1997).

intelectuales, la alfabetización del pueblo y, consecuentemente, en la adquisición de herramientas útiles para la lucha por la vida. Sin embargo, esto no era suficiente. Desde el punto de vista del regeneracionismo, tan importante como dotar a las *masas* de ese tipo de instrumentos era no perder de vista los objetivos moralizadores. Morote, Altamira y Costa lo dejaban claro cuando defendían que no era suficiente con educar o instruir —en tanto que adquisición de conocimientos instrumentales—, ya que también era fundamental formar —es decir, adquirir los valores de cohesión y sacrificio colectivo—. En palabras del responsable de *Oligarquía y caciquismo*: “*Lo que España necesita y debe pedir a la escuela no es precisamente hombres <<que sepan leer y escribir>>: lo que necesita son <<hombres>>; y el formarlos requiere educar el cuerpo tanto como el espíritu, y tanto o más que el entendimiento, la voluntad. La conciencia del deber, el espíritu de iniciativa, la confianza en sí mismo, la individualidad, el carácter, y, juntamente con esto, la restauración del organismo corporal, tan decaído por causa del desaseo, del exceso de trabajo y la insuficiencia de alimentación; tal debe ser, en aquello que corresponde a sus medios, el objetivo de la escuela nueva*” (Costa, 1898/1898; p. 25). Los elementos moralizadores y dinámicos son los que vamos a tratar en el siguiente epígrafe.

16.1.1.2. *El sacrificio por la colectividad: compromiso moral y memoria colectiva*

Ya conocemos el pesimismo con el que Isern se manifestaba a propósito del espíritu colectivo. Para él, en España apenas existía una opinión pública que estaba formada por inteligencias mal instruidas y mal educadas. A esta perspectiva también se acercaba el optimismo liberal de Altamira, para el que la falta de amor a la patria afectaba al esfuerzo colectivo y, por ende, a la estimación de lo propio, el sacrificio común, y el propio concepto de libertad. Ya sabemos que por esas razones los regeneracionistas insistieron en la necesidad de un detenido estudio y un conocimiento del tipo de problemas que afectaban a la psicología de la sociedad civil. En consonancia con él, todos los pensadores finiseculares, incluyendo al positivista radical y escéptico que era Maeztu, coincidieron en que los objetivos fundamentales de la educación eran la formación moral del espíritu nacional —o, más bien, la consolidación del ya existente— y el control de cualquier efecto disgregador. Para cumplir esa tarea Macías se atrevió a demandar la creación de Sociedades Nacionalistas. Teniendo muy presente la desmoralización producida por la derrota cubana, este tipo de instituciones debían entonar el alma del pueblo, elevarla, dignificarla, darle aliento, convertirla hacia preocupaciones, gustos y sentimientos nobles, asociarla al renacimiento nacional. Así, para moralizar al pueblo había que aprovechar el movimiento regenerativo y, sobre todo, el culto a la idea de patria —grande y chica—. Los instrumentos propuestos no pueden sorprender a nadie: himnos, corales, fiestas conmemorativas, trabajos reuniones, formación de asociaciones relacionados con el campo, la familia, etc.

A la nómina de objetivos patrióticos propuestos por Macías, Mallada, Morote o Isern añadieron el desarrollo de la psicología colectiva –también del carácter o el espíritu–, la ley moral, los valores sociales, el sacrificio y el amor o sentimiento de pertenencia racial o patriótico en la *masa* social y, muy particularmente, entre las clases bajas. Si consideramos además las categorías de desinterés, transigencia y fraternidad que, junto a la inteligencia, Ganivet utilizaba para definir “patriotismo”, es evidente que el mecanismo de cohesión nacional que se pretendía recuperar estaba impregnado de una marcada significación empática. En esos engranajes afectivo-emotivos cobrarán sentido tanto las llamadas que Macías realiza a una educación disciplinada, como la indicación de Altamira para inculcar el gusto por las cuestiones elevadas –principalmente artísticas– en las *masas* obreras como paso previo a su formación científica. De hecho, el sistema de Extensión Universitaria que, como veíamos en el punto anterior, demandaba el autor valenciano aspiraba más a educar que a instruir; esto es, a elevar el espíritu a través del disfrute del ideal intelectual que a comunicar ciencia, crear nuevas asignaturas o adquirir una preparación técnica. En esa tesitura, el conocimiento y disfrute del arte era un paso fundamental para la formación del obrero y la de cualquier individuo de cualquier clase social. Creando el gusto por las cosas elevadas, aparecería naturalmente el afán por conocerlas mejor y el aumento de la instrucción se impondría por sí mismo: la conferencia científica dejaba de ser una actividad obligatoria para convertirse por sí misma en deseo de conocer. Sólo en un segundo momento de la Extensión debían aparecer las clases reglamentadas y las excursiones científicas.

Pero ¿en qué momento de la vida del futuro ciudadano había que empezar a disponer las medidas para consolidar una moral de sacrificio y cohesión colectiva? Es cierto que, desde la propagación de las tesis de Pestalozzi y Froebel, todos los planteamientos filosóficos y sociológicos decimonónicos son muy conscientes de la tarea moralizadora que empieza a cumplir en el seno familiar y, por ende, la clase social de pertenencia. Se trataba de un punto de vista orgánico y evolutivo en el que el proceso de socialización quedaba estrechamente ligado a las características de la “comunidad próxima”. Sin embargo, dejando atrás lo que hoy definiríamos como socialización primaria, los textos regeneracionistas focalizarán sus propuestas psicopedagógicas en los años correspondientes al periodo escolar por dos buenos motivos: (1) su poca confianza en el núcleo familiar español y (2) la importancia de ese periodo para la forja de una personalidad comprometida con el ámbito público.

(1) Como hemos señalado, el primer motivo estaba relacionado con a la baja estima en que tenían la competencia educativa del ámbito familiar español. Para Unamuno, la vieja y castiza familia patriarcal era el mismo germen del que derivaba la estructura social. Casi de forma especular, Isern consideraba la familia tradicional española un fenómeno en descomposición debido a la penetración –sobre todo a través de las clases superiores de las grandes ciudades– de las ideas utilitaristas, extranjerizantes y en definitiva, inmorales. Otros autores como Morote y Macías pensaban que los padres imponían una educación

temperamental a su propia imagen y semejanza. Para Macías, el resultado no era precisamente “(...) *un carácter, un hombre intrínsecamente útil, un ciudadano íntegro y honrado, un miembro, en fin, sano antes que todo y activo del cuerpo social*”. (Macías, 1899/1992; p.101). Morote detectaba más bien la reproducción de ciudadanos excesivamente sometidos a la autoridad y, por ende, eminentemente pasivos: una tendencia continuada y agravada por la educación oficial e, incluso, el gobierno de la nación.

La base patriarcal de la sociedad española —más marcada incluso que en otros países del ámbito europeo— debía haber condicionado que las miradas reformistas se dirigieran preferentemente hacia la caracteriología masculina. No en vano autores como Unamuno consideraban que el núcleo familiar y, por ende, la propia base de la sociedad civil se configuraba en torno al hombre. Sin embargo, fue la mujer la que concitó más preocupaciones a la hora de estudiar la encrucijada familiar. Mallada extendía la importancia de su papel hasta al punto de considerarlo fundamental para el desarrollo de los pueblos. En línea con los prejuicios misóginos al uso en la época, algunos autores como Unamuno se mostraban directamente celosos ante la supuesta decisión y malicia manifestados en el carácter histórico de la mujer española². Pero la mayoría de los regeneracionistas pensaban fundamentalmente en la forma como la mujer cumplía la labor social que le era propia. En la época, esa labor se circunscribía a un doble papel maternal: el reproductor, por un lado, y el educador, por otro. El primer término de la fórmula inquietaba a Mallada por la excesiva tendencia a la idealización de la mujer —muy cerca de la ginecolatría que Unamuno atribuía al pueblo francés—, actitud que Morote asociaba al desarrollo de concepciones de la belleza poco menos que incompatibles con la maternidad y, por ende, con el aumento de la natalidad. La cuestión, en cualquier caso, no era demasiado preocupante en el caso español porque, según Morote la mujer española era mejor que la del resto de naciones. Morote se refería con ello a la abundancia de “madres patriotas” que compartían un canon de belleza eminentemente “maternal” y que, en consecuencia, no dudaban en tener más de un hijo³.

En realidad, los problemas se detectaban en el segundo término de la fórmula: la función educadora. Las mujeres debían poseer unas competencias intelectuales, didácticas e, incluso, religiosas mínimas para instruir, orientar y gobernar adecuadamente el desarrollo moral de los niños en los primeros años de la vida. Sin embargo, según Morote, en la mayoría de las ocasiones las madres se limitaban a tratar al niño en función de los estados de humor de éste. Esta mala preparación para llevar a cabo la labor educativa podía ser un problema común a todas las naciones. Pero, sin duda, en España, un país donde ya

² Sin duda, la aproximación psicológica a la supuesta inferioridad intelectual y maldad congénita de la mujer española de finales de siglo merecería un estudio específico. De esa construcción psicológica dependían estrechamente la función y rol social que la mujer podía y debía cumplir en el engranaje del estado-nación. Autores y autoras muy cercanos al discurso psicológico como Francisco de Paula Canalejas, Fernando de Castro, Concepción Arenal, Urbano González Serrano, Adolfo Posada o Emilia Pardo Bazán dedicaron varios ensayos a esta cuestión e, incluso, mantuvieron polémicas en torno a ella. Es un discurso en el que salen a relucir continuamente múltiples argumentos de corte psicopatológico, psicofisiológico, pedagógico, etc. (puede verse, por ejemplo, González, 1894 o Sáiz y González, 1895).

³ Por cierto, la belleza de las mujeres españolas, concretamente de las andaluzas, era un tema recurrente en los libros de viajes extranjeros. Dentro del regeneracionismo, Almirall también se refirió a las mujeres de las regiones centrales y meridionales considerándolas perfectas

la formación de los varones era muy deficitaria, la preparación de las mujeres se descuidaba todavía mucho más. Años antes que Morote, Mallada ya había advertido que la ignorancia y el atraso en la enseñanza afectaba a la mujeres de toda clase social —incluyendo la alta y media— pero, lógicamente, se agravaba mucho más en la baja, y dentro de ésta, en el espectro rural. Por eso, para empezar a pensar en el contexto familiar como un ámbito verdaderamente socializador, moralizador y regenerador había que asegurar primero la preparación y educación de la mujer. En ello insistieron Morote y, sobre todo, Mallada. Este último ofreció toda una retahíla de medidas pedagógicas que debían orientar a la mujer hacia su función social. Entre aquellas aparecía la necesidad de tomar en consideración sus aptitudes psicológicas diferenciales, promocionar su alfabetización, elevar su tono cultural y dotarla de conocimientos específicos de economía doméstica para una adecuada administración de la casa. Mallada llega incluso a recomendar la contratación de institutrices extranjeras para cubrir esos objetivos entre las mujeres de clase media. Sólo así se podía empezar a pensar en una madre perfectamente preparada para atender los entresijos familiares y, muy particularmente, la formación de los hijos.

(2) Como hemos señalado, todas estas reticencias hacia el contexto familiar provocaron que los regeneracionistas dirigieran su atención hacia los años escolares comprendidos entre la primera infancia y la educación superior. Existía un buen motivo adicional para esa tendencia: la convicción de que en ese etapa tenían lugar las experiencias verdaderamente cruciales para la formación del carácter del sujeto. En un terreno más propio de las tecnologías sociales de Comte o Fichte que de las propuestas naturalistas e individualistas de Rousseau o Pestalozzi, el discurso pedagógico del regeneracionismo buscó un objetivo interventivo y lo encontró en una facultad psicológica: la memoria. Hay que puntualizar que el tratamiento de este aspecto por parte de los pensadores finiseculares debe entenderse desde dos puntos de vista muy diferentes, incluso, hasta cierto punto, antagónicos. Por un lado, la memoria adquiriría tintes negativos cuando los regeneracionistas la trataban como una facultad propia del sistema psicológico general o individual. Por otro, adquiriría un claro marchamo positivo cuando se la relacionaba tácitamente con las dinámicas psicológicas propias del fenómeno colectivo. Son dos aspectos que hay que tratar en extenso y por eso les dedicaremos dos apartados específicos:

- La memoria entendida dentro de los sistemas psicológicos generales tenía que ver con la capacidad para adquirir y retener conocimiento. La imagen de tal función era eminentemente pasiva y, como hemos repasado en el capítulo 9, se relacionaba con los métodos rancios y, sobre todo, con los contenidos dogmáticos de la educación escolástica. En ese sentido, es cierto que hasta positivistas como Macías Picavea reconocen que el cristianismo es la religión de los pueblos superiores, incluso que el catolicismo es el culto natural de los países latinos. De ello extraían, además, una faceta funcional. Recordemos que Mallada creía que la implantación práctica del dogma en un pueblo atrasado como el

representantes de la raza blanca. Su halago se hacía extensible a los hombres, aunque esto no evitaba que Almirall considerara que unas y otros

español podía sustituir las aptitudes que mostraban los pueblos modernos ante las ventajas de la civilización. Para Mallada, la muchedumbre necesitada de ídolos incontestables capaces de contener la inmoralidad, el egoísmo, el materialismo o el envilecimiento en la sociedad española; taras que detectaba Isern en el propio clero en su búsqueda de corrupciones utilitaristas. Sin embargo, siendo conscientes de esa posibilidad de control de las *masas* a través del dogma, a los regeneracionistas tampoco les pasaba desapercibido el proselitismo, bien anestésico bien fundamentalista, que la iglesia española desplegaba de facto sobre el carácter nacional. Así Unamuno, quejándose del sentido 'apagado del ideal y de la religión, relaciona la presbitocracia —el poder del clero— con la apatía y la adaptación de juventud española a la depresión nacional. Mallada ya había descrito años antes el carácter de los cristianos fervorosos como apocado e hipócrita. Incluso Ganivet consideraba que si bien la libertad podía generar embrutecimiento, el catolicismo podía provocar perfectamente atrofia intelectual. Por ello llegaba a tolerar a regañadientes la libertad de cultos y la educación de protestantes como medida orientada a evitar la ruina espiritual de España. Y es que, para el granadino, la propagación sistemática de una única idea —fuera ésta de la naturaleza que fuera— producía fijación, impulsión y, en último término, convertía el pensamiento en un instrumento de combate. También Morote advertía contra los problemas asociados a un carácter marcado por el excesivo atrevimiento, pero consideraba más problemática la presencia del criterio de autoridad en la conciencia nacional. Éste configuraba una creencia irracional y monolítica y, con ella, un sentido de respeto y modestia mal entendida ante la superioridad. Para Morote, ese tipo de conciencia implicaba una total falta de iniciativa. Así, en todos los casos, las consecuencias del imperio absoluto del dogma eran la generación de una moral apática o fanática y, por ende, del carácter alienado del hombre-masa.

Para todos los regeneracionistas este panorama estaba relacionado con la persistencia que había conseguido la educación memorística en España a costa del escaso desarrollo de la pedagogía moderna. Isern identificaba esta última con los métodos empleados en el mundo culto, mientras que Morote la enraizaba directamente en el programa fröebeliano y aseguraba que la distancia entre éste y el aprendizaje memorístico, forzado y dogmático era el mismo que entre la civilización y la barbarie. En esa línea, todas las facciones del regeneracionismo, desde el tradicionalismo de Isern o Ganivet hasta el positivismo de Mallada, Morote o Macías Picavea, coincidían en señalar que el efecto más grave de la instrucción memorística había sido su interés por enclaustrar, dominar, someter o anular el carácter a través de la fijación del dogma. En su labor dogmatizadora, la concepción pedagógica tradicional había otorgado un lugar hegemónico a las dimensiones racionales y representacionales de la función intelectual. Para los regeneracionistas, desmontar las perniciosas consecuencias de esa concepción psicopedagógica suponía atender al mismo tiempo, al *“desarrollo de la inteligencia, la formación de la moral, el desenvolvimiento de la fuerza física. Y verdadera educación será aquella que consiga esos tres fines capitales, a la vez*

integral y armónicamente" (Morote, 1900; p. 740). En esa línea integral y armónica, Ganivet relacionaba estrechamente la cultura nacional con la unidad de inteligencia y acción. Sin embargo, fueron los positivistas como Morote o Costa los que más se preocuparon por defender la implantación de una enseñanza integral y orgánica. Ésta había de permitir rehacer al español en cuerpo y espíritu siguiendo múltiples direcciones.

Cuando hemos tratado la forja de las competencias instrumentales ya hemos hablado de la relación psicopedagógica de la fuerza física con los ejercicios gimnásticos y excursiones al aire libre –más adelante hablaremos de la relación de la alimentación con otros aspectos psicológicos-. También en ese mismo lugar tratábamos los aspectos psicopedagógicos que rodeaban la cuestión de la inteligencia. Aquí nos interesa destacar el tercer elemento señalado en la cita transcrita un poco más arriba; es decir, el desarrollo moral y, más particularmente, de su trasunto psicológico: la voluntad. Y no sólo porque sea el único que queda por tratar, sino porque desde el punto de vista del psicopedagógico configura el núcleo interventivo más complejo e importante al que se aproximan los regeneracionistas.

Morote consideraba que, si la inteligencia era innata, la educación de las facultades del entendimiento debía limitarse a una aplicación instructiva y adecuada del método lógico. Sin embargo, la educación de la moral o la voluntad requería un sistema más complicado. Además, como proponían Altamira o Costa, acabar con los defectos nacionales y formar el carácter y las costumbres colectivas suponía educar la voluntad del pueblo desde la infancia, incluso al margen de su desarrollo intelectual. Así, para Costa, *"No se cura con una ley un estado social enfermo. Los males nacidos de torcimiento o deficiencias de la voluntad, sólo se remedian sanando o educando la voluntad; las garantías y combinaciones exteriores no son eficaces sino en tanto que auxiliares de aquella acción ética, dinámica, y en función de ella"* (Costa, 1998/1901b; p. 110).

En más de un sentido, la educación de la voluntad representará la contrafigura de la instrucción memorística y dogmática. Para empezar, los regeneracionistas abogaban por los métodos pedagógicos orientados a formar u orientar el carácter aprovechando sus supuestas condiciones naturales y, sobre todo, su tendencia a la actividad. Como desvelaba Macías Picavea en un paralelismo muy clarificador: *"El objeto de todo lo humano no es pasivo, sino activo y voluntario. Para obrar en él hay que contar con su cooperación. Es el gran secreto en el arte pedagógico, en el social, y, por desconocerlo muchos educadores y reformadores fracasan"*. (Macías, 1899/1992; p. 294). Sin duda, el marco de referencia de ese tipo de apuestas psicopedagógicas tenían que ver con las propuestas de Pestalozzi y Fröbel y, muy particularmente, con el aprovechamiento de la espontaneidad infantil desde los primeros años escolares.

Autores como Costa, Macías Picavea o Morote tuvieron muy en cuenta la actividad, energía y espontaneidad que caracteriza las edades tempranas para establecer, a partir de ellas el programa de educación de la voluntad y, por ende, del carácter. Morote, por ejemplo, daba mucha importancia al juego

espontáneo de los niños porque en él veía el procedimiento por el que espíritu humano adquiriría las nociones básicas de la ciencia que debía aprender en un futuro. En esa misma línea, destacaba el desarrollo de la capacidad de observación de hechos y leyes en detrimento de la simple recepción pasiva e intelectualista de los mismos principios. La idea de intervención pedagógica que Morote o Costa derivaba de este tipo de apreciaciones tenía que ver con la promoción de una educación activa, intuitiva, moral y física al mismo tiempo –incluso al aire libre– y, por supuesto, sin un control reglamentado ni excesivamente riguroso. Por ese camino, el objetivo de Morote era conseguir no sólo ciudadanos instruidos sino hombres de valor individual y colectivo. En ello iba la formación y el desarrollo del carácter nacional pero también la consecución de una individualidad sana y competente. En ese sentido, la obra de Morote sugiere un claro paralelismo entre el cuidado de la observación y la actividad espontánea proclamada por la pedagogía moderna y el sistema de *self-government* –autogobierno o autodirección–. Y es que, para Morote, el cuidado del gobierno interno e individual era el punto de partida para asegurar el del externo y colectivo.

La contrafigura que supone la educación activa de la voluntad respecto de la memorística no se agota, en cualquier caso, en los antagonismos. Al estar combatiendo ambas por un mismo dominio identitario, también pueden detectarse entre ellas ciertos paralelismos. De hecho, a pesar de las loas al individualismo, la intuición y la espontaneidad, regeneracionistas como Morote, Costa y Macías Picavea también insisten en la necesidad de disciplina y adoctrinamiento en la educación de la voluntad. De ello dependía la canalización de la energía nacional y la preparación de corazones bondadosos y caracteres firmes y justos. Costa fue el regeneracionista más explícito a la hora de plantear los aspectos directivos subyacentes a ese programa. Para él, la educación de la voluntad había de permitir que la norma social se convirtiera en comportamiento automático. En ese sentido, no bastaba con que el educando entendiera o comprendiera la ley social porque ello no era garantía de su cumplimiento. Reinterpretando las consignas de Fray Luis de León, Costa pensaba que no sólo se trataba de enseñar a la *masa social* a ser buena y justa, sino de hacerla, de facto, buena y justa.

Este tipo de planteamientos no alejaba demasiado la educación activa del memorismo dogmático y tradicional típicamente católico. Podríamos decir que, en las posiciones de Costa, éste se troca por un voluntarismo automático y nacionalista –en sentido liberal–. De hecho, en las apuestas psicopedagógicas de los regeneracionistas la memoria también tuvo un papel fundamental, aunque no en el sentido del psicologismo procedural que ellos mismos oponían a su voluntarismo. Más bien tomó la forma de contenido conminatorio y cohesivo, un artefacto identitario que, con palabras de hoy, podríamos denominar “memoria colectiva”. Por supuesto, los regeneracionistas no usaron ese término sino el de “historia nacional”. En el siguiente punto veremos cuál fue la intervención psicopedagógica que se propuso a partir de ella.

• Como sabemos, todos los regeneracionistas estaban de acuerdo en que en el seno del pueblo se hallaba un núcleo identitario que condensaba las características más depuradas y, por supuesto, positivas del ser español. Ya hemos visto que Unamuno llegaba a identificar ese núcleo con la realidad eterna, sustancial, y cosmopolita común a toda la humanidad en todo momento. La perspectiva de Unamuno otorgaba un papel secundario al devenir histórico. Sin embargo, para otras posiciones del regeneracionismo el pasado podía ser considerado, como mínimo, como un testimonio de la realización de las potencias de la verdadera España. Estar en posesión de ese testimonio narrativo suponía, por tanto, conocer la verdad sobre el carácter español y lo que podía esperarse de él en el futuro. Aquí es donde cobra sentido la estrategia psicopedagógica dispuesta por el regeneracionismo para ofrecer una memoria colectiva; un recuerdo conminatorio capaz de asegurar la cohesión nacional y, al tiempo, de dar sentido a la actividad del conjunto social. Como vamos a ver, esta posición provocará que los regeneracionistas tomen conciencia del carácter tecnológico de su propio manejo de la historia induciéndoles a actuar en consecuencia.

Es cierto que, a determinado nivel, los autores finiseculares se siguen confiando en la existencia de una verdadera historia que debe ser difundida entre el pueblo para agilizar el supuesto desarrollo natural del Ser nacional. Ahí cobran sentido las llamadas de Altamira a sustituir las aproximaciones literarias y legendarias al pasado nacional por un estudio y una enseñanza verdaderamente científica de la historia. Morote también habla de rectificar errores tradicionales extrayendo las enseñanzas de la historia. De ello dependía devolver la nación a sus cauces naturales. En todos estos casos, los regeneracionistas consideran que existe una historia falsa, perniciosa y asumida masivamente por la sociedad española que eclipsa la verdadera y positiva.

Precisamente, justo en la tensión entre ambas alternativas historiográficas, los regeneracionistas tomarán conciencia de la importancia que la narrativización del pasado tiene en la consolidación de los proyectos etopolíticos. Es aquí, de hecho, donde cobran sentido las llamadas para evitar la arbitrariedad producida por el desconocimiento de la historia nacional, señalada por Unamuno o Morote; el peligro secesionista de las historias regionales, advertido por Morote; y sobre todo, el monopolio de la historia nacional por los tradicionalistas y reaccionarios, señalado por Unamuno o Altamira, y la autoasunción de la "leyenda negra", denunciada por Altamira o Macías Picavea. Sobre todo, estos últimos casos merecen diagnósticos psicológicos que desvelan, en palabras de Morote, causas mentales y caracteriológicas para la decadencia. Para Unamuno, su estudio sólo podía considerarse un examen de conciencia con ánimo redentor, un acto de contrición donde los caracteres hipertrofiados o hipotrofiados del casticismo jugaban el papel de pecados nacionales.

La manipulación de la historia por parte de los tradicionalistas implicaba una exaltación radical de las glorias pasadas. Desde el punto de vista del regeneracionismo, esa glorificación condensa todos los

males de una nación que había empeñado su energía histórica en empresas inabarcables. Éstas habían mantenido el poso de certeza de la grandeza española, pero a costa de anquilosar la actividad de la sociedad del presente. Y así, para Morote, *"La leyenda áurea, el pasado esplendor, eso es, en efecto lo que estorba para engendrar y concebir una patria nueva"* (p. 779). Desde el punto de vista de Morote el pueblo era un espíritu sin cuerpo que, dejando su estómago vacío, vivía y nutría su cabeza con la ilusión legendaria de ese "pasado esplendor". También Unamuno compartía esa opinión y consideraba que las masas españolas estaban afectadas por el mal de la hiperéstesia o ceguera del alma. Ello le impedía ver los hechos vivos del presente que eran velados por el pasado muerto del tradicionalismo historicista.

Desde el punto de vista del regeneracionismo, la condición ilusoria se traducía bien en la sensación de habitar en un país privilegiado e imbuido de progreso económico, aspecto señalado a grandes rasgos por Macías Picavea, Mallada o Morote; o bien, en la sensación ininterrumpida de gozar de la gloria de los episodios heroicos y épicos y las hazañas conquistadores y militares, fantasía destacada por Morote o incluso por un pensador tan reaccionario como Isern. Esta segunda ficción era especialmente significativa porque, a pesar de estar de acuerdo con el carácter fiero e indisciplinado destacado por Morote, comprometía gravemente el futuro del pueblo español. No sólo se trataba de que el intelecto español fuera completamente absorbido por el pasado, como afirmaba Morote, sino también de que promocionaba entre las nuevas generaciones el empleo de las armas para la resolución de los conflictos futuros. Más que ningún otro regeneracionista, Isern repasó la presencia del estereotipo valeroso y belicista en los manuales de secundaria que se empleaban en la época para impartir la asignatura de Historia de España; entre ellos los de Opisso, Picatoste, Monreal, Zabala, Sánchez o Casado. Isern concluyó que existía el peligro de que los niños terminaran forjando su carácter maduro y su fe en el porvenir a partir del estudio de un polémico modelo. Éste se componía de imágenes, aptitudes o hazañas marcadas por el belicismo, descripciones históricas de la raza y el pueblo español profundamente exaltadas, acrílicas e hipertrofiadas.

Alternativamente a ese optimismo hipertrofiado aparecían los problemas derivados del consumo y asunción por parte del pueblo de una historia nacional prejuiciosa. Esta segunda imagen se definía por las depravaciones y los excesos imperialistas y, finalmente, desembocaba en la abulia de finales de siglo. Según Altamira o Macías Picavea, ésta estaba representada por la "leyenda negra" elaborada por los pensadores hispanófilos extranjeros y los intelectuales españoles más pesimistas. Hasta el momento presente, las masas nacionales habrían venido interiorizando esa historia plagada de pesimismo y de vicios no constitutivos y anacrónicos. Ello habría provocado, casi de forma mórbida, su generalización y persistencia, obstaculizando, de paso, cualquier camino para la resolución de los problemas sociales y, en definitiva, la regeneración.

Pero el ejercicio de reflexividad del regeneracionismo irá más allá del intento de elaborar una historia erudita y científica de las buenas condiciones del carácter o la mentalidad española en detrimento

de los perjuicios y falsedades de las historias glorificadoras. También creyeron fundamental arbitrar medidas psicopedagógicas generales para que las *masas* nacionales se “dieran cuenta” de que ese último modelo era el que, realmente, les correspondía. Esta sensibilidad está bien representada por Altamira, el autor que más insiste en la necesidad de convencer a las *masas* españolas de las virtudes psicológicas poseídas por naturaleza. Como ya sabemos, el objetivo del autor valenciano era lograr el refloreCIMIENTO de las condiciones naturales positivas evitando la resurrección arqueológica de las negativas.

Junto a Altamira, otros autores como Isern, Morote o Macías consideraron que el camino para lograr tal propósito pasaba por una administración adecuada de los contenidos históricos de los estudios primarios y secundarios. En el extremo censor, Isern recomendó directamente imponer límites en las imágenes desmesuradas y acríticas de las glorias españolas que él mismo había detectado en los manuales de la materia. Macías, Altamira y Morote optaron directamente por rectificar y aumentar los contenidos. Macías, en su condición de catedrático de geografía, consideraba que el conocimiento del territorio natural ocupado por la Nación provocaba la emergencia del sentimiento patriótico. A la relación armónica el colectivo y su medio natural, unía también la necesidad de conocer el medio histórico. Los contenidos de la asignatura de historia eran fundamentales para revelar y promocionar entre las nuevas generaciones los verdaderos valores que habían definido —y todavía definían— el espíritu español. En esa misma línea, Altamira recomendaba intensificar la historia junto a la educación cívica en los estudios primarios para empezar a forjar la voluntad. Abogaba por la transmisión de una historia nacional objetiva, integral y homogénea para todo el pueblo; un estudio adecuado de los autores históricos que permitiera amar el pasado nacional y terminar de una vez por todas con la “leyenda negra” española promovida por los hispanófilos. Esas opiniones son también las de Morote, con la diferencia de que él no duda en desvelar completamente las estrategias psico-sociológicas implicados en esas demandas. Para ello, siguió algunas de las ideas desarrolladas por Fouillée en *Le Peuple Espagnol*, concretamente aquellas relativas a la movilización del alma de las multitudes a través del dominio de las pasiones. A partir de esos mecanismos, Morote recomienda explícitamente cambiar la forma de los recuerdos y las evocaciones del pasado para ofrecer al pueblo modelos patrióticos. El autor de *La moral de la derrota* llega incluso a dar por válidas las leyendas y fábulas nacionales, siempre y cuando éstas ayuden a levantar al pueblo en lugar de hacerlo persistir en los errores nacionales ligados a la exaltación del pasado glorioso.

En todos esos casos, la operación persuasiva no está exenta de dificultades. Una vez denostado todo el pasado correspondiente a la España tradicional o imperial, había que encontrar argumentos históricos que, además de consolidar la mentalidad nacional, permitieran la incorporación de España a un proyecto de futuro moderno. Sabemos que Macías y Morote lo encontraron en la supuesta industriosisdad de los primitivos habitantes o civilizaciones que habían ocupado la península. Para Macías, se trataba de remontar la historia y recuperar para la memoria del pueblo la influencia beneficiosa de romanos y árabes.

Morote creía que era necesario sustituir el valor y la épica para presentar a las *masas* obreras el modelo de laboriosidad que, supuestamente, ofrecían los celtíberos. Era la forma adecuada de extirpar los vicios históricos y de reponerse de los efectos psicológicos producidos por el exceso de imaginación y la fatalidad geográfica.

Como puede comprobarse, los regeneracionistas van a emplear las mismas armas que atribuyeron a sus enemigos políticos. Como éstos, manejaron estrategias dirigidas a implantar, a través de una historia alternativa y la tecnología psicopedagógica pertinente, el arquetipo identitario deseado en la mentalidad nacional. Para alcanzar ese objetivo, utilizaron la interpretación oficial del pasado español en dos sentidos complementarios. Por un lado, la “leyenda negra” se tachó de falsedad histórica que venía a fosilizar la memoria colectiva. Sin embargo, al margen de su realidad o virtualidad, también se empleó para fundamentar sus argumentos más persuasivos y apocalípticos a propósito de la decadencia española. El siguiente paso fue recuperar la supuesta verdadera historia e implantarla en la mente del colectivo nacional. La nueva narración se correspondía con un arquetipo sacrificado, comprometido y creativo, un modelo más industrioso que épico y, por ende, mejor ajustado a las demandas de la modernidad.

Así, la manipulación de la historia nacional cerraba los frentes psicopedagógicos más importantes que el regeneracionismo debía cubrir para asegurar la formación de una mentalidad cohesionada –nacionalizada– y sacrificada –laboriosa– en las *masas* nacionales. Sin embargo, aún confiando en que el cambio de mentalidad debía provocar a medio o largo plazo la transformación social deseada, también era evidente la necesidad de pensar en las intervenciones demandadas por la realidad cotidiana inmediata. A ese nivel, el punto de intersección entre la situación de las *masas* sociales y el “Problema de España” tenía que ver con el marco vital y productivo que rodeaba la actividad económica española. En el siguiente punto abordaremos las conclusiones y medidas psico-sociológicas que los regeneracionistas recomendaban a ese respecto.

16.1.2. El compromiso laboral: colectivismo y formación profesional

Los regeneracionistas fueron muy conscientes de que el marco económico y productivo era fundamental para entender la situación en la que se encontraban las *masas* españolas a finales de siglo. Autores como Altamira o Unamuno tenían presentes factores como las tendencias económicas o la división del trabajo, aspectos que influían de una manera determinante en los fenómenos sociales llegando, incluso, a imponer la nacionalidad. Por otro lado, Almirall, Costa, Macías Picavea, Isern, Morote o Mallada no dudaron en desplegar en sus textos un denso aparato estadístico con el que demostrar positivamente el nivel de decadencia alcanzado. Ya desde uno de los textos fundacionales del regeneracionismo, *Los males de la patria* de Mallada, se pone de manifiesto la importancia de los factores

económicos para interpretar las "crisis" nacionales. Para Mallada, *"La riqueza y la fuerza de las naciones, principal, si no exclusivamente, es proporcional a la cantidad de trabajo y de economía de sus habitantes. Como efecto útil de la masa general de trabajo, estamos los españoles en una de las peores situaciones; desde el punto de vista de la previsión y de la economía, la situación no es mala, es desastrosa. Lleven con paciencia los compatriotas si en este punto se compara a España con los países todavía sumidos en la barbarie"* (Mallada, 1890/1989; p. 195).

Todos los autores, desde Altamira o Unamuno a Morote o Costa hablan, como Mallada, de la pobreza económica nacional y de la necesidad urgente de reformas económicas en el plano público y privado; pero es interesante observar que sólo el geólogo español utiliza con precisión la plantilla de las clases sociales en sus diagnósticos. A partir de ella, se permitirá negar o relativizar los dos mecanismos socioeconómicos que la mayoría de los reformistas recomendaban para que las *masas* populares alcanzaran verdaderos beneficios: el desarrollo de la civilización, en el caso de los pensadores más moderados, y la lucha entre el capital y el trabajo, en el caso de los más radicales. En el primer caso, Mallada consideraba que los artificios de la civilización podían perjudicar todavía más a las clases deprimidas cuando éstas pertenecían a razas o naciones degeneradas y en decadencia. En el segundo, apuntaba cómo los beneficiados eran sobre todo los obreros industriales, mientras que los agricultores, mayoritarios en España, quedaban fuera de las conquistas alcanzadas.

Pero los análisis socioeconómicos de Mallada son, en cierto sentido, una excepción dentro del regeneracionismo. Sólo las loas visionarias al "vil metal" de Maeztu se acercan a una clave diagnóstica semejante. Quizá esto sea así porque las obras de ambos autores son las que más identifican progreso, civilización y desarrollo material (económico, técnico, científico, etc.), una sensibilidad que, como ya sabemos, llevó a Mallada a alabar el ejemplo estadounidense cuando todavía faltaban ocho años para el "desastre". Sin embargo, ni siquiera esto fue suficiente para que Mallada y Maeztu escaparan al tono general del regeneracionismo y a la caracterización básicamente etnopsicológica del "Problema de España". Y es que hasta las posiciones más representativas del positivismo regeneracionista, caso de Macías Picavea, estaban de acuerdo en que el sociologismo y el sociodarvinismo llevaban demasiado lejos sus argumentos economicistas.

En realidad todos los autores finiseculares convertían los factores socio-económicos y productivos en un efecto o consecuencia de la variable socio-cultural y, más concretamente, de la clave etnopsicológica que cifraba el apocalipsis decadentista. Es cierto que, contra esta tendencia, el siempre clarividente Mallada enmienda la plana a sus compañeros literarios en algún punto. El caso ejemplar lo encontramos cuando asegura que la causa de la perniciosa emigración española no se debería al tópico espíritu aventurero. Para Mallada, tal circunstancia habría que explicarla en función de un principio de emigración y de subsistencia general según el cual las *masas* y las fuerzas humanas se desplazaban

continuamente desde los lugares pobres a los ricos y abundantes en recursos naturales. Sin embargo Mallada, como también Maeztu, sí se unió a todos sus compañeros a la hora de explicar en términos caracteriológicos la perpetuación de una economía de subsistencia y completamente alejada de los flujos mercantiles modernos. Maeztu, concretamente, consideraba que la raza española había dejado de evolucionar por propio impulso.

Desde el punto de los motivos, eran tres los defectos o vicios populares y raciales que condicionaban genéricamente ese panorama económico. El primero tenía que ver con el carácter inconstante, tendente al odio y rehuyente del trabajo, aspectos destacados por Unamuno o Maeztu. En ese mismo sentido, Altamira señalaba la sustitución de cualquier atisbo de espíritu mercantil por una absoluta confianza en la beneficencia. El segundo vicio tenía que ver con lo que Costa denominaba falta de proporción entre recursos y empresas acometidas, cuestión que Unamuno retraducía a la falta de modestia e investigación laboriosa. Por último, el tercer y más importante defecto tenía que ver con la capacidad del español para acometer empresas grupales o, lo que es lo mismo, para formar asociaciones que, siguiendo el ejemplo inglés, incrementaran la producción en cualquier área o nivel laboral. La perspectiva de Unamuno a ese respecto planteaba que las asociaciones y organizaciones españolas eran excesivamente inflexibles, férreas y disciplinadas. Sin embargo, él mismo destacaba el atomismo social o falta de espíritu de asociación; es decir, el principal problema que, fundamentándose en el inveterado individualismo español, detectaban regeneracionistas como Mallada o Macías Picavea. La escasa compenetración entre acción de individuo y sociedad, ejemplar en el caso español según Isern, provocaba la emergencia del individualismo y, según Mallada o el propio Unamuno, conducía a la disolución y ruina de la personalidad integral del pueblo. Sin perder de vista el asociacionismo laboral, Macías Picavea ofrecía ejemplos extremos y directamente sacados de la historia, como los pronunciamientos decimonónicos, la falta de revoluciones fecundas o el retraso de la reconquista.

Hasta aquí los motivos caracteriológicos. Desde el punto de vista de las áreas productivas afectadas, la defectología general tenía expresión concreta y fundamental en dos ámbitos: los atrasos en el desarrollo industrial y tecnológico y, sobre todo, la persistencia de una agricultura medieval en múltiples sentidos. En el primer ámbito, Macías Picavea ubica en él la tosquedad en las artes y la herencia persistente de la tradición manual en el trabajo. Mallada concreta todavía más esos aspectos hablando de la mala explotación de las materias primas, sobre todo de la minería, o los excesivos costos en los trazados del ferrocarril. La escasez de genio para afrontar la empresa industrial y mercantil fue considerada por Macías Picavea como una falta de adaptación a la cultura moderna, un estado de semibarbarie que, sin embargo, resultaba todavía más evidente en el ámbito rural.

Como ya hemos visto en otros lugares de este trabajo, este segundo ámbito concentra cuestiones matriciales de la aproximación regeneracionista al "Problema de España". En relación con ello, cabe

recordar la perspectiva costista según la cual el pueblo español, en su mayor parte habitante de zonas rurales, estaba sometido al dominio de una naturaleza geoclimática enemiga. En una suerte de causalidad circular, ese medio ambiente coartaba los hábitos y rasgos que eran necesarios para que el campesino español se hubiera sobrepuesto a las inclemencias geoclimáticas. Tampoco ayudaba demasiado el ambiente social de pueblos y aldeas, más mísero, deprimido, inculto y resignado ante la fatalidad natural cuanto más separado se encontrara de los grandes núcleos urbanos. Desde los orígenes del género, Almirall habla de las pequeñas ciudades y del campo donde aparece la España real de la sobriedad, la miseria, la ignorancia, la superstición y la indiferencia musulmana, y el fanatismo y el escepticismo. Sin vida intelectual o moral, sólo quedaba lugar para la tranquilidad y el vegetar. Para Almirall, *“El antiguo fatalismo musulmán se adueña de nuevo de nosotros. El campesino vegeta miserablemente, sin hacer el menor esfuerzo para salir de la ignorancia, de la rutina, de la pobreza”* (Almirall, 1889/1983; p. 199).

Ambos contextos medioambientales se confabulaban para definir las altas tasas de desocupación y emigración y las privaciones higiénicas y alimenticias del pueblo español; y esto aún cuando Mallada destacara en algún apunte marginal de su obra la buena salud de los labriegos, seguramente pensando en su sacrificada capacidad de resistencia. Pero lo reseñable desde el punto de vista diagnóstico-interventivo es la íntima relación de este panorama rural con las tareas agropecuarias; es decir, con la actividad laboral de la que dependía la supervivencia de la mayor parte de las *masas* sociales españolas. En el nivel más básico de esta cuestión, regeneracionistas como Maeztu o Macías Picavea consideraban que la fecundidad del suelo y los recursos naturales marcaban la pauta de civilización y la consecución de mayor bienestar social. Ante esa norma, los problemas de la agricultura española podían ser la existencia de grandes extensiones de tierra sin trabajar, pero regeneracionistas como Mallada resaltaban mucho más el papel activo o la “maña” del campesino para la tala insensata e incontrolada de arboleda; es decir, la destrucción de uno de los remedios supuestamente más eficaces para controlar la sequía que asolaba los campos españoles. Mallada no dudó en relacionar tal circunstancia, y, en definitiva, cualquier otro aspecto del atraso agrícola, con la nómina de defectos caracteriológicos del español y, muy particularmente, con la tosquedad de modales, la torpeza para encontrar remedios a los conflictos y la dificultad para orientarse al progreso. Sin embargo, Mallada no olvidaba el papel jugado por los avatares socio-históricos, caso del analfabetismo, la falta de instrucción tecnológica y, en definitiva, las carencias a las que se enfrentaban las clases bajas para aprender los oficios desde bases modernas.

Sobre todo en esa última cuestión estaban de acuerdo Maeztu y la mayor parte de la facción costista del regeneracionismo. Ésta, además de apuntalar la identificación entre la arboleda y la retención y promoción de lluvias, ahondó en la inoperancia técnica del agricultor español y su relación con la ignorancia. Almirall y Macías Picavea eran quizá los más esmerados a la hora de relacionar la situación con el estancamiento histórico del desarrollo español. Almirall consideraba que la agricultura, siendo el

modo de vida más habitual entre los españoles, llevaba siglos de retraso. La población, sobria e ignorante, cultivaba igual que lo hacía sus antepasados, incluso utilizando los sistemas de irrigación ideados por los musulmanes. Esto permitía sólo sobrevivir del modo más frugal y primitivo. En esa misma línea, Macías hablaba de la transmisión hereditaria y generacional de los hábitos de trabajo agrícola desde tiempos ancestrales –un devenir histórico-cultural que Macías intenta impregnar de dramatismo a través del uso de metáforas biológicas (herencia, raza, instinto, etc.). Esta transmisión de los hábitos determina la configuración de un productor tipo estancado en el tiempo; concretamente, anclado en el medievo. Todo el medio rural (gremios, campesinos y terratenientes –labradores de chaqueta y levita–), parece enfrentarse por igual al cultivo de la tierra; a saber, sin ninguna preocupación por las herramientas, técnicas y adelantos científicos ofrecidos por la modernidad. En los niveles superiores de la cuestión agropecuaria esto se traducía en la imposibilidad de fundar un crédito agrícola, aspecto señalado por Mallada, o de impulsar una política geográfica que, según Costa, se orientara a la construcción de canales y caminos y, en definitiva, la inversión en regadío. Macías, desolado, comentará que *“A mayor abundamiento, el estado anárquico de la propiedad rural, una de las hechuras más genuinas del humor disociante y díscolo de la raza, han convertido el campo labrantío en un caos desordenado y loco de tierras, totalmente imposible, ya que otros obstáculos no lo impiden, para todo cultivo racional y técnico”* (Macías, 1899/1992; p. 120)

El panorama industrial y agropecuario podía ser deprimente para las masas rurales españolas. Pero aún así, todos los regeneracionistas tenían esperanzas en un futuro caracterizado por el bienestar material del pueblo, condición que Costa tampoco creía incompatible con su honor y libertad. Las propuestas interventivas más relacionadas con el ámbito industrial tenían que ver con el desarrollo del profesionalismo en dos sentidos diferentes. El primero apuntaba a la movilidad del capital humano. Esta circunstancia era caracterizada por lo que Macías denominaba “cobardía profesional del español”; es decir, por el miedo a cambiar de oficio. Desde el punto de vista de Macías, en las naciones vivas y modernas esos cambios eran habituales y estimulantes para el desarrollo económico. Sin embargo, previo a ese problema había que contar con la situación de un mercado laboral donde existían muchos universitarios y muy pocos operarios. Costa Mallada o Maeztu, denunciantes fundamentales de este segundo problema, creían que la solución pasaba por la enseñanza obligatoria de una profesión. Tal objetivo demandaba la creación de escuelas de artes y oficios y granjas-escuelas para la instrucción de operarios y capataces, instituciones donde había que modernizar y potenciar sus aptitudes laborales. Altamira también se unió a la demanda de intervenciones en ese ámbito y, de hecho, fue el autor que más se aproximó a la tecnología psicotécnica que habría de revolucionar el ámbito profesional español sólo unos pocos años más tarde. Para él, la sociedad española confiaba ciegamente en el talento natural y despreciaba el papel de todo tipo de saber –muy particularmente el técnico y profesional– en la vida práctica. Ante este panorama la propuesta de Altamira pasaba por una educación y selección de personal ajustada a parámetros técnicos.

Como bien veían Mallada y Maeztu, una de las principales funciones de este tipo de disposición tecnológica debía ser la instrucción profesional y diferencial de los artesanos y operarios de las fábricas, por un lado, y de los obreros agrícolas, por otro. En este último caso, el objetivo fundamental era llevar a un adecuado aprovechamiento de la tierra castellana. Siendo éste un tema crucial en el “Problema de España”, suscitó propuestas interventivas específicas y muy centradas en lo que Costa denominaba “política hidráulica”; es decir en las calidades del suelo, el régimen de aguas, el uso de maquinaria agrícola y abonos, etc. La cuestión podía resultar crucial para la mejora de la “despensa” nacional pero, en cualquier caso, iba más allá de una simple mejora técnica de la actividad agropecuaria. Ciertamente, desde que Mallada publicara su obra, pareciera que todos los regeneracionistas están de acuerdo en que el problema hidráulico debe suscitar una reflexión fundamental y previa a la elaboración de cualquier marco interventivo. No en vano uno de los objetivos pedagógicos de Macías Picavea era promover una educación capaz de mejorar a medio plazo los aspectos hidrológicos nacionales. Y es que, más allá de los efectos de la mala política de aguas y la escasa riqueza geográfica, el estudio de los aspectos geo-climáticos tenía que ver con su influencia directa en el carácter nacional. Para Macías, la modificación y suavización del clima y la geología podían templar el carácter y terminar con la inveterada resignación ante la fatalidad natural.

En realidad, buena parte de la batería interventiva desplegada genéricamente por el regeneracionismo para afrontar la reforma industrial o, indistintamente, agropecuaria se dirigió al núcleo de la identidad nacional y a su dinámica psico-sociológica. Algunos argumentos orientaron a la potencia industrial y creativa de ese núcleo. Bajo ese lema, autores como Morote, Maeztu o Mallada insistieron en la necesidad de confiar en la fecundidad del pueblo, provocar su renacimiento intelectual o incrementar su espíritu laboral y mercantil. Otros argumentos hacen valer el sacrificio y el control de la actividad colectiva. Son las posiciones de Maeztu cuando se centra en el temple y la dulcificación del carácter o del neoliberalismo de Costa cuando reclama disciplina social y la sustitución de los órganos sociales clásicos por otros nuevos extraídos de la España del trabajo y del silencio. También hay apuestas psico-sociológicas más estratégicas, como cuando Morote, además de ajustes presupuestarios y económicos, recomienda emplear modelos patrióticos positivos y basados en el trabajo, la riqueza y la prosperidad económica. Mallada también se adscribe a una línea estratégica cuando, “apiadándose” de la situación de la vida del labriego en las comarcas más deprimidas y apartadas considera recomendable mantener la situación de ignorancia. Y es que, teniendo en cuenta muy particularmente la psicología de las labriegas, Mallada creía que el conocimiento de los adelantos de la civilización había de fomentar entre las campesinas la desgracia y la incapacidad para soportar la rudeza y esclavitud de su labor.

Sin embargo, el gran argumento psico-sociológico que atraviesa el reformismo laboral – industrial o agrícola – articulado por los regeneracionistas tenía que ver con la erradicación del

individualismo que dominaba el carácter español. Como ya sabemos, es cierto que autores como Morote o el propio Macías habían destacado la energía individual sobre las ideas abstractas e, incluso, sobre las capacidades del colectivo. A partir de ello, reclamaron una buena dosis de individualismo e independencia para impulsar la iniciativa personal. Sin ir más lejos, dentro de ese objetivo cobraba sentido la obsesión psicopedagógica de los regeneracionistas por promover la intuición y la espontaneidad de los sujetos durante la infancia⁴. Fuera por una u otra influencia, lo cierto es que hasta un romántico como Ganivet estaba de acuerdo con que las esperanzas de reconstrucción de las fuerzas internas, el engrandecimiento y la restauración nacional pasaban por convertir el individualismo en interno y creador.

Por otro lado, Ganivet también insistía en que era necesario someter a la obra común el espíritu independiente, una sensibilidad que era compartida por la facción más progresista del regeneracionismo a través de la idea de *self-government*. El término permitía anexas a la noción de individualismo la capacidad o voluntad genérica de autorregulación e independencia para cumplir una tarea que revirtiera, de manera orgánica, en beneficios para toda la comunidad. De ahí que, además de con la iniciativa personal, el individualismo supuestamente elogiado por el regeneracionismo tenga que ver con pequeñas células grupales o sociales —asociaciones obreras, iniciativa privada, cámaras agrícolas y comerciales, municipios, etc—. En el extremo de esa perspectiva se encontraría Unamuno, quien no dudaba en adjudicar el principio sociológico a la sociedad española según el cual todos los ámbitos de su actividad estarían atravesados por un anarquismo absolutista compuesto, al mismo nivel, por un igualitarismo radical y una profunda unidad de comunidad.

Articular propuestas reformistas desde ese individualismo matizado, orgánico o colectivista suponía colocarse justo enfrente del egoísmo exacerbado que los regeneracionistas detectaban en la economía liberal y la sociobiología de cuño anglosajón. Es cierto que, en los límites del individualismo moderado, algunos argumentos de Mallada, Morote y, sobre todo, Maeztu aceptaban el imperativo de la lucha por la vida en todos los órdenes de la vida moderna —ejército, política y, por supuesto, economía, mercado e industria—, lamentándose de la mala dotación de los países católicos para tal competición. Sin embargo, ya hemos hablado de la multitud de matices que se suelen incluir en esa interpretación. En el extremo más abiertamente crítico, Unamuno o Macías Picavea denostaban la sociología anglosajona y el economicismo manchesteriano por radicalizar el individualismo y la ortodoxia económica y colocarlos por encima de los valores morales y la leyes sociales de solidaridad y subordinación. Estos dos autores, junto con Altamira, también estaban en desacuerdo con el principio “bestial” de competitividad en la lucha por la vida y apelaban a otro tipo de argumentos humanistas o “psicozoológicos” para establecer un principio pacifista o de colaboración entre algunas especies animales.

⁴ Se trata de un modelo que, según Cacho Viu (1997), bien podía haberse tomado del programa de personalización a través de la educación promovido por la psicología francesa; por cierto, justo al mismo tiempo que construía la idea de multitud o masa social.

Ya con ese refrendo del Humanismo y la Ciencia Natural en la mano, los regeneracionistas podían establecer la importancia de la asociación y el colectivismo para la supervivencia. A nivel idiosincrásico, esto suponía pensar en la posibilidad de reformar el inveterado individualismo español; una cualidad hipertofada en el propio proceso histórico, que en cualquier caso, a los ojos del regeneracionismo, estaría mucho más relacionada con el independentismo y la desestructuración nacional que con *el struggle for life* egoísta, indiscriminado y alabado por el evolucionismo sociobiológico. Quizá sea en la obra de Macías Picavea donde mejor se puede detectar la concurrencia de todas estas claves. Lo importante desde el punto de vista interventivo es que fue él quien, mirando al pasado medieval, entrevió una historia colectivista y alternativa a la definida por el individualismo nacional. Ésta estaba definida por la existencia de gremios y corporaciones, las mismas instancias que debían ser restauradas naturalmente, aunque con el apoyo de la educación y la disciplina, para regenerar la industria y la agricultura española. Volver a ese asociacionismo histórico era, por tanto, fundamental para consolidar el trabajo manual colectivo, fundamental en el esquema romántico de Ganivet. La agrupación reivindicativa de los trabajadores era el objetivo socialista de Maeztu; o la propia armonía orgánica de todo el aparato político-institucional, cimiento de la idea antirrevolucionaria y clasista que el propio Macías tenía de la actividad social.

Con la reclamación del asociacionismo laboral se cierra el horizonte psico-sociológico ante el que los regeneracionistas trataron de mejorar tanto las condiciones de vida como de producción de las *masas* sociales. El otro punto interventivo fundamental suponía no perder de vista aquellas desviaciones de la norma social producidas por el propio estado de indigencia y marginalidad en el que se encontraban las *masas* españolas. Sobre ello trataremos en el siguiente epígrafe.

16.2. EL CONTROL Y LA ADMINISTRACIÓN DE LAS ALTERNATIVAS CONTRACULTURALES

Como hemos sugerido, todas las claves generales del programa interventivo que hemos venido viendo hasta aquí estaban perfectamente condensadas en el famoso binomio “escuela y despensa”; fórmula desde la que Costa, con una profunda sensibilidad psicofisiológica, reclamaba la necesidad de “*suministrar al cerebro español una educación sólida y una nutrición abundante, apuntalando la despensa y la escuela; combatir las fatalidades de la geografía y las de la raza, tendiendo a redimir por obra del arte de nuestra inferioridad en ambos respectos, a aproximar en lo posible las condiciones de una y otra a las de la Europa central, aumentando la potencia productiva del territorio y elevando la potencia intelectual y el tono moral de la sociedad*” (Costa, 1898/1981; p. 35).

En realidad, “escuela y despensa” son medios que tratan de abordar en positivo el “Problema de España”. Como hemos visto, estaban orientados a la reeducación orgánica, mental y moral

del pueblo español y, en esa medida, se emparentaban con la idea de comunidad armónica e ideal que subyace a la Psicología de los pueblos. Sin embargo, ambos medios también tienen una contrafigura degenerada. Ésta estaría relacionada con el pauperismo, el raquitismo y, consecuentemente, con la abulia mental a la que, según los propios regeneracionistas, se encontraba sometida una buena parte de las *masas* españolas. Desde temprano, Mallada había dibujado bien ese panorama al lamentar que "(...) *los españoles habremos de reconocer que físicamente somos de marcada inferioridad a casi todos los demás pueblos civilizados. // Nada importaría que los españoles fuésemos de notoria inferioridad física, si ésta no arrastrase consigo cierta flojedad de espíritu, origen de nuestros defectos morales, unos inveterados, otros sumamente comunes en los tiempos modernos, y casi todos decididamente irremediables*" (Mallada, 1890/1994; p. 38).

Por supuesto, los pensadores finiseculares esperaban que la fórmula costiana terminara por atajar esos problemas actuando y modificando directamente la mentalidad o el carácter nacional. Pero esa vía exigía pensar en un medio o largo plazo por lo que, mientras tanto, era pertinente disponer medidas interventivas inmediatas; es decir, preferentemente orientadas al control y a la coerción de los desajustes y desvíos que sacudían la normalidad social. Es a través de esta perspectiva como el pueblo español, ya tamizado sobre todo por los ambientes marginales que circundan el mundo obrero y proletario, se acerca al concepto de *masa* o muchedumbre. En cierto sentido, el tránsito de la noción de pueblo al de *masa* es augurado por el propio Costa al considerar, a la manera krausopositivista, el cerebro español —y no el alma o el espíritu— como el objeto fundamental de estudio e intervención⁵. Así, la vía psico-fisiológica será fundamental para conectar las esperanzas identitarias depositadas en el pueblo, objetivo de la Psicología de los pueblos canalizado a través de la educación y la instrucción profesional, y las estrategias dispuestas para controlar el conflicto social, analizado por las psicologías y psicopatologías de las *masas* y contrarrestado por la higiene psicofisiológica y la criminología.

Lo que vamos a hacer a continuación es perseguir la vía psico-fisiológica que lleva a la degeneración colectiva para, a partir de ella, establecer cuáles fueron las propuestas interventivas con las que los regeneracionistas terminaron de diseñar su propuesta reformista. Para ello partiremos de los dos ámbitos de conflictividad que hemos definido paralelamente a la máxima costiana: la abulia mental del pueblo español, por un lado, y su situación de pobreza y hambruna, por otro.

⁵ Es evidente que, en ese punto, el discurso de Costa reproduce las esperanzas de Giner y Salmerón en que el "cerebro humano" se convierta en el punto de cita y concierto de las todas las disciplinas especulativas y científicas del siglo XIX. Sin duda, también era esa la vía para la penetración y adquisición de relevancia social de los usos acordes con la nueva psicología experimental y fisiológica.

16.2.1. La abulia mental del pueblo español: el efecto periodístico

Desde un punto de vista socio-histórico, la apatía mental del pueblo español podía ser un resultado de la escasa atención prestada a la educación y a la cultura científica. Sin embargo, desde el punto de vista contemporáneo o, incluso, cotidiano, los regeneracionistas cifraban la torpeza del cerebro de las *masas* españolas en función del grado de exposición a la prensa diaria; lo que en la época era lo mismo que decir que a los mecanismos para generar opinión pública.

Es cierto que Unamuno, reflexionando sobre la poca calidad de la prensa, señalaba que "(...) *los periodistas escriben unos para otros, no conocen al público ni creen en él*" (Unamuno, 1902/1996; p. 162). Para él, la escasa calidad de la prensa tenía que ver con su absoluto desconocimiento del pueblo y sus capacidades. Sin embargo, esa interpretación no fue exactamente la que manejaron el resto de regeneracionistas que se acercaron al fenómeno periodístico. Ya en los principios del género, Almirall se quejaba de que "*El progreso aún no ha llegado aquí. El movimiento intelectual es casi nulo. La prensa política es el único alimento para el espíritu. ¡Y vaya alimento!*" (Almirall, 1889/1983; p. 199). Como Unamuno, Almirall desestimaba la calidad de la prensa, pero a diferencia del autor vasco sí creía que los artículos periodísticos contaban con las facultades del pueblo: aunque sólo fuera para manipularlas. Fueron, en cualquier caso, Maeztu e Isern los dos regeneracionistas que mejor percibieron el potencial persuasivo de la prensa, bien para movilizar en una u otra dirección a la opinión pública, bien para mantenerla en el embrutecimiento.

Maeztu tenía muy presente los peligros propagandísticos de la prensa a la hora de considerar la formación ideológica de la opinión pública y, en último término, la propia configuración de la mentalidad nacional. La vías bien podían ser la desinformación o el control efectivo de la opinión, estrategias que, en cualquier caso, permitían administrar a conveniencia la cuestión de la guerra, los separatismos, el partidismo político, la idea de justicia y derecho o la confianza en la armonía social. En cualquiera de los casos, Maeztu tildaba de nefasta y negligente la labor de la prensa nacional, ya que ofrecer información hueca y parcial al pueblo español sólo podía tener consecuencias negativas. Como Maeztu, Isern denunció la ceguera emocional provocada por el manejo político y, por ende, periodístico de las pasiones colectivas —nada de extrañar si recordamos que fue uno de los autores más preocupados por cifrar la arquitectura de la subjetividad en clave psicológica. El autor de *Del desastre nacional y sus causas* relacionó muy particularmente el periodismo con la decadencia y el desastre del 98 arguyendo que la "(...) *falta de vigor en el cuerpo y de dominio de la razón sobre las otras facultades del alma, amén de la debilidad de la voluntad y de la exaltación de la sensibilidad, fenómenos de las constituciones enfermizas y de los pueblos decadentes, han tenido no poca parte en la catástrofe que aquí se estudia. Los juicios de impresión, que son producto de este estado psico-físico, llevados a casi toda la prensa española después de haber pasado por los hombres políticos, prepararon la catástrofe*" (Isern, 1899; p. 228).

Ideas psicopatológicas muy parecidas utilizó Maeztu cuando, además de la influencia político-ideológica, intentó relacionar la crónica negra con el embrutecimiento moral y el desinterés mostrado por el pueblo español ante los problemas nacionales. En ese sentido, Maeztu se lamentaba deseando “(...) *creer que las gentes no obedezcan a la sugestión de los periódicos (...) pienso en la mala bestia que cada hombre lleva dentro de sí; pienso en este demonio de la perversidad que a todos los hombres, aun a los más santos, hace soñar, soñar cuando menos, en resolver sus conflictos por los medios violentos, y me pregunto si esa exhibición innecesaria y constante del crimen, si esa apoteosis de la criminalidad a que consciente o inconscientemente se entregan los periódicos, con furia demoníaca, no conduce, más que a otra cosa, a despertar instintos animales, mal dormidos entre las sábanas ligeras de la moral, mal disfrazados entre el oropel de nuestros progresos materiales*” (Maeztu, 1889/1997; p. 74). Aunque luego volveremos sobre esta cuestión, podría sospecharse que las palabras de Maeztu revelan una incidencia habitual de los crímenes denominados “atávicos” en la sociedad española de fin de siglo. Pero, en realidad, lo que más temía Maeztu al volcar esa opinión en su obra era el efecto de la noticia del delito sobre la mentalidad pública. Es el impacto del caso ejemplar, más que la acumulación cuantitativa, lo que preocupaba a Maeztu.

A la vista de las opiniones de Maeztu e Isern, parece claro que la prensa era considerada por el pensamiento finisecular como uno de los medios más eficaces para desencadenar y extender la inmoralidad y la morbilidad sobre el espíritu colectivo. Sin embargo, los mismos mecanismos psicológicos implicados en ese proceso podían emplearse para combatir la abulia, la ignorancia y el manejo interesado de la mentalidad colectiva que procuraba la propia prensa. Y es que, como bien veía Maeztu: “(...) *a la prensa corresponde, si no la dirección suprema de los pueblos, función de los creadores de ideas, de los intelectuales puros, abstractos, andróginos, al menos la orientación inmediata de la vida colectiva, mediante la transformación de los productos ideológicos del intelectualismo, en ideales eficientes, carne y sangre de un pueblo*” (Maeztu, 1899/1997 p. 96). Los periodistas ocupaban un lugar privilegiado en el acceso de la *masa* social al conocimiento general y, por ende, a las consignas identitarias colectivas. Los paralelismos con la manera en que la pedagogía utilizaba la memoria histórica para instalar el sentimiento nacional en las nuevas generaciones eran más que evidentes y, de hecho, una de las críticas de Isern hacia las historias glorificadoras era su semejanza con los artículos de los periódicos patrocinados por los partidos políticos. Con todos los matices que suponía la apelación a la ciencia pura, Maeztu era un firme partidario de emplear la potencia de la herramienta periodística para reconducir la actividad colectiva, estrechar y forjar el lazo espiritual de la nación y modernizar la mentalidad de los lectores adultos. Todos esos objetivos pasaban por producir principalmente literatura y periodismo serio y de investigación, sobre todo en el caso de la prensa madrileña ya que era la de mayor alcance nacional. Como muestra la cita literal que hemos transcrito más arriba, esa orientación había de permitir centrar la atención del lector en

cuestiones relevantes y, más concretamente, convertir el discurso erudito y las reflexiones de los intelectuales en ideas prácticas y realmente eficaces para la población.

En definitiva, el periodismo podía estar en la base de la abulia de la opinión pública, pero sus propios mecanismos psicológicos permitían a los regeneracionistas proponer alternativas de intervención relativamente sencillas; eso sí, siempre y cuando se pudiera ejercer poder sobre la línea editorial de las principales publicaciones de la época. Como veremos a continuación, más difícil de administrar era la marginalidad social, aunque su incidencia no fuera percibida por los regeneracionistas como una de las más importantes.

16.2.2. Pobreza y hambruna del pueblo español: la higiene y la criminología ante la marginalidad y la revolución

Todos los regeneracionistas tenían claro que la situación de pobreza económica en la que se encontraba la mayor parte del pueblo español, y muy particularmente las clases bajas, era un parámetro fundamental del "Problema de España". Autores como Morote o Isern remitían a ella las malas condiciones de las viviendas, la falta de salubridad e higiene y la mortalidad y el descenso de población entre las sacrificadas y necesarias clases bajas. Sin embargo, el efecto más negativo provocado por la situación de pauperismo tenía que ver con la alimentación. Morote lo expresaba claramente al afirmar que *"Buscando allá en lo hondo las causas de nuestra decadencia, acaso la primera, se encontraría en que el español es una unidad fisiológica inferior, por falta de nutrición a las otras unidades europeas que se nutren bien y a conciencia (...) Hora es pues, de que el problema se resuelva, y no hay otra fórmula de solución que la de proporcionar medios con la enseñanza y la nutrición para que el español se redima"* (Morote, 1900; p. 470-471).

A pesar de las ilustrativas palabras de Morote, fue Costa, con su conocida fórmula de "escuela y despensa", el regeneracionista que instituyó el problema del hambre al mismo nivel que el problema educativo y formativo del pueblo: no lo hacen tan claramente regeneracionistas anteriores como Almirall, Mallada y, menos aún, Ganivet. Costa relacionó muy claramente el hambre con el subdesarrollo voluntarista, caracteriológico e intelectual del pueblo español; diagnóstico que abría una vía plenamente psico-fisiológica en la aproximación al problema nacional. De ese talante se apropiaron todas las facciones del regeneracionismo, e incluso idealistas como Unamuno e Isern hablaron del efecto de la escasa y mala alimentación en la anemia mental, en la debilitación del estado psicofísico de las *masas* o en la propia degeneración fisiológica del pueblo español. Tras las propuestas de Costa, el acuerdo fue unánime y ningún regeneracionista dudó de que la nutrición provocaba efectos calamitosos en el cerebro del español y, por ende, en la propia situación nacional.

Sin embargo, a esas alturas la vía psico-fisiológica eclipsaba el escenario socio-económico inicial donde arraigaba y cobraba sentido la situación de hambruna: el estado de profunda injusticia socio-económica en el que estaban inmersas las clases bajas españolas. En no pocas ocasiones los regeneracionistas olvidaron pronto sus argumentos más solidarios con el proletariado para señalar otro tipo de causas en la explicación de la mala alimentación española. Descartado el protagonismo de la herencia racial —Almirall, Mallada o Macías no dejaban de advertir, a pesar de todo, las buenas condiciones naturales del pueblo español; sobre todo de un campesinado de físico vigoroso y fisonomía vivaz y animada— y el peso de las condiciones ambientales, los regeneracionistas ligarán la hambruna a las falsas creencias instaladas en la mentalidad española, muy particularmente en la de las clases bajas. En esa línea, Morote preludiaba la cita con la que abríamos éste epígrafe señalando cómo “(...) *se ha llegado hasta a hacer de nuestra sobriedad la mayor de las virtudes. La sobriedad se nos ha impuesto a fuerza de privaciones.*” (Morote, 1900; p. 470). En el giro diagnóstico, la creencia en los beneficios de la sobriedad para la dieta nacional o la escasa preocupación mostrada históricamente por el pueblo español hacia los víveres se convertía en la principal causa de hambruna. Isern señaló cómo la frugalidad de todas las clases de la sociedad española anteponía a la comida otras cuestiones más secundarias. Unamuno advirtió de la falsedad del principio “hambre es salud”, un prejuicio arraigado en el pueblo español que aseguraba que el comer mataba el pensar. Costa y Morote evocaron el ejemplo anglosajón —incluso las teorías de sus sociólogos más destacados, caso de Spencer o Malthus— y defendieron la importancia de la alimentación en el desarrollo de los pueblos y razas históricas superiores. Concretamente, Costa consideraba que la mala alimentación de los españoles había provocado miseria, muerte y, en definitiva, un lento crecimiento poblacional que imposibilitaba una presencia continuada y masiva en el escenario socio-histórico internacional.

En todas esas perspectivas jugó un lugar muy destacado el papel cumplido por los alimentos cárnicos. Ya en la obra fundacional del género, Almirall llamaba la atención sobre la poca cantidad de carne que se consumía en España si se comparaba con Europa Central. Sobre todo en el campo y en las pequeñas ciudades, la sobriedad imponía la abstinencia de comida. El autor catalán señalaba que la dieta se componía fundamentalmente de pan y legumbres y no incluía ni carne ni vino. Es evidente que los motivos económicos tenían que ver con las posibilidades de acceso a estos últimos. Sin embargo, los regeneracionistas prefirieron llamar la atención sobre la poca importancia que el pueblo español, con sus ignorantes prejuicios, le atribuía a la alimentación cárnica. De hecho, Morote e Isern creían que una de las soluciones para lograr la regeneración nacional pasaba por terminar con la idea de que comer carne era perjudicial para el desarrollo psico-fisiológico de los niños. Para los pensadores finiseculares era fundamental que las nuevas generaciones de españoles complementaran su alimentación básica, exclusivamente vegetal, con un importante aporte cárnico; pero, focalizando su atención en las falsas creencias, nunca explicaron el sistema que debía permitir a las clases bajas acceder a la nueva dieta.

Como venimos diciendo, los términos psicológicos venían a eclipsar las evidentes condiciones sociológicas que regían las condiciones de acceso de las *masas* proletarias españolas a un artículo de primera necesidad como lo eran los alimentos. No puede argüirse desconocimiento o falta de interés estratégico por la situación de injusticia social, porque hasta un reaccionario como Isern reconoce el régimen de explotación al que se encuentra sometido el obrero español por patronos y empresarios. Pero no deja de llamar la atención que las soluciones propuestas pasaran por la caridad de asociaciones privadas para con las clases desvalidas —propuesta defendida activamente por Costa—, peregrinos programas eugenésicos —Morote se planteaba el cruce con razas mejor alimentadas que aseguraran, a la manera lamarckiana, la transmisión de su vigor a la descendencia— o, en el mejor de los casos, por un proyecto de reestructuración de la mentalidad y el organismo nacional —Morote recomendaba el desarrollo de la educación física para afrontar con éxito el futuro de la lucha por la vida— que devolvía el problema del hambre al primer término de la fórmula costiana —la escuela—. Sea como fuere, en las intervenciones del regeneracionismo no existen alternativas revolucionarias en las que participara directamente el proletariado, por escaso que pudiera ser su papel.

Esa perspectiva está motivada por el intento de apuntalar la idea de cambio social sin dañar la estructura armónica de la sociedad. Ya sabemos que, en su conjunto, todo el pensamiento liberal y nacionalista consideraban que las clases bajas representaban los cimientos de esa estructura y, con ello, se identificaban con el pueblo genuino, portador y custodio fundamental del “ser” español. Sin embargo, eso no suponía otorgarles protagonismo alguno en las transformaciones sociales —no perdamos de vista que las *masas* no tienen participación alguna en la revolución desde arriba— ya que, de hecho, esa posibilidad podía poner en peligro la misma premisa armónica. En realidad, el plan reformista de la vanguardia del regeneracionismo, constituida por Macías Pícare, Unamuno y, sobre todo, Maeztu, sí daba alguna cabida a cierto talante socialista e, incluso, al anarquismo de Bakunin o Kropotkin. Maeztu, el autor más escorado hacia el mundo obrero, consideraba inminente una etapa de agitación socialista, aunque sólo como periodo preparatorio de una etapa superior en la que reinaría el individualismo vigorizando a los ejemplares más poderosos de la especie.

El resto de regeneracionistas que trataron la cuestión socialista o anarquista también relativizaron sus efectos, aunque en un sentido mucho más moderado que el empleado por Maeztu. La perspectiva de Ganivet, por ejemplo, responde a una verdadera reinterpretación metafísica que no está lejos de los planteamientos más idealistas de Unamuno. Ganivet no defiende el socialismo, pero rechaza la propiedad individual tanto como la colectiva. Lo que sucede es que entiende que esta última está aliada con el amor y, por ende, con la orientación hacia el ideal. Además, para el autor granadino el progreso moderno era inseguro porque no se basaba en la propiedad fija sino móvil. Frente a estos claros principios del capitalismo, Ganivet relacionará el socialismo con la subordinación de la propiedad individual a intereses

superiores; bienes que no habían de ser del hombre sino de la especie que las nutría y las conservaba. Por supuesto, esos intereses se definían en un plano completamente idealista. En una línea más socio-política y liberal, Macías aceptó una idea de progreso compatible con una cierta evolución —no revolución— socialista, aunque siempre dentro de los márgenes del armoniciismo nacional.

Otras alternativas para el movimiento obrero resultaban impensables o, en su defecto, eran percibidas como alternativas peligrosas para la propia estabilidad nacional. Habitualmente los regeneracionistas obviaron o, en su defecto, demonizaron las reivindicaciones y opciones vitales por las que las clases obreras trataban de escapar de su situación de pobreza. Sin duda, el supuesto identitario que exaltaba la pureza, ignorancia e infantilismo de las clases bajas eclipsaba ampliamente su potencial conflictividad, aunque la propia situación de privación obligó a algunos regeneracionistas a tratar mínimamente el lado oscuro del proletariado. Significativamente, éste se relacionó con las actividades no productivas de las clases bajas, muchas de las cuales pasaron a considerarse desajustes sociales. Así, los movimientos político-ideológicos más revolucionarios se impregnaron de componentes mórbidos y, en último término, fueron subsumidos o disueltos en categorías criminológicas. Ya desde los mismos orígenes del regeneracionismo, el retrato de las *masas* abúlicas realizado por Mallada había sido acompañado de una llamada de atención hacia los peligros socio-políticos que podría acarrear su repentino despertar. Para Mallada, esas reacciones serían prueba de que la *masa* cada vez era más consciente de la democracia y las libertades alcanzadas en el mundo moderno. Esa línea es la que retoman Macías Picavea o Isern para empezar a pronunciar los aspectos mórbidos y delictivos de la toma de conciencia proletaria. Ambos hablarán de la miseria moral, la desposesión de voluntad y las taras fisiológicas sufridas por los obreros, circunstancias que les conduciría a la proliferación de una descendencia inadaptada; los delirios revolucionarios del gremialismo, el anarquismo y socialismo e, incluso, a la delincuencia obrera. Con ello, el discurso regeneracionista tendía un sólido puente entre la morbilidad y el hampa social, logrando la criminalización de los aspectos más subversivos o contraculturales de las *masas* obreras. En cierto sentido, este último escenario psico-sociológico supone una contrafigura degenerada de la actividad productiva de las *masas*. Se desglosaría en dos facetas fundamentales, la marginalidad y la criminalidad, en las que nos detendremos antes de señalar las herramientas interventivas propuestas por los regeneracionistas para combatir el hampa social.

16.2.2.1. *La marginalidad de las masas sociales*

La marginalidad podría considerarse como una hipotrofia de la actividad productiva al estar ligado a contextos relacionados con el ocio o la desocupación. Éstos se arraigaban, sobre todo, en los paisajes urbanos e industriales, los mismos que Isern denostara como máximos exponentes de la inmoralidad. Pero ya unos años antes, un progresista afín al positivismo como Almirall tenía que reconocer que los jóvenes

del campo o la pequeña ciudad llegaban a los grandes espacios urbanos para interesarse por los lugares de corrupción y vicio denostando otras alternativas de orden intelectual o moral. Almirall se refería muy particularmente a los teatros libertinos, pero a la nómina se podían añadir la afición a los juegos de azar o la mendicidad, denunciada por Mallada; la extensión de la prostitución, resaltada por Isern; la ordinariez o la tendencia a la palabrota en la conversación, señalada por Unamuno; y, en definitiva, todo tipo de comportamientos que pudieran relacionarse con la baja productividad laboral que tanto preocupaba a Isern.

Todos esos problemas estaban asociados a la clásica nómina de defectos caracteriológicos – Mallada– o la anemia mental –Unamuno–, aunque también se daba cabida a la falta de fe, el materialismo, el intento por aparentar lo que no se tiene o el asentamiento o agotamiento de las fuerzas juveniles en la lucha por el destino. En la encrucijada de la desocupación menor importancia mereció para los regeneracionistas la cuestión del alcoholismo y la embriaguez⁶. Sólo Isern comentó de pasada la relación del alcohol con la degeneración del ámbito obrero señalando cómo “(...) *el vicio de la embriaguez toma proporciones desconocidas, no sólo en Asturias, sino en casi toda nuestra sobria España*” (Isern, 1899; p. 70). Isern creía que la embriaguez también era una consecuencia del hambre al proporcionar un olvido momentáneo de la miseria entre las clases bajas, aunque su efecto fatal y comprobado fuera el alumbramiento de hijos enfermos y débiles. Sin embargo, a pesar de la gravedad de las afirmaciones, el alcoholismo también es una cuestión menor en la obra de Isern. De hecho, los principales comentarios a propósito del tema los realizó en notas a pie de página y ventriloquizando las palabras del ingeniero Gascué, un espectador privilegiado de la vida minera asturiana. Pero, como bien había visto Almirall desde los orígenes del género, la mayor parte de la población española habitaba y vivía del campo. Y la sobriedad obligatoria que allí imperaba forzaba a una calamitosa abstinencia que incluía el alcohol. Almirall señalaba que el esquema era válido incluso para las zonas vinícolas.

En cualquier caso, al alborear el nuevo siglo los contextos de marginalidad obrera se habían incrementado notablemente. Y el último de los regeneracionistas finiseculares, Altamira, consideró que la Extensión Universitaria también era la herramienta apropiada para apartar al obrero de las tabernas y el juego y hacerle descubrir las ventajas de la urbanidad a través de las visitas a los museos, los conciertos y otras actividades culturales. Desde su punto de vista, la Extensión Universitaria era capaz de hacer por el obrero “(...) *tanto como el taller y la escuela y lo habrá preparado para la obra social, nacional que necesita de su concurso*” (Altamira, 1902/1998; p. 183). Así, aunque la Extensión Universitaria también debía implantarse entre las clases medias, su aplicación debía orientarse, mayoritariamente, hacia la *masa* popular. Ésta era la más necesitada y pobremente formada y, además, configuraba el verdadero fondo de

⁶ Un contexto en el que cabría entender simétricamente las constantes quejas de Mallada a propósito del escaso desarrollo de la viticultura industrial en España. El problema para Mallada estaba en la exportación de la materia prima que era reelaborada en forma de magníficos vinos en

reserva de la nación. Y es que Altamira creía que, incluso en su aberrante condición marginal, las clases bajas mostraban cierto grado de afán por alcanzar la cultura.

16.2.2.2. *La criminalidad de las masas sociales*

El segundo grupo de figuras degeneradas, el crimen o la delincuencia social, podría asociarse a una hipertrofia de la actividad productiva, ya que, como ésta, proveía de medios de subsistencia aunque a través de estrategias que rebasaban los márgenes socio-económicos legalmente establecidos y socialmente aceptados. Este aspecto mereció un poco más de atención que la marginalidad relacionada con la pobreza o el alcoholismo. De hecho, el género regeneracionista se abrirá pujante a propósito de esta cuestión cuando en *España tal como es* Almirall comente: “Bastará decir que en ciudades grandes como Barcelona el gremio de rateros y timadores se halla perfectamente organizado y constituye una asociación poderosa, cuyos miembros, rigurosamente clasificados, están a las órdenes de jefes conocidos. Esta asociación se divide en fracciones que toman sus nombres de las diferentes modalidades de su trabajo. Existen, pues, los timadores, los tiradores, los taruguistas, etc., conocidos por todo el mundo menos por la policía, por lo visto, ya que no es raro encontrar en algún lugar público a uno de los honorables miembros de esta sociedad charlando amistosamente con algún agente de la autoridad. La sociedad en cuestión está tan bien organizada que en ciertas ocasiones sus miembros celebran banquetes de hermandad en cualquier restaurante público y, en términos apenas velados por el argot del trabajo, brindan con entusiasmo por la prosperidad del negocio, sin que la policía se sienta obligada a ahorrarnos tan degradante espectáculo” (Almirall, 1889/1983; p. 111). Siguiendo la línea inaugurada por Almirall, Mallada o Isern advertían de la extensión de la delincuencia y la criminalidad entre los estratos más bajos de la sociedad y, cada vez más, entre sus elementos más jóvenes. También en este sentido hay que recordar las palabras de Maeztu a propósito del caudal creciente de crónica negra en la prensa españolas y el embrutecimiento moral que su simple lectura podría estar inoculando en el organismo social.

Sin embargo, después de Almirall, el talante con el que los regeneracionistas realizan esas denuncias permite intuir que no consideraban la criminalidad como uno de los aspectos más graves del “Problema de España” y, menos aún, como un escollo para su proyecto social. Muy lejos del retrato de Almirall, la criminalidad aparece como un fenómeno más deslavazado que organizado, un problema nimio si se compara con otros que sí llaman la atención de los regeneracionistas. Y es que, en último término, si se persigue la nacionalización de la *masa* es más por su abulia que por su extremismo ideológico.

países como Francia. Un importante corolario del problema es que, una vez manufacturados, esos vinos eran reimportados de nuevo por España a precios desorbitados.

Teniendo en cuenta ese contexto, no son pocos los argumentos que relativizan la delincuencia española en función de principios psico-sociológicos más generales o, incluso, otros referentes internacionales. Mallada, Morote o Maeztu consideraban que la delincuencia o la inmoralidad pública estaban presentes en todas las sociedades y que su expresión particular dependía del medio ambiente, el clima social o las costumbres del país en cuestión. Morote, de hecho, no dudará en rebatir la tesis criminológica de su admirado Fouillée según la cual la inferioridad moral de las razas latinas provocaría una mayor delincuencia en los países ocupados por aquéllas; muy particularmente, en España. Morote no creía que existiera una superioridad moral de los países anglosajones e, incluso, empleó los datos ofrecidos por el sociólogo Bosco para demostrar que los mayores índices de criminalidad se daban en Norteamérica.

Por otro lado, la preocupación de Maeztu a propósito de la crónica negra no revela tanto una inquietud hacia el submundo criminal como hacia la propia condición humana. De hecho, si Maeztu se refiere muy particularmente a la recurrencia de los crímenes pasionales —dejando a un lado los atracos, los asaltos o la corrupción— es porque, como veíamos un poco más arriba, tanto en su dimensión agencial —la responsabilidad moral del asesino— como objetual —el modelo perverso que ofrece a la sociedad tras su conversión en noticia de prensa— revela o conmina a expresar la “bestia” o el principio orgánico e instintivo que todo ser humano oculta bajo la moralidad, el orden social y el progreso material. Maeztu habla, en definitiva, de la posibilidad de un desajuste social mucho más grave, latente en la propia condición humana y del que los comportamientos delictivos son meros síntomas.

En el extremo político-ideológico opuesto a Maeztu, Isern también coincide, a su manera, con el diagnóstico que apunta el resquebrajamiento de las bases de la nacionalidad. Isern no habla, como Maeztu, de la naturaleza humana, sino más bien de un desencadenante psichistórico muy localizado en los inicios del siglo XIX. Como hemos mencionado en múltiples lugares, las fuerzas psico-sociológicas actuantes en este caso tienen que ver con la extensión epidémica del sensualismo, el materialismo, el utilitarismo y el egoísmo. Desde el punto de vista reaccionario de Isern, estos principios, propios de un modelo liberal y extranjero, prevalecían sobre todo en las grandes ciudades. El éxodo rural al mundo urbano, cada vez más numeroso, provocaba la infección, degeneración y, en definitiva, la conflictividad de las clases bajas⁷, las mismas que apuntalaban la esencia nacional. Éstas sufrían alteraciones en sus costumbres y en sus hábitos de conducta moral, además de debilitación del entusiasmo.

En realidad, no es que los modos tradicionales de vida no presentaran alternativas conflictivas o, incluso, criminales, como los de la modernidad urbana. Con todas sus loas a la vida del campesinado, a Isern se le escapaba una alteración típica del mundo rural que Almirall sí había detectado años antes: el bandolerismo. La cuestión había sido combatida expeditivamente por un gobernador, Zugasti, que se

⁷ Hay que remarcar que la interpretación de la decadencia social señalada por Isern no depende de “fuerzas económicas” a la Marx, sino más bien de “ideas económicas”; es decir, de ideas modernas que complican las relaciones sociales articuladas en torno al sistema de producción.

preocupó por plasmar sus decisiones y opiniones en una importante obra de igual título. En *España tal como es* Almirall analizó el libro de Zugasti y señaló: “*El bandidaje es, pues, en cierto modo, una de las manifestaciones del problema social, siempre vivo en el sur de España y que toma su forma en la ignorancia profunda, en la superstición y en el exceso de imaginación de los campesinos de aquellas regiones*” (Almirall, 1889/1983; p. 125).

Las palabras de Almirall demuestran que la “comunidad próxima” configurada por el mundo rural también ofrecía alternativas conflictivas. Pero nótese que en su frase éstas cobran sentido no en la inmoralidad del campesinado, sino en su superstición y exceso de imaginación. De hecho, como el propio autor catalán reconocía, el pueblo andaluz tenía una excelente concepción de los bandoleros. Estamos, por tanto, ante una alteración inocua para la armonía del pueblo; incluso potenciadora, en la medida en que se ajustaba perfectamente al clásico esquema romántico y legendario que le gustaba vivir al pueblo (esa sería también la imagen transmitida por los libros de viajes extranjeros). Además, tampoco podemos perder de vista que el retrato del bandolerismo realizado por Almirall se remonta a 1889 (incluso antes, si consideramos que los artículos que componen la obra aparecieron en 1886). Cuando casi quince años después Isern escribe su obra, el escenario del conflicto y ruina social asociado a las clases populares era muy distinto. Los últimos restos del bandolerismo podían considerarse anecdóticos comparados con las reivindicaciones obreras. Éstas pasaron a ser el principal objetivo de la demonización y criminalización. Aún así, la supuesta degeneración obrera sólo era un síntoma de un daño estructural mucho más genérico. De hecho, un dato nada despreciable es que para Isern —como para la mayoría de los regeneracionistas— el hampa obrera fuera superada por la corrupción de las clases altas en forma de corrupción político-económica. Y esto sí era una constante desde la obra de Almirall. Fue él el que relacionó más claramente el submundo del hampa y el bandidaje con la corrupción de los poderosos y la inmoralidad política y administrativa. Pero sobre la degeneración de las clases altas trataremos más adelante. Ahora diremos algunas cosas sobre las estrategias interventivas recomendadas por los regeneracionistas para erradicar la marginalidad y la criminalidad obrera.

16.2.2.3. *La legalidad y el armonicismo como remedios del conflicto social*

Lógicamente, si la marginalidad y la criminalidad obrera no eran problemas fundamentales del proyecto social tampoco podían considerarse objetivos reformistas prioritarios. Esto sin duda afectó a que la vía natural para su tratamiento, la legal o jurídica, apenas fuera mencionada a ese respecto, aunque en esa decisión también hay que contar con los problemas que los regeneracionistas atribuían a la idea de justicia. Como sabemos, algunos autores detectaban los conflictos judiciales en el mismo núcleo de la identidad española. En ese sentido, Mallada consideraba que el típico quijotismo español se mostraba en la afición a los pleitos, si bien la apatía nacional también tenía su expresión en la lentitud y complejidad de la

justicia. También Macías Picavea había denunciado como un vicio moral o ético del carácter español el hecho de que el amor, la pasión, el afecto, la amistad o, incluso, el espiritualismo cristiano terminaran impregnando la concepción de la justicia. Era la misma opinión que exhibía Ganivet, aunque para el granadino tal circunstancia no revertiera conflicto alguno. Por último, Maeztu consideraba que la sociedad española mostraba una confianza metafísica y desmedida en la justicia, el derecho y la armonía donde, en realidad, correspondía pensar en la moral de los más fuertes; es decir, en términos instintivos, individualistas y pujantes para la autoconservación.

Como era habitual, nadie llegó al extremo de Maeztu, aunque la mayoría de los regeneracionistas parecían estar de acuerdo en que había que retocar el organismo jurídico, bien para ofrecer una mayor libertad de criterio a los jueces y alguaciles (es la propuesta de Mallada), bien para conseguir que vigorizara el genio y la fuerza íbera y que armonizara la unidad y la variedad nacional (es el marco ofrecido por Morote), o bien para establecer una constitución y un estado de derecho fijo, inmutable e íntimamente ligado a los intereses nacionales durante un largo periodo histórico (es el proyecto de futuro de Ganivet). En cualquiera de estos casos, estaba claro que la propia justicia merecía por sí sola un programa de reformas antes de llegar a ser verdaderamente eficaz. Con ese panorama, pudiera haberse esperado que los regeneracionistas ofrecieran una sustitución de las consignas jurídicas por la tecnología criminológica, pero incluso en ese caso las referencias fueron muy vagas —Mallada menciona muy de pasada la creación de penitenciarías— o, incluso, despectivas —Almirall criticaba la brutalidad de los cuerpos de seguridad del Estado, sobre todo de los Mozos de Escuadra y la Guardia Civil—. Los desvíos normativos de las *masas* sociales se seguían observando desde un punto de vista mórbido o psicopatológico, por lo que lo que primó fue una tendencia higienista invocada por Altamira a propósito de los trabajos de Concepción Arenal. Además, tal tendencia se orientó antes a la salud “espiritual” del obrero que a la “corporal”.

En realidad, como ocurría con el caso del pauperismo y el hambre, la principal estrategia del regeneracionismo para combatir la marginalidad y la delincuencia derivaba hacia el primer término de la fórmula costiana: la escuela. Isern o Mallada, sin negar la situación de privación, creían que la criminalidad obrera también era una consecuencia de la falta de educación moral. Como Altamira, pensaban que cualquier programa interventivo debía pasar por reforzar la educación moral de los obreros desde la infancia. Pero tampoco podía olvidarse que el obrero coetáneo, de hecho, ya había entrado en el juego de luchas políticas y sociales. Aquí era donde, nuevamente, tomaba pleno sentido la Extensión Universitaria reclamada por Altamira, un medio para conseguir que los obreros rindieran al máximo de su corazón e inteligencia y, al tiempo, formarlos en su propio bienestar y en el de la patria.

A nadie se le escapa ya que el objetivo último de todas esas estrategias pedagógicas —las orientadas a los adultos y las orientadas a los niños— era evitar el desvío delictivo y las alteraciones

revolucionarias. Particularmente, el control de estas últimas se traducían en la necesidad de asegurar la cordialidad de las relaciones entre los obreros y los patronos. De hecho, al margen de la matriz pedagógica, el marco profesional se convirtió en otra de las encrucijadas interventivas más importantes del regeneracionismo. La idea de Isern o Macías Picavea era que los ámbitos profesionales llegaran a fundamentarse en lazos morales o, incluso, uniones familiares. Ciertamente un progresista como Macías no podía ir tan lejos como Isern a la hora de criticar el desarrollo de la industrialización. Pero tampoco podía dejar de reconocer la evidencia de que las fábricas impersonalizaban y exprimían al obrero arrebatándoles su voluntad. Al autor de *El Problema Nacional* le preocupaba más la miseria moral que la material, el vacío afectivo creado en torno a los desheredados; es decir, la soledad frente a la adversidad, la falta de una familia, de un grupo social, de una hermandad consanguínea, vecinal o profesional que lo considerara suyo y lo amparara. Lo veía como una dispersión del ser humano en la que éste era devorado sin remedio posible. De ahí derivaban los “delirios” anarquistas, socialistas y colectivistas que, para Macías, eran tan perjudiciales para el ámbito laboral como el amor libre para la familia. Ante ese problema propuso transformar las empresas de producción en instituciones u órganos sociales unidos por todos los lazos de la vida, no sólo económicos sino también morales. Macías pedirá grupos orgánicos, células gremiales articuladas en torno a un sistema de producción que pudiera llegar a poseerse, final y positivamente, como propio. El sentido de esa célula o red emocional que sostiene la producción es prácticamente familiar; de hecho, Macías las denominará “gens” (gente) por motivos históricos (los viejos gremios medievales) y porque la unión de obreros y patronos dependía de un acto de la voluntad gentilicia (como en la familia).

Sin duda, el análisis que Macías realiza de los problemas derivados de la industrialización refleja a la perfección lo que se ha dado en llamar “fragmentación del sujeto moderno”. El individuo aparece disperso en múltiples tareas sin unidad de sentido. Macías tratará de reinstaurar la subjetividad individual por la refundación de unos mismos —y básicos— lazos afectivos en todos los ámbitos de actividad (del familiar al laboral). El objetivo final de todo ello, en cualquier caso, no era la consecución de un sistema igualitario de autogestión. Macías preserva la importancia de un organismo superior y asimétrico —la sociedad como estado-nación— en el que cobran sentido jerárquico todas las prácticas individuales. Ese supuesto innegociable resume a la perfección la importancia crucial que jugó la arquitectura identitaria a la hora de que los regeneracionistas plantearan sus reformas laborales. En último término, la importancia de lo psicológico y lo socio-cultural consiguió ofuscar la condición causal e, incluso, interventiva de los elementos económicos en el “Problema de España”. Sin duda, tal circunstancia les impedía tomar conciencia de los conflictos y desajustes sociológicos que, necesariamente, iban a derivar de la transformación de una sociedad tradicional —el pueblo metafísico del que había que preservar los aspectos identitarios más esenciales y, por ende, positivos— en otra moderna —la que el capitalismo o el socialismo empezaba a entregar al poder de decisión y reflexión de los individuos—.

Con este último apunte no queremos sugerir, *à la* Marx, que los regeneracionistas erraran o equivocaran el camino reformista al no subordinar la superestructura socio-cultural a la infraestructura socio-económica. Más bien tratamos de advertir que tanto la matriz disciplinar que inspira y fundamenta sus análisis sociales como el nacionalismo liberal en el que inscriben su programa etopolítico limitan las posibilidades de los escenarios sociológicos que podían imaginar. En ese sentido, los regeneracionistas no son ni unos españolistas fanáticos ni unos arbitristas ingenuos. Son muy conscientes de la dialéctica entre el aspecto económico y el socio-cultural, aunque den primacía a este último. De hecho, esa conciencia es la que está detrás de su actuación estratégica a la hora de tratar de generar e implantar estructuras identitarias que promuevan la autoadscripción y sacrificio vital y productivo al servicio de una "comunidad imaginada" (sea ésta una nación, un grupo profesional o una clase social). Así, el modelo social que pretende promover el regeneracionismo es coherente con el esquema tardo-romántico que pretendía mantener al pueblo en su supuesta pureza ingenua y, al tiempo, en la sumisión y alienación político-ideológica. La versión más conservadora de esa apuesta pasaba por considerar que las potencias positivas del grupo estaban estrechamente ligadas a las creencias colectivas y a los métodos de producción tradicionales. La posición de Isern es ejemplar a ese respecto cuando destaca la vida tradicional de las provincias vascas y Navarra sobre el modernismo liberal de Linares o Madrid, o cuando reseña el arraigo de la degeneración moral entre los trabajadores de la mina (sujetos a los medios de producción modernos) frente a los del campo (sujetos a patrones de relación social más tradicionales), e, incluso, de los obreros extranjeros de Bilbao frente a los trabajadores oriundos.

Como sabemos, la posición ideológica de Isern corresponde con el extremo reaccionario del regeneracionismo y, por tanto, no profundiza en exceso o, incluso, critica la renovación de los métodos productivos. Pero aún en ella hay un horizonte de desarrollo imperialista o militarista que pasaba por la modernización tecnológica. Y es que como, bien advertía Macías, *"nosotros los españoles somos de otro temple, tenemos otras miras más hazañosas y esperamos todavía o esperábamos ..., hacernos ricos, no por el trabajo ilustrado, sino por el método antiguo, es a saber, por las conquistas, piraterías, colonias, invasiones y aventuras ... ¡hasta que también en esto ha venido el cruel latigazo a enseñarnos que la ciencia, tanto como la riqueza es hoy asimismo el poder militar, la fuerza y la victoria! El valor inerme y bárbaro representa ya bien poca cosa ante la prudencia armada y civilizada"* (Macías, 1899/1992; p. 110). Ese discurso resultaba definitivo para que cualquier propuesta regeneracionista -progresista o reaccionaria- necesitara equilibrar o compatibilizar la tradicional armonía colectiva con la modernidad productiva.

Sucede que la *episteme* desde la que los regeneracionistas estaban pensando sus reformas etopolíticas impedía advertir que las modificaciones afectaban a la misma concepción identitaria que estaban manejando. De hecho, ajenos al hecho de que la modernidad implicaba la emergencia de nuevas

CAPÍTULO 17

LAS ÉLITES SOCIALES: LA DIRECCIÓN
HONESTA E INTELIGENTE DEL ENTE
NACIONAL

INTRODUCCIÓN

Para el regeneracionismo, la actividad y el sentimiento de las clases bajas cobraba sentido en el quehacer orgánico y cotidiano que permitía el sostenimiento del ente popular o nacional. Esto, por supuesto, no suponía otorgar al proletariado rural y urbano ni conciencia ni protagonismo político. Nótese que en el epígrafe dedicado a las *masas* hemos tratado sus condiciones de vida en los órdenes familiar, educativo o productivo pero poco o nada hemos dicho de sus inquietudes o participación político-ideológica. En realidad sólo Altamira, con su confianza absoluta en la juventud para superar la queja y la destrucción, se atrevió a pensar en un futuro nacional edificado no sólo sobre el ajuste y la vocación laboral de los individuos, sino también sobre su decisión y voto en la vida social y la política moderna. Pero aún él encauza esa posibilidad por una paciente vía psicopedagógica que, al menos a medio plazo, dejaba fuera cualquier instrumento político efectivo. Antes de Altamira, el resto de los regeneracionistas presentaban a los individuos pertenecientes a las clases bajas como actores pasivos y alienados, inconscientes de la importancia de su sacrificada labor y necesitados de fuerzas sobredeterministas —en caso de los autores más cercanos al socialismo, como Maeztu, Unamuno, Morote— o personalistas —en el caso de los autores más cercanos al autoritarismo, como Macías, Costa o Isern— capaces de orientar, organizar, planear y distribuir las funciones y objetivos que necesariamente habían de cumplirse en el seno del colectivo. La administración de la dirección y guía de todo el colectivo quedaba reservada para las *élites* sociales; es decir, para minorías extraídas tanto de las clases altas como de la pequeña burguesía.

Como en el caso de las clases bajas, los pensadores finiseculares suponían que las funciones sociales de las minorías acomodadas tomaban sentido en la consecución de beneficios para todo el colectivo, si bien su condición privilegiada o ilustrada les permitía tomar conciencia de la situación nacional y de los derroteros por las que ésta transcurría. A ellas correspondía el deber moral de dar los

golpes de timón adecuados cuando el colectivo nacional se desviaba peligrosamente de su rumbo; toda vez que el proletariado sólo podía seguir enfangado en sus voluntariosas y productivas labores o en sus mórbidas y apáticas rutinas.

En el proceso de depuración de las responsabilidades de las *élites* el regeneracionismo ofreció un antagonismo arquetípico entre las tradicionales clases directivas y las modernas clases intelectuales y productoras; es decir, entre lo que Costa denominaba "oligarquías caciquistas", por un lado, y las clases neutras, por otro. Las primeras mantenían prácticamente de manera hereditaria e impermeable los clásicos ámbitos de poder económico y, por ende, político. Las segundas, las jaleadas por el regeneracionismo, aspiraban a desplazar ese sistema oligárquico empleando las modernas herramientas científicas y económicas que les eran propias. Como bien han advertido Tuñón (1986, 1960/2000) o Blanco Aguinaga (1998), por esa vía los regeneracionistas asimilaban las preocupaciones político-ideológicas de buena parte de la burguesía española y disputaban el "signo" de "España" a las clases oligárquicas.

Desde el punto de vista psico-sociológico, las claves interventivas para lograr esos objetivos reformista se expandieron en dos direcciones. La primera dirección se mantuvo más o menos dentro de los márgenes del juego político de la Restauración. Implicó tanto la elaboración de un perfil psicopatológico de los caciques y los políticos oficiales como la propuesta de una serie de reformas político-administrativas apuntaladas en la referencia psico-sociológica. La segunda dirección rompía la baraja de la Restauración para refigurar el escenario nacional desde las mismas bases de la esencia identitaria y, por supuesto, al margen de la política oficial. Liberalismo, populismo y científicismo fueron los tres ámbitos desde los que los regeneracionistas lanzaron los maridajes psico-sociológicos que sostuvieron esa propuesta apolítica o, incluso, antipolítica. Veamos detenidamente esas dos direcciones.

17.1. SOLUCIONES PSICO-SOCIOLÓGICAS DENTRO DEL SISTEMA RESTAURADO: RESPUESTAS POLÍTICAS A LA DEGENERACIÓN OFICIAL

Oligarquía y caciquismo fue el título de uno de los trabajos más pormenorizados, amplios y celebrados de Costa. También fue la fórmula con la que el regeneracionismo denunció la corrupción político-económica de las clases poseedoras y directivas, demonizando, con ello, el escenario restaurado y sus actores principales. Desde un punto de vista general, los pensadores finiseculares asociaron la oligarquía y el caciquismo con la idea de un completo inmovilismo político-económico que cristalizaba en la persistencia histórica del absolutismo. Haciendo valer una referencia declaradamente psicológica, Macías señalaba la carencia de ideas que había evitado dirigir adecuadamente la conducta colectiva, todo lo cual había desembocado en la muerte de la personalidad nacional.

En cualquier caso, el papel de las clases poseedoras en ese marco no era meramente pasivo. Muy al contrario, la avaricia y codicia de aquéllas había tenido mucho que ver en la persistencia atávica del *status quo*. En este punto coincidía todo el arco ideológico del regeneracionismo. Costa, en el polo progresista, explicaba la situación desde un punto de vista sociobiológico argumentando que en España se había transgredido la ley universal según la cual todo cuerpo —biológico, social, nacional, etc.— tenía que vivir de sus órganos. Lo que había ocurrido en el caso español es que los órganos políticos y oligarcas habían vivido del cuerpo; es decir, los poderosos habían actuado en beneficio propio y en detrimento de los intereses de toda la nación. Veamos ahora el papel y el perfil psicológico específico que los regeneracionistas atribuyeron en esa situación a los oligarcas, por un lado, y a los políticos, por otro, y las soluciones alternativas que se dieron al respecto.

17.1.1. La selección al revés del oligarca español

Sobre el panorama que acabamos de describir cobraban sentido las acusaciones de falta de patriotismo que autores progresistas como Mallada o el propio Costa vertían contra las clases poseedoras y oligárquicas. Incluso el regeneracionismo reaccionario de Isern converge con esa opinión. El autor de *Del desastre nacional y sus causas* consideraba que la corrupción utilitarista —recordemos, importada del extranjero e inoculada en el pueblo español— se manifestaba muy especialmente en el egoísmo y la codicia de la aristocracia. Así, el empeño de atribuir las responsabilidades de la decadencia a las clases poseedoras fue tal que, independientemente de sus filias y fobias política—ideológicas, todos los regeneracionistas ofrecieron un perfil eminentemente mórbido o psicopatológico del oligarca. Isern describía un proceso histórico evolutivo que se iniciaba con el paso de una aristocracia virtuosa y guerrera a una territorial y custodia de la ley moral en el ámbito rural. Según Isern, la involución degenerativa se va a producir cuando esta aristocracia abandone el campo y acuda a las ciudades. Ese era el momento preciso en que su influencia directiva se socavaba y empezaba a trasladarse a otras clases sociales. La influencia del nuevo medio social provocaba el debilitamiento del valor corporal y ético de la aristocracia sin que se produjera, a cambio, ningún tipo de ganancia cultural o intelectual. A todo ello Isern añadía el carácter cerrado de algunas capitales de provincia, circunstancia que potenciaba la obsesión por la conservación del linaje y, por ende, el matrimonio entre familiares cercanos. Una consecuencia directa de esas alianzas sería el desencadenamiento de una progresiva degeneración física, lastre que se manifestaría fundamentalmente en la incapacidad de las tradicionales clases poderosas para adaptarse a las nuevas situaciones.

Para completar la perversidad del cuadro de codicia y debilidad psicofisiológica, autores como Macías o Costa detectaban en el cacique marcados rasgos de irracionalidad y desequilibrio emocional; características que delataban un talante insensato, violento, tiránico e, incluso, criminal o corrupto. Como sabemos, Almirall llegaba a detectar conexiones con el submundo del hampa y la marginalidad; un

instrumento que, en manos del oligarca, servía para resolver muchos de los negocios mantenidos al margen de la legalidad. En un contexto marcadamente evolucionista y progresista, esos mismos autores, junto a Mallada, Morote o Maeztu, necesitaban explicarse no sólo cómo el arquetipo bestial, atávico, semibárbaro, feudal y despótico de los peores sujetos había irrumpido con éxito en la vida nacional —Costa denunciaba que el caciquismo situaba a España al mismo nivel que las decadentes naciones asiáticas—, sino también cómo había conseguido mantenerse e imponerse en la lucha por la supervivencia y desplazar progresivamente a la virtud, el genio o el esfuerzo de los mejores. Es lógico que un nostálgico como Isern tratara de reinterpretar ese panorama e, incluso, rebajar la influencia de la aristocracia señalando que “(...) *a medida que la frivolidad, la degeneración de costumbres y el atrofiamiento de sentimientos y deberes que la pasión le señalaba (...) aparecieron en la aristocracia cortesana, ésta emprendió el camino de su descrédito y resultó más apta para la lucha con las otras clases. Ahora bien: como la vida moderna es lucha, y quien aspira a vivir en ella ha de saber luchar, claro es que aquella clase ha perdido su influencia al emplear en los goces materiales de la vida los medios de que necesitaba para conservar su superioridad*” (Isern, 1899; pp. 90–91).

Como Isern, Costa también se lamentaba de la inexistencia de una aristocracia de la que haber extraído un virtual gobierno de los mejores. Isern, en cualquier caso, identificaba la “aristocracia” con las clases poseedoras más tradicionales, mientras que, sin duda, Costa empleó ese mismo término en un sentido literal estricto. Al margen de cuna y abolengo, “aristocracia”, en los planteamientos del aragonés, califica a los hombres especialmente dotados en competencia y valía intelectual para dirigir los destinos del país. Siendo así, Costa, como la mayoría de los pensadores finiseculares, se reafirmó en el triunfo insólito del caciquismo en la lucha por la vida, y para explicarlo recurrió al popular argumento de la selección al revés. Maeztu, por ejemplo, concretaba esta exégesis mayoritaria apuntando una inversión de valores sociales; una circunstancia que había permitido el triunfo y la selección de una raza inferior, el caciquismo ocioso, sobre los estamentos productores de ideas o riqueza material.

Lo peor de la perversidad degenerada y mórbida de las tradicionales minorías oligárquicas era el efecto colateral que imprimía en el resto de órganos nacionales. En esa línea, Costa advertía a los reformistas que mientras existiera el caciquismo “(...) *en vano sembraréis salud para que germinase y fructificase por la acción espontánea de las fuerzas naturales; en vano envolveríais el cuerpo y el espíritu de la nación en aquel ambiente de medios pedagógicos y económicos que han de influir en la sangre y en la voluntad, nutriéndolas, purificándolas, sacándolas de su estado morbosos y anemia. El cacique irá detrás secando en flor los efectos de vuestra obra (...)*” (Costa, 1901/1998b; p. 113). Como bien se deduce de las palabras de Costa, los regeneracionistas opinaban que el problema afectaba, por unas u otras vías, a todo el espectro sociológico de la Restauración. A ello se refería sin duda Mallada cuando, en *Los males*

de la patria, denunciaba el rechazo generalizado de las virtudes cívicas o, lo que es lo mismo, la famosa situación de "inmoralidad pública".

Apuntando a los estratos sociales más bajos, Almirall o Altamira pensaban que si el pueblo llano era ignorante y decadente en todas las regiones españolas sólo podía ser debido a la vanidad, la desidia, la abulia o el pesimismo de las clases poseedoras y directivas. Sin embargo, el desinterés mostrado hacia las sacrificadas clases bajas por parte del poder oligárquico no era la mayor de las preocupaciones. Como planteaba Macías, más importantes era la desconexión entre los partidos políticos restauracionistas y el pueblo y, por ende, la desprotección de éste ante los órganos políticos y administrativos oficiales. Precisamente, fue en estos órdenes sociológicos donde regeneracionistas como Mallada detectaron los efectos corruptores más directos, evidentes e importantes del escenario oligárquico. Así, una idea generalizada entre los regeneracionistas era que las clases propietarias no dudaban en condicionar y comprometer los programas gubernamentales y económicos de los partidos políticos para preservar sus intereses inmovilistas y enquistados. Pero sobre los partidos políticos hablaremos en el siguiente epígrafe.

17.1.2. El perfil degenerado de la política española

Es cierto que algún autor como Unamuno advertía en contra de los extremismos que presentaban a los partidos políticos como ángeles o demonios. Pero, con pocas excepciones, la mayor parte de los pensadores finiseculares se decantaron por la imagen diabólica. En ella condensaban el pernicioso ascendente caciquista sobre el ámbito gubernamental, conexión que trasladaba al ámbito político-administrativo la corrupción típica del oligárquico. De acuerdo con esa interpretación, autores como Macías Picavea cerraban al máximo la equivalencia de Restauración y caciquismo y llegaban a tildar a Cánovas y Sagasta de máximos caciques. Redundando en la correspondencia, Almirall, Unamuno, Morote o Macías trasladaban directamente al ámbito político el discurso mórbido utilizado para describir el caciquismo.

Unamuno hablaba de la congestión del sistema de gobierno e, incluso, llegaba a considerar la política como un pólipo. Con Morote, consideraba que la política era una enfermedad que extendía su virus al resto del alma nacional. Almirall utilizaba la irónica fórmula de "cerebro de la nación" para referirse a las clases dirigentes y sugería que su degeneración moral —su tendencia a la corrupción, el vicio, el ocio y la explotación del resto de ciudadanos— se confundía con la de la misma "chusma" hampona. Hasta Isern, el único regeneracionista que por esas fechas había ejercido como político, consideraba que la degeneración moral y jurídica provocaba que los políticos se unieran en partidos para defender sus intereses particulares. De una u otra manera, todos los regeneracionistas adjudicaban al ámbito político el perfil mórbido y los vicios morales constituyentes del cacique. Cerrando las semejanzas, Almirall

afirmaba que los políticos de la Restauración se creían una raza superior y, como antiguos señores feudales, con derechos sobre el resto de la humanidad. Para el autor catalán estaban separados de la vida real y consideraban que el trabajo del resto de ciudadanos y regiones debía contribuir a su comodidad y caprichos.

Las principales dimensiones defectológicas detectadas en el político profesional por los regeneracionistas pueden reunirse en diferentes constelaciones caracteriológicas. Unas estaban configuradas por la anemia, la pereza, la apatía o la miseria mental. Otras por el casticismo, la falta de originalidad, la ignorancia y la carencia de capacidades planificadoras para ejercer el gobierno. Algunas daban cabida a los excesos de la pasión, la imaginación y la fantasía, rasgos que Mallada sólo había podido justificar y comprender en las clases bajas debido a los sufrimientos provocados por la hambruna y el resto de privaciones. Pero existía una facultad del alma española especialmente hipertrofiada en el perfil psicopatológico de los políticos nacionales: el esfuerzo rebelde o retórico por imponer las propias opiniones u objetivos a costa de todo.

Así, la "pequeñez política" denunciada por Unamuno no era óbice —más bien al contrario— para que Almirall, Altamira, Mallada o el propio autor de *En torno al casticismo* señalaran el maniqueísmo del político español; es decir, su interés por el mantenimiento de las apariencias, su excesiva preocupación por las formas —exaltadas o elegantes—, el lujo, el boato, las buenas maneras y las menudeces, en detrimento de la substancia, el saber, la seriedad y la competencia política. En una línea complementaria, autores como Macías Picavea y Maeztu añadían a ese perfil la soberbia levantisca y rebelde, por un lado, y la parafernalia oratoria y la farsa política, por otro.

Sin duda, la crisis de fin de siglo estimuló la revisión de estas marcas del carácter político a la luz de la historia reciente. Esto provocó la refiguración de la memoria política inmediatamente anterior y la convicción de que las atrofias de todo el escenario político coetáneo —y Almirall no libraba a nadie; incluyendo a Castelar, Cánovas, Sagasta o, incluso, Pi y Margall— estaban profundamente arraigadas en el liberalismo romántico de los primeros tres cuartos del siglo. Como acabamos de ver, para los regeneracionistas esto era especialmente cierto en lo tocante a (1) la inestabilidad política y (2) la densidad retórica. Veamos ambos aspectos.

(1) Para la sensibilidad regeneracionista, los rasgos relacionados con la inestabilidad se ponían de manifiesto en aquellas actitudes históricas relacionadas con la ambición personal, la revolución y los pronunciamientos militares alentados por unos u otros bandos. Altamira, por ejemplo, remontó hasta la etapa doceañista la tendencia constante a la revolución política y la consecuente perennidad de los problemas infraestructurales. Morote se refería sin duda a ese mismo contexto socio-histórico cuando hablaba del camino de las elecciones abierto por la espada. El autor de *La moral de la derrota* evocaba una ley natural según la cual los efectos siempre eran más complejos que las curas y con ello trataba de

advertir de lo insostenible que podía resultar para un país un estado continuo de guerra, fuera ésta civil o internacional. En algún momento, había que sacrificar el orgullo nacional para conseguir un proyecto de paz. Costa, por su parte, rastreó las raíces de la inercia e indolencia política en un periodo más cercano al fin de siglo: la Revolución del 68. Desde su punto de vista, ya en ese momento se habían frustrado las esperanzas de que España se integrara en los pueblos libres europeos sin que la coyuntura conllevara ningún tipo de agitación socio-política. Isern también se refirió al Sexenio Revolucionario, pero recorriendo un camino histórico que como, Altamirá o Morote, se remontaba a los inicios del siglo XIX; concretamente a la introducción de las tesis benthamianas. Así, su perspectiva conservadora tuvo en cuenta el germen utilitarista promocionado por el liberalismo temprano y retomado en el horizonte finisecular por el naturalismo, el materialismo e, incluso el krausopositivismo. A estas corrientes achacaba el egoísmo y la progresiva degeneración de las clases políticas y, con ello, la destrucción del lazo u orden moral de la sociedad.

(2) El momento histórico al que remontan los excesos retóricos del ámbito político español coinciden con los del periodo revolucionario. Macías consideraba que el contexto doceañista había enmarcado una nueva selección al revés que había incorporado a los políticos emigrados; personajes desequilibradores para el proyecto nacional dado que, a la manera austracista, se habían europeizado en contacto exclusivo con el extranjero. Macías, como también Mallada o Morote, impugnaba su retórica vana, su elocuencia hueca o su poética literaria y desproporcionada; la misma que había amplificado el genio español y que había heredado la esfera política de la Restauración en detrimento de la practicidad y el realismo. Esa era también la opinión de Maeztu y Almirall. Para el autor catalán, el excesivo romanticismo gubernamental se plasmaba sobre todo en el aparente científicismo con que los políticos madrileños preñaban sus formas y discursos políticos. La actitud de aquellos debía resultar “(...) *perfectamente ridícula para todos aquellos que hayan estudiado a fondo el arte de gobernar a los pueblos, porque está aposentada aún en pleno romanticismo, y se reduce al mero empleo de frases sonoras y campanudas, sin acercarse en ningún caso a la vida real de la sociedad*” (Almirall, 1889/1983; p. 92). Desde el punto de vista de Almirall, los políticos españoles eran los que tenían más fluidez y facilidad de palabra de todo el mundo —el mejor ejemplo era Castelar. Su retórica provocaba un efecto mágico y contrastes impresionantes gracias a la combinación de elementos brillantes de ciencia y arte — historia, química, física, filosofía—. Pero cuando se extinguía el eco de esa música sólo quedaba palabrería, verborrea y una elocuencia plagada de citas históricas inexactas. Se trataba de todo un aparato retórico para especular con la ignorancia, la indiferencia general de la gente y la frivolidad. Ningún partido escapaba a esa caracterización, ni siquiera aquellos que se basaban en Krause y su fraseología abigarrada e ininteligible.

Maeztu, por su parte, dejó de lado por una vez sus omnipresentes argumentos económicos a la hora de aproximarse al mismo fenómeno político descrito por Almirall. De forma inédita, el autor vasco no dudó en sazonar su actualización del liberalismo doceañista y romántico con aspectos caracteriológicos. En ellos apuntaló los excesos demagógicos de la política española de finales de siglo. Atendió muy particularmente a la falta de espíritu de acción y las cualidades intrigantes, oratorias y retóricas de los políticos castellanos, levantinos y andaluces. Sea como fuere, lo que Maeztu tenía claro es que la incontinenencia verborreica de los políticos meridionales venía determinada por la impresión del suelo y el clima de sus respectivas regiones de procedencia en su carácter.

Sin necesidad de exhibir determinismos extremos, Mallada coincidió con todas esas perspectivas al señalar que la osadía y la ambición ilimitada del político español sólo podían explicarse teniendo en cuenta la relación de proporcionalidad con la ignorancia, la veleidad, la ligereza, el aturdimiento y la falta de aprensión que las sustentaba. Por su parte, Unamuno ofreció tácitamente un sucedáneo popular del mismo perfil al describir aquellos cobardes oradores de café incapaces de exhibir sus airados comentarios políticos más allá de la tertulia ocasional.

Así las cosas, inestabilidad política y herencia retórica eran las dos taras psicopatológicas que el romanticismo decimonónico había legado a todo el espectro político español de finales de siglo. Pero, más allá de generalidades, los regeneracionistas también tenían diagnósticos particulares para cada una de las fuerzas representadas en el espectro ideológico de la Restauración. La radicalización de las diferentes posturas ideológicas –conservadurismo, evolucionismo, revolución– era la tónica general; un problema que, según Unamuno, impedía caer en la cuenta de las conexiones íntimas de las ideologías, pero que, según Mallada, tampoco estaba reñido con el transfuguismo entre partidos que habitualmente se practicaba con los cambios de gobierno. Sea como fuere, el extremismo de las facciones fue bien esquematizado por Altamira al apuntar cómo los conservadores se estancaban en lo viejo, mientras que las izquierdas aparecían sin arraigo ni destino. Macías Picavea repasó todo el espectro político y terminó por extender los impulsos imaginativos de los caciques a los republicanos y a los carlistas. Sin embargo, fue Mallada el autor más cuidadoso a la hora de precisar ese panorama ya que, además de desmenuzar las diferentes alternativas políticas, se preocupó de detallar su relación con unos u otros perfiles o estados psicológicos. De hecho, partiendo del exceso de personalismo de la política española, ligó claramente la actitud y acción del partido conservador y del fusionista –aglutinante de republicanos y liberales cuando se publica la obra de Mallada– al carácter y temperamento de sus respectivos líderes. Al fin y al cabo, uno de los defectos del ámbito político detectado por otro regeneracionista, Damián Isern, había sido el personalismo gubernamental y la excesiva concentración de poder en los jefes de partido.

Sorprendentemente, en las opiniones de Mallada sólo el partido directamente implicado en el diseño de la Restauración, los conservadores de Cánovas, se libraba de críticas. Básicamente, se trataba de

un partido bien dirigido. Por el contrario, identificó el programa fusionista con la dimensión indómita del carácter español, aquel que aspiraba a gozar de amplias libertades. Tal aspiración extremaba el espíritu de desunión y, de hecho, el propio programa fusionista habría degenerado en banderías. Desde el punto de vista de Mallada, el principal problema de los fusionistas era su incoherencia política ya que, dentro del propio sistema restaurado, defendían la república y la democracia, dos alternativas incompatibles con la monarquía. En último término, esta incoherencia estratégica los convertía en un partido artificial que no brotaba naturalmente de la sociedad.

Mallada también valoró en una línea crítica el extremo derechista, aquel en que se ubicaban los absolutistas y los carlistas tradicionales y mestizos. Consideraba que los primeros estaban condicionados por un exceso de fantasía, cualidad que les hacía percibir más apoyo del que realmente tenían, convirtiéndolos en peligrosos para el progreso e, incluso, para la estabilidad social. Y es que su fanatismo podía terminar por animar revueltas en el seno de la *masa* social inerte. En situación parecida, los carlistas clásicos sufrían un exceso de nostalgia por el pasado, actitud que contrastaba con una humanidad sedienta de novedades y efímeramente respetuosa con lo antiguo. A los mestizos Mallada les atribuía simples y llanas aberraciones intelectuales, considerándolos defensores de un carlismo carente de sentido.

Ante esta caracterización miscelánea del ámbito político, parece lógico que los regeneracionistas relacionaran los tiras y aflojas entre partidos con la ineficacia de la maquinaria gubernamental. Costa o Mallada veían claro que su funcionamiento era constantemente entorpecido por la proliferación y el cambio continuo de leyes y decretos. Éstos variaban en función de los intereses del partido ubicado en el gobierno de la nación. Según Mallada, a ello había que añadir el hecho de que los ministros —muchos honrados pero ingenuos— tuvieran que someter sistemáticamente su voluntad a una dirección política preestablecida. No existía posibilidad de obrar libremente y, menos aún la de contrariar las prescripciones establecidas por el jefe de filas. Para Costa, la ineficacia gubernamental era, en realidad, una estrategia empleada por los gobernadores para abstenerse tanto de educar la voluntad popular como de combatir el caciquismo.

Como alternativa a la reorganización continua de las leyes ya existentes, tanto Costa como Mallada se hubieran contentado con que se observaran y se hicieran cumplir los decretos que ya existían. Costa lo consideraba un mal menor en un escenario en el que las artimañas políticas impedían la emergencia de una verdadera ley viva, una norma que rigiera de forma estable el gobierno y devenir patrio. Las leyes y decretos eran, en definitiva, uno de los territorios del negocio y trasiego de intereses partidistas. Pero sin duda, la administración pública era la encrucijada gubernamental donde mejor se podía observar la alianza entre el poder político y económico y sus consecuentes efectos en la propia estructura del Estado. De ello hablaremos en el siguiente epígrafe.

17.1.3. La inmoralidad pública y la maquinaria burocrática-administrativa

Macías Picavea consideraba que los mismos avatares históricos que habían coartado las buenas condiciones caracteriológicas del pueblo estaban detrás del anquilosamiento del sistema administrativo nacional. La relación entre los vicios del alma nacional y la corrupción administrativa era, por tanto, estrecha, y desde el punto de vista del regeneracionismo, condicionaba el comportamiento fraudulento de todos los estratos sociales. De hecho, se trataba de un panorama que coincidía casi a la perfección con el sentido impreso por Mallada en sus referencias a la “inmoralidad pública” –aunque también privada. Para él, *“La mala hierba de la inmoralidad pública creció por todos los ámbitos del país, porque encontró muy bien preparado para ella el terreno hueco de nuestra fantasía y de nuestra desidia, abonado copiosamente con la basura de la mezquina y bastarda política intervenida por los caciques y regado de continuo con las lluvias desprendidas de las nubes del desbarajuste administrativo. Condiciones favorables al desarrollo de la funesta semilla, que no se ven en tan alto grado manifestadas en otro país del mundo”* (Mallada, 1890/1994; p. 154).

Sólo el estrato social más bajo quedaba un tanto al margen de esa consideración, aunque Altamira sí señaló la relación de los fraudes estatales con el egoísmo y la falta de sacrificio comunitario mostrado en no pocas ocasiones por las *masas* españolas. Altamira, en cualquier caso, consideraba que esa actitud se podía solucionar sin mayores problemas si se estimulaba en el pueblo el deseo de perfección para lo propio. Así las cosas, de lo que no se podían albergar dudas es de que en la corrupción administrativa mediaban fundamentalmente intereses políticos. Por ello era un problema que afectaba endémicamente a buena parte de las clases medias y a la práctica totalidad de las altas.

En el caso de las primeras, la cuestión de la corrupción administrativa venía de la mano del acceso al funcionariado. Autores como Macías creían que el entumecimiento de la administración pública estaba muy relacionado con el exceso de plazas de funcionariado y con el hecho de que su obtención fuera vitalicia. Isern y Mallada relacionaban esa situación con la “empleomanía”; es decir, con una adjudicación de puestos oficiales basada en la recomendación personal y al margen de escrúpulos y merecimientos. Macías Picavea y Ganivet también llamaban la atención sobre el interés por conseguir rápidamente titulaciones para acceder de manera inmediata a la función pública o al ejército. En palabras de Macías, *“(...) el alumno pasa de la primera a la segunda enseñanza en estado de inocencia, de ésta a la superior en estado de ignorancia; de aquí a la vida social, en estado de pecado mortal sin otra redención que las oficinas del estado y el presupuesto”* (Macías, 1899/1992; p. 107–108).

Unas u otras vías desembocaban en la saturación del funcionariado, la despreocupación laboral de los profesionales y, en definitiva, un completo desbarajuste y complejidad burocrático-administrativa. Mallada ejemplificaba bien ese panorama cuando afirmaba que las fiestas y actividades de ocio se resolvían inmediatamente, mientras que muchas cuestiones básicas para el buen funcionamiento de la

administración estatal apenas eran abordadas. El propio Mallada consideraba esa situación enfermiza — hablaba de la microcefalia o hidrocefalia de algunos españoles a ese respecto— e irremediable en muchos aspectos. Así, revisar el sistema de acceso al funcionariado y las labores que éste debía cumplir era una cuestión prioritaria. Sin duda, Ganivet hablaba por todos los regeneracionistas cuando recomendaba primar la educación, la confianza y el amor al saber. Más aún, desde su punto de vista, más que examinar a los candidatos, había que analizar el mérito de las obras que ya hubieran realizado. Ahondando en los remedios, Mallada invocaba el patriotismo de los funcionarios y demandaba su colaboración con los gobernantes para simplificar la administración en la medida de lo posible.

Al evaluar la cuestión administrativa en las clases altas, Mallada llegó a la conclusión de que su actitud financiera suponía un mal ejemplo para el pueblo. Desde su punto de vista, las clases superiores, incluso las medias, estaban tendiendo a un abandono de los negocios y el mercado y, por ende, a la obstrucción del desarrollo económico. Sin embargo, esto no era exactamente un problema de corrupción administrativa. En realidad, ésta tomaba cuerpo en la alianza entre el poder económico de los oligarcas y el directivo de los políticos. Ahí es donde cobran más sentido las acusaciones regeneracionistas a propósito de la domesticidad burocrático-administrativa de la política española; o, lo que es lo mismo, el estigma caracteriológico que, según Ganivet o Macías Picavea, provocaba la preeminencia de la amistad y lo privado sobre los negocios públicos. Isern se refería a esa misma cuestión cuando señalaba la supeditación corrupta de los derechos a los hechos. Evidentemente, las soluciones pasaban por invertir esa situación ajustando la hacienda y la administración pública al derecho, sensibilidad, por otro lado, perfectamente coherente con la prédica anticaciquista de Costa. En cualquier caso, el propio autor aragonés advertía contra las reformas radicales en una sociedad vieja como la española. Junto a Mallada, Costa consideraba que cualquier movimiento debía producirse sin perjudicar e, incluso, estimulando y atrayendo la iniciativa particular de las clases altas y poseedoras. Eso sí, la perspectiva liberal exigía como mínimo la colaboración entre las minorías poseedoras y las mayorías populares. Autores como Morote dejaban muy claro que debía desaparecer definitivamente la imposición de las primeras sobre las segundas.

A los ojos del regeneracionismo, si los gobiernos no hacían nada por poner fin a la inmoralidad de las clases medias y altas era porque ese mismo contexto dependía, en una u otra medida, de la plataforma macroeconómica que sostenía al propio sistema Restaurado: el proteccionismo y la centralización de la hacienda pública. Tales cimientos suponían, en cierto sentido, un tipo de corrupción soterrado a los ojos de los regeneracionistas. Como partidarios del liberalismo pero también de células administrativas más pequeñas, autosuficientes y cercanas a la ciudadanía, Mallada, Maeztu o, incluso, Isern creían que el proteccionismo y la centralización no sólo no evitaban el saqueo del tesoro público y el parasitismo presupuestario sino que además lo promocionaban. Mallada los trataba despectivamente como “socialismo de Estado” y los consideraba un verdadero vicio nacional. Desde su punto de vista, usurpaban una labor

municipal que hubiera permitido una administración limpia, inmediata y compensada. Así, aunque autores como Morote recomendaban realizar ajustes dentro del propio sistema presupuestario y recaudador, todos los regeneracionistas consideraban que lo verdaderamente recomendable para la política nacional era la descentralización. Costa o Mallada consideraban que sólo esa medida suponía una reforma genuina de la administración pública, y señalaban la creación de cajas de ahorro locales y el fomento del municipalismo como las vías regias para su implantación. Mallada, más economicista a la hora de tratar asuntos administrativos, no esgrimió argumentos psico-sociológicos para defender esa posición, pero tanto Costa como Macías estaban convencidos de que el municipalismo era un fenómeno natural. Macías llegaba a considerar, incluso, que el centralismo era un artificio o aberración histórica que atentaba directamente contra leyes biológicas esenciales y universales.

Los regeneracionistas podían tener respuestas particulares –para las clases altas y medias– o generales –para toda la política nacional– que ayudaran combatir la corrupción administrativa, pero tales reformas eran sólo la punta del iceberg de una demanda de cambio mucho más importante. Lo que realmente buscaban era una modificación más o menos radical del propio sistema parlamentario y turnista sobre el que las *élites* políticas sostenían el entramado restaurado. De esas alternativas remediadoras hablaremos en el siguiente epígrafe.

17.1.4. Las alternativas regeneracionistas al sistema socio-político de la Restauración

Es cierto que un progresista como Mallada había reconocido y elogiado ciertos méritos cohesivos y organizativos del turnismo restaurado desplazando los principales fallos del sistema a la ambición personal, la poca capacidad de maniobra de los ministros y la excesiva complejidad del aparato administrativo. En cierto sentido, estos extremos son los que había intentado paliar Cánovas en su *Discurso a la nación* (1882/1997), cuando sin dudar del patriotismo de los políticos de la Restauración les había recordado las reglas que regían la conducta y la conciencia nacional de los hombres de gobierno. Sin embargo, tanto el autor de *Los males de la patria* como Cánovas hacían sus afirmaciones muchos años antes del desastre. Para el fin de siglo, lo que regeneracionistas como Isern, Morote, Costa o Macías no se podían explicar era que la maquinaria política siguiera en manos de los mismos políticos que habían ocupado el poder desde mediados de los años setenta hasta la guerra de Cuba. Por unas u otras vías, desde unos u otros referentes teóricos, todos los regeneracionistas llegarán a una misma conclusión: desde hacía tiempo, los partidos no estaban haciendo nada para remediar la decadencia del ser y la actividad de la nación. Como planteaba Isern, el beneficio propio de los políticos se estaba imponiendo sobre la purificación social.

Particularmente, los regeneracionistas estaban sorprendidos ante el hecho de que no se depuraran responsabilidades ni se discutieran las causas de la decadencia y el desastre. Preocupado por la situación, Morote temía la posibilidad de que los políticos oficiales extraviaran definitivamente el rumbo nacional, toda vez que habían demostrado con creces su descuido y negligencia antipatriótica respecto de las verdaderas necesidades. Frente a esa posibilidad, Morote confiaba en que se cumplieran las leyes de causa y efecto que regían tanto en el dominio natural y biológico como en la normativa histórica y social. Según aquéllas, a riesgo de catástrofe absoluta, el Gobierno de una generación no podía prolongarse durante más de 30 años. Para Morote era obligado que, tarde o temprano, cayeran los responsables del desastre y se produjera un cambio en las energías directoras del Estado. Así, en línea con la acusación *ad hominem*, todos los regeneracionistas abogaban por sustituir a los causantes del deterioro político por hombres nuevos y capaces de bregar con los problemas nacionales. Costa creía, incluso, que era cuestión de justicia expulsar de la nación a los gobernantes responsables del desastre. Estos debían apartarse o retirarse de sus cargos para reflexionar y tomar conciencia del desastre mientras que eran sustituidos por nuevos dirigentes capaces de justificar con hechos su flexibilidad cerebral y capacidad para evolucionar. Los gobernantes que buscaba Costa debían estar dispuestos a sufrir, carecer de ambiciones de gloria o poder y poseer una voluntad digna y una moral, intelecto y conciencia recta. También en esa línea Mallada pedía gobernantes enérgicos, dotados con la virtud de la constancia y con la capacidad para reconocer y desechar la pequeñez. Mallada quería, en definitiva, hombres honrados y capaces de asociarse frente a la inmoralidad pública.

Sin embargo, la evidente perpetuación en el poder de los políticos de la Restauración enturbiaba esa expectativa. Ello provocó que las denuncias de los regeneracionistas fueran más allá de la acusación *ad hominem*, que se extendieran a la conciencia y competencia política de toda la nación y, finalmente, que alcanzaran la propia labor de las instituciones políticas que la reflejaban. Concretamente, casi todos los regeneracionistas estaban de acuerdo en que el mejor síntoma de la degeneración nacional era la vigencia de un sistema parlamentario y constitucional ineficaz y corrupto.

Ya desde la inauguración del género, Almirall había hablado de la enfermedad crónica y la fase aguda en la que se encontraba el parlamentarismo español; sobre todo en relación con el centralismo que le era inherente. El autor catalán no esperaba demasiada aceptación popular de sus críticas al parlamentarismo, pero lo cierto es que, al menos, sí tuvieron una importante continuidad entre sus compañeros de género. A ese respecto, sus textos mostraron dos direcciones: la que consideraba que el parlamentarismo era un víctima de la corrupción socio-política y el desbarajuste burocrático-administrativo, defendida por Mallada o Morote, y la que lo consideraba más bien la causa principal de esas mismas circunstancias, posición mantenida por Costa, Macías Picavea o Almirall. Paralelamente a esas interpretaciones, también se mantuvieron dos medidas de subsanación: la que apostaba por

profundizar en el parlamentarismo y depurarlo, y la que proponía reducir sus competencias o, directamente, sustituirlo. Veamos ambas alternativas.

17.1.4.1 *La vía parlamentaria: la confianza en la voluntad popular*

Desde el punto de vista de Morote, todos aquellos que pensaban que las formas políticas creaban a los hombres y pueblos se equivocaban totalmente. Realmente sucedía al revés. En el caso español, el hecho de que la comunidad nacional fuera moral e intelectualmente imperfecta habían provocado un gobierno defectuoso. Las cortes parlamentarias eran un claro reflejo de la situación en la que se encontraba el alma o el carácter colectivo tras el desastre. Concretamente, Morote planteaba que el fanatismo, la pasión y la ilusión desmedida habían provocado la falsa creencia de que el parlamento podía hacerlo todo; una perspectiva que, en opinión del autor de *La moral de la derrota*, suponía mantener vigente la idea del derecho divino a pesar de la desaparición de la monarquía absolutista. Pero para Morote, como también para Mallada, eso no debía suponer el final del parlamentarismo. Su persistencia durante las crisis históricas era el mejor síntoma de que la Patria seguía existiendo; sobre todo teniendo en cuenta que sin actividad política los pueblos se estancaban y terminaban desapareciendo. Además, más allá de los evidentes perjuicios de los excesos retóricos y oratorios, era claro que el carácter polemista y conferenciante del español se ajustaba a la perfección a las dinámicas parlamentarias.

Por esas razones, la recomendación de Mallada y Morote era mantener el parlamentarismo, aunque imprimiendo en él tres reformas psico-sociológicas fundamentales desde el punto de vista liberal. En la línea de sustituir a los políticos tradicionales, la primera suponía depositar el sistema en manos de políticos activos e instruidos. No se podía renunciar a su intervención para subsanar los problemas nacionales, aunque era fundamental asegurarse de su preparación, seriedad y trabajo para afrontar esa labor. La segunda reforma suponía atender la demanda de descentralizar la administración, liberalizar la economía y contener el caciquismo. La tercera reforma liberal era la más importante, y suponía evitar a toda costa el absolutismo estructural del pueblo español y el dominio sin ambages que las mayorías mostraban sobre las minorías. Unamuno ya había advertido contra esta cuestión reseñando el desprecio que los historiadores tradicionalistas mostraban hacia la doctrina del pacto social y las constituciones de talante francés. Unamuno incluso apuntaba la relación de esta circunstancia con el hecho de que el pueblo español fuera inconsciente de su propia tradición intrahistórica. Precisamente, para Mallada o Morote la forma de combatir el estigma del absolutismo y rehabilitar al pueblo era promocionar las realidades y sustancias democráticas y, por ende, parlamentarias, poseídas naturalmente por el pueblo¹. Éste nada tenía que ver

¹ Habría que llamar muy especialmente la atención sobre esta recomendación de, al menos, una facción del regeneracionismo españolista. La literatura contemporánea sobre el tema tiende a resaltar sobre todo los aspectos más autoritaristas y antiparlamentaristas del proyecto político del regeneracionismo. Cacho Viu (1998), por ejemplo, convierte las alternativas democráticas de finales del siglo XIX y principios del XX en patrimonio preferencial de ciertas figuras del nacionalismo catalán. De hecho, también cabría rectificar esa opinión a la vista de que, como en el caso del

con los problemas españoles de autogobierno, que sin duda, debían entenderse en un contexto más genérico de crisis que internacional. Así, para Morote, *"Las formas de gobierno sólo son esenciales en tanto que son agentes, por mediación de los cuales el carácter nacional produce sus efectos. Y el carácter nacional en España es eminentemente liberal y democrático, por lo cual todo el trabajo consistirá en revelarlo, en no consentir que permanezca oprimido o sepultado, y por lo cual toda obra de regeneración habrá de asentarse sobre el firme asiento de una extensión y de un desarrollo cada vez mayores de democracia"* (Morote, 1900; p. 572). En el extremo democratizador, Morote incluso confiaba en el incremento de anexioniones al partido socialista, acontecimiento que, según el autor de *La Moral de la Derrota*, se estaba produciendo de forma paralela a las numerosas deserciones en las filas republicanas. Eso sí, más que un Estado socialista, su objetivo fundamental era alcanzar una participación y un protagonismo político pleno de las clases neutras; fuerzas vivas de la nación de las que participaba el proletariado pero, sobre todo, las clases medias y emprendedoras. Así, lo que Morote consideraba más interesante del incremento del socialismo era, ante todo, la demostración de que el socialismo de cátedra estaba siendo sustituido progresivamente por la propaganda del voto.

Sea como fuere, la promoción de la democracia era el objetivo último. Morote, Altamira e, incluso un nostálgico como Ganivet la consideraban explícitamente preferible a una tutoría o dictadura que, de hecho, nunca había llegado a surgir de una manera natural y espontánea en el seno del pueblo. Morote creía que la emergencia de un General o un dictador era un proceso que necesitaba de mucho tiempo de disciplina mental, ciencia y trabajo en el seno de una sociedad. Formar hombres, acumular fuerza social y moral, dotar al país de ideales y, en definitiva, encarar la reconstrucción social eran condiciones de posibilidad previas a la emergencia del hombre providencial. Como ya sabemos, Morote empleaba el pernicioso ejemplo de Napoleón para mostrar que cualquier vía que intentara impulsar la prosperidad nacional a través de un solo hombre podía resultar efímera e, incluso, nociva para el pueblo.

Ganivet y Altamira abordaban esa misma circunstancia profundizando en sus claves psicológicas. Al primero le preocupaba la idea de un genio que actuara como salvador nacional utilizando el país como fuerza. Aquél habría de capitalizar la inteligencia directora, con lo que se corría el peligro de que su desaparición arrastrara también la del pueblo. Por esa razón, el poder sólo debía residir en el esfuerzo de todos y cada uno de los individuos que integraban la nación. Altamira atendía más a las incompatibilidades motivacionales y planteaba que en la figura del dictador nunca se concitaban la pureza de voluntad y los objetivos con el valor cívico. En el extremo más polémico de la cuestión, Morote consideraba que la emergencia de un Mesías dictador sólo podía suponer un nuevo episodio del enfrentamiento del pueblo con la España antigua. Casi en ese mismo sentido hay que entender el hecho de

que Mallada no desaprobaba totalmente el turnismo de la Restauración. En su opinión, no había sido una mala fórmula –aunque sólo momentánea– para evitar el autoritarismo y las dictaduras.

Así, desde el punto de vista de estos autores, el gobierno democrático y el sufragio universal, además de favorecer la actividad del ingenio y la estabilidad nacional, eran lo más adecuado para limitar el avance de la derecha. Morote también llamaba la atención sobre la situación de paz que se podía llegar a alcanzar. A su juicio, el autogobierno democrático era la manera de superar definitivamente las sublevaciones militares y la guerra civil continua en la que se había enfangado el pueblo español durante las tres primeros cuartos del siglo XIX. Morote buscaba, con ello, una oportunidad para alcanzar un nivel civilizado o, en sus propias palabras, más europeo que africano.

Desde el punto de vista proparlamentario, la consecución de las tres reformas políticas comentadas –política, descentralizadora y demócrata– equivalía a alcanzar el añorado *self-government*. Y una buena manera de acelerar ese proceso era proclamando la república. Es cierto que Mallada había elogiado la restauración canovista, pero, al igual que Morote, no veía con malos ojos un advenimiento republicano capaz de democratizar y descentralizar el estado español. En cualquier caso, esto no suponía que Mallada o Morote apostaran por una mayor descentralización gubernamental del Estado. De hecho, Mallada creía que era necesario evitar a toda costa la proclamación de una república federal, sistema que podía llevar a la escisión de las diferentes regiones españolas. A ese matiz –sobre el que volveremos cuando tratemos el *localismo*– hay que añadir el hecho de que, para el resto del regeneracionismo, la república no siempre fue sinónimo de la reforma política radical perseguida por Mallada y Morote.

Para empezar, el propio Mallada reconocía que desconocía el método de alcanzarla. Por esa razón, se mostraba relativamente abierto a cualquier otra propuesta que se mostrara eficiente desde el punto de vista político. Esa fue, de hecho, la opinión de Costa, quien sopesó la alternativa republicana desde un punto de vista meramente coyuntural. Sugirió la posibilidad ante la corta edad con la que Alfonso XIII iba a ser proclamado monarca a todos los efectos. Ya desde 1889 Almirall venía advirtiéndolo que la minoría de edad del monarca representaba la debilidad del poder e, incluso, evidenciaba el hecho de que la regencia estaba en manos extranjeras. Cuando en el final de siglo la investidura era inminente Costa recomendó retrasarla por prudencia política (se produjo de todos modos en 1902). En su defecto, la otra alternativa era imponer la república. Lo contrario abocaba a la nación a estar máximamente representada por una función –la monárquica– sin órgano. Costa, además, no consideró que la proclamación de la república tuviera que ir necesariamente acompañada de un incremento parlamentario y democrático. Más bien fue al contrario, pero esto algo que ya trataremos en el siguiente punto.

17.1.4.2. La vía autoritarista: la esperanza del Gran Hombre

Como Morote, Costa también recurrió al factor psicológico para señalar que la improvisación, vanilocuencia e imprevisión de la raza española sólo daba para formar un parlamento desastroso e incapaz de tratar los problemas vitales de la nación. En último término, la crítica de Costa pasaba por considerar que el régimen parlamentario español no era real porque, de hecho, había impedido que la soberanía residiera verdaderamente en la nación. El parlamento había funcionado de forma parasitaria para favorecer sólo a unos pocos, deficiencia que había obstruido peligrosamente la revitalización de la patria. Una versión anticontralista de esa misma lectura apareció ya con la publicación de *España tal como es*. Para Almirall el falso parlamentarismo era la herramienta empleada por el absorbente grupo castellano para imponer su espíritu de dominio, aniquilar todo lo que constituía la verdadera fuerza y obligar a las regiones a descender hasta el nivel de mediocridad típicamente centro-meridional.

En todos estos casos, y a diferencia de la opinión de Morote, el mal estaba en el propio sistema dado que éste había sido un medio para amplificar los vicios del alma nacional en lugar de atenuarlos. Siendo así, para Macías Picavea la alternativa era clara: en tanto que órgano nacional, las Cortes parlamentarias estaban muertas y por ello había que cerrarlas durante, al menos, diez años. Tras ese periodo sólo debían abrirse si habían sido reconfiguradas y adecuadas al genio nacional o, lo que era lo mismo, tras haber devuelto la nación a la nación. Macías tratará así de buscar un órgano extraordinario que, al menos durante ese periodo de transición, pudiera sustituir a las Cortes; un órgano que buscara garantías de representación, verdad, competencia y virtud, pero también de la tradición e historia que se conservara en el pueblo con mayor viveza e íntimo gusto.

En realidad, Costa no llegaba a los extremos críticos de Almirall y Macías porque, desde su punto de vista, suponían romper absolutamente con la historia política del siglo XIX. De hecho, existían demasiadas deficiencias en el pueblo para que llegara a prosperar sin parlamento. En consecuencia, ajustado al típico esquema evolutivo, Costa consideraba que había que tender progresivamente al sistema parlamentario, aunque de momento hubiera que atenuar su virulencia. Para ello proponía una alternativa de transición presidencialista o estamentaria —que bien pudiera resultar definitiva— y en la que debían estar representadas todas las clases o estamentos sociales. En este último punto coincidía con Macías Picavea, sobre todo bajo la idea de que ese órgano transitorio podía asimilarse a un gobierno de concentración en el que “nación” significara, por fin, “reunión de todos los españoles”. Para Macías, la abnegación y comunión patria de todos los bandos y clases sociales —monarquía, políticos, pueblo, etc— permitía combatir los intereses que respondían a patrimonios caciquistas y particulares.

La concentración nacional era la alternativa pesimista y, hasta cierto punto, reaccionaria a la democratización perseguida por Mallada, Morote o Altamira. De hecho, en una línea muy cercana a Costa y Mallada, un tradicionalista como Isern había hablado a favor de los intereses comunes a toda la Nación.

Para el autor de *Del desastre nacional y sus causas* eso suponía resistirse al egoísmo de individuos poderosos —los caciques, los ministros plenipotenciarios o los presidentes—, pero sin olvidar también el control de las revoluciones sociales o de la incertidumbre política provocada por un excesivo protagonismo de la *masa* ignorante. Lo relevante es que, tanto para Isern como para Costa, esas últimas opciones no estaban demasiado lejos de la democratización y el sufragio universal. Costa lo dejaba claro al analizar la voluntad colectiva desde un punto de vista abiertamente psicológico. Para él, *“No se hace cuenta con la psicología; no nos hacemos cargo de que para querer, en cosa tan delicada, de tanto bulto y complicación [se refiere al sufragio universal], y en un ambiente moral como el nuestro, se requiere una voluntad muy madura, asistida por un entendimiento cultivado y por un cierto grado de independencia económica, y que tal voluntad no la posee la nación ni existe manera de improvisarla”* (Costa, 1901/1981b; p. 126).

Profundizando en la vertiente psicopatológica de esos argumentos, Isern había señalado cómo el trastorno cerebral de la raza —aquel que privilegiaba la imaginación sobre el juicio— había hecho mella en los políticos de la Restauración cuando éstos se habían planteado, en un primer momento, la aspiración del pueblo al sufragio universal. El resultado final había sido la imposición obligada del caciquismo, so pena de poner en tela de juicio el propio sistema restaurado. La perspectiva de Costa a ese respecto variaba sensiblemente: desde su punto de vista, era precisamente el sistema electoral lo que permitía que las oligarquías manipularan la voluntad de la *masa* electoral. Y, como ya había advertido años antes Almirall, la opinión pública, asqueada y adormecida, tampoco parecía inmutarse ante los fraudes que sufría el sufragio.

Teniendo claro que había que combatir en dos frentes, el caciquista y el democrático, los matices diferenciales del reaccionarismo de Isern y el liberalismo de Costa y Macías provocaban una absoluta disparidad de criterios respecto a la reforma política. Isern tenía claro que la solución era profundizar en el conservadurismo, el tradicionalismo y la caridad cristiana que, de manera prístina, representaban regiones como Navarra. De hecho, lo ideal para él era que la soberanía del estado residiera exclusivamente en la Corona y, aunque Isern no lo explicitara completamente, en su ancestral alianza con la iglesia católica. Lógicamente en tal extremo no podían estar de acuerdo Costa y Macías. Es cierto que para la mayoría de los pensadores finiseculares la fe católica podía transformarse en una herramienta para promover la tolerancia o la caridad, rasgos asimilables, en definitiva, a la democracia demandada por Morote o Mallada o la famosa concentración nacional planeada por Costa y Macías. Sin embargo, lo habitual fue considerar la intransigencia del dogma católico como un problema para el nacionalismo liberal antes que como una solución. Así, cuando Macías Picavea criticó la falta de libertad de cultos —pensaba que, de permitirse, el cristianismo se impondría igualmente de por sí— lo hizo sobre todo por el objetivo fundamental, aunque velado, que tenía tal medida: hacer converger Iglesia y Estado. Este último problema había sido detectado

desde el principio por Mallada, sobre todo en relación con la injerencia de la iglesia en política desde un carácter abiertamente antiliberal, antimoderno y, por ende, antinacional.

Como sabemos, la convergencia oficial buscada por el regeneracionismo liberal concitaba al pueblo y a la Nación, una alianza tejida en un complicado bastidor etnopsicológico. Afianzar la unión de ambos términos suponía desplazar el credo religioso, un potente competidor en tanto que herramienta identitaria con la que generar una comunidad imaginada alternativa, a la órbita privada y personal. También podemos recordar que la prioridad de la equivalencia pueblo-nación permitía, incluso, sacrificar la monarquía en pro de una república. Desde el punto de vista directivo, Morote o Mallada habían podido identificar esa república con la democracia. Sin embargo, ¿cuál era la alternativa directiva para pensadores como Macías o Costa, tan suspicaces con las artimañas del parlamentarismo democrático? Sin duda, la única respuesta posible era un mecanismo tecnocrático capaz de ordenar, administrar y unificar los intereses de todos los estamentos sociales y productivos del país. Ese es el marco bajo el que Costa y Macías, a diferencia de Mallada, Altamira, Ganivet y Morote, se dejan seducir por la idea de un dictador tecnócrata; una posibilidad remachada por la supuesta evidencia de que los Grandes Hombres eran de mucha más importancia en los países latinos que en los anglosajones —en los que el pueblo sí ejercía su protagonismo. Así, Costa y Macías perseguirán la figura de un solo hombre capaz de aglutinar todas aquellas virtudes y capacidades que la plana mayor del regeneracionismo, con su acusación *ad hominem*, había negado a los políticos de la Restauración.

La evocación del superhombre nietzscheano como figura aristocrática, individualista y voluntarista enfrentada tanto a la *masa* como a la mediocridad de la burguesía occidental, cristiana y acomodada, parece inmediata. De hecho, en la historiografía contemporánea la propuesta antiparlamentaria y personalista de Macías y Costa siempre ha arrastrado el lastre del vitalismo irracionalista y la moral nihilista y autoritaria que supuestamente, caracterizaba, el sistema filosófico del pensador alemán. Pero, de hecho, esos mismos rasgos habían sido criticados desde las sensibilidades krausistas por resultar útiles para justificar tanto idearios anarquistas como totalitaristas. Por esta misma razón, es evidente que la propuesta de Costa y Macías, dos autores profundamente afines al krausismo, supone, como mucho, una “falsificación” del modelo nietzscheano.

Es cierto que la obra de Costa o Macías Picavea evoca la imagen de un individuo superior y dotado de un voluntarismo de naturaleza pasional o afectivo-emotiva —ambos autores hablan de entrañas, coraje, indignación, ansiedad, improvisación o arte y apenas mencionan la ciencia, la reflexión o el intelecto—; de un hombre especial que encuentra su contrapunto psico-sociológico en la inercia mental y temperamental de las *masas* sociales. Pero se trata de un “superhombre” que está lejos del individualismo aristocrático e irracional que, en otros casos (Pompeyo Gener, la Generación del 98, el propio Maeztu; ver a este respecto Sobejano, 1967), cristalizaba en un proyecto social anarquizante o totalitarista. Más que en

la obra de Nietzsche, la figura dictatorial sugerida por Costa y Macías —quienes, de hecho, tampoco utilizan nunca la denominación de dictador— hay que buscarla bien en la referencia romántica del Gran Hombre (el artista armonizador, guía e intérprete de la voluntad del pueblo en palabras de Macías); bien en la metáfora paternofilial (cristiana o escolar) del apóstol o tutor capaz de entusiasmar o excitar la actividad colectiva; o bien en el arquetipo positivista y clínico del Cirujano de Hierro (el extirpador de los tumores del organismo nacional, en la imagen mórbida elaborada por Costa). El eclecticismo krausopositivista del que se nutren Costa y Macías se convertirá en el marco perfecto para conjugar todas esas figuras y, lo que es más importante, para controlar el peligro individualista latente tras el referente último del superhombre —y detectado tanto por Giner como por Altamira, Morote y Ganivet—. Como exigía el apostolado de Sanz y Giner, Costa y Macías tenían muy claro que las funciones de su artista, cirujano o tutor de pueblos debían supeditarse al conjunto del proyecto nacional. Hablamos, por tanto, de un individuo ideal o superhombre edulcorado y etopolíticamente aceptable dentro del reformismo regeneracionista e, incluso, de la política oficial, si consideramos la inmadurez y la necesidad de guía que Cánovas, Sagasta, Silvela o Maura atribuyeron al pueblo español a la hora de justificar el personalismo que impregnaba sus propios directorios políticos dentro del contexto Restaurado.

En realidad, entre el regeneracionismo finisecular sólo la obra de juventud del Maeztu regeneracionista, *Hacia otra España*, evoca el individualismo radical del superhombre nietzscheano. Y aún en ese caso estamos ante otra “falsificación”. Es cierto que Maeztu atribuye el desarrollo social a la moral, la vitalidad o instinto de los fuertes. Pero ese trasfondo nietzscheano de la obra de Maeztu revela claramente un escenario etopolítico estrechamente ligado al darwinismo social o spenceriano: el hombre de negocios inglés luchando por la vida en el ambiente burgués perfilado por la industrialización; es decir, el mismo medioambiente, social e histórico, que deconstruyera con saña el propio autor de *Así hablaba Zarathustra*. Como ya sabemos, en el entorno reformista español Macías se había encargado de impugnar el modelo competitivo y ambicioso que subyacía a la sociología anglosajona. El autor de *El Problema Nacional* había privilegiado el orden y la armonía de la moral colectiva, lo que no sólo refiguraba las ambiciones personales del hombre elegido —más fuerte o apto— sino también sus cualidades como artífice del progreso.

Para entender esta última cuestión no hay que perder de vista que, aunque Costa, Macías y aún el resto de regeneracionistas tienen muy presente el horizonte apremiante, ruptural, desafiante y futurista del positivismo más radical, tampoco dudan en pronunciar los aspectos continuistas, moderados, orgánicos y reformistas de la evolución hacia el porvenir. Las urgencias europeístas no debían conducir a una revolución artificial —es decir, la revolución desde abajo de las *masas* proletarias— que dañara la conexión con el pasado y la esencia nacional. Esa perspectiva será reivindicada en exclusiva por el regeneracionismo cuando Morote señale que la persistencia de lo histórico vivo y de lo nuevo racional era

un fenómeno sociológico que no habían logrado entender ni los políticos radicales ni tampoco los conservadores. Así las cosas, no es de extrañar que tal escenario coincidiera a la perfección con la famosa revolución desde arriba.

Ya en el caso concreto de Macías y Costa, tal alternativa reformista se ajustaba a la perfección a la figura del tutor de pueblos o del Gran Hombre. Se trataba de un individuo elegido por sus capacidades para liderar de forma armónica, natural, continuista y gregaria el proceso de desarrollo moderno. Quizá por ello el superhombre nacional se asimiló a prototipos antropológicos que destacaban por sus matices mesiánicos, colectivistas y españolistas. La mayoría de los modelos se buscaron, lógicamente, entre las figuras más importantes de la tradición española: Cristo, el Cid o el Quijote. En la línea cristianológica, Unamuno había cerrado su *En torno al casticismo* evocando, de forma ambigua, la figura de un redentor capaz de despertar el espíritu intracastizo, aunque páginas antes también había hablado de la tradición eterna "(...) *que deben buscar los videntes de todo pueblo para elevarse a la luz, haciendo consciente en ellos lo que en el pueblo es inconsciente para guiarle así mejor*" (Unamuno, 1902/1996; p. 64).

Sin embargo, fue Costa el autor que más se preocupó por buscar un ejemplo conminatorio claro y definido. Lo encontró en la siempre ambigua figura del Cid. De él le interesaba desenterrar la dimensión republicana cuyo ejemplo, desgraciadamente, no se seguía en España. Tal dimensión correspondía con la del Cid que había exigido y tomado juramento de responsabilidad a Alfonso VI después de que Bellido Dolfos hubiera asesinado al Rey Sancho. En la metáfora persuasiva empleada por Costa, el monarca puesto en entredicho representaba a los gobernantes y partidos, el asesino a los yanquis y el asesinado al propio pueblo español. Se trata de metáforas personalistas que, como venimos señalando, conjugan la esperanza y el ideal de porvenir en clave de pasado. Al parecer, bajo la perspectiva de Costa, el superhombre no estaba por venir sino que había de renacer.

Sin duda, todas esas referencias y ejemplos gregarios dejaban claro que el artista de pueblos deseado por Costa y Macías no pecaba de egocentrismo e individualismo. Sin embargo, no ocurre lo mismo respecto de las acusaciones de totalitarismo, dimensión mucho más ambigua en la obra de los dos pensadores. A ese respecto, Costa había señalado la necesidad de mantener la democracia en lo relativo a los derechos políticos porque esa era la legalidad común a Europa tras muchos años de luchas. De hecho, en muchas de sus afirmaciones, Costa o Macías presentan al Gran Hombre como una función histórica ideal y personalizada; es decir, como una herramienta activa, ilustrada y genial con la que combatir, puntualmente, a los políticos malvados, las injusticias de los caciques y la rutina mental de las mediocres minorías poderosas o las desorientadas mayorías proletarias. En teoría, la actividad del hombre elegido debía abrir el camino a seguir por ambos grupos. Lo que no quedaba claro era si el superhombre debía desaparecer una vez que el conjunto del pueblo español hubiera aprehendido el modelo y, por ende, hubiera alcanzado su madurez mental. Como ya sabemos, la mayoría de los regeneracionistas veían con

pesimismo que el pueblo fuera capaz de modificar su acervo de recursos psico-sociológicos y, en consecuencia, que llegara a hacerse cargo de su propio destino. A todo ello hay que añadir el hecho de que Costa y Macías no dudaron en identificar su director o guía de pueblos con el propio alma de la nación. Su despliegue de una tutoría intensa, directiva, activa y ejercida desde poder oficial garantizaba la restauración y el mantenimiento de una España legal, justa y viva.

Está claro que esas ideas convertían al dictador en una figura imprescindible mas que en un ejemplo social a seguir, lo que, además, es perfectamente coherente con el autoritarismo gubernamental. Sin embargo, tampoco puede pasar desapercibida la condición virtual del marco en el que los propios Macías y Costa van a inscribir a su director de pueblos. Como Altamira o Morote, ambos pensaban que si tal figura no había emergido en un momento de necesidad histórica como el que se encontraba la nación española —circunstancia que sí había tenido lugar en otras naciones durante sus respectivas crisis—, ya no cabía esperar esa posibilidad. Ni Costa ni Macías tenían muchas esperanzas de que, finalmente, llegara a aparecer un Gran Hombre; razón por la que no dudaron en entregarse a especulaciones utópicas imaginadas en torno a la figura del dictador patriota, artista, armonizador de sociedad y país y, en definitiva, dotado de excelentes cualidades psicológicas y temperamentales. Como ya sabemos, las soluciones en un plano más realista pasaron por intentar un gobierno de concentración que contara con todos los sectores sociales que formaban el país. Ante la inexistencia de un hombre ideal, habían de ser todos los colectivos y clases los que colaboraran en el proyecto común de la patria.

Hasta aquí hemos venido viendo como en la reforma política encarada por los regeneracionistas convergían términos tan diversos y, en ocasiones, contradictorios como “dictadura”, “democracia”, “parlamentarismo”, “monarquía” o “república”. El punto común de todas las propuestas tuvo que ver con la necesidad de promover reformas político-económicas de talante liberal. El objetivo era preservar la integridad de la personalidad nacional y asegurar la gobernabilidad sin obstaculizar la autogestión y la liberalización del capital económico e, incluso, cultural. De hecho, como bien ha visto Cacho Viu (1997), para todos los regeneracionismos apostar por la autonomía de gobierno y la administración era una forma de recuperar la maltrecha identidad nacional. Para conseguir ese objetivo, el regeneracionismo españolista barajó alternativas que, sin salirse del juego político-gubernamental, transformaran las reglas impuestas por el sistema restaurado; es decir, las de un sistema parlamentario monopolizado por las oligarquías caciquistas y los políticos tradicionales.

La exigencia regeneracionista pasaba por el desplazamiento de esos grupos en beneficio de las minorías intelectuales. Pero la sustitución no era tarea sencilla, máxime teniendo en cuenta que el único movimiento político radical contemplado como posible por el regeneracionismo era la revolución desde arriba. Quizá por ello los regeneracionistas exploraron e, incluso, privilegiaron maneras de atajar la corrupción y el parasitismo estatal al margen de cualquier sistema político. No se trataba tanto de una

propuesta anárquica como de encontrar una *élite* de hombres capaces de organizar la actividad de la nación; y todo al margen de los entresijos de la administración oficial y del poder absoluto que la Restauración otorgaba a políticos y oligarcas. Sobre ello trataremos en el siguiente epígrafe.

17.2. LA OTRA “REVOLUCIÓN DESDE ARRIBA”: LA LABOR ECONÓMICA Y CULTURAL DE LAS ÉLITES INTELECTUALES

En el apartado anterior hemos visto cómo la acusación *ad hominem* que los regeneracionistas hicieron recaer sobre los políticos de la Restauración llevó a exigir su salida inmediata del gobierno. Idealmente, debían ser sustituidos por políticos honestos que encaminaran al pueblo hacia el autogobierno o, incluso, por un Gran Hombre capaz de gobernar con maestría. Morote defendía el relevo asegurando que los ciclos políticos debían cerrarse para que pudieran aparecer nuevos estados evolutivos, mientras que Isern constataba la inexistencia de nuevas opiniones y partidos. Sin duda, para subvertir ese panorama, todos los regeneracionistas indicaron un camino que privilegiaba la nación natural –y popular– sobre un supuesto artificio político. Autores como Macías, Costa o Morote consideraron que la esencia espontánea, natural y mesurada de la nacionalidad debían convertirse en el cimiento de la estructura, morfología o fisiología política. En palabras de Morote: “(...) los gobiernos políticos, para tener eficacia, deben surgir de las entrañas de la sociedad y no ser impuestos caprichosamente a los pueblos; y por esta razón comprendemos también que la evolución mental sigue naturalmente cierta marcha, siendo semillero de graves prejuicios los obstáculos que se le oponen; que no es posible plegar un espíritu que se desenvuelve a nuestras formas artificiales, y que la psicología ha descubierto aquí también una ley de correlación entre la oferta y el pedido, a cuya ley debemos conformarnos si no queremos producir el mal” (Morote, 1900; p. 736).

Morote se acogía a las leyes sociobiológicas y a las teorías psico-sociológicas de Taine para afirmar que los moldes macizos, primitivos, instintivos y naturales mostrados en la historia nacional –incluso en la vida *local*– debían definir el camino de las reformas e impedir la muerte del Estado. El ajuste de las formas políticas al carácter nacional debía consistir, simplemente, en retocar los órganos a partir de la estructura española ya definida. Como Morote, Macías reclamaba un ajuste de la Constitución y las Cortes al alma del pueblo. Desde su punto de vista, debía producirse la nacionalización de todos los estamentos sociales, pero muy particularmente de los partidos directivos. Sobre todo estos últimos debían restaurar su ajuste íntimo con el ser, la historia, el pueblo y la tradición castiza o, en caso contrario, desaparecer. También Ganivet defendió la imposición del marchamo identitario en todas las instituciones de la España oficial. Como sabemos, exigía una organización militar preparada para la guerrilla, porque ésta reproducía de manera isomórfica el talante individualista español.

Quizás sólo los movimientos reformistas de Mallada e Isern matizaron la habitual y radical distinción entre nación sustancial –caracteriológica o psicológica– y el estado como organización política. El primero se permitió proponer reformas político–administrativas sin emplear argumentos esencialistas ni presentistas, mientras que el segundo difuminaba, no pocas veces, la idea de nación sustancial en una organización formal y legal del Estado. Isern lo considera formado por cuatro elementos básicos: Corona constitucional, cuerpo electoral, Cortes y Ministerios. Sin embargo, ambos autores destacaron el mecanismo regenerativo implicado en el sentimiento enérgico e indomable del amor a la patria; todo lo cual les acercaba claramente a la idea de autenticidad nacional que el resto de regeneracionistas oponían al artificio estatal. Así, hasta un conservador monárquico como Isern consideraba que lo fundamental era conseguir un gobierno ajustado a la Nación.

Al menos a título programático, todos los regeneracionistas parecen confiar en la refundación de un gobierno conocedor y cumplidor con las esencias psico-sociológicas nacionales. Sin embargo, el paso del tiempo venía demostrando que los políticos y oligarcas tradicionales no estaban dispuestos a plegarse a ningún tipo de imperativo disciplinar que les obligara a abandonar su privilegiada posición de poder. Morote fue quizá quien mejor describió el panorama reinante, señalando cuestiones como la inexistencia de cambios en el gobierno tras el desastre, la prevalencia de los intereses de los partidos por encima de la justicia social, la imposición de su acción sobre las mayorías o las disfunciones del parlamento. La situación abría una brecha infranqueable entre la realidad nacional y la política. La cuestión suscitó una verdadera miscelánea de opiniones psico-sociológicas, aunque todas convergen en la distinción arquetípica: la autenticidad virgen y virtuosa del pueblo, y la artificialidad corrupta de las *élites*. De hecho, el género regeneracionista se inicia con el interés de Almirall por encontrar algún elemento nacional sano al margen de las *élites* enfermas –políticos y corte– que dominan desde Madrid. Almirall llegará incluso a presentar la inmoralidad e ignorancia gubernamental como algo más que una excepción dentro del estado social. Es el autor que con más ahínco defiende la posibilidad de que la corrupción hubiera penetrado hasta el centro mismo de la nación alcanzando, por ende, a las clases bajas; más concretamente a las rurales. En una suerte de círculo vicioso, los políticos y los hombres de ciudad explotarían en su propio beneficio a los trabajadores del campo perpetuando la vida pobre, miserable e impotente de estos últimos. Queda claro, en cualquier caso, que en el estado de decrepitud nacional presentado por Almirall la corrupción interesada y estratégica de las *élites* es la que provoca la decadencia ignorante de las *masas* o el pueblo.

Precisamente, esa inconsciencia popular será la que permita que el resto de regeneracionistas pronuncien todavía más el deslindamiento entre la autenticidad nacional de las *masas* y la perversión de unas *élites* extrañas al cuerpo nacional. Unamuno habla del interés del tradicionalismo por el peso constitutivo de una ley social y externa que se opone a la tradición eterna del pueblo. Isern identifica la ruina estatal con los intentos de reducir el espíritu colectivo a términos de organización. Morote detecta,

como Unamuno, la existencia de una España antigua y otra actual, aunque lo que más le preocupa es la confusión o imposición de la forma política sobre la verdadera sustancia o carácter nacional. Costa señalará el desajuste entre los ánimos de los gobernantes y las capacidades del país, y también denunciará la inexistencia de una constitución adecuada a la calidad y posición del territorio.

Cerrando el género finisecular, Altamira recogerá todas esas opiniones traduciéndolas a una clave estrictamente psicológica. Para él, había que comprobar si un defecto atribuido al espíritu de un pueblo afectaba en realidad sólo a una parte del colectivo y si era modificable. Según Altamira, la mayor parte de los defectos adjudicados genéricamente al pueblo español —sobre todo por los viajeros e intelectuales extranjeros— eran problemas propios de las *élites*. Pero la psicología degenerada de los intelectuales, gobernantes o instituciones estatales nada tenía que ver con el sentimiento patriótico o la vida y alma nacional. Por eso el autor valenciano consideraba que, aún en un pueblo con muchos defectos, una parte, la *masa*, tenía cualidades para el renacimiento nacional, mientras que otra, los dirigentes, estaba sumida en la decadencia y resultaba inútil para emprender una labor positiva.

Como ya sabemos, esta diatriba provocó que los regeneracionistas desconfiaran progresivamente de los partidos políticos, de las instituciones oficiales y, en último término, de la propia noción de Estado. En consecuencia, el discurso regeneracionista destilará un hipertrofia liberal ejemplificada por perspectivas como las de Morote. Recordemos que para él la sustancia real del carácter o espíritu español se engranaba en la democracia y, por ende, en el liberalismo. La apuesta tendrá dos consecuencias etopolíticas fundamentales. En primer lugar, justificará una crítica radical y generalizada hacia todo el ámbito oficial y político. En esa línea, Maeztu apuntará la idea de que la evolución positiva de pensamiento nacional se debía a hechos protagonizados por individuos y colectivos situados al margen de la política. Quizás fue Macías Picavea quien llevó hasta las últimas consecuencias esa sensibilidad antipolítica al proponer que el hecho de deshacer el sistema político era un acto de amor a la patria. En segundo lugar, habida cuenta de la oposición, desinterés o incapacidad de los políticos y oligarcas para liderar la “revolución radical desde arriba” —y, según Morote, para apreciar la hecha desde abajo—, parecía claro que sólo la actividad socio-cultural de las llamadas “clases” o “*masas* neutras” podía convertirse en el núcleo voluntarista y reformista del proyecto de regeneración nacional. Frente a los anquilosados alambiques político-administrativos oficiales, autores como Morote condensaban en aquella fórmula psico-sociológica la actividad mercantil, agrícola e industrial de las fuerzas sociales. Así, en el seno indiferenciado de las “*masas* neutras” se coaligaban la energía y necesidades de las *masas* populares y la conciencia directiva de la iniciativa privada.

Desde el punto de vista político, autores como Macías Picavea consideraban que el desarrollo del pueblo no se produciría en tanto que no se le entregaran las funciones políticas. Sin embargo, reconociendo su labor como agentes productivos y custodios de las potencias y esencias colectivas, la

mayor parte de los regeneracionistas no tenían tan claro que las clases populares o proletarias fueran sujetos políticos. Tanto su estado de ignorancia y apatía intelectual como su eminente carácter productivo anegaban su protagonismo político; y este retrato justificaba la búsqueda de agentes alternativos que pudieran liderar la dirección y el cambio socio-político. Lógicamente, esa opinión suponía inclinar la fórmula de las *masas* neutras hacia la facción de los intelectuales y empresarios, dos figuras incluidas dentro de las profesiones burguesas a las que pertenecían los mismos regeneracionistas. Éstas fueron consideradas como los verdaderos motores del capital económico y cultural, los tecnócratas que debían organizar y comandar la actividad productiva de las grandes *masas* poblacionales. Podemos detenernos por separado en cada una de las dos facetas tecnocráticas que, idealmente, debían ser administradas por estas nuevas *élites*: la económica y la cultural.

17.2.1. La reforma económica desde el punto de vista psico-sociológico

Desde el punto de vista económico, el proyecto tecnocrático de las clases neutras pasa por la propuesta de una liberalización más o menos radical del mercado interno. Representa éste una nueva faceta del *self-government* —de hecho se articula paralelamente a la democrática y descentralizadora dentro del reformismo político— que, desde principios del siglo XIX, había retomado ciertos supuestos de la ilustración para aplicarlos al ámbito económico: la voluntad individual o personal se consideraba el fundamento de la creación y renovación de los negocios e industrias, permitiendo la circulación mercantil y, en último término, el progreso de toda la colectividad. En línea con el liberalismo y proto-capitalismo de la modernidad, incluso con la competitividad natural delineada por el sociodarwinismo, esta perspectiva implicaba que el sistema público dejara paso sin trabas arancelarias a la valía personal y la iniciativa privada. Es cierto que Almirall había abierto el género ironizando sobre aquellos partidos que, por querer parecer avanzados, sacralizaban los derechos del individuo y luego no tenían más remedio que reglamentarlos para poder mantenerlos. Sin embargo, la mayoría de los pensadores progresistas, con Maeztu y Morote a la cabeza, creían que el estancamiento nacional se podía paliar imponiendo este nuevo espíritu individualista y privado; una nueva versión del patriotismo que era sinónimo de trabajo y producción y, al tiempo, antónimo de oficialismo. En el extremo más entusiasta, Morote venía a comentar cómo la máxima lamarckiana, según la cual la función creaba el órgano también debía aplicarse a la política, de tal manera que si ésta no cumplía su función tampoco tenía razón de ser.

Dentro del discurso regeneracionista, esa sensibilidad encontró su expresión programática e interventiva más elaborada en el *Programa de la Asamblea Nacional de Productores*, redactado por Costa para las Cámaras de Comercio. El aragonés creía que podía convertirse en un catalizador de la vida del pueblo al proveer de la fortaleza necesaria para hacer frente al estancamiento oligárquico. De hecho, profundizando en la eficacia de ese programa como herramienta de cambio, Costa trató de convertirlo en

un instrumento de gobierno; más concretamente, en un partido nacional y regenerador. Bajo su punto de vista, materializaba la voluntad práctica de asociaciones que representaban el pensamiento y el trabajo, aquellas que se habían unido en asamblea bajo el patronazgo de las Cámaras de Comercio. De ello, resultó, en definitiva, la Unión Nacional, iniciativa que, a decir de Morote, había de cumplir una importante tarea psico-sociológica: *“El patriotismo, la buena fe, la voluntad de ser de veras fuerza nacional de regeneración de las clases productoras, ha obrado ese prodigio, que prodigio es en España unir en vez de dividir, dado nuestro tradicional carácter inclinado al fraccionamiento, a la atomización, a la desidia, a la guerra civil”* (Morote, 1900, p.511).

Morote y Costa creían que las clases neutras reunidas en la Unión Nacional conseguirían fortificar la voluntad y la conciencia patriótica —la templanza en los términos platónicos utilizados por Costa—, ya que en su seno se producía la alianza del trabajo intelectual y el capital económico. Esas eran las fuerzas vivas del país, la verdadera personalidad de la nación frente al gobierno y los partidos tradicionalistas que se habían estancado en el estadio de la barbarie. La línea economicista delineada por las clases neutras era *“(…) haber dado otra estructura y otra complexión a nuestra alma, por haberse propuesto como modelo de estado, el modelo industrial y no el modelo guerrero, como diría Spence”* (Morote, 1900, p. 531). Sin embargo, el paso de convertir el programa costista en un partido político no dejaba de suponer una incoherencia dentro de la perspectiva del liberalismo económico. Suponía reintegrar la función primaria y natural representada por la economía al artificio político que se pretendía superar. Así, a la hora de la verdad, el mismo Morote que se jactaba de la supremacía de hombres de negocios sobre los políticos se limitaba a lamentar la inexistencia de profesiones liberales entre los diputados españoles (la mayor parte extraídos sólo de clases altas). En realidad, ni él ni Costa habían renunciado completamente a recuperar las instituciones político-administrativas de la nación. Era exactamente a esto a lo que se refería Morote cuando exigía una revolución interna en el alma española que, después de anular el estigma caracteriológico del fatalismo, reformara la conciencia y la voluntad social y creara órganos para cumplir sus funciones, aunque dichos nuevos órganos debieran crearse sobre la base del programa político de la Asamblea de Zaragoza y la Unión Nacional.

Este liberalismo moderado fue compartido en general por todo el regeneracionismo, aunque sí recibió críticas de los dos autores situados en los extremos del espectro ideológico. En uno se ubicaba Maeztu, quien no tenía tantos problemas como Morote o Costa a la hora de defender individualismos radicales y, al tiempo, revoluciones externas o desde abajo. Sí denunció explícitamente la incoherencia o el error que, desde su punto de vista, suponía convertir el excelente ideal costista en un partido político. Para Maeztu, la condición natural era la lucha por la supervivencia y en ella no había cabida para artificios políticos. Lo que no deja de llamar la atención es que su perspectiva no advirtiera los desajustes entre los engranajes del liberalismo económico y la integridad del colectivo nacional. Ni él ni otros autores cercanos

al socialismo —caso de Morote o Unamuno— adivinaron la íntima aunque antagónica relación entre el capitalismo y la lucha de clases y, en último término, los conflictos sociales que podían desestabilizar el propio concepto de nación. Muy significativo es que esta cuestión tuviera que ser advertida por el autor que ocupa el polo opuesto del espectro ideológico del regeneracionismo: Damián Isern. Por supuesto, el autor de *Del desastre Nacional y sus Causas* no era contrario a la propiedad privada, pero, a diferencia de Maeztu, era abiertamente crítico con el egoísmo individualista y mercantilista de la ley liberal de la oferta y la demanda. El hecho de que Isern citara un artículo de la revista anarquista, *La ciencia Social*, para ilustrar las “injusticias sociales” del liberalismo indica hasta qué punto ambas posiciones, reaccionaria-tradicionalista y anarquista-socialista, aún con objetivos políticos diferentes (el individuo al servicio de la corona, en la primera, o de la sociedad, en la segunda), coinciden en configurar un enemigo natural: el proyecto del nacionalismo burgués.

En último término, y con todos los matices que se quiera, ese objetivo era compartido tanto por los políticos de la Restauración como por los regeneracionistas. Ambos grupos se encuadraban en una amplia clase media —políticos y profesiones liberales— interesada por dominar el “signo” de la nación; un “signo” que, a finales del siglo XIX, poco o nada tenía que ofrecer a los nostálgicos de la monarquía católica —las altas clases oligárquicas— o a los profetas del internacionalismo obrero —el proletariado rural y urbano—. Pero para conocer los aspectos peculiares de la estrategia que empleó el regeneracionismo a la hora de intentar dominar dicho signo es fundamental pasar al siguiente punto: el relativo a las herramientas culturales y científicas.

17.2.2. La reforma cultural desde el punto de vista psico-sociológico

El proyecto tecnocrático de las clases neutras exigía de las *élites* intelectuales un manejo fluido y adecuado de los conocimientos, saberes y tecnologías modernas. Así, en el ámbito de la cultura la cuestión de la libertad tendrá que ver, sobre todo, con el nivel y preparación científica que los intelectuales y científicos españoles podían llegar a alcanzar para modernizar el país. Lógicamente, atendiendo a la preservación identitaria, autores como Ganivet creían que lo fundamental era una formación orientada a mantener vivas las ciencias y artes propiamente nacionales. También podemos encontrar concesiones a la razón pura en el interés de Macías por preservar el amor por la ciencia al margen de su utilidad o en la insistencia de Mallada en la pertinencia ideal de alcanzar las alturas del saber humano. Pero lo habitual fue destacar la escasez y el atraso de la actividad científico-tecnológica, un panorama que Unamuno identificaba con el imperio de una semiciencia presumida y casticista: la ignorancia que se ignora a sí misma. Sin duda, el esquema caracteriológico de Mallada era el más pesimista a la hora de evaluar las posibilidades de modificar la situación: el pueblo español tenía capacidad para las letras pero no para las ciencias. Sólo podían encontrarse desarrollos interesantes entre las disciplinas especulativas. Sin embargo,

autores como Macías y Unamuno si creían que existían posibilidades de variar tal panorama. Ambos consideraban que las soluciones psicopedagógicas pasaban por el desarrollo de una educación y una investigación directa, práctica, experimental y propia de la ciencia moderna. Para el autor de *El Problema Nacional* la conciencia podía llegar a ser dueña de sí y, por ende, capaz de aplicar el método científico y experimental para la resolución de problemas. La idea era transformar el carácter libresco e ideológico – valga decir especulativo, idealista o estrictamente teórico– de la cultura española en real, experimental y positivo. En una línea muy semejante, Unamuno señalaba la tendencia española al enciclopedismo y a la disociación radical entre ciencia y arte – los científicos eran aburridos y los literatos no tenían ciencia–, una situación que podía solucionarse promocionando la observación de los hechos, la inducción y la especialización.

Uno de los objetivos básicos de la liberalización del conocimiento descrita era bien sintetizado por Costa: promover los adelantos científicos. Sin embargo, las llamadas a la modernización en el orden de los saberes disciplinares no se agotaba en la simple mejora tecnológica. La preparación científica era fundamental para encarar un horizonte reformista mucho más importante desde el punto de vista etopolítico. Éste estaba estrechamente relacionado con una de las acusaciones más relevantes que los regeneracionistas –desde el idealismo de Unamuno hasta el positivismo de Morote, desde el tradicionalismo de Isern hasta el progresismo de Altamira– vertían contra las clases directivas y los gobernantes de la Restauración: el desconocimiento de la psicología, el carácter, la etnología y la historia de las *masas* nacionales, populares o sociales. Como ya sabemos, frente a esta situación era necesario adquirir herramientas psico-sociológicas que permitieran conocer, interpretar o, incluso, en palabras de Unamuno, amar la realidad social y las verdaderas cualidades del pueblo español, primero, y recuperarlas, gobernarlas y, en definitiva, manipularlas con conocimiento de causa, después.

Como sabemos, el núcleo de la labor exegética demandada y, de hecho, desplegada por el regeneracionismo parte de un supuesto populista fundamental: las clases modestas representan la pureza y la autenticidad nacional y, al tiempo, se hallan presas de una ignorancia pasiva, desorientada y apática. Respecto a esta última cuestión, autores como Morote o Maeztu intentan señalar que la indiferencia ante la política oficial no ha de suponer que el pueblo se encuentre completamente inerte. Ambos hablan de cambios lentos o periodos de evolución en el alma española; caminos para adaptarse a los hechos de un nuevo escenario socio-histórico que, en alguna medida, supone una superación del previo –el romántico para Maeztu, el político para Morote. Este último tenía claro que aunque los pueblos no pusieran remedio inmediato a sus crisis no se evitaba que desarrollaran progresivamente una marcada desconfianza hacia la política. Si ese proceso se producía de manera reflexiva provocaba reformas sociales; si, por el contrario, seguía una deriva instintiva, producía trastornos sin finalidades claras. En cualquier caso, ambas vías evitaban la paralización de la vida colectiva y preparaban la evolución hacia el acto de voluntad soberana

del colectivo. Así, para Morote, el pueblo español podía estar sufriendo una relativa pérdida de fe en la política, pero sólo en la medida en la se iba apartando de las formas anecdóticas para entrar en contacto con la verdadera sustancia. En línea con este fenómeno, Morote se atrevía, incluso, a señalar el interés por las reivindicaciones sociales que se empezaba a despertar en el pueblo español.

Ese tipo de perspectivas era sin duda necesario para encontrar un terreno mínimamente abonado para el cambio. Pero lo que a la mayor parte del regeneracionismo le interesa destacar era la excesiva — cuando no completa— delegación del contribuyente o el electorado en los partidos, los gobiernos y administradores o en el propio sistema político vigente. Este exceso de derechos pasivos será asociado intrínsecamente a desajustes psicológicos propios del español: atrofias y enfermedades de la voluntad racional, activa o libre, según Macías o Costa; disociación y ordenancismo mental, según Unamuno; falta de examen de conciencia tras el desastre, según Morote; defectos caracteriológicos como la fantasía e inmoralidad, según Mallada; tendencia latina a idolatrar el principio de autoridad, según Maeztu, Macías o Morote; infantilismo, ignorancia, autosugestión, superstición, credulidad o fe ciega de las muchedumbres populares, según Altamira, Morote o Costa; o a simple cobardía civil, también señalada por Macías y Costa.

Quizá sea Costa el autor que pinta el panorama político más deprimente desde el punto de vista psico-sociológico. Costa habla de una falta de sustancia gris que impide al español prescindir totalmente de los políticos e, incluso, de participar activamente en su elección. Detrás de esa actitud detecta desidia, aguante, cobardía y falta de espíritu de justicia. En el extremo más pesimista, la indigencia, la anemia y la falta de iniciativa condenaba al pueblo español a la desorientación y a la imposibilidad de una redención política. Así, la enfermedad del pueblo, y más concretamente la de su principio voluntarista, atrofiaba el principio activo de su ser y, por ende, la posibilidad de que se responsabilizara de su propio destino.

De lo dicho hasta aquí se deduce que no sólo eran las *élites* directoras las que se despreocupaban de la situación de las bajas, sino que éstas últimas tampoco parecían prestar demasiada atención a los daños que le estaba infringiendo la desastrosa gestión de las primeras. Costa era muy claro a este respecto cuando en *Reconstitución y europeización de España* hablaba del problema interno e, incluso, de la catástrofe política producida por la incapacidad de gobernantes y gobernados. Así, será justo en el espacio de tránsito entre la despreocupación o manipulación egoísta de las *élites* políticas y la inmadurez o apatía ignorante de las *masas* proletarias donde los regeneracionistas ubicarán el papel protagonista de las siempre omnipresentes clases neutras; las únicas que, en teoría, mostraban cierta preocupación ante el desbarajuste del conjunto del organismo nacional. Es cierto que en muchas ocasiones Costa convierte las *masas* neutras en sinónimo de la mayoría nacional, con lo que aquéllas tampoco escapan a los ribetes negativos que el aragonés adjudica al conjunto del pueblo español. Pero también sabemos que es en ese amplio estamento donde él y otros muchos regeneracionistas (Morote, Macías, etc.) localizan los

elementos productivos —proletariado, intelectuales y empresarios— y, más concretamente, los sujetos que, además de víctimas, son conscientes del anquilosamiento socio-cultural de la nación. Siendo así, no es de extrañar que tales sujetos sean también considerados como los protagonistas, agentes o motores fundamentales de la reforma. Altamira tenía claro que, ante la credulidad de las *masas*, esas *élites* eran las únicas que podían preocuparse por la unidad de España y su vida.

Cabría reunir estos entes bajo el título de “media burguesía”, si no fuera porque Morote, en alguna línea de sus obras, reservó el término para denominar literalmente a las clases altas; las mismas que conformaban las minorías directoras que él y otros regeneracionistas tanto criticaban. Más habitual fue la idea empleada de *clases medias*, por ejemplo, en la perspectiva clasista de Macías para señalar el estamento que debía guiar al conjunto del pueblo —incluida la clase alta o caciquista— y encabezar la regeneración social. Sea como fuere, la labor a desplegar por las *clases medias* exigía poseer herramientas de conocimiento —valga decir científicas— que se ajustaran a los cauces de la modernidad finisecular, sin olvidar, eso sí, la necesidad de encontrar el germen de un pueblo libre en la propia historia nacional. En ese sentido, Costa habla explícitamente de la necesidad específica de forjar una *élite* ilustrada; una raza superior o grupo natural de elegidos que, de hecho, ya había existido en algún momento del pasado nacional antes de que las *élites* gubernamentales, otra vez bajo su rol arquetípico de villanía, promovieran su ocaso histórico y extinción. Sabemos que, según Costa, instituciones como la Inquisición habían promovido desde el siglo XVI un suicidio nacional —una selección invertida en el combate por la supervivencia— al expulsar progresivamente a esa aristocracia intelectual y moral. Siguiendo a Fouillée, el aragonés argumentaba que el estancamiento, la decadencia o muerte de los colectivos se producía por la inexistencia de estos individuos y grupos ejemplares. Sin duda, estos actores se convertían en los principales responsables del desarrollo del pensamiento científico-tecnológico y, en último término, del progreso nacional. Como ya hemos apuntado en otro lugar, pocas dudas caben de que Costa y el resto de los regeneracionistas aspiraban a erigirse en los herederos coetáneos de las *élites* intelectuales del pasado.

Almirall creía que la existencia de grandes individualidades científicas no había sido precisamente beneficiosa porque, aunque existían algunos al corriente de la ciencia moderna e, incluso, con reconocimiento internacional, eran completamente desconocidos en su propia patria. Aún peor era que fueran incapaces de crear un conjunto o una escuela nacional en cualquier rama científica. Sin embargo, en el esquema elitista de Costa era prioritario, precisamente, generar grandes individualidades científicas equiparables a las del resto del mundo occidental antes que empezar a pensar en la extensión del saber por toda la sociedad. La consecuencia primaria de esta demanda podría ser el desarrollo de la ciencia moderna, pero Costa y, con él, el resto de regeneracionistas estaban más preocupados por los efectos de tal agenda en un segundo nivel. Y es que sólo después de que las *élites* intelectuales se formaran y adquirieran los instrumentos científicos adecuados podían estar en condiciones de protagonizar e impulsar el cambio

social. Los horizontes específicos de este segundo paso, ya plenamente instalado en la intervención social, se orientaban (1) al desarrollo de una labor pedagógica capaz de mejorar tanto la productividad de las clases bajas como de paliar moderadamente su sumisa inmadurez y (2) al despliegue de las técnicas psicociológicas y político-ideológicas necesarias para dirigir y organizar el corpus nacional o, valga decir, el Estado.

(1) Es cierto que para autores como Morote y Altamira el primer horizonte subsumía al segundo en la medida en que una mejora de la instrucción —guiada fundamentalmente por las *élites* ilustradas— debía mejorar la conciencia política del pueblo y, en último término, la implantación de un verdadero sistema democrático. En este sentido, Morote tenía claro que tomar conciencia de los males patrios permitía aumentar las capacidades y la voluntad del país y crear una verdadera personalidad política. Sin duda en eso consistían sus llamadas a perfeccionar la naturaleza del pueblo. Precisamente pensando en la importancia de la herramienta psicopedagógica para el desarrollo de la capacidad reflexiva, Altamira creía que uno de los problemas fundamentales de la sociedad española era la excesiva separación del mundo universitario y el pueblo. Romper esa distancia era fundamental para promover la voluntad y la acción popular y el cambio definitivo de las instituciones y, sin duda, esa es la razón por la que el propio Costa, tan crítico con las capacidades del pueblo, exige gobernantes educadores —literalmente, fermento de la *masa*— antes que legisladores. Lograr que las *élites* ilustradas se implicaran activamente en la formación del pueblo era, en definitiva, una manera directa de responder a la actitud irresponsable de las *élites* gubernamentales; las mismas que, según Mallada o los propios Costa, Morote y Altamira, se habían aprovechado de la inercia e ignorancia de la *masa* mayoritaria para subvertir el orden lógico y plegar la nación a las necesidades y decisiones de la oligarquía y la clase política.

No es que todos los regeneracionistas no apuntaran a ese objetivo pedagógico dentro de su proyecto reformista. Sin embargo, sopesar la consecución completa del horizonte democrático —el acercamiento del pueblo a la intelectualidad— a corto o, incluso, medio plazo también implicaba recortar o limitar en gran medida el protagonismo y el recorrido político-social de la *élite* ilustrada y, por ende, de los propios regeneracionistas. En esa controvertida tesitura cobra sentido la preocupación reaccionaria de Isern por la rapidez con la que el anarquismo universitario acompañaba el avance del utilitarismo capitalista. Más habitual fue que los pensadores finiseculares —siendo la mayor parte de ellos afines al programa liberal— optaran por remarcar la lentitud o insuficiencia reformista de los cauces psicopedagógicos. Aquí tienen cabida opiniones ejemplares como las de Mallada o el propio Costa: el primero, advirtiendo que la difusión de la instrucción y la democracia no era arsenal suficiente a la hora de combatir la fantasía y la inmoralidad pública —las dos taras del carácter nacional que subyacían al dominio del caciquismo; y el segundo, apuntando que la transformación del estado social se producía muy lentamente, siendo su completa consecución una tarea para las generaciones venideras. Incluso a propósito

de este último escenario, autores como Maeztu consideraban muy dudosa la emergencia de una generación de hombres capaces de encarar la reconstitución.

(2) El panorama descrito reclamaba el uso de otras herramientas mediadoras o catalizadoras del cambio social; instrumentos que, además de estar en manos de los regeneracionistas aseguraban su participación inexcusable y aparentemente perenne en el núcleo directivo del Estado-nación. Siguiendo al propio Costa, es aquí donde cobraría un completo sentido aquella dimensión tecnocrática que permite que la *élite* intelectual coetánea se sitúe al frente de la organización, administración y progreso del estado. Los objetivos tecnocráticos en el discurso regeneracionista se desdoblarán entre las propuestas orientadas a conseguir el ciego compromiso del pueblo con el proyecto nacional articulado por las *élites* intelectuales — lo que Costa definía como fortalecer el vínculo nacional— y, complementariamente, las reclamaciones para que esas mismas *élites* desarrollaran y utilizaran las técnicas científicas pertinentes para lograr el nuevo orden social. Ambos son, en cualquier caso, objetivos que se perfilan de una manera demasiado poco específica. Los desglosamos en los dos puntos que siguen.

- En cuanto al primero, Mallada emplea una difusa llamada a la moralización capaz de rectificar la inmoralidad pública, mientras que Costa apuesta, también de manera muy general, por la promoción de un valor cívico que permita al pueblo discernir entre los elementos sanos del organismo social. La labor de las *élites* en este sentido no está muy alejada del diseño y transmisión de una conciencia colectiva, si bien en estos casos el intento psicopedagógico de que el pueblo lo adquiriera o se implique en él a través de capacidades críticas y reflexivas es sustituido por el ofrecimiento y generalización de un potente ejemplo a seguir. En línea con las tesis de Tarde, Le Bon o Ribot (ver a este respecto Morón, 1998), el comportamiento moral de lo mejores, representado por las minorías ilustradas, debería ser el modelo a “imitar”; en función, eso sí, de las demandas y objetivos intrínsecamente ligados al estamento o clase social al que perteneciera el sujeto en cuestión. La calidad moral de las *élites* ilustradas marca, por tanto, el desarrollo o capacidad de regeneración de un país ya que, por abajo, define el nivel de mediocridad social mínimo en el que debería instalarse la mayor parte de la población —una labor psicopedagógica pasiva que está presente en el propio discurso nietzscheano, mientras que, por arriba, delimita el grado de genialidad y, por ende, proyección de progreso que cabe esperar de la aristocracia intelectual. Como planteaba Unamuno, los videntes de la sociedad debían elevarse continuamente hasta la luz para lograr alcanzarla.

- En relación con las técnicas concretas que podían desplegarse para establecer el orden social, recordemos que Almirall ya había abierto el género ironizando sobre el supuesto talante científico con el que los políticos y gobernantes habían elaborado las leyes electorales y el propio régimen parlamentario de la Restauración. Cabía esperar, por tanto, que los regeneracionistas ofrecieran alguna alternativa al romanticismo y caciquismo que, en realidad, subyacía a la acción política oficial. Incluso el talante

contemplativo de Ganivet reclamaba en este punto perder el miedo a la libertad y el progreso, suponiendo que los reformadores funcionaban como agitadores capaces de avivar las energías nacionales adormiladas.

Sin embargo, a la hora de diseñar sus propias herramientas políticas los regeneracionistas tampoco irán mucho más allá de las generalizaciones. Eso sí, en su seno cobran un nuevo sentido las acusaciones hechas por Almirall, Maeztu o Mallada contra la retórica hueca y la mala preparación de los políticos. Ahora esa circunstancia se considerará sintomática de la ausencia de medidas interventivas concretas y, en definitiva, de la falta de un proyecto científico o, más bien positivista, en el ámbito legislativo y político español. La falta de medidas específicas es detectada por Costa cuando, de forma inédita, se separa de las bases identitarias que natural o idealmente han de guiar las reformas para centrarse en los fenómenos que de hecho, acaecen en la realidad social. Para él, "(...) *el remedio al mal que lamentamos tiene que ser dinámico: la ley no alcanza sino, a lo sumo, a favorecer ese dinamismo, dirigiéndose a la raíz, y no al tronco o a las ramas, mirando al manantial de donde brotan las acciones más bien que a las acciones mismas o a su determinación actual; que es decir, procurando la reforma por vías indirectas*" (Costa, 1901/1998b; p. 109).

Por "vías indirectas" cabe entender medidas concretas, directas y eficaces, tecnología de remediación en la que, lógicamente, cobra pleno sentido el sistema positivista demandado por Macías. Como buen liberal decimonónico, él es uno de los autores que más reclamarán la intervención de los peritos, los técnicos y los científicos en la esfera de lo político-administrativo. En realidad, en su proyecto, Macías les reservaba un protagonismo completo. Aquél preveía la separación real de legislación y gobierno basándose en una distinción funcional de la actividad gubernativa. Por un lado aparecía una función asociada al "querer" y la ética, una función teleológica y volitiva que comprendía cuestiones como la autoridad, la dirección o el poder libre ejercido por los políticos. La segunda función tenía que ver con el "hacer" y la técnica; es decir, con las cuestiones prácticas y ejecutivas de la acción, la obra o el arte dominado por los peritos. El radio de influencia de la primera terminaba donde empezaba el de la segunda. Es más, Macías comentaba que la moderna sociología demostraba que el peritaje debía prevalecer sobre la política. Las ciencias sociales desdeñaban científica y experimentalmente las "ideas" en favor de las "energías" individuales, por lo que era más adecuado confiar en hombres inteligentes, honrados y responsables que en el derecho y los grandes ideales. El estado debía quedar en manos de los primeros, ya que éstos eran la "*sal de la administración en todos los pueblos dignos y cultos*" (Macías, 1902/1992; p. 298). Nada más lejos de caciquismo.

Como Macías, Morote también se acogió al imperativo disciplinar cuando consideró que la reforma nacional funciona como una ley biológica, incluso cuando defendía que la imposición o la limitación de la voluntad de las mayorías deben estar sometida al imperio de la razón. La apuesta científica no se agota, en cualquier caso, en la facción progresista del regeneracionismo, y hasta un autor

reaccionario como Isern identifica su aplicación con la clave del desarrollo y los beneficios sociales. Es más, las mejoras no se limitaban al perímetro nacional, ya que Macías consideraba que un Estado en manos de hombres inteligentes, preparados para la investigación y la elaboración de tecnología, permitiría convertir España en una nación competitiva cara al panorama internacional. Sin duda, a través de este tipo de escasos pero relevantes argumentos, los regeneracionistas ofrecían un lugar privilegiado a la figura del tecnócrata dentro de su proyecto de estado-nación.

17.3. PRECURSORES ELITISTAS DE LA FORJA DE LAS “DOS ESPAÑAS”

Si recapitulamos todo lo dicho hasta aquí, podemos considerar que los argumentos a través de los que va tomando cuerpo la función de las *élites* en el discurso regeneracionista dependen de un juego a tres bandas. Por un lado, aparece el gregarismo y el sacrificio del pueblo español, una condición que, en contra de la idea de *masa* empleada por muchos reformadores europeos, destacaba la confianza, la solidaridad, la cohesión o la unidad íntima del colectivo nacional. Esas características se oponían arquetípicamente a las de un segundo elemento configurado por la corrupción política y los intereses caciquistas que subyacía al sistema restaurado. Sabemos que la estrecha identificación de las taras oligárquicas con los órganos gubernamentales provocó una generalización y deterioró gravemente la opinión del regeneracionismo hacia toda clase de política oficial. En último término, el artificio político-estatal podía llegar a ser considerado antagonista de la autenticidad etnocultural –psicológica– de un pueblo-nación integrado por los tres elementos productivos; es decir, el proletario, el empresarial y el científico.

La sobrevaloración del contexto de relaciones configurado por esos tres entes productivos supuso, en cierto sentido, la posibilidad de pensar en un modelo de Estado por fuera de los límites del sistema Restaurado y, por ende, rodeado de una evidente aura de antipoliticismo. Eso sí, el rechazo del Estado no quiere decir que los regeneracionistas pongan en duda la pertinencia de un marco normativo. En el discurso regeneracionista existe una legalidad, pero ésta se define de forma alternativa a la oficial –la misma que existía hasta ese momento en una versión corrompida–. Por eso los intelectuales liberales van a apelar a la autoridad de lo que hay supuestamente de natural y auténtico en la nación. La idea fundamental es que la legalidad se ajuste a las bases psico-sociológicas e histórico-culturales. Son ellas las que configuran las vías de la acción reformista, el aparato tecnológico desplegado y, en último término, la reinvención político-ideológica de la nación. Desde el punto de vista del regeneracionismo, el poder político-administrativo se convertía en una simple expresión catalizadora de aquellas vías y, no en vano, alcanzar cotas de mayor participación popular en la decisión política no fue uno de los objetivos a corto plazo de los liberales del fin de siglo.

Ese último extremo es muy relevante porque, cuando los regeneracionistas oponen el economicismo, el populismo y la ciencia a la política oficial, reservan el protagonismo activo para las clases medias; es decir, para aquel sector de las clases neutras engranado por los pequeños empresarios y comerciantes y, por supuesto, por los intelectuales. En el proyecto regeneracionista, el pueblo—*masa* debía proveer prioritariamente la mano de obra y el respaldo sumiso y obediente. Esta escisión en el seno del organismo nacional da lugar a los otros dos vértices del esquema elitista del regeneracionismo. Por un lado, aparecen las clases más bajas, un sujeto colectivo que podía custodiar la pureza y autenticidad nacional pero que, al tiempo, era esclavo de su ignorancia, infantilismo o inmadurez política. Desde el punto de vista del regeneracionismo, estaba muy lejos de la posibilidad de participar, a la manera del *self-government* anglosajón, en la organización del mecanismo político-administrativo del Estado. Por otro lado, descartadas las clases políticas y oligárquicas tradicionales, la alternativa directiva había que buscarla en el entorno de las clases medias, particularmente entre los colectivos empresarios y, sobre todo, intelectuales. Entre éstos últimos debían emerger los agentes de cambio social, los prohombres capaces de interpretar y orientar las potencias atesoradas en bruto por el pueblo español. Claramente, esa apuesta convertía a los propios regeneracionistas en candidatos para liderar a un pueblo que reposaba en el lecho de una ignorancia inocente y natural a la espera de sus (super)hombres (sobre la intención institucionista y regeneracionista de sustituir unas *élites*, las científicas y empresarias, por otras, las oligárquicas, ha llamado también la atención Tuñón, 2000).

Lo más relevante del panorama dicotómico que hemos venido presentando —el de unas *élites* anquilosadas y tradicionales que resisten el embate de unas productivas y progresistas— es que, en cierta medida, prefigura, aunque no determina, el paisaje que, avanzando el siglo XX, recibirá el nombre de las “Dos Españas” —el fin de siglo es todavía un momento muy temprano para hablar de izquierdas y derechas y más aún de republicanos o “rojos” y nacionales o “fascistas”—. En realidad, las referencias conflictivas a esta cuestión atraviesan, de una u otra manera, todo el discurso regeneracionista y los ámbitos de la vida nacional en él contemplados —política, sociedad, ejército, arte, ciencia etc. Almirall había distinguido entre la España de los hechos y la de las apariencias, asimilando la primera a la depresión y la miseria del campo, y la segunda bien con un pueblo inédito feliz y perfectamente gobernado, bien con el comportamiento siempre interesado de los políticos centralistas. Los regeneracionistas que le siguen sólo depurarán esa diatriba. Morote incluirá en ella la relación de odio entre la España oficial y el pueblo español, mientras que Costa trazará una línea muy clara entre la España que practicaba el caciquismo y la que lo sufría.

La diatriba obedece, incluso, a una articulación psico-sociológica en los múltiples planteamientos de Unamuno, Maeztu o Morote. Así, es intrínseca a la disociación unamuniana entre una historia interna, la del pueblo eterno y nuevo, y otra externa, la de la España tradicional y casticista. En ese mismo sentido,

Maeztu señala la existencia de dos tendencias sobre el alma nacional: la histórica, guerrera y heroica, y la contemporánea, conservadora y positivista. En otras ocasiones el autor vasco opone dos tipos de instintos, el tradicional, histórico y nostálgico, por un lado, y el crítico, rebelde, voluntarioso y futurista, por otro. En *Hacia otra España* hay incluso lugar para plantear la existencia una raza de trabajadores y profesionales que se opone a la de los que no lo son.

La idea de la existencia de dos razas en la sociedad española también es retomada por Morote. Basándose en la sempiterna ley histórico-biológica de la causa y el efecto, el autor de *La moral de la derrota* divide la sociedad española en dos razas: una deseosa de conseguir un pueblo culto y moderno, pensadora, creyente en la libertad y afín a un ideal dinámico (estudiosa, trabajadora, etc.), y otra que afirma la paz a través de la guerra y la exclusión, cree en el exterminio de la libertad y en la posición estática del gobierno. Estos últimos son los que invocan el patriotismo para mantener el *status quo* alcanzado. Morote pensaba que el choque entre ambas era inevitable e, incluso, que la España nueva derribaría a la España vieja —lo que denominaba regeneración por el pueblo mismo—. Recordando claramente los planteamientos psico-sociológicos de Fouillée, en otros lugares de su obra Morote también apunta la existencia de dos “fuerzas” contrarias en el seno de la conciencia pública española: una es responsable del carácter de idealidad y de la creencia en prodigios sobrenaturales, y otra lo es del cansancio y la hartura de pueblo español. Desde su punto de vista, ambas fuerzas eran contrarias y actuaban con igual intensidad, cosa que, afortunadamente, producía que se anularan mutuamente. Para Morote, era necesario evitar a toda costa que el pueblo se abandonara completamente a una de las dos, lo cual exigía urgentemente una regeneración rápida y sin transiciones. De forma clarividente advirtió de que: “Pueblo alguno sufrió las pruebas que este pueblo español ha sufrido con heroica resistencia. Por eso, al acabar el siglo, al resucitar de su muerte colonial, al nacer a nueva existencia, es preciso extirpar todos los gérmenes de infección que puedan reproducir el terrible tumor de la guerra civil” (Morote, 1900; p. 223-224).

Como venimos planteando, en todos estos esquemas se evocan ya las “Dos Españas”, si bien es claro que el antagonismo se define principalmente en un espacio elitista. Exceptuando casos como el de Unamuno, es el proyecto nacional de las *élites* ilustradas y capitalistas el que se opone arquetípicamente al de las oligárquicas y tradicionales. Las clases bajas siguen sin aparecer como agentes de cambio social. Será mucho más tarde, en el contexto de la Guerra Civil (que permite la eclosión definitiva del enfrentamiento entre la España tradicionalista y la progresista), cuando el proletariado ejerza su protagonismo histórico y reivindique su propio proyecto de nación —aunque finalmente fracase—; una posibilidad que los regeneracionistas de finales del siglo XIX no se habían atrevido a imaginar. Muy al contrario, sus planteamientos a ese respecto fueron más bien precavidos cuando no abiertamente críticos. Con todas las prebendas liberalizadoras que se quiera, el liberalismo finisecular no podía renunciar al

concepto orgánico de la nación-estado. De hecho, su precaución nacionalista se extendió a los otros dos dominios o actitudes que, avanzando el siglo XX, también habían de oponerse radicalmente a la España oligárquica: nos referimos al *internacionalismo* —la España europeísta— y al *localismo* —la España que Pi y Margall había bautizado tempranamente con el nombre de “las nacionalidades”—. Desde el punto de vista del regeneracionismo, llevar al extremo las bases matriciales de esas dos agendas podría abrir el calidoscopio de las Españas —o Antiespañas— posibles o, lo que es lo mismo, poner en peligro el acto identitario propiamente españolista. De hecho, el propio Almirall ya había hablado en 1889 de la posible absorción de “todas las Españas” por el grupo central y castellano. Por eso, el control y la administración de los puntos útiles y, en definitiva, nacionalizadores de las dos agendas que venimos comentando será otra de las principales tareas interventivas que pueden detectarse en el discurso regeneracionista. Lo veremos en los dos capítulos siguientes.

CAPÍTULO 18

EL LOCALISMO: PROS Y CONTRAS DEL
FENÓMENO REGIONALISTA

INTRODUCCIÓN

En líneas generales, todos los regeneracionistas mantenían la existencia de la unidad natural y primigenia de España, pero esto no era incompatible con considerar que en el territorio nacional convergían diversas regiones, cada una de ellas con su propia dotación caracteriológica o psicológica. Esa apuesta por la variedad peninsular en el seno de la unidad del alma común aparece en Almirall, Macías Picavea o Morote cuando hablan de regiones naturales en las que se armonizan raza, costumbres, mesología, historia, dialectos y lenguajes peculiares. Desde el punto de vista de Morote, esos rasgos de personalidad propios, pronunciados y diferenciales tendrían correlatos cerebrales que corresponderían con los de los diferentes pueblos que habrían ocupado la península a lo largo de la historia. En esa misma línea, años antes Almirall había aceptado que era imposible romper los sentimientos e intereses que unían a las regiones. Pero también había que tener muy claro que cualquier intento por hacer creer que España estaba poblada por una sola raza uniforme sólo podían entenderse como una maniobra de los políticos centralistas; lo mismos explotadores del pueblo y las regiones que estaban dispuestos a cualquier cosa para preservar y explotar sus propios intereses.

Sin llegar al extremo atávico y racial de Morote, Mallada y Unamuno también realizaran distinciones tácitas de los diferentes caracteres regionales. El primero hablará muy descriptivamente de la honradez castellana, la franqueza aragonesa, la formalidad catalana o la nobleza vizcaína, mientras que el segundo señalará muy genéricamente la diferenciación interna del pueblo español que se unificaba en el conjunto de la unidad espiritual superior. Así, sin olvidar su supeditación a un sentimiento, patria o alma única o común, los regeneracionistas defenderan la existencia de una sociedad española diversa desde el punto de vista etnopsicológico; panorama que Morote y, sobre todo, Almirall relacionarán con la presencia de diferentes pueblos o nacionalidades en el seno de la península.

Ese escenario era interesante para justificar y articular algunas de las directrices fundamentales del programa reformista del regeneracionismo, aunque, sin duda, también ofrecía puntos de fuga que podían desestabilizar la propia idea de Estado-nación perseguida. Por eso, al analizar en el discurso regeneracionista el tratamiento de la tendencia *localista* entendida como sentimiento de pertenencia a la así denominada "patria chica", podemos detectar dos tendencias diagnóstico-interventivas: la orientada a promover reformas fundadas en la diversidad identitaria de las regiones, y la implicada en la limitación o, directamente, anulación las demandas separatistas. Las vemos a continuación.

18.1. ESPAÑA COMO NACIÓN DE REGIONES

El grupo medidas reformista que cobran sentido bajo la aceptación de la diversidad regional tiene que ver con la propia promoción, más o menos entusiasta, que los regeneracionistas hacen de esa variedad. Es importante advertir que este tipo de planteamientos no se engranan en una tendencia más o menos nostálgica, romántica, relativista o respetuosa para con la peculiaridad de la identidad cultural o etnopsicológica de la regiones peninsulares. Ciertamente, esta tendencia puede detectarse en el programa conservador de Isern cuando en él se elogia el arraigo de las costumbres tradicionales y la moral cristiana en las provincias del norte español por comparación con el materialismo, liberalismo y egoísmo con que el pernicioso rasero del espíritu nuevo o moderno había contaminado las del sur. Recordemos que Navarra y Linares eran los espacios geográficos elegidos por Isern para ilustrar la radicalidad del contraste. Pero los intereses etopolíticos de esa caracterización son demasiados evidentes y, de hecho, Isern lo explicita de forma clara. Su objetivo era la preservación de un *status quo* muy concreto: el definido por unas relaciones sociales basadas históricamente en la caridad cristiana y el derecho de propiedad; es decir, lazos armónicos y, al tiempo, jerárquicos que permiten mantener la asimetría político-social entre los patronos y los obreros. Así las cosas, no es extraño que el principal problema nacional detectado por Isern sea la actuación del espíritu inmoral sobre la inteligencia y voluntad de los españoles —causa tanto de desastres generales, como la sustitución del cristianismo por los vicios del utilitarismo, como de desastres específicos, caso del maltrato en el seno familiar de los hijos y los ancianos—, y que las soluciones pasen por promover la ley moral sobre los supuestos intereses individuales y materiales, a la manera del norte español.

Como en el caso de Isern, la diferenciación regional establecida por la facción más progresista del regeneracionismo también tiene implicaciones etopolíticas explícitas, aunque sea en otro sentido político-ideológico. En este caso, la diversidad psicológica o natural de las regiones se pone al servicio de dos puntos nucleares de la agenda reformista. El primero de ellos tiene que ver con el proceso descentralizador y liberalizador que los pensadores finiseculares oponían al centralismo oligárquico y corrupto. El segundo

obedece al interés por reorientar el devenir económico nacional en función de las regiones más desarrolladas desde el punto de vista industrial y mercantil. Veamos ambos en lo epígrafes que siguen.

18.1.1. La descentralización regional frente a la corrupción centralista

Desde el punto de vista histórico, ningún regeneracionista ponía en duda el protagonismo del espíritu castellano en el proceso que dio a conocer a España en el ámbito internacional. Macías no duda en afirmar que la grandeza española se identifica con Castilla; incluso, no tiene problema en desmerecer el resto de identidades peninsulares al señalar que el idioma de la meseta destaca por su uso culto y escrito frente a los dialectos regionales. En esa misma línea, Mallada consideraba que la ubicación céntrica de Madrid convertía la capital en el lazo psico-sociológico de todos los pueblos peninsulares. Sin embargo, todos los regeneracionistas también van a reconocer en ese tipo de circunstancias el origen de uno de los problemas más graves que afectaba a la nación desde tiempos inmemoriales: el centralismo político-administrativo diseñado y mantenido por las oligarquías.

Costa o Morote coincidían con el autor de *El Problema Nacional* en responsabilizar de la tara centralizadora a los Austrias, primero, y a los liberales de principios del siglo XIX, posteriormente. Los primeros había protagonizado la castellanización circunstancial —aunque estigmática— de la península, mientras que los segundos habían terminado de traducir esa tendencia al centralismo ilustrado que la revolución y el imperialismo francés había impuesto en la Europa decimonónica. Morote, Costa y Macías consideraban que los liberales de principios de siglo habían provocado un grave perjuicio a la Nación al hacer caso omiso de las regiones naturales y parcelar la península en unidades administrativas artificiales. En lo que parece una clara evocación del antagonismo entre razón ilustrada e historicismo romántico, Morote señalaba que “*Nos encontraríamos en la edad en que la razón ordenadora que simplifica para deducir, que hace abstracción de las costumbres históricas y las diversidades locales, que tiene su vista fija en el hombre en sí, lo trata como cosa de aritmética y no como persona de biología*” (Morote, 1900; p. 649). La regeneración española, exigía, por tanto, un proyecto etopolítico que se opusiera frontalmente a la centralización político-administrativa.

Actualizando el escenario histórico, Almirall, Morote, Macías o, incluso, Mallada, consideraban que tanto la cerrada centralización política, administrativa y legislativa como las aberraciones de la división territorial seguían manteniéndose en el Estado restaurado, sobre todo por parte de los políticos liberales. El más perspicaz con tal situación fue Almirall, quien consideraba que los políticos madrileños explotaban en su favor el odio de los españoles al absolutismo y la expresión carlista que éste había tomado a finales de siglo. El centralismo utilizaba la democracia como una coartada para “*(...) destruir todas las instituciones liberales y democráticas encarnadas en la conciencia pública de la mayor parte de*

las regiones españolas, estos políticos, decimos, son tal vez los únicos españoles que no sienten odio alguno contra el absolutismo o, al menos, contra aquellos que lo defienden" (Almirall, 1889/1983; p. 76). A los efectos uniformadores y absorbentes del centralismo no escapaba ninguna región. Era completamente contrario al *localismo* típico del carácter castellano, pero ello no evitaba que el germen de la dominación la convirtiera en víctima de su propia voracidad absorbente —el mejor ejemplo era Valladolid—. También había conseguido que el talante tradicionalista de los habitantes o espíritu civil del País Vasco pasara por absolutista, cuando, en opinión de Almirall, su actitud había que considerarla por reacción contra las ideas uniformadoras de Madrid.

Frente a esta situación, la facción progresista del regeneracionismo buscó legitimar la descentralización apelando, precisamente, a la división natural de las regiones ibéricas. Como era habitual en las posturas regeneracionistas, esa demanda adquiría evidentes ribetes disciplinares, de tal manera que el propio Altamira llegaba a demandar un estudio de la especificidad regional para encarar un proceso plenamente científico de descentralización. Morote profundizaba en esa sensibilidad al considerar que tanto la ciencia como la historia estaban en contra de una *provincialización* artificial. Sabemos que Macías también apoyaba esos juicios a partir de condicionantes naturales (raza y suelo), la evolución histórica y la variedad lingüística y dialectal. Consideraba que las regiones eran los órganos particulares de la vida nacional; opinión que le permitía plantear una pregunta retórica nuclear: "*¿Quién duda que esta reconstitución geográfica del país (actualmente descuartizado), en comarcas naturales y vivas, con una tierra homogénea, con una misma raza, con un dialecto idéntico, y además con una personalidad íntegra, podía contribuir eficazmente a la restauración histórica del mismo*"? (Macías, 1899/1992; p. 93).

Haciendo valer ese marco disciplinar, Macías se unía al regionalismo declarado de Almirall para reclamar la reinstauración legislativa de un régimen foral que había de tener en cuenta la fortaleza vital de cada región. De ello dependía el establecimiento de las condiciones particulares de cada administración autonómica e, incluso, del autogobierno en cada región. Esta última cuestión era observada con prudencia por autores como Mallada, Altamira o, incluso Costa, quienes, atentos a las posibilidades de desunión, se contentaban por empezar con una descentralización prudente y anticaciquista, articulada en torno a una administración y un *self-government* de talante municipalista. Pero para Macías y Almirall, más ambiciosos en cuanto al autogobierno regional, existían garantías de que pronunciar las posibilidades de la administración autonómica no podía atentar contra la unidad esencial y sustantiva de la patria. Para el autor de *El Problema Nacional* la alternativa regionalista era, en realidad, una fórmula castiza ya probada con éxito en el pasado: idealmente, el reinado de los Reyes Católicos. Suponía la resurrección y restauración de la tradición e historia patria entendida como reacción defensiva contra el cesarismo centralizador. Permitiría la vivificación de miembros paralíticos, el triunfo de la variedad y, por tanto, de la unidad nacional. El regionalismo, en definitiva, era el alma común y representaba el propio ser y la

esencia de España. Para demostrarlo, Macías sopesaba el ejemplo del catalanismo y criticaba el prejuicio de que incidía en la hostilidad de Cataluña hacia otras provincias españolas. Para él, en Cataluña sobraba españolismo positivo; no era contradictorio ser muy español y muy catalán y, de hecho, había que lograr que eso mismo sucediera en otras regiones de España. Sin embargo, Macías también era muy consciente de que el odio regional al dominio centralista podía terminar por provocar una pérdida de amor a la patria.

Exactamente a ese escenario se refería Morote cuando criticaba a los liberales de principios del siglo XIX el error de haber organizado las provincias españolas sin respetar los antiguos reinos. Su idea también era llamar a las regiones históricas a una nueva vida, aunque dentro del positivismo regeneracionista quizá fuera el autor que planteara la cuestión con el talante más cercano a la sensibilidad nostálgica y romántica. Ciertos párrafos de su texto parecen mucho más interesados por la conservación de las costumbres o la lengua propia de cada región que por la descentralización y el autogobierno. Es cierto que Morote realiza esa última reclamación sobre la afirmación de la variedad y riqueza *local*, pero remarcando el marco vivificador de la homogeneidad y la unidad nacional. En la línea de la mejor alianza entre romanticismo y biología, la imagen de España era la de un organismo que debía articular varios órganos: las regiones.

Hecha efectiva la descentralización y liberalización político-administrativa, y dada la importancia que el regeneracionismo atribuía a los hechos y a las claves económicas en detrimento de las políticas, parece lógico que algunos pensadores finiseculares reivindicaran una reorientación de la actividad nacional basada en el protagonismo de las regiones con mejores índices de desarrollo industrial y mercantil. Es lo que vamos a ver en el siguiente epígrafe.

18.1.2. Los desfases de desarrollo entre las regiones españolas

La reforma económica basada en el desarrollo diferencial de las diversas regiones españolas exigía que éstas fueran clasificadas y baremadas, tarea en la que autores como Mallada, Macías o Maeztu otorgaron un papel tácito a diversos factores psico-sociológicos. Sopesar y diagnosticar el estado y características psicológicas de las distintas regiones españolas y, por ende, su desarrollo vital, era fundamental para establecer la atribución de funciones particulares que cada una debía cumplir dentro del conjunto nacional. Particularmente, la unidad en la diversidad planteada por Macías requería la fusión de *"(...) todos los españoles buenos, sanos, trabajadores, abejas y no zánganos de la patria; únanse prestándose mutuamente los alientos respectivos que entonan el alma de las respectivas familias regionales; únanse ya sin telarañas de enfermizas preocupaciones en la hermosa y magna labor común de revivir la común patria: dando Aragón el ímpetu indomable, Castilla la no cansada resistencia, Cantabria su energía, Galicia la laboriosidad paciente, su tónico humor Andalucía, su agilidad Valencia, y guía y*

dirección Euskaria y Cataluña, ya que Cataluña y Euskaria disponen de mejores elementos para la empresa" (Macías, 1899/1992; p. 335).

Todas las regiones tenían algo que aportar, pero en la atribución de las diversas funciones Cataluña se convertía en el escudo de España. Junto al País Vasco, eran los dos miembros más vivos de la nacionalidad española. Como Macías, autores como Almirall, Maeztu y Mallada también llegaron a la conclusión de que tanto Cataluña como el País Vasco debían ser los territorios que encabezaran, lideraran e, incluso, dirigieran el desarrollo nacional frente al anquilosamiento del espíritu castellano. Para Maeztu, el protagonismo histórico de Castilla había devenido en pereza, romanticismo y belicismo, atributos completamente inadaptados al escenario contemporáneo. La raza castellana —que había aportado los fundamentos históricos de la raza española— carecía de impulso para la evolución y sólo conservaba la capacidad de resistencia del viejo espíritu. De hecho, Almirall estaba convencido de que ese "espíritu" es el que imponía la obligación de que todas las regiones —incluyendo las más ricas— hablaran y actuaran del mismo modo que la monotonía de Castilla. En el extremo, los prejuicios y la envidia de los políticos centralistas impedía el uso de los instrumentos del Estado para la protección de la riqueza de las regiones más adelantadas y su extensión a toda la nación. Desdeñado este objetivo, en realidad se trabajaba para que todas las provincias se nivelaran con las más pobres y retrasadas.

Almirall creía que ese panorama se sostenía estratégicamente sobre la supuesta modernidad del centralismo liberal. Sin embargo, tanto él como Maeztu tenían muy claro que el centro peninsular se había mantenido al margen de las verdaderas ideas de renovación y modernización provenientes del extranjero; las mismas que sí habían alcanzado a la periferia española. Así, no es de extrañar que la nómina de valores que Almirall, Maeztu, Macías y Mallada identificaban en el genio vasco y catalán, y que debían sustituir al viejo patrón castellano, se adaptara perfectamente al ideal sociológico spenceriano: disposición para la industria y el comercio, capacidad emprendedora y de trabajo, laboriosidad, actividad, reflexión, inteligencia o, incluso, pacifismo.

Esas características fueron las que animaron a Maeztu a reclamar la sustitución de los políticos castellanos por los vascos y catalanes. Era la gran alternativa para favorecer el desarrollo de la industria en detrimento de la preservación inmovilista de la propiedad. Almirall, por su parte, consideraba que el sistema regional, y muy particularmente el renacimiento catalán, era el medio más adecuado para la regeneración y la curación de las heridas nacionales. También Macías veía en la labor de vascos y catalanes la mejor vía para aprovechar al máximo la riqueza de las materias primas ofrecidas por el suelo ibérico. Aún así, Macías, como también Mallada o el propio Almirall, procuraron señalar los desajustes nacionales que podía provocar la avaricia y la hipertrofia mercantilista. Precisamente en ese sentido Macías denunció el talante excesivamente negociante del genio catalán, un circunstancia que limitaba la calidad técnica de su industria. Mallada concretaba este problema en una mala selección de producciones,

concretamente de tejidos, que favorecía una invasión del mercado nacional por la sobreproducción extranjera. Ese era el motivo por el que el carácter castellano todavía podía participar de la regeneración nacional: poniendo límite a los excesos economicistas del catalanismo. Sin duda, esta parece ser la razón de que hasta Almirall acepte que sólo la armonía entre el espíritu generalizador castellano y el carácter analítico de las regiones de la confederación catalana-aragonesa pueda dar la síntesis de una nueva organización de estado; una alianza que había de renovar el elemento político-social y elevar a España ante las naciones cultivadas.

Sin embargo, todas estas cuestiones eran secundarias comparados con el verdadero peligro que el regeneracionismo veía detrás de un excesivo protagonismo de las regiones más desarrolladas: la segregación y la ruptura de la unidad peninsular. De todo ello vamos a hablar en el siguiente epígrafe.

18.2. LA PRESERVACIÓN DE LA ESPAÑA UNITARIA

Los regeneracionistas tenían buenos argumentos etnopsicológicos para explicar una virtual independencia de ciertas regiones peninsulares. Para Macías y, sobre todo, Morote, esta cuestión estaba ligada al ancestral individualismo e independencia de la raza española; rasgos constitutivos sobre los que se articulaba una condición identitaria ciertamente paradójica. Para Morote, en unas ocasiones tales rasgos se traducían en fuerza centrípeta y odio a cualquier tipo de dominación, lo que permitía resistir con gran eficacia a las invasiones del exterior. En estos casos el individualismo y la independencia eran factores de cohesión identitaria que, aunque fuera por simple reacción, amalgamaba a todas las regiones españolas. Pero en otras ocasiones se convertían en fuerza centrífuga que, según Morote o Mallada, promovía naturalmente el odio, la burla cruel o las luchas intestinas entre unas comarcas o regiones y otras. Mallada exponía bien la densidad de la situación: *“Difícil será que haya nación alguna en Europa donde los habitantes de unas comarcas se burlen con más dureza de los de otras. Lo mismo que entre las tribus africanas, hay marcadas antipatías entre todas ellas, tan profundas, que ya nos sólo son patrimonio del vulgo, sino de personas de espíritu cultivado. ¿Se dan pruebas con esto de verdadero patriotismo?”* (Mallada, 1890/1994; p. 47).

En esa misma línea, Macías estaba seguro de que la excesiva separación y aislamiento geográfico de las distintas regiones y nacionalidades españolas contribuía de forma definitiva al conflicto interregional; una posición no compartida por Morote, que pensaba que el tradicional carácter batallador del genio español y su condición refractaria a la acción integral de Estado era suficiente para explicar el fenómeno. De hecho, desde su punto de vista, los enfrentamientos eran habituales incluso entre zonas sin separaciones naturales. Por esa vía, el individualismo y la independencia que, en un principio, podían haber constituido la base de la unidad nacional, terminada convirtiéndose en la propia esencia de su

diversidad y, en el extremo, del desgarramiento de España y de la separación de las distintas regiones. Esa posibilidad no era una mera hipótesis. Morote señalaba excelentes –y constantes– ejemplos históricos en la secesión finalmente frustrada de Cataluña, en las guerras civiles contra el Carlismo o en la segregación exitosa de Portugal y los dominios hispanoamericanos. Por supuesto, en la línea de esa sensibilidad arquetípica tampoco podemos olvidar el extremo regionalista de Almirall. Para él la diferencia de carácter, historia, ideales o talante de las diversas regiones imposibilitaba que España se ajustara al objetivo pseudo-andaluz perseguido en los últimos siglos: convertir España en una nación unificada.

Así las cosas, el estigma caracteriológico podía ofrecer las bases o el marco general desde el que explicar a grandes rasgos el problema intestino del separatismo. Sin embargo, a la hora de tratar la cuestión en la escena contemporánea y desentrañar las causas de la diatriba producida entre la patria y sus regiones, autores como Morote o Altamira exigían estudios más detallados, concretos y precisos. Como era habitual, Altamira dirigía su petición a los políticos, aunque, lógicamente, los regeneracionistas no perdieran la oportunidad de ofrecer su propios diagnósticos explicativos y medidas interventivas para evitar la 'desunión'. A este nivel, sus planteamientos reformistas rebasaron la referencia caracteriológica para articular un argumento psico-sociológico mucho más sutil. Éste se relacionó con los puntos de fuga identitaria vinculados a los lugares de encuentro con las potencias internacionales.

Autores como Unamuno o Morote relacionaron el choque con el extranjero con la emergencia de nuevos mecanismos de identificación en las regiones; si bien lo hicieron en dos sentidos muy diferentes. El autor vasco consideraba que el aire exterior o extranjero había despertado y enriquecido íntimamente la conciencia regionalista; todo lo cual era perfectamente comprobable a partir del renacimiento de sus creaciones literarias. Como sabemos, ese mismo panorama era evaluado en un sentido completamente opuesto por Isern. Para él, el extranjerismo que había impregnado el sur peninsular era sinónimo de liberalismo, modernidad y utilitarismo y, por ende, de egoísmo, materialismo, e inmoralidad. Pero en nada relacionó ese panorama con la posible segregación de las diversas regiones. Fue Morote el que ofreció la versión más pesimista del contacto entre extranjerismo y regionalismo a ese respecto. Morote creía que el conjunto del pueblo español estaba dotado por naturaleza e historia para preservar su raza y su nacionalidad. Pero tampoco podía volver la espalda al hecho de que el instinto separatista le llevara a plantearse su existencia como nación en cada crisis. Y la de la escena contemporánea no era precisamente de las menores: correspondía con los últimos estertores del imperio español ante el empuje de las grandes potencias internacionales. Desde ese punto de vista, Morote pensaba que la pérdida de América había producido tanto la relajación de los vínculos que mantenían agregadas las partes de la nación, como el sentimiento y orgullo desmesurado hacia la patria chica. A ello había que añadir la continuidad del mismo gobierno tras la guerra de Cuba, todo lo cual se traducía en peligrosas contingencias para el estado del

espíritu español; particularmente, la posibilidad de que Cataluña y las Vascongadas siguieran el ejemplo de la últimas colonias.

Lógicamente, el escenario planteado por Morote alarmó y, por ende, convenció mucho más a los regeneracionistas que el supuesto por Unamuno. Desde la perspectiva psico-sociológica, en él detectaron dos puntos de fuga identitaria muy concretos: la hipertrofia de la mentalidad o el sentimiento de la patria chica y, consecuentemente, el desarrollo del egoísmo político-económico de las regiones más ricas. Como veremos a continuación, los regeneracionistas procuraron ofrecer medidas interventivas para paliar ambas cuestiones.

18.2.1. El amor regionalista a la patria chica

Autores como Unamuno detectaban en la escena española la emergencia de un sentimiento regionalista que se vivificaba día a día. Para él, era un motivo de alegría siempre y cuando no cayera en los extremos extravagantes y antipatrióticos del vizcainismo¹. Otros regeneracionistas como Altamira, Macías o Morote no tuvieron que llegar hasta ese extremo para sospechar de las tendencias *localistas* y el amor a la patria chica. Una hipertrofia moderada de éstas podía ser suficiente para sustituir, eclipsar o destruir el sentimiento integral de lo español. De hecho, para Altamira, el surgimiento de un sentimiento independentista era un peligro real para una unidad nacional ya maltrecha –según Mallada– por la falta de patriotismo. En cualquier caso, Altamira, Morote, Maeztu o, incluso, Isern no consideraban que la extensión social de esa peligrosa mentalidad dependiera sólo de la frustración subsiguiente a la desaparición del imperio. Desde el punto de vista de estos autores, existía un discurso público y disciplinar que permitía su difusión.

En ese sentido, algunos párrafos, de Morote, Altamira o Maeztu salen al paso de aquellos argumentos que mantenían la existencia de un cerebro, una raza o un espíritu regional específico que, como el catalán, se contrapusiera o, incluso, fuera superior al castellano. Morote era particularmente crítico con aquellas posiciones que, basándose en supuestas pruebas antropológicas y craneométricas, identificaba al fanatismo y el fatalismo semita con los españoles y lo ario con los catalanes.

La otra dirección disciplinar que atrajo la atención de los regeneracionistas era, cómo no, la historicista. Sobre todo Maeztu y Morote fueron muy conscientes del peligro que suponían las historias regionales para la formación de un espíritu o una conciencia nacional española. De la relación entre los mecanismos memorísticos y la orientación de la actividad e identidad colectiva ya hemos tratado cuando hemos hablado de las *masas*. Referencias tácitas a tal relación aparecen cuando Maeztu denuncia

¹ Unamuno no desarrolló mucho más esta cuestión en *En torno al casticismo*. Otros trabajos suyos sí extendieron y personalizaron las críticas en la figura de Sabino Arana (ver Juaristi, 1996).

genéricamente el uso de la historia como justificación de seres nacionales, incluyendo los regionalismos. Morote dedica más espacio a esa cuestión, pero sin hacer referencia a las estrategias persuasivas implicadas. La crítica del autor de *La Moral de la Derrota* adquiere ribetes teóricos cuando señala que los compendios de Historia regional —particularmente los catalanes— cometían el error de inspirarse exclusivamente en la escuela histórica. Esta corriente era perfecta para sostener argumentos limitados a la patria chica, pero el impulso de la civilización demostraba que lo que se imponía en el futuro eran las grandes nacionalidades —una crítica que podía haber compartido el mismísimo Cánovas²—. En último término, según Morote, “*La existencia de una nacionalidad como España es por sí obra e instrumento de progreso, y no será destruyéndola como puedan ser más dichosos los que pretenden remontar el curso de la historia como si estuviéramos a orillas del Guadalete al día siguiente de la invasión de Tarick*” (Morote, 1900; p. 229). Para Morote, el proceso histórico había decantado la unidad de España y, de hecho, era ese mismo devenir el que había otorgado vida propia a los usos, costumbres, leyes, fueros, dialectos, etc. a las distintas regiones.

Morote no fue el único regeneracionista que trató de hacer frente al historicismo regionalista con la defensa de un historia integral, cerrada e inmodificable de España. Pensando en el peligro de división nacional, Ganivet arguyó que los hechos históricos no se repetían ni eran alterables. Mallada, por su parte, cifró los defectos de los caracteres regionales en su escaso desarrollo. El conocimiento de la realidad histórica española debía significar, por tanto, el sometimiento patriótico a la idea integral, superior y natural del país. Esa es la apuesta de Ganivet, Unamuno, Altamira o Morote para cuidar la forja del espíritu español, si bien los dos últimos autores hicieron especial hincapié en los mecanismos emocionales implicados.

Desde un punto de vista un tanto inespecífico, Altamira creía necesario fomentar la realidad de la patria española a partir del sentimiento colectivo. Morote hablaba también genéricamente de la necesidad de fortificar la virtud y combatir los vicios del carácter. Pero era mucho más preciso en su agenda y creía que la promoción de la “fuerza centrípeta” de una unidad debía seguir un curso bien definido. Debía partirse del cultivo de la patria chica para transitar progresivamente al del territorio, el suelo y la bandera española.

² La aceptación de este tipo de argumentos en todo el espectro político-ideológico del fin de siglo obligó a los regionalistas a reelaborar contraargumentaciones estratégicas. Prat de la Riba lo hizo apoyándose en el poderoso referente disciplinar de las Ciencias Naturales y privilegiando el binomio raza-lengua sobre el argumento historicista. Para él, “*Los hechos consumados ligan tanto a los hombres, pesan tanto sobre el espíritu, que la existencia separada en Estados mas o menos independientes, allá en el corazón de la Edad Media, sugestionaba todavía a nuestros reformadores en pleno siglo XIX. Ésa era la grave, fundamental dificultad del regionalismo. Cuando los unitaristas hablaban de retrocesos, de atavismos y alegaban el hecho del Estado, de la existencia unitaria de España como argumento supremo, tenían razón. El Estado vivo pesa más, mucho más que una serie de Estados muertos. Por eso como si sintiesen la inconsistencia de su posición, daban al mismo tiempo argumentos fundamentados en consideraciones étnicas, lingüísticas, argumentos dislocados que suponían un concepto étnico de la región, contradicho siempre en las aplicaciones prácticas que hacían a las regiones españolas. Esos argumentos, no obstante, son lo mejor de la obra de los teorizadores regionalistas, y con ellos y por ellos se hacen precursores y coadjutores del futuro nacionalismo*”. (Prat, 19??, p. 53). Con este párrafo Prat critica el regionalismo previo a su nacionalismo, advirtiendo que la nostalgia histórica debía ser superada por el hecho consumado de la raza, el lenguaje y, en definitiva, la etnia.

Todas esas ideas se mantienen dentro de unos márgenes psico-sociológicos que tratan de definir prioridades o jerarquías afectivo-emotivas relacionadas con la nación natural. Sin embargo, hay una segunda dimensión psico-sociológica explícitamente ligada a interpretación económica del separatismo; una perspectiva en la que cobran pleno sentido político-ideológico las demandas y medidas interventivas.

18.2.2. El egoísmo regionalista

Los regeneracionistas podían buscar explicaciones caracteriológicas y psicológicas del separatismo, pero no eran ingenuos respecto a la posibilidad de que la existencia de regiones más deprimidas productiva y económicamente que otras pudiera ser uno de los motivos fundamentales. En esos casos, la acusación dirigida a los regionalistas de las zonas más desarrolladas y con aspiraciones independentistas fue la de practicar un egoísmo insolidario, exclusivista y oportunista³. Esos últimos adjetivos son los que Morote dedica al Pancatalanismo de los políticos del noreste peninsular, agentes sociales que habían utilizado interesadamente el argumento de la lengua común y la teoría de la superioridad racial catalana para vertebrar su malestar económico. De hecho, Altamira consideraba que las reivindicaciones de los grupos regionalistas no tenían una base real; era pura erudición no sentida por las *masas* a pesar de la insistencia de los regionalistas. Ya años antes el propio Almirall había profundizado en los mecanismos de la psicología de las muchedumbres señalando que la manipulación de las pasiones colectivas no era privativa de los políticos madrileños. Éstos tenían imitadores en las provincias que mostraban la misma inmoralidad a la hora de explotar las pasiones populares. Bien es cierto, en cualquier caso, que Almirall nunca intentó utilizar esa crítica para deslegitimar el movimiento regionalista.

Mallada, Maeztu y Costa fueron los autores que más destacaban el trasfondo económico del problema separatista en detrimento de los factores etnopsicológicos e históricos; si bien creían, con Macías y Almirall, que en la pérdida del sentimiento patrio y la desnacionalización de las regiones tampoco podían perderse de vista los abusos y la mala administración protagonizada por el gobierno central. De hecho, para Morote, *"El olvido criminal de esos vínculos [los de las regiones españolas], que no habría anatemas con que condenar, sólo sería posible si los Gobiernos se empeñasen en que ellos son la patria, y que, al combatirlos por negarse a dar reformas compatibles con la unidad, se combate por la existencia misma de la nación"* (Morote, 1900; pp. 106-107).

Pensando en la prevención de ese panorama, los argumentos reformistas del regeneracionismo frente a las reivindicaciones económicas de las distintas regiones fueron la promoción tanto de un desarrollo económico equitativo como de la tan traída y llevada descentralización. Respecto a la primera

³ Sin duda tal argumento estaba dirigido contra las facciones más conservadoras de la clase media-alta del País Vasco y Cataluña. Desde el punto de vista económico-productivo, la reivindicación separatista en el caso vasco se realiza sobre la base de la conservación de los sistemas de

medida, Mallada consideraba que una España próspera atenuaría sentimientos regionalistas reduciéndolos a cariñosos recuerdos de glorias antiguas. Morote y Maeztu pensaban que esto pasaba por alcanzar una regeneración global y común a todas las regiones. Particularmente, Maeztu recomendaba impulsar la modernización económica de la meseta, además de destacar el trabajo conjunto de los gremios laborales por encima del de la célula regional. Respecto a la segunda medida, todos los regeneracionistas estaban de acuerdo en que el proceso descentralizador era una medida que debía tomarse de forma apremiante. En cualquier caso, y como ya sabemos, autores como Mallada consideraban que ello no debía conducir a un Estado federal que rompiera la unidad política y, con ello, la de la propia patria. Por esa misma razón Maeztu, por ejemplo, exigía la depuración y retraducción del separatismo político a términos económicos y de productividad, perspectiva que le permitía pedir la implicación y la resistencia a la segregación de las clases industriales y del proletariado. Al fin y al cabo, y como bien intentaba ejemplificar Mallada, todos los españoles coincidían en sus quejas hacia cuestiones como la labor desempeñada por las compañías de ferrocarril, cuyo funcionamiento no se ponía al servicio de los intereses del público. En último término, y como bien decía Morote condensando la sensibilidad de todos los regeneracionistas, la unidad de la Patria era sagrada en tanto que motor de progreso.

Con el repaso del factor económico cerramos los dos puntos de fuga identitaria —y la medidas interventivas anexas— que, según el regeneracionismo, fueron provocados indirectamente por los acontecimientos internacionales. Señalábamos cómo la destrucción definitiva del imperio español implicó un proceso de replanteamiento de la nacionalidad española por parte de las *élites* regionales y el surgimiento de un nacionalismo regionalista que, según Tusell (1998), se incrementaría todavía más —en calidad y cantidad— durante los años de la Gran Guerra.

Precisamente, previendo lo que podía llegar a ocurrir a medio plazo, los regeneracionistas de fin de siglo emplearon un último gran argumento para evitar las tendencias separatistas. Se trata, además, de un argumento que sí está directamente ligado a la amenaza exterior puesta de manifiesto con la Guerra de Cuba: el miedo a una nueva acción internacional que, esta vez, tomara como objetivo el propio territorio peninsular. El peligro separatista ofrecía una doble vertiente de esa posibilidad. La primera dependía de la agresividad y el belicismo internacional, de tal manera que Morote o Altamira señalaban que la desmembración en pequeños Estados facilitaba su debilidad y la absorción por Francia e Inglaterra. La segunda dependía de la seducción o atracción ejercida por esas mismas potencias ante el descontento que hacía mella en la regiones españolas desde el punto de vista psicológico. Costa consideraba que no era una posibilidad descabellada considerando la mala administración del gobierno español y, por ende, la pérdida del sentimiento nacional. Morote se decantaba por la vía etnopsicológica y pensaba que no reconocer la

producción tradicionalmente ligados al ámbito rural, mientras que la del caso catalán se engrana en los procesos de industrialización que se veían lastrados por los impuestos y aranceles estatales.

personalidad catalana podría provocar no sólo el separatismo, sino también el anexionismo a otro país⁴. Ese "otro país" era identificado con Francia por todos ellos, sobre todo teniendo en cuenta el apunte histórico de Altamira: la fuerte atracción territorial del país galo era algo que ya había afectado a la unidad peninsular en el pasado.

En último término, Altamira, Morote y Costa relacionaron el escenario separatista con una pérdida de fuerza frente a la ambición anexionista de otros países. Pero para Morote la unidad y capacidad de resistencia y subsistencia de un pueblo formado por distintas razas era mucho mayor que la de los pueblos integrados por una sola. En definitiva, era necesario preservar la confederación en un estado unitario y evitar que las energías regionales destruyeran la unidad, una médula de progreso elaborada durante siglos.

La referencia *internacionalista*, en cualquier caso, no sólo se consideró un peligro en tanto que fermento del individualismo y el segregacionismo de las regiones españolas. De hecho, desde la perspectiva de los regeneracionistas, tampoco se mostró como un elemento totalmente perjudicial. Como el resto de objetivos de reforma atendidos por los pensadores finiseculares, presentó una doble cara antagónica –problemática y terapéutica– en la que iban tomando cuerpo diversos puntos de la agenda del cambio social. De ese nuevo calidoscopio diagnóstico-interventivo hablaremos en el capítulo que sigue a continuación.

⁴ No deja de resultar paradójico que tal posibilidad no fuera ni siquiera contemplada por los propios artífices del nacionalismo periférico. No es que Prat de la Riba o Sabino Arana no mostraran ciertas simpatías por los países extranjeros ante la decrepitud del imperio español; de hecho, el padre del nacionalismo vasco llegó a escribir una carta al presidente de los Estados Unidos felicitándole por la liberación de Cuba e, incluso, ambicionando tácitamente un tipo de apoyo semejante para lograr escindir el País Vasco del resto de España. Pero, en cualquier caso, no son propuestas anexionistas para con las grandes potencias internacionales. De hecho, Prat de la Riba no sólo reafirmaba la completa independencia de la nacionalidad catalana, sino que también la consideraba –al mismo nivel que esas potencias– apta para la empresa imperialista o, con mayor precisión, colonialista. Resulta llamativo que bajo esa idea justificara el uso de la fuerza para aquellas naciones civilizadas que intentaban imponer la razón sobre las sociedades bárbaras, al tiempo que criticaba el empleo de la fuerza de los castellanos para imponer sus usos sobre los catalanes. En teoría, entre las naciones civilizadas debía primar un imperialismo basado en el respeto mutuo. En definitiva, Prat y Arana identifican Cataluña y el País Vasco con nacionalidades integrales, con lo que descartan cualquier tipo de posibilidad anexionista.

CAPÍTULO 19

EL INTERNACIONALISMO: EL CONFLICTO DE
EUROPEIZARSE O MORIR

INTRODUCCIÓN

La referencia *internacionalista* abre un juego de identificaciones y contraidentificaciones identitarias que condicionan buena parte del diagnóstico y la agenda reformista dispuesta por el regeneracionismo. Por un lado, encontramos la referencia de la modernidad y la civilización representada por los niveles de desarrollo cultural y económico de las potencias europeas. De ello derivará un proyecto de futuro en el que, desde un punto de vista profundamente psico-sociológico, se tratará de “imitar” el modelo nacional en el que convergen los países europeos. Por otro lado, es en el escenario internacional — en sentido amplio— donde la identidad española ha mostrado su “lado oscuro” y ha revelado su estado de “postración” y “decadencia”. Esta segunda imagen está estrechamente relacionada con el “trauma bélico” que supone la derrota de Cuba en el seno de una sociedad que, en general, estaba convencida de la victoria.

Como iremos viendo, el episodio cubano repercutirá en el discurso regeneracionista a varios niveles (no todas las obras se publicaron después del desastre). Pero, sin duda, el estado de conflicto y tensión bélica sí presidió los análisis de todos los regeneracionistas en el último decenio del siglo XIX y, con ello, generó múltiples propuestas etopolíticas no exentas de ambigüedad respecto al papel que España debía ejercer en la esfera *internacional*. En ese marco se mezclarán mecanismos de defensa contraidentificativos respecto a los planes colonialistas de Norteamérica y las potencias europeas con reformas adecuadas al nuevo *Zeitgeist* impuesto, precisamente, por esos países en la matriz *internacional*. Veamos ahora cómo se manejaron esas dos formas de entender la referencia *internacional* desde el punto de vista psico-sociológico y cómo terminaron expresándose en proyectos reformistas.

19.1. LA REFERENCIA EUROPEÍSTA COMO ESPEJO DE MODERNIZACIÓN Y REGENERACIÓN NACIONAL

Para gran parte de los teóricos del nacionalismo de finales del siglo XIX, la "imitación" fue un concepto clave para explicar el desarrollo de los países occidentales. Como bien ha estudiado Morón (1998), los regeneracionistas no fueron una excepción a la hora de incorporarlo a su propio discurso. Sin embargo, habría que establecer algunas matizaciones a esa cuestión. Sabemos que la "imitación" no es utilizada con profusión explícita, aunque, como ya hemos señalado en otro lugar, sí se percibe su papel tácito cuando se demanda de las *élites* un comportamiento ejemplar que pueda servir de referencia moral a las *masas* populares. En ese caso, estamos ante una concepción nacional —o nacionalizadora— positiva; una valoración que se complica cuando el mecanismo imitativo se traslada o analiza en el escenario *internacional*. En ese caso, la imitación está estrechamente ligada a la supeditación de los países en estado de barbarie o semi-barbarie a los valores de los que representan la expresión plena de la civilización; idealmente, las naciones de la Europa central y nórdica. Así, el hecho de que éstas también fueran la referencia española, suponía además aceptar cierto lastre de barbarie. La molesta diatriba se mantuvo en el seno de la agenda reformista del regeneracionismo. Lo vemos en los dos próximos epígrafes.

19.1.1. La referencia extranjera como índice de regeneración

A determinado nivel, la imitación se convertía en un índice de desarrollo ideal o material de una país y, de hecho, así lo asumieron los regeneracionistas a la hora de idear sus tecnologías socio-políticas y reforzarlas con las psico-pedagógicas. El referente europeo es claro cuando Maeztu menciona problemas como el retraso español comparado con la modernización europea o cuando Morote señala la reproducción de funcionarios y empleados en lugar de la formación de "hombres" que caracterizaba el sistema educativo del resto de países del continente. Ante este tipo de planteamientos, Costa será uno de los autores que más insistirá en que la nivelación física y espiritual con Europa Central era la única posibilidad de que España llegara a constituir una nación moderna y que, por ende, alcanzara su plenitud política. Se trataba, por tanto, de sopesar las posibilidades de variar el curso histórico español; una cuestión que, desde el punto de vista *internacionalista*, tramitó a través de un análisis crítico de la historia europea reciente y de una evaluación de las herramientas psicopedagógicas elaboradas y disponibles en el viejo continente.

Atendiendo al devenir del proceso europeizador, Unamuno y Morote habían detectado grandes obstáculos en la reacción inquisitorial a la reforma espiritual o en la tardanza con que las revoluciones se habían producido en España en relación con el resto de países europeos. Es el mismo escenario histórico al que se refiere Altamira cuando señala el intento de preservar la pureza española a través de la xenofobia y

el aislamiento. Altamira, en cualquier caso, todavía está intentando justificar la actitud española en un contexto generalizado de incomunicación europea.

Todos esos autores relacionaron la temprana apertura espiritual de países como Francia e Inglaterra con las causas de su actual nivel de desarrollo. La reflexión histórica le servía a Morote para solicitar que España continuara en el camino del parlamentarismo evitando remontar el curso de la historia hacia el absolutismo. Había procedimientos de desarrollo específicos para cada momento histórico y grado de civilización, algo a lo que también se refería Unamuno cuando señalaba que el casticismo que otorgaba la hegemonía internacional en el pasado hoy sólo provocaba decadencia.

Dentro del esquema histórico, en opinión de Morote la Revolución Francesa había marcado un momento de evolución que delimitaba el modelo europeo e imponía un mismo organismo político para todos los países europeos. Morote planteaba que las crisis del sistema político y social francés habían sacudido a los países vecinos y, tarde o temprano, se habían propagado a ellos. A su debido tiempo se produce un cambio conforme a la naturaleza del pueblo en cuestión, pero en íntima solidaridad con el resto de naciones de idéntica comunión civilizada y cristiana. Ya en el escenario finisecular, Morote consideraba que las alternativas socio-políticas pasaban, por un lado, por el estado moderno constitucional, nacional y representativo –ese era el patrón único al que debía ajustarse todo el derecho público europeo– y, por otro, por el liberalismo al estilo del *struggle for life* y el *self-government* de los países anglosajones –fundamento del poder, la riqueza y, sobre todo, de aquellos hombres que, gobernándose a sí mismos, eran capaces de penetrar en el alma de pueblo y liderar el estado–. A ese último respecto, Morote no podía dejar de evocar las diferencias psicológicas existentes entre el pernicioso espíritu protector y centralista español y la regla de trabajo y el individualismo de la raza germana y sajona. No deja de resultar paradójico que orientarse hacia ese último modelo fuera la única posibilidad que, según Morote, tenía España para conservar todo aquello de europeo que le quedaba.

Precisamente al servicio de estos objetivos, los regeneracionistas reclamaron medidas pedagógicas y culturales orientadas a un mejor conocimiento e integración europeas. Comparando la educación española con la francesa, Macías había advertido que ésta última era “(...) *análoga a la nuestra en la superficie, aunque muy distinta en su estado y cultura; siendo éste el eslabón que facilitará el concepto comparativo de nuestra civilización y cultura con la cultura y civilización europea*” (Macías, 1899/1992; p. 114). Costa encabezó la petición de medidas concretas para minimizar las distancias en esa comparación. En obras como *Crisis política de España* solicitaba la creación de becas y centros de estudio en el extranjero y la implantación de los métodos educativos modernos en las aulas españolas. En esos casos, la elevación de la instrucción y el nivel intelectual del país coincide punto por punto con el acercamiento a Europa, aunque Isern también dudaba de si una buena instrucción hubiera cambiado el curso de la guerra Cubana. Respecto al proceso europeizador, Morote condensa bien la sensibilidad

general cuando, en la línea anglosajona, cifra el objetivo de la educación en la formación de individuos capaces de labrarse un futuro independientemente de la familia y del Estado. Sin embargo, particular interés pedagógico tiene en este punto el aspecto lingüístico¹, sobre todo en la medida en que el aprendizaje de idiomas europeos es la vía regia, según Macías, para acceder a los entresijos psicológicos de la competencia mercantilista que caracteriza a esos países.

El fin estratégico –científico, tecnológico, económico, mercantilista, utilitario–, en cualquier caso, se confunde con objetivos más sustanciales en aproximaciones como la de Morote y, sobre todo, Unamuno. Ya el propio Macías había señalado que el lenguaje era una marca de la cercanía psicológica y cultural de pueblos del mismo espectro racial, todos ellos exponentes de la herencia romana común. Sin embargo, el argumento del autor de *El Problema Nacional* se orientaba a poner de manifiesto la superioridad lingüística del español a la vista de su expansión mundial en comparación con otros idiomas extranjeros y, particularmente, europeos. Sin embargo, para un autor como Unamuno la presencia del lenguaje –y, por ende, del espíritu– extranjero en el idioma español se convierte en una necesidad identitaria. De hecho, es la reacción tradicionalista y casticista a la asimilación de barbarismos lo que, en buena medida, impide el estudio y descubrimiento del pueblo, la posibilidad de despertar a la muchedumbre difusa y, en último término, el objetivo de airear la patria y regenerar el paisaje y paisanaje de la cultura nacional. Así, contra el proteccionismo de la cultura nacional, Unamuno demanda españoles europeizados y les encarga una búsqueda y conocimiento de lo *internacional* que coincide con la propia prospección de lo intrahistórico: lo universal y, por ende, lo europeísta se reconoce en lo particular español.

En ese caso, el conocimiento psico-lingüístico de lo extranjero trasciende lo meramente utilitario para engranarse en el propio proyecto nacionalizador; un europeísmo terapéutico al que también se une Morote cuando considera que extraer enseñanzas de otros pueblos debe ser una vía para rectificar los errores tradicionales y volver a los cauces naturales de la nación. Lo que sucede con esas últimas perspectivas es que, llevadas al extremo, se instalan en un reformismo utópico e, incluso, metafísico, que encuentra su límite último no tanto en la Nación como en la propia Humanidad. A ella se dirige Morote cuando, empleando precisamente la vía humanista, convierte el socialismo en un nuevo cristianismo. Pero la tendencia eclosiona sobre todo con los planteamientos de Unamuno donde el remozo y revitalización del alma nacional en contacto con lo extranjero produce una depuración extrema en sus consecuencias cosmopolitas. Para Unamuno, el Ser nacional terminaba siendo absorbido y completamente integrado en el

¹ No es éste el lugar donde entrar a pormenorizar las virtuales dimensiones etopolíticas unidas al elemento psico-lingüístico. En otro lugar hemos rastreado pormenorizadamente el uso nacionalizador que los regeneracionistas hacen de ese elemento psico-lingüístico tomando en cuenta las Ciencias Humanas de las que beben y, muy particularmente, la *episteme* genealógica que estructura la reflexión psico-lingüística; a saber, nacimiento, desarrollo, diversidad, corrupción o enriquecimiento y muerte o futuro utópico. Lo hemos trabajado en Battaner, Castro y Jiménez, 2003.

espíritu europeo moderno. De hecho, no era otro el sentido de purgar lo transitorio de lo eterno en la lengua nacional.

Será precisamente debido a las consecuencias desnacionalizadoras de este tipo de perspectivas por lo que la mayoría de los regeneracionistas —y a pesar de todo lo dicho hasta aquí— no se abrirán completamente al modelo *internacionalista* ofrecido por los países más desarrollados. En cierto sentido, aportaba tantos beneficios al desarrollo y la modernidad como peligros a la identidad nacional. Aquí, y a diferencia de lo que ocurre con el escenario nacional, las tecnologías socio-políticas y psicopedagógicas basadas en la imitación no adquieren una imagen o una evaluación completamente positiva. Lo vemos en el siguiente epígrafe.

19.1.2. La peligrosa imitación de lo extranjero

Hablando particularmente de pedagogía, tanto Costa (en el extremo positivista y progresista), como Isern (en el polo idealista y conservador), estaban de acuerdo en que la instrucción permitía mejorar la naturaleza humana y desarrollar la civilización, siempre y cuando los factores etnográficos, geoclimáticos y, en definitiva, hereditarios no fueran en exceso restrictivos. Sin embargo, esa misma conclusión implicaba plantearse si los procesos de aprendizaje y de incorporación de valores hasta entonces desconocidos en la cultura popular podían suponer la desnaturalización de la peculiaridad y autenticidad del Ser nacional que aquella expresaba. No puede perderse de vista que el “cambio conceptual” más o menos deseado por el reformismo encontraba su horizonte de referencia en los principios “universales” de la ciencia y la política civilizada y occidental; válidos, por tanto, para cualquier país al margen de la especificidad de su carácter o mentalidad: es ahí donde cobra pleno sentido el *proyecto ideal del Unamuno cosmopolita* que desea ventarrones europeos para despertar al pueblo de su sueño casticista.

Pero ese también es el panorama que está detrás del absoluto rechazo de Ganivet a la imitación de modelos extranjeros. En una huida hacia delante, Ganivet consideraba que ninguna idea extranjera en boga era útil para resolver el histórico problema político del pueblo español. Las grandes líneas de la política europea estaban perfectamente determinadas. El artificio imitativo obligaba a empezar como un pueblo nuevo para ajustarse a ellas, pero consideraba que ese escenario era completamente incompatible con el atávico individualismo español. Ahí estaba el ejemplo de los continuos conflictos bélicos con los países europeos para demostrarlo. Complementariamente, el granadino tampoco estaba dispuesto a renunciar a la tradición nacional. Aún siendo inferiores en política, Ganivet creía que era imprescindible continuar la unidad evolutiva que soportaba del devenir español. De hecho, con todas las taras que se quiera, el momento de desarrollo histórico en el que se encontraba la civilización española era superior al de la

mayoría de las naciones del mundo moderno. Había sido la primera nación en engrandecerse por expansión y la primera que había visto decaer su evolución material. Era una exigencia histórica que fuera la primera en trabajar para lograr la restauración política y social de un orden nuevo. Era necesario forzar a la nación a desahogarse racionalmente, infundiéndole nueva vida espiritual en los individuos y, a través de ellos, en la ciudad y el Estado. La fuerza intelectual necesaria tenía que surgir de la transformación de la acción material del pasado conquistador en energía espiritual. Así, la recomendación de Ganivet, a la vista de la situación del espíritu español en el fin de siglo, era el *rétraimiento* interior. En definitiva, como había hecho a lo largo de toda su historia, España debía idear su propio modelo de civilización en lugar de consumir uno extranjero.

La perspectiva es muy semejante en la obra de Isern, aunque en ella se radicalizan todavía más las críticas a la modernidad extranjera, sobre todo en su versión utilitarista. Ésta impregnaba todos los estamentos de una sociedad que, como la española, había abierto completamente su mentalidad a la influencia extranjera. Para el autor de *Del desastre nacional y sus causas* las ideas francesas e inglesas habían sacudido y modificado la atmósfera social y el carácter moral de la nación de tal manera que el escepticismo, el naturalismo, el sensualismo, el utilitarismo, el materialismo, el liberalismo radical, el egoísmo y el individualismo de la vida moderna habían sustituido al patriotismo. No existía la conciencia nacional, dada la confusión de los intereses individuales con los estatales. En último término, el tradicionalismo que sostenía la moral, la religión, las costumbres, la propiedad, el trabajo y la ética familiar se difuminaba en una sociedad mayoritariamente ignorante y fanática.

Aunque con planteamientos más moderados, el conflicto desnacionalizador implicado en la referencia *internacionalista* también atravesó las propuestas interventivas recogidas en las obras de la facción más progresista del regeneracionismo. En relación con las reformas socio-políticas, Altamira tradujo la imposibilidad de homogeneidad psicológica entre las distintas naciones en una abierta hostilidad contra el cosmopolitismo y el *internacionalismo* de carácter marxista —por cierto, excluyendo de la crítica el humanismo krausista—. Dentro del propio sistema liberal, Costa, Macías e, incluso, desde principios de la década de los 90, Mallada y Almirall, apuntaban que se habían desatendido las instituciones propias importándose y copiándose mecánicamente modelos administrativos y políticos extranjeros. La referencia histórica concreta de ese escenario era dada por Macías, Almirall y Morote.

Del primero ya conocemos su tesis de la imbricación perniciosa y atávica del extranjerismo germano en la tradición histórica española. Este pseudo-españolismo provocaba la falta de entronque con la verdadera tradición nacional, la misma que poseía las claves de la modernización. Macías prolongaba el panorama de desajustes psico-sociológicos hasta el final del siglo XVIII y principios del XIX. En esa etapa, la Revolución Francesa había ofrecido el modelo centralizador estatalista y, en definitiva, absolutista que, posteriormente, con el imperialismo napoleónico, se diseminaría por toda Europa,

incluyendo a España. También era esa la opinión de Morote, quien consideraba que la sencillez del modelo provocó que fuera inmediatamente copiado por los españoles, sobre todo por los residentes en Madrid. Macías incluía la literatura, el pensamiento, la política o las costumbres entre los múltiples aspectos imitados de París. Sin embargo, otros autores como Almirall no creían que la uniformidad del carácter castellano reflejara la aplicación práctica y eficaz que sí caracterizaba al centralismo francés: las *élites* castellanas estaban demasiado separadas del concierto europeo. Sobre todo se habían importado o traducido, más o menos libremente, leyes y códigos autoritarios y absorbentes; medidas orientadas, sobre todo, a dominar la vida provincial. Redundando en los perjuicios, Almirall no creía —a diferencia de Macías— que se hubiera producido ningún tipo de progreso en la actividad industrial, científica y artística. Morote creía, incluso, que los aspectos más inmovilistas y absolutistas del modelo político francés también se resistían a las características del alma española. Sólo el estado pasivo y adormilado de la inteligencia nacional evitó la imposición de una alternativa evolutiva o progresiva. Se pasó de una punta a otra.

Ya ubicados en el contexto de la crisis finisecular, Costa, Macías y Mallada volverán a la tesis psicológica o caracteriológica y considerarán que el atraso, la falta de virtud, los excesos imaginativos o la incapacidad para la perseverancia, el ingenio y el trabajo de la raza habían impedido o bien crear algo original y propio injertado en las tradiciones y costumbres nacionales, o bien desarrollar una alternativa adecuada a las verdaderas necesidades nacionales. Costa lo ilustra perfectamente al señalar cómo: *“hemos fiado nuestros adelantos a la importación mecánica de lo que descubrían y practicaban los extranjeros, juzgando hacedera la apropiación y disfrute de los resultados sin la fatiga y el dispendio del hallazgo y de los tanteos, mejoras y arrepentimientos (...) Para que todo marchase bien necesitaba el Estado vestirse a la medida, crearse una morfología especial, que fuese como la concreción externa de su espíritu, no copiada de la de otros países de raza distinta, de distinto estado social, de distinto grado de cultura, de usos, tradiciones y economías diferentes* (Costa, 1901/19998b, p. 118–119). El propio Costa afinará su crítica y la personalizará en los reformadores políticos acusándoles de no *“curarse en biología”* e implantar directamente instituciones de Inglaterra y Francia. Mallada incluso advertirá del recurso a la asesoría de estadistas extranjeros para resolver los problemas de la economía nacional. A propósito de esta situación, Costa observaba con ironía la posibilidad de que fueran los extranjeros los que finalmente liberaran al pueblo español de los actuales gobernantes. Virtualmente, el siguiente paso debía ser su sustitución por otros dirigentes no españoles, algo que ya había sucedido en Puerto Rico.

Sea como fuere, Costa y Macías no estaban demasiado lejos de Isern al considerar que el principal problema de esa imitación político-administrativa extranjera era la perniciosa aparición de hipertrofias democráticas y radicalismos liberales. Sabemos que el cuerpo de sus ideas reformistas se tradujo en la propuesta de eliminar el sistema electoral. Sin embargo, la reforma política debía ser acompañada por una económica y social adecuada al liberalismo europeo; un panorama en el que hay que entender la

afirmación de Mallada de que si los agricultores españoles sufrían infelicidad era debido a que no vivían en los países bárbaros en los que se desconocían los beneficios de la civilización. Ese segundo ámbito reformista fue el que llevó a Costa a contemplar la posibilidad de incorporar ejemplos extranjeros siempre y cuando fueran compatibles con la moral y el derecho español. Precisamente pensando en reformas económicas, Altamira señalaba el problema de la insalvable mediación extranjera en el funcionamiento de la industria y la economía nacional. A pesar de ello, el autor de la *Psicología del pueblo español* también se apuntó a la medida de compatibilizar *internacionalismo* y nacionalismo, aunque, en su caso, se trataba de una vía para evitar cualquier tipo de política reaccionaria.

Atendiendo a la desvirtuación de los valores nacionales, las tecnologías de organización social podían estar atentando contra las tradiciones colectivas en el presente, pero las psicopedagógicas hacían peligrar el futuro a medio y largo plazo. En ese sentido, Costa y Unamuno se quejaban de la apariencia o barniz de civilización o europeísmo que recubría falsamente la cultura y los distintos grados de la educación española. Ya desde los inicios del género, Almirall había señalado, significativamente, que la mayoría de los materiales de estudio eran adaptaciones o traducciones de originales extranjeros, muy particularmente de los libros de texto franceses. Ello le llevaba a afirmar que el movimiento científico español, en todos sus niveles, era una burda copia del francés y el italiano; es decir, de dos idiomas hermanos del español y, por tanto, más fáciles de traducir y de llegar a la sociedad española. Almirall se quejaba particularmente que las ideas alemanas eran completamente desconocidas entre los sabios españoles. Para Unamuno, la mala recepción de la ciencia moderna estaba supeditada a la lentitud de la reacción psíquica de los españoles ante las impresiones. Sólo daba lugar a una irritabilidad epidérmica de pronta extinción. Pero más que la penetración de la ciencia moderna, lo que preocupaba a la mayor parte de los regeneracionistas eran sus efectos colaterales: la desnacionalización.

Para Costa, esa mala asimilación podía pervertir las cualidades nativas. Atendiendo a la falta de un concepto claro de independencia espiritual en la sociedad española, Altamira también consideraba que el exceso de cultura y pedagogía extranjera podía llegar a ser un problema. Por ello recomendaba, además de asegurar la transmisión de la cultura y la ciencia española, promocionar los viajes de estudio de los profesores españoles antes que la incorporación de profesores y métodos extranjeros. En cualquier caso, Altamira tenía un potente argumento para desechar cualquier posibilidad de que la cultura extranjera desvirtuara el espíritu nacional: la obra educativa no podía homogeneizar el espíritu de las naciones porque, aunque sí podía despertar cualidades dormidas, no podía crear facultades inexistentes ni borrar las particularidades diferenciales y constitutivas del colectivo en cuestión. No había, por tanto, escapatoria posible a la propia nacionalidad. Ese esquema, de paso, colocaba a Altamira ante la necesidad de decidir si la raza española era incapaz de adaptarse a la modernidad o si, por el contrario, era apta para el progreso material. Evidentemente, el autor valenciano optó por la segunda.

Ciertamente el problema de la desnacionalización y la reorientación pedagógica hacia objetivos meramente materiales estaba muy presente en la esfera intelectual española a la vista de lo sucedido en Cuba. Isern es quizá el autor que más insiste en ello al señalar que los escolares cubanos e, incluso, los escolares peninsulares educados en Estados Unidos se habían convertido en vehículos de la civilización americana. Para Isern, no había duda de que la única educación posible era la propiamente nacional. Sin embargo, como hemos intentado demostrar cuando hablábamos del elemento *antropográfico*, en la mayoría de los textos regeneracionistas las bases estructurales de los defectos del carácter español son las mismas que las de las virtudes. Así las cosas, no es de extrañar que la esperanza práctica de la facción más progresista del regeneracionismo fuera que la instrucción científica y moderna permitiera sustituir virtudes por vicios sin dañar la estructura identitaria. De ahí que, como en el caso de las tecnologías socio-políticas, muchos regeneracionistas optarán por alternativas pedagógicas que hibriden nacionalización e internacionalización.

En esa línea encontramos recomendaciones como las de Macías, quien apuesta por desarrollar un programa moderno y europeo que responda al "espíritu científico" sin caer en el mero utilitarismo ni socavar las bases de nacionalidad. El propio Altamira era consciente de que la única oportunidad de desarrollo pasaba por el intento de compatibilizar o, incluso, fusionar la tradición nacional con la imitación de la ciencia moderna y, por ende, extranjera. Para él, igual que afirmar el espíritu moderno no suponía negar valor sustancial a la tradición, la utilidad del pasado tampoco autorizaba a desconocer la diferencia de los tiempos. Precisamente, la comunicación con lo antiguo permitía intuir la separación de los tiempos. En ese sentido, lo moderno tenía carácter diferencial y rectificaba el espíritu humano de tal manera que no permite restauración de teorías, leyes y costumbres de gran boga en el pasado. En último término, se trataba de recuperar el espíritu del pasado rechazando las formas temporales u oportunistas. Muy significativo es el ejemplo que Altamira utilizaba para demostrarlo: la restauración deseable de un sentido social en la persona colectiva, que había sido destruido por el individualismo moderno, no podía resucitarse de las formas clásicas del pasado. Con ello Altamira manifestaba su deseo de preservar una idea armónica de sociedad que se opusiera al moderno individualismo anglosajón y, al tiempo, superara el modelo marcadamente estamentario del tradicionalismo reaccionario. Ya ambas respuestas debían buscarse en la escena contemporánea.

Sea como fuere, los problemas derivados de la imitación de los modelos psico-pedagógicos y socio-políticos extranjeros no fue el peor de los problemas internacionales a los que se enfrentó el regeneracionismo. Más importancia tuvo la tensión y el impacto de la guerra cubana, una experiencia y reacción social que Morote comparó con los efectos producidos por una enfermedad. Sin duda, la sensibilidad crepuscular del regeneracionismo puede plantearse al margen del episodio bélico. No en vano los dos primeros textos del regeneracionismo, el de Almirall y el de Mallada, publicados antes de

la derrota ante Estados Unidos, presentan ya claramente ribetes decadentistas. Ambos son sintomáticos de la existencia de un contexto general de "crisis social" antes de la guerra del 98, lo que, sin duda, refuerza la hipótesis de que, al margen del desastre, el regeneracionismo es, ante todo, un movimiento eminentemente crítico y antagónico de la Restauración canoyista (Tuñón, 1986). Todo ello puede ser válido para el escenario intranacional. Pero también es indudable que la pérdida de Cuba condicionó profundamente la forma en que la *intelligentsia* regeneracionista tramitó la proyección de España en la órbita *internacional*. Lo vemos en el epígrafe que sigue.

19.2. LA REFERENCIA EXTRANJERA COMO ANTAGONISTA COMPETITIVO EN EL TERRENO INTERNACIONAL

Durante todo el siglo XIX, las derrotas bélicas sufridas por las naciones occidentales en escenarios *internacionales* estuvieron estrechamente ligadas a las crisis de identidad nacional. Ello provocó la emergencia de una marco diagnóstico-interventivo útil para evaluar los problemas del carácter nacional, y para sopesar la pertinencia de insistir en la vía militarista o de sustituirla por otras alternativas que apuntalaran con pocos riesgos la presencia del colectivo en cuestión en la escena *internacional*. Como ya hemos comentado en otras ocasiones, el esquema diagnóstico que alcanzó más popularidad presentaba a las naciones latinas ocupando un lugar de inferioridad respecto de las anglosajonas, sobre todo tras el episodio del Sedán y, posteriormente, el colofón de Cuba. De su interpretación psico-sociológica también derivó la propuesta regeneracionista de una agenda que guiara la política internacional española (sobre el carácter crítico y simbólico del guerra del 98 y del Sedán como consolidación o toma de conciencia de la decadencia se puede ver Morón, 1998 y López Morillas, 1972). Estas dos cuestiones, el modelo de la decadencia latina y las estrategias dispuestas por el regeneracionismo para asegurar la presencia de España en la escena *internacional*, serán tratadas en los dos epígrafes que siguen a continuación.

19.2.1. Sedán-Cuba: el modelo del episodio bélico frustrado

En los capítulos 1 y 7 hemos comentado cómo los intelectuales de los países latinos asumieron la supuesta situación de inferioridad de sus propias naciones frente a las del espectro anglosajón. Las derrotas bélicas se convirtieron en la piedra angular de esos autoanálisis y autocríticas para con sus colectivos nacionales. Por supuesto, esto incluía a los regeneracionistas españoles, aunque un análisis más detallado de sus obras permite establecer ciertas precisiones; sobre todo en relación con el esquema que convertía determinados episodios bélicos frustrados en un catalizador de la autocrítica. Respecto a esta cuestión, no puede perderse de vista que algunos textos del regeneracionismo se publicaron antes de la derrota efectiva de 1898. Antes de esa última fecha ven la luz *España tal como es* de Almirall (1889), *Los males de la*

patria de Lucas Mallada (1890) y el *Idearium Español* de Ganivet (1897). En 1895, aparecen en *La España Moderna* los artículos con los que Unamuno compondrá más adelante *En torno al casticismo* (1902). Aunque todos ellos tenían que tener muy presente la tensión militar de Cuba, resultaba imposible que auguraran la derrota ante Estados Unidos². Por ello podría resultar más relevante tomar en cuenta el papel modelizador que en ellas pudo jugar el episodio previo del Sedán francés.

Como ya hemos visto, se ha considerado que ese conflicto hubo de servir de advertencia a los países latinos; sin embargo, ni Almirall, ni Mallada ni Ganivet le dieron un protagonismo especial en la estructura de la crisis nacional. Mallada no lo necesita para demostrar la evolución diferencial de los países europeos y, menos aún, para delinear claramente la distinción etnopsicológica entre una raza anglosajona, desarrollada gracias a su inteligencia y espíritu práctico, y una latina, peor dotada para el desarrollo material por su sumisión a las pasiones, el sentimentalismo, la ligereza y la voluptuosidad. Más aún, Unamuno llegará a emplear el episodio del Sedán “en positivo” al hacer un paralelismo con la guerra de la Independencia española y considerarlo una demostración de la capacidad regenerativa de un pueblo —el francés— tras un episodio bélico frustrado. Forzando la interpretación, este símil podía informar, como mucho, de cierta tendencia a la reunión de los países latinos en torno a una identidad de raza, pero en ningún caso bajo parámetros crepusculares o decadentistas.

Sin duda, con la guerra de Cuba esa situación cambió sensiblemente. La *débâcle* del Sedán francés tomo una nueva dimensión y sirvió de indicio para generalizar y legitimar, junto con el desastre español, el modelo decadentista de las naciones latinas. Sin embargo, aún en ese caso podemos establecer algunas matizaciones en función de si los textos regeneracionistas que se apoyan en ese tipo de episodios lo hacen durante o después del desastre. Se trata de dos momentos cronológicos que, condicionados por la fecha de creación o publicación de la obras, ofrecieron perspectivas diversas de la nación española y del otro extranjero, y que veremos en los dos epígrafes que siguen a continuación.

19.2.1.1. *El desastre durante el desastre: sospechas y esperanzas*

La derrota militar frente a Estados Unidos se menciona tácita o explícitamente en todas las obras que salieron de la imprenta inmediatamente después de 1898. Pero aún en este caso hay que establecer matices. Según los comentarios de los propios autores, algunas de ellas habían sido ideadas o redactadas justo antes del “desastre” o lo estaban siendo de manera paralela a él. Esta circunstancia relegó el comentario de la guerra de Cuba al prólogo de los libros; de hecho vino muy bien para andamiar una

² Quintana (1998) plantea que la obra de Unamuno es uno de los muchos ejemplos de la búsqueda científica del espíritu español con la esperanza de desentrañar las causas caracteriológicas del desastre. Considerando que el autor vasco —como también Mallada o Ganivet— publica algunas de estas obras antes de la derrota, creemos que es más acertado hablar de una búsqueda reactiva de los fundamentos de lo español ante una situación genéricamente crítica. Eso sí, se trata de una intención constructiva que tiene por horizonte la estabilización de un ente nacional ajustado a parámetros internacionales.

introducción incendiaria a la lectura de las obras. Así algunos autores introdujeron el episodio del “desastre” en el prólogo de sus obras no sólo sin que la lógica de la composición textual se resintiera, sino incluso reforzándola. Macías Picavea, por ejemplo, confiesa al inicio de *El Problema Nacional* que “*Años ha tenía ideada y aún planteada esta obra, convencido de la ruina interna de mi patria, antes de que la catástrofe actual la promulgase con escándalo*” (Macías Picavea, 1899; p. 21). En la primera frase de *Psicología del pueblo español* de Altamira se puede leer: “*Escribí el presente libro en aquel terrible verano de 1898, que tan honda huella dejó en el alma de los verdaderos patriotas*” (Altamira, 1902/1997; p. 53). En este grupo también debería integrarse la obra de Maeztu, dado que más de una tercera parte de los artículos que la componen habían aparecido en prensa antes de la derrota de Cuba.

En todos estos casos, la derrota sí refuerza el pesimismo para con la propia identidad y, de hecho, el paralelismo arquetípico y negativo con el Sedán es explícito. En las obras de Macías Picavea, Altamira y Maeztu ambos episodios bélicos frustrados, el francés y el español, convergen sobre la retórica del fracaso y conforman un binomio ejemplar de la crisis endémica de la nación. Maeztu, por ejemplo, comentando el caso del suicidio de un recluta poco antes de la derrota definitiva, opina que “*Triste, muy triste el posible Sedán colonial, para un pueblo que, como los ancianos, pervive de recuerdos; pero aún mas triste el símbolo de ese muchacho que prefiere la muerte a la guerra, más triste que al llegarnos el Sedán ultramarino, coronemos el fracaso de cuatro siglos con el suicidio*” (Maeztu, 1889/1997; p. 108). Altamira, que también escribe durante el desastre, no trata el Sedán, pero la contrafigura germana del episodio —la victoria de los Alemanes sobre los franceses— está claramente implicada cuando menciona que “*Entre lágrimas de pena y arrebatos de indignación, promovidos por la ineptitud de unos, la perfidia de otros, la pasividad indiferente de los más, fui llenando cuartillas, inspiradas, no por el enorme desaliento que a todos hubiera parecido justificado entonces, sino por la esperanza, por el afán, mejor dicho de que surgirá, como reacción al horrible desastre, un movimiento análogo al que hizo, de la Prusia vencida en 1808, la Alemania fuerte y gloriosa de hoy día*.” (Altamira, 1912/1997; p. 53).

Como vemos en esos ejemplos, la asociación entre el Sedán y Cuba es más cerrada y el “episodio bélico frustrado” vertebró ya la posibilidad de dar un sentido narrativo al inmovilismo y la decadencia internacional más allá de las claves raciales exhibidas en primera instancia por Mallada. A partir de las obras publicadas en torno al desastre, el “episodio bélico frustrado” supone un punto de inflexión dramático para resolver la relación entre un periodo previo de decadencia de la identidad colectiva y una “crisis” psico-sociológica asociada al presente. Seguramente no sea una coincidencia que las obras de Altamira y Macías sean las más interesadas en remontar buena parte de la historia española³ a la búsqueda

³ Mallada realiza un somero repaso histórico y Almirall no dedica ni un solo capítulo al pasado. Unamuno analiza buena parte de las producciones históricas del genio español pero no se ajusta a una estructura narrativa. Después de la publicación de las obras de Altamira y Macías Picavea, Morote sí recoge esa sensibilidad y toda la obra de Costa es, en buena medida, un testimonio de los productos culturales emanados de la psicología colectiva a lo largo de la historia nacional. Más parco es Isern, que no pasa de los inicios del siglo XIX, o Maeztu, que sólo se remonta

de los síntomas de la decadencia que había de cristalizar a finales del siglo XIX. Sin embargo, es en el prólogo de Maeztu, el tercero de los autores que podemos incluir en el grupo estrictamente coetáneo de la Guerra de Cuba, donde mejor se perfila la tensión narrativa entre pasado, presente y futuro. Exhibiendo un vez más la importancia del gozne psicológico para entender los entresijos de la identidad nacional, Maeztu planteó lo siguiente: *"Tiene sobrada importancia histórica el período en el que se han perdido las postreras colonias, para intentar escribir a vuela pluma una crítica consistente acerca de las causas y del alcance de estos hechos. Suele, en cambio, escaparse a la crítica, la serie de juicios y de imágenes, con que el curso de las ideas y de los sucesos impresiona a los habitantes de un país, durante una época de transición y crisis.// Esas imágenes y esos juicios son momentáneos y volanderos; no por ello merecen el olvido, ya que su sedimento forma médula en nuestros cerebros, acaba por encarnar en el fondo íntimo del pensamiento nacional y modifica, poco o mucho, el histórico instinto de un pueblo"* (Maeztu, 1899; p.50).

La cita de Maeztu, más que invitar a la lectura, "obliga" al lector a sentirse conmovido por el desastre; Maeztu lo acoge junto a sí como partícipe del colectivo nacional cuando asegura que el "sedimento" del desastre *"forma médula en nuestros cerebros"*. Apoyado en ese recurso persuasivo, Maeztu ofrece una teorización psico-fisiológica (cerebro, juicios, imágenes y pensamiento) de la identidad que siembra de incertidumbre el porvenir. El modelo narrativo y memorístico al que se ajusta implícitamente tal teorización incluye, de forma ejemplar, un fundamento pasadista (*histórico instinto de un pueblo*), un episodio bélico frustrado (*la pérdida de las colonias*), la crisis subsiguiente (*impresión durante una época de transición y crisis*) y un futuro a medio o largo plazo peligrosamente abierto (*modifica, poco o mucho, el histórico instinto*). Como veremos más adelante, ese último margen abría el arco de las posibilidades vitales del colectivo en el futuro lejano, dando lugar a una retórica de la sospecha —la del el apocalipsis identitario—, pero también a la de la contrición y la esperanza.

En cualquier caso, la profunda autocrítica que parecía periclitarse la historia del Ser nacional —al menos tal y como se había entendido hasta el momento de la derrota— no se acogió a la supuesta superioridad de las razas anglosajonas. Aún teniendo en cuenta los fracasos militares y la zozobra de las naciones latinas, en las obras estrictamente coetáneas del desastre la raza española tampoco sale excesivamente mal parada. De hecho, más bien se juega en contra de esa idea si consideramos que donde autores de la primera hornada regeneracionista —como Mallada o Almirall— habían hablado de la fantasía, apatía, inmoralidad pública, falta de energía y patriotismo y genio comercial del español, Macías o Altamira escribieron sobre las perniciosas infamias hispanóforas promovidas por ingleses, franceses e, incluso, italianos.

al Sexenio Revolucionario. Sea como fuere, todas las reflexiones históricas de las obras publicadas tras el desastre desembocan en el "episodio bélico frustrado" sufrido recientemente.

De hecho, la inclusión de esas dos últimas nacionalidades, unidas a la referencia a Alemania que cierra la última cita que hemos transcrito de Altamira, también viene a poner en duda que estos autores percibieran una diferencia identitaria claramente delimitada entre las supuestas dos grandes familias raciales; a saber, latinos y anglosajones. Desde la lente *internacionalista*, Macías sólo vio unidos a los pueblos latinos por el hecho de que coincidieran en un sistema administrativo centralista y, por desgracia, completamente antagónico a la típica autonomía de los anglosajones. Esa diferencia circunstancial condensó algunas de las claves más importantes para entender la decadencia internacional de la esfera latina. Sus orígenes hay que remitirlos, en justicia, a los primeros autores del regeneracionismo, sobre todo a Mallada. Fue este último el que, en el capítulo sobre *El desbarajuste administrativo*, recomendó entender la crisis española en el contexto general de decadencia económica de todas las naciones europeas. A estas últimas atribuía una organización económica excesivamente compleja, centralizada, recargada de servicios oficiales y partidaria del socialismo de estado en comparación con los criterios de liberalismo y comercio exterior manejados por Norteamérica.

Sin embargo, como también sabemos, Mallada coincidía con el resto de regeneracionistas en que España estaba todavía mucho más subdesarrollada que el resto de naciones occidentales. Quizá por el positivismo sin ambages de este primer regeneracionismo, Mallada no dudó en justificar ese extremo apelando a la inferioridad etnopsicológica del pueblo o la raza española respecto de la anglosajona; una perspectiva con la que podría haber estado de acuerdo Lord Salisbury o Max Nordau, las dos bestias negras del espíritu latino.

No fue esa la perspectiva del grupo de obras que aquí nos ocupan. De hecho, las opiniones de los dos autores anglosajones sobre el pueblo español merecieron la respuesta explícita de Maeztu en un capítulo titulado, significativamente, *El discurso de Lord Salisbury*. Poniendo nuevamente en juego claves contextuales, el autor de *Hacia otra España* no dudó en señalar que "*Podrán los cañones de los yanquis cerrar el libro de nuestra historia colonial; podrán poner término provisionalmente a nuestras gloriosísimas conquistas; pero la conquista ha sido sólo uno de nuestros múltiples desatinos; quizás por haber consagrado a ella nuestras iniciativas hemos sufrido la decadencia agrícola, la comercial, la artística; pero rasgando un poco en la agrietada superficie social, se encuentra siempre el pueblo sano y fuerte, fecundo y vigoroso que tanto admira un enemigo de la raza latina: Max Nordau*" (Maeztu, 1899/1997; p.129). Así las cosas, pareciera que el episodio bélico frustrado sirvió para realizar una autocrítica de amplio recorrido socio-histórico pero que, sin embargo, apenas perturbó la calidad y singularidad racial del español.

19.2.1.2. El desastre tras el desastre: la desconfianza nacional

Indicios de una crítica identitaria claramente pesimista y estructural no aparecen hasta las obras que, con mayor o menor urgencia, son ideadas, redactadas y publicadas inmediatamente después del desastre; es decir, las de Morote, Costa e Isern. Sus títulos, recordemos, son ya de por sí ilustrativos: *La moral de la derrota*, *Del desastre Nacional y sus causas*, *Crisis política de España o Reconstitución y europeización de España*. Precisamente en esta última obra, Costa planteaba que "(...) las líneas del porvenir, hasta hace poco indecisas, acaban de dibujarse fuertemente; en Santiago de Cuba no combatieron dos banderas, sino dos razas: aquel racimo de naciones iberas, motivo de tantas esperanzas ayer, ha quedado condenado a desgranarse rápidamente, para ir a caer grano a grano en las ávidas fauces del sajón" (Costa, 1898/1981; p.33). Aquí el episodio bélico sí define claramente el antagonismo arquetípico entre los anglosajones y los latinos, especialmente los hispanos. Costa, de hecho, parece plantear la inferioridad estructural de estos últimos cuando establece comparaciones entre el atraso medieval de la nación española o, incluso, la elocuencia lenguaraz de sus habitantes con el suelo, las razas y la caracteriología del continente africano. Algo semejante había apuntado Mallada diez años antes al comparar la excesiva presencia de empresas extranjeras en España con la situación de los países bárbaros, o los niveles de desarrollo alcanzado por Norteamérica con los exhibidos por Sudamérica. Dentro de ese escenario, el autor de *Los males de la patria* contaba a España entre la última de las naciones latinas civilizadas, una sensibilidad a la que también se acercaba Costa cuando lamentaba el hecho de que antes del desastre España mantuviera cierta vigencia en Europa, al menos como potencia de segundo orden.

Sin embargo, también aquí hay que establecer salvedades respecto de las consecuencias identitarias que cabía extraer de la situación internacional en la que se encontraba España en el fin de siglo, algunas de ellas muy semejantes a las establecidas en las obras ideadas y publicadas estrictamente durante la derrota. En primer lugar, no está nada claro que las dos grandes familias identitarias, latinos y anglosajones, condensen colectivos más o menos homogéneos entre los pueblos que, respectivamente, las forman. Esto se pone de manifiesto, por ejemplo, en el hecho de que Morote incluya a Francia en el listado de naciones adelantadas que hay que comparar con España. Pero más importante para percibir este punto es observar el papel que, nuevamente, juega el episodio del Sedán. Así, una vez consumada la guerra del 98, y con más distancia temporal, Costa e Isern recurrieron al Sedán para ilustrar no tanto las semejanzas como las diferencias entre el contexto político español y el francés después del desastre. Costa redundaba en el inmovilismo político español y destacaba cómo el desastre de Francia había supuesto la sustitución inmediata de los gobernantes. Para un conservador como Isern, esa misma situación era epítome del egoísmo de los partidos políticos renovadores, los cuales habrían protagonizado un asalto al poder sin tener en cuenta los verdaderos intereses nacionales. Independientemente de las diferencias ideológicas

entre ambas posiciones, lo que es evidente es que los dos marcan las diferencias entre el espacio identitario español y francés.

En segundo lugar, tampoco se percibe que en este tercer subgrupo de obras se acepte la superioridad estructural y general de los pueblos anglosajones. A diferencia de Mallada —y más allá de los símiles ilustrativos utilizados en relación con África— Costa deja bien claro que el pueblo español no es una raza inferior como puedan serlo los tagalos, los negros o algunos centroamericanos. La mejor evidencia de ello es que la raza española es blanca y está confinada en Europa. Isern, por su parte, señalará cierta inferioridad de las actitudes de españoles para la administración y el gobierno, pero sin que ello implicara una degeneración estructural de todas las facetas de la psicología nacional. Cuando Isern utiliza reiterativamente el término “degeneración”, lo hace para adjetivar a grandes rasgos la situación político-económica nacional. En esa misma línea, su uso sólo se personaliza a propósito del perfil psicológico de los políticos de la Restauración. Así, desde su punto de vista, *“Si hubo traición a la patria en la conducta de aquel gobierno, no fue por perversión de la voluntad, ha de reconocerse así, sino por sustitución del entendimiento por la fantasía en las previsiones, por anteposición de un fin inferior a un fin superior en la aceptación de la guerra, por carencia de dotes de gobierno en la sustentación de la masa, y por falta absoluta de aciertos diplomáticos en la preparación y realización de la paz”* (Isern, 1899, p. 338).

Ese mismo perfil político será comparado por Morote con las referencias de Alemania, Inglaterra y, como ya hemos dicho, Francia, llegándose a preguntar: *“¿Es que estos pueblos son superiores, de otra raza mejor, que los españoles? No; es que en esos pueblos la iniciativa particular, el afán de crearse por sí mismos y no deberle nada al estado, la costumbre de la lucha por la vida, la casi total desaparición del espíritu protector, ha hecho hombres y no funcionarios o empleados”* (Morote, 1900, p. 602). Como también había ocurrido con Maeztu, la intención explícita de Morote era salir al paso de las opiniones raciales de Lord Salisbury que, bajo el supuesto de agotamiento de las viejas naciones latinas, reservaba la empresa colonial para los jóvenes países del espectro anglosajón. Sin duda, Morote coincidía con el autor de *Hacia otra España* en que el pueblo español todavía daba señales de vida, y que factores circunstanciales, como también apuntaba Isern, habían jugado a favor de los éxitos internacionales de las naciones pertenecientes a la otra gran familia racial. Ni el proteccionismo político-administrativo ni la selección al revés provocada por los conflictos inter e intranacionales —la despoblación y reducción radical de trabajadores y la persistencia de las clases acomodadas— habían permitido, según Morote y Maeztu, competir en pie de igualdad con los anglosajones. Pero lo que tampoco podía negarse, a la vista de las reacciones colectivas que habían seguido inmediatamente al trauma bélico y la pérdida colonial, era que, con o sin participación de taras raciales, el pueblo español se hallaba en un profundo “estado de postración”.

No podemos olvidar que la incertidumbre y preocupación por ese "estado de postración" de rango internacional ya había sido articulada en términos histórico-narrativos por el subgrupo de obras estrictamente ideadas o publicadas durante el desastre. En las obras de Costa, Morote e Isern se recupera y radicaliza el papel ruptural que, narrativamente, juega la catástrofe respecto del escenario nacional e *internacional*. Morote consideraba que con la derrota se quebraba el concepto total y orgánico del destino y la fuerza de España en el mundo. Costa la señala como el síntoma anémico que exhibía definitivamente la falta real de consistencia y forma nacional, todo lo cual había facilitado la caída ante los yanquis. La obsesión de Costa era evitar la decadencia que podía continuar la catástrofe, una cuestión que también nos recuerda el colofón futurista que el "episodio bélico frustrado" proponía entre una retórica de la sospecha y una de la esperanza. A ese diálogo las obras de Costa, Morote e Isern van aportar ya la experiencia de uno, dos o tres años después del desastre. En ellas se ofrecen respuestas preliminares al desenlace histórico-narrativo que tanta incertidumbre psicológica (fisiológica y memorística) se había generado en la reflexión de Maeztu.

Después del 98, un buen ejemplo del desenlace relacionado con la sospecha puede ser, sin embargo, el prólogo que Altamira prepara para su obra. Como hemos señalado más arriba, los artículos que configuran la *Psicología del pueblo español* habían sido redactados y publicados por entregas en una revista durante la guerra. Pero su condensación y publicación integral en formato de libro no se produce hasta 1902. Es por esas fechas, cuatro años después del desastre, cuando Altamira tiene que redactar su prólogo; un texto que, en justicia, debe ser considerado el último análisis sumario de la decadencia realizado dentro de los márgenes del regeneracionismo de finales del siglo XIX. En él se desgana de forma paradigmática una lectura pesimista de las variaciones que cabe esperar a la vista de lo sucedido inmediatamente después del trauma; y es que para Altamira, "*El problema no ha dado ni un paso desde 1898 a la hora presente (...). Si alguna modificación puede notarse en el alma nacional, es más bien de retroceso; porque las hermosas esperanzas que entonces concebimos algunos, se han desvanecido casi enteramente, y el empuje que pareció agitar en un principio a la masa, preparándola a ejecutar o a secundar un esfuerzo heroico, apenas si estremece hoy a una minoría que no cesa ante el desengaño*" (Altamira, 1901/1997; p. 55). De esas palabras se desprende la prolongación del estado de crisis nacional e internacional a un futuro inmediato, una tensión retórica que llevada a sus últimos extremos, ya nos ubicaría en la famosa retórica apocalíptica del regeneracionismo: si no se toman medidas urgentes, no es que el colectivo (la nación, el pueblo, la raza, el espíritu, la sociedad, etc.) vaya a instalarse en un estado perpetuo de decadencia, sino que es muy posible que se encuentre cerca de su muerte o desaparición final⁴.

⁴ Nos limitamos a recordar en esta nota el impacto retórico que podían llegar a tener las palabras de Altamira en un contexto de crisis e inestabilidad nacional. Como sabemos, es un discurso que aprovecha el temor de la desaparición colectiva ante la acción efectiva de un Otro antagonista (enemigo o, simplemente, extranjero). Ese mismo argumento supone un excelente "mecanismo de defensa" para reforzar, por

Ya hemos hablado en múltiples sitios de las intenciones retóricas, estratégicas y movilizadoras de ese tipo de argumentos, y también de su carácter introductor a las terapéuticas necesarias para aliviar el dolor post-imperial. Estas últimas se ubican plenamente dentro de la retórica alternativa de la esperanza, de tal manera que la incertidumbre identitaria generada por el desastre también aporta un espacio para que emerja el anhelo de una patria reactiva, vivificada y capaz de abordar un proyecto de futuro. Desde el punto de vista narrativo, la cuestión en las obras publicadas después del desastre pasaba por dar una vuelta de tuerca a las mismas relaciones entre recuerdo colectivo y derrota sobre las que tan preclaramente había llamado la atención Maeztu. Morote y Costa no son sólo conscientes de tal relación, sino que también abogan por su cultivo y mantenimiento activo en la memoria. Para Costa, la memoria del desastre había de obrar en el alma colectiva y servir de acicate para su salvación; una sensibilidad a la que también se une Morote cuando comenta que *"Como los individuos, las naciones aprenden más en sus desgracias que en sus triunfos. El dolor es una gran escuela. ¿De qué serviría la catástrofe, la débâcle a un pueblo, si no le sirviera para su enmienda? (...) bastará con que un sople de vida intelectual y económica anime a nuestro pueblo para que vuelva a ser el pueblo heroico que en tantas circunstancias de su historia sacó fuerzas de flaqueza para regenerarse?"* (Morote, 1900/1998; p. 42)..

Como puede comprobarse en la cita, la retórica de la esperanza deriva, sin solución de continuidad, hacia claves diagnóstico-interventivas –económicas e intelectuales– en las que se cifran las expectativas de regeneración. Unidas a los matices realizados al respecto del complejo de inferioridad de la mentalidad latina o española, se utilizarán no sólo para concretar la regeneración intranacional, sino también para definir los puntos de la agenda *internacionalista*. Encarar esa última tarea exigía contar, además, con el papel hegemónico que la esfera anglosajona o, por extensión europea estaba jugando en la empresa colonial. Así, el reformismo aplicado al elemento *internacional* se vio obligado a tener en cuenta tanto lo que el europeísmo tenía de eficaz y positivo como lo que tenía, sobre todo en su facción anglosajona, de competidor colonial. Como iremos comprobando a continuación, el uso de ambas imágenes fue muy útil para legitimar el programa *internacional* propuesto por el regeneracionismo, aunque las propuestas no siempre estuvieron exentas de contradicciones.

19.2.2. La presencia de España en la escena *internacional*: alternativas a la derrota

A los regeneracionistas no les pasó desapercibido que, con la derrota cubana, el baremo militar había puesto en duda la calidad identitaria española ante la anglosajona. De paso, esto abría un futuro de

reacción, la identidad colectiva propuesta. Recordemos que, particularmente, es Altamira el traductor de *Los Discursos a la Nación Alemana* de Fichte, es decir, de la obra que a principios del siglo XIX había representado la oposición identitaria germana al imperialismo napoleónico. Las estrategias contraidentificativas en el ámbito español pueden remontarse, en cualquier caso, mucho más atrás; por ejemplo, a los debates entre los enciclopedistas franceses y los pensadores españoles del siglo XVIII a propósito de la decadencia de España o a la propia Guerra de la Independencia (a este respecto, puede verse Álvarez Junco, 2001; y Onaindía, 2002). En cualquier caso, en ninguno de estos dos episodios se maneja una identificación tan clara entre nación, elnpsicología y pueblo como la que maneja el regeneracionismo.

expectativas poco halagüeñas para la proyección *internacional* del país. Los regeneracionistas se vieron abocados a presentar un programa de soluciones para combatir esa situación, y para ello siguieron una doble estrategia: una más genérica, basada en desprestigiar utópicamente la pertinencia del militarismo en el mundo moderno y, otra más concreta, orientada a los cuatro frentes clásicos que, hasta finales de siglo, habían asegurado la presencia de España en la escena *internacional* (el colonial, el latinoamericano, el africano y el de la propia integridad nacional frente al peligro de ocupación extranjera). Su estudio será el objetivo de los epígrafes que siguen a continuación.

19.2.2.1. *La inutilidad del militarismo en el mundo moderno y la apuesta por el pacifismo*

En lo que supuso una clara huida hacia adelante, los regeneracionistas no sólo optaron por obviar la debilidad militar española sino también por cuestionar la eficacia o, incluso, la pertinencia genérica de las medidas y recursos bélicos en la escena contemporánea. Sabemos que, a la búsqueda de legitimaciones disciplinares, autores como Morote o Maeztu recurrirán al modelo sociológico spenceriano, el mismo que, a los ojos del regeneracionismo, ya había mostrado su eficacia propedéutica en el marco psico-sociológico anglosajón; es decir, del supuesto antagonista identitario.

La referencia sociológica del autor inglés fue fundamental para estructurar la lógica del fracaso internacional del pueblo español. El periodo inmediatamente previo al desastre español coincidía con el estadio guerrero —es decir, preindustrial o bárbaro— del esquema de estadios de desarrollo planteado por Spencer. Acogiéndose a la autoridad de éste, Morote señaló que las guerras sólo debían ser consideradas un efecto y no una causa de la vitalidad nacional. Bajo ese supuesto, el autor de la *Moral de la derrota* se unió a Maeztu para criticar la vigencia tradicional e hipertrofiada del espíritu del Cid, el honor calderoniano y el humor guerrero, conquistador y militarista español. Para Morote, esos rasgos enfermizos del espíritu colectivo, tan antiguos como la propia nacionalidad, habían alimentado la continuidad histórica y mórbida de guerras civiles y conflictos externos; un proceso de decadencia que se había prolongado en el siglo XIX y agudizado con la decisión de ir a la guerra con Estados Unidos y, en último término, la derrota de Cuba.

En cualquier caso, para explicar la tendencia bélica y militarista no sólo había que contar con las responsabilidades estructurales implicadas en la etnopsicología nacional. Los propios Morote y Maeztu eran muy conscientes de cómo, con motivo del conflicto cubano, la prensa y los políticos habían cultivado y promocionado endémicamente ese perfil combativo. Con respecto a esa cuestión, Morote hablaba del aprovechamiento de los fenómenos y efectos multitudinarios, gracias a los cuáles las *masas* eran capaces de amar formas categóricas y enérgicas aún siendo disparatadas. En un sentido más psico-fisiológico, Maeztu señalaba la emergencia de un pernicioso valor físico en trances de anemia cerebral, momento en el

que reaparecía el espíritu del pueblo eclipsando la posibilidad de un pensamiento más flexible. Morote remachaba la hipótesis de la atrofia psicológica planteando que las desgracias de las multitudes habían provocado la cólera ante la insurrección cubana, de tal manera que los instintos puros de su alma quedaban completamente ahogados.

Sea como fuere, lo que estaba claro para Morote y Maeztu es que periodistas y dirigentes habían colaborado para manipular, bien de forma insensata bien estratégicamente, la psicología del pueblo español. Habían conseguido que éste terminara ignorando a los prohombres racionales y vitoreando a los irracionales. En esa medida, según Morote los dirigentes no eran superiores a un pueblo sin educación ni instrucción para juzgar el problema colonial. Cánovas era, de hecho, el mejor ejemplo de hombre identificado con el cerebro y el corazón de un país. Morote recordaba la famosa frase con la que el artífice de la Restauración había llamado a combatir la "guerra con guerra". Ese era el mejor síntoma de que, dentro del esquema sociológico moderno, la situación española sólo podía corresponder con un estadio bárbaro o pre-industrial.

Es cierto que, en la línea canovista, el ala más reaccionaria del regeneracionismo no estaba de acuerdo completamente con las críticas spencerianas al estadio guerrero. Ganivet, partidario de reorganizar el ejército a partir del carácter individualista propiamente español, cuenta con la excusa de haber ideado y publicado su obra algún año antes del desastre. Pero Mallada lo había hecho mucho antes y es uno de los autores más críticos con el militarismo nacional. Isern, que sí publica su obra después del desastre, coincidía con Morote y Maeztu en que la exageración histórica y memorística había llevado a una confianza desmesurada en las potencialidades bélicas de la raza, en que la prensa había presentado la cuestión cubana en armonía con el antiguo carácter o, incluso, en que determinados individuos o grupos de poder habían logrado mediatizar la opinión pública y empujarla a la guerra de Cuba en beneficio de intereses privados. Isern llegaba a ejemplificar la difusión de la falsa creencia de que era posible vencer materialmente a Estados Unidos empleando la misma frase de Cánovas que había sido destacada por Morote: "guerra con guerra".

Sin embargo, Isern sí se mostrará completamente en desacuerdo con la visión spenceriana de los aspectos bélicos y militares. No creía que el derecho y el industrialismo fueran a desplazar al uso de la fuerza en el porvenir. De hecho, se preguntará por qué y cómo un pueblo clásicamente guerrero, que había resultado victorioso ante la invasión musulmana y francesa, también había sido incapaz de vencer a otro comerciante e industrial como Estados Unidos. Para él, la derrota y la pérdida de las colonias venía a ser un problema en sí mismo, al margen de los otros aspectos del subdesarrollo nacional. Isern intentará explicar tales cuestiones recurriendo a las traiciones y permisividad antinacional de los separatistas, pero, sobre todo, a la falta de previsión, presupuestos y recursos bélicos ante la insurrección. Con ello, Isern también dirigía sus críticas a los estamentos directivos, pero sólo en la medida que las cualidades del

pueblo, si no degeneradas o manipuladas, son incapaces de implicarse en el control y dirección de cualquier tipo de empresa nacional. En realidad, para un reaccionario como Isern sólo los dirigentes son los únicos agentes sociales relevantes y, por ende, sólo ellos pueden ser considerados responsables de las negligencias colectivas.

En otro lugar hemos señalado que Isern había articulado esa responsabilidad a través de las clásicas taras psicológicas o caracteriológicas de la raza española, lo que en cierto sentido, exculpaba de intencionalidad a los gobernantes. Sin embargo, fue precisamente en los pasajes dedicados a analizar el poder militar español donde, aún a riesgo de caer en contradicciones, se mostró radicalmente crítico con la responsabilidad consciente y corrupta de los políticos españoles. De manera significativa, para Isern, *“¿Cuántas vergüenzas hubieran evitado a la Nación los hombres que la han gobernado en los últimos cincuenta años, si hubiesen sacrificado los intereses mezquinos al interés supremo, y hubiesen gastado, en elevar el nivel moral de sus conciudadanos, en preparar la guerra, artillando nuestras costas y las de las colonias y construyendo escudos, todo para mejor evitarla, el caudal inmenso que ha quedado en poder de los privilegiados, y sólo ha servido para desatar más y más los egoísmos y preparar así la inmensa catástrofe cuyas huellas han de permanecer por muchos lustros”* (Isern, 1899; p. 241). De esta manera, la culpa que Isern hacía recaer sobre el gobierno tenía que ver bien con el sometimiento a intereses privados, bien con errores tácticos, como desconocer la capacidad militar de Estados Unidos.

Dentro del marco de afinidad militarista, Isern también buscará causas psico-sociológicas de la derrota en el ambiente social y político que rodeaba a los soldados españoles; un contexto que, careciendo de un modelo ejemplar provisto por los propios superiores, era propicio para la indisciplina y la falta de sacrificio. A ello añadía Isern las penurias de unos soldados jóvenes desnutridos debido a su extracto social y poco formados y preparados para ingresar en el ejército. Había que sumar también la falta de previsión o medios para permitir una adaptación no progresiva a un ambiente geográfico y etnográfico extraño. Esta última condición conformaba un perfecto caldo de cultivo para la aparición de anemia, fiebres y otras muchas enfermedades.

En realidad, no sólo fue Isern el que inspeccionó las causas de la derrota en esa dirección. Morote fue uno de los autores que, dejando al margen la pertinencia o no de la guerra, intentó explicar las causas efectivas de la derrota a través del análisis psico-fisiológico de las tropas. Partía de la tesis general de que el alma española estaba atrapada en un cuerpo antiguo y no apto para lucha fisiológica y expansionista. La inferioridad fisiológica del español en ese orden tenía que ver sobre todo con la mala alimentación, de tal manera que *“El ejemplo de los soldados de Cuba es instructivo. No se atribuya sólo a deficiencias, a faltas, a abusos de la administración militar. En todas las guerras los hubo. No es eso; es que para nosotros, por vicio nacional heredado y aún por culpa de nuestro suelo, insuficiente excepto en la*

periferia, para alimentarnos, la necesidad ha creado ley y la nutrición se ha relegado a un último término (...)" (Morote, 1900; p. 470).

A colación de esas palabras puede adivinarse en algunas páginas de *La moral de la derrota* cierta nostalgia a propósito de la pérdida colonial y el final del imperio español. Sin embargo, las posiciones reformistas que Morote ofrece para paliar el dolor moral y corporal de la nación son completamente opuestas a las de Isern. Las propuestas interventivas de este último pasan por una restauración moral y militar de un ejército al que prácticamente identifica con la patria. Isern pide disciplinar el ejército, pide militares que piensen en la patria antes que en sus ascensos, pide no desviar los presupuestos e, incluso, incrementarlos para reforzar los recursos bélicos y conseguir un buen ejército y una buena marina. Sin embargo, en el mismo punto en que Isern relacionaba la derrota con la escasez de presupuesto militar, Morote encontraba excesos administrativos y gravosos para el futuro.

A diferencia de Isern, Morote tiene claro que, si España quiere sintonizar con el desarrollo moderno, la vía del expansionismo militarista es errada y anticuada. Ya Almirall en *España tal como es* había denunciado cómo el gobierno podía alardear ante otras potencias de poseer un gran ejército gracias a la disposición de un presupuesto desmesurado a tal fin. Para el autor catalán, esa medida halagaba enormemente una vanidad de hidalgo orgullosamente embozado en su capa rota. Morote recuperaba esta vertiente historicista al señalar que los políticos se engañaban al considerar que podía recuperarse la grandeza del pasado por el mismo medio que se había conquistado; a saber, peleando. Morote también denunciaba la falsedad de un argumento de carácter científico. Según éste, la lucha por la existencia sólo podía consistir, a riesgo de perecer, en la conquista y posesión progresiva de tierras. En su oposición a las actitudes que consideraban el militarismo un índice de desarrollo nacional, Morote llegaba incluso a hablar de las patologías que afectaban a los estados que se encontraban constantemente en guerra; una situación que impedía que su ser colectivo alcanzara plena salud física y moral.

Contra ese panorama, Morote esgrimía la lógica económica y pacifista del último estadio de desarrollo spenceriano. En realidad, toda la facción progresista del regeneracionismo estaba de acuerdo en que esas dos claves debían sustituir el exceso militarista y las malas políticas y convertirse en la vía hegemónica para tramitar el peso, la presencia e influencia internacional de una nación moderna. Ya desde principios de la década de los noventa, Mallada establecía que el desarrollo nacional debía estimarse en función de los datos del comercio exterior. Maeztu también hablaba de la necesidad de que España se sumergiera en lucha económica internacional. De hecho, unía la clave económica a la moral de los fuertes para establecer su fórmula modernizadora. Morote por su parte, tenía claro, como sabemos, que las naciones modernas habían abandonado los tiempos heroicos de genios como Rousseau para dar paso al reformismo político de Marx o Kropotkin. Desde ese punto de vista, lo realmente fundamental para alcanzar una buena administración, desarrollo y riqueza de los pueblos era el conocimiento de las leyes

económico-biológicas. De ellas dependían las medidas para favorecer el comercio, la libertad y la cultura. De esta manera, como también proponía Maeztu, Morote suponía que la lucha por la existencia respondía a un proceso más económico-intelectual que militar. Para él, esa ley de desarrollo económico no la invalidaban ni las derrotas que los ingleses, máximo exponente del comercio exterior, habían sufrido ante los Boer. Las victorias de estos últimos debían considerarse un episodio particular de la lucha por la existencia frente al clima. En último término, Morote consideraba que la psicología del pueblo español estaba más preparada para la guerra que para el comercio, pero esto respondía a un proceso histórico que era perfectamente reversible. Era necesario apartarse del ideal batallador y aventurero y cambiar la lucha militar por la mental y económica. Ya Mallada lo había dejado claro en los albores del género: *"(...) Ha llegado el momento de emprender nueva ruta, de romper las cadenas por nosotros mismos forjadas, si hemos de marchar desembarazados y no a remolque detrás de las banderas de la civilización. De las manos del ejército y del clero han pasado éstas a poder de la ciencia, del comercio y de la industria. Otros serán, otros comienzan a ser ya los campos de batalla donde se decide la suerte de los pueblos. Otros serán, otros son ya los ejércitos con que se acude a pelear en la lucha por la existencia, y no es esto adelantar ideas contrarias a la conservación de la fuerza armada que cada día tendrá que ser más científica"* (Mallada, 1890/1994; p. 70).

La defensa del pacifismo complementaba ese tipo de sensibilidades. Morote fue uno de los autores que más abogó por la normalidad del estado de paz, un espacio básico para discutir diplomáticamente los conflictos entre las naciones occidentales. Como en el caso de Mallada, su propuesta no implicaba descuidar la defensa nacional, pero sí subordinar orgullo patrio a la paz, reorganizando el ejército y ajustando el presupuesto militar. Morote pretendía evitar los conflictos bélicos e, incluso, suprimir los estados de guerra perpetua potenciando la comunicación intelectual. Altamira se había interesado también por ese posible escenario, aunque ofreciendo una vía pedagógica para alcanzarlo. Desde su punto de vista, la Universidad podía trabajar por el bien de toda la humanidad educando para la paz y depurando todo tipo de aspiraciones egoístas. Como institución, representaba las más altas cualidades del espíritu; debía afirmar la lucha por el derecho (en la línea de Jhering) y suprimir el sello de la barbarie y rapacidad de las relaciones internacionales. Reforzar las instituciones de derecho internacional y el sentimiento patrio que evitaba la desunión eran sus tareas inmediatas para lograrlo. No deja de llamar la atención que incluso Isern aplicara una perspectiva pacifista para el gobierno de las colonias; pueblos que deberían ser regidos antes por el arte de la política y el conocimiento de sus gentes y territorios que por la severidad de las armas. También es cierto que, llevando esta actitud hasta sus últimas consecuencias, otros regeneracionistas como Maeztu o el propio Morote habían abogado directamente por la autonomía y la liberalización.

En realidad, los escrúpulos coloniales de Isern corresponden, como el economicismo de Maeztu o el pacifismo de Morote y Altamira, con una estrategia de mínimos que debía permitir plantar cara al expansionismo anglosajón. Por unas u otras vías, la asociación entre expansionismo y materialismo fue la baza utilizada por los regeneracionistas para demonizar las ambiciones coloniales de la esfera anglosajona. Y no deja de resultar paradójico que fueran las tesis sociológicas de un autor inglés, Herbert Spencer, las que ofrecieran los fundamentos de la estrategia argumental con que afrontar esa tarea. De hecho, es interesante advertir que el binomio spenceriano formado por pacifismo y, sobre todo, economicismo, no era, en realidad, completamente opuesto al militarismo colonial. Al fin y al cabo, resolver los conflictos comerciales entre los países occidentales por la vía diplomática no era contradictorio con el uso de la fuerza para abrir nuevos mercados en el espacio colonial. Algo de ello debían intuir los regeneracionistas cuando, dejando de lado los estadios de progreso spencerianos, procuraron reforzar su tesis conciliadora con elementos morales y valorativos. De ellos y su lugar en el diseño de una agenda *internacionalista* para España hablaremos en el epígrafe que sigue a continuación.

19.2.2.2. Estrategias para preservar la presencia clásica de España en la escena internacional

Como venimos señalando, la prioridad pacifista e industrial reclamada para la dimensión *internacional* se acompañó de una crítica exacerbada a la psicología materialista anglosajona e, incluso, europea –“depredadora”, como la ha denominado recientemente Gustavo Bueno (1999). Ejemplar es la queja de Macías contra los excesos del industrialismo y los negocios, y el hecho de que éstos marcaran la pauta por encima de los recursos naturales (de suelo y gentes) y los caminos históricos propios. Aunando agresión y mercado, el responsable de *El Problema Nacional* detestaba la “*implacable guerra de mercaderes con cañones y corazas*”. Lo más importante de esa clara referencia al “espíritu” anglosajón –y, más concretamente, norteamericano– era la visión complementaria que ofrecía de las empresas imperialistas protagonizadas históricamente por España: en la mayor parte de los casos, aparecía una exaltación del idealismo o el desinterés que supuestamente había guiado al espíritu español. Quizá el extremo de esta posición hay que buscarlo en el idealismo conservador de Ganivet, para quien las aptitudes del espíritu español estaban depuradas y dedicadas a la creación ideal, mientras que el resto de pueblos europeos eran evidentemente superiores para la dominación material.

Sea como fuere, la diatriba terminó vertebrando la reflexión reformista a propósito del ámbito *internacional* y permitió matizar o reinterpretar los cuatro frentes principales del programa expansionista que mejor se adecuaba a la situación española: (1) el de los últimos vestigios del espacio colonial español (no podemos olvidar que algunas obras se escriben antes o durante el desastre), (2) el del antiguo espacio imperial latinoamericano, (3) el de las posibilidades del nuevo proyecto expansionista por África y, por

último, (4) el de la propia integridad nacional frente al peligro de ocupación extranjera. Los vemos a continuación.

(1) Como preludio del 98, ya algún año antes del desastre Mallada y Ganivet advertían la tensión que se vivía en Cuba y Filipinas y la sorpresa y pasividad que el pueblo español se limitaba a presentar ante la pérdida de las últimas posesiones ultramarinas. A este respecto, la referencia antagónica del espíritu anglosajón se muestra en aquellos apuntes en los que Ganivet atribuye al sistema colonial español una sensibilidad idealista y tradicional en detrimento de los aspectos utilitarios. Sin duda, por esa misma razón Mallada recomendará entre sus planteamientos reformistas una explotación de Cuba y Filipinas a través de compañías particulares y sin influencia oficial. Precisamente esa era la sensibilidad privada que, años más tarde, Isern denunciaría por someter el bien común —español o colonial— al beneficio particular y, provocar, en último término la pérdida de las colonias⁵. Mallada, en cualquier caso, tampoco olvidaba los aspectos psicológicos y morales cuando señalaba la necesidad de evitar la influencia luterana en Filipinas, algo que hubiera supuesto un evidente fracaso español tras los esfuerzos para convertir y conservar a los indígenas en el catolicismo.

Ya en fechas más cercanas al desastre, Isern tuvo claro que el espíritu público norteamericano había sido animado a la guerra por los intereses de la prensa, los políticos y los banqueros. En esa misma línea, Maeztu recomendaba olvidar cualquier idea de derecho o justicia internacional para reivindicar la legítima posesión de las colonias. Las claves del reparto colonial eran otras, y poco tenían que ver con el supuesto idealismo que Ganivet reivindicaba para el espíritu español. Pero quizá la variante más demoledora del contraste entre el viejo estado español y el nuevo orden internacional la aportó Isern. Desde su punto de vista, no era tanto la desaparición del derecho internacional como su simple desconocimiento lo que había impedido que los diplomáticos españoles encargados de negociar la capitulación consiguieran una buena resolución para España. Y las malas capitulaciones —como la asunción de la deuda cubana— habrían de pesar en el ser y devenir de la patria. Así las cosas, pudiera ser que las colonias se hubieran sacudido el yugo militar español, pero, para Isern, era evidente que la codicia de otros países extranjeros se cernía ya sobre ellas.

Sin embargo, en todos esos casos el papel del egoísmo y prepotencia anglosajona se reducía al oportunismo para intervenir y aprovechar la pérdida de los restos de antiguo imperio español. Para Ganivet y Mallada, como también para los regeneracionistas que siguieron su estela, tanto o más desestabilizador para el sistema colonial —y para dejar el camino libre a la ambición anglosajona— eran los problemas derivados de los desajustes psicológicos entre las razas nativas y la española. A ese respecto, Ganivet se

⁵En realidad, el beneficio material (empresarial, económico, lucrativo, etc.) generado por el mercado colonial sólo alcanzaba a una parte de las élites económicas españolas (determinados sectores o clases sociales, muy minoritarios con respecto a la población general). Esas iniciativas privadas o particulares apenas repercutían en el enriquecimiento de las arcas estatales e, incluso, estaban directa o indirectamente implicadas en la "sangría" que sufrían las mismas debido al presupuesto militar que suponía preservar el sistema colonial. De esa partida financiera dependía mantener a raya los levantamientos independentistas y, posteriormente, la propia guerra de Cuba.

preguntaba por la existencia real de una comunidad de ideas y sentimientos entre la metrópoli y la colonia. Fue Mallada el que extremó las diferencias en ese punto recurriendo a los argumentos más racistas del positivismo. A propósito de la situación en Filipinas, el autor de *Los males de la patria* creía que la isla estaba siendo ocupada progresivamente por la multiplicación de los chinos, una raza astuta y mentirosa. Además, la propia población indígena pertenecía a una raza endeble y de escasa resistencia para ocuparse del trabajo. Para solucionar ese panorama, Mallada exigía una repoblación de Filipinas a partir de emigrantes peninsulares. También esa era la solución para enfrentar la situación de Fernando Poo, las Carolinas y las Marianas, todas ellas colonias españolas sometidas a un proceso radical de descolonización que, desgraciadamente, era coherente con la dejadez del carácter español.

Pero según avanzaba el final del siglo, ni siquiera los regeneracionistas más cercanos al positivismo creyeron en las tesis de la inferioridad racial de los nativos y la necesidad de sustituirlos por españoles. Isern también intuía una brecha radical entre los nativos y los peninsulares que se definía por un odio extremo y que, en último término, desembocaría en la guerra colonial. Pero las causas de ese proceso obedecían a leyes históricas y mecanismos psicológicos y morales antes que raciales. Desde el punto de vista de Isern, los elementos directores de las colonias, que eran peninsulares, habían ido perdiendo progresivamente su autoridad moral e intelectual y su fuerza material. Para empezar, a las colonias, sobre todo a Cuba, habían emigrado los elementos corruptos de la administración pública y el ejército, lo que había producido la degeneración moral y progresiva de la familia, de la administración e, incluso del clero de las colonias. También la moralidad y el intelecto de la clase directiva quedó afectado, lo que, unido a la ineptitud gubernamental de la metrópoli, provocó que no se trabajara ni para atraer a los cubanos a la causa española ni para mantener el amor a la patria en los peninsulares. De hecho, los elementos dirigidos, los nativos, también estuvieron sometidos a su propio proceso de corrupción más o menos institucionalizado. Desde el punto de vista de Isern, los institutos coloniales habían formado insurrectos y castigado a los patriotas. Isern tenía muy presente el ejemplo del entusiasmo puertorriqueño ante la invasión de Estados Unidos, un caso deleznable en la medida que los insulares se habían mostrado enemigos de su sangre y raza como si fueran tagalos. En esos casos, los nativos habían aprovechado el debilitamiento de la dirección peninsular y habían intentado contrarrestar y destruir su fuerza moral. La permisividad de esas conspiraciones contra la madre patria terminó de consolidar un problema que sólo se resolvió con la pérdida de Cuba y Filipinas.

En la misma línea que Isern, incluso todavía antes del desastre, Maeztu tampoco pensaba que la raza filipina fuera étnica o psicológicamente inferior. De hecho, creía que los deseos de desarrollo material mostrados por las colonias eran legítimos y que, en contra de las opiniones de los reaccionarios, debían aceptarse. Podría argumentarse que las soluciones de Maeztu se propusieron ante la inminencia del triunfo de la rebelión y el separatismo colonial, algo de lo que el autor de *Hacia otra España* era muy consciente.

Pero pensando en evitar conflictos y reconocer derechos a los territorios ultramarinos, ya el propio Ganivet había recomendado conceder regímenes autonómicos. Isern, que en sus párrafos más patrióticos consideraba que la Guerra de Cuba había sido inevitable, deslizará eventualmente alguna queja en relación con lo pernicioso que había resultado la insistencia en conservar Cuba frente a los Estados Unidos. Isern parecía partidario de haber tratado con la potencia americana para ceder Cuba y, en consecuencia, poder mantener el resto del imperio colonial e, incluso, iniciar un rearme adecuado para prevenir nuevas guerras. En definitiva, por unas u otras vías, todos los regeneracionistas estaban de acuerdo en que debía haberse evitado el enfrentamiento entre nativos y peninsulares, motivo fundamental de la entrada en escena del elemento anglosajón y, en último término, de la pérdida del viejo imperio. Sin poder político alguno en el ámbito *internacional*, los regeneracionistas se vieron obligados a asumir su final y a empezar a sopesar el nuevo tipo de relación que había de mantenerse con las antiguas colonias, muy particularmente con las del espacio hispanoamericano. Lo vemos en el siguiente punto.

(2) En el espacio hispanoamericano, los peligros de la psicología materialista anglosajona se traducían en el desplazamiento progresivo de la influencia española, sobre todo en relación con el lugar de privilegio que España debía mantener en el intercambio intelectual y comercial con sus antiguas colonias. Los regeneracionistas realizarán dos movimientos complementarios para evitar esa situación. El primero, representado por Morote o Costa, será asumir la pérdida colonial en clave de lucha de razas. Desde ese punto de vista, Costa o Morote propondrán que el materialismo que motivaba la expansión anglosajona suponía un verdadero peligro para la esencia española que constituía las naciones iberoamericanas. Con éstas a merced de los anglosajones tras la guerra de Cuba, Morote y Costa creían que el alma, la lengua y la civilización española podrían llegar a desaparecer. En la línea de promocionar un sentido identitario común de lo español por la vía de desvelar las intenciones ocultas del imperialismo anglosajón, Morote criticará la famosa *Doctrina Monroe* según la cual América debía ser para los americanos. La sentencia denostaba la presencia de Europa en América y viceversa, lo que, para el autor de *La moral de la derrota*, era una simple excusa para facilitar la apropiación del Pacífico por parte de las razas anglosajonas. En ese extremo, Costa también era meridianamente claro al señalar que las Naciones Íberas de América terminarían siendo dominadas por los sajones.

Ciertamente se planteaba el problema de aquellos iberoamericanos que, seducidos por la *Doctrina Monroe*, renegaban de España y declaraban ser ciudadanos de un imperio que no era de su raza. Sin embargo, Morote consideraba que ese efecto era una muestra evidente de cómo el carácter iberoamericano había sido formado bajo la extensión y transmisión colonial de la civilización española. En la renuncia a formar parte del espíritu ibérico común, así como también en las luchas mantenidas entre los propios países latinoamericanos, Morote detectaba el ancestral individualismo y los instintos de destrucción y aniquilamiento que caracterizaban el espíritu español. Tal circunstancia también había sido señalada por

Ganivet al hallar en América, sin ningún rastro defectuoso o degenerativo, la marca territorialista, independiente y pujante que definía el carácter ibérico. Como en el caso de Morote, Ganivet consideraba que la influencia del carácter nacional en otros países transportaba el germen de la propia reacción a la metrópoli.

Paradójica e interesadamente, ese mismo carácter independiente y beligerante se convirtió en la solución propuesta por los regeneracionistas para evitar tanto la desunión interna de los países latinoamericanos como la debilidad ante las probables invasiones anglosajonas. Más aún, no deja de llamar la atención que los dos autores más reactivos a la idea de las identidades internacionales y la unidad de los pueblos, Ganivet y Altamira, fueran también los más preocupados por sopesar la tutoría espiritual que España podía seguir ejerciendo en sus viejas posesiones. Altamira es completamente partidario de un proyecto orientado a transmitir la cultura y los valores españoles en el ámbito hispanoamericano. Como Maeztu, Ganivet descartaba la validez de cualquier tipo de relación internacional basada en el derecho, la legislación o el interés. Además reconocía que la pureza de la tradición y del lenguaje del pueblo español debilitaban la fuerza expansiva de su producción intelectual y condicionaba su escasa acción sobre otras naciones. Aún así, sí consideraba muy importantes las conexiones internacionales ancladas en la identidad de carácter nacional: por eso creía que era posible restablecer el prestigio intelectual español y trasladarlo con éxito a América, todo ello en armonía con la generosidad, el desinterés y el idealismo español. Ganivet no pretendía que a través de los ideales españoles se alcanzara la unión política de los países de origen hispánico, pero sí el fortalecimiento espiritual de su identidad compartida. A largo plazo, la superioridad racial de estos pueblos juveniles y vitalistas habría de rebasar a Norteamérica. Almirall lo había apuntado de otra manera desde la publicación de *España tal como es*: las energías desplegadas por los jóvenes pueblos y países americanos habían de conseguir en un futuro realizar la síntesis entre el individualismo sajón y el autoritarismo latino.

Sin duda, a pesar del idealismo radical de Ganivet, detrás de las peticiones de contacto cultural o espiritual hechas por la mayoría de los regeneracionistas existían intereses económicos. La cercanía de la amenaza anglosajona o el propio desastre había de condicionar el juego de identificaciones y contraidentificaciones con el utilitarismo, supuesto estructural del mundo anglosajón. Pero ya Mallada y Almirall, años antes del desastre, veían claro que los argumentos de sangre, lengua, religión, costumbres, etc. que relacionaban España con los pueblos americanos tenía el fin de reivindicar un intercambio mercantil entre ellos. Con pesimismo, ambos creían que esa expectativa era poco realista: Almirall señalaba que del antiguo imperio donde nunca se ponía el sol sólo quedaba la importancia literaria, y Mallada tenía claro que Hispanoamérica comerciaba preferentemente con Estados Unidos y otras naciones europeas. Había que buscar espacios comerciales alternativos, un objetivo que reorientó la mirada expansionista de bastantes regeneracionistas hacia África.

(3) Autores como Altamira creían que la falta de dominación internacional sólo era un síntoma aparente de decadencia. Sin embargo, todos los pensadores finiseculares eran muy conscientes de que el dominio colonial de un país informaba del lugar que éste ocupaba en el baremo de potencias internacionales. Desde el principio del género, Mallada mostraba su intranquilidad por la falta de influencia española en América y Asia, a pesar de la posesión de Cuba y Filipinas. Para Costa, España perderá totalmente su reputación internacional con la liquidación de esas últimas posesiones coloniales; lo que, de paso, obligaba a cancelar cualquier proyecto relacionado con ámbitos de expansión tan tradicionales como Portugal, América Latina o África. Costa tenía muy claro que esta situación, unida a la desviación de presupuesto que de por sí había implicado la guerra colonial, conducía a la pérdida, desaprovechamiento y frustración de un mercado exterior en el que España se jugaba, además del prestigio internacional, la supervivencia de sus manufacturas y rutas de navegación.

Perdidas las colonias en América y en Asia, sin duda África era la alternativa para intentar preservar ese espacio de dominio *internacional*; de hecho, el continente negro era el espacio natural de expansión territorial de todos los países europeos a finales de siglo. Sin duda, el objetivo fundamental de las potencias europeas era la apertura de mercados y el dominio de fuentes de materia prima, aunque no pocas veces esas empresas se intentaron hacer pasar por acciones civilizadoras. De hecho, en un principio Almirall había señalado que España había dejado su vigor conquistando para la civilización y la humanidad las veinte naciones del Nuevo Mundo que poseían su lengua y costumbres. Esta fue la misma baza que se jugó para justificar la participación de España en el apretado reparto de los territorios africanos que tuvo lugar en el fin de siglo. Los intereses españoles se orientaban al norte marroquí, zona que, desde finales de los años ochenta, fue considerada por Mallada y Costa como el espacio de extensión y desarrollo natural del colonialismo español en África, aunque en cerrada competencia con Francia (para estos aspectos puede verse Tusell, 1998; Valera, 1999).

Frente al mero mercantilismo, la estrategia retórica de los pensadores españoles para reclamar su parte en el reparto africano pasaba por defender sistemas de dominación colonial orientados a la transmisión de los valores superiores de la civilización occidental. En este extremo, los regeneracionistas planteaban que la situación de los países subdesarrollados de África era cualitativamente diferente a la de las colonias recientemente perdidas. Ya antes del desastre, Ganivet consideraba que las razas africanas estaban poco desarrolladas para la civilización europea, argumento que le servía para desestimar la expansión africana. Isern, por su parte, creía que era mucho más difícil educar a los negros centroafricanos que a los cubanos y tagalos. Conocemos ya sus ideas pedagógicas inspiradas en el transformismo de Darwin y Spencer: recordemos que, según éstas, algunas razas estaban incapacitadas para el aprendizaje de los valores y la cultura occidental porque existía demasiada distancia entre la raza nativa y la educadora. Isern, en cualquier caso, también reconocía que podían esperarse importantes éxitos

pedagógicos si, antes de la forja del carácter, se sustraía al sujeto de los condicionantes raciales y geográficos. Sea como fuere, este tipo de planteamientos parecían justificar la acción civilizadora y moralizadora de España en unos países que, a diferencia de los asiáticos y los americanos, mostraban una clara inmadurez estructural para regir sus propios destinos colectivos o, valga decir, nacionales. En el extremo más utópico, Morote y, sobre todo, Costa, creían que la acción civilizadora de España en las colonias africanas permitiría engendrar una nueva prole de naciones; una propuesta donde resuena claramente la nostalgia del imperio hispanoamericano perdido.

De hecho, encauzar la empresa africana por la vía civilizadora no dejaba de ser una reinterpretación laica de la clásica *ecumene* cristiana que, aspirando a extender sus valores hasta el último extremo del planeta, había inspirado en siglos pasados la colonización hispanoamericana. Cámbiese cristiandad por civilización y podrá observarse cómo la continuidad de ese programa moral o valorativo interesaba enormemente a unos regeneracionistas empeñados en no fiar toda la lógica del expansionismo *internacional* al imperativo materialista o utilitarista; el mismo que, a diferencia de España, podía ser exhibido sin dobleces por las potencias económicas y militares anglosajonas. Frente a la estrategia colonial de estas últimas, hasta un economicista convencido y partidario de la supervivencia de los más fuertes como Maeztu negaba el derecho de los pueblos poderosos a depredar a los débiles.

Nuevamente fue el clarividente Mallada el que tuvo que advertir de la lógica económica que subyacía a la agenda africana e, incluso, de la ilusión sobre la que estaba construida. Para él, "(...) *la fantasía nos hace esperar que seamos algún día los redentores de ese continente que colonizan los franceses desde Argelia y los ingleses desde El Cabo; la fantasía nos cierra los ojos y nos tapia los oídos para no ver ni oír una sola verdad*". (Mallada, 1890/1994; p. 40). No existía, por tanto, ninguna esperanza para las aspiraciones mercantiles o moralizadoras de España. El hecho de que Costa tampoco fuera ajeno a esas circunstancias se pone de manifiesto en su recuperación del antagonismo arquetípico entre anglosajones y latinos para defender los intereses españoles en África y el Mediterráneo. Su agenda interventiva recomendaba la alianza con Francia e, incluso, Portugal, por razones extra-económicas; es decir, de resurrección y refuerzo orgánico frente a la competencia nacional y racial de ingleses y norteamericanos. En realidad, el objetivo último del ente latino propuesto por Costa tenía que ver con la protección de causas territoriales comunes en el espacio norteafricano. Sin embargo, también como en el caso de Mallada, la perspectiva de Costa estaba presidida por el pesimismo. Su lamento por no haber adquirido a tiempo un millón de kilómetros en África es un síntoma de la renuncia que, ya por esos años, empezaba a mostrar hacia el proyecto colonial que con tanto vigor había defendido en los años ochenta (ver a este respecto Valera, 1999).

Al final, el talante del regeneracionismo hacia la empresa africana queda un tanto desdibujado y puede resumirse en la recomendación hecha por Ganivet a la vista de las escasas fuerzas del espíritu

español: no acometerla. Como sabemos, ni las pretensiones moralizadoras ni la intención de quedarse al margen del colonialismo africano fueron escuchadas por la esfera oficial. Desde mucho antes del desastre de Cuba, la supuesta armonía que debía presidir el intercambio cultural y comercial se convirtió en un enfrentamiento bélico por el control de las minas del Rif, al norte de Marruecos. En cierto sentido, la aventura africana no se saldaría hasta bien entrado el siglo XX, con un nuevo desastre: el de Annual en 1921.

(4) Desde el punto de vista de algunos regeneracionistas, las zonas de conflicto con el espíritu extranjero no se agotaban en el espacio asiático, hispanoamericano y africano. La propia integridad de los límites intranacionales españoles presentaba algunas dimensiones de interés *internacionalista*. Dentro de la sensibilidad más diplomática hay que colocar la famosa cuestión de la unidad o federación ibérica contando con Portugal, un tema que fue debatido con entusiasmo durante el periodo pre-restaurado (ver Álvarez Junco, 2001), y que encontró algunas reformulaciones de la mano del nacionalismo catalán de Prat de la Riba, Cambó o D'Ors (ver Ucelay-Dacal, 2003). Sin embargo, en el seno del liberalismo nacionalista exhibido por el regeneracionismo no gozó de atención. Desde el punto de vista psico-sociológico, sólo Ganivet lo mencionó para remarcar que los hechos históricos no se repetían ni eran alterables. En este punto, Ganivet también contaba con el rasgo independentista aportado por el espíritu del territorio peninsular, un factor que determinaba la semejanza y, por ende, antipatía entre el carácter castellano y el portugués. Para Ganivet, la unidad ibérica era imposible desde el punto de vista político, aunque sí recomendaba la exaltación del sentimiento de fraternidad y la unidad afectiva e intelectual entre España y Portugal siempre y cuando esto no perturbara la división entre los dos estados.

El otro gran tema de la unidad nacional que implicaba referencia extranjera tenía peor resolución diplomática: Gibraltar. Éste era el epítome más claro de la ultrajante presencia extranjera en el territorio nacional. Por eso también sorprende que este extremo sólo fuera tratado por los regeneracionistas que escribieron en las fechas más tempranas, y tampoco con excesiva prolijidad. Mallada se limitó a añadir al listado de problemas nacionales el hecho de que Gibraltar se encontrara en poder británico. Se convertía en una contrariedad porque “(...) *la fantasía nos induce a reclamar un puesto de honor ente las grandes naciones, aunque continúa flotando el pabellón británico en Gibraltar* (...)” (Mallada, 1890/1994; p. 40). Ganivet lo apuntó como un síntoma de la división y debilitamiento del país y, por ende, como un argumento para reclamar el fortalecimiento de la nación. Parece claro que, dada la situación que pasaba el país, tampoco cabía afrontar tareas irrealizables y que evocaban claramente la esquivia cuestión militarista. De hecho, la preocupación ante los posibles efectos de la codicia extranjera en el país fue mucho más allá de Gibraltar en algunas de las obras escritas después del desastre. En el extremo apocalíptico, Costa e Isern llegaron a señalar las posibilidades de ocupación, invasión e, incluso, exterminio de la nación por conquistadores extranjeros. Como cabe suponer, los dos veían en ello el rasgo psicológico del egoísmo y

el utilitarismo anglosajón, aunque Costa se lo adjudicaba a la ambición de los conquistadores e Isern a la indolencia degenerada de los conquistados. Como sabemos, para Isern el verdadero mal provocado por el extranjerismo había sido inocular el germen del sensualismo y el materialismo en la sociedad española. El freno de la codicia se encontraba sólo en la satisfacción egoísta de la necesidad propia, lo que rompía cualquier orden moral posible y, por ende, cualquier organización política. El egoísmo era, por tanto, el rasgo propio de aquellos pueblos decadentes que, como España, podían quedar a merced de otros pueblos más fuertes.

Por todo lo visto hasta aquí, podemos confirmar que los regeneracionistas cuidaron el contraste entre el egoísmo y el materialismo de la psicología anglosajona —y aún europea— y el desinterés e idealismo de la española. La distinción entre una y otra esfera identitaria se tramitó a través del “episodio bélico frustrado” aportado por las diversas combinaciones del episodio del Sedán y el cubano. Ciertamente es que para los pensadores finiseculares el Sedán sólo ejerció de modelo decadente después de la derrota española frente a Estados Unidos. Antes de ese momento sólo lo menciona Unamuno y, además, lo hace en un sentido positivo. Después su uso puntual adquiere sentidos identitarios variados en función de si remiten al periodo exacto de la guerra de Cuba (Macías Picavea, Maeztu y Altamira) o lo hacen a los momentos que inmediatamente la siguen (Isern y Costa). También hay que apuntar que ninguna de esas alternativas convirtió el binomio Sedán-Cuba en un argumento fundamental para promover o construir una identidad específica de raza común a todo el espectro latino. Más bien, sus funciones sólo tendrán que ver con la articulación de una contrafigura identitaria antagónica —extranjera y, preferentemente, anglosajona— y, paralelamente, con la configuración narratológica de la decadencia española en la esfera *internacional*.

Hemos visto cómo de la moraleja de esa narración dependerá el papel que los regeneracionistas reservaran a España en el nuevo escenario mundial y las estrategias y recomendaciones orientadas a su consecución. La principal será establecer, en un plano completamente idealista, las normas que debían regir la interacción de las potencias occidentales en el plano *internacional*. Los regeneracionistas depositaban en esa agenda sus escasas esperanzas de desarrollo y competitividad para España. Todos ellos, en cualquier caso, también tenían muy clara la condición utópica de sus propuestas. Así, las escasas expectativas de triunfo en frentes *internacionales* como el comercio hispanoamericano o el colonialismo africano, unidas a la inseguridad generada por la capacidad defensiva ante agresiones exteriores, llevaron a que la plana mayor de los pensadores finiseculares, desde Ganivet hasta Costa, abogara, al menos momentáneamente, por el repliegue interior y la renuncia a cualquier empresa *internacional*. El autor granadino lo condensó en una frase agustiniana citada hasta la saciedad por todos los estudiosos del periodo: *Noli foras ire, in interiore Hispaniae habitat veritas*.

Entre los regeneracionistas, sólo Unamuno, enzarzado en su cosmopolitismo, consideró que el cerrojo interior era sólo un extremismo más de la conciencia nacional. De hecho, era el polo opuesto de las posiciones derrotistas extremas —y también propiamente casticistas— que pedían la invasión de España por pueblos extranjeros para terminar de una vez con todos los problemas. Para Unamuno, ambos extremos reeditaban la arquetípica disociación bipolar de la conciencia nacional. En cualquier caso, la mayoría de los regeneracionistas convergieron con la propuesta de constricción colectiva encabezada por Ganivet. Ésta había de permitir, a largo plazo, tanto la consecución de una política europea bien determinada como la posibilidad de llevar la marca intelectual española a otros pueblos; eso sí, según Ganivet, sin procurar la indeseable unidad de los pueblos.

De esta forma, el *internacionalismo* viene a cerrar una lógica reformista que, en el regeneracionismo, tendió a lidiar de forma interesada con diatribas extremas y antagónicas. En el caso de las *masas*, la oposición se planteaba entre unas muchedumbres abúlicas o revolucionarias, en el de las *élites* entre la oligarquía y la dictadura y en el del *localismo*, entre la independencia y centralización. En el caso del *internacionalismo* la situación se constituyó entre la simple imitación o disolución nacional y el absoluto aislamiento. Todos estos extremos permitieron que los regeneracionistas realizaran denuncias apocalípticas e incendiarias y, al tiempo, que presentaran su reformismo moderado y adaptado al justo medio como la alternativa interventiva más adecuada.

Como hemos tratado de ir mostrando, la herramienta psico-sociológica representaba perfectamente ese tipo de actitud. En el caso de las *masas* se intentó promocionar programas de higiene y pedagogía social; en el de las *élites*, una tecnocracia que administrara el país con criterio científico; en el del *localismo*, una descentralización administrativa y respetuosa con las peculiaridades etnopsicológicas; y en el del *internacionalismo*, una aproximación imitativa a los modelos europeos sin renunciar a la presencia del espíritu español en el escenario *internacional*. Todo ello había de permitir construir la mentalidad europeísta y moderna, pero cuidando las rasgos peculiares del espíritu, la raza o la psicología nacional: los mismos que aseguraban la autenticidad identitaria y que, en último término, permitían reprojectar y refigurar el modelo de la vieja España imperial —particularmente la hispanista— en un futuro utópico de concordia igualitarista.

CAPÍTULO 20

LA HERENCIA REGENERACIONISTA Y LA
PSICOLOGÍA DEL PUEBLO ESPAÑOL EN EL
PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX (1902-1936)

INTRODUCCIÓN

Hasta aquí venimos considerando que, entre la publicación de Almirall en 1889 (*España tal como es*) y la de Altamira en 1902 (*Psicología del pueblo español*), se desarrolla en España un género editorial que supuso la constitución de un espacio discursivo que configuraba un problema psico-sociológico y que, al tiempo, ofrecía las categorías pertinentes para su análisis y solución. La visión de ese *regeneracionismo finisecular* -como lo hemos denominado- adquiere una importante continuidad en el nuevo siglo. En este último capítulo pretendemos identificar de una forma somera, descriptiva e, incluso, tentativa, las diversas vías que pudieron continuar en el inicio del siglo XX la reflexión psico-sociológica sobre la nación española iniciada por dicho regeneracionismo. Su proyecto etopolítico legaba al nuevo siglo el signo de una España difusa en el que se entremezclaban múltiples herramientas disciplinares -analíticas, diagnósticas e interventivas- y objetivos político-ideológicos. Este panorama condicionó la proliferación de múltiples discursos que, partiendo de tópicos y referentes disciplinares similares -heredados del fin de siglo-, no siempre coincidieron en la idea de España que había que defender y poner en circulación.

Por un lado, la puesta en práctica efectiva de las propuestas aplicadas del regeneracionismo finisecular será ganada, fundamentalmente, para el ámbito de la política oficial. La acusación de arbitrio e ingenuidad que ya desde los mismos inicios del siglo XX se vertió contra el género no fue óbice, sin embargo, para que la mayor parte de sus ideas reformistas fueran capitalizadas y llevadas a la práctica por los sucesivos gobiernos restaurados (para estas cuestiones puede consultarse Tusell, 1998). Fue todavía más evidente que, como ya advertíamos en el capítulo 2, los conservadores dirigían sus principales esfuerzos a la regulación del ámbito laboral y el higienismo -ya con el crecimiento de la industrialización y los movimientos obreros convertidos en seria amenaza para la estabilidad del sistema de producción-, mientras que los liberales insistían en la prioridad de la reforma educativa y en la modernización

pedagógica, convencidos todavía de la pertinencia de nacionalizar a través de la enseñanza y la cultura. Pero, a decir de González Hernández (2002) y Moreno Luzón, (2002), esto no fue óbice para que desde todo punto de vista ideológico y en los diferentes intervalos gubernativos, todas las reformas que llevaron a cabo los restauradores del primer cuarto del siglo XX confluyeran en un intento de romper con el anquilosamiento del primer trayecto de la Restauración (1875-1903). Conservadores y liberales, incluyendo sus propios matices ideológicos, potenciaron una relativa descentralización administrativa, el parlamentarismo, la legislación electoral y social, la separación secular de iglesia y estado, la creación de un cuerpo de policía o el servicio militar obligatorio.

En definitiva, unos y otros gabinetes de gobierno preservaron líneas de continuidad para todas y cada una de las estrategias reformistas acometidas; estrategias que perseguían el reforzamiento, nacionalización y modernización de la ciudadanía. En cierto sentido, fue un proceso que se fue al traste con las crisis políticas, sociales y económicas que se iniciaron en 1909 y culminaron en 1923 con la Dictadura de Primo de Rivera. Hasta ese momento, un rasgo común del marco de convergencia y continuidad interventiva fue el hecho de obviar o minimizar las referencias al Ser nacional en lo que suponía, sin duda, un corolario de la minusvalía política atribuida al pueblo: la misma que convertía a los políticos en los únicos *agentes* válidos para administrar los destinos del país. Según avanzaba el siglo, la referencia esencialista tampoco sería utilizada por políticos republicanos como Manuel Azaña, aunque, en este caso, por ser considerada un obstáculo para la verdadera democratización de las instituciones del Estado.

Por otro lado, la teorización estricta sobre la identidad nacional, lejos de la convergencia disciplinar que parecía augurar el género finisecular, se convirtió inmediatamente en un espacio de reflexión fragmentado. Ciertamente, todas las sensibilidades que concurrían en él convergieron, ya definitivamente, en la aceptación de una médula psico-sociológica del "Problema de España"; una tendencia que, con mayor o menor intensidad, perdurará hasta prácticamente el final de la dictadura franquista. Pero ese común acuerdo no se extendió a las vías de análisis y reflexión. Podría decirse que la estabilización de la unidad del objeto fue acompañada de una ruptura definitiva del método, aunque el proceso, como iremos viendo, fuera más progresivo que inmediato. De las particularidades de ese panorama se encargará de dar noticia el propio Altamira en la segunda edición de su *Psicología del pueblo español*. En ella, el autor valenciano echaba la vista atrás y recapitulaba los tres primeros lustros del siglo XX para llegar a la conclusión de que "*A partir de 1898, los trabajos de esta índole [sobre el pueblo español] menudean, dedicados unos directamente al estudio de nuestra psicología, otros al de nuestra decadencia o nuestro "desastre" de 1898 y sus remedios, lo que les obliga a considerar las cualidades buenas y malas de nuestro carácter. Como puede presumirse, no todo lo que se ha escrito en uno y otro sentido tiene valor científico. Muchas veces se trata de cuadros pintorescos de valor literario más o*

menos grande, pero sin otro propósito, o, de haberlo tenido, frustrado, con lo cual se equiparan a las fantasías (deliciosas a veces desde el punto de vista artístico, pero artificiosas, falsas y absolutamente precientíficas) de Teófilo Gautier y otros extranjeros, que con tanta razón hemos censurado. Así el valor de esos libros a que nos referimos, quizá grande como composición literaria, irá siendo menor cada día, según avance el conocimiento sólido de nuestra realidad psicológica. Otros libros que, por su título o intento, es necesario incluir en esta literatura de nuestra psicología, son hijos de una pasión política o particularista y, con eso, están influidos por prejuicios que oscurecen la imagen clara que la observación ecuánime hubiese dado. Así, quien acometa hoy el estudio verdaderamente científico de nuestra psicología, deberá comenzar por una clasificación crítica de los escritos precedentes, para separar con toda precisión los que tengan verdadero valor de los que no pasan de pinturas literarias, ingeniosas y aun bellas en ocasiones, pero artificiosas y parciales, o de improvisaciones hechas al calor de una idea preconcebida” (Altamira, 1917; p. 295).

Sin duda, las palabras de Altamira son el mejor testimonio de que el campo de la psicología española (valga decir “carácter” o “mentalidad”) estaba asentado, pero también que su escrutinio científico (valga decir “disciplinar”) quedaba eclipsado por otro tipo de inquietudes analíticas. La propia cita sugiere los sectores en que estas últimas podían dividirse, además del ámbito de la política oficial y del disciplinar o teórico-científico: el reformista, todavía ocupado en la tarea de escrutar las causas y soluciones de la decadencia, y el literario-contemplativo. Sin duda, los límites entre esas cuatro perspectivas son más difusos de lo que el propio Altamira estaba seguramente dispuesto a reconocer. Al margen de sus tendencias etopolíticas hacia los aspectos contemplativos o tecnológicos, todas comparten en alguna medida herramientas analíticas, diagnósticas e interventivas¹. Como en el caso de los partidos políticos oficiales, las agendas diagnóstico-interventivas también son abordadas por aquellas obras reformistas que recogen más fielmente el esquema dispuesto por el regeneracionismo finisecular. Precisamente por esa continuidad, las perspectivas reformistas tampoco serán ajenas al discurso analítico y, por tanto, su aproximación identitaria se acercará eventualmente a las propuestas literario-contemplativas, exhibidas por buena parte de los autores de la Generación del 98, y de la vertiente científico-disciplinar. Ocasionalmente, esta última tampoco escamoteará la posibilidad de sacar conclusiones diagnóstico-interventivas de su estudio de la psicología nacional.

Como venimos planteado, a pesar de esas permeabilidades entre las diversas sensibilidades, también es cierto que en el nuevo siglo la inquietud identitaria heredada del regeneracionismo finisecular toma cuerpo en un espacio de reflexión claramente fragmentado. Los cuatro campos que acabamos de mencionar -política oficial, teórico-científico o disciplinar, literario-contemplativo y reformista- suponen

¹ En apoyo de esta unidad hay que citar las conclusiones del trabajo de Esteva (1967) aceptado por Jiménez Burillo (1976). En ellas se distingue entre dos enfoques etnopsicológicos: uno *tradicional*, de carácter histórico literario, y otro *actual*, que se dividiría en obras de carácter psicológico-

desarrollos concretos y específicos de cuestiones que habían sido abordadas de forma integral en el género finisecular². En definitiva, la disparidad de perspectivas que muestra el nuevo siglo supone una ruptura, si no del objeto, sí de objetivos que hasta ese momento habían sido tratados de forma integral bajo la pregunta genérica por el “Problema de España”. Ya hemos comentando algunas cuestiones sobre las medidas aplicadas puestas en práctica efectiva por el ámbito de la política oficial. De los aspectos psico-sociológicos que definen la reflexión identitaria en los tres campos restantes y las condiciones de posibilidad que imponen para promover actos de identificación en torno a una o varias ideas de España hablaremos brevemente a continuación.

20.1. LA GENERACIÓN DEL 98: LA CONSTRUCCIÓN LITERARIA DE UNA ESPAÑA ÍNTIMA

Sin duda, las posiciones historiográficas contemporáneas coinciden en otorgar a la Generación del 98 —concretamente al núcleo duro formado por Azorín, Unamuno, Baroja, Machado, Maeztu y Valle Inclán— una posición de privilegio en el tratamiento post-regeneracionista del “Problema de España”. El potencial fagocitador que la famosa generación literaria despliega sobre el pensamiento español de principios del siglo XX alcanza, al menos en lo ideológico, el inicio de la Primera Guerra Mundial y, en lo estético el preludio de la Segunda República española. Para la primera fecha, autores como Cacho Viu (1998) formulan la emergencia de una nueva “generación” de pensadores “prácticos”, la Generación del 14, donde habría que incluir a Ortega y Gasset, Azaña, Eugenio d’Ors, Gregorio Marañón, Pérez de Ayala, etc. Para el segundo momento, hay que sopesar la emergencia de lo que la historiografía contemporánea ha denominado “Generación del 27”; una nómina integrada mayoritariamente por escritores que, a diferencia de los noventayochistas, compatibilizan su actitud estética con un compromiso político perfectamente definido, caso de Rafael Alberti, Pedro Salinas, o Miguel Hernández. Personajes de ambos grupos, sobre todo del segundo, no dudarán ya en dejar en otro plano la concepción etnopsicológica de la nación para preocuparse por la deprimente realidad social del país. Sin duda, en la explicación de la saliencia de la Generación del 98 hasta la década de los años veinte tienen mucho que decir sus propios integrantes. En el capítulo 2 ya hemos comentado los famosos artículos que Azorín publicó en 1913 al respecto, panorama que cabría reforzar con afirmaciones como aquella en la que Baroja precisa que la “*Generación del 98 (...) fue un reflejo del ambiente literario, filosófico y estético que dominaba el mundo al final del siglo XIX y*

estadístico, por un lado, y etnológico-cualitativo, por otro. Esteve dice que el propio de nuestro país sería el *tradicional* y en él cabe ubicar las obras de un regeneracionismo entendido en sentido amplio —desde Mallada hasta Madariaga—.

² Por prudencia teórico-metodológica no está de más indicar que, en último término, el criterio fundamental para manejar la triple distinción entre lo literario-contemplativo, lo disciplinar o teórico-científico y lo reformista depende de una teoría de la recepción. No nos interesa la posible aprehensión por esas vías de la verdad —en sentido metafísico— o de la realidad —en un sentido ontológico— del “Problema de España”. Lo que nos importa son los vehículos institucionales y, particularmente editoriales, elegidos por los autores para hacer llegar sus planteamientos al público o, más bien, a un tipo concreto de público. Se trata de vehículos que exigen el uso de un género editorial, una retórica y unos artefactos discursivos diferentes en cada uno de los casos.

que persistió hasta el comienzo de la Guerra Mundial de 1914" (Baroja, 1944; p. 211; cit. por Cacho Viu, 1997; p. 167).

Aquí nos interesa, sobre todo, explorar la herencia regeneracionista en el seno de la Generación del 98, y delimitar algunas de las causas de su éxito editorial. En ello tendrá mucho que ver tanto la incorporación de algunas ideas y temáticas básicas del género finisecular, caso de las del *Idearium Español* de Ganivet (de hecho, no son pocos los autores contemporáneos que lo incluyen en la Generación del 98: ver Abellán, 1997 y Shaw, 1997), como la transfusión directa de algunos de sus antiguos miembros al Noventayochismo; deslizamiento, este último, personificado en autores como Unamuno o Maeztu³. Desde el punto de vista discursivo, esos movimientos se traducirán en la transformación del "Problema de España" detectado por los regeneracionistas de fin de siglo en un espacio de reflexión y teorización literaria.

Salvando pocas excepciones, la mayoría de los escritos de la Generación del 98 que pueden considerarse significativos para la cuestión española (por su temática, extensión y sistematicidad) son de carácter literario; sensibilidad que se podrá tramitar bien por la vía ensayística (Azorín y Maeztu), bien por la novelada (Unamuno y Baroja), bien por la poética (Machado) o bien por la dramatizada (Valle Inclán). Los primeros años del siglo XX atestiguan, así, cómo la Generación del 98 va a trocar la construcción disciplinar de la identidad española en una construcción fundamentalmente estética. Ésta pronunciará todavía más la dimensión metafórica de muchas de las categorías y conceptos que los regeneracionistas decimonónicos habían utilizado con intenciones disciplinares o científicas y, por ende, legitimadoras (puede detectarse en términos clave como "voluntad", "abulia" o en la propia "enfermedad de España"). Además, la refiguración estilística favorecerá la redistribución estructural y la hipertrofia funcional de algunos de los elementos identitarios manejados por los regeneracionistas del fin de siglo. No es intención de este apartado realizar un análisis detallado de las nuevas posibilidades identitarias que, a partir de esa refiguración, estarán disponibles en los primeros años del siglo XX. Pero no podemos tampoco dejar de señalar algunos de sus aspectos nucleares que, en buena medida, ya han sido advertidos, por ejemplo, por Lain (1947/1997)⁴, Granjel (1959), Shaw (1997) o Abellán (1997) entre otros muchos autores.

³ Fusi (2000) tiende a ver una cerrada continuidad entre todo el regeneracionismo y la generación del 98; de hecho, engloba ambos grupos en una misma categoría. Sin duda, se trata de un ejemplo más del poderoso efecto fagocitador de la generación literaria.

⁴ No podemos dejar de advertir los paralelismos entre el método de análisis desplegado por Lain en su obra *La Generación del 98 y nuestras propias propuestas*. También en su estructura aparecen apartados dedicados al paisaje, la historia, los tipos humanos y los ensueños utópicos referentes a España. Por supuesto, a pesar de las coincidencias analíticas, los objetivos de Lain son muy diferentes a los que nosotros perseguimos. Lain está interesado prioritariamente por demostrar que el grupo de escritores habitualmente llamado del 98 constituye una verdadera generación española y literaria. Esa afirmación también tiene límite superior en la conclusión de Shaw, para quien, si bien la Generación del 98 yerra en su camino de reflexión sobre la realidad nacional, sí se convierte en el primer grupo literario que explora sistemáticamente el fracaso de las creencias y de la confianza existencial; temas de valor filosófico que, a partir de entonces, habrían sido objeto de tratamiento privilegiado por pensadores y escritores de todo el mundo. Nuestro análisis discursivo pretende, muy al contrario de ambas perspectivas, desvelar las estrategias y mecanismos empleados desde un discurso psico-sociológico para construir una identidad colectiva plausible y pensada para movilizar los actos de identificación en un determinado sentido —o varios— etopolíticos. Por supuesto, este objetivo nos sitúa al margen de cualquier estimación del valor estético o teórico, universal o nacional, que pudieran tener los discursos analizados.

Para empezar, esta actitud estética toma como objetivo fundamental la identidad íntima de lo español. De hecho, del legado de la psicología nacional articulada por el regeneracionismo, la Generación del 98 recogerá sobre todo la preocupación por las simas o profundidades identitarias de la esencia colectiva. Sin duda, en esa tarea harán concurrir múltiples aspectos *antropográficos*, *cronográficos* y *productivos*, de tal manera que a los noventayochistas no les queda ninguna duda de que existe una caracteriología racial (Baroja) o una voluntad colectiva (Azorín) típicamente española, y de que ésta se manifiesta, para bien y para mal, en un medio histórico o cultural concreto. Sin embargo, la autenticidad de las simas identitarias se revelará en aspectos fundamentalmente *topográficos* y, mucho más concretamente, en los paisajísticos antes que en los geoclimáticos.

Sabemos que, aunque la *ratio agente-escenario* había sido denostada por Altamira, la integración simbiótica y armónica entre el ambiente más próximo –en sentido naturalista o costumbrista– y el grupo humano ya había estado presente en la mayor parte de las obras del regeneracionismo finisecular. Sin embargo, se va a convertir en una de las claves nucleares y vertebradoras de la producción literaria de la Generación del 98; al menos en comparación con el grueso de obras que, a principios del siglo XX, componen el resto de la herencia del regeneracionismo finisecular. Mientras que en estas últimas la *topografía* es un aspecto mucho más marginal o puntual, la nómina noventayochista la emplea para reinventar una España rural y medieval y, por ende, antagónica de la ciudad moderna y europeísta. Ha sido Laín (1947/1997) quien ha contrastado la procedencia medio burguesa y provinciana de la mayoría de los integrantes de la Generación –circunstancia que comparten, por otro lado, con los regeneracionistas finiseculares– con el Madrid agrio, superficial, moderno y, en definitiva, artificial que encuentran al arribar a la capital. La amargura consecuente provoca el “*sentimiento de cierta nostalgia de la tierra nativa e infantil, capaz de transfigurarla poéticamente en un rincón de un paraíso perdido*” (Laín, 1947/1997; p. 337). Muy significativo es, en este sentido, el temprano contraste *escenográfico* que Baroja presenta ante el paisajismo urbano de *Hacia otra España*. Para él: “*Maeztu nos trae sus entusiasmos anglosajones y nietzscheanos (sic) por la fuerza, y por el oro, por la higiene pública, por las calles tiradas a cordel, y a nosotros nos enternece la debilidad, la pobreza y las callejuelas tortuosas, oscuras y en pendiente. Nos canta Bilbao, a nosotros que no pensamos más que en Toledo y en Granada y que preferimos al pueblo que duerme que al pueblo que vela (...)*” (Baroja, 1899; p. 191; cit. por Calvo, 1998; p. 343)⁵.

En este marcado acento en los paisajes populares, y el consiguiente desplazamiento a un segundo plano de los tópicos estrictamente geoclimáticos⁶ e, incluso, de buena parte de los *cronográficos*, se detectan algunas de las señas de identidad más propias de la Generación del 98 (ver a este respecto Laín,

⁵ El episodio también es citado por Blanco (1998).

⁶ Recordemos que la perspectiva geoclimática clásica partía de un isomorfismo entre *topografía*, fisonomía y carácter. Según avance el siglo XIX, este planteamiento se refigurará a la luz del idealismo alemán (integración armónica entre la naturaleza y la cultura o la humanidad) o del evolucionismo (lucha o selección de la raza por el ambiente). El paisajismo se engrana en la postura idealista pero en un plano fundamentalmente lírico o poético. Se trata de una perspectiva claramente romántica.

1947/1997; Blanco Aguinaga, 1998; Comellas, 2002). Tal tendencia es responsable de cerrar todavía más la identidad mitológica y metafórica entre la desolación de la meseta castellana y el agotamiento de la España imperial. La integración entre la vida cotidiana y el costumbrismo popular de los labriegos y el paisaje rural de Castilla es una constante en el descriptivismo de Azorín y el subjetivismo de Unamuno, aunque también aparece en la poética de Machado (ver, por ejemplo, Fox, 1997). Ligado a ese paisajismo hay que contar también con la determinación de ciertos productos culturales (el lenguaje para Valle-Inclán; ver Laín, 1947/1997) y, sobre todo, con la decisión de obviar toda referencia política a los Grandes Hombres, acontecimientos y tradiciones no circunscritas al medievo español —en lo que supone una nueva hipertrofia de las narraciones históricas de los regeneracionistas del fin de siglo—. En cierto sentido, el paisajismo de la Generación del 98 radicaliza la vertiente intrahistórica y, con ella, la caracterización metafísica del pueblo y sus rapsodas (escritores y pintores). Refigurando los planeamientos de Taine, la autenticidad natural se liga a la tierra ocupada y decanta una sustancia de dura roca que se sitúa ya al margen de las penalidades y sufrimientos de los individuos que la componen y actualizan.

Como puede intuirse —ya lo hemos comentado en los análisis de capítulos previos—, esos ejemplos muestran cómo el paisajismo termina abandonando la función *escenográfica* para convertirse en el *agente* determinante de la identidad. Paradójicamente, se trata de un *agente* perpetuamente inactivo, dada su condición de sustancia inamovible y perenne de la identidad compartida. La asimilación de esta perspectiva romántica, contemplativa y paisajística, a una posición reaccionaria o involucionista en el plano político-ideológico no parece descabellada (ver, por ejemplo, Abellán, 1997 o Shaw, 1997; este último, muy crítico con el inmovilismo y conservadurismo que rezuma la búsqueda de “ideas madre” del pueblo español protagonizada por la Generación del 98). Sin ir más lejos, con ella podría relacionarse la supuesta impronta precursora de Ganivet detectada por los historiadores contemporáneos (ver, por ejemplo, Blanco Aguinaga, 1997). Y, ciertamente, algo de ella hay en la exacerbación españolista del repliegue interior y en la impugnación estética que la Generación del 98 hace de la ingenuidad arbitrista y pseudo-científica desplegada por los autores más positivistas del regeneracionismo. En esa misma línea, podría esperarse que la Generación del 98 extremara el autoritarismo y la crítica al parlamentarismo y al igualitarismo que habían caracterizado a autores de la propia sensibilidad positivista, caso de Macías Picavea o Costa.

Sin duda, también en el periodo reaccionario del último Maeztu pueden detectarse aspectos abiertamente favorables a ese último sentido (a este respecto puede consultarse Comellas, 2002; Abellán 1997). Pero el mecanismo contemplativo desplegado por la Generación del 98 transporta mucho más de ensoñación íntima y personal y, por ende, de despreocupación por el progreso y la revolución social, que de una defensa activa y participativa de alternativas reaccionarias —con las que, en cualquier caso, pueda ser coherente—. Ya hemos advertido en otros lugares de que la impronta literaria y contemplativa de la

Generación del 98 determina una internalización del “Problema de España” entre los autores que componen su nómina (ver a este respecto Abellán, 1996). La hipótesis más manejada es que se produciría una [con]fusión empática, íntima e individualista entre el “Problema de España” y el problema subjetivo. Bien podría derivarse esta conexión del traumático desastre nacional; recordemos que, al fin y al cabo, los regeneracionistas finiseculares ya habían esperado inútilmente un cambio de rumbo socio-político del país tras la advertencia superlativa que había supuesto la derrota ante Estados Unidos –en realidad, ésta sólo se había contemplado como una consecuencia extrema del estado de postración continuado en el que se encontraba España desde hacía siglos-. Pero la preocupación de los regeneracionistas finiseculares es coetánea de ese problema.

Frente a estos últimos, la Generación 98 ya es heredera de pleno derecho de la frustración nacional y de la persistencia de las mismas taras que asolaban al país antes de la derrota ultramarina. A ese espíritu de los tiempos hay que añadir, además, las propias crisis personales –religiosas, vitales, etc.- que sufren sus integrantes. La metamorfosis literaria de Unamuno tras la depresión sufrida al poco de echar a andar el siglo XX –debido a la muerte de un hijo afectado de hidrocefalia- es paradigmática en ese sentido. Sea como fuere, el resultado demorado de esas experiencias colectivas o individuales será una íntima ligazón entre los nostálgicos paisajes medievales o mesetarios y el Ego poético y proyectado –o, incluso egocéntrico y egoísta- del literato. Concretamente, en relación con el segundo término de la conexión, Prado ha comentado que las posiciones de los literatos del 98 suponen “(...) *una derivación extrema y absurda de aquella búsqueda de la propia identidad. Es absurda porque al extremarse, no persigue ya dicha identidad con finalidad útil e históricamente fecunda, sino en una especie de narcisismo que se complace con la propia manera de ser (o en la imagen estilizada que de ella se ha construido), afirmándola en el vacío*” (Prado, 1973, p.53 [cit. En Abellán 1996]).

Efectivamente, la Generación del 98 desarrolla un nihilismo profundamente emotivo, imaginativo e irracionalista (ver Abellán, 1997 o Sobejano, 1967) –y nacionalista- que reacciona tanto contra la razón ilustrada –claves de progreso y modernización científica- como contra el dogma católico –clave de moralización social al servicio de un poder oligárquico-; un talante individualista sobre el que, de acuerdo con los tiempos, parece sobrevolar tanto el vitalismo nietzscheano como el pesimismo de Schopenhauer⁷. En cierto sentido, ese individualismo es una marca explícita de la propia Generación del 98. Lo que mejor lo demuestra es la propia negativa de algunos de sus autores a identificarse con la fórmula generacional –caso de Unamuno, Maeztu o Pío Baroja- o, simplemente, la marcada indiferencia ante la posibilidad de verse incluida en ella –caso de Valle-Inclán o de otro de los autores inscritos eventualmente en la nómina

⁷ Es importante desligar las reacciones de los regeneracionistas finiseculares y la Generación del 98 ante el contexto de crisis y decadencia que comparten durante la etapa intersecular. Comellas (2002) no cuida demasiado las diferencias entre las reacciones de uno y otro grupo cuando habla de la conciencia de crisis que invade todo el mundo occidental a finales del siglo XIX. En realidad, sólo la Generación del 98 se adapta bien a la vía escapista, lírica, ensañadora o, incluso, pesimista y escéptica que intenta desprenderse de la lenta caída de los valores positivistas y del progreso ilimitado.

del 98, como el Premio Nobel Jacinto Benavente-. Curiosamente, más bien fue el empeño de un solo hombre -nuevamente la empresa individual-, Azorín, el que permitió la trascendencia política y literaria de la designación generacional. En contraste con la actitud del alicantino, Baroja intervendrá en la Sorbona en 1924 para negar la unidad de ideales entre sus supuestos componentes y, lo que es más importante, para recalcar el hecho de que ninguno de ellos se había preocupado por conseguir puestos importantes en la *escena política nacional*⁸ (ver, por ejemplo, Cacho Viu 1997).

Entonces, desde el punto de vista etopolítico, la única posibilidad de *acción* o *conmoción* intersubjetiva en medio del subjetivismo desplegado por la Generación del 98 viene de la mano de la empatía entre *escenario*, autor y lector. Cualquier posibilidad de debate y *acción* política queda, sin embargo, anulada. Para la mayor parte del paisajismo de la Generación del 98 la pregunta ya no es, a la manera regeneracionista, qué hay que reformar racionalmente, sino qué nos intranquiliza y qué no de lo contemplado o sentido. El juicio de Dolores Franco es ilustrativo en este sentido: "*Los escritores de este grupo son, ante todo, los grandes preocupados por España. Pero esta preocupación que comparten con los hombres prácticos -Costa, Picavea-, con los políticos -Maura, Damián Isern-, se caracteriza por no traducirse en actuación social. Se trata de poner en primer plano a España en una obra meramente intelectual o artística. Y mientras los regeneradores desahogan su inquietud en sus imprecaciones, estos intelectuales, estos artistas, la viven en su interior, consolados porque no les <<podrán quitar el dolorido sentir>>. Su afán de conocimiento les lleva a recorrer el suelo español, a buscar sus viejas ciudades, sus monumentos ruinosos, sus recuerdos históricos y literarios; a buscar también sus pueblecitos olvidados, desheredados de la fortuna, sus mesones casi desiertos, sus fonditas pobres*" (Franco, 1998; p. 248; la diferencia radical entre el arbitrista de los regeneracionistas y el lirismo de la Generación del 98 también es comentada por Comellas, 2002).

Ya en la época, periodistas como Oliver (1907/1974), Morote (1900) y Ciges Aparicio (1907) plantearon que el cambio de generación literaria no fue seguido de una regeneración socio-cultural efectiva. Historiadores contemporáneos como Shaw (1997) o Abellán (1997) coinciden con esa perspectiva, interpretando que la Generación del 98 o bien había carecido de herramientas para llevar propuestas revolucionarias a la práctica o bien había derivado sus logros reformistas hacia una renovación estrictamente estética de talante modernista. Cacho Viu (1997), más duro, considera que los hombres de la Generación del 98 no realizan ninguna aportación significativa o importante a la caracterización de la realidad social española, ya que son intelectuales poco dados a la *acción* (entendemos que *política*). De esta tónica general Cacho Viu sólo exceptúa a Unamuno, aunque su encastillamiento geográfico en

⁸ Nuevamente es Azorín el que se salta esa regla general. Fue el único noventayochista que ocupó puestos relacionados con la política oficial, siendo subsecretario de Instrucción Pública en los gabinetes de Maura en dos ocasiones, en 1917 y 1919. Ya durante la dictadura de Primo de Rivera, Maeztu sería nombrado embajador español en Argentina (para estas cuestiones puede verse Abellán, 1997).

Salamanca y su total repulsa a la moral científica también margina cualquier consecuencia reformista que pudiera derivarse de sus ideas.

Sea como fuere, las consignas reformistas más claras de la Generación del 98 se limitan a la crítica de la España oficial, una invectiva realizada en los tempranos años anarquizantes, revolucionarios y de militancia obrera que presidieron su juventud (a este respecto puede verse Blanco Aguínaga, 1998 y Fox, 1988). En buena medida, el ocaso de esa etapa comienza en 1901, momento en el que el grupo de "los tres" -Baroja, Maeztu y Azorín- redactan su manifiesto intentando recoger el talante reformista del regeneracionismo. Como bien ha señalado Laín (1947/1997), a muy corto plazo todos ellos terminarán renunciando a la *acción* para darse a la contemplación, e incluso, incurrir, como hizo Azorín, en cierto africanismo antieuropeísta.

El periodo reformista señalado por Laín se extiende, como mucho, hasta 1905 (ese es también el tope para los últimos ribetes de compromiso marxista, según Blanco Aguínaga, 1998); momento que, significativamente, coincidiría con el viraje de Unamuno hacia la España intracastiza o la reconstrucción en positivo que Maeztu, Azorín o el propio Unamuno realizan del estereotipo quijotesco en detrimento de Alonso Quijano (sobre la importancia de arquetipos literarios en la Generación del 98, como el Quijote o, incluso, el Don Juan, puede verse Abellán, 1997). Aquí ya tienen cabida todos aquellos episodios que, según Comellas (2002), si no unen, sí reúnen a la Generación del 98: asistencia conjunta y aprobadora al estreno de la obra de teatro *Electra* de Pérez Galdós, homenaje a Baroja con motivo de *Camino de Perfección*, viaje a Toledo con el consiguiente redescubrimiento de *El Greco*, la peregrinación a la tumba del Larra contestatario y romántico, etcétera. Como bien ha señalado Comellas (2002), hay que tener en cuenta el valor simbólico y estético de esos acontecimientos, aunque ciertamente todos están muy alejados en verdad de las vías reformistas.

Ya una década después de la fecha señalada por Laín o Blanco, en plena madurez, las obras de los integrantes de la Generación se proyectan plenamente hacia una utópica España "de ensueño" (Laín, 1947/1997; Fernández Almagro, 1966). Pudiera resultar paradójico que esos sean años donde cobra valor la clave *cronográfica*, un periodo en el que, instigados directamente por Ortega a decir de Cacho Viu (1997), algunos autores de la famosa generación, concretamente Azorín, Valle-Inclán y Baroja, abordaron reconstrucciones noveladas y narrativas de la historia española y de sus protagonistas⁹. Sin embargo, es precisamente la reinención ficticia de ese pasado la que permite articular el *propósito* utópico para la nación; una vía que también habían tomado los regeneracionistas del fin de siglo, pero sin ubicarse al

⁹ Cacho Viu (1997) menciona que Ortega desplegó una estrategia orientada a ganar para su proyecto renovador de la conciencia nacional a los intelectuales de la generación del 98. Así, dedicó una serie de ensayos laudatorios -pero críticos- a personajes como Pío Baroja o Azorín, inició un intercambio de artículos con Maeztu y, más adelante, desempeñó una clara tutela filosófica sobre Antonio Machado. Durante la etapa de 1908 a 1914 mantuvo un fluido contacto personal y epistolar con la mayoría de ellos. Entre las "hazañas" de Ortega habría que contar el reconocimiento de los débitos al regeneracionismo por parte de los noventayochistas; muy particularmente de Azorín. Los debates de Ortega con la Generación del 98 también han sido puestos de manifiesto por Morón (1998).

margen de la realidad social. Y puede asegurarse que la realidad social coetánea de la Generación del 98 prácticamente nada difería de la de 1900.

A la hora de escrutar los verdaderos motivos de ese ensayismo contemplativo, íntimo y, en definitiva, individualista, algunos autores contemporáneos como Calvo (1998) han llegado a señalar una “oculta” dimensión pecuniaria. Frente a los intelectuales preocupados por la regeneración y la higiene nacional, los ensayistas de principios de siglo eligieron la prensa para darse a conocer y lograr instalarse en el periodismo y la literatura como formas de ganarse la vida (el diletantismo implicado en esta opción vital también es criticado por Varela, 1999). Pero, en cualquier caso, el giro literario condicionó la construcción de una España metafísica en la que, sólo eventualmente, se podía deslizar un compromiso crítico con los problemas nacionales. Ciertamente es que, ya en el nuevo siglo y al margen de la *topografía* paisajística, algunos autores de la Generación del 98 sí muestran en sus obras un descriptivismo cercano al problema social; un tratamiento que, incluso, no estará exento de ciertas dosis de realismo naturalista. Ya hemos comentado en otro lugar que la trilogía de *La lucha por la vida* escrita por Baroja, y compuesta por *La busca*, *Mala hierba* –ambas de 1904– y *Aurora Roja* –de 1905–, ejemplifica perfectamente los aspectos mórbidos y marginales de las clases más bajas. Hipertrofiando ese panorama, los esperpentos de Valle Inclán tampoco dudarán en presentar aspectos relacionados con la falta de higiene, el pauperismo, la delincuencia; incluso en relacionarlo con la explotación social comandada por políticos y oligarcas. De ello es buena muestra *Lucas de Bohemia* (Valle Inclán, 1920/2000). Exceptuando a Antonio Machado, Valle fue quizá el único autor de la nómina noventayochista que mantuvo la sensibilidad crítica con las distintas dimensiones del problema social¹⁰ sin renunciar a la dimensión metafísica del “Problema de España”. Pero, aún así, tanto las novelas de Pío Baroja como los esperpentos de Valle están presididas tanto por el individualismo de sus personajes como por el fatalismo de las situaciones sociales a las que éstos se enfrentan. En la encrucijada configurada por ambos aspectos emerge, como no, la construcción de un signo de España de contornos radicalmente subjetivos y pesimistas. El acto de identificación consecuente exige un nihilismo desesperado –una suerte de proto-existencialismo, en opinión de Shaw, 1997– que también se refleja a la perfección en obras como *La Voluntad* de Martínez Ruiz (1902/1989) o *Del sentimiento Trágico de la Vida* de Unamuno (1913/1993). Por supuesto, son perspectivas que se reflejan en la completa inexistencia de propuestas terapéuticas o soluciones para los problemas del pueblo español; es decir, de la segunda tarea psico-sociológica que sí habían afrontado los regeneracionistas del fin de siglo tras su análisis del ser colectivo.

Como hemos dicho al principio de este epígrafe, la saliencia literaria de la Generación del 98 eclipsó otras alternativas discursivas que, manteniéndose completamente fieles al espíritu del

¹⁰ Abellán (1997) y Blanco Aguinaga (1998) separan a Valle Inclán y Machado de la deriva conservadora que termina tomando la Generación del 98. Son los únicos que después de 1904, preservan una idea del “Problema de España” donde juega un papel importante la lucha de clases.

regeneracionismo finisecular, trataron de encarar sistemáticamente la tarea reformista. Al margen del ensayismo literario, el talante disciplinar o "científico" del regeneracionismo tuvo una prolífica continuación en el nuevo siglo. Se desplegó en un doble sentido: uno se limitó a continuar el género arbitrista tal y como había sido concebido en el fin de siglo; el otro tomó más en serio la recomendación de estudiar científicamente el pueblo español. Dentro de esta segunda alternativa se sentaron las bases de un proyecto orientado a analizar la "psicología del pueblo español". Sobre todo ello hablaremos en el próximo epígrafe.

20.2. LA HERENCIA DEL REGENERACIONISMO FINISECULAR

A pesar de la omnipresencia de la Generación del 98 en las primeras décadas del nuevo siglo, la sensibilidad -al tiempo analítica e interventiva- iniciada con el regeneracionismo finisecular fue continuada de forma genuina y sin rupturas por un buen puñado de obras.¹¹ Hemos logrado aislar cerca de 130 libros que trataron, en alguna medida, el "Problema de España" entre 1903 -fin del género finisecular- y 1936 -inicio de la Guerra Civil- (el listado de títulos aparece en el anexo al final de este capítulo). No dudamos de que debieron editarse decenas de obras más que pudieran ajustarse a esa *herencia regeneracionista*, pero nuestra recopilación resulta más que suficiente para ilustrar la continuidad del programa articulado por los reformistas de fin de siglo, su compromiso con el discurso psico-sociológico y algunas de sus vías específicas de desarrollo. Éstas últimas pueden organizarse a partir de las categorías analíticas que hemos utilizado para estudiar el discurso de los regeneracionistas de fin de siglo (la asignación de esas categorías a cada título también puede consultarse en el anexo al capítulo)¹².

Una consulta de los índices de las obras recopiladas permite una rápida y primera clasificación en función de dos aproximaciones distintas -aunque coincidentes en la vertebración psico-sociológica y complementarias en sus cometidos- al "Problema de España". Nos referimos a los títulos que destacaban por sus aproximaciones propiamente reformistas -continuación estricta del regeneracionismo finisecular y

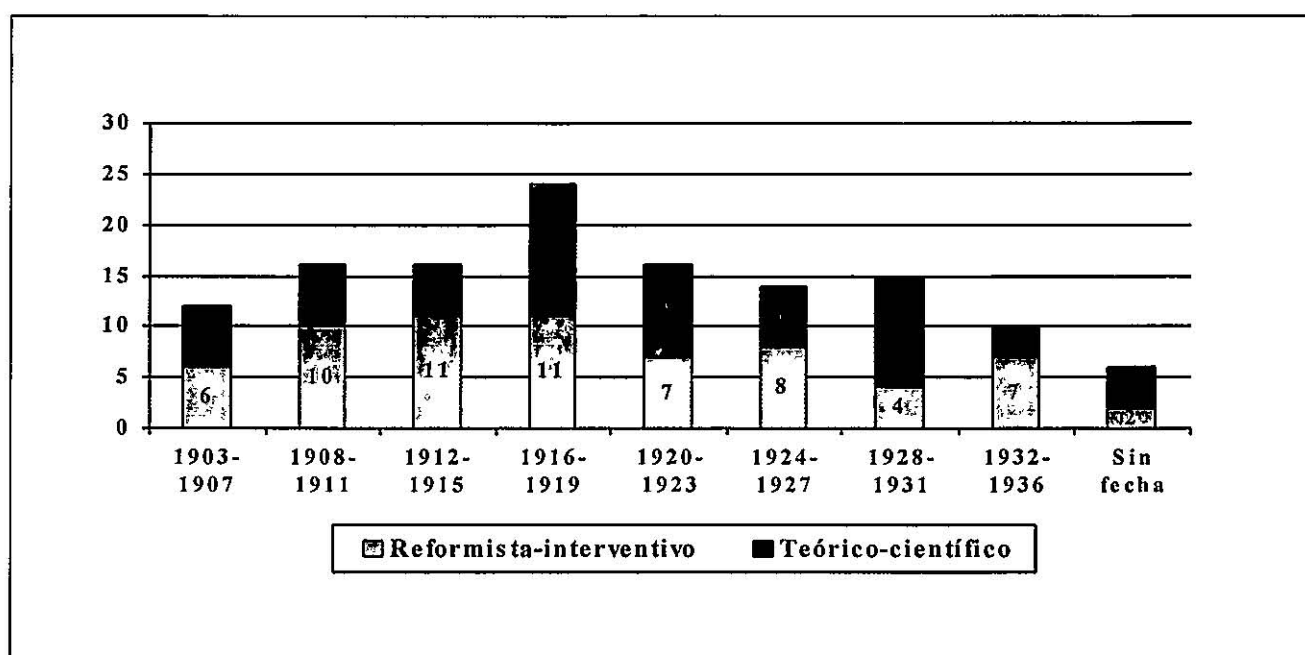
Blanco Aguinaga (1998) señala que, concretamente, el paisajismo de Machado, a diferencia del resto de los integrantes de la Generación, sí se compromete con la realidad histórica de su tiempo.

¹¹ Aznar, P.; Amaro, V.; Calero, J.M.; Alonso, M.S.; Calero, C. (1996) han realizado un excelente estudio descriptivo a ese respecto que, por desgracia, permanece inédito. Fue presentado en formato de póster en el IX Symposium de la Sociedad Española de Historia de la Psicología. En el estudio, los autores copiaron en distintos archivos, bibliotecas y bases de datos obras de talante regeneracionista, no literarias y sensibles a la perspectiva psico-sociológica, publicadas entre 1870 y 1940. Buscaron títulos en los que aparecieran palabras clave como "espíritu", "alma", "psicología", "mentalidad", "nacionalismo", "nacionalidad", "etnografía", "tradición", "costumbre", "sentimiento", "temperamento", etc. Con la información recogida, confeccionaron una base de datos y derivaron una serie de análisis cuantitativos. Fueron seis consultas específicas a propósito de (1) obras por decenios, (2) temática (sociohistoria, sociopolítica, Psicología de los pueblos, etc.), (3) distribución temática por decenios (combinación de las dos anteriores), (4) temáticas no psico-sociológicas (educación, derecho, etc.), (5) actividad profesional de autores (periodismo, docencia, psiquiatría, sacerdocio, etc.), (6) posición ideológica (liberal o conservadora) y (7) autores más productivos. Nosotros hemos procurado ampliar y depurar, en la medida de lo posible, la información reunida en ese trabajo con nuestra propia recopilación de fuentes primarias a fin de mejorar la calidad, si no exhaustiva, sí representativamente, de aquel estudio -finalmente, el incremento de títulos respecto del trabajo cuantitativo originario ha sido mínimo-.

¹² En realidad las líneas de continuidad puede intuirse ya en los interesantes recuentos bibliométricos planteados por Aznar et al (1996). Sin embargo, por motivos de coherencia interna del trabajo hemos optado por reorganizar esa información de acuerdo con las categorías que hemos venido utilizando en el resto de capítulos del trabajo.

de sus propuestas interventivas para atajar el Problema nacional- y aquellas que se decantaban por un enfoque disciplinar o teórico-científico –en las que, por fin, se atendía al llamamiento realizado por los autores del fin de siglo para estudiar y explicar, más o menos científicamente, la psicología nacional-. La distribución cronológica de ambos tipos de obras se muestra en el gráfico 20.1. El período histórico estudiado se distribuye en intervalos de cuatro años.

Gráfico 20.1. Distribución del total de las obras post-regeneracionistas entre 1903 y 1936



Para empezar, los datos del gráfico confirman, al menos, cómo el discurso sobre el “Ser de España” no se limita a un puñado de obras publicado en los años del desastre. Más aún, encuentra una continuidad cronológica cuya densidad, eclipsada por el ensayismo literario y por el reformismo de la política oficial, no ha merecido una atención adecuada en la mayoría de los estudios del periodo realizados hasta ahora. Este nuevo panorama certifica la prolongación en el tiempo de las consecuencias “auto-perceptivas” de la “Crisis del 98”, convirtiendo la obra de los regeneracionistas finiseculares en el pistoletazo de salida de un género antes que en un fenómeno literario cronológicamente encapsulado.

Desde el punto de vista general, en el gráfico se muestra la proliferación de títulos que mantienen la sensibilidad regeneracionista hacia el “Problema de España” entre 1903 y 1936. El perfil es el de un crecimiento constante hasta los años 20, momento en el que –siempre a la vista de nuestros datos y de las restricciones que impone el hecho de trabajar con una muestra limitada de un volumen editorial que tuvo que ser sustancialmente mayor- tendría lugar cierta ruptura en la progresión de la producción. Tras ese

techo editorial, la publicación de este tipo de obras comenzará a decrecer hasta el estallido de la Guerra Civil española. A nadie puede escapársele que el momento crítico coincide aproximadamente con el preludio de la Dictadura de Primo de Rivera iniciada en 1923, en la esfera nacional, y el final de la Primera Guerra Mundial, acontecido en 1918, en la *internacional*.

Podría argüirse que tanto las expectativas socio-políticas generadas ante la reordenación mundial, como, sobre todo, la censura ideológica impuesta por la Dictadura de Primo de Rivera influyeron en el devenir de un género controvertido en lo ideológico y máximamente sensible a todo tipo de convulsiones socio-culturales. Síntomas de la importante influencia del periodo dictatorial entre la labor de los intelectuales españoles son el exilio de Unamuno debido a sus controvertidas opiniones políticas acerca del régimen, la prudente y ambigua oscilación de Ortega entre las loas y críticas a Primo, el hecho de que Azorín minimizara las aportaciones más conflictivas de la Generación del 98 -incluso llegando a presentar a Jacinto Benavente, entonces en buenas relaciones con la Dictadura, como fundador del grupo intelectual¹³- o la decisión de Maeztu de convertir a Costa y Macías Picavea en ilustres precursores del directorio militar. Aún así, las medidas y prácticas censoras inherentes al régimen dictatorial no fueron en exceso radicales. En lo ideológico, afectaron sobre todo a las publicaciones periódicas -revistas y prensa-. La edición de libros sólo se resintió colateralmente del descenso del ritmo de trabajo que sufrieron las imprentas. Lógicamente, la producción de éstas se vio afectada de manera directamente proporcional al incremento de las suspicacias gubernamentales. Es más, en cierto sentido la dictadura dio respuestas a algunas de las reformas políticas e infraestructurales demandadas desde finales de siglo. Álvarez Junco (2001) menciona entre ellas la limitación del caciquismo, la "mejora racial" mediante la higiene o la potenciación del patriotismo a través de la alfabetización, la catalogación de monumentos nacionales, etc. Sin duda, esto tuvo que influir en la reorientación de la "Preocupación por España" de muchos intelectuales y reformistas hacia un terreno más teórico y, posiblemente, más aséptico o conservador desde el punto de vista ideológico.

Esto último es, de hecho, el segundo efecto editorial que puede documentarse al margen de los cambios generales del volumen de producción. La gráfica 20.1. permite observar variaciones evidentes en la evolución editorial de los dos tipos de aproximación al "Problema de España", el reformista-interventivo y el teórico-científico. El periodo crítico vuelve a coincidir con los años previos a la dictadura de Primo de Rivera o los años de la Gran Guerra (1914-1918). Antes de ese momento, la aproximación más fiel al esquema estricto del regeneracionismo finisecular -la que aquí vinculamos más con el reformismo- era hegemónica. La continuidad de los diagnósticos socio-políticos e histórico-culturales y de las tecnologías psico-sociológicas -pedagogía, higienismo psico-fisiológico, criminología, reformas socio-

¹³ Cacho Viu (1997) informa de las repetidas veces que Azorín se vio abocado a variar el significado del término generacional, en función del momento político. Lógicamente, en un periodo histórico tan ajetreado como el comprendido entre la Dictadura de Primo de Rivera y la de Franco, esto sucedió muchas veces.

políticas etc.- que caracterizan al género se muestran en títulos clásicos como *El atraso de España* de Lord Chamberlain –seudónimo de T. Giménez Valdivieso (1909)- o *La literatura del desastre* de M. Santos Oliver (1907/1974), pero también en obras más desconocidas como *El Problema Nacional* de J. Pueblo (1905). Después del estallido de la Primera Guerra Mundial, se produce un claro incremento de la perspectiva teórico-científica. Como hemos observado en la introducción de este capítulo, ésta había atendido las reclamaciones del fin de siglo para que se encarara un estudio disciplinar o científico de la psicología nacional. Aquí tienen cabida *El Alma Nacional, sus vicios y sus causas* del Marqués de Dosfuentes (1917), la *Psicología del Pueblo español* de Abad de Santillana (1917) o la propia *España Invertebrada* de Ortega y Gasset (1922/1997). En ellas se incrementa la sensibilidad historicista y etnopsicológica para analizar la identidad de España –sus aspectos *antropográficos, topográficos, cronográficos, productivos y proyectivos*-, todo ello al margen del desbarajuste socio-político que estaba siendo combatido o administrado por las diferentes políticas reformistas. Según nuestros datos, la producción de este segundo tipo de obras se igualará con la de las reformista-interventivas entre la Primera Guerra Mundial (1914) y el inicio de la Segunda República (1931); incluso, volviendo las tornas, las superará levemente. Más tarde, en el intervalo comprendido entre la proclamación de la República y el inicio de la Guerra Civil (1931-1936), la reorganización del gobierno y el propio estado parece estimular o tolerar un nuevo caudal de títulos específicamente reformistas.

Independientemente de la comparación entre ambas evoluciones temporales, las dos perspectivas post-regeneracionistas tuvieron sus propias particularidades de género. En los dos epígrafes que siguen realizaremos, aunque sólo sea a título descriptivo, un análisis más concreto de los contenidos y derivas particulares que ofrecieron ambas perspectivas, así como de las variaciones que presentaron respecto del acervo editorial del fin de siglo.

20.2.1. La perspectiva reformista del post-regeneracionismo

Como hemos comentado, la vertiente reformista es la que más se acerca al esquema del regeneracionismo finisecular. Lógicamente, la continuidad tiene que ver más con aquellas obras que habían dejado en un segundo plano la preocupación teórica, historicista o esencialista, sobre la mentalidad y el carácter nacional –caso del primer regeneracionismo de Almirall y Mallada, aunque también de Maeztu-, para dar paso a las dimensiones más prácticas del discurso psíco-sociológico. En el nuevo siglo, la saliencia de los aspectos interventivos será además reforzada y tamizada por la explicitación de múltiples agendas etopolíticas no siempre compatibles.

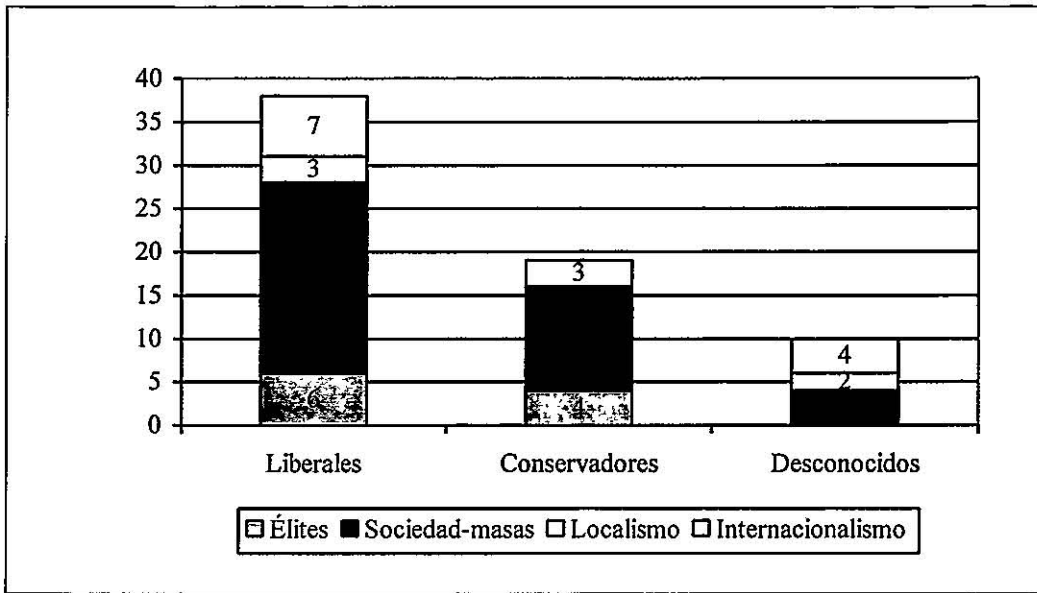
Ya en el capítulo 2 comentábamos que Tuñón (1986), intentando pulir filiaciones político-ideológicas, había reservado la etiqueta “regeneracionista” para un género finisecular que debe ajustarse

estrictamente a una sensibilidad liberal, en lo económico, y pequeño-burguesa, en lo ideológico. Tusell (1998) siendo más inespecífico es más generoso, y la acepta para cualquier postura preocupada por la modernización de España en el final del siglo XIX y el principio del siglo XX. Este segundo autor llega hasta el punto de aceptar como *regeneracionismo* los artefactos político-institucionales dispuestos por los restauradores; algo que resultaría impensable para autores como Costa o como Macías Picavea. A ello cabría añadir las autoatribuciones regeneracionistas reclamadas por personajes como Maura, Silvela, Canalejas o los propios Alfonso XIII y Primo de Rivera (se puede ver a este respecto Tusell, 1998).

En el mismo capítulo 2 hemos dejado clara nuestra intención de no discutir el uso de etiquetas historiográficas para designar a unos u otros grupos de personajes históricos más allá de criterios y decisiones de corte puramente metodológico. Desde nuestra perspectiva cabe aceptar, por tanto, la propuesta de Tuñón en tanto que ubicamos a liberales como Costa, Macías Picavea, Morote o Altamira entre los constructores fundamentales del discurso regeneracionista. Sin embargo, nos encontramos más cerca de la sensibilidad de Tusell al reconocer que ese discurso generó una reacción editorial que, andando el tiempo, cristalizó en propuestas de variado signo político. De hecho es evidente que éste ya se prefigura en el género finisecular: ahí están el conservadurismo de Ganivet e Isern, el pseudo-socialismo de Unamuno y Maeztu, el liberalismo democrático de Morote y Altamira y el antiparlamentario de Costa y Macías, o, incluso, el regionalismo de Almirall. Lo ambiguo y polifacético de sus propuestas y argumentos, reconocido por el propio Tuñón (1986), tampoco ha ayudado a aclarar la nómina de componentes y a aislar con claridad los compromisos político-ideológicos del género: en él se concitan la dictadura antiparlamentaria del “hombre de Hierro” y las propuestas administrativas descentralizadoras o la importancia del individualismo en el trabajo y la estructuración gremial –pseudo-sindicalista, podría argüirse- de la propia sociedad.

Ante ese panorama, no es de extrañar que a lo largo de todo el siglo XX los regeneracionistas finiseculares hayan sido, simultáneamente y desde distintas perspectivas ideológicas, héroes –críticos con el sistema político corrupto, modernizadores, etc.- y villanos –derrotistas, nostálgicos, antiparlamentaristas, etc.-. En este sentido, los textos regeneracionistas son susceptibles de convertirse tanto en el esquema básico de un manifiesto liberal, como en el de un doctrinario conservador. Y, en cierto sentido, cabe sospechar que algo de esto ocurrió en los prolegómenos del siglo XX si atendemos a la distribución político-ideológica de las obras que hemos recopilado bajo la categoría “reformista-interventiva”. Aparece en el gráfico 20.2., una ilustración que incluye una división en función del elemento interventivo priorizado –*élites, masas-sociedad, internacional, local*-. Este último se ha establecido atendiendo al tema predominante en los índices de las obras.

Gráfico 20.2. Distribución político-ideológica de las obras reformistas en función del elemento etopolítico priorizado



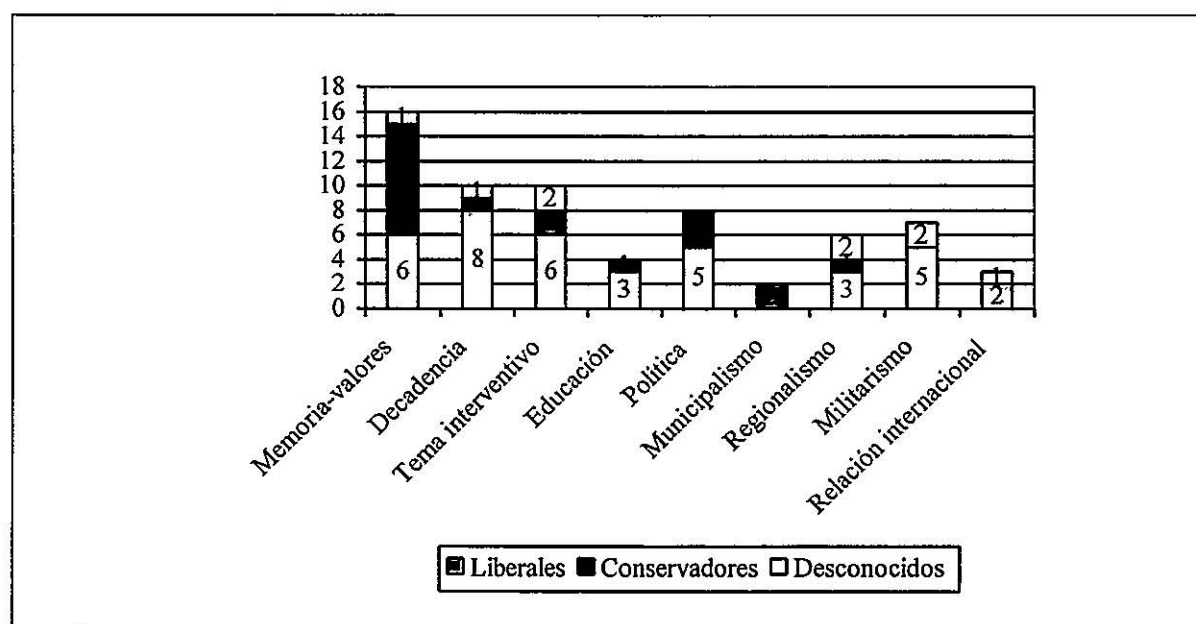
En cierto sentido, lo que muestra el gráfico 20.2, es que después del marco crítico y nacionalista ofrecido por los regeneracionistas de fin de siglo se polarizaron posturas, abriéndose unas brechas infranqueables en el espectro político-ideológico español. Independientemente de filias y fobias liberales o conservadoras, esa escisión es un fenómeno ajeno a la producción finisecular. Las evidentes diferencias políticas entre los regeneracionistas del fin de siglo no cristalizaron en conflictos demasiado graves, además de concitar puntos de acuerdo fundamentales en su reflexión españolista. Después de ellos, los representantes de toda suerte de idearios se sintieron en la obligación de definir y ofrecer señas de identidad claras para sus recetarios reformistas.

De ese panorama derivaron múltiples tecnologías de intervención orientadas a evitar la decadencia de un colectivo que, eso sí, ya empieza a entenderse como nación natural desde todo punto de vista. Así, fue el nuevo siglo el que decantó agendas etopolíticas mucho más marcadas, conflictivas y hostiles entre sí que las que habían exhibido Costa, Morote, Isern, Almirall o Ganivet. De hecho, en muchas de ellas se renegó de la herencia de los autores del fin de siglo denostándose, muy en particular, su pesimismo. Evidentemente, la mayor parte de esas críticas se produjeron desde la esfera conservadora de un Juan Guixé (1912) o un Julián Juderías (1914) que, a pesar de todo y como bien muestra el gráfico 20.2, en términos absolutos tuvo que estar en inferioridad ante la facción liberal. Ésta estuvo integrada por autores como Sáinz Rodríguez (1924), Sales y Ferré (1911), Luis André (1906), Ortega y Gasset (1922/1997) y otra pléyade de personajes que no tuvieron demasiadas dificultades para reconocer, en alguna medida, la herencia psico-sociológica, marcadamente nacionalista y modernizadora, del género finisecular.

Según muestra el gráfico 20.2, los elementos etopolíticos priorizados en uno y otro caso, el conservador y el liberal, no arrojan demasiados datos para esclarecer adecuadamente los conflictos

nucleares entre ambas agendas identitarias y socio-políticas. Sólo muestran proporcionalmente un tratamiento mayor de las cuestiones relativas a las *élites* y el *localismo* en el caso de los conservadores y de la masas sociales y el *internacionalismo* en el de los liberales. En ello pueden rastrearse genéricamente algunos síntomas de cierta tendencia a buscar reformas entre las clases altas y a reconocer el tradicionalismo fuerista, en el primer caso, y a contar con la participación del pueblo y la referencia europea, en el segundo. Pero el crisol analítico-interventivo configurado por los cuatro ámbitos puede desglosarse en intereses más específicos. Se trata de temas ya tratados en el fin de siglo, pero que se redimensionan y depuran a la luz los dos proyectos político-ideológicos que articularon el devenir del post-regeneracionismo en el siglo XX. Atendiendo a los índices de las obras, los temas cruciales de la cuestión de las élites tenían que ver eminentemente con reformas políticas y, en menor medida, con temas relativos a la memoria y los valores colectivos. Este último era un tópico privilegiado en la preocupación por las masas sociales, aunque compartía protagonismo con el análisis de la decadencia, la educación y otros temas interventivos generales. Por último, las cuestiones relativas al *internacionalismo* se articulaban en torno a las relaciones con otros países y el militarismo, mientras que las relacionadas con el *localismo* tomaban cuerpo en la reflexión regionalista y municipalista. El gráfico 20.3. ofrece la distribución de todos estos temas en función de la tendencia ideológica.

Gráfico 20.3. Distribución de las obras interventivas por problemáticas y temas



Atendiendo a los temas de *masas* sociales (memoria-valores, decadencia, tema interventivo y educación), lo que más llama la atención es la importancia de las cuestiones relativas a la memoria colectiva y a los valores entre la facción conservadora. Aquí tienen cabida títulos como *La crisis del tradicionalismo en España* de Minguíjón Adrián (1914), *La religiosidad española y los problemas nacionales* de Araujo (1914), o la tardía *En defensa de la Hispanidad*, del propio Maeztu (1934). Lógicamente, la revisión identitaria de estas obras extremaba la tendencia del regeneracionismo finisecular a defender y reforzar la existencia de rasgos y valores innegociables de la impoluta tradición nacional o, más bien, imperial. Desde la preservación de esa esencia identitaria, hasta las tecnologías necesarias para administrar el estado, se producía un salto socio-político que excluía cualquier *acción* participativa de las masas sociales o, lo que es lo mismo, del pueblo que sostenía el principio nacional. Como bien muestran nuestros datos, las medidas reformistas planeadas por los conservadores tenían un carácter eminentemente político, y debían ser canalizadas por una *acción* “desde arriba”. Ésta, evidentemente, era competencia de las élites, y se muestra claramente en títulos como *Reconstitución de España en vida de economía política*, de Sánchez de Toca (1911). En cualquier caso, alguna faceta de esa perspectiva también era compartida por los liberales. Tampoco ellos se habían deshecho completamente de la clásica concepción psico-sociológica que convertía al pueblo en un ente infantil e ingenuo a pesar de que en él estuviera depositado el principio natural de la nacionalidad.

Aún así, la intervención identitaria de los liberales del nuevo siglo pasaba por centrarse, principalmente, en el análisis crítico de la decadencia social. De ello son buena muestra *El atraso de España*, de Giménez Valdivieso (1909), *Problemas sociales*, de Sales y Ferré (1911), *Problemas de España* (1916) de Santiago Alba, o *La tragedia del estado español*, de Álvarez de Albornoz (1925). Como bien sugiere el gráfico, estos diagnósticos no excluían una terapéutica psico-sociológica centrada en el fortalecimiento de la memoria y de los valores nacionales entre las masas sociales. Sin embargo, el marco reformista general era muy distinto al manejado por los conservadores. Su caracterización más extrema está bien sintetizada en la obra del militar Baldomero Villegas titulada *La causa de nuestros males y el remedio*. Su intención era “(..) dar la solución al problema social por medio del procedimiento científico, (...) y para esto no razonaré partiendo de la idea de Dios, que impresiona y coacciona las almas con la esperanza de un premio y el temor de un castigo; ni discurriré con la razón filosófica de los que entretienen el entendimiento en un mar de palabras, que confunden, para hallar cuál es la entidad superior, causa de todo lo que existe en el Universo, y a qué llaman la razón abstracta y el imperativo categórico de la razón, porque entienden que la razón humana se basta para establecer reglas y gobernar la humanidad.// Y voy a observar los hechos tal y como se muestran en la Naturaleza y en la vida, analizándolos, confrontándolos y estudiándolos en sus realidades y caracteres, lo mismo en el orden fisiológico que en el psicológico; con los ojos del cuerpo y con los del alma; sin prejuicios, y valiéndome del entendimiento, de la razón y de la lógica, con la mira puesta única y exclusivamente en el

conocimiento íntegro de la verdad; esto es, voy a estudiar el caso científicamente como se hace en la astronomía, en la física y en las matemáticas" (Villegas, 1921; pp. 99-100).

Aún sin llegar al extremo de la resurrección positivista planteada por Villegas, aparecerán títulos preocupados por utilizar, con objetivos plenamente modernizadores, la herramienta pedagógica —caso de *El espíritu nuevo de la educación española* de Luis André (1926)— y otro tipo de tecnologías económicas, políticas, criminológicas o, incluso, eugenésicas. Estas, últimas, inéditas entre los regeneracionistas finiseculares si exceptuamos algunos párrafos de la obra de Morote, empiezan a perfilarse como herramientas reformistas válidas en los albores del nuevo siglo (sobre el tardío desarrollo de la eugenesia en España en relación con el resto de mundo occidental y su aclamación en la esfera liberal puede consultarse Álvarez, 1999). Aun sin dimensiones eugenésicas coercitivas, la mejora de la raza a través de la potenciación de mecanismos hibridadores está presente, por ejemplo, en el *Atraso de España* de Giménez Valdivieso (1909). El último capítulo de la obra, titulado significativamente *España Ideal*, se cierra con una referencia clara a esa cuestión. Entre los últimos párrafos se puede leer: "*Todo el problema queda, pues, reducido a abrir muchos boquetes en el Pirineo y multiplicar los puertas. La inmigración de los pueblos europeos a la Península dará energías a la raza indígena. Esas energías le proporcionarán la cultura y la riqueza que necesita España; y elevado su nivel intelectual, produciendo en cantidades enormes artículos que sólo allí puede darse, con la resistencia de una raza virgen, con la exuberancia de población que rápidamente inundará sus campos y colocada entre dos mundos, uno caduco, pero de civilización refinada, y otro joven, pero bárbaro, ha de desempeñar un papel importantísimo que no puede arrebatárle pueblo alguno*" (Giménez Valdivieso, 1909/1989; p. 220).

Progresivamente, la administración de medidas eugenésicas, incluyendo las profilácticas y coercitivas, cobrarán popularidad como fórmula para acabar con el Problema nacional y mejorar las condiciones de la raza. Independientemente de su filiación ideológica, todos los integrantes del ámbito clínico (psiquiatras, neurólogos, endocrinólogos, etc.) las contemplarán como medidas terapéuticas deseables. Ya en 1933 se celebraban las Primeras Jornadas Eugenésicas Españolas, un acontecimiento organizado con todos los beneplácitos de la República y que estaba teñido de una aureola política claramente progresista.

A esa intención reformista basada, supuestamente, en el progreso y el beneficio del pueblo, obedecerá también el interés hegemónico de los liberales por las relaciones con Europa. Obras como *Europa y España*, de Sánchez Díaz (1910), muestran cómo esa sensibilidad liberal contrastaba con el historicismo más rancio y reaccionario de los conservadores. En cualquier caso, dentro de la temática de proyección *internacional* recogida en el gráfico anterior, también hay que incluir dos temas: uno clásico y macroidentitario —que abarca cuestiones como la integración territorial con Portugal y, sobre todo, la

orientación hacia el viejo imperio colonial latinoamericano-; y un segundo tema que resulta inexcusable por el periodo en el que se ubican las obras: la Gran Guerra.

Respecto al primero, hay que considerar que las dos primeras décadas del siglo son las de un relativo reencuentro de la cultura española con los países hispanoamericanos tras la cuestión cubana (para estos aspectos se puede ver Castro, 2000; Jiménez y Castro, 2002). Son perspectivas que oscilan entre la aspiración española a un tutelaje espiritual de Hispanoamérica –aspiración ya delineada por Altamira- y las que atribuyen a los nuevos países ultramarinos la promesa de futuro de las razas latinas –desarrollo de los planteamientos de Morote-. Ambos son proyectos eminentemente liberales depurados en obras como *La huella de España en América* del propio Altamira (1924). Con el paso del tiempo emergerá la cuestión de “la Hispanidad”, una categoría relacionada con la “comunidad espiritual” entre España y América que, aunque ideada en un ámbito profundamente reaccionario por Zacarías de Vizcarra y Ramiro de Maeztu, sería manejada por toda suerte de idearios políticos. Aquí tendrán cabida desde los planteamientos más reaccionarios de la Falange española, hasta los liberales de Américo Castro o Sánchez Albornoz; sin olvidar la aportación definitiva del modernismo literario propiamente latinoamericano que encabezaran Rodó o Rubén Darío desde principios del siglo XX (puede verse Abellán, 1974 y 1998). Sin duda, un análisis documental más detallado del que aquí podemos abordar debería ocuparse de cómo la irrupción del tema de la hispanidad en la esfera intelectual española influyó, vía psico-sociológica, en la propia concepción etopolítica –identitaria y socio-política- de la “nacionalidad española”.

Por otro lado, títulos relativos a la Gran Guerra, como *La guerra actual y la opinión española* de Altamira (1915), denotan la sorpresa liberal ante el carácter predador y destructivo que los países supuestamente civilizados mostrarán entre 1914 y 1918. Todo ello exigirá sin duda una revisión de la cuestión militarista entre la facción liberal; la misma que había confiado a finales del siglo XIX en un futuro presidido por el pacifismo y la cordialidad entre los países occidentales.

Los últimos temas reflejados en el gráfico 20.3. tienen que ver con el *localismo*. Expresan el interés municipalista y descentralizador y, al tiempo, el miedo a la fragmentación nacional inherente a las propuestas del regionalismo más segregacionista. No son muchos los títulos recopilados bajo esas categorías, por lo que la interpretación de las tendencias de los dos grandes grupos político-ideológicos puede ser especialmente confusa. En el gráfico, el municipalismo parece más ligado a los aspectos conservadores, lo que sería coherente con su faceta más reaccionaria y afín a los viejos fueros. Es lo que se expresa en obras como *Regionalismo, municipalismo y centralismo* de Sánchez de Toca (1907). Sin embargo, sabemos que el proceso descentralizador –basado en regiones psicológica y territorialmente naturales- también fue uno de los grandes caballos de batalla de la facción liberal del regeneracionismo finisecular. Por otro lado, la preocupación ante el regionalismo es una categoría integrada fundamentalmente por obras de talante liberal; la misma sensibilidad que prioriza la concepción integral y

unitaria de la nación. Esta idea será mucho menos evidente para aquellos conservadores que todavía se hallaban enfrascados en resolver la ecuación etopolítica -identitaria y político-ideológica- derivada del ocaso del viejo imperio. En cualquier caso, como en otras ocasiones, tratar con precisión estos temas exigiría una búsqueda documental y un análisis específico que supera con creces las intenciones meramente organizativas y descriptivas que estamos tratando de desplegar aquí.

Para concluir, sólo resta incidir en que el post-regeneracionismo extremó las diferencias latentes entre las diversas facciones del regeneracionismo finisecular. Ello se reflejó en la proliferación de títulos que propusieron temas y tecnologías sociales específicas y ajustadas a las dos perspectivas político-ideológicas con las que, desde principios del siglo XX, se empieza a observar la sociedad española. Pareciera, por tanto, que en todo ese acervo de títulos empieza a depurarse definitivamente un espacio etopolítico peligrosamente reconocible: el de las "Dos Españas". La cuestión parece bien circunscrita al periodo entre la publicación en 1906 de *Entre dos Españas*, de Santos Oliver, y la de *Las dos Españas*, editada por Fidelino Figueiredo en 1933¹⁴. Se trata, en cualquier caso, de un intervalo temporal muy complejo, en el que también hay que contar con los vaivenes ideológicos que la Gran Guerra provocó entre los diversos bandos nacionales -las tendencias germanófilas y las galofobias que tan bien ha descrito el profesor López Morillas (1980)-, o la emergencia *internacional* de un modelo comunista y fascista de amplio alcance. Todo ello exigiría precisiones y análisis mucho más detallados de los que hemos pretendido desarrollar aquí, donde hemos delimitado las líneas de continuidad de la vertiente reformista-interventiva del regeneracionismo finisecular. En el siguiente epígrafe abordaremos la línea teórico-científica.

20.2.2. La perspectiva teórico-científica del post-regeneracionismo

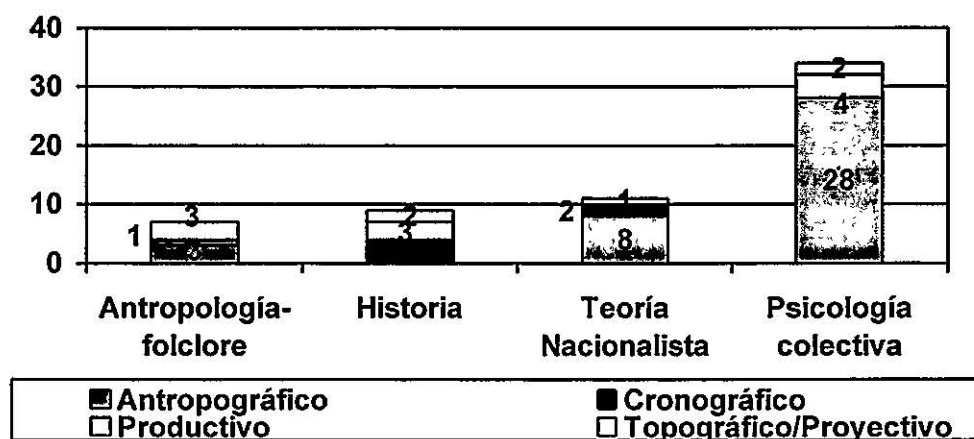
Como hemos mencionado más arriba, los requerimientos del regeneracionismo finisecular para que en España se produjera un estudio serio de la propia psicología nacional van a obtener respuesta a principios del siglo XX. En realidad, aproximaciones más o menos disciplinares a la identidad nacional se habían realizado anteriormente; de forma muy particular, en el ámbito historiográfico. Ya hemos visto en el capítulo 5 cómo la polémica sobre la Ciencia Española había desatado múltiples encontronazos entre liberales y conservadores a propósito de las capacidades del carácter español manifestadas en la historia del pensamiento occidental. Este carácter era una pieza fundamental del debate, pero también es evidente que su escrutinio no suponía el objetivo fundamental de los esfuerzos empeñados en la polémica historiográfica. Tampoco lo era del regeneracionismo finisecular que, en su gran mayoría -quizá sólo con la excepción de Unamuno y, más laxamente, Ganivet-, se ocupó de la naturaleza y capacidades

psicológicas y caracteriológicas del español como una vía para estimar su ajuste a un determinado proyecto reformista y político-ideológico.

Por otro lado, la preocupación teórica por el fenómeno nacional ya había sido manejada en España, como mínimo, durante las dos décadas previas al desastre; ahí están los *Estudios sobre la nacionalidad, naturalización y ciudadanía* de B.J. de Cologán (1878) o *Los discursos sobre la nación* del propio Cánovas (1882/1997). Sin embargo, como hemos defendido a lo largo de este trabajo, no fue hasta la aparición de la literatura regeneracionista cuando el concepto de nacionalidad se ligó estrechamente a las bases psicológicas inscritas en el pueblo español. Y aún así, esa conexión innovadora no se instalará ampliamente en la conciencia de todos los *agentes* sociales relevantes hasta el nuevo siglo. En cierto sentido, hay que esperar a la publicación de la obra de Altamira para que la psicología o el carácter del pueblo español se consolide como un objetivo autónomo y relevante para la reflexión disciplinar. Aunque luego volveremos sobre la significación de la obra psichistórica del valenciano, podemos ya adelantar que el tipo de sensibilidad que ella representa permitió refigurar la mirada al pasado de algunas posiciones historiográficas, estimular los estudios antropológicos y folclóricos, revitalizar la teorización nacionalista y, lo que es más importante, generar estudios específicos sobre la psicología del pueblo español. Estas son las cuatro divisiones fundamentales que podemos establecer entre los títulos post-regeneracionistas clasificados bajo la vertiente teórico-científica o disciplinar. Los datos acumulados aparecen en el gráfico 20.4., y se organizan en función del elemento identitario priorizado en sus índices.

Gráfico 20.4. Distribución de las obras teórico-científicas por disciplina y elemento etopolítico priorizado

¹⁴ Morón informa de que una de las primeras ocasiones en las que se utiliza esa expresión con el mismo trasfondo político-ideológico que conocemos hoy es en los clásicos versos de Machado: Españolito que vienes/ al mundo, te guarde Dios / una de las dos Españas / ha de helarte el corazón (cit. en Morón, 1998; p. 177).



Sin duda, los datos ofrecidos por el gráfico deben ser interpretados con una prudencia aún superior a la mostrada ante las obras reformistas. Para empezar, es lógico que un ámbito puramente disciplinar como el configurado por la antropología y el folclore no sea demasiado prolífico en monografías sobre la identidad española. Indudablemente, un vistazo a las revistas especializadas de la época incrementaría la importancia del dominio en la construcción disciplinar de la identidad española. Algo semejante ocurre con la historiografía, aunque aquí con el agravante de que nuestra recopilación no puede aspirar a ser mínimamente representativa de la multitud de temas sobre la cultura y el ser español que pudieron ser abordados desde la perspectiva histórica. Por estas razones, la presencia de ambas disciplinas en el gráfico debe ser tratada más allá de estrategias comparativas. Ambas se limitan a ilustrar dos de las vías de desarrollo por las que transcurrió la reflexión disciplinar sobre la identidad española en el nuevo siglo.

Sin duda, lo más destacable del ámbito antropológico es su aportación a los aspectos *antropográficos* -por su vertiente física, antropométrica y etnográfica- y *productivos* -en su vertiente cultural, folclórica y etnológica- de la identidad nacional española. Desarrollos en esos sentidos pueden detectarse en *Etnografía: sus bases, sus métodos y aplicaciones a España*, de Aranzadi y Hoyos Sáinz (1917). Sin duda, la íntima relación de ese tipo de trabajos con los presupuestos, si no ideológicos, sí científicos, del positivismo, colocó sus aportaciones a la construcción identitaria dentro de la esfera liberal. Como hemos ido viendo a través de capítulos previos, el compromiso científico, naturalista e inductivo de la antropología era incompatible con aproximaciones espiritualistas o providencialistas hacia los fundamentos del ser humano, la cultura y la nación. Ahí están para confirmarlo, si no, las obras de Sales y Ferrer o el propio Hoyos Sáinz: en ellas cualquier aproximación a la identidad nacional se vertebrará desde un supuesto etnopsicológico que combinará raza, cultura, temperamento y psicología.

Frente a este principio, las posiciones historiográficas manejan conceptos como “genio” o “espíritu” para fundamentar la continuidad *cronográfica* —incluso *topográfica* y *productiva*— de la identidad colectiva. En este caso, el evidente talante filosófico o espiritualista del supuesto metahistoriográfico sí permitirá múltiples lecturas ideológicas de la *acción* del colectivo nacional en el devenir temporal. De hecho, la interpretación del pasado constituyó una de las fuentes más importantes de conflicto disciplinar desde, al menos, la famosa polémica de la Ciencia en España. Ese es, recordemos, el marco en el que hay que ubicar la inquietud mostrada por Altamira en 1902 ante un posible monopolio de la historia por parte de “las derechas”. Esta posibilidad se presentará en el nuevo siglo de la mano de autores fieles a la línea conservadora de la Real Academia de la Historia o, incluso, del *menendezpelayismo*. En esta línea hay que ubicar a autores como García Villada (1926), Minguijón Adrián (1930), Julio Cejador, José María Salaverría, o el propio Julián Juderías (1918); personajes muy críticos con el regeneracionismo finisecular y el Noventayochismo y que profundizaron en una línea historiográfica que pretendía recuperar las raíces tradicionalistas, individualista y quijotescas de la raza española.

Sin embargo, las narraciones *cronográficas* de los nuevos conservadores fueron completamente eclipsadas por la obra editorial e institucional de, precisamente, tres discípulos aventajados de Don Marcelino que estaban más cercanos al ideario liberal: Pedro Sainz Rodríguez, Adolfo Bonilla y San Martín y, sobre todo, Ramón Menéndez Pidal (para estos aspectos puede verse Varela, 1999). El primero publicó en 1924 una *Evolución de las ideas sobre la decadencia española* que, en línea con los requerimientos de Altamira, venía a dar carta de legitimidad a un género autocrítico y, al tiempo, patriótico. El segundo subrayó especialmente la vía vivista de su maestro y, sin renunciar a la idea de un *Volkgeist* español, desarrolló los aspectos más positivistas de la historiografía legada por Menéndez Pelayo. Su principal proyecto pasaba por realizar una historia del pensamiento filosófico español, pero sus obligaciones diplomáticas le terminaron desviando de la tarea. Mucho más constante e influyente resultó el trabajo histórico-filológico de Menéndez Pidal. Sus estudios y proyectos implicaron la recuperación o “invención” de una tradición liberal e inherente a las condiciones nacionales del genio español (ver Fox, 1997); todo ello, en la mejor tradición castellanista y medievalista —convertirá al Cid Campeador en un producto arquetípico de la identidad— inaugurada por el regeneracionismo finisecular (para estos aspectos puede verse, por ejemplo, Abellán, 1989b).

Desde el punto de vista institucional, el proyecto de Menéndez Pidal se concretará en la creación del Centro de Estudios Históricos (1910)¹⁵ —en cuya fundación también participa de forma activa y

¹⁵ En realidad, la creación del Centro de Estudios Históricos no depende de la actividad reflexiva de unos pensadores singularmente preocupados por su contexto histórico. Se inscribe en un plan genérico según el cual la política liberal española del periodo intersecular va a intentar promover la creación de varias instituciones, como el Museo Pedagógico, la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, la Asociación para el Progreso de las Ciencias, el Instituto de Ciencias Físico Naturales, el Instituto-escuela o la Residencia de Estudiantes y de Señoritas (ver Blanco, 1997a; Tusell, 1998), deudoras del proyecto modernizador de la cultura nacional. Según Cacho Viu (1997), se idean para contrarrestar el anquilosamiento de la cultura nacional provocada por las instituciones oficiales clásicas y conservadoras; entre ellas, las Academias, la Biblioteca Nacional o la Universidad Central. Lo cierto es que la mayoría de las empresas progresistas, aún dependiendo del erario

significativa Altamira- y de la *Revista de Filología Española* (1914), resortes formidables para la emergencia de la primera generación de historiadores modernos de la España liberal: entre ellos, Sánchez Albornoz, más cercano al positivismo, y Américo Castro, más cercano al historicismo (para estas cuestiones puede verse Morón, 1998 y Varela, 1999). A pesar de las filias, fobias, roces y polémicas historiográficas mantenidas por los discípulos de Menéndez Pidal, todos ellos preservaron y compartieron la idea de que el pueblo español estaba dotado de una psicología propia, y de que ésta se revelaba en la historia. El anclaje en el pasado -sobre todo con la invención de una Edad Media nacionalista- no era incompatible con la esperanza de alcanzar un futuro moderno, científico y europeísta; completamente opuesto, en definitiva, a la posición reaccionaria, integrista e imperialista de la historiografía conservadora. En el ocaso de su vida, el propio Menéndez Pidal intentó poner en orden su perspectiva identitaria editando *Los españoles en la Historia* (Menéndez Pidal, 1947/1991). Es éste un escrito tardío y crepuscular donde el historiador se acoge a la más pura tradición del *Volkgeist* para ir desgranando los rasgos y conflictos arquetípicos del tipo español (sobre ello también han llamado la atención Carpintero, 1998; y Quintana, 1998); la sobriedad, la idealidad y el individualismo, entre los primeros, y el unitarismo, el regionalismo o "las Dos Españas", entre los segundos.

Al menos hasta el estallido de la Guerra Civil, la actividad de una institución oficial como el Centro de Estudios Históricos podría haber resultado crucial para un control del discurso sobre la historia y el Ser nacional por parte de los liberales (ver Fox, 1997). Pero el carácter disciplinar de las obras generadas en su seno (libros, tratados, compilaciones o artículos en prensa especializada) limitaban su difusión a sectores muy definidos y limitados del público español¹⁶. Esa característica la compartían con los estudios antropológicos. Ni unos ni otros pudieron competir con el alcance editorial de las obras reformistas; títulos que, como sabemos, solían elaborarse habitualmente a partir de artículos de prensa previos y que se orientaban a un espectro de lectores mucho más amplio que el de los trabajos eruditos. Más cerca de estos últimos estuvieron algunas de las obras representadas en el gráfico 20.4: los tratados sobre el nacionalismo y sobre la psicología del pueblo español.

Los primeros configuran una categoría editorial un tanto difusa; propuestas, de hecho, por nosotros *a posteriori*. En dicha categoría hemos incluido tanto los compendios claramente laudatorios a propósito

público, se inscriben directa o indirectamente en la iniciativa particular del programa krausista y, más particularmente, de los institucionistas. En línea con su sensibilidad, se convertirán en foros para promocionar el conocimiento y las ciencias modernas, dotando a los intelectuales de herramientas para analizar e intervenir sobre los problemas de la realidad colectiva española. También en la línea institucionista, casi todas las soluciones de los males nacionales recomendadas por esas instituciones pasaban por una respuesta pedagógica *elitista*. Un buen ejemplo es el objetivo último de la J.A.E. que, según Cacho Viu, consistía en impulsar la formación de "una minoría de hombres de ciencia, que actuasen a modo de masa crítica desencadenante de una reacción pedagógica generalizada" (Cacho Viu, 1998; p. 40). Aún así, los desfases programáticos de la mayoría de estas instituciones con los presupuestos científicos y filosóficos del proyecto de Giner son sensiblemente perceptibles. En cierto sentido, los acólitos de Giner formados en los engranajes de esas instituciones representaban una minoría. Otros conformarán la así llamada Generación del 14, donde la estela a seguir ya viene marcada por la independencia institucional de Ortega o los compromisos abiertamente políticos de Azaina.

¹⁶ Cabría excluir aquellas ediciones prologadas de los "Clásicos Castellanos", publicadas bajo el auspicio del Centro de Estudios Históricos. Sin embargo, aún aceptando la potencia difusora de la cultura española de este tipo de trabajos, no suponen por sí mismos tratados integrales de la

de la tradición, el patriotismo, las glorias y capacidades del pueblo español o de sus figuras arquetípicas, como los trabajos menos efusivos y más orientados a delimitar el concepto de “nacionalidad” respecto de otros como “ciudadanía”, “patria” o “humanidad”. Aquí cabe mencionar títulos como *Patria, Fe y Amor*, de Rodríguez Martínez (1913); y *Nacionalismo, humanismo y civilización*, de Castro y Hernández (1922). Con mayor o menor entusiasmo sentimental y tradicionalista, la novedad detectable en la mayoría de esos trabajos es la consolidación del concepto de nación como *agente* socio-político –*antropográfico*–, histórico –*cronográfico*– y socio-cultural –*productivo*–. Aún así, la retraducción de ese concepto a términos propiamente psico-sociológicos tuvo que terminar de configurarse en el segundo segmento editorial que copa la mayor parte de los títulos recogidos en la gráfica: el dedicado a la psicología del pueblo español. Su importancia y diversidad interna merece un tratamiento específico en el epígrafe que sigue.

20.2.3. La psicología del pueblo español después del regeneracionismo finisecular

A la hora de repasar las diferentes trayectorias históricas por las que ha transcurrido la psicología social española, Jiménez Burillo (1976) ha destacado el importante volumen editorial dedicado al carácter nacional. Sin embargo, en el intervalo histórico que delinea entre los dos momentos convulsos mas importantes de la historia española contemporánea, la “crisis” del 98 y la Guerra Civil, pareciera que la aproximación psico-sociológica al “carácter nacional” se retirara de la *escena* intelectual para pasar a un estado de latencia. Aparte de los clásicos tratados regeneracionistas de Mallada y Altamira, Jiménez Burillo sólo menciona dos obras que entren de lleno en la cuestión: el manual de psicología de Herrero Bahillo (1911), y la primera edición en español de la obra de Madariaga sobre la psicología comparada de ingleses, franceses y españoles (1929). De ambos hablaremos más adelante. Antes, y a la vista del gráfico 20.4, hay que comentar que, inmediatamente después de la publicación de la obra de Altamira, fueron muchos los trabajos que se ocuparon en exclusiva del carácter nacional. De hecho, podría sopesarse hasta qué punto la obra de Altamira no supuso un punto de inflexión revulsivo para el género.

Significativamente, es sólo a partir de la publicación del libro del valenciano en 1902 cuando pueden empezar a encontrarse otros títulos españolistas que utilizan explícitamente etiquetas como “psicología”, “alma”, “raza”, “temperamento”, “carácter”, “genio”, “mentalidad”, “espíritu”, etc. en sus portadas. Antes de esa fecha, los regeneracionistas habían incluido en sus índices algunos epígrafes en los que se hacía mención explícita a los factores psicológicos. Pero parece que la publicación de la obra de Altamira, independientemente de las intenciones de su autor, habilita el traslado de lo que antes era un capítulo o un aspecto parcial –por importante que fuera– de la reflexión españolista a la portada de las nuevas obras. Lógicamente, en ese movimiento editorial no son sólo las etiquetas psico-sociológicas las

historia de España. No se les puede considerar portadores de un programa identitario, relacionado con el “ser” o el “problema” nacional (aunque sí, seguramente, herramientas para la implantación activa de aquellos programas en ciertas clases sociales).

que, literalmente, pasan a primera plana. Al menos aparentemente, es una parte importante del foco a desplegar sobre el "Problema de España" lo que se refigura y modifica. Ello supondrá la emergencia y desarrollo de una sensibilidad analítica orientada prioritariamente a estudiar las características psicológicas del pueblo español como base de la identidad compartida y de sus circunstancias.

Por lo dicho hasta aquí, podría considerarse que la obra de Altamira representa el colofón psico-sociológico que cierra la preocupación del regeneracionismo de fin de siglo por el "Problema de España", así como la inauguración de un nuevo género y línea editorial dedicado en exclusiva a analizar científicamente la psicología del pueblo español. Sin embargo, no es nuestra intención aquí enfangarnos en ceremonias fundacionales en las que Altamira juegue el papel de gozne fundamental e insalvable del periodo intersecular. No se puede discutir la sobreutilización de los términos psicológicos que el autor valenciano realiza en su obra, pero tampoco la laxitud disciplinar que —al menos en la *Psicología del pueblo español*— comparte con el resto de los regeneracionistas (no olvidemos que la mayoría de los trabajos suponen compilaciones de artículos ensayísticos y periodísticos). Sin perjuicio de la compleja constelación discursiva transportada por los textos finiseculares —incluyendo el de Altamira—, es evidente que la continuidad psico-sociológica encontrada en el nuevo siglo no supone, en ningún caso, el inicio de una nueva etapa de madurez disciplinar para la aproximación al "Problema de España". Lejos de programas de investigación y sistematizaciones científicas, la baza de peso de la *Psicología del pueblo español* de Altamira es la articulación de un programa de cambio social de inspiración claramente liberal (aunque gestionada eminentemente a través de la sensibilidad pedagógica de la Institución Libre de Enseñanza). Y, en ese sentido, la obra de Altamira es más un "ejemplar" que un "hito" de la evolución del discurso psico-sociológico del regeneracionismo.

El ideario descrito seguirá siendo válido para la segunda edición de la obra en 1917; circunstancia que, ya en la época, le valdrá las significativas críticas de un catedrático de Sociología de la Universidad Central: Quintiliano Saldaña (1919 y 1922). En el panorama del pensamiento filosófico español delineado para los lectores argentinos de la *Revista de Filosofía*, Saldaña no dudará en achacar a la segunda edición de la obra de Altamira un talante bibliófago y carente de estructura o criterio científico. Muy particularmente, el sociólogo le echará en cara su desconocimiento de la *Psicología de los pueblos* de Wundt, una referencia efectivamente inexcusable para los tiempos en que Altamira entregaba su segunda edición, supuestamente revisada y ampliada, a la imprenta. Evidentemente, no podía esperarse que el planteamiento de la primera edición de 1902 pudiera ajustarse a un esquema wundtiano. Además de la diferencia de criterios, la difusión de los métodos y resultados del maestro de Leipzig no iba a llegar a España hasta bien entrada la segunda década del siglo XX. En concreto, la versión de sus *Elementos de psicología de los pueblos* —complementarios de su obra magna *Völkerpsychologie*, aunque también más difundidos internacionalmente por evidentes motivos editoriales—, no sería traducida al español por Santos

Rubiano hasta 1926. Aún así, en 1902 Altamira tampoco había mencionado las sistematizaciones psico-sociológicas de Lazarus y Steinthal (no lo hará tampoco en la segunda edición de 1917 ni en su trabajo de 1950 dedicado a *Los elementos de la civilización y el carácter españoles*); ni siquiera las de autores franceses como Le Bon o Fouillée, que sí habían alcanzado gran difusión en la España de finales del siglo XIX. Como sabemos, el trasfondo espiritualista del krausismo, la sensibilidad de los *Discursos a la Nación Alemana* de Fichte (que, recordemos, él mismo tradujo), el paseo documental por alguna que otra disciplina (antropología, sociología, etc.), y el recurso sempiterno a la historia y a la nómina de atributos caracteriológicos nacionales implicaron los movimientos disciplinares más recurrentes de Altamira.

¿Cuál es, por tanto, la renovación que el libro más tardío del regeneracionismo finisecular representa en la preocupación psicológica por el pueblo español? Básicamente, ésta depende de dos líneas argumentales. La primera ya la hemos sugerido más arriba: orientar el “Problema de España” hacia un estudio de la psicología nacional –recordemos que en otros regeneracionistas ese aspecto ocupa, literalmente, un capítulo subsidiario del proyecto general reformista–; todo lo cual se retraduce en una preeminencia de la *antropografía* psicológica en detrimento de la anatómico-fisiológica y de la *topografía* geoclimática y territorialista. Estas últimas, o bien se desestiman –como hace el propio Altamira negándoles cualquier calidad de *agente* identitario–, o bien se convierten en subsidiarias o meras *agencialidades* de la primera. Sin embargo, la línea renovadora más importante que está implicada en el texto de Altamira –y que constituye la segunda línea argumental– es la articulación de una tradición orientada al análisis del Ser nacional. Entre otras cosas, de ella dependerá la fundamentación de la primera trayectoria argumental, por lo que Altamira no dudará en impregnarla de calidad científica a través del uso continuado del referente psicológico.

En relación con esta segunda línea argumental, Ortega comentará hacia 1922 que “(...) cincuenta años atrás se pensaba que la decadencia nacional venía sólo de unos lustros atrás. Costa y su generación comenzaron a entrever que la decadencia tenía dos siglos” (Ortega, 1922/1997; p. 103). Sin embargo, a pesar de la concesión del filósofo para con los regeneracionistas finiseculares, lo cierto es que la autopercepción del estado de decadencia y la preocupación por el “Ser de España” había sido objeto de bastantes clásicos de la literatura nacional. Como ha señalado Andrés de Blas, “la literatura regeneracionista, notablemente desarrollada a partir del desastre finisecular, no fue una actitud en nuestra vida pública que surgiera, poco menos que de la nada, al calor del desgarró de la patria. Un notable historiador político de inspiración liberal, Melchor Fernández Almagro, tuvo interés en subrayar, haciéndose eco de lo que ya entonces resultaba impresión compartida, lo que ese regeneracionismo suponía de continuación de una compleja línea de reflexión política interesada en la interpretación del ser español (Saavedra Fajardo, Gracián, Feijoo, Jovellanos) en la que habría que incluir también tanto a hombres de Estado y gobierno como a castizos arbitristas” (Blas, 1996; p.19). Lo único que habría que

impugnar a esa opinión es que todos los pensadores del fin de siglo fueran tan conscientes de esa supuesta herencia. Un buen síntoma de ello es que, en sus obras, sea difícil encontrar referencias a obras arbitristas de los siglos XVII y XVIII, caso de las de Baltasar Gracián o Feijoo. Y aún en los casos en que eso sucede, la mayoría de los autores que escriben en los años que rodean al 98 no parecen reconocerse a sí mismos dentro de la tradición literaria que la historiografía contemporánea ha venido a delinear en numerosos estudios (Franco, 1998; Abellán, 1988).

La mayoría de los textos de fin de siglo dependen demasiado del contexto socio-histórico en el que se hallan inmersos, por amplio que éste le pueda parecer. En este punto, su reflexión sobre el ser colectivo nacional no lo distingue demasiado del resto del mundo occidental; una tendencia generalizada que, sin duda, arranca con la reformulación moderna de los estados-nación europeos y la exaltación nacionalista y popular del romanticismo. Sabemos que esta tendencia alcanzará su máxima expresión en los años finales del siglo XIX con la delimitación territorial definitiva de esos estados, la configuración de las alternativas político-económicas derivadas del liberalismo (democracia, dictadura, *self-government*, capitalismo, socialismo, república, monarquía parlamentaria, etc.) y los procesos de independencia colonial. En esa tendencia —en la que hay que incluir al regeneracionismo—, cualquier mirada al pasado tiene como fin último la justificación, explicación o comprensión de la situación general. Pocos autores se separan lo suficiente de ella para poder reconstruir una tradición no ya de sus problemas nacionales, sino de la propia mirada escrutadora que estaban desplegando sobre los problemas de sus países. Macías Picavea, por ejemplo, llega a considerar la inexistencia de un tratado integral sobre el problema de España, una línea que, desde su punto de vista, empezaba a abrirse con los trabajos de Costa.

En realidad, en la España de finales de siglo sólo Costa y Altamira fueron, si no los únicos autores, los que con más ahínco lo hicieron. Costa pensaba que atisbos de una ciencia dedicada a la psicología del pueblo español podían encontrarse en las obras de Feijoo y Masdeu. Sin embargo, será Altamira quien, buscando justificaciones y alianzas argumentales lo suficientemente potentes, reivindicará y se enclavará explícitamente en una tradición sensibilizada con el autoanálisis del propio “ser” colectivo. En último término, él mismo “inventa” esa tradición, vertebrándola en la existencia indudable y cierta de una psicología propia del español. De hecho, si Quintiliano Saldaña acusó a Altamira de bibliófago fue precisamente porque su *Psicología del pueblo español* suponía, antes que nada, una voluminosa nómina comentada de títulos que habían tratado la cuestión del carácter español entre el siglo XVI y los textos del fin de siglo. Es en esa reconstrucción presentista donde cobraba pleno sentido el envite reformista para conocer la “psicología nacional”; un objeto disciplinar que, en definitiva, debía haber integrado un método científico de estudio.

Ya hemos adelantado al principio de este capítulo —y lo hemos repetido aquí— que en ningún caso Altamira definió un sistema o un problema de investigación en el que concurrieran otros trabajos

disciplinares. Pero, sin duda, sí proyectó sus inquietudes hacia un futuro inmediato en el que, efectivamente, cristalizó un género –o un subgénero dentro de la herencia post-regeneracionista– sobre la psicología colectiva del pueblo español. Como bien se mostraba en el gráfico 20.4., tras la obra de Altamira se publicaron, como mínimo, más de tres decenas de títulos que se ajustan a ese perfil. Este volumen apreciable y consistente de libros fue, eso sí, ecléctico en cuanto a las claves teórico-analíticas puestas en juego. Como en el caso de sus directos predecesores, presentó cierta indefinición entre sus alianzas con los grandes discursos de la Filosofía, la Ciencia Natural y la Ciencia Social. Recordemos que, desde nuestro punto de vista, la Psicología de los pueblos del regeneracionismo finisecular debía ser considerada un emergente teórico, construido siempre *a posteriori* y en franca dependencia de los argumentos disciplinares aportados por aquellos grandes discursos. Recordemos también, por afinar más, cómo la posibilidad de hablar de una psicología específica del pueblo español implicaba desgajar la estructura de la identidad nacional transportada por los textos regeneracionistas (una estructura que nosotros articulábamos en torno a cinco tópicos temáticos –*antropográfico, topográfico, cronográfico, productivo y proyectivo*– y cinco funcionales –*agente, escenario, agencialidad, acción y propósito*–).

Obviamente, las obras sobre la psicología del pueblo español del primer tercio del siglo XX siguen sin responder a una sistematización psico-sociológica de la identidad española. Atendiendo a la disparidad de orientaciones y temas lo más adecuado sería hablar de “psicologías del pueblo español”; aunque, eso sí, todas ellas coinciden en destacar prioritariamente la naturaleza psicológica de cualquier tema relacionado con la nacionalidad compartida. En cierto sentido, ese corpus de obras proyectó tres sensibilidades analíticas sobre la etnopsicología nacional que merece la pena repasar aquí. La primera de ellas se mantuvo fiel a la idea clásica de *Volkgeist*, orientándose, en alguna medida, hacia la exaltación del espíritu del pueblo español desde una sensibilidad apologetica y contemplativa; muy cercana, en ocasiones al lirismo romántico. Dentro de ella se ubican títulos como *Genio de España* de Giménez Caballero (1932), obras que, aunque utilicen eventualmente el término “psicología”, no se detienen en la transformación de los viejos términos metafísicos por las nuevas categorías y esquemas psico-sociológicos. De hecho, es en ellas donde se muestra de manera más flagrante el abandono de cualquier compromiso nomotético o teoría general de la identidad en beneficio de la especificidad del caso español. Frente a esta perspectiva, las otras dos sensibilidades analíticas sí tuvieron más presentes las profundas implicaciones teóricas –incluso prácticas– de la transformación de los términos filosóficos en psicológicos, y de las relaciones entre las teorías generales de la identidad y el caso específico de España. En ellas, el discurso psicológico se convierte en el hegemónico a la hora de articular el principio de la identidad colectiva (carácter, temperamento, psicología, mentalidad, etc.), arrastrando no sólo las viejas categorías espiritualistas, sino también los reduccionismos bio-raciales. En cualquier caso, como hemos dicho, de ese marco común derivan dos tendencias etnopsicológicas bien diferenciadas. La primera se ocupa de la psicología nacional a partir de una perspectiva que sigue muy de cerca el esquema ofrecido por Altamira. Las ideas que se

incluyen en ella oscilan entre la fidelidad a la propedéutica interventiva del autor valenciano —el análisis de la identidad como *escenario* preparatorio del reformismo— y la interpretación historicista y psico-filosófica del Ser nacional. La segunda tendencia etnopsicológica recoge de manera más genuina y estricta la invitación para estudiar la psicología nacional. Tal objetivo puede emerger en los tratados que aspiran a un abordaje disciplinar y específico de la cuestión, o bien en los estudios de aquellos intelectuales que, independientemente de las intenciones más o menos disciplinarias puestas en juego, desarrollaban su actividad profesional dentro de la psicología académica.

Por su importancia psico-sociológica, en los dos epígrafes que siguen vamos a comentar algunos aspectos básicos de estas dos últimas tendencias. Intentaremos señalar algunas de sus relaciones genealógicas con la sensibilidad psico-sociológica del regeneracionismo finisecular y de las problemáticas sociales por él abordadas. También apuntaremos algunas cuestiones relacionadas con la refiguración y transformación de las claves del regeneracionismo de finales de siglo y su proyección hasta los primeros años treinta.

20.2.3.1. *La herencia de Altamira: los ensayos sobre la psicología española y el programa orteguiano*

Siguiendo la sensibilidad inaugurada por Altamira, la mayoría de las obras que pueden incluirse en esta tendencia no tratan tanto de realizar un estudio psicológico del pueblo español, como de analizar su psicología, carácter, mentalidad, temperamento, sensibilidad, etc. Por ello no es de extrañar que se concentren en un periodo inmediatamente posterior al de la publicación de la obra del autor levantino. Así, aparecen principalmente en las dos primeras décadas del crecimiento editorial de todo el género post-regeneracionista (1900-1920). En ese intervalo aparecen títulos como *El Alma española. Ensayo de psicología nacional*, de Iglesia y García (1908/s.a.); *El Alma nacional, sus vicios y sus causas* del Marqués de Dosfuentes (1915); *La afirmación española, estudio sobre el pesimismo español y los nuevos tiempos*, de José María Salaverría (1916); *Psicología del pueblo español*, de Abad de Santillana (1917); *El temperamento español. La democracia y la libertad*, de Álvaro de Albornoz (s.a.); y la *España invertebrada*, de Ortega y Gasset (1922/1997). Todas esas obras manejan un *agente antropográfico* “psicologizado”, cuya forma, sentido o manifestaciones oscilan entre la sensibilidad diagnóstica y programática ante el momento estrictamente coetáneo, por un lado, y su inserción en un devenir *cronográfico* más o menos desafortunado o fallido, por otro.

El primer polo de ese continuo puede estar representado por la obra de Gustavo La Iglesia y García, *El Alma Española. Ensayo de una psicología nacional*. Su análisis crítico del caciquismo, atavismo y decadencia del alma española no escatima referencias *agenciales* a la raza, el pueblo o las diferentes clases sociales —sobre todo a la burguesía—. Sin embargo, sus principales argumentos giran en

torno a un principio *antropográfico* marcadamente psicológico. Dentro de esa sensibilidad tienen cabida la distribución de *agentes* caracteriológicos (individualismo, quijotismo, escepticismo, egoísmo, pereza, etc.) o actitudinales (torpeza en la manera de vivir, rutina, ignorancia, hipocresía, fingimiento, infantilismo, vagancia, empleomanía, etc.), aunque el papel nuclear en la estructura de la identidad colectiva lo jugará, una vez más, la voluntad. Haciendo valer la centralidad de la categoría en toda arquitectura psicológica individual y colectiva, La Iglesia se pregunta “¿Dudará alguien, acaso, de que la grave dolencia de nuestro país, lo que hasta ahora parece incapacitarle para aspirar a más gloriosos destinos, a la par que le retrasa en la marcha del progreso no es la voluntad dormida, la voluntad mal estimulada y peor educada, la voluntad muerta, falta de dirección al bien por las mejores actividades orgánicas? (La Iglesia, 1908/s.a.; p. 87).

Aunque La Iglesia no se prodiga en la propuesta de herramientas y aparatajes interventivos, sí que tendrá muy en cuenta el papel crucial –aunque no exclusivo– de la pedagogía moderna en la reorientación de la voluntad colectiva. En buena medida, esa apuesta resume el éxito que el regeneracionismo finisecular –con Altamira a la cabeza– consiguió con su propuesta de que la reeducación de la mentalidad colectiva se convirtiera en la piedra angular de cualquier programa reformista. Desde el punto de vista *proyectivo*, esto se traducía en una relativización de la decadencia y los defectos nacionales, y en la apertura de un horizonte de desarrollo material que ya resultaba innegociable. Fiel a su moderantismo católico y antirrevolucionario, La Iglesia trató de compatibilizarlo con llamadas moralistas a una vida sencilla, basada en la familia, la austeridad y el control de las pasiones. Esto, en cualquier caso, no debía ir en detrimento de la dedicación, el esfuerzo y el trabajo de todas las clases sociales; un panorama comprometido con el desarrollo que no olvidaba la elevación higienista del tono psico-fisiológico y las condiciones vitales y morales de los obreros (La Iglesia, 1908/s.a.).

Ahondando en los aspectos *cronográficos*, encontramos la obra de Álvaro de Albornoz *El Temperamento español. La democracia y la Libertad* (s.a.). Aquí el retrato pesimista de la psicología colectiva se inscribe ya en una narración del pasado nacional que se remonta hasta los tiempos de la Reconquista. Sin embargo, también es una perspectiva que vuelve prácticamente sin matices a los viejos isomorfismos entre carácter y geoclimatología. Para Albornoz, “(...) *con los agentes naturales han colaborado los históricos que, en ruda lucha, llegaron a prevalecer en la formación del carácter nacional. De aquí que uno de los más graves defectos de nuestra raza sea la sequedad de alma, la sequedad de corazón, la falta de emoción y ternura. El medio físico y la Historia nos hicieron duros; la miseria, que nos hizo sobrios, nos hizo también crueles. Una religión de tristeza y de muerte nos dio el culto fanático del dolor. Nuestro espíritu es seco como la meseta central en que culmina nuestra geografía. La dureza de nuestro carácter, la propensión nativa a la crueldad, se manifiesta incluso en los públicos regocijos* –

autos de fe, ejecuciones capitales, fiestas de toros-. La horrible miseria del medio seco y esteriliza hasta las raíces mismas de la sensibilidad" (Albornoz, s.a.; p. 49).

A pesar de ser más prolífico en el tratamiento de aspectos *cronográficos*, *topográficos* y *productivos*, Albornoz -como La Iglesia- proyectará su aparato analítico-diagnóstico hacia un horizonte terapéutico. En este caso, las propuestas se adentrarán por vericuetos socio-políticos buscando justificaciones para un republicanismo de talante liberal y democrático (Albornoz, s.f.). Como también en La Iglesia, la obra de Albornoz transporta una función *propositiva* que se abre a un futuro confiado y esperanzado, pero a costa de desenfocar el escrutinio psico-sociológico del Ser nacional y su inserción en la trama histórica. Esta última cuestión, que, recordemos, configuraba el segundo polo del continuo analítico que presentábamos más arriba, implicaba una vía de reflexión psichistórica más o menos sistemática. No en vano el exponente más llamativo de esa orientación a la hora de analizar el Ser nacional será el primer pensador español capaz de ofrecer una perspectiva filosófica moderna, original y verdaderamente alternativa a los sistemas escolásticos: Ortega y Gasset. Nos detendremos un poco más en su idea de España por la trascendencia que el conjunto de su obra tiene en la *escena* intelectual contemporánea.

No son pocos los ensayos que, desde el principio de su carrera filosófica, Ortega dedica, más o menos colateralmente, al tema de España. Sin embargo, puede considerarse que hasta 1921 -momento en el que, recordemos, aparentemente comienza a descender la producción post-regeneracionista, en general, y a tomar un protagonismo relativo la vertiente teórico-científica sobre la reformista-interventiva, en particular- Ortega, no se preocupa en exceso por revisar y poner en orden sus ideas respecto de esta cuestión. Lo hará en *España Invertebrada*, obra que, si bien aporta toda la erudición, frescura, originalidad, impacto e influencia del pensamiento orteguiano, mantiene evidentes líneas de continuidad con los temas y compromisos teóricos ya articulados en el esquema del regeneracionismo finisecular¹⁷.

Por lo menos hasta 1914, año en que publica *Las Meditaciones del Quijote y Vieja y Nueva política*, Ortega había sido un decidido defensor del europeísmo y de la ciencia como herramienta regeneradora frente a la decadencia de la España oficial. Después de esa fecha, asume plenamente la crisis general del marco positivista decimonónico, pero esto no implica que en su *España Invertebrada* de 1921 renunciara a muchos de sus supuestos analíticos e interventivos para con la identidad nacional y la sociedad española. Así, la decisión de primar aspectos historicistas y vitalistas antes que sociológicos, no

¹⁷ No son pocos los historiadores contemporáneos del pensamiento español que han destacado la importancia crucial de *España Invertebrada* (ver, Morón, 1998; Abellán, 1997) o, incluso, de obras anteriores como *Vieja y nueva política* (ver Tusell, 1998) en la renovación de la reflexión sobre España. Sin embargo, además de las continuidades con el regeneracionismo finisecular, habría que señalar que el impacto estrictamente coetáneo de su reflexión españolista fue relativo -el mismo Ortega lo menciona en el prólogo a la cuarta edición-. Su lugar destacado entre los estudios historiográficos actuales es deudor de la influencia general de la obra de Ortega en el pensamiento español del siglo XX. En realidad, hay que encuadrar *España Invertebrada* en la evidente intrascendencia que las reflexiones sobre el Ser nacional tuvieron en el curso de la dictadura de Primo de Rivera en comparación con la recuperación que se hizo de la memoria de los hombres del 98.

impedirá que maneje una retórica médico-clínica y unas ideas psico-sociológicas muy cercanas, aunque refiguradas, a las empleadas por el regeneracionismo finisecular.

Ortega extremará la dimensión psico-sociológica del “Problema de España” en detrimento de los aspectos político-institucionales, afirmando que “*El daño no está tanto en la política como en la sociedad misma, en el corazón y en la cabeza de casi todos los españoles*” (Ortega, 1922; p. 76). Ese protagonismo de los aspectos *antropográficos* le llevó a destacar dos defectos fundamentales de la psicología española: la tendencia espontánea a un particularismo antisolidario y emotivo —que afectaba tanto a las diferentes regiones españolas como a los gremios sociales, y que engranaba con las clásicas referencias regeneracionistas a la independencia y el separatismo— y, sobre todo, el desprecio de la excelencia de los mejores —que, en parte, también cobraba sentido en la reivindicación *elitista* de los pensadores finiseculares. Ambas dimensiones actuaban tanto en el *escenario* histórico como en el contemporáneo. De hecho, el segundo era tan sólo una consecuencia del primero.

Desde el punto de vista *cronográfico*, Ortega coincidía con los pensadores finiseculares, sí no en la interpretación concreta de los episodios fundamentales de la historia nacional, sí en sus consecuencias para el espíritu colectivo y el marco decadente general en el que había que inscribirlos. También para él, Castilla había forjado la nacionalidad sin que su fuerza centralizadora anulara la marca diferencial e independiente de otros grupos peninsulares. De hecho, la empresa imperialista será interpretada como una estrategia unificadora que había sabido conciliar adecuadamente las fuerzas particularistas de las diferentes regiones orientándolas hacia un objetivo superior y desmesurado. En cierto sentido, la perspectiva invierte el esquema regeneracionista, muy particularmente las propuestas de Ganivet, y concita el primer gran desencuentro entre las tesis finiseculares y las de Ortega. Para el filósofo, el genio nacionalizador de Castilla había sido configurar un gran proyecto sugestivo de vida y actividad en común que, además, se orientaba hacia un futuro ideal. A diferencia de los regeneracionistas finiseculares, aquí no importaba tanto la comunidad nativa y ancestral (a este respecto, ver Morón, 1998). Sí coincidió con aquellos en destacar el papel de los Reyes Católicos en la cúspide histórica, y en el de Felipe II en el inicio del declive. En este segundo momento, Ortega concedía que la nación se había puesto al servicio de la monarquía y la iglesia. Con ello, el espíritu castellano era el primero en reflotar el estigma particularista, iniciar una selección al revés de la raza y, en definitiva, provocar la progresiva desmembración imperial, primero, y nacional, después. De ahí el famoso aforismo orteguiano: *Castilla ha hecho a España y Castilla la ha deshecho*.

Ya en el *escenario* coetáneo, la dimensión particularista se manifestaba en todas las secesiones coloniales y los pronunciamientos y revoluciones que habían fracasado por no contar con el acuerdo de toda la *masa* social. Sin embargo, Ortega destacaba muy especialmente el catalanismo y el bizcaitarrismo separatista que se habían incrementado desde 1900 —últimos vestigios de la descomposición del viejo

imperio español forjado por Castilla-, y el deterioro de las conexiones o “energías” solidarias, socializadoras y cooperativas de los diferentes gremios y profesiones que configuraban la integridad del organismo social. Y es que, en España, “*Ideas, emociones, valores creados dentro de un núcleo profesional o de una clase, no trascienden lo más mínimo a las restantes*” (Ortega, 1922/1997; p. 55).

En cualquier caso, Ortega observaba esos problemas generales de convivencia como un subproducto o derivado de un desajuste psico-sociológico mucho más básico que el simple particularismo. En realidad, no importa la diferencia étnica y lingüística de las diferentes regiones, ni su crítica a la política centralista. Estos eran elementos que Ortega, como los regeneradores finiseculares, creía beneficiosos para el conjunto nacional. En su análisis, remite las virtudes y defectos de la psicología nacional —su peculiaridad y autenticidad— a dinámicas interpsicológicas de evidentes ribetes nomotéticos: las dinámicas implicadas en los fenómenos de *masas* y *élites*. Sin duda, este es otro de los puntos donde Ortega más se aleja del regeneracionismo¹⁸: fundamentalmente, de su esencialismo etnopsicológico.

Desde esa perspectiva, la voluntad general, el espíritu y el pueblo ya quedan transfigurados en gremios, grupos o masas funcionales. En un principio, Ortega considera que los Grandes Hombres son un resultado de la *acción* efusiva, el entusiasmo y la energía creativa que es depositada en ellos por esos grupos o masas sociales. En ese sentido, los Grandes Hombres son mitos colectivos que encarnan o simbolizan el amor de las masas por su propia unidad. Desde esa lógica, si los distintos grupos no están unidos entre sí, si el particularismo está actuando, no hay posibilidad de que emerjan Grandes Hombres. Sin embargo, sin solución de continuidad, Ortega también señalará una vía psico-sociológica alternativa que venía a invertir claramente el curso de la dinámica. Tendrá que ver con el papel ejemplar que jugaban los Grandes Hombres para la docilidad de la mayoría. Este mecanismo se correspondería exactamente con el esquema clásico del regeneracionismo, si no fuera porque Ortega se preocupaba por descartar cualquier implicación imitativa en beneficio de funciones psíquicas afectivas y estrechamente relacionadas con la atracción y la asimilación. A ellas atribuirá una cualidad específicamente conectada con la capacidad para el progreso, dimensión con la que terminaba de configurar con claridad una suerte de *Einführung* —empatía— típicamente germana.

A partir de esta dinámica de *masas* y *élites*, Ortega planteaba una sociobiología del fenómeno humano colectivo que le permitía explicar la emergencia y el desarrollo de las naciones. Desde esa

¹⁸ Tras la proyección de la nacionalidad hacia el futuro y la preeminencia de las dinámicas psico-sociológicas sobre los rasgos etnopsicológicos, una tercera línea —menor— de desencuentros con el regeneracionismo finisecular podría tener que ver con la estimación de los diferentes estadios de desarrollo sociológico. Aquí es donde Ortega más se separa de la impronta positivista. Ortega rechaza el espíritu particularista que detectaba en los empresarios y, de hecho, los consideraba más responsables de la decadencia que a los políticos y las instituciones oficiales. En ese sentido, destacará a la ética entusiasta del guerrero, su fuerza espiritual y ejemplar antes que bruta y material, en detrimento del utilitarismo industrial alabado por Spencer. Sucede, en cualquier caso, que regeneracionistas como Maeztu y, sobre todo, Isern, sí se habían acercado a algunos aspectos de esa perspectiva. Como planteaba Isern, también Ortega pensaba que un gran ejército evitaba guerras y servía de referente moral —y propagandístico— al pueblo. Quizá por ello dedicó un epígrafe de *España Invertebrada* al análisis psicológico del espíritu militar. En él revisará y criticará la decisión de la voluntad colectiva y antimilitarista de no enfrentar más empresas bélicas tras el desastre. Esto anulaba la posibilidad de una guerra y, por ende, las fuentes de inspiración para retomar, en un futuro, una nueva empresa colectiva de grandes proporciones.

perspectiva, la nación se convertía en un conjunto de *masas* —no sólo proletarias, también medias y altas— organizadas por una minoría aristocrática, selecta y directiva. Cuando no se seguían las indicaciones de esa minoría, se producía la invertebración social y nacional. Los grandes recorridos históricos mostraban que la vertebración aristocrática y desvertebración masiva respondían a un proceso cíclico y natural. Por eso Ortega, al igual que regeneracionistas como Maeztu, Morote o Isern, creía que era inútil pretender construir artificialmente un ideal jurídico, ético y democrático para la sociedad como habían pretendido los ilustrados del siglo XVIII y XIX. Una estructura jerárquica y natural era el mejor índice de que la sociedad estaba sana.

Precisamente, el gran problema español consistía en que la *aristofobia* era una enfermedad crónica, ligada a las etapas más tempranas del devenir *cronográfico* nacional. Independientemente de las características etnopsicológicas de las razas autóctonas primitivas, Ortega estaba convencido, a diferencia de los regeneracionistas, de que los albores de la nacionalidad en los países occidentales estaban relacionados, primero, con la convergencia de varias unidades étnicas o políticas más sencillas —que habían de ir adquiriendo, progresivamente, complejidad política, funcional y profesional— y, en segundo lugar, con la especificidad del pueblo germano invasor que hubiera puesto fin en cada país al proceso de romanización¹⁹. Lo definitorio del perfil histórico de la identidad española había sido la llegada de un pueblo visigodo civilizado, romanizado, anquilosado y sin vitalidad para articular un proyecto feudal. A diferencia del resto de pueblos europeos, no se impusieron señoríos por la fuerza, la autoridad y el personalismo. Rebasando el artificio del Derecho Romano, el Estado germánico, semilla del moderno, se constituiría en las relaciones privadas entre señores feudales fuertes que aportaban su energía a la unificación. Sabemos que, sin la preexistencia de esas fuerzas, la España legada por los visigodos a la Edad Media tuvo que resolver su problema particularista enfrentando la empresa ultramarina. Sin embargo, Ortega no dejará de ver esta situación como una circunstancia derivada de un problema psico-sociológico más básico: la incapacidad visigoda para generar en número y calidad adecuada minorías poderosas. Por eso, dirá Ortega, en España lo ha hecho todo el pueblo —incluyendo la colonización americana y la creación de nuevos pueblos—, y lo que no ha hecho se ha quedado sin hacer. El problema es que el pueblo sólo puede cumplir funciones elementales de la vida. No es apto para crear ciencia, arte y cultura superior, o para articular un Estado y alcanzar la civilización. Y Ortega, a diferencia de sus

¹⁹ Cacho Viu (1998) informa de que todavía en 1908 Ortega destacaba la sabiduría antropológica y la sensibilidad estética que la cultura grecolatina había legado a los países mediterráneos, España incluida. Cacho Viu detecta en este episodio la influencia francesa en el área cultural latina de la que Ortega, a esas alturas, todavía no se habría liberado. En esa misma línea, Carpintero y Lafuente han rastreado las relaciones entre la obra de Ortega y uno de los máximos exponentes de la reflexión psico-sociológica francesa de la época: Gustave Le Bon (Carpintero y Lafuente, 1998). Más adelante, Ortega renegaría del último reducto de gerio latino representado por los autores franceses aludiendo a una juvenil búsqueda de afinidades con razas superiores. Ya en 1911 reconocía explícitamente la superioridad evidente de la cultura integral alemana sobre la francesa. Quizá por ello, cuando escribe *España Invertebrada*, dé tanta importancia a las invasiones bárbaras —germánicas— en el origen de las nacionalidades. La presentación de los visigodos como un pueblo excesivamente civilizado y decadente, que influye perniciosamente en el origen de la nacionalidad, ya había aparecido en Macías Picavea. Sin embargo, ningún autor antes que Ortega le otorga tal protagonismo en los fundamentos del Problema nacional. En cierto sentido, la perspectiva de Ortega supone el colofón de la afinidad del liberalismo español por la cultura y la mentalidad germánicas.

precursores finiseculares, sí echa de menos "(...) *Ese afinamiento de rasgos que la urbanización, mediante aguda labor selectiva, debía haber fijado*" (Ortega, 1921, p. 109) en la fisonomía y psicología rural del pueblo español.

Ese último *escenario*, profundamente anti-intrahistórico, resume el desencuentro definitivo de Ortega con el regeneracionismo finisecular y, al tiempo, la profunda transfiguración psico-sociológica del "Problema de España" que acontece en el nuevo siglo. En su apuesta *cronográfica*, los regeneracionistas y la Generación del 98 identificaban un momento de pasado esplendor condenado a un estado de latencia perpetua tras el reinado enfermizo, aunque circunstancial, de los Austrias. De ahí que del análisis de la precaria situación española resulte la narración histórica de una enfermedad nacional y, sin embargo, se barajen las posibilidades de intervenir, revitalizar o regenerar las virtudes latentes en el alma colectiva. Para Ortega, sin embargo, España no había podido degenerar porque nunca había estado sana. No había que buscar defectos externos y socio-políticos, sino insuficiencias originarias, nativas, íntimas y constitucionales en el propio origen de la nación. En realidad, Ortega se orienta al componente motor y potencial del colectivo, complejo activo que había de sustentar la base creativa y la propia construcción del futuro español. Ahora bien, tampoco deja de sorprender que, a pesar de sus débitos teóricos con la tradición germánica del espíritu (que ya había influido, a través del krausismo, en el regeneracionismo finisecular, y que va a encontrar su colofón a principios del siglo XX en la obra de Dilthey y Spengler; precisamente, dos de los autores que más influyeron en el circunstancialismo y raciovitalismo orteguiano), Ortega termine primando el estudio de las dinámicas inter-psicológicas entre *masas* y *élites* a la hora de desentrañar los deterioros identitarios de un supuesto carácter nacional primigenio.

Ortega iría puliendo esas ideas en trabajos posteriores como *La redención de las provincias y la decencia nacional* (1931), pero ya al poco tiempo de la publicación de *España Invertebrada* su pensamiento empezó a convertirse en un referente fundamental para perspectivas nacionalistas de todo signo ideológico o teórico. Advirtiendo la descomposición regional de España, preservó la idea de nacionalidad integral y orgánica elaborada por el liberalismo decimonónico. Sin embargo, radicalizó sus componentes *elitistas* y *gremialistas*, sazónándolos con una concepción estatalista y expansionista completamente ajena al regeneracionismo. Así, ya no se trata sólo de que, invirtiendo por enésima vez el esquema regeneracionista, Ortega considere que tiene que ser el pueblo —ahora devenido en *masa* social— el que deba ponerse al servicio de las voluntades individuales superiores. Además, bajo el principio expansionista se configura un idealismo *propositivo* que traslada la utopía medieval del españolismo regeneracionista a un porvenir perfecto. Es una idea de España más metafísica que histórica, y no por ello menos esencialista: el colectivo nacional aparece como un punto de llegada necesario más que como un supuesto de partida. Algunos estudios han relacionado esta proyección futurista con la máxima falangista que convertía a España en una "unidad de destino en lo universal". Al parecer, José Antonio Primo de

Rivera acusó a Ortega, efectivamente, de no llevar su nacionalismo gremialista, orgánico y utópico hasta las últimas consecuencias (ver Simancas, 2000).

En cualquier caso, la lectura de Ortega no se detuvo demasiado en entresijos político-ideológicos, terapéuticos o interventivos. A pesar de sus coqueteos eventuales con la pedagogía, la memoria del colectivo nacional, la eugenesia, la reconquista y unificación espiritual de Hispanoamérica o, incluso, la creación en 1913 de una Liga de Educación Política orientada a formar al pueblo en los valores nacionales, su "Preocupación por España" se desarrolló por una vertiente puramente intelectualista que, a decir de Varela (1999) recuperaba la aristocracia intelectual típicamente institucionista. Con ella no sólo impregnó profundamente a los integrantes de la Generación del 98 y a los historiadores del Centro de estudios Históricos (ver a este respecto Varela, 1999). También inauguró una retahíla de discípulos y, con ellos, un largo recorrido de reflexiones sobre el "Problema de España" que llegaron hasta el momento actual. Aparece de la mano de Fernando de los Ríos, Luis de Zulueta o Fernando de Onís, para continuar, con más demora temporal, con Javier Zubiri, María Zambrano, José Luis Aranguren, Ramón Carandell, Pedro Laín Entralgo o Julián Marías (para un estudio de esta línea puede verse Morón, 1998). Sin duda, la talla intelectual del maestro y los discípulos arrojó su sombra sobre otras aproximaciones al "Problema de España". Como también ha ocurrido con la Generación del 98, la tradición orteguiana ha atraído hegemonícamente la historiografía contemporánea del pensamiento español, eclipsando otras opciones etnopsicológicas —además de las historiográficas y las antropológicas, de las que ya hemos hablado— más comprometidas con la retórica cientificista; opciones disciplinarias que, si bien no dejaron de colaborar activamente en la sustantivización y construcción del hecho nacional, se aliaron para ello con el legitimismo objetivista y la asepsia metodológica.

Desde ellas se vertieron, de hecho, algunas de las críticas más furibundas a los planteamientos teóricos orteguianos. Significativamente, la mayoría de esas impugnaciones iban dirigidas hacia el excesivo celo literario que Ortega empeñaba en sus análisis de la realidad social y sus problemas. Así, no podemos olvidar su viaje a Argentina de 1916 y el escepticismo con que sus discursos fueron recogidos entre los sectores más positivistas; ámbitos que, comandados por José Ingenieros, gozaron de una relativa buena salud en Latinoamérica hasta la década de los veinte (ver Castro, 2000). A ellos habría que añadir la opinión del siempre polémico Quintiliano Saldaña, para quien, en la misma línea de las críticas vertidas contra Altamira, Ortega era mejor escritor que científico. El criminólogo español relegará el pensamiento filosófico de Ortega a un segundo plano, destacando sobre él a Eloy Luis André, Adolfo Bonilla o Ramón Turró. Estos tres últimos serán considerados verdaderos analistas de la realidad social por emplear, precisamente, herramientas científicas más o menos psicológicas (Saldaña, 1919 y 1922). Pero este *escenario* nos coloca ya en la tercera aproximación hacia el "Problema de España". La analizamos en el siguiente epígrafe.

20.2.3.2. *La aproximación disciplinar a la psicología del pueblo español y el ensayismo de los psicólogos españoles*

Aunque más desde un punto de vista cualitativo que cuantitativo, una parte importante de esta tercera tendencia etnopsicológica estaría configurada por aquellos estudios que, siendo rigurosos con la demanda del regeneracionismo finisecular, se plantearon llevar a cabo un proyecto de investigación sobre la psicología del pueblo español. Ya en 1902, el mismo año en que Altamira recopila en *Psicología del pueblo español* los capítulos que había publicado previamente en la revista *La Lectura*, aparece un título homónimo de la obra del autor valenciano. Se trata de un artículo publicado por Sales y Ferré en la revista *Nuestro Tiempo* (Sales, 1902). Aparte de la trascendencia editorial alcanzada por uno y otro trabajo, quizá la gran diferencia entre el estudio de Altamira y el de Sales sea la pulcritud positivista con la que el segundo se acerca a la etnopsicología del pueblo español. Sin obviar los problemas contemporáneos de la sociedad española, el trabajo del sociólogo se aleja de los marcados compromisos político-ideológicos y la retórica séudo-cientificista de los principales representantes del regeneracionismo, incluyendo al propio Altamira. Sales abría plenamente una *antropografía* naturalista alternativa, hasta cierto punto, a la *cronografía* historicista impuesta por la obra de Altamira en el género. Sin embargo, mientras que la obra de Altamira conocía dos ediciones y varias reimpresiones -incluso se preparaba una tercera edición poco antes de la muerte del autor valenciano (ver Asín, 1997)-, el trabajo de Sales y Ferré nunca se reelaboró para ver la luz en formato de libro. De hecho, el artículo ni siquiera llegó a incluirse en *Problemas sociales* (1911), recopilación de textos a propósito del problema español que el sociólogo preparó pocos años antes de fallecer. Sin duda, tales circunstancias fueron fundamentales para condenar al ostracismo historiográfico un estudio que, posiblemente, sea el primer tratado psico-sociológico sobre el pueblo español estrictamente ajustado a parámetros teórico-analíticos y a las demandas disciplinares del positivismo.

Tempranamente, y recogiendo hasta cierto punto la estela disciplinar esbozada por Altamira y concretada por Sales, Vicente Gay publicará *Constitución y vida del pueblo español. Estudio sobre etnografía y psicología de la raza de la España contemporánea* (1905). Sin embargo, no será hasta la década de los veinte o, incluso, de los treinta, ya en pleno declive de todo género post-regeneracionista, cuando varios trabajos retomen el testigo para escudriñar la psicología nacional desde un punto de vista fundamentalmente etnopsicológico. Aquí cobra sentido la *Psicología del Pueblo Español* de José Bergua, obra en la que, precisamente, se impugnaba el análisis etnopsicológico de Ortega tanto por fundar la invertebración española en la historia antes que en la naturaleza como por escrutar la peculiaridad nacional con la lente miope del espíritu teutón (Bergua, 1934). Es cierto que el libro de Bergua ni se ajusta a un marco nomotético ni es prolijo en el manejo de herramientas psico-sociológicas, pero sí responde ya a una

sistematización clara y específicamente etnopsicológica de la estructura identitaria del español. Su obra incluye capítulos dedicados a los hombres (1), donde se desarrolla tanto una *antropografía* racial como una *topografía* geoclimática y paisajística; (2) a los hechos, donde se despliega la *cronografía* nacional atendiendo muy particularmente a los arquetipos representados por los Grandes Hombres y mujeres de la historia española; (3) al alma, donde se articula el papel nuclear, esto es, la función *agente*, cumplida por la *antropografía* psico-sociológica; (4) a la vida, donde se repasan los productos colectivos engranados en las costumbres y el "folklore"; (5) y a la agonía y el fénix, donde se enmarca el antagonismo arquetípico para la identidad colectiva entre el proyecto de futuro apocalíptico y el esperanzado.

A pesar de la estructura canónica exhibida por la obra de Bergua, sus ideas serían eclipsadas por la aparición de *Ingleses, franceses y españoles* de Madariaga, obra publicada originalmente en inglés y reeditada en español en 1929 y 1931. El análisis se vertebraba desde una *antropografía* exclusivamente psicológica, y pretendía contrastar los rasgos típicos del español con los de franceses e ingleses. Lo más relevante del trabajo es la complejidad del punto de vista disciplinar desplegado, ya que es el primer análisis de la estructura identitaria española que distingue entre tres niveles psicológicos: el actitudinal, el caracteriológico-psicológico y el comportamental-reactivo. En realidad, aplicados a cada una de las nacionalidades analizadas, las diferencias entre esos tres parámetros recogen nuevamente la vieja estructura de las facultades: los ingleses se caracterizan por su actitud de *fair play*, el carácter voluntarioso y el comportamiento activo; los franceses por el *droit*, la inteligencia y el pensamiento; y los españoles por sus actitudes honorables, su alma y sus reacciones apasionadas (Madariaga, 1929). En realidad, el esquema supone proponer el dominio de la facultad activa o volitiva en la psicología anglosajona, de la facultad intelectual en la psicología francesa y de la facultad emotiva-afectiva en la psicología española. Y esta distribución no trastoca en nada las estructuras identitarias básicas propuestas para las diferentes naciones occidentales desde el siglo XIX.

Como Bergua a la hora de desarrollar sus reflexiones, Madariaga tampoco se preocupó en exceso por los supuestos nomotéticos y las nuevas referencias teóricas que habían impregnado el campo de las psicologías colectivas y nacionales en las tres primeras décadas del siglo. Al igual que en todos los trabajos estudiados hasta aquí, esas posiciones mantuvieron un talante básicamente caracteriológico cuando, ya en la segunda década del siglo, la Psicología de los pueblos wundtiana debía ser la referencia insalvable. En este sentido hay que entender, como ya sabemos, las agudas críticas que Quintiliano Saldaña dedicara a la segunda edición de la *Psicología del pueblo español* de Altamira (1917) por no tener en cuenta los progresos evidentes que había reportado al campo la obra wundtiana. Es cierto que el fundador de la *Völkerpsychologie* no es mencionado ni una sola vez en las páginas del libro, incluyendo los voluminosos apéndices bibliográficos ofrecidos por el autor valenciano. Y sin duda, ya en 1917 la obra psico-sociológica de Wundt era sobradamente conocida en el panorama intelectual español. Contando con

estos datos, la crítica de Saldaña parece bastante pertinente, y es difícilmente explicable que un autor de la talla intelectual de Altamira, preocupado por la significación de lo psicológico en la vida de los colectivos, obviara la obra de Wundt. Sin embargo, también es cierto que tal crítica hubiera sido válida para todas las obras orientadas a la "psicología" o el "carácter" español.

Siendo estrictos, una perspectiva científica o disciplinar sobre la psicología colectiva a la manera de la elaborada por Wundt o Mac Dougall -que tampoco es mencionado por Altamira- sólo encontró acomodo en los tratados de psicología dirigidos al ámbito académico -principalmente a la educación secundaria-. Del corpus total de obras aquí manejadas, solamente los tratados antropológicos que reseñábamos más arriba parecen poder competir en compromiso nomotético y teórico-analítico con las referencias a la Psicología de los pueblos aparecidas en esos mismos tratados. Como bien señala Jiménez Burillo, a partir del nuevo siglo la mayor parte de los manuales de psicología escritos por profesores de la asignatura ya reconocen ampliamente la pertinencia de tratar el fenómeno colectivo y la imposibilidad de reducir el nuevo producto psíquico generado en su seno a una mera suma de las conciencias individuales. Independientemente de su filiación teórica o ideológica, todos los psicólogos, institucionistas como Verdes Montenegro y Navarro Flores, escolásticos como Marcelino Arnáiz y Carreras y Artau, o "independientes" como Herrero Bahillo y Luis André, reconocen la transformación del individuo en un elemento social. Muchos de ellos dedicaron epígrafes específicos de sus manuales a las clásicas cuestiones de la *Völkerpsychologie* wundtiana, caso del lenguaje, los mitos, las costumbres y la cultura.

Es más, dos catedráticos de instituto, Luis André y Herrero Bahillo, tuvieron un encuentro privilegiado con la vertiente cultural del programa psicológico wundtiano (sobre estos dos últimos autores puede consultarse Carpintero, 1981; Arias, 1999a; Arias, 1999b; Castro, Castro y Sánchez, 1993a, 1993b; Blanco, Castro y Castro, 1996). Ambos escribieron y reeditaron varios manuales de estructura y contenidos wundtianos -*Nociones de psicología moderna* (1911 y 1914) y *Elementos de Psicología* (1919 y 1920); *Psicología experimental*, 1924 y 1931)-, ambos tradujeron obras del maestro alemán al español -*Introducción a la Filosofía* (Wundt, 1911-12), *Sistema de filosofía científica* (Wundt, 1912-13) y *Ética* (1917)-, ambos fueron becados por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas para trabajar con él en Leipzig, y ambos fundaron modestos laboratorios de Psicología Experimental en los Institutos donde impartieron sus enseñanzas. En realidad, sólo Luis André contactó directamente con el maestro alemán, llegando incluso a trabajar dentro de su proyecto etnopsicológico. En línea con la importancia que Wundt atribuía al lenguaje, elaboró un estudio sobre *La curva de la melodía del lenguaje en las diferentes lenguas y dialectos* que, incluso, sería citado en una nota a pie de página en el cuarto volumen de la *Völkerpsychologie*, precisamente en el dedicado al lenguaje. Luis André publicó varios libros sobre la mentalidad alemana y gallega y, además de organizar didácticos experimentos de psicología en su modesto laboratorio de instituto, intentó compilar archivos de ética y costumbres en aquellas

ciudades en las que ejerció su cátedra (Orense, Toledo y Madrid). Herrero Bahillo no tuvo tanta suerte. A diferencia de Luis André, sus recursos económicos no le permitieron costearse una estancia prolongada en sus destinos de becario en La Halle y Leipzig. En realidad, sólo pudo desplazarse a la primera ciudad, donde trabajó sobre psicología social. Finalmente, en la memoria presentada en la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas sólo mencionó un trabajo sobre la psicología de la religión, proyecto de sensibilidad etnopsicológica al que habría que sumar un manuscrito inacabado titulado *Introducción al estudio de la psicología de la raza latina* -que ha sido recuperado recientemente y fechado en 1906 por Francisco Javier Arias (1999)-.

Profundizando en los aspectos programáticos de las líneas abiertas por Luis André y Herrero Bahillo, otro catedrático de secundaria, Martín Navarro Flores²⁰, expuso unas breves pero significativas ideas en la introducción de su *Manual de Psicología Experimental*. Allí podía leerse: "(...) no habrá posibilidad de construir, no digamos la psicología universal, pero ni siquiera la de los pueblos de Europa, sin que uno de sus capítulos y quien sabe si de los más interesantes, verse sobre el alma de nuestra patria. Y ese capítulo, nadie puede quitarnos a los españoles ni la obligación ni el honor de escribirlo" (Navarro, 1914; p. XVI). Como respuesta a esas palabras, Tomás Carreras y Artau representará el único atisbo institucionalizador destacado de las aproximaciones etnopsicológicas españolas. Superando ampliamente las modestísimas intenciones archivísticas de Luis André, organizó en 1912 el Archivo de Psicología y Ética Hispanas y el Archivo de Etnografía y Folklore de Cataluña. En ese marco institucional, publicó varios trabajos de investigación, destacando *Estudis de Psicologia ètnica: el concepte de "Mentalitat primitiva"* (1923) y *Problemas actuales de psicología colectiva y étnica y su transcendencia filosófica* (1929). Sin duda, en la actividad investigadora desarrollada por Carreras y Artau tuvo gran peso la obra etnopsicológica wundtiana, pero también su compromiso catalanista, heredado de su maestro Llorens y Barba y de su profundo interés por la línea regeneracionista costiana (sobre esta cuestión puede verse Villegas e Ibarz, 1993). Por estas dos últimas vías se filtró una inquietud "patriótica" por el propio carácter nacional que, en cierto sentido, comprometió el talante científico y generalista de sus trabajos. Ese movimiento se detecta también en las palabras de Navarro Flores que hemos transcrito un poco más arriba. Ambos son síntomas que revelan que también los psicólogos españoles terminaron convergiendo con las peculiaridades de la demanda escrutadora realizada por los regeneracionistas del fin de siglo.

En cierto sentido, ese tipo de desplazamientos suponía "traicionar" la línea medular del programa wundtiano. No podemos olvidar que el propio Wundt había señalando la existencia de una línea caracteriológica -la de Hillebrand- y otra evolutiva -la de Lazarus y Steinthal- de la *Völkerpsychologie*, declarándose heredero legítimo de la segunda. Los esfuerzos académicos de Carreras y Artau, Luis André o Herrero Bahillo mantuvieron cierto equilibrio entre la propedéutica evolutiva y generalista exigida por la

psico-sociología de Wundt, y la peculiaridad del caso español. Pero es evidente que la deriva etnopsicológica específica exigida en las palabras de Navarro Flores engranaba mucho mejor con la vertiente de la psicología colectiva obviada en la declaración de principios de Wundt²¹. Y es claro que ésta refería, en último término, al talante caracteriológico que, desde finales de siglo, presidía la mayoría de las reflexiones sobre el pueblo español.

De hecho, al margen de los trabajos académicos sobre psicología colectiva, cuando los psicólogos españoles del primer tercio del siglo XX se ocuparon de la psicología del pueblo español, se ajustaron a los rasgos fundamentales de la clave regeneracionista. En un prólogo póstumo a la obra *Principios de psicología individual y social*, del argentino Carlos Octavio Bunge, el decano de todos ellos, Luis Simarro, reconocía que "*Establecidos los principios de la evolución psicológica individual, llega el autor [se refiere a C. O. Bunge] al estudio de la evolución psicológica social, considerada principalmente bajo el aspecto de la cultura, lo que constituye en realidad el objeto capital de su trabajo, a cuyo objeto se subordinan las partes anteriores del libro como una introducción. Desgraciadamente, esta parte, en que entra en juego la especial competencia del autor, como pedagogo, es también la que cae completamente fuera de los alcances del prologuista, cuyos estudios se han limitado a la psicología general, y particularmente la fisiológica, y no podría aventurarse en este terreno, nuevo para él*" (Simarro, 1928; p. VI; el subrayado es nuestro). A pesar de la advertencia, en 1903, Simarro impartió un ciclo de conferencias con el título de *Misión de la ciencia en la sociedad* -recientemente recuperada del olvido histórico por Carpintero (2002)- donde se recogía claramente la referencia psico-sociológica. En ese trabajo, Simarro se ajustaba al talante del regeneracionismo finisecular más puro delineando el progreso psicológico de las sociedades desde el estadio salvaje al civilizado. Como no podía ser de otra manera, este último estadio coincidía con el de los países occidentales, los mismos que habían empleado como herramienta de desarrollo el arte y, sobre todo, la ciencia (Simarro, 1903). Pero ante todo, el trabajo de Simarro es un buen ejemplo de cómo el ámbito psicológico español preñó la "Preocupación por España" de su propia sensibilidad disciplinar, transformándola en una prospección -de orientación preinterventiva- de la "ética colectiva" o nacional. Merece la pena recordar a ese respecto las estrechas relaciones etnopsicológicas que ya el propio Wundt había reconocido entre la ética y la voluntad colectiva como principio de cohesión.

Sin duda, bajo la égida de esa última conexión aparecen títulos como *Ética social*, obra del psicólogo criminalista Francisco Santamaría Esquerdo, donde se estudian las diversas instituciones socializadoras (familia, tribu, nación e iglesia) a través de conceptos psico-sociológicos nucleares como solidaridad, espíritu social, contagio mental, imitación, hábito, etc. (Santamaría; 1914); *Ética Hispana* de

²⁰ Este dato nos ha sido advertido amablemente por el profesor Enrique Lafuente Niño, al que agradecemos aquí la información. Él mismo menciona este episodio en su conferencia inédita sobre "La psicología del 98".

²¹ Recordemos que Wundt, en cualquier caso, si manejó eventualmente los estereotipos nacionales clásicos en algunos ensayos historiográficos y, sobre todo, cuando elaboró varios panfletos contra los ingleses con motivo de la Primera Guerra Mundial (ver Leahey, 1995).

Carreras y Artau, donde se recopilaban sus investigaciones sobre la ética y la conciencia colectiva con objeto de optar a la Cátedra de ética de la Universidad de Barcelona (1912); y, muy particularmente, el ciclo de libros y artículos que Luis André dedicó al tema del *Españolismo* y que tuvieron las diferentes ediciones de su *Ética Española* como piedra angular (1910, 1925, 1934). Esta última serie había sido abierta por el psicólogo gallego con *El Histrionismo Español. Ensayo de psicología política*, donde se acogía a una teoría básicamente caracteriológica sobre el Ser nacional (Luis, 1906). Ésta fue continuada con la primera edición de *Ética española. Problemas de moral contemporánea*, donde se establecía la estrecha relación entre la historia reciente, las costumbres y la psicología española (Luis André, 1910), y cerrada en 1931 con dos obras en las que aplicaba ampliamente su sistema psicológico -el activismo ideológico- al Problema nacional: *Españolismo. Prasologio. Pueblo y conciencia nacional* (Luis André 1931) y *Revolución* (Luis André, 1931).

Sin duda, atendiendo al periodo comprendido entre el inicio del siglo y el estallido de la Guerra Civil, es en este tipo de obras sobre la ética colectiva donde habría que rastrear la principal línea de interpretación psico-sociológica del fenómeno nacional español. Esto supone también reconocer que la empresa, fuera del episodio protagonizado por Carreras y Artau, nunca llegó a sistematizarse y configurarse desde un proyecto puramente disciplinar e institucionalizado. Desde el punto de vista estrictamente psicológico, el resumen de ese fracaso se puede sintetizar en dos puntos fragmentadores: (1) el relativo a la escisión entre la línea teórico-académica y la aplicada del conocimiento psicológico; y (2) el relacionado con la dispersión de los fenómenos psico-sociológicos en diversos ámbitos disciplinares. Los vemos a continuación.

(1) Durante el primer tercio del siglo, la principal línea académica de la psicología española siguió enfangada en sus arquitecturas antropológicas individualista y generalistas, mientras su valor práctico o aplicado empezaba a incrementarse por una vía estrictamente subsidiaria de las demandas diagnóstico-interventivas planteadas puntualmente por los diferentes *agentes* sociales. Con todos los ribetes de modernidad y cientificidad que se quiera, esta vertiente interventiva de la psicología post-regeneracionista relajaba su engranaje orgánico con las múltiples aristas del problema social -que sí había sido mantenido, con mayor o menor fortuna, por el pensamiento psico-sociológico de fin de siglo-, y lo sustituía por una definición y operativización radicalmente tecnológica de un objeto de estudio definido en abstracto.

Esto es especialmente significativo durante el impulso infraestructural que, como ya hemos comentado, se produjo durante los años que rodean a la Primera Guerra Mundial y la dictadura de Primo de Rivera. El periodo coincide con episodios como la fundación de los dos prestigiosos institutos psicotécnicos de Madrid y Barcelona, o con el intento de organización de las *Primeras Jornadas Eugenésicas Españolas*. Aceptada la existencia de un problema social y la necesidad de tecnologías específicas de remediación, las diversas alternativas del "campo psi" entran en una espiral de legitimación,

especialización, profesionalización e institucionalización que supone, sin problematizarlo, el marco histórico-cultural y el contexto socio-político que habían generado y condicionado su demanda. Bajo esa lógica de supervivencia profesional se hipertrofian las clásicas dimensiones aplicadas de la clínica (psiquiátricas y psicoanalíticas), las psicopedagógicas y ahora, también psicotécnicas (ver, por ejemplo, Saiz y Saiz, 1998 y 2003; Lafuente y Herrero, 2003; Mestre, Bermejo y Tortosa, 2003). Los responsables directos de la fundación y desarrollo de la psicología durante ese período, personajes como Rodríguez Lafora, Emilio Mira o José Germain, son médicos que no prestan tanta atención a la psicología académica como a su aplicabilidad. Recogiendo la impronta antropométrica del higienismo, la psicotecnia apuntó al establecimiento de evaluaciones psicopedagógicas, en el caso de los niños, y a la orientación y selección profesional, en el caso de los adultos (para estas cuestiones se puede ver Carpintero, 1994). Al margen de los importantes compromisos políticos de los autores que lideran el movimiento psicotécnico (la mayoría de ellos tuvieron que exiliarse tras la Guerra Civil), la intención última de estos trabajos era estimar el ajuste del ciudadano a la demanda profesional de la sociedad liberal; una sociedad que, recordemos, encuentra su valor de progreso y civilización en la división y especialización del trabajo. A la vista de ese último argumento, podemos considerar que la psicotecnia supone la consolidación definitiva de la dimensión tecnológica de la psicología.

En cierto sentido, el problema psico-sociológico de España como nación empezaba a dejar paso al problema de la psicología española como ciencia moderna; una disciplina de "corta historia pero largo pasado", que tenía que enfrentarse a sus propias crisis de entidad científica y a sus problemas de fragmentación teórica, metodológica y aplicada -no puede olvidarse que esos son los años en los que autores como Kostileff, Bühler, Hüsserl o Vygotski ofrecen a la escena internacional sus títulos a propósito de la crisis de la psicología (ver Quintana, 1995; Pérez Delgado, Soler, y Frías, 1989; Blanco, 2002).

El deslindamiento entre lo teórico y lo tecnológico producido en la búsqueda de una identidad científica para la psicología provocó que el estudio del fenómeno nacional, una empresa teórica ensayada en los lindes del academicismo, se percibiera como muy alejada del programa científico. Arrinconada hacia el ámbito especulativo, la búsqueda psicológica de la identidad colectiva no tuvo ninguna posibilidad, en ningún nivel, de sistematizarse y alcanzar una calidad disciplinar semejante a la que Wundt había logrado en Leipzig con su *Völkerpsychologie*. Aún así, la ruptura entre las tecnologías de intervención y la reflexión teórica no fue el único obstáculo que impidió la sistematización del tratamiento psicológico del fenómeno colectivo. También hay que contar con la progresiva escisión y especialización de las diferentes Ciencias Humanas a lo largo del primer tercio del siglo XX.

(2) Hasta muy recientemente los psicólogos asumían que la posibilidad de articular un campo disciplinar propiamente psico-sociológico -que integrara definitivamente el encuentro finisecular entre

positivismo e idealismo- se había agotado con la muerte de Wundt en 1920. Quizá en España esa posibilidad también tenga su canto del cisne en el periodo crítico que venimos delimitando entre la Primera Guerra Mundial y el estallido de la Guerra Civil. Son años durante los cuales las consignas raciales del positivismo y las vitalistas del idealismo se mezclan en episodios como la difusión orteguiana de la obra de Nietzsche, Dilthey y Spengler, la publicación de los *Elementos de la psicología de los pueblos* del propio Wundt, el desarrollo y promoción de las ideas eugenésicas por médicos como Gregorio Marañón o sociólogos como Quintiliano Saldaña, la preocupación por *La rebelión de las masas* del propio Ortega -serie de artículos iniciados en 1927 y refundidos en 1930-, o la tardía traducción del *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* del Conde de Gobineau -aparece en 1937- y del grueso de la obra de su discípulo Le Bon. Sin perjuicio de los títulos sobre el carácter o el espíritu español -Jiménez Burillo (1976) afirma que es el tema psico-sociológico más importante en España por producción editorial-, se trata de un contexto en el que los aspectos más teóricos, elaborados y generales de la Psicología de los pueblos van desgranándose en diferentes áreas sociológicas, historiográficas, antropológicas o semióticas. Al tiempo, la preocupación estrictamente psicológica por los fenómenos colectivos empieza a volcarse hacia las dinámicas microsociológicas de las *masas* y los grupos, en detrimento de las dinámicas macrosociológicas implicadas en los sistemas y estructuras culturales.

En cierta manera, este proceso de decantación disciplinar comienza a fraguarse unos años antes de la muerte de Wundt. Ya en la segunda década del nuevo siglo, empieza a hacerse evidente que el modelo integral de la subjetividad, instancia definida a medio camino entre las Ciencias del Espíritu y las de la Naturaleza en el XIX, está condenado a escindirse entre diferentes disciplinas relativamente estancas y autónomas -cuando no incompatibles entre sí-. En España, solamente se cuentan dos excepciones muy tardías a ese panorama general. La primera, de carácter editorial, tiene que ver con la publicación de dos obras con objetivos relativamente pseudo-sistematizadoras: *La Psicología de los pueblos: cómo son los franceses, alemanes y españoles*, libro publicado por Juan Roger Riviére en 1963 y que, en realidad, toma como referencia el manejo político de los fenómenos de *masas* (Roger, 1963); y *la Psicología de los Pueblos Primitivos*, firmada por Alfonso Álvarez Villar en 1969, una obra en la que parece seguirse el esquema evolutivo wundtiano, pero que, al tiempo, permanece fiel a las tipologías raciales (Álvarez Villar, 1969). Después de esas dos obras -y obviando el *escenario* estrictamente coetáneo-, hay que esperar a la formulación psichistórica de J.L. Pinillos para reencontrarnos en el mundo académico español con algún tipo de propuesta que sistematice una aproximación a la cultura desde un punto de vista fundamentalmente psicológico (Pinillos, 1971). La segunda excepción al fenómeno de la desintegración se engrana en los intereses político-ideológicos mostrados por los fascismos europeos entre 1921 y 1945 (para estas cuestiones se puede ver Caro Baroja, 1970). En su seno se favorecerá el reencuentro del idealismo y del positivismo, renovando alianzas vitalistas entre biología y filosofía, y extremando la identidad entre el

carácter racial, el espíritu o la lengua y la nación. Como veremos más adelante, el franquismo no fue en esto un caso aislado.

Sin embargo, a pesar de esas dos excepciones, la tendencia habitual fue que los diferentes aspectos psíco-sociológicos se desgajaran progresivamente y tendieran a establecer deudas exclusivas y depuradas -teóricas, metodológicas y aplicadas- con cada uno de los grandes discursos disciplinares -Filosofía, Ciencia Social y Ciencia Natural- y sus diferentes dominios (metafísica, historia, sociología, psicología, medicina, antropología, etc.). A largo plazo, en todos esos ámbitos disciplinares la propia cuestión del carácter o la psicología nacional pasará a un segundo plano, en beneficio de nuevos objetos de estudio y herramientas analíticas. Redundando en la cuestión, Jiménez Burillo (1976) ha demostrado cómo a partir de los años treinta el carácter nacional comienza a ser considerado una cuestión secundaria en los manuales de psicología social. Ya antes de la convulsión postmoderna coetánea, corrientes como el existencialismo, el estructuralismo, el capitalismo y el socialismo sustituirán las viejas categorías de espíritu, raza y nación natural por las de especie humana, sociedad o estado. Frente a los análisis psicológicos, serán otras ciencias humanas como la economía, la sociología, la politología o, incluso, la historia, las que se verán en condiciones de aceptar el reto de interpretar la realidad social y proponer soluciones, aún sin escapar tampoco a las necesarias implicaciones ideológicas de sus planteamientos teóricos y prácticos.

Como hemos tratado de mostrar en los dos puntos anteriores, tanto la fractura teórico-práctica como la disciplinar impedirán un tratamiento sistemático de la psicología colectiva española. Pero hasta que el ámbito científico perdió totalmente su interés por las esencias patrias, las aproximaciones al carácter o la psicología nacional menudearon entre los sabios e investigadores españoles. Las dos fracturas comentadas no impidieron su tratamiento subsidiario en el seno de objetivos de investigación más amplios -recordemos el programa histórico *menendezpidalista* y la tradición filosófica orteguiana- o su deriva hacia espacios analíticos más relajados, especulativos y fronterizos con el ensayismo.

Todavía dentro de esta última tendencia faltaría por reseñar un relevante subgénero editorial específico configurado por algunas de las obras de los médicos, psiquiatras o endocrinólogos más prestigiosos de la época; caso de Gregorio Marañón, Rof Carballo, Rodríguez Lafora, López Ibor o Vallejo Nájera. Siempre sobre un telón de fondo marcadamente psiquiátrico o patológico, estos autores interpretaron diversos aspectos del Ser nacional analizando sus arquetipos históricos (Felipe II, Pizarro, Santa Teresa de Jesús, Cervantes, Velázquez, etc.) o ficcionales (*Don Juan*, *Quijote*, *Sancho Panza*, *Celestina*, etc.), escudriñando entresijos mórbidos o desviaciones del alma y el cuerpo del español modelo o, simplemente, disertando sobre la situación social coetánea o reciente.

En esa línea se encuentran trabajos como *Eugenesia de la Hispanidad y regeneración de la raza y Política racial del nuevo estado*, publicados por Vallejo Nájera en 1937 y 1938; *Alma española y Raíz y*

decoro de España, publicados por Marañón en 1951 y 1952; *Discurso a los universitarios españoles* y *El español y su complejo de inferioridad*, editados por López Ibor en 1938 y 1951. La mayoría de ellos son estudios que comienzan a fraguarse pocos años antes de la Guerra Civil española, pero que tienen su estallido editorial durante la etapa franquista. Ya para en ese último momento, el diseño y reconstrucción de la identidad nacional responde, al menos oficialmente, a un nuevo, único e innegociable proyecto etopolítico: el del franquismo. No sin determinismos y reduccionismos biológicos, autores como Marañón trataron de continuar la línea liberal del regeneracionismo articulando las clásicas demandas de modernización y el análisis psicobiográfico y psichistórico de la personalidad nacional (para estos aspectos puede verse Pinillos, 1988). Sin embargo, la parte del león fue para psiquiatras como Linares Maza, Rojo Sierra y, sobre todo, Vallejo Nájera y López Ibor. La obra de estos dos últimos vino a ser un refrendo identitario y tributario del régimen. No sólo apoyaron desde un punto de vista bio-racial y existencialista la presencia de una psicología nacional articulada en torno a los rasgos tradicionalistas de individualidad, sobriedad e idealidad, sino que también sugirieron el uso de la higiene mental y la profilaxis eugenésica para evitar la herencia de los caracteres perniciosos para la nacionalidad. Ni que decir tiene que las categorías diagnósticas empleadas no eran muy explícitas definiendo límites entre la demencia, el ateísmo y el comunismo (para estos aspectos puede verse, González Duro, 1976).

Aún así, independientemente de fidelidades y censuras, exilios exteriores o interiores, las reflexiones de la esfera intelectual a propósito del "Problema de España" quedarán todavía más arrinconadas, desplazadas y limitadas a minorías privilegiadas. Y eso que, como bien ha advertido Jiménez Burillo (1976), hay que contar con el hecho de que el tratamiento del carácter nacional tuvo un repunte editorial lógico en el nuevo *escenario* socio-político abierto por el franquismo. Siempre sin atisbos sistematizadores, al tratamiento del carácter español realizado por médicos y psiquiatras deben sumarse las reflexiones de Giménez Caballero, Calvo Serer, García Morente, Caro Baroja o Ferrater Mora, entre otros muchos autores. Todos ellos contribuyeron a la circulación de discursos identitarios que trataron de trascender la esfera académica e intelectual para participar del ámbito público. Sin ir más lejos, la potente metáfora de las "Dos Españas" —reificadas definitivamente por los dos bandos contendientes en la Guerra Civil española— o el sustento programático, fundamentalista o publicitario de los diferentes discursos o ideales político-ideológicos —nacionalistas, centralistas, federalistas, etc.— dependen precisamente de estas reflexiones.

Sin embargo, como hemos marcado, cualquier tipo de aportación crítica que pudieran transportar esas obras para encarar la construcción nacional durante el franquismo fue simplificada y rebasada —cuando no aplastada— por la eficacia de la maquinaria educativa y propagandística del régimen. Irónicamente, sus *agentes* no dudarán en emplear en su campaña socializadora las dos herramientas psico-sociológicas demandadas y esgrimidas por el liberalismo a finales del siglo XIX: educación y

nacionalización. Combinadas con las medidas represivas, el catolicismo y la nostalgia imperialista, ambas claves permitirán, por fin, una masiva y prolífica instalación de una idea homogénea de lo español en las conciencias infantiles y juveniles de las nuevas generaciones. Sin duda, la amplitud y alcance del proceso no tenían parangón en toda la historia previa de la construcción nacional española.

Llegados a este punto, y para ir terminando, merece la pena realizar una breve recapitulación de la evolución del discurso psico-sociológico dispuesto a la hora de abordar el "ser colectivo" y de su radical sometimiento a contextos socio-históricos específicos en el periodo entre siglos. Si se traza una línea entre el regeneracionismo de Costa y el franquismo, pasando por los reformismos socio-políticos oficiales o post-regeneracionistas, los noventayochistas, los proyectos de Menéndez Pidal y Ortega, etc., asistimos a una progresiva transformación de ese discurso; una evolución que estará condicionada por la escisión entre sus géneros editoriales —literatura, ensayismo, tratado disciplinar, etc.—, entre sus recursos teóricos y técnicos, y entre sus compromisos disciplinares específicos. En esa escisión, y mientras que la psicología disciplinar se refugia en la asepsia del academicismo o el servilismo aplicado, también se pierden buena parte de las posibilidades para abordar críticamente el apriorismo del signo de "España". Al auspicio del reparto del saber y el poder, tal signo terminará consolidándose como categoría metafísica u ontológica por, vía *antropográfica* (psicología del pueblo o la raza española), *cronográfica* (la historia nacional), *topográfica* (el solar patrio), *productiva* (la cultura española) o *proyectiva* (la unidad de destino en lo universal).

Partiendo de esos elementos, la pugna por la esencia y estructura de la nacionalidad durante el franquismo fue ganada y fijada por las posiciones tradicionalistas. Sus ecos, en cualquier caso, llegan hasta el momento actual y se revelan en las dificultades para problematizar racionalmente y, con ello, desde un punto de vista psico-sociológico renovado, el concepto de "nación"; algo que no sólo afecta al signo de "España", sino que también puede extenderse al resto de sectores peninsulares o insulares que reivindican su condición de colectivos o territorios esenciales, naturales o históricos. Sin duda, en el mejor de los casos, ese es uno de los mayores obstáculos discursivos para empezar a pensar y construir *escenarios* de relación interpersonal alternativos, ligados a otro tipo de agendas valorativas, económicas, ejecutivas y legislativas. En el peor de los casos, la "nación natural" es fuente de conflictos que conducen a fundamentalismos, autoritarismos y totalitarismos de muy variado signo político-ideológico; posiciones que, por unas u otras vías, tienden al cierre categórico y a la lectura única, y que contemplan entre sus herramientas de *acción* legítimas el exterminio y anulación, simbólica o "real", de toda alteridad.

ANEXO AL CAPÍTULO 20

Selección de obras post-regeneracionistas (1903-1935)

AÑO	AUTOR	TÍTULO	Argumento	Disciplina / Temática	Elemento etopolítico	Ideología política
?	Camino Galicia, J.	Razón y fuerza (sobre la psicología del pueblo marroquí)	Teórico	Psicología colectiva	Antropográfico	?
?	Comas Camps, J.	Antropología de los pueblos iberoamericanos	Teórico	Antropología	Antropográfico	?
?	Corradi, F.	Influencia de las diversas razas dominadoras en España	Teórico	Antropología	Antropográfico	?
?	Dorado, P.	Prepotencia del pueblo español	Teórico	Psicología colectiva	Antropográfico	Liberal
?	Guixé, J.	Ensayo político sobre la crisis española	Reformista	Política	Elites	Conservador
?	Iglesia y García, G.	La agonía y la muerte de las razas	Teórico	Antropología	Antropográfico	Liberal
?	Ruiz Chamorro, E.	El libro del pueblo	Reformista	Intervención	Sociedad-masas	Liberal
1903	Fernández Amador, J.	Orígenes de la nacionalidad española y su cultura	Teórico	Historia	Cronográfico	?
1903	Díaz Madrazo, E.	¿El pueblo español ha muerto? Impresiones sobre el estado actual de la sociedad española	Reformista	Decadencia	Sociedad-masas	Liberal
1904	Elías de Molins, J.	La crisis de España y sus remedios	Reformista	Intervención	Sociedad-masas	Conservador
1905	Gay, V.	Constitución y vida del pueblo español. Estudio sobre etnografía y psicología de la raza...	Teórico	Psicología colectiva	Antropográfico	Conservador
1905	Mateo Arcones, E.	Nuestro carácter	Teórico	Psicología colectiva	Antropográfico	?
1905	Pueblo, J.	El problema nacional.	Reformista	Decadencia	Sociedad-masas	?
1906	Garrido Ramos, J.U.	Ensayos sobre las causas y significación del regionalismo	Reformista	Regionalismo	Localismo	Liberal
1906	Santos Oliver, M.	Entre dos Españas	Reformista	Memoria / valores	Sociedad-masas	Liberal
1906	Luis André, E.	El histrionismo español.	Teórico	Psicología colectiva	Antropográfico	Liberal
1907	Rojas, R.	El alma española	Teórico	Psicología colectiva	Antropográfico	?
1907	Salaverría, J.M.	Vieja España	Teórico	Psicología colectiva	Antropográfico	Conservador
1907	Sánchez de Toca, J.	Regionalismo, municipalismo y centralismo	Reformista	Municipalismo	Localismo	Conservador
1907	Santos Oliver, M.	La literatura del desastre	Reformista	Decadencia	Sociedad-masas	Liberal
1908	Iglesia y García, G.	El alma española. Ensayo de psicología nacional	Teórico	Psicología colectiva	Antropográfico	Liberal
1908	Iglesia y García, G.	Obstáculos que se oponen en España al desarrollo de las	Reformista	Intervención	Sociedad-masas	Liberal
1908	Padilla, R.	España actual	Reformista	Intervención	Sociedad-masas	Liberal
1908	Sales y Ferré, M.	Horas críticas de España	Reformista	Decadencia	Sociedad-masas	Liberal
1908	Silió y Cortés, C.	La reforma del régimen local, el regionalismo y Castilla	Reformista	Municipalismo	Localismo	Conservador
1909	Arguedas, A.	Pueblo enfermo. Contribución a la psicología de los pueblos	Teórico	Psicología colectiva	Antropográfico	?
1909	Gay, V.	El renacimiento cultural	Reformista	Educación	Sociedad-masas	Conservador
1909	Giménez Valdivieso, T.	El atraso de España	Reformista	Decadencia	Sociedad-masas	Liberal

1909	Rojas, R.	La restauración nacionalista	Reformista	Intervención	Psicología colectiva	Productivo	Conservador
1910	Luis André, E.	Ética española	Teórico	Reformista	Memoria / valores	Sociedad-masas	Liberal
1910?	Menéndez Pidal, R.	L'epoée castillane à travers la littérature espagnole	Teórico	Historia	Productivo	Liberal	
1910	Ruiz Amado, R.	El patriotismo	Teórico	Tría. Nacionalismo	Antropográfico	Conservador	Liberal
1910	Sanchez Díaz, R.	Europa y España	Reformista	Rel. Internacionales	Internacional	Liberal	
1911	Sales y Ferré, M.	Problemas sociales	Reformista	Decadencia	Sociedad-masas	Liberal	
1911	Valentí Camp, S.	Viciisitudes y anhelo del pueblo español	Teórico	Psicología colectiva	Proyección	Liberal	
1912?	Careras y Artau, T.	Ética hispana	Reformista	Memoria / valores	Sociedad-masas	Conservador	
1912	Fernández Amador, J.	España en las edades moderna y contemporánea	Teórico	Historia	Cronográfico	?	
1912	Guixé, J.	Problemas de España	Reformista	Decadencia	Sociedad-masas	Conservador	
1911	Sanchez de Toca, J.	Reconstitución de España en vida de economía política	Reformista	Política	Elites	Conservador	
1913	Altamira, R.	Exigencias de la propaganda pedagógica	Reformista	Educación	Sociedad-masas	Liberal	
1913	Rodríguez Martínez, J.	Patria, fe y amor.	Teórico	Tría. Nacionalismo	Antropográfico	?	
1914	Latino, A.	El concepto de la nacionalidad y la patria	Teórico	Tría. Nacionalismo	Antropográfico	?	
1914	Araujo, A.	La religiosidad española y los problemas nacionales	Reformista	Memoria / valores	Elites	Conservador	
1914	Judertas y Loyot, J.	La leyenda negra y la verdad histórica	Reformista	Política	Elites	Conservador	
1914	Minguijón Adrián, S.	Las crisis del tradicionalismo en España	Reformista	Memoria / valores	Sociedad-masas	Conservador	
1914	Sanamaria, F.	Ética social	Teórico	Psicología colectiva	Antropográfico	Liberal	
1915	Altamira, R.	La guerra actual y la opinión española	Reformista	Militarismo	Internacional	Liberal	
1915	Araquistain, L.	Polémica de la guerra, 1914-1915	Reformista	Militarismo	Internacional	Liberal	
1915	Dosfuentes, M.	El alma nacional, sus vicios y sus causas.	Teórico	Psicología colectiva	Antropográfico	Liberal	
1915	Guixé, Juan	Idea de España	Teórico	Psicología colectiva	Antropográfico	Liberal	
1915	Plata, M.	Estudio acerca de los orígenes del pueblo español	Reformista	Memoria / valores	Sociedad-masas	Conservador	
1916	Alba, S.	Problemas de España	Teórico	Antropología	Cronográfico	?	
1916	Dominici, P.	El alma de la raza que habla español	Reformista	Intervención	Sociedad-masas	Liberal	
1916	Graciano Martínez, P.	Hacia una España genuina	Teórico	Psicología colectiva	Antropográfico	?	
1916	Morino Alvarez, A.	El regionalismo peninsular y la geografía histórica	Reformista	Memoria / valores	Sociedad-masas	?	
1916	Salaverra, J. M.	La afirmación española. Estudio sobre el pesimismo español y los nuevos tiempos	Teórico	Historia	Topográfico	?	
1916	Vargas Vila, J.M.	El alma de la raza	Teórico	Psicología colectiva	Antropográfico	?	
1916	Vidal Isem, J.	Hacia una psicología genuina	Teórico	Psicología colectiva	Antropográfico	Liberal	
1917	Abad de Santillana, D.	Psicología del pueblo español	Teórico	Psicología colectiva	Antropográfico	Conservador	Liberal
1917	Alomar, G.	La guerra a través de un alma	Reformista	Militarismo	Internacional	Liberal	

1917	Arquistaín, L.	Entre la guerra y la revolución (España en 1917)	Reformista	Militarismo	Internacional	Liberal
1917	Cambó, F.	El pesimismo español	Teórico	Psicología colectiva	Antropográfico	Liberal
1917	Merino Álvarez, A.	La península española y el regionalismo	Reformista	Regionalismo	Localismo	?
1917	Rodríguez Carracedo, J.	Estudios histórico-críticos de la ciencia española	Teórico	Historia	Productivo	?
1917	Sánchez de Toca, J.	Cuestiones nacionales: recordatorios oportunos en nuestra	Reformista	Memoria / valores	Sociedad-masas	Conservador
1918	Albormoz, A. de	Estudios políticos	Reformista	Política	Elites	Liberal
1918	García Mercadal, J.	España vista por los extranjeros	Teórico	Folclore	Productivo	?
1918	Guiú, J.	La nación sin alma	Reformista	Memoria / valores	Sociedad-masas	Conservador
1918	Juderías y Loyot, J.	La reconstrucción de la historia de España.	Teórico	Historia	Cronográfico	Conservador
1918	Méndez, R.	Patria y regionalismo	Reformista	Regionalismo	Localismo	?
1918	Merino Álvarez, A.	El regionalismo peninsular, la antropología y etnografía	Teórico	Antropología	Antropográfico	?
1918	Senador Gómez, J.	La ciudad castellana	Reformista	Regionalismo	Localismo	Conservador
1919	Comorera, J.	La trágica ignorancia española.	Reformista	Educación	Sociedad-masas	Liberal
1919	Sáinz Rodríguez, P.	Las polémicas sobre la cultura española	Teórico	Historia	Productivo	Liberal
1920	Albormoz, A. de	El temperamento español. La democracia y la libertad	Teórico	Psicología colectiva	Antropográfico	Liberal
1920	García Villada, Z.	Grandezas españolas	Teórico	Tría. Nacionalismo	Productivo	Conservador
1920	Lubira, J.	Los españoles en la guerra de 1914-1918	Reformista	Militarismo	Internacional	?
1920	Merino Álvarez, A.	Contra el principio de las nacionalidades	Teórico	Tría. Nacionalismo	Antropográfico	?
1920	Oliver, M.	Algunos ensayos. Psicología del pueblo español	Teórico	Psicología colectiva	Antropográfico	?
1920	Vargas Vila, J.M.	Los cesares de la decadencia	Reformista	Decadencia	Sociedad-masas	Liberal
1903	Carreras y Artau, T.	La Filosofía del Derecho en el Quijote. Estudios de Psicología Colectiva en la España ...	Teórico	Psicología colectiva	Productivo	Conservador
1921	Altamira, R.	Ideario político	Reformista	Política	Elites	Liberal
1921	Millé y Gménez, J.	La tradición nacional española	Teórico	Tría. Nacionalismo	Cronográfico	?
1921	Ortega y Gasset, J.	España invertida	Teórico	Psicología colectiva	Antropográfico	Liberal
1921	Rodríguez Carracedo, J.	Relaciones espirituales de España y Portugal	Reformista	Rel. internacionales	Internacional	?
1921	Villegas, B.	La causa de nuestros males y el remedio	Reformista	Intervención	Sociedad-masas	Liberal
1922	Castro y Hernández, M.	Nacionalismo, humanismo y civilización	Teórico	Tría. Nacionalismo	Antropográfico	?
1922	Deleito y Pitueña, J.	El sentimiento de tristeza en la literatura contemporánea.	Teórico	Psicología	Productivo	?
1923	Alomar, G.	La política idealista. Proyectos y reflejos del alma	Reformista	Memoria / valores	Elites	Liberal
1923	Aranzadi, T; Hoyos, L.	Emografía: sus bases, sus métodos y aplicaciones a España	Teórico	Antropología	Antropográfico	Liberal
1923	Posada, A.	España en crisis. La política.	Reformista	Política	Elites	Liberal
1924	Altamira, R.	La huella de España en América	Reformista	Rel. internacionales	Internacional	Liberal
1924	Sáinz Rodríguez, P.	La evolución de las ideas sobre la decadencia española	Reformista	Decadencia	Sociedad-masas	Liberal
1925	Albormoz, A. de	La tragedia del estado español	Reformista	Decadencia	Sociedad-masas	Liberal

1925	Sáinz Rodríguez, P.	La evolución política española y el deber social de los	Reformista	Política	Elites	Liberal
1926	Altamira, R.	La propaganda de las ideas y sentimientos pacifistas	Reformista	Militarismo	Internacional	Liberal
1926	Benlliure y Tuero, M.	Tipos y costumbres de hoy	Teórico	Folclore	Productivo	?
1926	García Villada, Z.	El destino de España en la historia universal	Teórico	Historia	Proyectivo	Conservador
1926	Goicoechea, A.	Ensayos críticos (artículos y discursos)	Reformista	Intervención	Sociedad-masas	?
1926	Luis André, E.	El espíritu nuevo en la educación española	Reformista	Educación	Sociedad-masas	Liberal
1926	Menéndez y Pelayo, M.	La mística española	Teórico	Psicología colectiva	Productivo	Conservador
1926	Sáinz Rodríguez, P.	La mística española	Teórico	Psicología colectiva	Productivo	Liberal
1926	Vidal Isern, J.	Al margen de un concurso. El solar de nuestra raza	Teórico	Psicología colectiva	Topográfico	Conservador
1927	Berjón y Vázquez, A.	Patria y patria	Teórico	Tría. Nacionalismo	Antropográfico	Conservador
1927	Elías de Molins, J.	El abandono de la tierra en España: La población y el grande y pequeño riego	Reformista	Intervención	Sociedad-masas	Conservador
1927	Guixé, J.	Sensibilidad española	Teórico	Psicología colectiva	Antropográfico	Conservador
1928	Gómez de Baquero, E.	Nacionalismo e hispanismo y otros ensayos.	Teórico	Tría. Nacionalismo	Antropográfico	Liberal
1928	Madariaga, S.	Inglés, franceses, españoles. Una ensayo de psicología comparativa	Teórico	Psicología colectiva	Antropográfico	Liberal
1929	Carreras y Artau, T.	Problemas actuales de psicología colectiva y étnica y su transcendencia filosófica	Teórico	Psicología colectiva	Antropográfico	Conservador
1929	Latre, J.	Por que el español no ha llegado a mas...	Teórico	Psicología colectiva	Antropográfico	Conservador
1929	Saldaña, Q.	El momento de España. Ensayo de sociología política.	Teórico	Psicología colectiva	Antropográfico	Liberal
1930	González, J.	La tradición nacional	Teórico	Tría. Nacionalismo	Cronográfico	?
1930	Menéndez-Rigada, I.J.	La guerra nacional española, entre la moral y el derecho.	Reformista	Militarismo	Internacional	?
1930	Minguijón Adrián, S.	Al servicio de la tradición. Ensayo histórico doctrinal de	Teórico	Historia	Cronográfico	Conservador
1931	??	Psicología del pueblo valenciano según las novelas de Blasco Ibáñez	Teórico	Psicología colectiva	Antropográfico	?
1931	Barcena Díaz, L.	Patriotismo, ciudadanía y sentido practico.	Teórico	Tría. Nacionalismo	Antropográfico	?
1931	Hoyos Sáinz, L. De	Ensayo etnográfico de las fiestas populares	Teórico	Folclore	Productivo	Liberal
1931	Luis André, E.	Españolismo. Prasologio. Pueblo y conciencia nacional.	Teórico	Psicología colectiva	Antropográfico	Liberal
1931	Luis André, E.	Galleguismo. Lucha por la personalidad nacional y la cultura	Reformista	Regionalismo	Localismo	Liberal
1931	Ortega y Gasset, J.	La redención de las provincias y la decadencia nacional	Reformista	Regionalismo	Localismo	Liberal
1931	Roig y Bergada, J.	Doctrina liberal y democracia	Reformista	Política	Elites	Liberal
1932	Campalans, R	Hacia la España de todos	Reformista	Memoria / valores	Sociedad-masas	Liberal
1932	Costa, J.	Ideario español	Reformista	Intervención	Sociedad-masas	Liberal
1932	Giménez Caballero, E.	Genio de España	Teórico	Psicología colectiva	Antropográfico	Liberal
1932	Maeztu, R.	<i>Genio de España. Exaltaciones a una resurrección nacional. Y del mundo.</i>	Teórico	Psicología colectiva	Antropográfico	Conservador
1933	Figueiredo, F.	Las dos Españas	Reformista	Memoria / valores	Sociedad-masas	Liberal
1933	Romero Flores, H.	Reflexiones sobre el alma y el cuerpo de la España actual	Teórico	Psicología colectiva	Antropográfico	?
1934	Bergua, J.	La psicología del pueblo español	Teórico	Psicología colectiva	Antropográfico	?

1934	Gay, V.	La revolución nacionalista. Ambiente, leyes e ideología	Reformista	Intervención	Sociedad-masas	Conservador
1934	Maeztu, R.	En defensa de la hispanidad	Reformista	Memoria / valores	Sociedad-masas	Conservador
1934	Prados y López, M.	Razones de España	Reformista	Memoria / valores	Sociedad-masas	Conservador
1935	Sáinz Rodríguez, P.	La tradición nacional y el estado futuro	Reformista	Memoria / valores	Sociedad-masas	Liberal

C O N C L U S I O N E S

UNA RECAPITULACIÓN FINAL Y DOS BREVES REFLEXIONES PROGRAMÁTICAS A MODO DE CONCLUSIÓN

En los capítulos anteriores este trabajo ha ido analizando el lugar nuclear que el discurso psico-sociológico, sus teorías y tecnologías, ocupó en la construcción de la identidad nacional española en el entorno de la modernidad a finales del siglo XIX. Nuestro estudio partía de la hipótesis de que la importancia adquirida por la psicologización del fenómeno humano no es fortuita ni independiente de las teorizaciones nacionalistas que, también por esa etapa, reivindican el protagonismo socio-histórico de las *masas* poblacionales. Establecer las claves discursivas y estructurales generales de ese encuentro así como identificar su presencia en España bajo el desarrollo del género regeneracionista han sido los dos objetivos perseguidos en la primera parte de este trabajo.

En ella hemos explicado las relaciones discursivas entre la estructura de los saberes disciplinares decimonónicos y la construcción de la subjetividad colectiva. Hemos partido de la naturaleza discursiva de la construcción de la "realidad social" para luego centrarnos en aquellos ámbitos discursivos orientados específicamente a gestionar la identidad colectiva, es decir, aquello que nos hace participar gremialmente, por convicción o necesidad, de una cosmovisión. Hemos explicado cómo, a lo largo de la historia occidental, el orden del saber científico-filosófico terminará por desplazar las cosmovisiones teológicas alcanzando un estatus socio-cultural igualmente sacralizado. Con él conquistará, entre otras cosas, la legitimidad etopolítica —esto es, organizadora y orientadora— para sancionar los discursos y categorías pertinentes en la administración —contemplativa o tecnológicamente— de la identidad colectiva. Estas disciplinas, en la figura de sus autoridades o voces autorizadas, no sólo aportaban las herramientas y categorías semánticas con las que significar y manipular la identidad compartida, sino que también inscribían en la tarea las características peculiares de la *episteme* —o estructura general de los saberes— decimonónica. Ésta atestigua, precisamente, la disposición del hombre, en tanto que objeto y sujeto fundamental del conocimiento, en el ojo del huracán de la reflexión disciplinar, máxima consecuencia de la sustitución de las viejas concepciones representacionistas y taxonómicas, adecuadas a la infinitud del ser, por una nueva sensibilidad centrada en la empiricidad y en la finitud de todos los fenómenos vitales.

No es coincidencia que esa *episteme* se desarrolle paralelamente al incremento en la órbita occidental de la preocupación por la peculiaridad socio-cultural de los colectivos humanos; una perspectiva que venía a superar tanto el individualismo como el humanismo abstracto del periodo ilustrado. Entre otras cosas, ese movimiento es deudor del desplazamiento revolucionario de los viejos

regímenes despóticos y monárquicos así como de la reacción ante las amenazas imperialistas de finales del siglo XVIII y principios del XIX, desajustes socio-culturales que exigen la articulación de nuevas fórmulas identitarias -cohesivas y de supervivencia- alternativas al antiguo vasallaje. Empiricidad y finitud coinciden a la perfección con ese panorama al definir una preocupación fundamental por el fenómeno humano -exaltación del pueblo-nación- y, con ella, la conciencia de su posible desaparición o inexistencia -erradicación por otro extranjero-. Sin duda, los encargados de gestionar estas claves etopolíticas -y con ellas la identidad colectiva- no pueden ser ya los consejeros del monarca o los clérigos, sino una nueva clase social que comienza a investirse de facultades tecnocráticas: los filósofos y científicos sociales. El crecimiento de su protagonismo corre paralelo, por un lado, al desarrollo sobredimensionado de las Ciencias Sociales -espacio de encuentro de los dos grandes discursos disciplinares que suponen la Filosofía y las Ciencias Naturales- y, por otro, a la traducción de las fórmulas identitarias a los términos de una subjetividad natural y compartida. En el capítulo 1 hemos explicado cómo el discurso psico-sociológico o "Campo psi" se convertirá en el laboratorio perfecto para crear y manipular esa nueva instancia; clave fundamental de la transformación de la comunidad próxima en comunidad imaginada.

Puestos a rastrear este panorama en el ámbito socio-cultural español, detectábamos el encuentro ideal entre el *agente* tecnócrata y la herramienta psico-sociológica en el género regeneracionista de finales de siglo. Dedicábamos el capítulo 2 a perfilar, con una intención estrictamente metodológica, unos límites mínimos del género desde el punto de vista cronológico, ideológico y editorial. En línea con el contexto socio-cultural presentado en el capítulo 1, encontrábamos la emergencia de un discurso que presentaba una identidad colectiva convulsionada por un episodio bélico frustrado y encorsetada en una fórmula política lastrada por resquicios del viejo régimen monárquico (la derrota de Cuba y el canovismo, exponentes ambos de la analítica de la finitud en tanto que imperio, primero, y estado-nación, posteriormente). Aún así, en ese discurso se hace patente la construcción y defensa de una idea de nación liberal, moderna y unitaria; una comunidad imaginada que intenta conciliar las demandas de las diversas clases sociales y programas regionalistas, sin ceder a las consecuencias desnacionalizadoras del integrismo católico, el *internacionalismo* obrero y el segregacionismo catalán y vasco. Es en el proceso de legitimar y asegurar esta idea de nación-estado donde emerge la autoridad disciplinar y la semiótica del discurso psico-sociológico y, con ello, el protagonismo de los máximos formuladores y aspirantes a la gestión tecnocrática de la comunidad nacional: los regeneracionistas.

Las condiciones cronológicas y, sobre todo, político-ideológicas comentadas imponían severas limitaciones en el foro receptor del género (los regeneracionistas escribían para una clase media ilustrada y, por ende, minoritaria), pero ello no impedía confirmar su consistencia y coherencia editorial. Identificábamos diez autores y, con ellos, diez libros (en realidad 12 ya que se incluyen tres de Costa), que representaban adecuadamente, en su comunalidad y puntos de fuga, los difusos límites del discurso

regeneracionista en tanto que género. Los textos de Almirall, Mallada, Ganivet, Isern, Morote, Macías, Costa, Maeztu, Unamuno y Altamira forman la base de datos sobre la que hemos realizado los análisis de la construcción psico-sociológica de la identidad nacional española en la esfera liberal de finales del siglo XIX. Hemos estructurado los resultados de ese análisis en dos partes (la primera se extiende entre los capítulos 3 y 9; la segunda entre el capítulo 10 y el 20).

En la primera parte hemos analizado la plataforma nomotética que el orden del saber decimonónico ofrecía al discurso regeneracionista. Apoyándonos en un análisis de citas, confirmábamos la presencia de la encrucijada disciplinar típica de la *episteme* decimonónica y la infiltración de temas y conceptos cercanos al “Campo psi” a través de las voces o autoridades científico-filosóficas más representativas. Como veíamos, estas referencias pueden suscribirse a una teoría y una terapéutica general de la identidad colectiva de la que, en un segundo momento, ha de derivar una agenda particular y ajustada al caso español. La organización de las aportaciones de esa plataforma nomotética ha estado mediatizada por el ambiguo papel disciplinar que en el siglo XIX juega la fórmula “psicología de los pueblos” a muy diversos niveles.

Por un lado, se trata de un espacio semántico que se desdobra entre un difuso proto-sistema para estudiar los fenómenos colectivos desde un punto de vista psicológico y un potente modo de referir un objeto de estudio —la subjetividad colectiva— que concita aproximaciones multidisciplinares y eclécticas. En su primer perfil, el ámbito psicológico está tratando de segregar un dominio disciplinar para transitar desde el espíritu del tiempo y del pueblo hasta una plasmación científica de la peculiaridad, la autenticidad y la potencialidad colectivas. Estos aspectos se manifiestan subjetivamente en sentimientos, ideas y tendencias de *acción* y, lo que es más importante, se materializan u objetivan en costumbres, objetos, acontecimientos históricos, etc. En su segundo perfil, el de objeto de estudio, provoca que cualquier disciplina que se orienta a su análisis, diagnóstico o intervención se impregne de la sensibilidad psico-sociológica típicamente decimonónica; es decir, pase a participar del “Campo psi” como espacio de conocimiento.

Por otro lado, la fórmula “psicología de los pueblos” condensa una doble sensibilidad teórica en relación con los fenómenos psicológicos colectivos, aportando una perspectiva temperamental y caracteriológica (consumida en España a través de la obra del francés Taine), por un lado, y mental y cultural, por otro (representada por los alemanes Lazarus y Steinthal). Por último, y en estrecha dependencia con el esquema de la psicología general, ofrece una arquitectura subjetiva a la identidad colectiva conformada por la dialéctica integradora o disgregadora entre una teoría de la acción (voluntad-tendencia), la contemplación (ideación-sensación, y la experiencia estética (emoción-sentimiento).

En cierto sentido, esa indefinición disciplinar de la psicología de los pueblos se ajustará a la perfección a los intereses de la construcción identitaria del regeneracionismo. Y no sólo porque ya permita

hablar con propiedad desde cualquier perspectiva de la identidad entre la subjetividad colectiva y la nación (en lo que supone una clara manifestación de la empiricidad de la vida transportada por la *episteme* decimonónica), sino también porque habilita un arco de alianzas psico-sociológicas eclécticas y acomodadas a las demandas específicas de cada objetivo etopolítico. Las disciplinas del orden filosófico – la metafísica, la filosofía de la historia y la historiografía nacionalista- engranarán con la vertiente mental y cultural, asegurando, a la manera del idealismo germano y, más concretamente, krausista, las raíces íntimas, armónicas e inaccesibles del espíritu colectivo, la supeditación del individuo al todo social, desde una sensibilidad panenteísta, y la apertura de un horizonte utópico de progreso humanista y fraternalista. Es, además, un orden sensible a que las manifestaciones y *productos* culturales, además de expresar las peculiaridades mentales o espirituales del colectivo, lo enriquezcan en sus dimensiones morales. Las disciplinas del orden de las Ciencias Naturales –la antropología y, sobre todo, la sociobiología- se enraízan en la vertiente temperamental y caracteriológica reintegrando las potencias de la raza a un incierto camino evolutivo de progreso donde, a la manera del ambientalismo anglosajón y, más concretamente, darwinista, ha de dirimirse la supervivencia de los individuos y grupos más aptos y la desaparición de los débiles. En este caso las manifestaciones o *productos* culturales expresan las potencias caracteriológicas de la raza pudiendo incrementar su poder adaptativo ante el medio geoclimático por la vía de la herencia de los caracteres adquiridos o el simple incremento acumulativo de las herramientas de las que dispone el colectivo en su lucha por la vida.

La conciliación de ambos paisajes, en lo teórico y en lo práctico, se produce sin duda en el orden de las Ciencias Sociales –lingüística, sociología, economía y derecho-, fraguando alternativas para transitar sin mayores problemas entre el naturalismo idealista y el positivista, y multiplicar, sin malestares epistemológicos, las alternativas etopolíticas para construir la nación: la lengua, mediador perfecto entre el espíritu humboldtiano y la raza de Schlegel; el derecho consuetudinario, alternativa de transición entre la ley natural de Haeckel y el costumbrismo de los filósofos románticos; la colaboración por la supervivencia, lugar de encuentro entre la supervivencia sociobiológica de los más aptos y el armonicismo de la filosofía idealista; y, sobre todo, el organismo social, fundamental para pasar del pueblo de Fichte o Krause a la raza de los biólogos y antropólogos.

Sin duda, en España el krausopositivismo es el movimiento que refleja a la perfección ese espacio ecléctico, y el organismo social spenceriano la figura clave de su polivalencia mediacional. A pesar de las críticas a su excesivo atomismo social, con la propuesta spenceriana se certifica la unidad natural del colectivo –tan importante para el análisis teórico-contemplativo del regeneracionismo-, al tiempo, que se abre una vía para el diagnóstico de las enfermedades del patriotismo y su tratamiento –la pertinencia del proyecto práctico-interventivo que fundamenta el protagonismo de los regeneracionistas. Aquí ya aparece una argamasa donde instalar no sólo la armonía de la subjetividad colectiva sino también sus desajustes,

las hipertrofias e hipotrofias de la voluntad, la sensibilidad o el intelecto y de los rasgos caracteriológicos asociados a ellas. En el espacio disciplinar decimonónico, esa posibilidad se apuntala con la aportación de las diversas psicologías colectivas, espacios donde repensar o problematizar la normalidad inherente a la psicología de los pueblos –psicología social y psicología de las masas- o, directamente, impugnarla –psicopatología colectiva y psicología de las razas-. Es bajo estas perspectivas donde el talante emotivo y creativo de la voluntad colectiva –tan caro a los filósofos y psicólogos germanos- deja de revelar las raíces íntimas e inexpugnables de la identidad para presentar la hipertrofia de sus dimensiones irracionalistas y reactivas. Con ello, las bases del fenómeno colectivo empiezan a engranarse en los vestigios animales del ser humano o a exhibirse en efímeras dinámicas intersubjetivas (síntomas, nuevamente, de la empiricidad de la vida transportada por la *episteme* decimonónica). Es así como cobran cuerpo los fundamentos de dos de las más importantes inquietudes identitarias que articularán la agenda reformista del regeneracionismo: el problema de las *masas* sociales y la decadencia de las naciones latinas (exponentes de la analítica de la finitud).

En cualquier caso, lo importante desde el punto de vista del esquema nomotético que venimos recapitulando es que los desajustes detectados en el organismo social pueden encontrar respuesta en terapéuticas específicas. Aún partiendo de supuestos psico-sociológicos, las jurídicas y económicas –propias de las Ciencias Sociales- obedecen a reordenaciones de las conexiones formales entre el ente natural autónomo –el individuo, el municipio, la región, etc.- y el artificio estatal. Higiene psico-sociológica –en su doble vertiente fisiológica y criminológica- y psico-pedagogía se orientan específicamente hacia las bases de la identidad colectiva reeditando las diatribas de la psicología de los pueblos. La primera parece dispuesta para intervenir drásticamente sobre el núcleo temperamental y caracteriológico de la identidad; más concretamente sobre sus perfiles de actividad desviados por hipotrofia –pauperismo o marginalidad, que exigen una respuesta higienista psico-fisiológica en la línea de Ribot- o hipertrofia –revolución, delincuencia, que demandan orientaciones más criminológicas en la línea lombrosiana-. La herramienta psicopedagógica aspira a una orientación precisa aunque demorada de la mentalidad nacional; una labor que toma la forja de la voluntad o el carácter de la juventud como banco de pruebas. Sobre él hay que diseñar los perfiles de ciudadanía comprometidos con la totalidad del *proyecto* nacional –la comunidad imaginada-, y, al tiempo, preparados y especializados –en función de su lugar socio-económico- para los retos de la modernidad. Higiene y pedagogía componen, en definitiva, un doble programa interventivo que, en tanto que terapéutica general de la identidad, ha de asegurar el control de las opciones desviadas y la incorporación de los nuevos miembros al colectivo nacional.

La gestión regeneracionista de la plataforma nomotética configurada por todas estas disciplinas psico-sociológicas y sus voces autorizadas para adaptarla al caso especial de la identidad española ha sido el objeto de la tercera parte de este trabajo. Para ello poníamos en juego un artefacto

metodológico que presentábamos en el capítulo 1 y que, en principio, nos permitía estructurar el análisis de la doble dimensión etopolítica del programa identitario y su impronta psico-sociológica: la teórico-contemplativa, por un lado, y la práctico-tecnológica, por otro. En el análisis de la primera se manejaban cinco categorías temáticas (*antropografía, topografía, cronografía, producción y proyección*) y cinco funcionales (*agente, escenario, acción, agencialidad y propósito*). Este aparato analítico nos ha permitido ordenar e identificar el papel estratégico desempeñado por cada concepto teórico concreto en la trama identitaria dispuesta por los regeneracionistas (en tanto que interés por la empiricidad de la vida). De esa estructura metodológica general segregábamos también una fórmula de análisis para tratar la vertiente práctico-tecnológica de la construcción especial de la identidad española. De la ratio *antropografía-topografía* se derivaba una doble dimensión antagónica y desestructuradora (en tanto que inquietud ante la analítica de la finitud), *masas-élites* y *localismo-internacionalismo*, y, con ella, los puntos estratégicos de cualquier agenda reformista orientada a reajustar o reforzar su *proyecto* identitario, muy especialmente en lo tocante a las funciones *agente* (quién es el protagonista de la identidad) y *escenario* (dónde se han de ubicar los límites de la misma).

Aplicando nuestra herramienta metodológica, hemos constatado que los análisis regeneracionistas de la identidad española discurrían por una doble o, incluso, triple vía identitaria. En todos los casos, se parte de una oposición psico-sociológica entre lo positivo, auténtico y natural de la identidad colectiva y lo pernicioso, prescindible y artificial de la misma. Entre ambas aparece además un espacio para la reflexión diagnóstica que permite relativizar los deterioros psicológicos de la identidad colectiva y, de paso, abrir la vía reformista para su reestructuración explícita. La perspectiva analítica de la vertiente teórico-contemplativa ya transporta, en cualquier caso, un programa etopolítico implícito estrechamente ligado al reparto de funciones identitarias entre los cinco elementos o ámbitos temáticos propuestos.

Así, en el ámbito *antropográfico*, los regeneracionistas dirimen sobre todo las cuestiones relacionados con los protagonistas identitarios. En esa labor salvaguardan las bases últimas de la identidad en una instancia metafísica que transmuta el alma católica en el espíritu nacional, llegando, en ocasiones, a [con]fundir ambas. En cierto sentido, la equivalencia era fundamental para articular un amplio principio de cohesión colectiva que hasta el momento había estado estrechamente ligado al ámbito religioso. Ello explica también que las funciones *propositivas*, en tanto que utopías identitarias, se articularan preferentemente a través de metáforas bíblicas y cristianológicas. Sea como fuere, el fundamento metafísico de la identidad se asegurará todavía más con la *escenografía* paisajista puesta en juego en el ámbito *topográfico*, una suerte de cordial ajuste entre el "paisaje" y el "paisanaje", que, además, sentará las bases del posterior protagonismo identitario de la Castilla mesetaria y medieval. En el paisajismo caben lecturas panenteístas, intimistas, inmovilistas y contemplativas de lo identitario, algo coherente con el hecho de que el regeneracionismo otorgara ceremoniosamente a las clases bajas o, propiamente, el pueblo

la custodia inconsciente e inocente de las esencias de la cohesión y peculiaridad nacional. Lógicamente, esto no implicará la concesión de una voluntad con capacidad de decisión. El pueblo es, en definitiva, un mero mediador o *agencialidad*, una caracterización que, como veremos más adelante, será fundamental a la hora de articular el programa reformista. Sólo en el ámbito *productivo* los regeneracionistas parecen atribuir cierta condición de *agente* a las clases bajas, al defender la calidad expresiva de las manifestaciones artísticas populares (cuentos, canciones, bailes, etc.). Y aún en ese caso los análisis identitarios terminan derivándose hacia las obras de pintores y escritores españoles de gran reconocimiento, hombres como Cervantes, Velázquez o Fray Luís de León especialmente dotados para penetrar en la esencia popular o natural y para plasmarla con gran rigor fisiognómico o sensibilidad poética.

Salvaguardados los fundamentos metafísicos, y dándoles cobertura, aparece el espacio etnopsicológico donde se revela el perfil concreto de la personalidad nacional; un dominio en el que cabe evaluar las potencias y virtudes de la identidad y también diagnosticar sus desarreglos. Aquí los regeneracionistas se acogen a la ambigüedad típica de la psicología de los pueblos para entretejer lecturas caracteriológicas y raciológicas con argumentos mentales y psicológicos. En el capítulo 11 hemos descrito pormenorizadamente todas esas posibilidades que, en líneas generales, compatibilizan la actualidad concreta de una mentalidad popular sumisa y abúlica —explicada desde detalladas disfunciones psicológicas— con una mítica y genérica raíz caracteriológica profundamente voluntarista, imaginativa, individualista y punzonosa.

Sobre todo a partir de esta última, los regeneracionistas derivarán el resto de ámbitos o elementos hacia un estratégico doble juego identitario. Este consistirá en ensalzar las potencias dormidas de la psicología colectiva y poner en jaque los desajustes caracteriológicos, por exceso o por defecto, que conducirán al estado de postración. La dialéctica, en cualquier caso, no siempre se saldrá sin problemas. Desde el punto de vista *topográfico*, el individualismo se engranaba con los factores territoriales o geoclimáticos y la impronta caracteriológica y diferencial que éstos producían en cada región. La ratio *agente-escenario* implicada en esta formulación —fortalecida, además, desde el ámbito *productivo* por la diversidad de lenguas y dialectos peninsulares— permitía a los regeneracionistas defender la pluralidad etnopsicológica del territorio peninsular. Pero al tiempo les obligaba a ser precavidos ante los potenciales peligros que tal circunstancia podía suponer para la integridad natural de la nación. Los ajustes a ese respecto se realizarán desde un punto de vista *cronográfico* y *antropográfico*, reforzando la importancia del devenir histórico en la convergencia psico-sociológica de los diversos pueblos peninsulares y la forja de la nación, o incluso *topográfico*, explicando cómo la propia diversidad *topográfica* hacía converger a todos los españoles en un mismo rasgo caracteriológico: su inveterado individualismo independentista.

La operación de enfrentar las virtudes dormidas de la raza a las hipertrofias e hipotrofias de la actividad psicológica se saldó con más éxito en el ámbito *productivo y cronográfico*. Ya hemos mencionado la importancia atribuida por los regeneracionistas a las manifestaciones estéticas del pueblo, *agencialidades* que contrastan con los desarreglos psicológicos de la voluntad y el entendimiento y las hipertrofias fantasiosas y fatalistas detectadas en el fanatismo religioso y el escaso desarrollo de las ciencias técnicas y naturales en España. Motivos espirituales había para lo primero e históricos y circunstanciales para lo segundo. El ámbito *cronográfico* se convirtió en el espacio básico para interpretar la dicotomía expuesta e, incluso, para paliarla en sus dimensiones más fatalistas. Para empezar, a él corresponde la operación de mitigar la perversidad y responsabilidad de la etnopsicología nacional en la decadencia por la vía de proponer *agentes* metasociológicos y, sobre todo, metahistoriográficos, en la explicación de la decadencia de todos los pueblos –incluido el español-. Sin embargo, la cuestión más importante que toma cuerpo en el seno del ámbito *cronográfico* es la narrativización de la *acción* protagonizada por el genio español en el pasado. Ahí es donde cobra pleno sentido la oposición entre una intrahistoria protagonizada, según intereses, por el pueblo o por las potencias psicológicas del colectivo, frente a una Historia oficial de grandes gestas y acontecimientos. Es en ese periplo histórico, que se inicia con los iberos y termina arribando a la crisis de finales del siglo XIX, donde los regeneracionistas tratan de trocar el individualismo y el pundonor de la raza, mostrada hasta la Reconquista, por industriosisidad y laboriosidad. Significativamente, los regeneracionistas proponen que la equivalencia cristaliza durante la supuesta sustancialización nacional que se produce bajo el reinado “liberal” de los Reyes Católicos; quizá el arquetipo histórico más importante entre los manejados por los regeneracionistas –de nuevo, con paradójicas consecuencias ensombrecedoras para el protagonismo de su alabado pueblo intrahistórico-. Después, con los Austrias –verdaderos antagonistas de la identidad nacional-, se abre una segunda deriva histórica artificial en la que la transmutación industriosa del voluntarismo nacional pasa a un estado de latencia. El desvío histórico producido por la incursión de un cuerpo extranjero provoca la hipertrofia voluntarista y fanática donde cobran sentido el autoritarismo, la intransigencia, el centralismo, el casticismo y el estancamiento histórico. Cuando la empresa imperial está agotada, ya sólo quedará el recuerdo pernicioso de las gestas pasadas, el mismo que desde finales del siglo XVIII condenaba al pueblo a la abulia –ignorante de su tradición industriosa dormida- y permitía la subsistencia de los modos autoritaristas y centralistas en la gestión política del país.

Además de consolidar las “Dos Españas” del fin de siglo XIX –la artificial y anquilosada y la industriosa y latente-, en la época de los regeneracionistas, ese panorama proyectaba un complejo calidoscopio de moralejas y aspectos *propositivos*. Básicamente, en él tenía que resolverse la cuestión del progreso o ajuste psico-sociológico a las demandas de la modernidad, cuidando de que el bisturí que había de extirpar las partes muertas del organismo nacional –alegoría médica crucial para el ámbito *proyectivo*- no tajara también las esencias identitarias. Éstas, a modo de valores morales, culturales e incluso

religiosos, tenían que entrar en diálogo con la modernidad representada por el supuesto talante materialista de Europa y, sobre todo, Norteamérica —el gran antagonista anglosajón desde el punto de vista identitario—. Europa representaba el progreso, pero también el peligro de homogeneización cultural por la vía de la circulación libre de *productos* intelectuales y materiales.

Sin solución de continuidad, las utopías y las anti-utopías, los miedos y las esperanzas, abiertas en el ámbito *proyectivo* se retraducen en la explicitación del programa etopolítico transportado en el seno de la vertiente teórico-contemplativa. Las salvaguardias, diagnósticos, alternativas y controversias de esta última desembocan en la vertiente práctico-tecnológica del regeneracionismo. La construcción psico-sociológica de la identidad española se convierte ahora en la formulación de una agenda reformista en la que el “Problema de España” y su actualización se lee en dos sentidos estrechamente relacionados: el del problema social, inscrito en los conflictos que protagonizan las *élites* y las *masas*, y el del problema nacional, inscrito en los desajustes culturales producidos por lo *local* y lo *internacional*.

Con respecto al problema social, los excesos y defectos de la raza o la voluntad nacional analizados en la vertiente teórico-contemplativa se actualizan y retraducen como perversiones de la moral pública. Los regeneracionistas proponen aquí un mecanismo de retroalimentación en el que la abulia de las *masas* sociales es complementaria de la corrupción de las *élites* poseedoras y directivas. Desde el punto de vista del regeneracionismo, las *masas* populares no sólo custodian la nacionalidad sino que conforman su materialidad. Ello define un doble frente interventivo consecuente con su análisis de la identidad nacional.

El primero de esos frentes depende de la aplicación de la herramienta psicopedagógica sobre el carácter o la voluntad de la nuevas generaciones. Su *acción* debe asegurar la nacionalización en tanto que compromiso de sacrificio por el colectivo, objetivo en el que cumple un papel fundamental la re-estructuración de la memoria colectiva. Aquí es donde cobran sentido las demandas del control periodístico —que empezaba a dejar ver su potencia en la creación de opinión pública— y, sobre todo, la difusión estratégica de una historia alternativa del carácter. Su función modeladora debía investir al español, de una vez por todas, de su íntimo carácter industrioso y gremial, el mismo que había quedado enterrado por el pasado mítico de las grandes gestas y acontecimientos. Además, la aplicación de la herramienta pedagógica sobre el carácter o la voluntad debía instalar la iniciativa personal en el sujeto, en la línea krausopositivista que relacionaba el individualismo moderado con un progreso armónico —no revolucionario—, así como proveerle de las herramientas profesionales y especializadas para afrontar la complejidad del espíritu de los tiempos de la modernidad. En este punto, la *topografía* identitaria había legado al ámbito práctico-tecnológico dos paisajes interventivos: por un lado, el de un durísimo geoclima —ejemplarmente el de la meseta castellana— totalmente armonizado con el carácter rudo y estoico del campesinado español; por otro, el de las zonas periféricas industrializadas —ejemplarmente el País Vasco y Cataluña— que empezaban a incrementar su mano de obra con la emigración del campo español. La

formación profesional debía ofrecer técnicas y aptitudes útiles (reforma agraria e hidráulica, técnicas modernas de siembra y abono, aprendizaje de oficios, etc.) para que el proletariado pudiera adaptarse competentemente a esos dos *escenarios* de lucha por la supervivencia.

Grandes sectores de la *masa* popular española vivían en una situación de sufrimiento, desadaptación o desplazamiento respecto a esos *escenarios*, situación en la que entran a jugar sus bazas las técnicas higienistas. Las principales se orientan a diagnosticar y remediar las situaciones de pauperismo y marginalidad —la higiene psicofisiológica—, aspirando sinceramente a mejorar las condiciones de vida del proletariado, pero sin analizar las causas socio-económicas de la situación ni, mucho menos, otorgando verdadera legitimidad a sus quejas y *acciones* reivindicativas. Precisamente, las técnicas criminológicas vendrán a demonizar a través del atavismo y las categorías psicopatológicas y, consecuentemente, a contrarrestar por vía legal, todos aquellos comportamientos contraculturales o antisociales derivados de aquéllas, desde los delitos comunes como robos o asesinatos, hasta las revueltas obreras y las tentativas revolucionarias.

El regeneracionismo, en cualquier caso, convencido del agotamiento y la inmadurez de la voluntad popular, confiando en la aportación fundamental de las clases bajas al *proyecto* colectivo como fuerza de trabajo y poniendo en tela de juicio el talante doméstico de la justicia española, no prestó demasiada atención a estas últimas alternativas. La única opción revolucionaria que contemplaba como posible y, aún más, deseable era la efectuada “desde arriba”; es decir, la que aspiraba sustituir la dirección de unas *élites* anquilosadas y corruptas, reflejo histórico y caracteriológico del autoritarismo y el casticismo de la Historia oficial, por una labor tecnocrática encarnada en un Gran Hombre o, en su defecto, por otras *élites*, en este caso, progresistas y honestas. Las dudas y reticencias ante la posible emergencia de un Gran Hombre adecuado a la psicología nacional, volcaban las tintas del lado de la segunda opción. Por supuesto, en ella había de enclavarse la labor de las clases neutras, es decir, la pequeña burguesía compuesta por empresarios e intelectuales, a la que pertenecían los propios regeneracionistas. A ellos, en tanto que *élite* preocupada por el “Problema de España” y poseedora de las herramientas para su análisis y diagnóstico, bien podía corresponder la tarea interventiva de educar al pueblo y regir tecnocráticamente sus destinos económicos y socio-políticos.

En ese punto, las medidas socio-políticas arbitradas por el regeneracionismo contaban con articular el marco de convivencia nacional desde los *productos* culturales cohesivos emanados naturalmente del pueblo —derecho consuetudinario, costumbrismo, etc.—. Además de una concesión a la condición popular de la esencia identitaria, esto se orientaba sin duda a forjar una idea de nación cultural en el segundo espacio problemático de la vertiente técnico-práctica: el del problema nacional inscrito en los desajustes producidos por la cultura *local* y el referente *internacional*. En este extremo, la apuesta culturalista del regeneracionismo aspira a romper la lógica centralista del sistema restaurado, promoviendo el

protagonismo de las células más básicas de la gestión territorial; esto es, las regiones, pero, sobre todo, los municipios. Frente al discurso segregacionista del nacionalismo vasco y catalán que atribuye el talante centralista a una peculiaridad del carácter castellano, la idea de los regeneracionistas es transmitir la idea de que la opresión estatal depende más bien del artificio del sistema restaurado —herencia del centralismo austracista, primero, y del liberalismo romántico, después—. Los regeneracionistas, en definitiva, están completamente de acuerdo con fomentar medidas descentralizadoras ajustadas a la pluralidad etnopsicológica y natural de la península, siempre y cuando ello supusiera el reforzamiento de las interacciones socio-políticas armónicas y naturales de la nación. Derivar de éstas últimas el fraccionamiento de España sólo podía obedecer, desde el punto de vista del regeneracionismo, a intereses político-económicos ocultos, egoístas y perversos.

En el extremo, los regeneracionistas temían que los excesos regionalistas debilitaran a la nación dejándola a merced de la depredación de las potencias extranjeras. Esta última postura estaba en línea con la retórica apocalíptica del género —algunas posturas denunciaban incluso las simpatías de ciertos regionalistas por las ofertas anexionistas de países extranjeros—, pero también indicaba la dirección del segundo frente de desestructuración de la cultura nacional temido por el regeneracionismo: la influencia de los países extranjeros más desarrollados. Más que en el ámbito regionalista, las dimensiones más peligrosas de ésta cuestión se dejaban notar en la “imitación” mecánica y artificial de fórmulas válidas para mantener a otras naciones en la vía del progreso. A los regeneracionistas no les quedaba más remedio que reconocer que ciertas dosis de imitación psico-sociológica de las formas extranjeras, sobre todo en el ámbito pedagógico y político, eran necesarias para *européizar* España. Sin embargo, había que ir con cuidado para que la reintegración en la modernidad no implicara desarticulaciones en la armonía y la peculiaridad del colectivo español.

Es en este punto donde saltan de nuevo las alarmas conservadoras y donde, con ellas, se retoma aquella impronta *proyectiva* que destacaba la importancia de los valores morales o espirituales —valga decir culturales y armonizadores— en detrimento de los materiales —en la figura de un bienestar personal alcanzado por la vía egoísta del individualismo capitalista o del conflictivo *escenario* de la lucha de clases—. En el terreno práctico-tecnológico, ese último panorama *propositivo* obligará a que los regeneracionistas se posicionen ante la idea del expansionismo territorial. Y es que, independientemente del carácter moral o material del baremo, los que está claro en el contexto socio-histórico de finales de siglo es que la salud de una nación se mide por su presencia colonial.

Certificada la inferioridad, cuando menos circunstancial, de la raza española como partícipe de la *débâcle* de la órbita latina, la idea de los regeneracionistas es preservar la impronta —moral o cultural— del espíritu español en la esfera *internacional*. Dos movimientos retóricos básicos permitirán sacar adelante la tarea. El primero consiste en advertir ingenuamente, con Spencer, la superioridad de la vía económica,

mercantil, industrial y pacífica sobre la expansionista y militar. El segundo pasa por traer a colación la clásica referencia a los territorios que conformaban el viejo imperio español y sus últimos vestigios coloniales, una muestra de la potencia con que el espíritu español —que no su ascendente o dominio político-militar— había prendido y podía prender en el mundo. Incluso se sopesaba, eso sí, con pocas esperanzas, la posibilidad de que el norte de África pudiera ser objeto de la próxima empresa conquistadora o, más bien “civilizadora”. A pesar de ello, todos los regeneracionistas parecen estar de acuerdo en que para poner fin a la decadencia en todos los órdenes hay que comenzar por un repliegue interior; esto es, constituyéndose previa y definitivamente como estado-nación; y esto tanto en el orden espiritual como en el material. El fantasma de la vieja identidad imperial, en cualquier caso, sigue ahí. La esperanza de los regeneracionistas, tras resucitar como nación en un utópico porvenir, es la de poder reencontrarse con aquel imperio escamoteado en lo material, pero persistente en lo espiritual o cultural. Sin duda, esta última estación identitaria cerraba el tránsito del discurso regeneracionistas desde el análisis de la empiricidad de la vida y la identidad nacional hasta la analítica de la finitud de su existencia histórica.

Terminamos así de delinear el programa etopolítico de la opción liberal a finales del siglo XIX, un espacio discursivo donde tomó cuerpo una teoría y una tecnología de la identidad nacional articulada desde claves psico-sociológicas. Como hemos tratado de mostrar en el capítulo 20, el regeneracionismo las legará, ya en el nuevo siglo, a un campo disciplinar completamente fracturado que se ocupará de preservarlas o modificarlas en tanto que herramientas mediadoras de la subjetividad colectiva; operaciones orientadas, en cualquier caso, a seguir diseñando la nación española como estado moderno y espacio de convivencia. Creemos que con esas categorías se inventa o, más bien, se construye España al mismo tiempo que se abre el espacio crítico —el problema de España— en el que debatir su legitimidad o pertinencia. Ello permitirá la constitución de la nación española como *a priori*, pero también abrirá las posibilidades de su perenne cuestionamiento desde diversos posicionamientos ideológicos o disciplinares. Esa temeraria conclusión nos ha llevado en el cierre del trabajo a plantearnos las reflexiones programáticas que prometíamos en su título.

La primera es estrictamente disciplinar y, como a nadie se le puede escapar tras los análisis aquí desarrollados, sugiere la posibilidad de defender un programa de interpretación cultural de la psicología en España; un dominio que no sólo debe contar con la incorporación acumulativa de técnicas, teorías, sistemas y aplicaciones que reifican la disciplina como dominio académico o profesión, sino también del significado y valor simbólico que todas esas cuestiones adquieren en el contexto socio-cultural y socio-histórico que las diseña, importa y reinterpreta. Aquí no cabe, quizá, hablar tanto de ciencia o disciplina psicológica como, con mi maestro Florentino Blanco (2002) de cultura psicológica; una formación discursiva —recordemos, un espacio continuamente voluble que integra teorías y prácticas— que dialoga y

es permeable al resto de contextos socio-culturales con los que, necesariamente, limita. En ese último sentido, hay que partir de la base de que psicología es una teoría y una tecnología de la subjetividad y de la acción y que, al margen de sus sanciones disciplinarias, compite o se apropia de las tesis sobre el Yo individual y colectivo que emergen en otros muchos contextos de la vida cotidiana, desde los académicos (científicos y artísticos) o ritualizados (prácticas religiosas, votaciones) hasta los más informales (reuniones familiares). Creemos que los deslizamientos a uno y otro lado de la frontera psicológica son múltiples, ofreciendo continuamente híbridos teóricos para interpretar la acción e, incluso, guiarla; es decir, para articular programas etopolíticos.

Esta última circunstancia comentada es la que reintegra nuestra primera reflexión disciplinar en una perspectiva más general sobre el valor del conocimiento psicológico, es decir, con la segunda reflexión programática que prometíamos más arriba. Esta segunda cuestión enlaza con la orientación genealógica desarrollada en el trabajo, una estrategia que nos ha llevado a centrar nuestros objetivos de análisis en los primeros procesos de consolidación y alianza entre el discurso psicológico y la fórmula o marco normativo que, hasta la fecha, ha conseguido con más éxito o estabilidad articular la actividad de grandes *masas* poblacionales bajo unos mismos -y mínimos- parámetros de convivencia: el estado-nación. Como hemos demostrado con nuestro análisis de la agenda regeneracionista, el medio siglo que separa el final del XIX y el inicio del XX fue el momento privilegiado de ese encuentro. Pero esto no quiere decir que el estado-nación haya dejado de ser problematizado como alternativa de convivencia colectiva y que el discurso psico-sociológico no siga aportando tácita y explícitamente herramientas y argumentos encontrados a la cuestión.

En cierto sentido, el análisis que hemos realizado del discurso regeneracionista nos muestra que la idea de nación natural manejada a finales del siglo XIX y principios de XX prefigura, en tanto que contexto de pertenencia, lo que ahora denominaríamos cultura nacional. También ahora, igual que a finales del siglo XIX, la cultura nacional nos enfrenta a un doble horizonte psico-sociológico. En uno de ellos sigue apareciendo la definición de una cultura con rasgos unitarios, inamovibles o transcendentales. Es una posición que en la realidad social goza de buena salud; y lo hace en un amplio arco contextual que va desde las perspectivas más acriticas, informales, cotidianas o burdas -aquellos que se ven en la necesidad de apelar a la raza, la sangre, el cráneo o el espíritu- hasta ciertas reflexiones académicas mucho más elaboradas de las que hablaremos un poco más abajo.

Lo cierto, en cualquier caso, es que tras la sacudida postmoderna es difícil preservar esa imagen estática y unitaria y vivir a espaldas de la fragmentación y relativización de la subjetividad colectiva -e individual-; aunque sólo sea para posicionarse en contra. En línea con nuestra búsqueda de continuidades y interrupciones genealógicas, creemos que esa situación ya se prefiguraba en el contexto cultural español cuando, en la segunda década del siglo XX, empiezan a estabilizarse ciertas iniciativas empresariales,

políticas y sindicales; nuevos ámbitos de dinámica identitaria que pondrán en jaque el armonicismo nacionalista, tanto el de la España oficial de los tradicionalistas, como el de la imaginada por el regeneracionismo. De forma coetánea, también se consolida la crisis de las ciencias y de las filosofías optimistas (construidas en torno a la noción de progreso y de unidad de los colectivos, incluido el propio marxismo). Auspiciadas por la Primera Guerra Mundial se popularizarán todavía más las filosofías intimistas y subjetivistas (individualistas, en último término), como el nietzscheanismo, bergsonismo o el existencialismo, y las perspectivas pesimistas sobre la cultura, como el psicoanálisis freudiano y las tesis de Spengler sobre *La decadencia de Occidente*. Hablamos, por tanto, de un terreno abonado para empezar a tomar en serio la formulación de una psicología de las *masas* o muchedumbres que los regeneracionistas habían puesto en suspenso en el fin de siglo. De ello es ejemplar, por ejemplo, la obra de Ortega y Gasset, en la cual no pocas reflexiones pierden el referente del “pueblo” —el mismo que el regeneracionismo, en una u otra medida, había intentado ganar para la identificación de la “nación” y la articulación de estrategias de convivencia— transmutado y fraccionado en multitudes profesionales, ideológicas, socio-políticas, etc. Mientras la “nación”, alentada por la nostalgia intimista de la Generación del 98, primero, y por el futurismo del propio Ortega y Gasset, más adelante, queda convertida en una instancia puramente metafísica.

Ante este último panorama, cobra sentido el segundo horizonte psico-sociológico que apuntábamos más arriba; una sensibilidad que, precisamente, hereda las suspicacias —y perspicacia— de las psicologías colectivas decimonónicas ante el continuo trasiego de las dinámicas intersubjetivas y, con ellas, la desestabilización de la cultura nacional. Con Lyotard (1993), podemos atribuir a ese *escenario* una condición postmoderna, y ante él cabe preguntarse hasta qué punto las agendas programáticas para la construcción de identidades nacionales han tocado a su fin. En relación con esta última cuestión, entendemos que la postmodernidad se articula en torno a dos consignas básicas: el nihilismo o el escepticismo respecto al trasfondo de los grandes discursos clásicos (Lyotard, 1993) y la propuesta del final de la historia (Fukuyama, 1992). Ambas cuestiones dejan a la ciencia y a la filosofía sin los criterios epistemológicos y genealógicos necesarios para asegurar la calidad “real”, “verdadera” o “objetiva” de la comunidad imaginada¹. En cierto sentido, esto supone una radicalización extrema —cuando no una ruptura— de muchas de las sospechas e inseguridades de la cosmovisión (ontológica y antropológica) forjada por la cultura occidental durante el periodo de entre-guerras. El pesimismo del segundo tercio del siglo XX exige una retirada a los fundamentos mismos del “ser” puro (exento, por tanto, de la parafernalia cultural) para encontrar todavía esa “verdad” o “autenticidad” que había ofrecido sin éxito la filosofía y la ciencia optimista. Y es precisamente ese internalismo y apasionamiento —que no razón— por la verdad lo que de ninguna manera puede ser compartido por un “espíritu” postmoderno externalista, valorativa o

¹ Recordemos que tanto la ciencia como la filosofía son la base de la construcción de la identidad moderna (la comunidad imaginada) a lo largo del siglo XIX y XX, desplazando otros “sistemas de construcción identitaria” fácticos (la lógica de la comunidad próxima) o teóricos (la religión).

moralmente neutro y abandonado a la decisión personal sin ningún tipo de garantía epistemológica. En cualquier caso, el discurso postmoderno es una nueva alternativa para la emergencia de lecturas sobre el sí mismo, la construcción de identidades colectivas y, por ende, reflexiones sobre la cultura nacional².

En cualquier caso, no suponemos que la entrada en la *escena* epistémica de la postmodernidad suponga automáticamente su aceptación. Al respecto de la cultura nacional, el discurso postmoderno sólo se incorpora y ayuda a reconfigurar un espacio de conflicto y problematización, como lo habían hecho las alternativas sociologistas, biologicistas, historicistas y filosóficas a principios de siglo. En el mundo académico o intelectual desencadena varias posiciones que van desde el enfrentamiento hasta su más entusiasta aceptación.

En el caso de las posiciones reactivas los efectos de la postmodernidad se desdoblan en un doble frente relativizador que, nuevamente, reedita conflictos y respuestas identitarias muy semejantes a las perfiladas por el regeneracionismo en el fin de siglo. En el primer frente se articula un trasunto de la cuestión *internacionalista*: la inquietud ante la globalización. Un magnífico ejemplo lo supone el prólogo que José Luís Abellán redactaba hace pocos años para el *Idearium español* de Ganivet. En un enlace explícito con el discurso de los autores que hemos analizado en este trabajo, Abellán indica que: "*Su defensa del hombre y del senequismo como núcleo de una "restauración ideal de España" sigue comportando valores de significación universal más vigentes que nunca a la entrada de un siglo donde los medios técnicos de comunicación en manos de las multinacionales amenazan con convertir a la humanidad en una especie de termitera humama*"; y sigue un poco más adelante: "*Estamos ante una crisis de identidad parecida a la que se produjo a fines del siglo pasado, con la gravedad que ahora nos incumbe a todos los países que hablan la lengua española, y no sólo a España. Y nada más necesario para superar la situación que luchar contra la 'abulia' a que con tanta frecuencia somos propensos y especializarnos en la forja de 'ideas redondas' [ideas constructivas que Ganivet oponía a las picudas o agresoras]*". (Abellán, 1996; p.31).

El segundo frente desestructurador está relacionado con la búsqueda de espacios de identificación más moleculares y próximos o inmediatos tras la ruptura de la seguridad existencial transportada por los grandes discursos. Bajo la impronta postmoderna, se produce una fragmentación y relativización de los ámbitos de cohesión que, en relación con la cultura nacional, se concretan en la reinención de alternativas identitarias supuestamente más auténticas por inmediatas o próximas. Sin duda, lo que aquí se evoca es el conflicto *localista* al que se enfrentó el regeneracionismo a finales de siglo y las respuestas también son

² Como hemos señalado, la postmodernidad fragmenta o difumina el hecho identitario. Rompe con cualquier idea de continuidad con el pasado, unidad en el presente y proyecto común de futuro. Autores como Fukuyama (1992) proclaman el "final de la historia" sin que ello comprometa con ningún tipo de estadio histórico evolutivo ni idílico ni apocalíptico. El final de la historia acaba con el problema de la decadencia o el progreso de los proyectos humanos colectivos porque es la toma de conciencia de la radical circunstancialidad socio-histórica de la existencia y, por ende, de la identidad. Desde nuestro punto de vista, permite, como mínimo, la suspensión del acto de identificación en beneficio de una total reflexividad o toma de conciencia de la arbitrariedad normativa (en unas ocasiones, no resuelta en un esquema de acción social o individual, esquema que, paradójicamente, anula la acción —un plano casi contemplativo—; en otras, resuelta en un plano estrictamente comportamental, diluida en la acción pura).

muy parecidas. El nacionalismo español trata de enfatizar los rasgos más ficcionales, integristas y egoístas de la imagen colectiva –sobre todo los raciales, teniendo en cuenta la caída en desgracia de este tipo de *antropografía* tras el auge de los fascismos– diseñada por los nacionalismos periféricos, y contraponerles alternativas cohesivas de amplio espectro basadas, principalmente, en argumentos históricos, morales o lingüísticos. Ejemplos los encontramos en Comellas (2002), quien, aún reconociendo una supuesta diversidad histórica, cultural, psicológica o incluso racial de las regiones españolas, utiliza esos mismos elementos para reivindicar la homogeneidad territorial de España y la existencia de un “algo” unitario indefinido que la distingue del resto de grandes nacionalidades del globo.

Con mayores o menores concesiones a posibilidades de mutabilidad nacional derivadas de la globalización o la fragmentación, en ninguno de esos casos se deconstruye el signo de España. En todas las posiciones reactivas se aspira, como adelantábamos más arriba, a una nueva reificación de la identidad colectiva, sobre todo a través de *agentes y agencialidades* lingüísticas (Quiñonero, 1998) y *acciones y propositividades* históricas (Morón, 1998; Bueno, 1999).

Al margen de las reacciones genéricas a la postmodernidad, lo cierto es que algunos de sus planteamientos han impregnado definitivamente el actual orden del saber de las Ciencias Humanas. Al menos ha logrado que éste se haya vuelto radicalmente escéptico respecto a cualquier valor apriorístico y constitutivo de la historia, la lengua, o la biogenética en la configuración integral del sujeto cultural. En ese sentido, autores como Fusi (2000) plantean que ahora la identidad nacional no puede ser considerada una entidad sustancial eterna ni su historia un proceso predeterminado por mitos o personalidades. Esta imagen se sustituye por la del pasado como un espacio dinámico, definido por múltiples transformaciones y afectado por muy diversos factores. Con ello, el propio fenómeno identitario se presenta como un proceso sometido a continuos cambios, sin punto de partida ni de llegada. Hay elementos de continuidad, características perdurables, tiempos lentos, pero la historia es evolución permanente, supone cambios sustanciales y rupturas decisivas que ofrecen las condiciones de posibilidad identitaria en cada momento histórico, incluido el presente. Fusi, en definitiva, ubica el movimiento de origen de lo español en la historia, pero su comprensión de la identidad como estructura significadora queda en un velado segundo plano.

La lectura de Fusi (2000), en cualquier caso, no es una lectura abiertamente postmoderna porque, aunque no reifica la identidad nacional, sí termina reificando un *agente cronográfico* de carácter metahistoriográfico: el devenir continuo y la transformación consecuente. En cierto sentido, pierde de vista que los símbolos, los mitos y el resto de *productos* culturales que rechaza como explicación de ese devenir histórico son los que andamian el desarrollo de la experiencia nacionalista del sujeto.

Sin duda, la condición postmoderna ha contribuido definitivamente a retirar el talante sustancializador o predeterminador de los *productos* culturales. En su lugar, los ha investido de una

cualidad circunstancial y contextual, y los ha sometido al imperio de los procesos institucionales que median en la incorporación del individuo a la cultura y viceversa. Por esa vía, historia, territorio, arte, literatura, etc. se convierten en artefactos o categorías mediacionales que participan en la construcción subjetiva de la nación. Su efecto significador y cohesivo se revelaría en los actos de identificación desencadenados por contextos específicos como la escucha del himno nacional, la visita a un país extranjero, el visionado de un partido de fútbol o el noticiario donde se comunica la presencia del ejército nacional en la ocupación de otro país, por poner algunos ejemplos al azar.

La mayoría de los estudiosos de la cultura acepta ese marco en el que el nacionalismo se entiende como un sistema de signos por el que el ser humano confiere sentido a su propia experiencia socio-histórica o socio-cultural, inscribiéndola en un marco colectivo de sentido. Ahora bien con toda la relativización y contextualización que se quiera, las disciplinas actuales no han podido escapar propiamente al problema de la subjetivación; esto es, a la forma en que se instalan en el sujeto las categorías que deben mediar su actividad y experiencia en el mundo o, más bien, en los mundos posibles. Ante esta última cuestión, las respuestas de los estudiosos de la cultura nacional han reeditado implícitamente las clásicas arquitecturas antropológicas y psicológicas del siglo XIX.

No planteamos, por supuesto, que hayan regresado a una psicología de los pueblos, como cuando López Morillas (1972) se pregunta en algún momento si las "Dos Españas" pueden ser una proyección de la disociación de conciencia que todo español lleva dentro de sí. Más bien sospechamos que no han podido escapar a aquella estructura de psicología general (sentimientos, ideas y voluntad) en la que, en último término, podía instalarse cualquier tipo de cosmovisión o valor cultural. Invirtiendo el esquema de López Morillas, hablamos por, ejemplo, de la conciencia básica que asimila la categoría de las "Dos Españas" y genera la idea del español disociado. En este último sentido, y a la vista de los textos contemporáneos, pareciera que las viejas arquitecturas de la subjetividad siguen siendo utilizadas a la hora de hablar del sujeto en el que han de instalarse los valores virtuales, primero, y efectivos o pragmáticos, después, transportados por el contexto socio-cultural de adhesión. Son, en definitiva, el mecanismo que permite que un individuo pueda llegar a considerarse español por una o diversas vías.

En ese sentido, Fusi (2000) identifica el nacionalismo con un sentimiento. Álvarez Junco (2001), con una postura muy cercana al existencialismo, también tematiza la invención nacional sobre la base de sentimientos y creencias. Fox (1997) supone que el nacionalismo utiliza diversos *productos* culturales (historia, literatura, arte, etc.) e impregna así algún tipo de estructura básica que luego define u ordena, de forma más genérica, la manera de pensar, sentir, creer y comportarse. Esa estructura básica, por supuesto, ocupa un terreno emocional o moral que puede separarse de la ideología en tanto que programa socio-político. Nótese que con esta última escisión entre lo ideológico y lo afectivo estamos ya muy cerca de las estructuras psicológicas del fin de siglo que permitían organizar los elementos conscientes e inconscientes

individuales y colectivos del organismo nacional. De hecho, en el extremo, esta última posición puede llegar a refundar los programas etopolíticos decimonónicos cuando se plantea alternativas identitarias en función del talante más o menos reflexivo o afectivo-emotivo de la vivencia nacionalista. Es lo que se produce, por ejemplo, en la reflexión nacionalista contemporánea transportada por Mario Onaindía (2002) y en la de Rubert de Ventós (1994). Onaindía, a la búsqueda de razones para defender su patriotismo republicano, destaca el elemento consciente al decantarse por el ejercicio de una razón libre, individual, tolerante, ilustrada y basada en la diversidad y la idea de ciudadanía. En sus propias palabras: *"El patriotismo [en sentido republicano clásico] trata de producir un tipo de ciudadano libre que tiene su esfera de seguridad garantizada por las leyes y por tanto trata de defenderlas porque constituyen una barrera que salvaguarda la seguridad individual, de forma que se establece un equilibrio entre los individuos de la sociedad y los miembros de la comunidad. La cohesión social que busca todo género de nacionalismo [en sentido decimonónico], en cambio, genera un individuo que trata de fundirse en la comunidad de una manera acrítica y renunciando a su esfera de autonomía individual"* (Onaindía, 2002, pp. 102-102). Significativamente, los elementos criticados por Onaindía en la última línea son los que vertebran la propuesta de Rubert de Ventós. Como ideólogo del nacionalismo catalán, apuesta por una base de irracionalismo y sentimiento comunitario³, engranado en la uniformidad y la pertenencia. Rubert de Ventós llega incluso a recurrir a argumentos biológicos que, en la especie humana, explicarían la compasión en el seno del grupo básico de pertenencia y la reactividad ante el diferente o el extraño (Ventós, 1994)⁴.

Para evitar tanto la sustancialización psicologicista de estas últimas posiciones como la reutilización historiográfica de las clásicas arquitecturas de la subjetividad colectiva, posiblemente tengamos que reencontrarnos con una tradición disciplinar propiamente psicológica -y, con ella, dar un paso más allá dentro de la sensibilidad postmoderna-. Hablamos de reencuentro porque, otra vez en la línea de no perder de vistas nuestras genealogías, creemos que la aproximación psicológica a los fenómenos culturales complejos -incluyendo los nacionales- encuentra su horizonte de sentido en la teorización psico-sociológica de la Nación realizada a finales del siglo XIX. Con mayor o menor sistematicidad y academicismo, los textos que se editan en ese momento acogen bajo el discurso psico-sociológico tanto una puesta en orden de los tópicos sobre la Nación o el Pueblo como un ecléctico conjunto de herramientas con el que analizarla.

Con ánimo presentista, podríamos decir que el modelo disciplinar de la actual psicología cultural no está muy lejos de esa imagen. Sobre todo si partimos de la base de que ésta se dedica a describir "(...)

³ En último término, Onaindía también necesita considerar elementos afectivos-emotivos en su arquitectura psicológica porque de ellos depende la vinculación, el compromiso, la piedad, el respeto o el amor colectivo; aspectos, todos ellos, que justifican el uso de la cultura común y la memoria compartida a propósito de la ciudadanía, la libertad y la resistencia crítica a la opresión.

⁴ Lo que hasta cierto punto parece reeditar la cuestión decimonónica del reino hominal, un gradiente evolutivo definido por la moralidad y ubicado justo entre una emotividad divino-compasiva y una irracionalidad animal-reactiva.

los fenómenos mentales superiores como entidades que reciben forma del lenguaje, los mitos y las prácticas sociales en los que el individuo vive. No se espera que esta segunda psicología produzca resultados universales. Puesto que los procesos mentales superiores están formados por la cultura, difieren de una sociedad a otra" (White, 1999; p.17). Pero, ciertamente, la revitalización de la preocupación psicológica por la cultura nacional es responsabilidad directa de ciertos trabajos surgidos del seno de la moderna psicología social o de los discípulos de Vygotski, Luría y Leontiev⁵. Son éstas posiciones que aceptan una idea de ser humano como ente biológico sobre el que se define una estructura significadora capaz de dar sentido al mundo. La imagen no estaría muy alejada de la manejada en algunas de las posiciones historiográficas que hemos visto si no fuera por la incorporación de un elemento fundamental al clásico esquema afectivo-cognitivo de la subjetividad: la memoria. Es en este elemento, más que en cualquier otro, en el que se deposita la posibilidad de una psicología del significado y, con ella, del nacionalismo.

La memoria, desde el punto de vista de la psicología cultural, es una función colectiva. Es un mecanismo fundamental de la cohesión colectiva y en ello no parece variar mucho el papel que los pensadores decimonónicos atribuían a la historia. Ahora bien, estos últimos confiaban en la existencia y transcendencia de aquel fundamento primigenio español que, rememorado a la manera socrática, permitiría que el pueblo español tomara conciencia de sus virtudes y obrara en consecuencia. La memoria histórica era el banco de datos reales donde hallar respuestas para el futuro. Lindando con la postmodernidad, la memoria colectiva propuesta por la actual psicología cultural sólo coincide con esa perspectiva en sus objetivos pragmáticos. En este caso, hablamos de una memoria dúctil, adaptativa y proyectiva, más que meramente reconstructiva o recuperadora de información. En este caso, los actos de recuerdo están intrínsecamente ligados a *productos* o significados actuales, con lo que la propia idea de historia verdadera o testimonial se pone en crisis en beneficio de una concepción más virtual o circunstancial.

Es cierto que esta perspectiva no supera la necesidad de una teoría de la subjetividad para explicar la imbricación del sujeto y la cultura nacional. Pero, evidentemente, también rebasa algo más que la concepción sustancialista y presentista de la identidad y la historia manejada por el regeneracionismo a finales del siglo. Rebasa la propia idea de historia y nos instala en el epicentro de la condición

⁵ En realidad, aún cuando términos actuales como identidad o memoria colectiva evoquen el ser, la psicología o la mentalidad decimonónica, ni siquiera la propia etiqueta de psicología de los pueblos ha superado el paso del tiempo. En el capítulo 20 planteábamos que la posibilidad de articular un campo para la investigación del fenómeno nacional desde claves psico-sociológicas, Wundt mediante o no, se desestructuró en beneficio de un dominio más bien multidisciplinar. Es por eso que no pretendemos encontrar en la posible aplicación de la actual psicología cultural al ámbito nacional una herencia directa de la situación de finales del siglo XIX y principios del XX. Los intereses etopolíticos que están en juego en la reflexión disciplinar sobre la Nación moderna que inaugura Fichte y continúan Lazarus, Steinthal y Taine, son distintos a los que Vygotski, Luría, Mead, Bartlett, Bruner, Cole o Wertsch, en diferentes momentos del siglo XX, encaran en sus investigaciones sobre sociedades y culturas modernas y tradicionales. Estos últimos parten de una idea sistemática y programática de lo que debía ser la aplicación de la psicología al estudio de los fenómenos culturales; más aún, del pre-judicio disciplinar de que la psicología era un método y no sólo un objeto de esa reflexión. Si estamos pretendiendo en cualquier caso, delimitar cómo la forma de estructurar y abordar la reflexión nacionalista en el período fundacional encuentra puntos de contacto con la reflexión disciplinar postrera.

postmoderna. Como mínimo nos informa de que hay efectos identitarios de las narraciones históricas –al fin al cabo productos socio-culturales– que se desencadenan al margen de los criterios de rigor científico sancionados por la autoridad de referencia. Deja entrever los mecanismos de poder que necesariamente subyacen a la Historia, su forma de definir, reificar o sustancializar un pasado en la circunstancia del presente y proyectar una moraleja etopolítica hacia el futuro. No hay respuesta única para la historia verdadera: la única posibilidad que nos queda es generar narraciones sobre el pasado y ponerlas a debatir mientras que el ser humano sigue viviendo, en sus diferentes contextos socio-históricos, a través de ellas.

Con ello, también la historia se incorpora a la “caja de herramientas” mediacionales útiles para forjar la mentalidad nacional dando sentido de continuidad a la experiencia grupal en relación con el devenir histórico. Sin duda, esta es una cuestión que nos reencuentra con la preocupación decimonónica por las dimensiones más desestructuradoras y deshumanizadoras de las dinámicas intersubjetivas. Es más, renueva el protagonismo del discurso psicológico como mediador para preservar o transformar una supuesta subjetividad-identidad nacional. Por supuesto, puede ponerse al servicio del programa etopolítico implicado en el primer horizonte de sentido psico-sociológico que señalábamos más arriba: el de la estabilización de una cultura nacional estática y máximamente cohesiva. En él se inscribe la posibilidad de manejar y dominar las categorías que median la subjetividad para que el discurso público coincida con la sustancialización identitaria y, en último término, con los intereses político-ideológicos del grupo o los grupos de poder que la definen. Los puntos estratégicos para llevar a cabo esa labor tampoco han variado demasiado desde finales de siglo: la socialización secundaria producida en la escuela o la exposición a los medios de comunicación de masas. En ese punto, la situación fragmentaria y relativista de la identidad definida por la condición postmoderna se traduce en la imposición de la agenda programática que consigue acaparar más poder respecto del resto de alternativas –podríamos decir la más fuerte en un contexto determinado–.

Sin embargo, en este segundo horizonte –y también en esos espacios institucionales– también se inscriben las posibilidades para desvelar los mecanismos del poder implicados en el primero, generando espacios para la problematización, la crítica o la disensión respecto de la sustancialización identitaria y, de paso, sugiriendo otras alternativas de convivencia. Aplicado al caso español actual, esto abre un panorama mucho más complicado que el que, por ejemplo, hace suponer a Varela (1999) que, tras la transición política de la década de los 70 y los 80, las dimensiones identitarias más mitológicas y excluyentes del “Problema de España” se han transferido a los nacionalismos periféricos; mientras que el resto del Estado estaría preocupándose por problemas más realistas como la industrialización, la urbanización, etc. Si en ese caso no hay signo explícito de España es porque se supone apriorísticamente desde un punto de vista socio-cultural o socio-político. Está potentemente instalado en una trama de significaciones por la que también están tratando de competir –con mayor o menor violencia simbólica e, incluso, física– otras

reificaciones identitarias con sus propios programas etopolíticos. El "Problema de España" (y de Cataluña, y del País Vasco, y de Andalucía...) resurge, precisamente, en las zonas de fricción y conflicto con esas otras alternativas identitarias. Sin duda, en ese punto estamos completamente de acuerdo con Fox (1997) cuando comenta que el nacionalismo está íntimamente relacionado con la cultura hasta el punto de definirla y de reinventarla continuamente, o con Caro Baroja (1970), cuando comenta que, independientemente de si existe o no una psicología del pueblo, ésta va siempre ligada a un programa político.

Así las cosas, partimos de la base de que el mero hecho de desvelar la trama discursiva que da sentido a la subjetividad, esto es, el mero hecho de preguntarnos cómo y cuándo se reconstruye el signo de España sin que esto suponga su reificación, también otorga estrategias de resistencia y redefinición de realidades sociales alternativas a todo tipo de nacionalismos (españolistas y no españolistas). Como mínimo nos permite suspender momentáneamente el juicio en torno a quiénes somos o quiénes tenemos que ser y, lo que es más importante, deconstruir la supuesta comunalidad que compartimos *a priori* con el Yo-nacional y que nos separa del Otro-extraño o extranjero. Al menos la primera parte de esa tarea, desvelar la trama discursiva del nacionalismo, ya ha sido iniciada, con objetivos -científicos e ideológicos- diversos, por el análisis del discurso, la antropología hermenéutica y la psicología cultural.

Creemos que la segunda parte de esa tarea, el establecimiento de términos y espacios para negociar una fórmula mejorada de convivencia colectiva que no parta de la sacralización de ningún elemento *antropográfico, cronográfico, topográfico, productivo o proyectivo* (que no convierta España en un supuesto de partida ni de llegada), es el complicadísimo objetivo que cualquier psicólogo comprometido con el análisis del texto, el juego, la realidad, la legitimidad o la esperanza de la convivencia debería tratar de acometer en algún momento de su vida profesional. Seguramente, esto supone ponerse del lado de un relativismo postmoderno donde el principio del "todo vale" se traduce en la igualación de alternativas que han de alcanzar o acordar continuamente nuevos espacios mediacionales a través del conflicto y el diálogo. Puede que, como dicen algunos, esto no sea más que un juego del lenguaje, pero sin duda es un juego del lenguaje en el que, como bien sabía Wittgenstein, nos jugamos la propia vida o, al menos, la ciudadanía. En cualquier caso, esto ya lo sospechaban algunos regeneracionistas como Altamira cuando pedían historias de España alternativas a la oficial y tradicional para poder forjar otra realidad social.

BIBLIOGRAFÍA

- Abad de Santillana, D. (1917) *Psicología del pueblo español*. Madrid: Rubiños Impr. Peña Cruz.
- Abellán, J.L. (1974) *La idea de América. Origen y evolución*. Madrid: Istmo.
- Abellán, J.L. (1988) *Historia crítica del pensamiento español. Metodología e introducción histórica*. T.1. Madrid: Espasa-Calpe.
- Abellán, J.L. (1989a) *Historia crítica del pensamiento español. La crisis contemporánea (1875-1936)*. T. 5, vol. 1. Madrid: Espasa-Calpe.
- Abellán, J.L. (1989b) *Historia crítica del pensamiento español. La crisis contemporánea (1875-1936)*. T. 5, vol. 2. Madrid: Espasa-Calpe.
- Abellán, J.L. (1996) Prólogo al *Idearium español de Ganivet*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Abellán, J.L. (1997) *Sociología del noventa y ocho*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Abellán, J.L. (coord.) (1998) *El 98 iberoamericano*. Madrid: Pablo Iglesias.
- Alas, L. (1884-1885/1984) *La regenta*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Alba, S. (1899) Prólogo. En Demolins, *¿En qué consiste la superioridad de los anglosajones?*. Madrid: Librería de Victoriano Suárez.
- Alba, S. (1916) *Problemas de España*. Madrid: Hesperia.
- Alberola, A. (1987) *Estudios sobre Rafael Altamira*. Alicante: Instituto de Estudios Juan Gil-Albert.
- Albornoz, A. (1925) *La tragedia del estado español*. Madrid: Caro Reggio.
- Albornoz, A. (s.a.) *El temperamento español. La democracia y la libertad*. Barcelona: Minerva.
- Almirall, V. (1889/1983) *España tal como es*. Barcelona: Anthropos.
- Altamira, R. (1902/1997) *Psicología del pueblo español*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Altamira, R. (1912) *Mi viaje a América*. Madrid: Librería de Victoriano Suárez.
- Altamira, R. (1915) *La guerra actual y la opinión española*. Barcelona: Araluce.
- Altamira, R. (1917) *Psicología del pueblo español*. Barcelona: Minerva.
- Altamira, R. (1924) *La huella de España en América*. Madrid: Reus.
- Álvarez Espino, R. (1867) *Cuadernos de filosofía. Psicología*. Cádiz: Eduardo Gautier, Librero-Editor.
- Álvarez Junco, J. (1990) *El "Emperador del Paralelo". Alejandro Lerroux y la demagogia populista*. Madrid: Alianza.
- Álvarez Junco, J. (2001) *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid: Taurus.

- Álvarez Uría (1983) *Miserables y locos. Medicina mental y orden social en la España del XIX*. Barcelona: Tusquets.
- Álvarez Villar, A. (1969) *Psicología de los pueblos primitivos*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Álvarez, R. (1999) Eugenesia y enfermedad mental frente al cambio de siglo. En A.I. Romero; J. Casco; F. Fuentenebro; R. Huertas (eds.) *Cultura y psiquiatría del 98 en España*. Madrid: Neocisne ediciones.
- Áizola, P. (1898) *El problema cubano*. Bilbao: Andrés P. Cardenal.
- Amicis, E. (1883/2000) *España. Impresiones de un viaje hecho durante el reinado de Don Amadeo I*. Valencia: Librerías "París-Valencia".
- Amicis, E. (1884) *Colección de viajes por los pueblos de raza española*. Barcelona: Domenech.
- Anderson, B. (1983) *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. New York: Verso.
- Anónimo (1881) Institución Libre de Enseñanza. Prospecto para el curso de 1881-1882. *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, V, 90.
- Anónimo (1892) El próximo congreso pedagógico hispano-americano-portugués. *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 32 (585), 355-366.
- Aparicio Ciges, M. (1907/1989) *El libro de la decadencia del periódico y de la política*. Alicante: Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, Diputación Provincial.
- Arana, S. (1892) *Bizkaya por su independencia*. Bilbao: Tipografía de Sebastián Amorrtortu.
- Arana, S. (1894) "Errores catalanistas". *Bizkaitarra*, 16.
- Aranzadi, T.; Hoyos Sainz, L. (1917) *Etnografía: sus bases, sus métodos y aplicaciones a España*. Madrid: Biblioteca Corona.
- Araujo, A. (1914). *La religiosidad española y los problemas nacionales*. Madrid: Publicaciones Religiosas.
- Araujo, L. (1949) *Biografía del Ateneo de Madrid*. Madrid.
- Árdila, R. (1989) *La psicología en Iberoamérica. Historia, teoría y método*. Madrid: Alhambra D. L.
- Arias, F. (1999a) El pensamiento psicológico de Fermín Herrero Bahillo. En F. Herrero Bahillo *Introducción al estudio de la psicología de la raza latina*. Ávila: Harex.
- Arias, F. (1999b) Herrero Bahillo y su psicología de la raza latina. *Revista de Historia de la Psicología*, 20 (3-4), 291-296.
- Ariès, P.; Duby, G. (dir.) (1991) *Historia de la vida privada. 4. De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial*. Madrid: Taurus.
- Aristóteles (1994) *Acerca del alma*. Madrid: Gredos.

- Asín, R. (1997) Introducción. En R. Altamira *Psicología del pueblo español*. Madrid: Biblioteca Nueva
- Azcárate, G. (1876) *Minuta de un testamento*. Madrid: Librería de Victoriano Suárez.
- Azcárate, G. (1877a) *El self-government y la monarquía doctrinaria*. Madrid: Librería de A. de San Martín.
- Azcárate, G. (1877b) *Estudios filosóficos y políticos*. Madrid: Librería de Victoriano Suárez.
- Aznar, P.; Amaro, V.; Calero, J.M.; Alonso, M.S.; Calero, C. (1996) *Psicología e identidad nacional en la España Restaurada: una primera aproximación*. Póster presentado en el IX Symposium de la Sociedad española de Historia de la Psicología (Marbella, Málaga).
- Azorín (1913/1961) *La generación del 98*. Madrid: Austral.
- Bajtín, M.M. (1981) *The Dialogic Imagination: Four Essays by M.M. Bakhtin*. Austin: University of Texas.
- Bandrés, J. (2001) Notas sobre el profesor Simarro y su cátedra. *Boletín Informativo de la Sociedad Española de Historia de la Psicología*, 27, 2-5.
- Bandrés, J.; Campos, J.J.; Llavona, R. (1989) El Dr. Simarro y la neuropsicología. *Revista de Historia de la Psicología*, 10 (1-4), 131-138.
- Bandrés, J.; Llavona, R.; Campos, J. (1996) *Luis Simarro*. Barcelona: Pirámide.
- Bark, E. (1903) *El alma española*. Madrid: Biblioteca.
- Baroja, P. (1944) *Desde la última vuelta del camino. I: El escritor según los críticos*. OO CC, T. 5. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Barras y Aragón, F. (1927) *Notas para un curso de antropología*. Madrid: Imprenta de la Ciudad Lineal.
- Barras y Aragón, F. (1949) *Los últimos escritores de Indias. Bibliografía de españoles del siglo XIX que escribieron sobre países de fuera de Europa o viajaron por ellos*. Madrid.
- Barres, (1902) *Le roman de l'énergie nationale. Iii: Leurs figures*. París: Eugène Fasquelle.
- Battaner, E.; Castro, J. (en prensa) Implicaciones teóricas del uso contemporáneo del término 'identidad' a partir del estudio de su definición en el diccionario de la Real Academia Española. *El diccionario de la RAE en la evolución de identidad...*
- Battaner, E.; Castro, J.; Jiménez B. (2003) Psychology, Language, and National Mentality in Spain: an Approach to the Psycho-Linguistic Construction of National Identity at the End of 19th Century. Ponencia presentada en 22nd Annual Conference of the European Society for the History of the Human Sciences (ESHHS). York, UK, 28th August-2nd September 2003.
- Beinhauer, W. (1937/1944) *El carácter español*. Madrid: Nueva Época

- Beneyto, J.M. (1999) *Tragedia y razón. Europa en el pensamiento español del siglo XX*. Madrid: Taurus.
- Berger, P.L.; Luckman, T. (1998) *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bergua, J. (1934) *Psicología del pueblo español*. Madrid: Lib: Bergua
- Bernardo de Quirós, C. (1898) *Las nuevas teorías de la criminalidad*. Madrid: Hijos de Reus.
- Bernardo de Quirós, C. (1919) *El espartaquismo agrario andaluz*. Madrid: Reus.
- Bernardo de Quirós, C. (1906) *Criminología de los delitos de sangre en España*. Madrid: P. Apalategui.
- Bernardo de Quirós, C.; Llanas, J. (1901) *La mala vida en Madrid. Estudio psicosociológico con dibujos y fotografías del natural*. Madrid: B. Rodríguez.
- Besteiro, J. (1897) *La psicofísica*. Madrid: Imp. R. Rojas.
- Besteiro, J. (1905) Prólogo. En J.M. Baldwin *Historia del alma*. Madrid: Imp. R. Rojas.
- Blanco Aguinaga, C. (1998) *Juventud del 98*. Madrid: Taurus.
- Blanco, A. (1988) *Cinco tradiciones en la psicología social*. Madrid: Morata
- Blanco, F. (1993) *Juan Vicente Viqueira (1886-1924) y la psicología española de principios de siglo*. Tesis doctoral. Madrid: UAM ediciones.
- Blanco, F. (ed.) (1997a) *Historia de la psicología española desde una perspectiva socio-institucional*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Blanco, F. (1997b) El lugar del discurso psicológico en la Institución Libre de Enseñanza: la psicología y la renovación de la conciencia nacional. En F. Blanco (ed.) *Historia de la psicología española desde una perspectiva socio-institucional*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Blanco, F. (1997c) El Museo Pedagógico Nacional: una hipótesis institucional para el desarrollo del programa educativo krausista. En F. Blanco (ed.) *Historia de la psicología española desde una perspectiva socio-institucional*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Blanco, F. (2000) *Proyecto docente de historia de la psicología*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid. Trabajo inédito.
- Blanco, F. (2002) *El cultivo de la mente: un ensayo teórico-crítico sobre la cultura psicológica*. Madrid: Antonio Machado.
- Blanco, F.; Castro, J. (en prensa) La significación cultural de la psicología en la España Restaurada. *Actas de las V jornadas de hispanismo filosófico*.
- Blanco, F.; Castro, J.; Castro, R. (1996) Eloy Luis André. *Personajes para una historia de la psicología en España*. Barcelona: Pirámide.
- Blas Guerrero, A. (1987) "Estudio preliminar". En E. Renan *¿Qué es una nación?*. Madrid: Alianza.

- Blas Guerrero, A. (1996) Introducción. En R. Macías Picavea *El problema nacional*. Madrid: Biblioteca Nueva
- Blas Guerrero, A. (1997) "Introducción. Cánovas del Castillo y el lugar de la nación." En A. Cánovas, *Discurso sobre la nación*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Boring, E.G. (1980) *Historia de la psicología experimental*. México: Trillas.
- Bourdieu, P. (1991) *El oficio de científico: ciencia, de la ciencia y reflexividad*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (1991) *Language and Symbolic Power*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Bourget, P. (1886) *Nouveaux Essais de Psychologie Contemporaine*. París: Alphonse Lemerre.
- Bruner, J. (1998) *Actos de significado*. Madrid: Alianza.
- Buckle, E. (1908/1997) *Bosquejo de una historia del intelecto español desde el siglo V hasta mediados del XIX*. Valencia: Librerías París-Valencia (Facsímil).
- Bueno, G. (1989) *La obra filosófica de Fray Zeferino González*. Oviedo: Universidad de Oviedo. Tesis doctoral inédita.
- Bueno, G. (1997) *El mito y la cultura: Ensayo de una filosofía materialista de la cultura*. Madrid: Prensa Ibérica.
- Bueno, G. (1999) *España frente a Europa*. Barcelona: Alba editorial.
- Bunge, C. O. (1905) *Nuestra América*. Buenos Aires: Valerio Abeledo.
- Burke, K. (1969) *A Rhetoric of Motives*. Berkeley: University of California Press.
- Cacho Viu, V. (1962) *La Institución Libre de Enseñanza. I. Orígenes y etapa universitaria (1860-1881)*. Madrid: Rialp.
- Cacho Viu, V. (1989) "Proyecto de España en el nacionalismo catalán". *Revista de Occidente*, IV.
- Cacho Viu, V. (1997) *Repensar el 98*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Cacho Viu, V. (1998) *El nacionalismo catalán como factor de modernización*. Barcelona: Quaderns Crema.
- Cadalso, J. (1789/1993) *Cartas marruecas-Noches lúgubres*. Madrid: Cátedra.
- Calvo Carilla, J.L. (1998) *La cara oculta del 98. Místicos e intelectuales en la España del fin de siglo (1895-1902)*. Madrid: Cátedra.
- Calvo Roy, A. (2001) *Lucas Mallada, rocas y razones: biografía de un geólogo regeneracionista*. Madrid: Cajamadrid.
- Campión, A. (1884) *Gramática de los cuatro dialectos de la lengua éuskara*. Tolosa: E. López.
- Campión, A. (1901/1976) *Discurso en las fiestas Euskaras de Azpeitia. Discursos políticos y literarios*. Bilbao: Gran Enciclopedia Vasca.

- Campo, S. (2001) "Introducción (a la Historia de la Sociología Española)". En S. del Campo (Dir.) *Historia de la sociología española*. Barcelona: Ariel.
- Canalejas, F.P. (1870) "Las leyes que presiden a la lenta y constante sucesión de los idiomas en la historia indo-europea". *Memorias de la Academia Española*. Madrid: Imprenta y Esterotipia de M. Rivadeneyra.
- Cánovas, A. (1854/1910) *Historia de la decadencia de España desde el advenimiento de Felipe III al trono hasta la muerte de Carlos II*. Madrid: Librería Gutemberg de J. Ruiz.
- Cánovas, A. (1869/1911) *Bosquejo histórico de la casa de Austria en España*. Madrid: Librería de Victoriano Suárez.
- Cánovas, A. (1882/1997) *Discursos a la nación*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Cánovas, A. (1888) *Estudios del reinado de Felipe IV*. (2 vols.) Madrid: Imp. de A. Pérez Dubrull.
- Capellán, M. (2000) "Entre 'españolismo' y 'extranjerismo'. El origen de la polémica sobre la Ciencia española. En G. Capellán y X. Agenjo (eds.) *Hacia un nuevo inventario de la Ciencia Española*. Santander: Sociedad Menéndez Pelayo.
- Carlyle, T. (1840/1986) *Los héroes*. México: Editorial Porrúa.
- Caro Baroja, J. (1970) *El mito del carácter nacional. Meditaciones a contrapelo*. Madrid: Seminarios y ediciones.
- Caro Baroja, J. (1987) *La cara, espejo del alma. Historia de la fisiognómica*. Madrid: Galaxia Gutenberg.
- Carpintero, H. (1981) Wundt y la psicología en España. *Revista de Historia de la Psicología*, 2 (1), 37-55.
- Carpintero, H. (1994) *Historia de la psicología en España*. Madrid: EUEMA.
- Carpintero, H. (1998) La psicología en la España de 1898. *Revista de Historia de la Psicología*, 19 (1), 5-42.
- Carpintero, H. (2002) Simarro y la ciencia. Examen de un texto olvidado. *Revista de Historia de la Psicología*, 23 (1), 9-30.
- Carpintero, H.; Peyró, J.M. (comp.) (1981) *Psicología contemporánea. Teorías y métodos cuantitativos para el estudio de su literatura científica*. Valencia: Alfaplus.
- Carpintero, H.; Lafuente, E. (1998) Belief and Knowledge in Gustave Le Bon and José Ortega. *Revista de Historia de la Psicología*, 19 (4), 517-522.
- Carreras y Artau, T. (1912) *Ética hispana*. Gerona: Tipografía Carreras y Mas.
- Carreras y Artau, T. (1923) "Estudis de Psicologia ètnica: el concepte de "Mentalitat primitiva". *Anuari de la Societat Catalana de Filosofia*, I.

- Carreras y Artau, T. (1929) *Problemas actuales de psicología colectiva y étnica y su transcendencia filosófica*. Madrid: Imp. Huelves y Cia.
- Carreras y Artau, T. (1954) *Estudios sobre médicos-filósofos españoles del siglo XIX*. Barcelona: C.S.I.C.
- Casco, J. (1999) Oligarquía y Neurastenia. Dos estampas de 1898. En A.I. Romero; J. Casco; F. Fuentenebro; R. Huertas (eds.) *Cultura y psiquiatría del 98 en España*. Madrid: Neocisne ediciones.
- Castillo, S. (1988) *Trabajos de la comisión de reformas sociales*. Madrid: Centro de Publicaciones del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social (Facsímil).
- Castro y Hernández, M. (1922) *Nacionalismo, humanismo y civilización*. Madrid: Imp. de G. Hernández y Galo Sáez.
- Castro, F. (1866) *Caracteres históricos de la Iglesia española. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública de Fernando de Castro*. Madrid: Imp. y Estereotipia de M. Rivadeneyra.
- Castro, J. (1997) *El desarrollo de la psicología a través de las cátedras de instituto en la segunda mitad del siglo XIX*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid. Tesina inédita.
- Castro, J. (2000) La psicología española en la Ciencia y la filosofía argentina: un estudio a través de las revistas especializadas de principios de siglo. En G. Capellán y X. Agenjo (eds.) *Hacia un nuevo inventario de la ciencia española*. Santander: Asociación de Hispanismo Filosófico. Sociedad Menéndez Pelayo.
- Castro, J. (2002) Arte y experiencia estética en la psicologías de los pueblos de la segunda mitad del siglo XIX. Ponencia presentada en el Primer seminario de Psicología y Estética. La cristalera (Miraflores de la Sierra), enero de 2002.
- Castro, J.; Blanco, F. (1998) José Ingenieros en la historia de la psicología española: una reflexión desde Argentina sobre las relaciones entre psicología e identidad tras la crisis del 98. *Revista de Historia de la Psicología*, 19 (2-3), 189-202.
- Castro, J.; Castro, R.; Casla, M. (1997) Las cátedras de Filosofía en los institutos de segunda enseñanza: el control ideológico de la educación. En F. Blanco (ed.) *Historia de la Psicología española desde una perspectiva socio-institucional*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Castro, J.; Castro, R.; Casla, M.; Blanco, F. (1995) Las cátedras de filosofía de los institutos de segunda enseñanza (1857-1885). En *Revista de Historia de la Psicología*, 16 (3-4), 339-352.
- Castro, J.; Castro, R.; Sánchez, M. (1993a) Una aproximación biográfica a la figura de E. Luis André (1876-1935) desde la historia de la psicología. *Revista de Historia de la Psicología*, 14 (3-4), 512-524.

- Castro, J.; Castro, R.; Sánchez, M. (1993b) *Una aproximación biográfica a la figura de E. Luis André (1876-1935) desde la historia de la psicología*. Madrid: trabajo inédito (Premio Juan Huarte de San Juan de la Sociedad Española de Historia de la Psicología).
- Castro, J.; Jiménez, B.; Morgade, M.; Blanco, F. (2001) La función de los mitos fundacionales en la promoción de una identidad disciplinar para la psicología. *Revista de Historia de la Psicología*, 22 (3-4), 297-309.
- Cavalli-Sforza, L. L. (2000) *Genes, pueblos y lenguas*. Barcelona: Crítica.
- Cerezo, P. (2003) *El mal del siglo: El conflicto entre Ilustración y Romanticismo en la crisis finisecular del siglo XIX*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Cole, M. (1999) *Psicología cultural*. Madrid: Morata.
- Cologan, B.J. (1878) *Estudios sobre la nacionalidad, naturalización y ciudadanía*. Madrid: Imp. Estereotipia y Galvanoplástica de Aribaru y Cía.
- Colom, R. (1994) *Psicología de las diferencias individuales*. Madrid: Pirámide.
- Comellas, J.L. (2002) *Del 98 a la semana trágica. Crisis de conciencia y renovación política*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Comte, A. (1851-1854/1998) Sistema de política positiva o tratado de sociología que instituye la religión de la humanidad. En F. Larroyo (sel.) *La filosofía positiva*. México: Porrúa.
- Copleston, F. (1974) *Historia de la filosofía*. Barcelona: Ariel.
- Corcuera, J. (2002) "El primer nacionalismo vasco 1898-1918. Integrista y posibilismo". En *Regeneración y reforma. España a comienzos del siglo XX*. Madrid: Fundación BBVA.
- Corcuera, J. (2001) *La patria de los vascos. Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco (1876-1903)*. Madrid: Taurus.
- Costa, J. (1891-1895) *Estudios ibéricos*. Madrid: Tipogr. de San Francisco de Sales.
- Costa, J. (1898/1981) *Reconstitución y europeización de España*. En *Reconstitución y europeización de España y otros escritos*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local.
- Costa, J. (1901/1981) *Crisis política de España*. En *Reconstitución y europeización de España y otros escritos*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local.
- Costa, J. (1901/1998) *Oligarquía y caciquismo*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Costa, J. (1904/1981) *¿Tiene España actitudes para ser una nación moderna?*. En: *Reconstitución y europeización de España y otros escritos*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local.
- Croce, B. (1896) *Ricerche ispano-italiane*. Nápoles.

- Cruz, R. (2002) Las organizaciones obreras en España, 1898-1914. Persistencia y cambio de la solidaridad de oficio. En *Regeneración y reforma. España a comienzos del siglo XX*. Madrid: Fundación BBVA.
- Cueva Merino, J. (2002) La política de masas. En *Regeneración y reforma. España a comienzos del siglo XX*. Madrid: Fundación BBVA.
- Chamberlain, H.S. (1899/1913) *La genese du XIX^{me} siècle*. París: Payot et cie.
- Cheyne, G. (1972) *Joaquín Costa, el gran desconocido*. Barcelona: Ariel.
- Danziger, K. (1990) *Constructing the Subject: Historical Origins of Psychological Research*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Danziger, K. (1997) *Naming the Mind: How Psychology found Its Language*. London: Sage
- Del Barrio, M.V.; Carpintero, H. (1985) Los comienzos de la psicología educativa en España: la tradición krausista. *Revista de Historia de la Psicología*, 6 (2), 133-144.
- Delgado, F.; F. Fernández y González (1869) *Discursos leídos en la sesión inaugural de la Sociedad Antropológica española, verificada el 21 de febrero de 1869, por el socio titular fundador don Francisco de Asís Delgado Jugo*. Madrid: Establecimiento Tipográfico de T. Fortanet.
- Demolins, E. (1897/1899) *¿A qué se debe la superioridad de los anglosajones?*. Madrid: Librería de Victoriano Suárez.
- Dí Cesare, D. (1999) *Wilhelm von Humboldt y el estudio filosófico de las lenguas*. Barcelona: Anthropos.
- Díaz del Corral, L. (1955) *El liberalismo doctrinario*. Madrid: I.E.P.
- Díaz, I. (1915) *Antropología o filosofía del hombre*. Madrid: Imprenta de Cándido Alonso y Cía.
- Díaz-Guerrero, R. (1983) La psicología de los pueblos. *Revista de Historia de la Psicología*, 4 (1), 33-42.
- Dosfuentes, M. (1917) *El Alma nacional, sus vicios y sus causas*. Madrid: Imprenta Cervantina.
- Draghicesco, D. (1904) La conscience derivé des rapports inter-individuelles organisés en Société. *Revue internationale de Sociologie*, 12, 243-258.
- Elias, N. (1993) *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Elorza, A. (1978) *Ideologías del nacionalismo vasco*. San Sebastián: L. Aranburu.
- Ellis, H. (1928) *El alma de España*. Barcelona: Casa editorial Araluce.
- Escolano, A. (1999) Los movimientos de renovación pedagógica en la España de entresiglos. En A.I. Romero; J. Casco; F. Fuentenebro; R. Huertas (eds.) *Cultura y Psiquiatría del 98 en España*. Madrid: Neocisne ediciones.

- Escolar Sobrino, H. (1982) *Historia ilustrada del libro español. La edición moderna. Siglo XIX y XX*. Madrid: Ediciones Pirámide.
- Escolar Sobrino, H. (1982) *Los editores y el cambio*. Madrid: Cámara del libro de Madrid.
- Esteva, C. (1967) La Etnopsicología y el estudio de los valores. *Revista de Psicología General y aplicada*, XXII, 107-141.
- Farinelli, A. (1920) *Viajes por España y Portugal desde la edad media hasta el siglo XX*. Madrid.
- Fernández Almagro, M. (1966) *Vida y literatura de Valle Inclán*. Madrid: Taurus.
- Fernández, A.; Rosa, A.; Ondé, D. (2000) Creando historias de la psicología. Algunos efectos de la enseñanza de la asignatura. *Revista de Historia de la Psicología*, 2 (2-3), 25-34.
- Fernández, E. (1998) *El pensamiento y la obra de Joaquín Costa*. Barcelona: Institut de Ciències Politiques i Socials.
- Ferrater Mora, J. (1998) *Diccionario de filosofía* (4 vols.). Barcelona: Ariel.
- Ferri, E. (1896/1899) *Los delincuentes en el arte*. Madrid: Fernando Fe.
- Fey, E. (1975) *Estudio documental de la filosofía en el bachillerato español (1807-1957)*. Madrid: C.S.I.C.
- Fichte, J.G. (1808/1984) *Discursos a la nación alemana*. Barcelona: Orbis.
- Fité, V. (1899/1989) *Las desdichas de la patria*. Madrid: Fundación Banco Exterior.
- Flores, F.J. (1989) Prólogo a *Los males de la patria*. En L. Mallada *Los males de la patria* Madrid: Fundación Banco Exterior.
- Flores, F.J. (1994) Prólogo. En L. Mallada *Los males de la patria y la futura revolución española*. Madrid: Alianza.
- Foradori, I.A. (1954) *La psicología en América*. Buenos Aires: Instituto Cultural Joaquín V. González.
- Forner, J.P. (1786) Oración apologética por la España y su mérito literario: para que sirva de exoneración al discurso leído por el abate Denina en la Academia de Ciencias de Berlín, respondiendo a la cuestión ¿qué se debe a España?. Madrid: Imprenta Real.
- Foucault, M. (1973) *El orden del discurso*. Barcelona Tusquets.
- Foucault, M. (1977-1987) *Historia de la sexualidad*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1979) *Historia de la locura en la época clásica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (1984) *La arqueología del saber*. Madrid: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1991) *Tecnologías del yo*. Paidós/ICE-UAB.
- Foucault, M. (1995) *Un diálogo sobre el poder*. Madrid: Alianza.
- Foucault, M. (1999) *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Madrid: Siglo XXI.

- Foucault, M. (2000) *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI.
- Fouillée, A. (1895/1901) *Temperamento y carácter según los individuos, los sexos y las razas* Madrid: Jorro.
- Fouillée, A. (1902/1943) *Bosquejo psicológico de los pueblos europeos*. Buenos Aires: Americalee.
- Fox, I. (1988) *Ideología y política en las letras de fin de siglo (1898)*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Fox, I. (1997) *La invención de España*. Madrid: Cátedra.
- Frank, W. (1927) *España virgen: escenas del drama espiritual de un gran pueblo*. Madrid: Revista de Occidente.
- Franco, D. (1998) *España como preocupación*. Madrid: Alianza.
- Freud, S. (1913/1972) *Tótem y tabú*. Madrid: Biblioteca Nueva
- Freud, S. (1930/1974) *El malestar en la cultura*. Madrid: Biblioteca Nueva
- Fukuyama, F. (1992) *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona: Planeta D.L.
- Fusi, J.O. y Niño, A. (eds.) (1996) *Antes del desastre. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Fusi, J.P. (2000) *España. La evolución de la identidad nacional*. Madrid. Ediciones Temas de hoy.
- Galera, A. (1987) La antropología criminal española de fin de siglo. En *Investigaciones Psicológicas. Los orígenes de la psicología científica en España: el doctor Simarro*, 4.
- Galtés, P. (1894) *Diccionario etnográfico-antropológico*. Barcelona: Tip. Española.
- Gallego, A.; Sánchez, A. (eds.) (2000) *Ganivet y el 98. Actas del congreso internacional (Granada 27-31 de octubre de 1998)*. Granada: Universidad de Granada.
- Ganivet, A. (1897/1996) *Idearium Español*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- García, V. (1948) *El Ateneo de Madrid*. Madrid: Dossat.
- García Villada, Z. (1920) *Grandezas españolas*. .
- García Villada, Z. (1926) *El destino de España en la historia universal*. Madrid: Cultura Española.
- García, F.J. (1987) Relaciones del Dr. Simarro con la antropología pedagógica. En *Investigaciones psicológicas. Los orígenes de la psicología científica en España: El Doctor Simarro*, 4, 127-154.
- Gay, V. (1905) *Constitución y vida del pueblo español. Estudio sobre etnografía y psicología de la raza de la España contemporánea*. Madrid: Internacional
- Gener, P. (1887) *Heregías. Estudios de crítica inductiva sobre asuntos españoles*. Madrid: Ed. Fernando Fe.
- Gener, P. (1897) *Amigos y maestros. (Contribución al estudio del espíritu humano a fines del siglo XIX)*. Madrid: Ed. Fernando Fe.

- Gil Cremades, J. J. (1967) *El reformismo español. Krausismo, escuela histórica, neotomismo*. Barcelona: Ariel.
- Giménez Caballero, E. (1932) *Genio de España*. Madrid: Ed. Jerarquía.
- Giménez Valdivieso, T. (1909) *El atraso de España*. Madrid: Fundación Banco Exterior.
- Giner, F. (1876/1919) *Estudios de literatura y arte*. OO.CC. T. 2. Madrid: Librería de Victoriano Suárez.
- Giner, F. (1899) *La persona social. estudios y fragmentos*. Madrid: Librería de Victoriano Suárez.
- Giner, F.; Soler, E. y Calderón, A. (1877) *Lecciones sumarias de psicología*. Madrid: Imprenta de Aurelio J. Alarín. (2ª ed.)
- Giner, H. (1912) Prólogo. En G. Tiberghien *Tesis*. Valencia: Editorial Sempere.
- Girón, A. (1999) La revolución como medicina: Enfermedad mental y anarquismo en torno a 1898. En A.I. Romero; J. Casco; F. Fuentenebro; R. Huertas (eds.) *Cultura y psiquiatría del 98 en España*. Madrid: Neocisne ediciones.
- Gobineau (1884/1937) *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*. Barcelona: Apolo.
- Gondra, J.M. (1997-1998) *Historia de la psicología. Introducción al pensamiento psicológico moderno*. Madrid: Síntesis.
- González Aparicio, P. (1974) *Historia del periodismo español. De las guerras coloniales a la Dictadura*. Madrid: Editoria Nacional.
- González Cuevas, P. (2003) *Maeztu: biografía de un nacionalista español*. Madrid: Marcial Pons.
- González Duro, E. (1976) *Psiquiatría y sociedad autoritaria: España 1935-1975*. Madrid: Akal editor.
- González Hernández, M.J. (2002) Los conservadores y la obra de modernizar España. En *Regeneración y reforma. España a comienzos del siglo XX*. Madrid: Fundación BBVA
- González Serrano, U. (1880) *La Psicología contemporánea*. Madrid: lib. de Hernando.
- González Serrano, U. (1882) *Preocupaciones sociales. Ensayos de psicología popular*. Plasencia: Imp. de El Extremeño.
- González Serrano, U. (1884) *La sociología científica*. Madrid: Librería de Fernando Fe.
- González Serrano, U. (1886) *Psicología fisiológica*. Madrid: Fernando Fe.
- González Serrano, U. (1894) *En pro y en contra (Críticas)*. Madrid: Librería de Victoriano Suárez.
- González, Z. (1873) *Filosofía elemental*. Madrid: Imp. de P. López.
- Gorostizaga, A. (1896) "Concepto de la Etnografía". *Boletín de archivos, bibliotecas y museos*. Año I, 84-88.
- Granja, J.L. (1995) *El nacionalismo vasco: un siglo de historia*. Madrid: Tecnos.
- Granjel, L. (1959) *Panorama de la Generación del 98*. Madrid: Guadarrama.

- Guichot, A. (1922) *Noticia histórica del folklore. Orígenes en todos los países hasta 1890. Desarrollo en España hasta 1921*. Sevilla: Hijos de Guillermo Álvarez.
- Guixé, J. (1912) *Problemas de España*. Madrid: Sucesores de Hernando.
- Gutiérrez, R. (2001) Adolfo Posada: reformismo y eclecticismo. En S. del Campo (Dir.) *Historia de la sociología española*. Barcelona: Ariel.
- Harris, M. (1985) *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*. Madrid: Siglo XXI
- Harris, M. (2000) *Antropología cultural*. Madrid: Alianza Editorial.
- Havelock, E. (1996) *La musa aprende a escribir. Reflexiones sobre oralidad y escritura desde la antigüedad hasta el presente*. Barcelona: Paidós.
- Hedetoft, U. (1995) *Signs of Nations. Studies in the Political Semiotics of Self and Other in Contemporary European Nationalism*. Aldershot: Dartmouth.
- Hedetoft, U. (1996) *Constructions of Europe: Territoriality, Sovereignty, Identity*. Plenary address for conference on 'Collective Identity and Symbolic Representation', organised by 'The European Association for the Advancement of Social Sciences' and 'The interdisciplinary Centre for Comparative Research in the Social Sciences'. Held at the FNSP, Paris, July 3-6, 1996.
- Hegel, G. W. F. (1807/1988) *Fenomenología del espíritu*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Hegel, G. W. F. (1837/1999) *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Madrid: Alianza editorial.
- Herbart, J.F. (1816/1901) *A Textbook in Psychology*. Nueva York: Appleton.
- Herder, J.G. (1772/1982) *Tratado sobre el origen del lenguaje*. En P. Ribas (comp.) *Obra selecta*. Madrid: Alfaguara.
- Herder, J.G. (1784-1791/1952) *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*. Buenos Aires: Losada (traducción íntegra J. Rovira).
- Herder, J.G. (1784-1791/2002) *Antropología e historia*. Madrid: Facultad de Filosofía. Universidad Complutense (traducción parcial de V. López).
- Hermida, F. (1998) *Ricardo Macías. Picavea a través de su obra*. Valladolid: Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura.
- Hernández, J.H. (1995) *El pensamiento romántico y el arte en España*. Madrid: Cátedra.
- Herrero Bahillo, F. (1911) *Nociones de psicología moderna*. Lérida: Artes Gráficas Sol y Benet.
- Herrero Bahillo, F. (1917) *Nociones de psicología moderna*. Ávila: Sucesores de Jiménez. 2ª ed.
- Hobsbawn, E. (2002) Introducción: la invención de la tradición. En E. Hobsbawn y T. Ranger (eds.) *La invención de la tradición*. Barcelona: Crítica.

- Hoyos Sainz, L.; Aranzadi, T. (1899-1900) *Lecciones de antropología*. Madrid: Romo y Füssel Libreros editores.
- Huici, V. (1981) Ideología y política en Arturo Campión. En *Príncipe de Viana*, año 42, 163.
- Humboldt, W. (1836/1990) *Sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano y su influencia sobre el desarrollo espiritual de la humanidad*. Madrid: Anthropos.
- Hume (1739/1984) *Tratado de la naturaleza humana*. Barcelona: Orbis.
- Hume, M.A.S. (1901) *The Spanish People. Their origin, growth and influence*. Londres: William Heinemann.
- Iglesias, R. (1986) El reaccionarismo de la generación del 98. En *El hombre Colón y otros ensayos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ingenieros, J. (1910/1957) *Sociología argentina*. OO.CC. Vol. 8. Buenos Aires: Elmer.
- Ingenieros, J. (1913/1957) *El Hombre mediocre*. OO.CC. Vol. 10. Buenos Aires: Elmer.
- Ingenieros, J. (1917/1957) *La cultura filosófica en España*. OO.CC. Vol. 17. Buenos Aires: Elmer.
- Iriarte, M. (1948) *El doctor Huarte de San Juan y su Examen de Ingenios. Contribución a la historia de la psicología diferencial*. Madrid: C.S.I.C.
- Isern, D. (1899) *Del desastre nacional y sus causas*. Madrid: Imprenta de la viuda de M. Minerva de los Ríos.
- Izquierdo, N. (1874) *Discurso leído en la Universidad Literaria de Salamanca, en la solemne apertura del curso de 1874 a 1875*. Salamanca.
- Jahoda, G. (1995) *Encrucijadas entre la cultura y la mente. Continuidades y cambio en las teorías de la naturaleza humana*. Madrid: Visor.
- Jerez Mir, R. (1980) *La introducción de la sociología en España. Manuel Sales y Ferré: una experiencia truncada*. Madrid: Editorial Ayuso.
- Jhering, R. (1896) *Prehistoria de los pueblos indoeuropeos*. Madrid: Librería de Victoriano Suárez.
- Jiménez Burillo, F. (1976) Psicología social en España (Notas para una historia de las ciencias Sociales). *Revista de psicología general y aplicada*, XXXI (139), 236-284.
- Jiménez García, A. (1989) *El krausopositivismo de Urbano González Serrano*. Badajoz: Departamento de Publicaciones de la Excma. Diputación provincial de Badajoz.
- Jiménez, B. (2002) *Las ideas antropológico-criminales en España y Argentina a finales del siglo XIX y principios del XX*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid. Tesina inédita.
- Jiménez, B.; Castro, J. (2000) El discurso psico-lógico en las relaciones intelectuales entre España y Latinoamérica: El Boletín de la Institución Libre de Enseñanza como un espacio de debate psico-sociológico. *Revista de Historia de la Psicología*, 21 (2-3), 107-118.

- Jiménez, B.; Castro, J. (2002) "Estética y degeneración en la construcción psico-sociológica de las naciones hispanoamericanas". *Revista de Historia de la Psicología*, 23 (3-4), 431-447.
- Jiménez, B.; Castro, J. (en prensa) Some keys to understand the psycho-sociological construction of spanish American Nations: The case of the latinamerican discourse on degeneracy in spanish restoration. *Actas del 21st Annual Conference of the European Society for the History of the Human Sciences*.
- Jiménez-Landi, A. (1987) *La Institución Libre de Enseñanza. Período Parauniversitario*. Vol. 2. Madrid: Taurus.
- Jiménez-Landi, A. (1996) *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente*. (4 vols.) Madrid: Editorial Complutense.
- Jover, J.M. (dir.) (2002) *Historia de España Menéndez Pidal. La época de la Restauración (1875-1902). Civilización y cultura*. Vol. 2. Madrid: Espasa-Calpe.
- Juaristi, J. (1992) *Vestigios de Babel: Para una arqueología de los nacionalismos españoles*. Madrid: Siglo XXI.
- Juaristi, J. (1996) Prólogo a *En torno al casticismo*. En M. Unamuno *En torno al casticismo*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Juaristi, J. (1997) *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos*. Madrid: Espasa.
- Juaristi, J. (2000) *El bosque originario*. Madrid: Taurus
- Juderías, J. (1914) *La leyenda negra y la verdad histórica*. Madrid: Tip. de la "Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos".
- Juderías, J. (1918) *La reconstrucción de la historia de España*. Madrid: Imprenta Clásica Española.
- Kant, I. (1990) *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Kant, I. (1781/1989) *Crítica de la razón pura*. Madrid: Alfaguara.
- Kant, I. (1798/1991) *Antropología en sentido pragmático*. Madrid: Alianza.
- Krewer, B.; Jahoda, G. (1990) On the scope of Lazarus and Steintal's "Völkerpsychologie" as reflected in the *Zeitschrift für Völkerpsychologie und Sprachwissenschaft* (1860-1890). En *Quarterly Newsletter of the Laboratory of Comparative Human Cognition*, 12, 4-12.
- Kuhn, T. (1993) *La revolución copernicana*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- La Iglesia y García, G. (1908/s.a.) *El Alma española. Ensayo de una psicología nacional*. Madrid: Centro Editorial de Góngora.
- Lac. 3ta Zabalza, J.I. (1994) *Hegel en España: un estudio sobre la mentalidad social del hegelianismo hispánico*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.

- Lafuente, E. (1982) La psicología de Giner de los Ríos y sus fundamentos krausistas. *Revista de Historia de la psicología*, 3, 247-269.
- Lafuente, E.; Herrero, F. (2003) La introducción de la psicología moderna en España (1877-1936): la orientación aplicada a través de tres revistas madrileñas. *Revista de Historia de la Psicología*, 24 (2), 179-208.
- Lafuente, M. (1850-1867) *Historia general de España: desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*. Madrid: Establec. tipogr. de Mellado.
- Laín Entralgo, P. (1947/1997) *La Generación del 98*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Lakoff, G.; Johnson, M. (1991) *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.
- Laporta, F.J. (1974) *Adolfo Posada: política y sociología en la crisis del liberalismo español*. Madrid: Edicusa.
- Laporta, J.F. (1977) *Antología Pedagógica de F. Giner de los Ríos*. Madrid: Santillana.
- Latour, B. (1987) *Science in Action*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Lazarus, M.; Steinthal, H. (1860) "Einleitende Gedanke über Völkerpsychologie als Einladung zu einer Zeitschrift für Völkerpsychologie und Sprachwissenschaft". *Zeitschrift für Völkerpsychologie und Sprachwissenschaft*, 1, 1-72.
- Le Bon, G. (1895/1912) *Leyes psicológicas de la evolución de los pueblos*. Madrid: Jorro.
- Le Bon, G. (1896/1929) *La psicología de las multitudes*. Madrid: Jorro.
- Le Bon, G. (1903) *Psicología del socialismo*. Madrid: Jorro.
- Leahey, T.H. (1995) *Historia de la psicología. Corrientes principales del pensamiento psicológico*. Madrid: Debate.
- Leary, D. (1990) *Metaphors in the History of Psychology*. Cambridge University Press.
- Leenhardt, M. (1997) *Do Kamo. La persona y el mito en el mundo melanesio*. Barcelona: Paidós.
- Leguineche, M. (1998) *Yo pondré la guerra*. Madrid: El País Aguilar.
- Leontiev, A. (1982) *El desarrollo del psiquismo*. Madrid: Akal.
- Lévy-Bruhl, L. (1978) *La mitología primitiva*. Barcelona: Península.
- Lisón Tolosana, C. (1976) *Antropología social en España*. Madrid: Akal.
- Litvak, L. (1988) *La mirada roja. Estética y arte del anarquismo español (1880-1913)*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Lodares, J.R. (2002) *Lengua y patria*. Madrid: Taurus.
- Lombroso, C. (1876/1894) *L' uomo di genio ni s'apporto alla Psichiatria, alla Storia ed alla Estetica*. Torino: Tip. Et Lit. Camille e Bertoldo. (6ª ed.).
- Lombroso, C. (1878/1889) *L' uomo delinquente*. Torino: Fratelli Bocca. (4ª ed.)

- Lombroso, C. (1894/1977) *Los anarquistas*. Barcelona: Jucar.
- Lombroso, C. (1899/1902) *El delito. Sus causas y sus remedios*. Madrid: Librería de Victoriano Suárez
- López Álvarez, J. (1984) *Federico de Castro y Fernández (1834-1903). Filósofo e historiador de la filosofía*. Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.
- López Morillas, J. (1972) *Hacia el 98: literatura, sociedad, ideología*. Barcelona: Ariel.
- López Morillas, J. (1980) *El krausismo español*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Lothar, R. (1938) *El alma de España*. León: Imprenta Católica.
- Luis André, E. (1906) *El histrionismo español*. Barcelona: Imprenta de Henrich y Cía. Editores.
- Luis André, E. (1910) *Ética española. Problemas de moral contemporánea*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra. (1ª ed.).
- Luis André, E. (1919) *Elementos de Psicología. La ciencia del alma según los resultados de la investigación experimental*. Madrid: Imprenta de los Hijos de M.G. Hernández.
- Luis André, E. (1920) *Elementos de psicología*. Madrid: Imprenta de los Hijos de M.G. Hernández.
- Luis André, E. (1924) *Nociones de psicología experimental*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra.
- Luis André, E. (1925) *Ética española. Problemas de moral contemporánea*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra. 2ª ed.
- Luis André, E. (1926) *El espíritu nuevo de la educación española*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra.
- Luis André, E. (1931a) *Españolismo. Prasologio. Pueblo y conciencia nacional*. Madrid: Sucesores de Ryvadeneyra.
- Luis André, E. (1931b) *Psicología experimental*. Madrid: Imprenta Sáez Hermanos.
- Luis André, E. (1931c) *Revolución*. Madrid: Sucesores de Ryvadeneyra.
- Luis André, E. (1934) *Ética española. Problemas de moral contemporánea*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra. 3ª ed.
- Liotard, J.F. (1993) *La condición postmoderna*. Barcelona: Orbis.
- Llavona, R.; Bandrés, J. (1999) Aportación de Rafael Altamira (1866-1951) a la psicología. En A. Romero; J. Casco; F. Fuentenebro; R. Huertas (eds.) *Cultura y psiquiatría del 98 en España*. Madrid: Neocisne ediciones.
- Llavona, R.; Bandrés, J. (1999) Federico Dalmau y Gratacós (1874-1926): Psicología experimental y neoescolástica española. *Revista de Historia de la Psicología*, 20 (3-4), 159-166.
- Llavona, R.; Bandrés, J. (2002) El profesor Simarro en la Universidad Central de Madrid. *Revista de Historia de la Psicología*, 23 (1), 77-84.
- Llorens, F. (1854) *Oración inaugural en la solemne apertura de estudios del año 1854 a 1855*. Barcelona: Universidad de Barcelona.

- Llorens, V. (1980) *El Romanticismo español*. Madrid: Castalia.
- Macías Picavea, R. (1899/1992) *El problema nacional*. Madrid: Fundación Banco Exterior.
- Madariaga, S. (1929) *Ingleses, franceses, españoles. Un ensayo de psicología comparada*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Maeztu, R. (1899/1997) *Hacia otra España*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Maeztu, R. (1934) *En defensa de la hispanidad*. Madrid: Gráficas Universal.
- Mairal, G. (2001) Joaquín Costa y sus mundos. En S. del Campo (Dir.) *Historia de la sociología española*. Barcelona: Editorial Ariel, S.A.
- Malapert, P. (1908) *El carácter*. Madrid: Jorro.
- Mallada, L. (1890/1989) *Los Males de la Patria*. Madrid: Fundación Banco Exterior.
- Mallada, L. (1890/1994) *Los Males de la Patria y la futura revolución española*. Madrid: Alianza Editorial.
- Mañé y Flaquer, J. (1887) *El regionalismo*. Barcelona: Imprenta barcelonesa.
- Marfany, J. (1995) *La cultura del catalanisme. El nacionalisme català en els seus inicis*. Barcelona: Empuries.
- Maristany, L. (1973) *El gabinete del doctor Lombroso: delincuencia y fin de siglo en España*. Barcelona: Anagrama.
- Martín, J.M.; Mazzocchi, G. (2000) *Las conversaciones de la víspera. El Noventay ocho en la encrucijada voluntad/ abulia*. Lucca: Baroni.
- Martínez Ruiz, J. (1899) *La sociología criminal*. Madrid: Fernando Fe.
- Martínez Ruiz, J. (1902/1989) *La voluntad*. Madrid: Castalia.
- Marvaud, A. (1913) *L'Espagne au XXe. Siècle. Etude politique et économique*. París: Armand Colin.
- Masdeu, J.F. (1783) *Historia crítica de España y de la cultura española, obra compuesta y publicada en italiano por D. Juan Francisco Masdeu, natural de Barcelona. Tomo I y preeliminar a la historia. Discurso histórico y filosófico sobre el clima de España, el genio, y el ingenio de los españoles para la industria y literatura, su carácter político y moral*. Madrid: Sancha.
- Mateos, A.I.; Travieso, D.; Sánchez, R.; Blanco, F. (1997) El Ateneo de Madrid: una caja de resonancia para el debate sobre las relaciones entre ideología y discurso psicológico. En F. Blanco (ed.) *Historia de la psicología en España desde una perspectiva socio-institucional*.
- Mateos, O. (1998) *Nacionalismo español y europeísmo en el pensamiento de Joaquín Costa: 98 y proyecto de modernización de España*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- Mayor, L. (1996) Rafael Altamira, polígrafo eminente, historiador y educador. *Revista de Historia de la Psicología*, 17 (3-4), 86-94.

- Mead, G. H. (1999) *Espíritu, persona y sociedad*. Barcelona: Paidós.
- Mead, M. (1965) National Character. En A. L. Kroeber. (ed.) *Anthopology Today*. Chicago: The University Chicago Press (7ª ed.).
- Méndez Bejarano; M. (s.a.) *Historia de la filosofía en España hasta el siglo XX*. Madrid: Renacimiento.
- Menéndez Pelayo, M. (1880-1882/1998) *Historia de los heterodoxos españoles*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Menéndez Pelayo, M. (1953) *La ciencia española II*. Madrid: I.S.I.C.
- Menéndez Pidal, M. (1947/1991) *Los españoles en la historia*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Menéndez Ureña, E.; Vázquez-Romero, J.M. (2002) El pensamiento y las ideas. En J.M. Jover (dir.) *Historia de España Menéndez Pidal. La época de la Restauración (1875-1902). Civilización y cultura*. T. XXXVI, vol. 2. Madrid: Espasa-Calpe.
- Mestre, M.V.; Bermejo, V.; Tortosa, F. (2003) Entrada y difusión del Psicoanálisis en España. *Revista de Historia de la Psicología*, 24 (2), 273-290.
- Minguijón Adrián, S. (1914) *La crisis del tradicionalismo en España*. Zaragoza: Tradición y Progreso.
- Minguijón Adrián, S. (1930) *Al servicio de la tradición. Ensayo histórico doctrinal*. Madrid: Juan Pérez.
- Molíns, J. E. (1904) *La crisis de España y sus remedios*. Barcelona.
- Monlau, P. (1846/1866) *Curso de psicología y lógica*. Madrid: Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra.
- Monlau, P. (1847/1862) *Higiene pública o arte de conservar la salud de los pueblos*. Madrid: Rivadeneyra.
- Montesquieu (1717-1721/1994) *Cartas persas*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Moral Ruiz, C. (1998) *El 98*. Madrid: Acento.
- Morales, A. (2002) Las Ciencias: II. La historia. En J.M. Jover (dir.) *Historia de España Menéndez Pidal. La época de la Restauración (1875-1902). Civilización y cultura*. T. XXXVI, vol. 2. Madrid: Espasa-Calpe.
- Moreno Luzón, F. (2002) Nacionalizar la monarquía. Proyectos, logros y fracasos del partido liberal (1898-1913). En *Regeneración y reforma. España a comienzos del siglo XX*. Madrid: Fundación del BBVA
- Morón, C. (1998) *El "Alma de España". Cien años de inseguridad*. Madrid: Ediciones Nobel.
- Morote, L. (1900) *La moral de la derrota*. Madrid: Imprenta G. Juste.
- Morote, L. (1900/1998) *La moral de la derrota*. Madrid: Biblioteca Nueva.

- Moscovici, S. (1985) *La era de las multitudes. Un tratado histórico de psicología de las masas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mourelle-Lema, M. (1968) *La teoría lingüística en la España del siglo XIX*. Madrid: Editorial Prensa Española.
- Natorp, P. (1931) *Pestalozzi. Su vida y sus ideas*. Barcelona: Editorial Labor.
- Navarro, C. (1994) *Aproximación socio-histórica a la Psicología científica en España (1902-1936): el proceso de institucionalización*. Tesis Doctoral. Dpto. Psicología Básica. Universidad de Barcelona.
- Navarro, J. (1989) Los orígenes de la psicofisiología en España. *Revista de Historia de la Psicología*, 10 (1-4), 451.
- Navarro, M. (1906) *Nociones de psicología*. Tarragona: Tipografía de F. Arís e hijo.
- Navarro, M. (1914) *Manual de psicología experimental*. Tarragona: Imprenta de José Pijoán.
- Nettlau, M. (2000) Prólogo. En M. A. Bakunin *Estatismo y anarquía*. Barcelona: Folio S.A.
- Nietzsche, F. (1883-1991/1992) *Así habló Zaratustra*. Barcelona: Planeta de Agostini.
- Noguera, E.; Huerta, L. (1934) *Genética, eugenesia y pedagogía sexual*. Madrid: Javier Morata.
- Nordau, M. (1892/1902) *Degeneración*. Madrid: Librería de Fernando Fe.
- Nordau, M. (1897/1901) *Psico-Fisiología del Genio y del Talento*. Madrid: Jorro.
- Nordau, M. (s.a.) *Psicología del pueblo español (impresiones españolas)*. Barcelona: Editorial Arte y Letras/Imprenta Clarasó.
- Novicow, J. (1914) *La crítica del darwinismo social*. Madrid: Jorro.
- Novicow, J. (s.a.) *Decadencia de la raza blanca*. Madrid: La España Moderna.
- Núñez de Arce, G. (1886) *Estado de las aspiraciones del regionalismo en Galicia, País Vasco y Cataluña*. Madrid: Estab. tip. "Sucesores de Rivadeneyra".
- Núñez Encabo, M. (1976) *Manuel Sales y Ferré. Los orígenes de la sociología en España*. Madrid: Cuadernos para el diálogo.
- Núñez, D. (1987) *La mentalidad positiva en España*. Madrid: UAM ediciones.
- O'Riordan, P. (1978) Prólogo. En *Alma española*. Madrid: Ediciones Turner.
- Oliver, M. S. (1907/1974) *La literatura del desastre*. Barcelona: Ediciones Península.
- Olóriz, F. (1894) *Distribución geográfica del índice cefálico del español*. Madrid: de Ingenieros.
- Onaindía, M. (2002) *La construcción de la nación española*. Barcelona: Ediciones B.
- Ortega y Gasset, J. (1922/1997) *España invertebrada*. Madrid: Revista de Occidente en Alianza.
- Ortega y Gasset, J. (1931) *La redención de las provincias y la decencia nacional*. Madrid: Revista de Occidente.

- Ortí y Lara, J.M. (1864) *Krause y sus discípulos convictos de panteísmo*. Madrid.
- Ortí y Lara, J.M. (1868) *Psicología*. Madrid: Imprenta de Tejado.
- Ortí y Lara, J.M. (1884) *El catecismo de los textos vivos*. Madrid: Biblioteca de la Ciencia Cristiana.
- Ortí y Lara, J.M. (1899) *Discursos de recepción de Juan Manuel Ortí y Lara y de contestación de Damián Isern y Marco leídos en la Junta pública del 23 de abril de 1899: Tesis: Teorías opuestas entre sí acerca del Estado y su fin, según se proceden del concepto de la evolución o del concepto de la creación*. Madrid: Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.
- Palacio, I. (1986) *Rafael Altamira: un modelo de regeneracionismo educativo*. Alicante: Caja de Ahorros Provincial de Alicante.
- Palti, E.J. (1998) *Giro lingüístico e historia intelectual*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Paolicchi, P. (2000) Recordar y relatar. En A. Rosa, G. Bellelli y D. Bakhurst (eds.) *Memoria colectiva e identidad nacional*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Pérez Delgado, E. (1996) Marcelino Arnáiz: primer testimonio del influjo de la Universidad de Lovaina en la psicología española a finales del siglo XIX. En D. Saiz y M. Saiz (coord.) *Personajes para una historia de la psicología en España*. Barcelona: Pirámide.
- Pérez Delgado, E.; Mestre, M.V.; Carpintero, H. (1987) Primer testimonio del influjo de la Universidad de Lovaina en la Psicología Española a finales del siglo XIX. *Revista de Historia de la Psicología*, 8 (4), 339-358.
- Pérez Delgado, E.; Soler, M.J.; Frías, D. (1989) Dos versiones europeas de la crisis de la psicología a principios de siglo XX. *Revista de Historia de la Psicología*, 10 (1-4), 19-26.
- Pérez Fernández, F. (1999) Acerca de la "Psicología del pueblo español. En A. Romero; J. Casco; F. Fuentenebro; R. Huertas (eds.) *Cultura y psiquiatría del 98 en España*. Madrid: Neocisne ediciones.
- Pérez Garzón, J. (1997) Introducción a *La moral de la derrota*. En L. Morote: *La moral de la derrota*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Pérez Garzón, J.S. (1976) *Luis Morote: la problemática de un republicano (1862-1913)*. Madrid: Castalia.
- Pérez, E.; Sirera, F. (1992) Los sentimientos sociales y morales según Th. Ribot. *Revista de Historia de la Psicología*, 13 (2-3), 97-104.
- Pí y Margall, F. (1876/1997) *Las nacionalidades*. Madrid: Alba.
- Pinillos, J.L. (1988) *Psicología y psicohistoria*. Valencia: Universidad de Valencia.

- Pinillos, J.L. (2002) Las ciencias: I. Las Ciencias Humanas. Las Ciencias Sociales. En J.M. Jover (dir.) *Historia de España Menéndez Pidal. La época de la Restauración (1875-1902). Civilización y Cultura*. T. XXXVI, vol. 2. Madrid: Espasa-Calpe.
- Piqueras, J.A.; Chust, M. (comps.) (1996) *Republicanos y repúblicas en España*. Madrid: Siglo XXI.
- Platón (1999) *La república*. Madrid: Alianza.
- Posada, A. (1912/1986) *La república Argentina. Impresiones y comentarios*. Madrid: Librería general de Victoriano Suárez.
- Posada, A. (1908) *Principios de sociología*. Madrid: Jorro.
- Posada, A. (1927) Prólogo. En L. F. Ward *Compendio de sociología*. Madrid: Francisco Beltrán.
- Posada, A. (1981) *Breve historia del krausismo español*. Oviedo: Universidad de Oviedo. Servicio de Publicaciones.
- Posada, A. (s.a.) *Sociología contemporánea*. Barcelona: Gallach.
- Prado, A. (1973) *La literatura del casticismo*. Madrid: Moneda y Crédito.
- Prat, E. (1906/1998) *La nacionalidad catalana*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Prüfer, J. (1940) *Federico Fröbel*. Barcelona: Editorial Labor.
- Pueblo, J. (1905) *El Problema nacional*. Madrid: Imp. Perlado Páez.
- Puelles, M. de (1980) *Educación e ideología en la España contemporánea (1867-1975)*. Barcelona: Labor.
- Puig-Samper, M.A. (1987) El Dr. Simarro y el movimiento antropológico de su tiempo. En *Investigaciones Psicológicas 4. Los orígenes de la psicología científica en España: el doctor Simarro*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Quintana, J. (1995) *Proyecto docente e investigador*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid. Trabajo inédito.
- Quintana, J. (1997) Daniel Jorro, Editor. Una nueva dimensión de la 'ecclesia dispersa' de la I.L.E.. *Revista de Historia de la Psicología*, 18 (1-2), 301-312.
- Quintana, J. (1998) Fundamentos teóricos de la "psicología del carácter español" de D.M. de Unamuno. Esbozo de una "Psicología de los pueblos". *Revista de Historia de la Psicología*, 19 (1), 43-79.
- Quintana, J. (2003) Una aproximación a la biografía intelectual y profesional del Dr. Rodrigo Lavín, docente en la cátedra de Psicología Experimental de la Facultad de Ciencias de la Universidad Central. *Revista de Historia de la Psicología*, 25 (3-4), 441-456.
- Quintana, J.; Blanco, F.; López, S.; Albert, J. (2003) El papel de las "traducciones" en el proceso de formación de la Ciencia Psicológica en España. *Revista de Historia de la Psicología*, 24 (2), 145-177.

- Quintana, J.; Rosa, A.; Huertas, J.A.; Blanco, F. (eds.) (1997) *La incorporación de la psicología científica a la cultura española. Siete décadas de traducciones (1868-1936)*. Madrid: UAM ediciones. Quiñonero, J.P. (1998) *De la inexistencia de España*. Madrid: Tecnos.
- Ramírez, J.D. (2000) De la comunidad real a la comunidad imaginada. Discurso y escritura en la constitución de la identidad moderna. *Revista de Historia de la Psicología*, 21 (4), 13-36.
- Ramos Mejía, J. M. (1904/1956) *Las multitudes argentinas*. Editorial: Tor.
- Renan, E. (1871) *La réforme intellectuelle et morale*. París: Michel Lévy Frères.
- Renan, E. (1882/1987) *¿Qué es una nación?*. Madrid: Alianza.
- Ribot, T. (1896/1924) *La psicología de los sentimientos*. Madrid: Jorro.
- Ribot, T. (1899) *Las enfermedades de la voluntad*. Madrid: Jorro.
- Ricoeur, P. (1996) *Sí mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI.
- Rioquer i Permanyer, B. (2002) "El catalanismo político en la España de principios de siglo XX". En *Regeneración y Reforma. España a comienzos del siglo XX*. Madrid: Fundación BBVA.
- Rivera, E. (1983) Presencia en Menéndez Pelayo de la Historiografía clásica y de la historiografía romántica. En: *Menéndez Pelayo, hacia una nueva imagen*. Santander: Sociedad Menéndez Pelayo.
- Rivière, A. (1986) *Razonamiento y representación*. Madrid: Siglo XXI.
- Rivière, A. (1987) *El sujeto de la psicología cognitiva*. Madrid: Alianza.
- Rivière, A. (1991) *Objetos con mente*. Madrid: Alianza.
- Robins, R.H. (1975) *Breve historia de la lingüística*. Madrid: Paraninfo.
- Rodríguez Martínez, J. (1913) *Patria, fe y amor*. La Coruña: Imp. Roel.
- Rodríguez, J.; Sitges, E.; Jarabo, C.; Estévez, C. y Brisoire, A. (2000) Análisis de contenido de la obra "Psicología del Pueblo español" de Rafael Altamira. *Revista Historia de la Psicología*, 23 (3-4), 293-305.
- Rodríguez, S. (1994) Imposibilidad de la Psicología comparada en la psicología escolástica española de finales del siglo XIX. *Revista de Historia de la Psicología*, 15 (3-4), 193-204.
- Rodríguez, S. (1994) La patología mental en el movimiento higienista español de la segunda mitad del siglo XIX. *Revista de Historia de la Psicología*, 14 (3-4), 179-193.
- Rodríguez, S. (1996) Psicología y Educación en Miguel de Unamuno. *Revista de Historia de la Psicología*, 17 (3-4), 74-85.
- Rodríguez-Marín, J. (1981) Wundt: Consideraciones epistemológicas sobre su Psicología social. *Revista de Historia de la Psicología*, 2 (1), 69-78.
- Roger, J. (1963) *Psicología de los pueblos*. Madrid: Ediciones Rialp.

- Romani y Puigdemongas, D.F. (1890) *Antigüedad del regionalismo español*. Barcelona: Sucesores de Ramírez y Cia.
- Ronzón, E. (1991) *Antropología y antropologías. Ideas para una historia crítica de la antropología española: el siglo XIX*. Oviedo: Ediciones Pentalfa.
- Rosa, A. (2000a) ¿Qué añade a la psicología el adjetivo *cultural*?. *Anuario de Psicología*, 31 (4), 27-57.
- Rosa, A. (2000b) Entre la explicación del comportamiento y el esfuerzo por el significado: una mirada al desarrollo de las relaciones entre el comportamiento individual y la cultura. *Revista de Historia de la Psicología*, 21 (4), 77-114.
- Rosa, A. Blanco, F. Huertas, J.A. (1998) Uses of Historical Knowledge an exploration of the construction of professional identity in students of psychology. En M. Carretero y J. Voss (comp.) Vol. 2. *Learning and Reasoning in History*. Woburn Press.
- Rosa, A.; Blanco, F.; Travieso, D.; Huertas, J.A.; (2000) Imaginando historias en el tiempo de unas elecciones generales. En A. Rosa, G. Bellelli y D. Bakhurst (eds.) *Memoria colectiva e identidad nacional*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Rosa, A.; Huertas, J.A.; Blanco, F. (2000) Psicología de la ceguera y psicología general. En A. Rosa y E. Ochaíta (eds.) *Psicología de la ceguera*. Madrid: Alianza.
- Rosa, A.; Travieso, D.; Huertas, J.A.; Blanco, F. (1999) Argumentando sobre el cambio histórico. Explicaciones sobre el pasado, el presente y el futuro de España. *Revista de Psicología Política*, 18, 49-75
- Rosa, A; Huertas, J.A.; Blanco, F. (1996) *Metodología para la historia de la psicología*. Madrid: Alianza.
- Rose, N. (1985) *The Psychological Complex*. London: Routledge and Kegan Paul.
- Rose, N. (1996) *Inventing Ourselves: Psychology, Power and Personhood*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rossi, P. (1904/s.a.) *Sociología y psicología colectiva*. Madrid: La España Moderna.
- Rousseau, J.J. (1762/1994) *El contrato social*. Barcelona: Edicomunicación.
- Rubet de Ventós, X. (1994) *Nacionalismos: el laberinto de la identidad*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Ruiz, A. (1971) *El Ateneo científico, literario y artístico de Madrid*. Londres: Tamesis Book Limited.
- Sainz Rodríguez (1924) *La evolución de las ideas sobre la decadencia española*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra
- Saiz, C.; González, U. (1895) *Cartas... ¿Pedagógicas? (Ensayos de psicología pedagógica)*. Madrid: Librería de Victoriano Suárez.

- Saiz, M. (1990) La presencia de Wihelm Wundt en la Obra de Ramón Turró. *Revista de Historia de la Psicología*, 11 (3-4), 171-180.
- Saiz, M.; Saiz, D. (1996) *Personajes para una historia de la psicología en España*. Madrid: Pirámide.
- Saiz, M.; Saiz, D. (1998) La psicología aplicada en España. *Revista de Historia de la Psicología*, 19 (1), 83-120.
- Saiz, M.; Saiz, D. (2003) La introducción y difusión de las ideas psicológicas en Cataluña a través del análisis de sus principales publicaciones periódicas. *Revista de Historia de la Psicología*, 24 (2), 209-254.
- Salaverría, J.M. (1916) *La afirmación española, estudio sobre el pesimismo español y los nuevos tiempos*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Saldaña, Q. (1919) La filosofía española en 1918. *Revista de Filosofía*, 3 (5), 1-58.
- Saldaña, Q. (1922) La filosofía española en el último trienio (1919-1921). *Revista de Filosofía*, 4 (8), 1-58.
- Salas y Ferré, M. (1880) *Prehistoria y origen de la civilización*. Sevilla: Biblioteca Científico-literaria.
- Salas y Ferré, M. (1881) *El hombre primitivo y sus tradiciones orientales*. Sevilla: Biblioteca Científico-literaria.
- Salas y Ferré, M. (1902) La psicología del pueblo español. *Nuestro Tiempo*.
- Salas y Ferré, M. (1911) *Problemas sociales*. Madrid: Librería de Victoriano Suárez.
- Salas y Ferré, M. (1912) *Sociología general*. Madrid: Librería de Victoriano Suárez.
- Salillas, R. (1896) *El delincuente español. El lenguaje*. Madrid: Imp. G. Juste.
- Salillas, R. (1896) *El delincuente español. Hampa (Antropología picaresca)*. Madrid: Imp. G. Juste.
- Salillas, R. (1901) *Teoría básica (bio-sociología)*. Madrid: Librería de Victoriano Suárez. (2 vols).
- Salmerón, N. (1878) Prólogo. En H. Giner *Filosofía y arte*. Madrid: Imp. de Minuesa de los Ríos.
- Sánchez de Toca, (1911) *Reconstitución de España en vida de economía política*. Madrid: Jaime Ratés Martín.
- Sánchez de Toca, J. (1899) *Centralización y regionalismo ante la política unitaria*. Madrid: hijos de M. G. Hernández
- Sánchez de Toca, J. (1907). *Regionalismo, municipalismo y centralismo*. Madrid: R. Velasco.
- Sánchez Díaz, R. (1910) *Europa y España: el libro de los viajes y los negocios*. Bilbao: Villar.
- Sánchez Vidal, A. (1984) Una patria de tinta: el legado novelístico de Costa. En VV.AA. *El legado de costa*. Zaragoza: Ministerio de Cultura.
- Santamaría, F. (1914) *Ética social*. Valladolid.

- Sanz del Río, J. (1894) El lenguaje. *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 15, 331-334; 18, 21-25.
- Sanz del Río, J. (1811/1985) *Ideal de la humanidad para la vida*. Barcelona: Orbis.
- Sanz Díaz, F. (1985) *La segunda enseñanza oficial en el s. XIX*. Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia. Dirección General de Enseñanzas Medias.
- Saussure, F. (1993) *Curso de lingüística general*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- Schiller, F.J.C. (1795/1969) *Cartas sobre la educación estética del hombre*. Madrid: Aguilar.
- Sergi, G. (1900/1901) *La decadencia de las naciones latinas*. Barcelona: Antonio López-Librería Española.
- Serrano, C. (1991) Prólogo. Picavea o la búsqueda de la Modernidad. En R. Macías Picavea *El problema nacional*. Madrid: Fundación Banco Exterior.
- Shaw, D. (1997) *La Generación del 98*. Madrid: Cátedra.
- Sheriff, J.K. (1989) *The Fate of Meaning*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Sighele, S. (1891/1895) *La folla delinquente*. Madrid: La España Moderna.
- Silió, C. (1899) *Problemas del día*. Valladolid: Imp. Castellana de Silió y Alba.
- Simancas, M. (2000) La recepción de José Ortega y Gasset en el pensamiento de José Antonio Primo de Rivera. En G. Capellán y X. Ajenjo (eds.) *Hacia un nuevo inventario de la ciencia española. Actas de las IV jornadas de hispanismo filosófico*. Santander: Asociación de Hispanismo Filosófico. Sociedad Menéndez Pelayo.
- Símarro, L. (1910) *El proceso Ferrer y la opinión europea*. Madrid.
- Símarro, L. (1889) El exceso de trabajo mental en la enseñanza. *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 288, 37-39; 291, 88-91; 309, 369-373.
- Símarro, L. (1903/2002) Misión de la ciencia en la civilización. *Revista de Historia de la Psicología*, 23 (1), 31-77.
- Símarro, L. (1928) Prólogo. En C.O. Bunge *Principios de psicología individual y social*. Madrid: Jorro.
- Sloterdijk, P. (2000) *Normas para el parque humano*. Barcelona: Ed. Siruela.
- Sobejano, G. (1967) *Nietzsche en España*. Madrid: Editorial Gredos.
- Sos, R.; Alfaro, E. (1999) Pioneras aportaciones al estudio de la Psicología jurídica española. *Revista de Historia de la Psicología*, 20 (3-4), 19-28.
- Soyland, P. (1994) *Psychology as Metaphor*. London: Sage.
- Spencer (s.a.) *El organismo social*. Madrid: La España Moderna.
- Spencer, H. (1882/1883) *Principios de sociología*. Madrid: Ed. Calleja.
- Spencer, H. (1883) *El universo social. Sociología general y descriptiva*. Barcelona: Típ. La Academia.

- Spencer, H. (1885) *El individuo contra el estado*. Sevilla: Biblioteca Científico-literaria.
- Spencer, H. (1892) *La moral de los diversos pueblos y la moral personal*. Madrid: Avrial impr.
- Spengler, O. (1917/1993) *La decadencia de occidente*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- Steward, H. S. (1899/1913) *La genèse du XIXme siècle*. París: Librairie Payot et Cie.
- Suárez Cortina, M. (2002) Regeneración y república en la España del novecientos. En *Regeneración y Reforma*. Madrid: Fundación BBVA.
- Suárez, M. (2000) *La crisis del estado liberal en la Europa del sur*. Santander: Sociedad Menéndez Pelayo.
- Taine, H. (1863/1964) *Introducción a la historia de la literatura inglesa*. Madrid: Aguilar
- Taine, H. (1865-69/1922) *Filosofía del arte. Del ideal en el arte*. T.IV; Madrid: Calpe
- Taine, H. (1876-1894) *Les origines de la France contemporaine*. (6 vols.). París: Hachette.
- Tarde, G. (1890/1907) *Las leyes de la imitación. Estudio sociológico*. Madrid: Jorro.
- Tarde, G. (1901/1986) *La opinión y la multitud*. Madrid: Taurus.
- Tierno Galván, E. (1971) "Costa y el regeneracionismo". En *Escritos 1950-1970*. Madrid: Tecnos.
- Torrás y Bages, J. (1892) *La tradició catalana : estudi del valor étich y racional del regionalismo catalá ab licencia eclesiastica*. Barcelona: Estampa "La Ilustración á c. de F. Giró.
- Torre, C. (1989) *Psicología latinoamericana. Entre la dependencia y la identidad*. Puerto Rico: Publicaciones Portorriqueñas.
- Tortella, G. (1994) *El desarrollo de la España contemporánea. Historia económica de los siglos XIX y XX*. Madrid: Alianza.
- Tortosa, F. (Coor.) (1998) *Una historia de la psicología moderna*. Madrid: Mc Graw Hill.
- Tortosa, F.M.; Carpintero, H. (1980) Evolución de la psicología en España en el siglo XX. Un estudio sobre manuales introductorios. *Revista de Historia de la Psicología*, 1 (3-4), 353-392.
- Trías Vejarano, J. (1975) Almirall y los orígenes del catalanismo. Madrid: Siglo XXI.
- Tubino, F. M. (1874) Antropología. *Revista de Antropología*, 1, 39-52; 110-124.
- Tubino, F.M. (1877) El romanticismo en España. *Revista Contemporánea*, VII, 79-98, 184-198.
- Tuñón de Lara, M. (1977) *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*. Madrid: Tecnos.
- Tuñón de Lara, M. (1986) *España. La quiebra de 1898*. Madrid: Sarpe.
- Tuñón de Lara, M. (2000) *La España del siglo XIX*. Vol. 2 Madrid: Akal.
- Turró, R. (1916) *Orígenes del conocimiento. El hambre*. Barcelona: Minerva.
- Tusell, J. (1998) *Historia de España en el siglo XX. I Del 98 a la proclamación de la República*. Madrid: Taurus.

- Tylor, E. (1888) *Antropología. Introducción al estudio del hombre y de la civilización*. Madrid: Establecimiento Tipográfico de "El Progreso Editorial".
- Ucelay-Dacal, E. (2003) *El imperialismo catalán: Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*. Barcelona: Edhasa.
- Unamuno, M. (1895/1996) *En torno al casticismo*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Unamuno, M. (1897/1976) *Paz en la Guerra*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Unamuno, M. (1913/1993) *Del sentimiento trágico de la vida*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- Ureña, E. (1988) "El fraude de Sanz del Río o la verdad sobre su 'Ideal de la Humanidad'". *Pensamiento*, 44, 25-47.
- Ureña, E. (1991) El original alemán del 'Ideal de la humanidad' de Sanz del Río: Hacia una nueva perspectiva del krausismo español. *Letras Peninsulares*, 4 (1), 207-219.
- Ureña, E. (1993) *Cincuenta cartas inéditas entre Sanz del Río y krausistas alemanes (1844-1869)*. Madrid: Publicaciones de la Universidad Pontificia de Comillas.
- Ureña, E.; Vázquez-Romero, J.M. (2002) Las creencias, el pensamiento, las ideas y la cultura política del republicanismo español: II. El pensamiento y las Ideas. En J.M. Jover (dir.) *Historia de España Menéndez Pidal. La época de la Restauración (1875-1902). Civilización y Cultura*. T. XXXVI, vol. 2. Madrid: Espasa-Calpe.
- Urráburu, J.J. (1901) *Principios fundamentales de antropología*. Madrid: Imp. de San Francisco de Sales.
- Valle-Inclán, J. (1920/2000) *Luces de bohemia*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Valle-Inclán, J. (2000) Apéndice a *Luces de Bohemia*. En R. Del Valle-Inclán *Luces de bohemia*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Vallejo, J.A. (1998) *Menéndez Pelayo, historiador*. Santander: Sociedad Menéndez Pelayo.
- Varela, J. (1997) Introducción. En R. Maeztu *Hacia otra España*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Varela, J. (1998) Introducción. En J. Costa *Oligarquía y caciquismo*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Varela, J. (1999) *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*. Madrid: Taurus.
- Verdes Montenegro, J. (1902) *Apuntes de psicología científica*. Alicante: Imp. Such, Serré y Cía.
- Vezzetti, H. (1988) *El nacimiento de la psicología en Argentina*. Buenos Aires: Punto Sur.
- Vico, G. (1744/2002) *Principios de ciencia nueva en torno a la naturaleza común de las Naciones*. Barcelona: Ediciones Folio.
- Villacañas, J.L. (2000) *Ramiro de Maeztu y el ideal de la burguesía en España*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Villacorta Baños, F. (1979) *El Ateneo de Madrid (1896-1907). La Escuela de Estudios Superiores y la Extensión Universitaria*. Madrid: Imprenta Raycar.

- Villacorta Baños, F. (1980) *Burguesía y cultura. Los intelectuales españoles en la sociedad liberal, 1808-1931*. Madrid: Siglo XXI.
- Villacorta Baños, F. (1989) *Profesionales y burócratas. Estado y poder corporativo en la España del siglo XX, 1890-1923*. Madrid: Siglo XXI.
- Villegas Besora, M.; Ibarz Serra, V. (1997) La personalidad del delincuente en la obra de Emilia Pardo Bazán. *Revista de Historia de la Psicología*, 18 (1-2), 379-390.
- Villegas Besora, M.; Ibarz Serrat, V. (1998) El perfil psicológico de los Anarquistas en la literatura española. *Revista de Historia de la Psicología*, 19 (2-3), 389-398.
- Villegas, M. ; Ibarz, J.V. (1993) El proyecto psicoetnográfico de Tomás Carreras y Artau. *Revista de Historia de la Psicología*, 14 (3-4), 247-253.
- Viqueira, J.V. (1930) *La psicología contemporánea*. Barcelona: Labor.
- VV.AA. (1900) Propositiones al congreso hispano-Americano. *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 24 (486), 269-273.
- VV.AA. (2002) *Regeneración y reforma. España a comienzos del siglo XX*. Madrid: Fundación BBVA
- VVAA (2003) *Miguel de Unamuno: Estudios sobre su obra: Actas de las IV jornadas unamunianas, Salamanca Casa-Museo Unamuno*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Vygotski, L. (1995a) *Pensamiento y lenguaje*. Barcelona: Paidós.
- Vygotski, L. (1995b) *El desarrollo de las funciones psicológicas superiores*. Barcelona: Paidós.
- Wertsch, J. (1993) *Voces de la mente. Un enfoque socio-cultural para el estudio de la acción mediada*. Madrid: Visor.
- White, H. (1973) *Metahistory*. Baltimore: The John Hopkins University Press.
- White, H. (1987) *The Content of the Form*. Baltimore: The John Hopkins University Press.
- White, H. (1999) Introducción. En M. Cole *Psicología cultural*. Madrid: Morata.
- Wittgenstein, L. (1988) *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Wittgenstein, L. (1994) *Los cuadernos azul y marrón*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- Wulff, F. (2003) *Las esencias patrias. Historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*. Barcelona: Crítica.
- Wundt, W. (1929) *Evolución de las filosofías de los pueblos*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Wundt, W. (1886/1917) *Ética. Una investigación de los hechos y leyes de la vida moral*. (3 vols.). Madrid: Jorro.
- Wundt, W. (1896/1898) *Compendio de psicología*. Madrid: La España Moderna.
- Wundt, W. (1911-1912) *Introducción a la filosofía*. Madrid: Jorro.
- Wundt, W. (1912-1913) *Sistema de filosofía científica*. Madrid: Jorro.

